

Paris



Émile Zola

Émile Zola

París

Presentación:

«París», escrita en 1898, es la tercera parte del ciclo “Las Tres Ciudades: Lourdes, Roma, París”. La novela, además de una semblanza del París finisecular, resulta ser un compendio de las ideas que agitaron el fin del siglo XIX y que debían alumbrar una nueva sociedad para el nuevo siglo, abarcando tanto las doctrinas científicas, como sociales o filosóficas.

La prolijidad de la prosa de Zola encierra casi siempre profundas reflexiones sobre la sociedad en la que vivió, fruto de un genuino interés por el carácter cambiante de una nación que el autor juzgaba representante de la totalidad del mundo civilizado. Y tal vez esa idea de Francia como adalid de las nuevas ideas que perfilaban el cambio de siglo y que prometían un nuevo orden, brilla especialmente en «París».

La exposición de esas ideas, que Zola deja en boca de sus personajes, y más aún, su asimilación y la catarsis que su aceptación provoca, recorren la narración como una estructura sólida que es realmente lo que da cuerpo a la historia, que de lo contrario pudiera resultar algo banal. En «París» esa duda, esa lucha por comprender, está encarnada por Pierre Froment, un cura que ha perdido la fe y que busca una nueva creencia que no sólo llene su espíri-

tu, sino que además le reconcilie con la vida que siente latir a su alrededor y que considera que no tiene nada que ver con los preceptos caducos que Roma se obstina en predicar.

Con el mismo detallismo preciosista del que Zola se sirve para describir una habitación, el aspecto de un hombre o el vestido de una dama, se reseña la crisis moral que Pierre afronta, perdida la fe y alterada su conciencia por el escrúpulo que le invade al ser consciente de la injusticia, la inmoralidad y la miseria que corroen la sociedad. Y esa crisis, además de otros hilos de la trama, será la que dará pie para desarrollar en la historia un breve compendio de las principales ideas que convulsionaron el penúltimo fin de siglo, prestando especial atención a la anarquía.

La vida de excesos de los burgueses, entregados a la corrupción y a la inmoralidad, y la existencia embrutecida y exhausta del proletariado, suponen un contraste cruel que hace crujir toda la estructura social, que amenaza con hundirse. Los anarquistas buscan acelerar el derrumbe de un sistema que consideran injusto, algunos a base de dinamita, para que de entre los escombros de la iniquidad surja un mundo nuevo donde ya no habrá explotadores y explotados. Y sobre la idoneidad de los medios empleados, así como sobre la necesidad de derramar sangre burguesa como justo pago por la vida miserable de tantos obreros, surge un debate social que aporta mil puntos de vista, pero ninguna solución.

Finalmente, Pierre acabará por convertirse a una nueva doctrina: la de la naturaleza. Una doctrina cuyos postulados sólo pueden realizarse en el trabajo, en la existencia fecunda del hombre que une su fuerza a la poderosa corriente que busca el progreso de la civilización y cuyo esfuerzo debe contribuir a la gestación de una humanidad emancipada.

El trabajo esforzado de los obreros, unido a la intensa labor de intelectuales y científicos, debe ser la única semilla que germinará en un mundo nuevo. La esencia de ese cambio debe ser el deseo de construir, no destruir, contribuyendo así al avance de los pueblos.

La ciencia y el trabajo serán las herramientas con que se extirparán viejos atavismos y una vez caída la venda de sus ojos, la humanidad aprenderá a ser justa, solidaria y ecuánime.

Esas son las promesas que traía la proximidad del nuevo siglo, en el que tendría lugar el advenimiento de una nueva sociedad y un nuevo modo de vida. Y realmente, al leer este libro, cuando aquel siglo llegó y pasó y otro nuevo siglo avanza tras de él, uno se pregunta ¿qué fue de todo aquello? *

* Fuente: <https://www.solodelibros.es/paris-emile-zola/>

LIBRO PRIMERO

I

AQUELLA mañana, hacia fines de enero, el abate Pedro Froment, que tenía que decir misa en el Sagrado Corazón, de Montmartre, se hallaba desde las ocho en la colina, frente a la basílica. Y antes de entrar contempló un instante París, cuyo inmenso océano se extendía a sus pies.

Después de dos meses de un frío terrible, de nieves y heladas, la ciudad aparecía anegada en un deshielo triste y tembloroso. Del vasto firmamento color de plomo caía la tristeza de una espesa niebla. Toda la parte este de la ciudad, los barrios de miseria y de trabajo, parecían sumergidos en rojizas humaredas, en las que se adivinaba el hálito de los talleres y las fábricas, mientras que hacia el oeste, hacia los barrios de riqueza y bienestar, la abrumadora niebla se aclaraba y no era ya más que un velo de vapor fino e inmóvil. Se adivinaba apenas la línea curva del horizonte; el campo ilimitado de las casas aparecía como un caos de piedras, sembrado de charcas, que llenaban los huecos de un vaho descolorido, y sobre las que se destacaban las crestas de los edificios y de las calles altas, de un negro de hollín. Un París de misterio, velado por nubarrones, como sepultado en las cenizas de alguna catástrofe, medio enterrado ya en el sufrimiento y en la vergüenza de lo que su inmensidad ocultaba.

Flaco y sombrío, vestido con su fina sotana, seguía Pedro mirando, cuando el abate Rose —que parecía haberse escondido detrás de un pilar del pórtico para espiarle— vino a su encuentro.

—¡Ah! ¡Usted al fin, hijo mío! Tengo que pedirle una cosa.

Parecía cohibido, inquieto. Con una mirada de desconfianza quiso comprobar si no había allí nadie. Luego, como si la soledad no bastase a tranquilizarle, le llevó a cierta distancia, bajo el viento glacial, que él parecía no sentir.

—Se trata de un pobre hombre de quien me han hablado, un antiguo obrero pintor, de setenta años, que, naturalmente, ya no puede trabajar y está expuesto a morir de hambre en un tabuco de la calle de los Sauces... Y he pensado en usted, querido hijo; he pensado que usted accedería a llevarle estos tres francos de mi parte para que tenga al menos pan durante unos días.

—¿Por qué no va usted mismo a llevarle su limosna?

El abate Rose, inquieto de nuevo, se turbó, lanzando miradas temerosas y confusas.

—No, no; yo no puedo hacerlo después de los disgustos que he tenido. Ya sabe usted que me vigilan y que me volverían a echar una reprimenda si me sorprendieran dando dinero así, sin saber a quién se lo doy. Es cierto que para agenciarme estos tres francos he tenido que vender algo... Se lo suplico, hijo mío, hágame este favor.

Con el corazón oprimido, Pedro miraba al buen abate de cabellos blancos, con su boca bondadosa y sus ojos claros de niño, en su cara redonda y sonriente. Y la historia de aquel amante de la pobreza se le volvía a aparecer en una oleada de amargura, la desgracia en que había caído por su candor sublime de hombre santo y caritativo. Su pisito bajo de la calle

de Charonne, del que había hecho un asilo en el que recogía a todas las miserias del arroyo, acabó convirtiéndose en un motivo de escándalo. Abusaban de su ingenuidad, de su inocencia, y en su casa ocurrían las cosas más abominables sin que él lo sospechara. Acudían allí prostitutas cuando no encontraban hombres con quienes pasar la noche. Se daban allí citas infames: toda una promiscuidad monstruosa. Y, finalmente, una noche la policía invadió el cuarto para detener a una niña de trece años acusada de infanticidio. Muy impresionada, la autoridad diocesana obligó al abate Rose a cerrar su asilo y le trasladó de la iglesia de Santa Margarita, destinándole a San Pedro, de Montmartre, donde ocupó de nuevo su puesto de vicario. Aquello no era un castigo, sino un simple alejamiento. Le amonestaron, se le vigilaba, como él mismo decía, y se sentía muy avergonzado, muy desgraciado de no poder dar más que a escondidas, como un pródigo atolondrado que se abochorna de sus culpas.

Pedro tomó los tres francos.

—Le prometo cumplir su encargo, amigo mío. ¡Lo haré con todo mi corazón!

—Irá usted después de misa, ¿no? Se llama Laveuve y vive en la calle de los Sauces, en una casa con patio que hay antes de llegar a la calle Marcadet. No le costará a usted trabajo encontrarla... Y, si es usted tan amable, venga a darme cuenta de su visita esta tarde, a las cinco, a la Magdalena, donde iré a oír la conferencia de monseñor Martha. ¡Ha sido tan bueno conmigo! ¿No vendrá usted también a oírle?

Pedro respondió con un gesto evasivo. Monseñor Martha, obispo de Persépolis, muy influyente en el arzobispado desde que se dedicó a engrosar donativos para el Sagrado Corazón, como un propagandista genial, había defendido, en efecto, al abate Rose, y él fue quien consiguió que lo dejaran en París,

trasladándole a San Pedro de Montmartre.

—No sé si podré asistir a la conferencia —dijo Pedro—. De todos modos, iré con seguridad a verle a usted allí.

Soplaba el viento norte y un frío atroz penetraba a los dos en aquella cumbre desierta, entre la niebla que convertía a la gran ciudad en un océano de bruma. Pero se oyeron pasos, y el abate Rose, invadido de nuevo por la desconfianza, vio pasar a un hombre muy alto, muy fornido, calzado con unos chanclos y al aire la cabeza, cubierta de un espeso pelo blanco, cortado al rape.

—¿No es su hermano? —preguntó el viejo abate.

Pedro no había hecho un solo movimiento. Contestó con voz tranquila:

—Es mi hermano Guillermo, en efecto. Le he vuelto a ver desde que vengo algunas veces al Sagrado Corazón. Tiene ahí cerca una casa en donde creo que vive hace más de veinte años. Cuando le encuentro, nos estrechamos las manos. Pero ni siquiera he ido a su casa. ¡Ah! Entre nosotros todo ha terminado, no tenemos ya nada común, nos separa un mundo.

Reapareció la afable sonrisa del abate Rose, quien hizo un gesto con la mano como diciendo que no había que desesperar jamás del amor. Guillermo Froment, un sabio de alta inteligencia, un químico que vivía apartado como un rebelde, era ahora feligrés suyo; y soñaba con reconquistarle a Dios cuando pasaba cerca de la casa que, llena de rumores de trabajo, aquél ocupaba con sus tres hijos.

—Pero, hijo mío —repuso—, le tengo aquí con este frío intenso, y no va usted muy abrigado... Vaya a decir su misa. Hasta esta tarde en la Magdalena.

Luego, suplicante, asegurándose de nuevo de que nadie les escuchaba, agregó con su aspecto de niño cogido siempre en

falta:

—Y ni una palabra a nadie de mi encargo. Volverían a decir que no sé portarme bien.

Pedro le vio alejarse hacia la calle Cortot, donde el anciano sacerdote vivía en un cuarto bajo y húmedo, alegrado por un jardincillo. La niebla que anegaba París parecía espesarse bajo el cierzo helado. Pedro entró al fin en la basílica con el corazón entristecido, desbordante de la amargura que acababa de remover en él aquella historia, aquel fracaso de la caridad, la ironía atroz del hombre santo castigado por haber dado lo suyo, escondiéndose para seguir socorriendo. Nada calmó el escozor de la herida abierta de nuevo en él, ni la paz tibia en que penetraba, ni la muda solemnidad de la amplia y profunda nave, con su desnudez de piedras nuevas, sin cuadros, sin adornos de ningún género; la nave medio obstruida por el andamio que tapaba la cúpula aún en construcción. A aquella hora matinal, bajo la luz gris que penetraba por las altas y estrechas ventanas, se habían dicho ya misas de súplica en varios altares, y unos cirios implorantes ardían en el fondo del ábside. Se apresuró a entrar en la sacristía y a revestirse con los hábitos sagrados para decir su misa en la capilla de San Vicente de Paúl.

Pero los recuerdos se habían desatado y Pedro sólo atendía ya a su angustia, mientras realizaba maquinalmente los ritos, haciendo los gestos profesionales. Desde su regreso de Roma, hacía tres años, vivía en la mayor angustia en que puede caer un hombre. Al principio, para recobrar la fe perdida, intentó una primera prueba, y se fue a Lourdes a buscar la fe ingenua del niño que se arrodilla y reza, la primitiva fe de los pueblos jóvenes, encorvados bajo el peso de su ignorancia; y se sublevó más aún ante la glorificación de lo absurdo y el fracaso del sentido común, convencido de que el bien, la paz de los

hombres y de los pueblos actuales no podían hallarse en aquel abandono pueril de la razón. Después, sintiendo de nuevo la necesidad de amar, aun admitiendo la parte intelectual de aquella imperiosa razón, se jugó su paz postrera en una segunda prueba: marchó a Roma a ver si el catolicismo podía renovarse, retornar al espíritu del cristianismo primitivo, ser la religión de la democracia, la fe que el mundo moderno, trastornado, en peligro de muerte, esperaba, para serenarse y vivir; y allí no encontró sino escombros, el tronco podrido de un árbol incapaz de tener una nueva primavera, no oyó más que el crujido supremo del viejo edificio social, próximo a desmoronarse. Fue entonces cuando, entregado a la duda inmensa, a la negación total, volvió a París llamado por el abate Rose en nombre de sus pobres, para olvidar, para sacrificarse, para creer en ellos, ya que sólo ellos quedaban con sus espantosos sufrimientos; y fue entonces cuando tropezó, hacía ya tres años, con aquel desmoronamiento, con aquel fracaso de la propia bondad, con la caridad irrisoria, la caridad inútil y escarnecida.

Pedro acababa de vivir aquellos tres años en un tormento sin cesar acrecentado, en el que había terminado por zozobrar su ser entero. Su fe había muerto para siempre, había muerto incluso su esperanza en utilizar la fe de las multitudes para la salvación común. Lo negaba todo. Sólo esperaba la catástrofe final, inevitable: la revolución, la matanza, el incendio, que debían barrer un mundo culpable y condenado. Sacerdote sin creencias, velando por las creencias de los demás, sirviendo casta y honradamente su profesión, con la tristeza altiva de no haber podido renunciar a su inteligencia como había renunciado a su carne de enamorado y a su ensueño de salvador de los pueblos, permanecía al menos en pie, con una grandeza solitaria y arisca. Y aquel negador desesperado, que había

tocado el fondo de la nada, conservaba una actitud tan elevada y tan grave, aromada de una bondad tan pura, que en su parroquia de Neuilly tenía fama de ser un santo amado de Dios, cuyas oraciones conseguían milagros. Era el modelo; sólo tenía el gesto del sacerdote, sin el alma inmortal, como un sepulcro vacío en el que no quedase ni siquiera la ceniza de la esperanza; y mujeres dolorosas, parisienses que derramaban lágrimas, le adoraban, besaban su sotana; y una madre torturada, que tenía a su hijo en la cuna en peligro de muerte, le suplicaba que pidiese su curación a Jesús, segura de que Jesús se la concedería, en aquel santuario de Montmartre, donde llameaba el prodigio de su corazón encendido de amor.

Mientras tanto, Pedro, revestido con los hábitos sagrados, había llegado a la capilla de San Vicente de Paúl. Subió las gradas del altar y dio comienzo a la misa. Cuando se volvió con las manos extendidas para bendecir, apareció con su faz enjuta, su boca de una dulzura afinada por la amargura, sus tiernos ojos oscurecidos por el sufrimiento. No era ya el joven sacerdote con el rostro ardiendo de enfebrecida ternura, yendo a Lourdes, ni el de rostro iluminado de apóstol, partiendo hacia Roma. Su doble herencia en eterna lucha: de su padre había heredado la torre inexpugnable de su frente; de su madre, sus labios sedientos de amor; y continuaban el combate, toda la batalla humana entre el sentimiento y la razón, en aquel rostro ahora asolado, que dejaba traslucir en los momentos de olvido el caos de la angustia interior. Los labios confesaban también la sed insaciada de amar, de darse y de vivir, que él creía no poder colmar jamás; mientras que la amplia frente, la ciudadela de su sufrimiento, se empeñaba en no rendirse a los embates del error. Pero él se mantenía firme, ocultaba el espanto del vacío en que se debatía, seguía mostrándose magnífico, hacía los gestos y pronunciaba las pala-

bras soberanamente. Y la madre que estaba allí entre las mujeres arrodilladas; la madre que esperaba de él una intercesión suprema, que le creía en colloquio con Jesús para la salvación de su hijo, le veía resplandecer a través de sus lágrimas, con una belleza de ángel, mensajero de las gracias divinas.

Después del ofertorio, cuando Pedro descubrió el cáliz, se despreció a sí mismo. Su conmoción era demasiado profunda, cuando pensaba en aquellas cosas a pesar de todo. ¡Qué puerilidad había demostrado en sus dos pruebas, de Lourdes y de Roma! ¡Qué ingenuidad de pobre loco devorado por la necesidad de amar y de creer! ¡Haberse imaginado que la ciencia actual iba a armonizarse en él con la fe del año mil y, sobre todo, haber cometido la tontería de esperar que él, insignificante sacerdote, iba a dar lecciones al Papa, a inducirle a ser un santo y a cambiar la faz del mundo! ¡Estaba avergonzado! ¡Cómo debieron reírse de él! Luego, era su idea de un cisma la que le hacía subir los colores a la cara. Se veía en Roma, soñando con escribir un libro en el que se separaría violentamente del catolicismo para predicar la religión nueva de las democracias, el Evangelio depurado, humano y vivo. ¡Qué ridícula locura! ¡Un cisma! Conoció en París un abate de gran corazón y de gran talento que había intentado realizar aquel famoso cisma anunciado, esperado. ¡Ah! ¡Recordaba al pobre hombre, su triste y ridícula tarea en medio de la incredulidad universal, de la fría indiferencia de unos, de las burlas y las injurias de los más! Si Lutero resucitase en nuestros días, terminaría en un quinto piso de Batignolles, olvidado y muerto de hambre. Un cisma no puede triunfar en un pueblo que ya no cree, que se ha desinteresado de la Iglesia, para poner en otra parte su esperanza. Era todo el catolicismo, todo el cristianismo, lo que iba a desaparecer, pues el Evangelio, aparte algunas máximas morales, no constituía ya un código

social posible. Esta certidumbre aumentaba su tormento los días en que la sotana pesaba más a sus hombros, en que acababa por despreciarse, por celebrar así el misterio divino de aquella misa que se había convertido para él en el gesto de una religión muerta.

Pedro, que había llenado el cáliz a medias con el vino de las vinajeras, se lavó las manos, y divisó de nuevo aquella madre con su rostro de ardiente súplica. Entonces pensó, con un pensamiento de hombre caritativo ligado con un juramento, que continuaba siendo sacerdote, sacerdote sin creencias, sólo por nutrir con el pan de la ilusión las creencias de los demás. Pero aquella heroica actitud, aquel deber altivo en que se encerraba, no dejaba de sumirle en una angustia creciente. ¿No le ordenaba la simple probidad que colgase los hábitos y volviera entre los hombres? Su falsa situación le llenaba a ciertas horas de desprecio por su heroísmo inútil; y se preguntaba de nuevo si no era cobarde y peligroso dejar vivir a las multitudes en su superstición. Evidentemente, la falacia de un Dios justiciero y vigilante, de un paraíso futuro en el que se rescataban todos los sufrimientos de aquí abajo, pareció durante mucho tiempo necesaria a las miserias de los pobres humanos; pero ¡qué engaño, qué explotación tiránica de los pueblos! ¡Y cuánto más viril sería operar a los pueblos brutalmente, dándoles ánimos para vivir la vida real, aun entre lágrimas! Si se desviaban ya del cristianismo, ¿no era porque tenían necesidad de un ideal más humano, de una religión salvadora y alegre, que no fuese una religión de la muerte? El día que se viniera abajo la idea de caridad, el cristianismo se vendría abajo con ella porque está edificado sobre la caridad divina, corrigiendo la injusticia fatal, abriendo las recompensas futuras a quienes hubieran sufrido en esta vida. Y se venía abajo; los pobres ya no creían en ella, se irritaban ante aquel

paraíso engañoso, cuya promesa había alimentado durante tanto tiempo su paciencia; exigían que no se aplazase hasta el día siguiente a su muerte la adjudicación de su parte de felicidad. De todos los labios salía un grito de justicia, de justicia en este mundo, de justicia para los que tienen hambre, a quienes se cansa de auxiliar la limosna desde hace dieciocho siglos, y que no siempre tienen pan que comer.

Cuando, de codos sobre la mesa del altar, Pedro hubo vaciado el cáliz después de haber consumido la hostia, se sintió invadido por una angustia mayor. Así, pues, aquel combate supremo de la justicia contra la caridad, en el que iban a enfrentarse su corazón y su intelecto, en aquel gran París, tan velado por la ceniza, tan lleno de un terrible misterio, ¿era una tercera prueba que comenzaba para él? La necesidad de lo divino luchaba aún en él contra la inteligencia dominadora. ¿Cómo se iba a satisfacer nunca la sed de misterio de las multitudes? Exceptuada la minoría escogida, ¿bastaría la ciencia para amansar el deseo, suavizar las penas, satisfacer los sueños? ¿Y qué iba a ser de él mismo en el fracaso de aquella caridad que durante tres años le mantenía sólo en pie, ocupando todas sus horas, dándole la ilusión de consagrarse y de ser útil a los demás? De pronto faltaba la tierra bajo sus pies, no oía más que el grito del pueblo, del gran mudo, pidiendo justicia, quejándose y amenazando con recuperar su parte, que detentaban por la fuerza y el engaño. Ya nada podía aplazar la catástrofe inevitable, la guerra fratricida de clases que acabaría con el viejo mundo, condenado a desaparecer bajo el amontonamiento de sus crímenes. Esperaba la catástrofe en cualquier momento con una tristeza espantosa: París anegado en sangre, París ardiendo. Y su horror a la violencia le helaba, no sabía de dónde sacar la nueva creencia que había de conjurar el peligro, dándose perfecta cuenta de que los problemas social

y religioso eran sólo uno, que de él sólo se trataba en la espantosa y diaria tarea de País; pero se hallaba demasiado trastornado él mismo, demasiado aislado por su carácter de sacerdote, demasiado desgarrado por la duda y la impotencia, para decir aún dónde estaba la verdad, la salud, la vida. ¡Ah! ¡Estar sano, vivir, satisfacer al fin su razón y sus sentimientos en la paz, en el trabajo verdadero, simplemente honrado, que el hombre ha venido a cumplir sobre la tierra!

Acabada la misa, Pedro bajaba del altar, cuando al pasar junto a la madre llorosa, ésta cogió con sus manos temblorosas una punta de la casulla y la besó desatinadamente, como se besa la reliquia de un santo del que se espera la salvación. Le daba las gracias por el milagro que debía haber hecho, segura de encontrar sano a su niño. A Pedro le emocionó profundamente aquel amor, aquella fe ardiente, a pesar de la brusca angustia, que sintió con más espanto, de no ser el ministro soberano que aquella mujer creía, capaz de obtener de la muerte un aplazamiento. Pero la despidió consolada, fortalecida, y con ardiente afán suplicó a la Fuerza ignota y consciente, si existía alguna, que viniese en ayuda de la pobre criatura. Luego, cuando se hubo cambiado de ropa en la sacristía y se encontró fuera, ante la basílica, azotado por el cierzo, le recorrió de nuevo un escalofrío mortal, dejándole helado, mientras miraba, a través de la niebla, si el huracán de cólera y de justicia no había barrido a París —la catástrofe esperada que debía tragárselo una mañana—, no dejando bajo el cielo de plomo más que la charca apestada de sus escombros.

Pedro quiso cumplir enseguida el encargo del abate Rose. Siguió la calle de Norvins, en lo alto de Montmartre; llegó a la de los Sauces, por cuya pronunciada cuesta descendió, entre musgosos muros, al otro lado de París. Los tres francos que apretaba en su mano, en el fondo del bolsillo de su sota-

na, le llenaban a la vez de tierna emoción y de sorda cólera contra la inútil caridad. Pero a medida que iba bajando las cuestas, las gradas de escalinatas interminables, entrevistos rincones de miseria se le mostraban de nuevo, y una infinita piedad le oprimía el corazón. Existía allí todo un barrio nuevo en construcción, a lo largo de las amplias calles trazadas a partir de la gran obra del Sagrado Corazón. Y se levantaban ya altas y aburguesadas casas en medio de los jardines removidos, entre tierras incultas rodeadas todavía de vallas. Y con sus fachadas ricas, de una blancura nueva, sólo conseguían hacer más sombrías, más leprosas, las viejas casas vacilantes que quedaban en pie, las casitas de campo oscuras, con muros color sangre de toro; los grupos de casas negras y sucias, donde vivía hacinado el rebaño humano. Aquel día, con el cielo bajo, la niebla anegaba el pavimento hundido por las carretas; el deshielo empapaba los muros de una humedad glacial, y de tanta suciedad y sufrimiento surgía una tristeza atroz.

Pedro, que había llegado hasta la calle de Marcadet, volvió sobre sus pasos. Entró en la calle de los Sauces, seguro de no equivocarse, en el patio de una especie de cuartel o de hospital, rodeado por tres edificios irregulares. Aquel patio era una cloaca en la que debía haberse amontonado la basura durante los dos meses de terribles heladas; y ahora que todo se derretía, el lago de fango inmundo exhalaba un olor abominable. Los edificios medio se desplomaban: se abrían vestíbulos sorprendentes como bocas de cuevas, trozos de papel adornaban los cristales grasientos, colgaban pingajos míseros como si fueran banderas de la muerte. Al fondo del cuchitril que servía de alojamiento al portero, Pedro sólo vio un hombre achacoso envuelto en los despojos innominados de una viejísima manta de caballo.

—Aquí vive un viejo obrero que se llama Laveuve. ¿En qué escalera y en qué piso?

El hombre, sin contestar, abrió unos ojos inquietos de idiota asustado. La portera estaba sin duda cerca. El sacerdote esperó un instante; luego, viendo a una niña al fondo del patio, se aventuró y atravesó la cloaca, pisando de puntillas.

—Oye, pequeña, ¿conoces en la casa a un viejo obrero que se llama Laveuve?

La niña, cuyo enflaquecido cuerpo no estaba cubierto más que por un vestido de tela rosa hecho jirones, tiritaba y tenía las manos cubiertas de sabañones. Alzó su fino rostro, bonito bajo los mordiscos del frío.

—¿Laveuve? No; no sé, no sé...

Y con su gesto inconsciente de mendiga tendió una de sus pobres manos flacas y estropeadas. Luego, cuando Pedro le hubo dado una monedita blanca, se puso a corretear, como una cabra contenta, cantando con voz aguda:

—No sé, no sé, no sé...

Pedro decidió seguirla. La niña había desaparecido en uno de los sorprendentes vestíbulos; y subió tras ella una escalera sombría y fétida, con los escalones medio destrozados y tan resbaladizos por las mondaduras de legumbres, que tuvo que apoyarse en la cuerda grasienta, gracias a la cual podía uno izarse. Pero todas las puertas estaban cerradas. Llamó inútilmente en varias, y sólo obtuvo, como respuesta en la última, unos gruñidos ahogados, como si estuviera encerrado allí algún animal desesperado. Volvió otra vez al patio, titubeó y luego se adentró por otra escalera. Y ahora le ensordecieron gritos agudos, gritos de niño a quien degüellan. Subió hacia el ruido y al fin se encontró ante una habitación abierta de par en par, en donde un niño, al que habían dejado solo, atado a

su sillita, sin duda para que no se cayera, gritaba sin tomar aliento. Volvió a bajar de nuevo, trastornado, con la sangre helada ante tanta miseria y abandono.

Pero entraba una mujer llevando tres patatas en su delantal y, como él le preguntase, miró su sotana con desconfianza.

—Laveuve, Laveuve, no sé decirle. Si estuviera ahí la portera, tal vez ella se lo dijese... Comprenderá usted que hay cinco escaleras y no nos conocemos todos. Además se muda la gente con tanta frecuencia... No, mire usted ahí, al fondo, de todos modos...

La escalera del fondo era peor que las otras: los escalones torcidos, las paredes pegajosas, como bañadas en un sudor de angustia. En los descansillos se percibía un olor apestoso, y en todos los cuartos se oían lamentos, disputas, un ambiente espantoso de miseria. Sonó el golpazo de una puerta y apareció un hombre arrastrando a una mujer por los cabellos, mientras tres criaturitas lloraban. En el piso superior vio a medias en una habitación a una joven endablucha, tosiendo con la garganta deshecha ya, que paseaba violentamente a un niño para hacerle callar, desesperada de no tener más leche. Y luego, en una habitación inmediata, la visión desgarradora de tres seres semicubiertos de harapos, sin sexo ni edad, que en la desnudez absoluta del cuarto, comían glotonamente, en la misma cazuela, una bazofia que hubieran rechazado los perros. Apenas levantaron la cabeza, gruñeron, y no contestaron a las preguntas.

Iba Pedro a bajar cuando, en lo alto, a la entrada de un pasillo, intentó por última vez llamar a una puerta. Abrió una mujer, cuyos cabellos despeinados blanqueaban ya, aunque no debía de tener más de cuarenta años. Sus labios, pálidos; sus ojos, apagados, su faz, amarilla, denotaban una debilidad extrema, un aspecto de apocamiento y de continuo pavor, bajo

la encarnizada miseria. Se turbó a la vista de la sotana, y balbuceó inquieta:

—Entre, entre, señor abate.

Pero un hombre, a quien Pedro no había visto al principio, un obrero de unos cuarenta años también, alto, flaco, calvo, con las mejillas de un rojo descolorido, de bigotes y barba ralos, hizo un gesto de violencia, con la sorda amenaza de echar al sacerdote de su cuarto. Se calmó, sentóse cerca de una mesa coja e hizo como si le volviese la espalda. Había además una niña rubia, de once a doce años, de rostro alargado, con ese aspecto inteligente y de persona mayor que la gran miseria da a los niños. El hombre la llamó y la retuvo entre sus rodillas, sin duda para protegerla del contacto de la sotana.

Pedro, con el corazón oprimido ante aquella acogida, sintiendo la honda penuria de aquella familia en la habitación desnuda y sin lumbre, en la angustia triste de aquellos tres seres, se decidió no obstante a repetir la pregunta:

—Señora, ¿conoce usted en la casa a un viejo obrero que se llama Laveuve?

La mujer, temblando ahora por haberle hecho entrar, ya que aquello parecía disgustar a su hombre, intentó arreglar las cosas, tímidamente.

—Laveuve, Laveuve, no... Di, Salvat, ¿oyes? ¿Le conoces tú?

Salvat se contentó con encogerse de hombros. Pero la niña no pudo contener su lengua.

—Escucha, mamá Teodora... Tal vez sea «el Filósofo».

—Un antiguo obrero pintor —continuó Pedro—. Un viejo enfermo, que no puede ya trabajar.

Mamá Teodora se dio de pronto cuenta.

—Es él, es él, desde luego... Nosotros le llamamos «el Filósofo», un apodo que le han puesto en el barrio. Pero eso no quita para que se llame Laveuve.

Con uno de sus puños elevados hacia el techo, hacia el cielo, Salvat parecía protestar contra la abominación de un mundo y de un Dios que dejaban morir de hambre a los viejos trabajadores, como a caballos derrengados. Pero no habló; siguió sumido en un silencio huraño y grave, en aquella especie de horrible meditación en que se hallaba cuando apareció el sacerdote. Era mecánico y contemplaba obstinadamente su bolsa de herramientas colocada sobre la mesa, una pequeña bolsa de cuero, dentro de la cual abultaba algo, alguna pieza que devolver sin duda. Debía pensar en el largo paro, en su inútil esfuerzo por encontrar un trabajo cualquiera durante aquellos dos últimos meses de terrible invierno. O tal vez pensaba en las represalias próximas y sangrientas de los hambrientos, en el ensueño incendiario que llameaba en sus grandes ojos azules, extraños, vagos y ardientes. De pronto se dio cuenta de que su hija había cogido la bolsa e intentaba abrirla para ver lo que en ella había. Salvat tuvo un estremecimiento, y al fin habló con bondad y amargura, cediendo a la brusca emoción que le hacía palidecer.

—¿Quieres dejar eso, Celina? Te he prohibido que toques las herramientas.

Y cogió la bolsa y la depositó detrás de él, contra la pared, con grandes precauciones.

—Entonces, señora —preguntó Pedro—, ¿ese Laveuve vive en este piso?

La señora Teodora consultó a Salvat con una mirada temerosa.

Ella no era partidaria de maltratar a los curas, cuando éstos se

tomaban el trabajo de ir allí, porque a veces se ganaban algunas perras con ellos. Y cuando comprendió que Salvat, sumido de nuevo en su sombrío ensueño, la dejaba obrar a su antojo, se ofreció inmediatamente.

—Si el señor abate quiere, yo le acompañaré. Es precisamente al fondo del corredor. Pero hay que saber ir, porque aún hay que subir unos escalones.

Celina, viendo en aquello una diversión, se escapó de las rodillas de su padre, y acompañó también al sacerdote. Y Salvat se quedó solo en la habitación de pobreza y sufrimiento, de injusticia y de cólera, sin fuego, sin pan, atormentado por su ensueño ardiente, con los ojos fijos de nuevo en la bolsa, como si allí estuviera, junto a las herramientas, la salvación del mundo.

En efecto, tuvieron que subir unos escalones; y detrás de la señora Teodora y Celina, Pedro se encontró en una especie de estrecha buhardilla, un camaranchón de unos metros cuadrados, en el que no se podía estar de pie. La luz entraba por una reducida lumbrera; pero como la nieve cubría el cristal, para poder ver era preciso dejarla abierta de par en par. Entraba el deshielo, la nieve derretida, que inundaba el piso gota a gota. Después de aquellas largas semanas de frío intenso, la negra humedad inundaba todo con su escalofrío. Y allí, sin una silla, sin siquiera un trozo de tabla, en un rincón del piso desnudo, sobre un montón de guñapos inmundos, yacía Laveuve, como una bestia medio muerta sobre un montón de basuras.

—¡Mire! —dijo la niña con su voz cantarina—, ahí le tiene; ese es «el Filósofo».

La señora Teodora se inclinó para ver si seguía viviendo.

—Sí, respira, creo que duerme. Con sólo que comiera todos

los días se sostendría bien. Pero ¿qué quiere usted? Ya no tiene a nadie, y cuando lleva uno a costas setenta años, lo mejor sería tirarse al agua. En su oficio de pintor de fachadas, a veces a los cincuenta años ya no se puede trabajar sobre los andamios. Él encontró al principio trabajos de calle. Luego tuvo la suerte de emplearse como guarda de obras. Y ahora se acabó todo; le han despedido de todas partes y hace dos meses que ha venido a caer en este rincón, para morir. El dueño no se ha atrevido aún a echarlo a la calle, aunque no le faltan ganas. Nosotros, ¿sabe usted?, le traemos a veces un poco de vino, algún bocado. Pero cuando no tiene uno nada para sí, ¿cómo quiere usted que dé a los demás?

Pedro contemplaba, aterrado, aquella espantosa escoria humana, cincuenta años de trabajo, de miseria y de injusticia social, habían convertido a un hombre en aquello. Acabó por distinguir la blanca cabeza, consumida, deprimida, deformada. Toda la catástrofe del trabajo sin esperanza en un rostro humano. La barba descuidada, enmarañaba las facciones, dándole el aspecto de un caballo viejo sin esquilar, con las mandíbulas desencajadas, al no tener ya los dientes. Unos ojos vidriosos, una nariz que se hundía en la boca. Y, sobre todo, aquel aspecto de bestia contrahecha por las fatigas del oficio, lisiada, derrengada, que servía únicamente para el matadero.

—¡Ah, pobre hombre! —murmuró trémulo el sacerdote—. ¡Y le dejan morir de hambre, solo, sin una ayuda! ¡No le ha recogido ni un hospicio, ni un asilo!

—¡Bueno, bueno! —repuso la señora Teodora, con su voz doliente y resignada—. Los hospitales están hechos para los enfermos, y él no está enfermo; es, sencillamente que se acaban sus fuerzas. Además, no siempre tiene buen carácter; hace poco vinieron a buscarle para llevarle a un asilo; pero él no

quiere que le encierren, y contesta groseramente a los que le preguntan, sin contar que tiene fama de beber y de hablar mal de los burgueses... ¡Ah! ¡Gracias a Dios que bien pronto se verá libre de todo!

Pedro se inclinó al ver que los ojos de Laveuve se abrían por completo; le habló con ternura y le contó que venía de parte de un amigo a llevarle algún dinero para que comprase lo que le fuera más necesario. Al principio, viendo una sotana, el viejo rezongó unas palabrotas. Pero, a pesar de todo, aún en aquella extrema debilidad, conservaba la socarronería del obrero parisino.

—Entonces, me beberé con mucho gusto unas copas —dijo con voz clara—, y si es posible, con un cacho de pan, pues hace ya dos días que no lo pruebo.

Celina se ofreció, y la señora Teodora la envió a buscar un pan y un litro de vino con el dinero del abate Rose. Mientras volvía la niña, contó a Pedro cómo Laveuve debía haber ingresado en el Asilo de Inválidos del Trabajo, una institución benéfica, en que las señoras que formaban su patronato estaban presididas por la baronesa Duvillard; pero la investigación reglamentaria dio origen, sin duda, a un informe de tal género, que el asunto no pasó de allí.

—Conozco a la baronesa Duvillard. ¡Voy a ir a verla hoy mismo! —exclamó Pedro, cuyo corazón sangraba—. Es imposible dejar por más tiempo a un hombre en esta situación.

Cuando Celina volvió con el pan y el litro de vino, acomodaron entre los tres a Laveuve, le incorporaron sobre un montón de harapos, le hicieron beber y comer, dejaron cerca de él el resto del vino y del pan, un gran pan de cuatro libras, y le aconsejaron que no se lo comiese todo de una vez, para no ahogarse.

—El señor abate debía darme sus señas, por si acaso tengo que comunicarle algo —dijo la señora Teodora, cuando llegó a su puerta.

Pedro no tenía tarjetas de visita, y los tres entraron en el cuarto. Pero Salvat no estaba ya solo. De pie, hablaba solo, muy de prisa y desde muy cerca, con un joven de unos veinte años. Éste, delicado, moreno, con el pelo recortado en forma de cepillo y la barba incipiente, tenía los ojos claros, la nariz recta, los labios finos, en un rostro pálido de viva inteligencia, con algunas pecas. Tiritaba bajo su chaqueta usadísimas. Su frente era altiva.

—Es el señor abate que quiere dejarme sus señas para lo de «el Filósofo» —explicó con calma Teodora, contrariada al encontrar gente allí.

Los dos hombres miraron al sacerdote y luego se miraron a su vez con una terrible expresión. Callaron bruscamente, bajo el frío glacial que entraba por el techo.

Salvat, siempre con grandes precauciones, fue a coger su bolsa de herramientas, apoyada junto a la pared.

—¿Vas a bajar entonces a buscar trabajo otra vez?

El hombre no contestó; hizo tan sólo un gesto de cólera, como diciendo que ya no quería trabajo, ya que el trabajo no había querido nada con él, desde hacía tanto tiempo.

—De todos modos, procura traer algo, pues ya sabes que aquí no hay nada... ¿A qué hora volverás?

Con un nuevo gesto pareció contestar que volvería cuando pudiese, nunca quizá, y como, a pesar de sus esfuerzos heroicos, se le llenasen de lágrimas sus ojos azules, en los que brillaba un fulgor, cogió a su hija Celina, la besó violentamente, locamente, y luego se marchó con su bolsa debajo del brazo, seguido por su joven compañero.

—Celina —dijo la señora Teodora—, da tu lápiz al señor cura. Mire usted, póngase ahí, que estará mejor para escribir.

Y luego, cuando Pedro se colocó ante la mesa, en la silla que Salvat había ocupado:

—No es malo —continuó como para disculpar a su hombre de no ser tan fino—; pero ha tenido demasiados disgustos en la vida y eso le ha trastornado un poco. Es como ese muchacho que acaba usted de ver, el señor Víctor Mathis, otro que no es feliz; un chico muy bien educado, muy instruido, cuya madre, viuda, tiene lo justo para comer. Así se comprende, ¿verdad?, que eso les trastorne la cabeza y que hablen de volar a todo el mundo. Yo no tengo esas ideas, pero les perdono de todo corazón.

Turbado, interesado por todo lo espantoso y desconocido que sentía a su alrededor, Pedro no se apresuró a escribir la dirección, escuchando, provocando las confidencias.

—¡Si usted supiera, señor abate, lo que ha sido ese pobre Salvat! Un niño abandonado, sin padre ni madre, que ha vagado por los caminos, que ha tenido que dedicarse antes a todos los oficios para vivir. Luego se hizo mecánico y era un excelente obrero. Se lo aseguro, muy listo y muy trabajador. Pero tenía ya sus ideas, se peleaba y quería atraer a los compañeros, de tal manera que no paraba en ninguna parte. En fin, a los treinta años cometió la tontería de marcharse a América con un inventor, que lo explotó allí en tal forma, que al cabo de seis años volvió enfermo y sin un céntimo... Debo decirle a usted que se casó con mi hermana menor, Leonia, y que ésta murió antes de marchar Salvat a América, dejándole la pequeña Celina, que tenía un año. Yo vivía entonces con mi marido, Teodoro Labitte, un albañil, y no es por alabarme, pero aunque me dejaba los ojos sobre la costura, él me zurraba hasta dejarme sin sentido, tirada en el suelo. Acabó por abando-

narme, y se fue con una jovencuela de veinte años, cosa que me causó más satisfacción que pena... Y, naturalmente, cuando Salvat, a su regreso de América, me encontró sola con su pequeña Celina, que él me había confiado al marcharse, y que me llamaba mamá, nos pusimos a vivir juntos, ¡la fuerza de las cosas! No estamos casados; pero ¿no es verdad, señor abate, que es como si lo estuviéramos?

Se sintió, no obstante, algo cohibida, y para demostrar que no carecía de parientes decentes, repuso:

—Yo no he tenido suerte; pero tengo otra hermana, Hortensia, casada con un empleado, el señor Chrétiennot, y que vive en un bonito piso del bulevar Rochechouart. Eramos tres, de un segundo matrimonio: Hortensia, la más joven; Leonia, que ha muerto, y yo, la mayor, que me llamo Paulina... Y tengo, además, del primer matrimonio, un hermanastro, Eugenio Toussaint, diez meses mayor que yo, mecánico también, que trabaja desde la guerra en la misma casa, la fundición Grandidier, a cien pasos de aquí, en la calle Marcadet. Lo malo es que ha tenido un ataque hace poco... Yo he perdido la vista, me la he dejado trabajando diez horas diarias en la costura. Ya ni siquiera puedo hacer un remiendo sin que me cieguen las lágrimas. He buscado trabajo de asistenta y no lo he encontrado; la desgracia se encarniza con nosotros. Ahora carecemos de todo, estamos en la última miseria; nos pasamos muchas veces dos y tres días sin comer; una vida de perro que se alimenta con lo que se encuentra por casualidad, y para colmo, estos dos últimos meses de grandes fríos, que nos han helado de tal modo, que algunas mañanas hemos creído que ya no volveríamos a despertar... ¿Qué quiere usted? Nunca he sido feliz: antes zurrada, ahora agotada, tirada en un rincón, viviendo ni yo misma sé por qué.

Su voz tembló de pronto, sus ojos, enrojecidos, se llenaron de

lágrimas, y Pedro la vio así llorosa siempre en la vida, mujer honrada y sin voluntad, como borrada ya de la vida, en un hogar sin amor, al azar de los acontecimientos.

—No me quejo de Salvat —siguió diciendo—. Es un hombre honrado; no sueña más que con el bienestar de todos, no bebe, trabaja cuando puede... Ahora que, si se ocupara menos de política, trabajaría con más frecuencia. No se puede discutir con los camaradas, ir a las reuniones y estar en el taller. En eso esta equivocado evidentemente... Lo cual no quita para que tenga razón en quejarse; no es posible imaginar un encarnizamiento parecido de la desgracia: todo le ha caído encima, todo le agobia. Hasta un santo se volvería loco, y se comprende que un pobre, un desgraciado, acabe por volverse rabioso... Desde hace dos meses no ha encontrado más que un buen corazón, un sabio, que vive allá arriba, en la colina, el señor Guillermo Froment, que le ha proporcionado algún trabajo para poder comer a veces.

Muy sorprendido al oír nombrar a su hermano, Pedro quiso hacer ciertas preguntas; pero un malestar extraño, mezcla de discreción y de temor, le hizo callar. Miró a Celina, que había escuchado, de pie ante él, muda, con su aspecto grave y enfermizo. Y la señora Teodora, viendo sonreír a la niña, hizo una última reflexión.

—Mire usted, es sobre todo la idea de esta pequeña la que le pone fuera de sí. La adora. Mataría a todo el mundo cuando la ve acostarse sin cenar. ¡Es tan bonita y aprendía tan bien en la escuela municipal! Ahora ni siquiera tiene camisa con que ir al colegio.

Pedro, que había escrito por fin sus señas, deslizó una moneda de cinco francos en la mano de la niña, y deseando interrumpir las palabras de agradecimiento, se apresuró a decir:

—Ya sabe usted donde encontrarme si tiene necesidad de mí para Laveuve. Aunque voy a ocuparme esta misma tarde de su asunto, y creo que esta noche vendrán a buscarlo.

La señora Teodora no escuchaba, se deshacía en bendiciones, mientras que Celina, asombrada de ver cinco francos en su mano, murmuraba:

—¡Y el pobre papá que ha salido en busca de unos cuartos! ¿Por qué no corremos a decirle que tenemos dinero para hoy?

El sacerdote, ya en el corredor, oyó que la mujer contestaba:

—Si no se ha detenido estará ya muy lejos. Tal vez vuelva.

Cuando Pedro escapó de la horrible y dolorosa casa, con la cabeza trastornada, arrasado el corazón por la tristeza, tuvo la sorpresa de ver a Salvat y a Víctor Mathis, parados, de pie, en un rincón del patio inmundo, de olores pestilentes de cloaca. Habían bajado para seguir allí la conversación interrumpida en el cuarto. Hablaban siempre muy bajo y muy de prisa, con los rostros pegados, entregados a la violencia con que ardían sus ojos. Pero al oír un ruido de pasos, reconocieron al sacerdote, y de pronto, fríos y tranquilos, sin agregar una palabra, cambiaron un fuerte apretón de manos. Víctor subió hacia Montmartre. Salvat titubeó como un hombre que consulta al destino. Luego, caminando huraño, al azar, irguiendo su enflaquecido cuerpo de trabajador cansando y hambriento, dio la vuelta por la calle de Marcadet, y se dirigió hacia París con su bolsa de herramientas debajo del brazo.

Pedro pensó un instante en correr y gritarle que su hija le llamaba, arriba. Pero sintió el mismo malestar, mezcla de discreción y de temor, la oculta certeza de que nada podría detener el destino. Él mismo, no estaba ya tranquilo, no sentía su angustia fría y desesperada de por la mañana. Al encontrarse de nuevo entre la helada niebla de la calle, sentía su fiebre, su

pasión caritativa, reanimada con la visión de la espantosa miseria, siempre creciente. ¡No, no! Era demasiado dolor, quería luchar aún, salvar a Laveuve, llevar un poco de alegría a tanta pobre gente. La nueva prueba se planteaba en aquel París, que él había visto velado por un cendal grisáceo, tan misterioso y tan turbador, bajo la amenaza de la inevitable justicia. Y soñaba con un gran sol saludable y fecundo, que convertiría a la ciudad en el inmenso campo de fértil cosecha, donde brotaría el mundo mejor del mañana.

II

AQUELLA mañana, como casi todos los días, había almuerzo íntimo en casa de los Duvillard: unos cuantos amigos que más bien se invitaban que eran invitados. Y en aquel día glacial de deshielo y de niebla, el regio palacio de la calle Godot-de-Mauroy, cerca del bulevar de la Magdalena, florecía con las flores más raras, pasión de la baronesa, que transformaba las espaciosas habitaciones suntuosas, abarrotadas de maravillas, en invernaderos tibios y olorosos, donde la pálida y triste luz de París se convertía en una caricia de infinita dulzura.

Los grandes salones de recepción estaban en la planta baja, dando al amplio patio, precedidos de un jardincillo de invierno, que servía de vestíbulo acristalado, y en el que permanecían constantemente dos lacayos, de librea verde y oro. El ala norte, la ocupaba totalmente una célebre galería de cuadros valorada en millones. La escalera de honor, de una riqueza asimismo famosa, llegaba hasta las habitaciones ocupadas habitualmente por la familia: un gran salón rojo, un saloncito azul y plata, un despachito, con las paredes recubiertas de cuero viejo, un comedor verde pálido, amueblado a la inglesa, sin contar las alcobas ni los cuartos de aseo. El palacio, construido en el reinado de Luis XIV, conservaba toda una noble grandeza, estaba como conquistado y sometido al gusto gozador de la burguesía triunfante, que reinaba desde hacía un siglo por la omnipotencia nueva del dinero.

No eran aún las doce, y el barón se encontró, a despecho de su costumbre, con que llegaba el primero al saloncito azul y plata. Era un hombre de sesenta años, alto y robusto, de gran

nariz, mejillas llenas y ancha boca, carnosa, con dientes de lobo, muy hermosos. Pero habíase quedado calvo muy pronto, se teñía el poco pelo que le quedaba e iba completamente afeitado, desde que le empezó a blanquear la barba. Sus ojos grises proclamaban su audacia y su risa trompeteaba su conquista. Y todo su rostro expresaba la posesión de aquella conquista, la realeza del amo, sin escrúpulos, que usaba y abusaba del poder robado y conservado por su casta.

Dio unos pasos y se detuvo, cerca de la ventana, ante un maravilloso cesto de orquídeas.

Su abuelo, Jerónimo Duvillard, hijo de un abogadillo de Poitou, llegó a París, como escribiente de un notario, en 1788, a los dieciocho años de edad, y muy agrio, inteligente, hambriento, ganó los tres millones primeros al comienzo, especulando con los bienes nacionales, y luego como proveedor de los ejércitos imperiales. Su padre, Gregorio Duvillard, hijo de Jerónimo, nacido en 1805, el verdadero gran hombre de la familia, el que primero reinó en la calle Godot-de-Mauroy, después que el rey Luis Felipe le hubo concedido el título de barón, había quedado como uno de los héroes de la finanza moderna por sus escandalosas ganancias con la Monarquía de julio y bajo el Segundo Imperio, en todos los célebres robos de las especulaciones, las minas, los ferrocarriles, Suez. Y él, Enrique, nacido en 1836, no se dedicó seriamente a los negocios hasta los treinta y cinco años, después de la guerra, a la muerte de su padre; pero lo hizo con tan desaforado apetito, que aun duplicó la fortuna en el transcurso de un cuarto de siglo.

El artículo que el barón releía en un periódico de cinco céntimos le interesaba. «La Voz del Pueblo» era un libelo que, con el pretexto de defender la justicia y la moral ultrajadas, lanzaba todas las mañanas un escándalo nuevo, con la espe-

ranza de aumentar su tirada. Y aquella mañana se destacaba este título, con grandes caracteres: «El negocio de los Ferrocarriles Africanos. Una comisión de cinco millones. Dos ministros vendidos. Treinta diputados y senadores comprometidos». Luego, en un artículo de una violencia odiosa, el redactor en jefe, el famoso Sanier, anunciaba que tenía en su poder y que publicaría la lista de los treinta y dos parlamentarios, cuyos votos había comprado el barón Duvillard a raíz de la votación en las Cámaras de los Ferrocarriles africanos. Mezclábase con esto toda una historia romántica, las aventuras de un tal Hunter, a quien el barón había utilizado como intermediario, y que había desaparecido. Muy tranquilo el barón, releía las frases, pesaba cada palabra, y aunque estaba solo, se encogió de hombros, hablando en voz alta, con la tranquila seguridad del hombre que se halla a cubierto y que es demasiado poderoso para que nadie le inquiete.

—¡Este imbécil sabe todavía menos de lo que dice!

Pero en aquel preciso momento llegaba el primer invitado, un muchacho de treinta y cuatro años apenas, vestido elegantemente, guapo, moreno, de ojos risueños y nariz fina, con la barba y el pelo rizados y con cierto atolondramiento y cierta soltura que le daban el aspecto de un pájaro. Aquella mañana, por excepción, parecía nervioso, inquieto, y tenía una sonrisa asustadiza.

—¡Ah, es usted, Dutheil! —dijo el barón levantándose—. ¿Ha leído esto?

Y le enseñó «La Voz del Pueblo», que volvía a doblar, para metérselo en el bolsillo.

—Sí, lo he leído. ¡Es una locura! ¿Cómo ha podido llegar a manos de Sanier la lista de los nombres? ¿Ha habido entonces algún traidor?

El barón le miraba apaciblemente, divertido con su secreta angustia. Hijo de un notario de Angulema, casi pobre y muy honrado, enviado por aquella ciudad a París como diputado, muy joven aún, se festejaba allí, gracias a la buena fama de su padre y había vuelto a su vida de holganza y de placer de otros tiempos, cuando era estudiante; pero su agradable piso de soltero de la calle de Surêne, sus éxitos de hombre guapo en el torbellino femenino en que vivía, le costaban mucho dinero, y alegremente, sin el menor sentido moral, se había dejado escurrir ya a todos los compromisos, a todas las flaquezas, como hombre ligero y superior, como muchacho seductor e inconsciente que no daba ninguna importancia a aquellas nimiedades.

—¡Bah! —dijo al fin el barón—. ¿Tiene acaso Sanier la lista? Lo dudo, pues no se ha hecho lista alguna, como Hunter no haya cometido la tontería de hacerla... Y, además, ¿qué? El negocio es corriente, no se ha hecho más de lo que se hace siempre en asuntos parecidos.

Lleno de ansiedad por primera vez en su vida, Dutheil le escuchaba con el afán de tranquilizarse.

—¿Verdad que sí? —exclamó—. Eso mismo me he dicho yo. Eso es una insignificancia.

Intentaba recobrar su sonrisa, y no sabía ya cómo había podido cobrar una decena de miles de francos en la aventura, a título de préstamo aparente, o con el pretexto de una publicidad ficticia, porque Hunter se mostró muy hábil para no ofender el pudor de las conciencias, hasta el de las menos virginales.

—Una verdadera insignificancia —repitió Duvillard, a quien la cara de Dutheil divertía decididamente—; y, además, es cosa bien sabida, mi querido amigo, que los gatos caen siem-

pre de pie. ¿Ha visto usted a Silviana?

—Vengo de su casa; la he encontrado furiosa con usted... Se ha enterado esta mañana de que se ha ahogado su asunto de la Comedia Francesa.

Bruscamente una oleada de cólera tiñó de rojo el rostro del barón. Él, tan tranquilo, tan socarrón ante la amenaza del escándalo de los Ferrocarriles africanos, perdía los estribos y le ardía la sangre en cuanto se trataba de aquella mujer, la última e imperiosa pasión de sus sesenta años.

—¿Cómo que se ha ahogado? ¡Pero si anteayer mismo me hicieron en el ministerio una promesa casi formal!

Era un capricho obstinado de aquella Silviana d'Aulnay, que hasta entonces no había tenido en el teatro más que éxitos de belleza, y que se proponía ingresar en la Comedia para inaugurar su actuación con el papel de Paulina, de «Polyeucte», papel que estudiaba con pasión desde hacía meses. Empeño que parecía absurdo; todo París se reía de ello, pues la damisela tenía fama de ser de una perversión abominable, de poseer todos los vicios y todos los gustos. Pero ella lo pregonaba con soberbia, exigía el papel segura de vencer.

—Es el ministro quien se ha opuesto —explicó Dutheil.

El barón se sofocaba.

—¡El ministro, el ministro! ¡Voy a hacer saltar a ese ministro!

Tuvo que callarse, pues la baronesa Duvillard entraba en el saloncito. A los cuarenta y seis años, era todavía muy bella. Muy rubia, alta, sólo un poquito gruesa, sus hombros y brazos seguían siendo admirables y tenía una piel de seda sin un defecto; únicamente el rostro se había ajado: una leve marchitez y unos barros invasores, que constituirán su tormento, su constante preocupación. Su origen judío se delataba en su

rostro, algo alargado, de un extraño encanto y en sus ojos azules de una dulzura voluptuosa. Indolente como una esclava oriental, detestando moverse, andar e incluso hablar, parecía hecha para un harén, dedicada al continuo cuidado de su persona. Aquel día iba completamente de blanco: un traje de seda de una deliciosa y resplandeciente sencillez.

Con aire extasiado, Dutheil la cumplimentó y le besó la mano.

—¡Ah, señora, trae usted un poco de primavera a mi alma! ¡Está París tan gris y tan enlodado esta mañana!

Pero llegaba un segundo invitado, un hombre alto y guapo, de treinta y cinco a treinta y seis años, y el barón, agitado por su pasión, aprovechó aquella llegada para escaparse. Se llevó a Dutheil a su despacho, que estaba cerca, diciéndole:

—Venga usted, querido. Tengo algo más que decirle sobre este asunto... El señor de Quinsac hará un momento compañía a mi mujer.

Y en cuanto estuvo ella sola con el recién llegado, que también le había besado la mano con mucho respeto, le miró en silencio, largamente, mientras sus dulces y bellos ojos se llenaban de lágrimas. En el profundo silencio, un poco embarazoso, que reinó, le dijo, al fin, en voz muy baja:

—¡Gerardo mío, qué feliz al verme sola contigo un momento! Hace ya más de un mes que no me has proporcionado esta dicha.

La explicación de cómo Enrique Duvillard se casó con la hija menor de Justo Steinberger, el gran banquero judío, era una historia ya legendaria. Lo mismo que los Rothschild, los Steinberger eran al principio varios hermanos, cuatro: Justo, que vivía en París, y los otros tres, que vivían en Berlín, Viena y Londres, lo cual daba a su secreta asociación un poder

formidable, una soberanía internacional y omnipotente sobre los mercados financieros de Europa. Justo era, sin embargo, el menos rico de los cuatro, y tenía en el barón Gregorio un temible adversario, contra el cual había de luchar ante todas las grandes presas. Y a consecuencia de un choque terrible entre ellos, después del ávido reparto del botín, se le ocurrió la profunda idea de casar, a título de premio, a su hija menor, Eva, con el hijo del barón, Enrique. Hasta entonces sólo tenía a éste por un muchacho agradable, hombre de caballos y de club, y los cálculos de Justo eran sin duda a la muerte del temido barón, condenado ya, apoderarse del Banco rival, si frente a él no quedaba más que un yerno fácil de vencer. Precisamente, Enrique se había enamorado, con una violenta pasión, de la belleza rubia de Eva, deslumbradora entonces. Quiso que fuese suya, y el padre, que conocía a su hijo, consintió muy divertido en el fondo por el mal negocio que hacía Justo. En efecto, resultó desastroso para este último cuando apareció en Enrique, al suceder a su padre, el hombre de presa que había debajo del hombre gozador y que se reservó la parte del león en la explotación de los apetitos desencadenados de la democracia burguesa, dueña al fin del poder. No sólo Eva no se comió a Enrique, convertido a su vez en un banquero omnipotente, en el barón Duvillard, más dueño que nunca del mercado, sino que fue el barón quien se comió a Eva, quien la devoró en menos de cuatro años. Después de tener enseguida con ella una niña y un niño, se alejó brusca-mente de Eva durante el último embarazo, como si le asqueara el ardor que había puesto en poseerla; como se aparta una fruta de la que uno se ha saciado. Al principio, ella se mostró sorprendida y dolida de la aventura al saber que él volvía a su vida de soltero y que tenía amores fuera de su casa. Luego, sin recriminaciones de ninguna especie, sin cólera, sin intentar siquiera reconquistarle, tuvo, a su vez, un amante. No po-

día vivir sin ser amada, no había nacido, evidentemente, más que para ser bella, para gustar, para pasar los días en unos brazos de adoración y de caricia. El amante que escogió a sus veinticinco años lo conservó durante más de quince; le fue perfectamente fiel, como hubiera sido fiel a su marido. Y cuando murió experimentó una gran tristeza, fue para ella como una viudedad. Seis meses después conoció al conde Gerardo de Quinsac; no pudo resistir de nuevo a su necesidad de cariño y se entregó.

Gerardo mío —continuó con su aire de maternidad amorosa, viendo cohibido al joven—, ¿has estado enfermo, me ocultas alguna contrariedad?

Tenía diez años más que él y se aferraba desesperadamente a aquel último amor, adorando al guapo mozo con todo su ser, que se resistía a envejecer, dispuesta a luchar para retenerle, a pesar de todo.

—No, no te oculto nada, te lo aseguro —contestó el conde—. Mi madre me ha entretenido mucho estos días.

Gerardo estaba orgulloso de aquella gran ternura conmovedora. Pero llegaba el hastío. Había intentado romper sus relaciones, procurando evitar las citas; y comprendía perfectamente lo que ella le pedía con sus ojos suplicantes.

—Te aseguro —repetía, cediendo ya—; mi madre ni me ha dejado un día libre. Como es natural, a mí me hubiera encantado...

Sin decir una palabra, seguía ella implorándole, y asomaron unas lágrimas al borde de sus párpados. Hacía un mes largo que él no la recibía en el cuartito donde se veían, en la calle Matignon, al fondo de un patio. Bueno y débil como ella, desesperado de aquel minuto de soledad en que los habían dejado, cedió, incapaz de negarse más.

—Pues bien, esta tarde si quieres. A las cuatro, como de costumbre.

Había él bajado la voz, pero un ruido ligero le hizo volver la cabeza con el estremecimiento de un hombre cogido en falta. Entraba Camila, la hija de la baronesa. No había oído nada, pero en la sonrisa de los dos amantes, en la propia vibración del aire, lo comprendió todo: una cita más, allá, en la calle que ella sospechaba, y para aquel mismo día. Hubo un momento embarazoso, un cambio de miradas, inquietas y hostiles.

Camila era a los veintitrés años una mujercita muy morena, medio contrahecha, con un hombro más alto que otro. No había heredado nada de su padre ni de su madre: era uno de esos accidentes imprevistos en la descendencia de una familia, que hacen que la gente se pregunte de qué pueden provenir. Su único orgullo eran sus bellos ojos negros y su cabellera negra admirable, que, dada su pequeña estatura, hubiera bastado para vestirla, según decía ella misma. Pero la nariz era larga, el rostro estaba torcido a la izquierda y tenía los rasgos defectuosos y una barbilla puntiaguda. La boca, fina, espiritual, maligna, denotaba el rencor acumulado, la cólera depravada que había en el fondo de aquella mujer fea, rabiosa de serlo. Con toda seguridad la criatura a quien más odiaba en el mundo era su madre, que no la había querido jamás, que jamás se había ocupado de ella, después de haberla dejado, desde la cuna, en manos de la servidumbre. De modo que entre las dos mujeres habíase acumulado un odio verdadero, mudo y frío en una, activo y apasionado en la otra. La hija odiaba a su madre porque la encontraba bella y la acusaba de no haberla hecho a su imagen, bella, con aquella belleza con que la abrumaba. Su sufrimiento constante era no ser deseada, sentir que todos los deseos iban aún hacia su madre. Como

era de una maldad divertida, la escuchaban, hacía reír; sólo que las miradas de todos los hombres, hasta de los más jóvenes, sobre todo de los más jóvenes, se volvían enseguida hacia aquella madre triunfante que no quería envejecer. Y entonces fue cuando ella decidió, con su feroz voluntad, quitarle su último amante, casarse con Gerardo, cuya pérdida mataría sin duda a su madre. Gracias a sus cinco millones de dote, no le faltaban pretendientes; pero, poco halagada, tenía la costumbre de decir con su risa perversa: «¡Ah, sí! ¡Por cinco millones serían capaces de ir a buscar una mujer al Asilo!».

Luego empezó ella también a amar a Gerardo, que, por bondad de corazón, se mostraba amable con aquella medio inválida. Sufría viéndola abandonada y se entregaba poco a poco a la ternura agradecida que ella le demostraba, feliz él, el hombre guapo, de ser el dios, de tener aquella esclava; y en su intento de ruptura con la madre, que pesaba ya en sus brazos, entraba ciertamente el pensamiento de casarse con la hija, lo que era, en suma, un final muy agradable, aunque él, avergonzado, preocupado por su apellido ilustre, y por todas las complicaciones y todas las lágrimas que preveía, no lo confesase aún.

Continuaba el silencio. La mirada aguda de Camila, tajante como una daga, decía a su madre que lo sabía todo; luego se quejó a Gerardo, con otra mirada dolorosa. Éste, para restablecer el equilibrio entre las dos mujeres, no encontró más salida que una galantería:

—Buenos días, Camila... ¡Qué vestido color tabaco! ¡Es maravilloso cómo le sientan a usted los tonos un poco oscuros!

Camila echó un vistazo al vestido blanco de su madre: luego se miró el suyo, que dejaba asomar apenas su cuello y sus muñecas.

—Sí —contestó riendo—; no estoy pasable más que cuando no me visto de soltera.

Eva, molesta, inquieta al sentir crecer una rivalidad en la que no quería creer aún, cambió la conversación.

—¿Es que no está ahí tu hermano?

—Sí, hemos bajado juntos.

Jacinto, que entraba, estrechó la mano de Gerardo con aire fatigado. Tenía veinte años y había heredado de su madre su pálido pelo rubio, su rostro alargado de oriental languidez; de su padre, sus ojos grises, su boca gruesa, de gozador sin escrúpulos. Malísimo estudiante, decidió no hacer nada, despreciando por igual todas las profesiones; se interesaba por la poesía y por la música y, mimado por su padre, vivía entre un mundo extraordinario de artistas, de mujeres, de locos y de bandidos, ufanándose él mismo de vicios y de crímenes, fingiendo horror a la mujer, profesando las peores ideas filosóficas y sociales, cayendo siempre en los peores extremismos, sucesivamente colectivista, individualista, anarquista, pesimista, simbolista, hasta sodomita, sin dejar de ser católico, cosa de gran tono. En el fondo era simplemente un muchacho vacío y algo tonto. En cuatro generaciones la sangre vigorosa y hambrienta de los Duvillard, después de producir tres bellos animales de presa, decaía repentinamente, como agotada por la saciedad, hasta aquel andrógino abortado, incapaz incluso de los grandes atentados y de los grandes libertinajes.

Camila, que era demasiado inteligente para no percibir aquel vacío en su hermano, se burlaba de él; y prosiguió, mirándole, ceñido con su larga levita, de amplios faldones, una prenda que representaba una resurrección romántica, exagerada por él:

—Mamá pregunta por ti, Jacinto. Ven a enseñarle tu creación.

Tú sí que resultarías bonito vestido de muchacha.

Jacinto se escurrió sin contestar.

Los dos últimos invitados a quienes se esperaba llegaron casi juntos. Primero, el juez de instrucción, Amadiou, íntimo de la casa, un hombrecillo de cuarenta y cinco años, a quien acababa de poner en candelero un reciente asunto anarquista. Tenía un rostro vulgar, de facciones regulares de magistrado, con grandes patillas rubias, rostro que intentaba hacer sutil, usando un monóculo, tras el cual chispeaba su mirada. Muy mundano por otra parte, pertenecía a la nueva escuela, era un psicólogo distinguido, autor de un libro en respuesta a los abusos de la fisiología criminalista; de una ambición tenaz, enamorado de la publicidad, estaba siempre al acecho de esos asuntos ruidosos que proporcionan la gloria. Y, finalmente, apareció el general De Bozonnet, tío materno de Gerardo, un viejo alto y flaco, con una nariz de ave de rapiña, a quien el reúma había obligado a pedir recientemente el retiro. Ascendido a coronel después de la guerra, en recompensa a su actuación en Saint-Privat, guardaba fidelidad a Napoleón III, a pesar de sus ideas profundamente monárquicas. Los de su rango le toleraban aquella especie de bonapartismo militar, por la amargura que ponía al acusar a la República de haber acabado con el ejército. Hombre honrado, sintiendo adoración por su hermana, la señora de Quinsac, parecía obedecer sobre todo a un secreto deseo de ésta, al aceptar las invitaciones de la baronesa, como para hacer más natural y disculpable la continua presencia de Gerardo en casa de aquélla.

El barón y Dutheil volvían del despacho riéndose con fuerza, con una risa exagerada, sin duda para hacer creer en la perfecta libertad de su espíritu. Pasaron todos al comedor, donde ardía un gran fuego, cuyas alegres llamas brillaban como un sol de primavera, entre los finos muebles ingleses de caoba

clara, cargados de objetos de plata y de cristalería. La habitación, de un verde musgo suave, tenía un encanto discreto bajo la pálida luz del día, y la mesa, en el centro, con la riqueza de su vajilla y la blancura de su mantel, adornado con encaje de Venecia, parecía haber florecido milagrosamente: toda una floración de gruesas rosas de té, admirables, dada la estación, y de un perfume delicioso.

La baronesa sentó al general a su derecha y a Amadiou a su izquierda. El barón colocó a su derecha a Dutheil y a su izquierda a Gerardo. Los dos hijos se sentaron en las dos cabezas: Camila, entre Gerardo y el general; Jacinto, entre Dutheil y Amadiou. Y enseguida, desde los huevos revueltos con trufas, se animó la conversación familiar y alegre, esa conversación de los almuerzos de París, por la que desfilan los sucesos grandes y pequeños de la víspera y los acaecidos durante la mañana, las verdades y las mentiras de todas las clases sociales, el escándalo financiero, la aventura política, la novela que acaba de aparecer, la comedia estrenada, las historias que sólo pueden decirse al oído, y que son contadas en voz alta. Y, bajo la ligereza del espíritu que se prodiga, bajo las risas que suenan con frecuencia a falsas, cada cual esconde su borrasca, su ruina interior, una angustia que llega a veces hasta la agonía.

Valientemente, con su tranquila imprudencia habitual, el barón fue el primero en hablar del artículo de «La Voz del Pueblo».

—¿Han leído ustedes el artículo de Sanier de esta mañana? Es uno de los mejores suyos; tiene inspiración; pero ¡qué loco más peligroso!

Aquellas palabras sirvieron de alivio a todos, porque el artículo habría agitado seguramente la comida, si nadie hubiera hablado de él.

—¡Vuelta otra vez con el Panamá! —exclamó Dutheil—. ¡Estamos hartos de eso!

—¡Pero si el negocio de los ferrocarriles africanos —replicó el barón— está más claro que el agua! Todos esos a quienes Sanier amenaza pueden dormir muy tranquilos... No, yo creo que es una estratagema para derribar a Barroux. Seguramente interpelarán al Gobierno; ya verán ustedes qué bonito escándalo.

—Esta prensa de difamación y de escándalo —dijo reposadamente Amadiou— es un disolvente que acabará con Francia. Hacen falta leyes contra ella.

El general tuvo un gesto de cólera.

—¿Leyes? ¿Para qué, si no se tiene el valor de aplicarlas?

Hubo un silencio. El mayordomo servía unos salmonetes asados. El servicio silencioso, en la suavidad tibia y perfumada de la habitación, no dejaba ni siquiera oír el menor ruido de vajilla. Y sin que se supiera cómo, la conversación cambió bruscamente. Alguien preguntó:

—¿Se ha aplazado entonces la reposición de la comedia?

—Sí —dijo Gerardo—. He sabido esta mañana que «Polyeucte» no sería representada hasta abril, lo más pronto.

—Ayer, en esa obra de Vandeville —dijo simplemente la baronesa—, Delfina Vignot llevaba un traje exquisito, y no hay otra que sepa peinarse como ella.

Entonces Dutheil contó, velándola un poco a causa de Camila, la aventura de Delfina con un senador muy conocido.

—Digan ustedes —preguntó Gerardo—, ¿es esta tarde la fiesta de la princesa de Harth?

Camila intervino rápidamente:

—Sí, esta tarde. ¿Irá usted?

—No, no pienso ir; no podría —contestó el joven, cohibido.

—¡Ah, esa princesita! —exclamó Dutheil—. Está realmente chiflada. Ya saben ustedes que dice estar viuda. Lo cierto es que su marido, un auténtico príncipe, emparentado con una familia real y guapo como un sol, viaja por el mundo en compañía de una cantante. Ella, con su cabeza de niño vicioso, ha preferido venir a reinar a París, en ese hotel de la avenida Kléber, que es el arca más extraordinaria, donde el cosmopolitismo se agita en plena extravagancia.

—Cállese usted, mala lengua —interrumpió amablemente la baronesa—. Aquí queremos mucho a Rosamunda, que es una mujer encantadora.

—Desde luego —repuso de nuevo Camila—. Nos ha invitado y dentro de un momento iremos a su casa, ¿no es verdad, mamá?

La baronesa, para no contestar, simuló no haber oído, mientras Dutheil, que parecía bien informado, continuaba bromeando acerca de la princesa y de la fiesta que daba, en la que iba a presentar a unas danzarinas españolas, de una mímica tan lasciva, que todo París, enterado, iba a agolparse en su casa. Y agregó:

—Ya saben ustedes que ha abandonado la pintura y se dedica a la química. Su salón está ahora lleno de anarquistas... Me parece que la princesa le persigue a usted, mi querido Jacinto. Hasta aquel momento, Jacinto no había abierto la boca, como desinteresado de todo.

—¡Oh! Me abruma —se dignó contestar—. Si voy a su fiesta es con la esperanza de encontrar a mi amigo el joven lord Elson, que me ha escrito desde Londres, citándome allí. Confieso que es el único salón donde encuentro con quien hablar.

—Entonces —preguntó irónicamente Amadieu—, ¿se ha pasado usted a la anarquía?

Imperturbable, con su aire de suprema elegancia, Jacinto hizo su profesión de fe.

—Me parece que en estos tiempos de bajeza y de ignominia universales un hombre de cierta distinción no puede ser más que anarquista.

La risa prendió alrededor de la mesa. Le mimaban mucho, le encontraban muy gracioso. A su padre, sobre todo, le divertía la idea de tener, ¡él!, un hijo anarquista; y el general, en sus horas de rencor, hablaba de exterminar una sociedad lo suficientemente idiota para dejarse manejar por cuatro granujas.

El propio barón declaró con aire conciliador:

—Es cierto, se podría hacer algo. ¿El qué? Nadie lo sabe exactamente. Las reivindicaciones prudentes, ¡oh!, las acepto por adelantado. Por ejemplo, mejorar la suerte del obrero, crear obras benéficas, como nuestro Asilo de Inválidos del Trabajo, del que tenemos razón para estar orgullosos. Pero es preciso que no nos pidan imposibles.

A los postres hubo un momento de brusco silencio, como si, en el barullo de las conversaciones, bajo el aturdimiento de la copiosa comida, la preocupación y la angustia de cada cual oprimiera de nuevo los corazones, reapareciendo sobre los rostros despavoridos. Y se vio renacer la inconsciencia inquieta de Dutheil, amenazado con la delación; la cólera expectante del barón, preguntándose cómo iba a poder contentar a Silviana. Aquella mujerzuela era el vicio de aquel hombre tan fuerte y poderoso, el mal secreto que acabaría tal vez por gustarle y destruirle. Y se vio, sobre todo, pasar el horroroso drama atroz por los rostros de la baronesa, de Camila y de Gerardo, aquella rivalidad vengativa entre la madre y la hija

disputándose al hombre a quien amaban. Los cuchillitos de plata pelaban delicadamente las frutas, y había racimos de uvas doradas de una admirable frescura, y destilaron dulces, pasteles, infinidad de golosinas, que saboreaban complacidos los apetitos satisfechos.

Y luego, un lacayo se inclinó al oído de la baronesa, que contestó a media voz:

—Bien. Hágale pasar al salón. Voy enseguida.

Y más alto, a los invitados:

—Es el señor abate Froment, que está ahí e insiste en ser recibido. No nos molestará; creo que todos ustedes le conocen.

¡Es un verdadero santo por el que siento mucha simpatía!

Se entretuvieron unos minutos aún en la mesa y salieron al fin del comedor, oloroso aún del perfume de los manjares, de los vinos, de las frutas, de las rosas, caldeado por los leños convertidos en brasas, en la alegría un poco apagada de los cristales y la plata, bajo la luz pálida y fina que alumbraba la terminación del servicio.

Pedro permanecía de pie, en medio del saloncito azul y plata. Sentía ya haber insistido, viendo sobre una mesa la bandeja en que estaban servidos el café y los licores. Aumentó su azoramiento cuando los invitados entraron un poco ruidosamente, con los ojos brillantes y las mejillas arboladas. Pero su ardor caritativo resurgió en él tan ardiente, que venció aquel desasosiego. Sólo le quedó el sordo malestar de aportar la espantosa mañana de miseria que había vivido, tanta negrura y tanto frío, tanta suciedad y tanta hambre, a aquella riqueza tan clara, tan tibia, tan perfumada, desbordante de lo superfluo y de lo inútil, en medio de aquellas gentes que parecían estar muy alegres por haber comido bien.

La baronesa se adelantó con Gerardo, pues el sacerdote había

sido presentado a los Duvillard por el joven, a cuya madre conocía el abate. Como Pedro se disculpase por presentarse a aquella hora, le dijo:

—Usted siempre llega bien, señor abate... Permítame que me ocupe de mis invitados y soy con usted dentro de un momento.

Se acercó a la bandeja para servir el café y los licores, ayudada por su hija. Gerardo se quedó y habló precisamente a Pedro del Asilo de los Inválidos del Trabajo, donde se habían encontrado ambos hacía pocos días, con ocasión de una ceremonia, la colocación de la primera piedra de un nuevo pabellón, que se construía gracias al espléndido donativo de cien mil francos hecho a la obra por el barón Duvillard.

Camila se paseaba con una pequeña taza humeante en la mano.

—Señor abate, ¿toma usted café?

—No, gracias, señorita.

—¿Una copita de «chartreuse»?

—No, gracias.

Después de servir a todos, la baronesa volvió para preguntar amablemente:

—Vamos a ver, señor abate, ¿qué quiere usted de mí?

Pedro comenzó casi en voz baja, con la garganta oprimida, invadido por una emoción que le hacía palpar el corazón.

—Vengo, señora, a dirigirme a su gran bondad. He visto esta mañana, en una horrible casa de la calle de los Sauces, detrás de Montmartre, un espectáculo que me ha trastornado el alma... No tiene usted idea de una casa de miseria y sufrimiento semejantes: las familias sin lumbre y sin pan; los hombres reducidos al paro forzoso; las madres sin una gota de leche

que dar a sus hijos; los niños vestidos apenas, tosiendo y tiritando... Y entre tantos horrores, he visto el peor, el más abominable, un obrero viejo, un tal Laveuve, abatido por la edad, muriéndose de hambre, tirado sobre un montón de harapos, en un cuartucho que rechazaría un perro.

Todos los invitados se habían acercado para escucharle; veía frente a él al barón, y al general, y a Dutheil, y a Amadiou, que bebían a sorbitos su café, silenciosos, sin un gesto.

—En fin, señora —concluyó—, he creído que no se podía dejar una hora más a ese viejo en tan espantosa situación, y que tendría usted la gran bondad de hacer que le admitiesen, esta misma noche, en el Asilo de Inválidos del Trabajo, donde me parece indicada, naturalmente, su estancia.

Las lágrimas empañaron los ojos de Eva. Estaba consternada por tan triste historia, que caía como una losa sobre la dicha que se prometía para aquella tarde. Muy indolente, sin iniciativa, demasiado ocupada de su persona, había aceptado la presidencia del comité sólo a condición de descargar sobre Fonsègue todas las ocupaciones administrativas.

—¡Ah, señor abate —murmuró—, me parte usted el corazón! Pero no puedo hacer nada, nada absolutamente; se lo juro... Además, me parece que hemos examinado el caso de ese Laveuve. Ya sabe usted que las admisiones están rodeadas de las más serias garantías. Se nombra un comisionado que es el que tiene que darnos informes... ¿No fue usted, señor Dutheil, quien se encargó de ese Laveuve?

El diputado estaba apurando una copita de «chartreuse».

—Sí, yo fui... Señor abate, ese buen señor le ha representado a usted una comedia. No está enfermo, y si usted le ha dejado dinero, habrá bajado detrás de usted, a beber, pues está constantemente borracho, y tiene, además, el carácter más execra-

ble; se pasa el día gritando contra los burgueses y dice que, si tuviera aún fuerzas, sería él quien prendería la mecha... Además, no quiere entrar en el Asilo, una verdadera cárcel, según él, en la que se está vigilado por beatas, que le obligan a uno a oír misa; un asqueroso convento en el que cierran las puertas a las nueve de la noche. ¡Y hay tantos como él, que prefieren a todo su libertad, con el frío, el hambre y la muerte!... ¡Pues que esos Laveuve revienten en mitad de la calle, ya que se niegan a estar de parte nuestra, a tener calor y a comer en nuestros Asilos!

El general y Amadiou asintieron inclinando la cabeza. Pero Duvillard se mostró más generoso.

—No, no, un hombre es un hombre; hay que socorrerle a pesar suyo.

Eva, desesperada ante la idea de que iban a quitarle la tarde, protestó, adujo razones.

—Le aseguro que estoy atada de pies y manos. El señor abate no dudará de mi corazón ni de mi celo. ¿Pero cómo quieren ustedes que reúna yo antes de unos días al comité, sin el cual no quiero realmente tomar ninguna resolución, sobre todo en un asunto examinado y juzgado ya?

Y de pronto encontró una solución.

—Le aconsejo, señor abate, que vaya a ver enseguida al señor Fonsègue, nuestro administrador. Es el único que puede decidir en un caso urgente, pues sabe que las señoras del comité tienen depositada en él una confianza ilimitada y aprueban todo cuanto hace.

—Encontrará usted a Fonsègue en el Congreso —agregó Dutheil—; sólo que la sesión va a ser movida y dudo que pueda usted hablar con él tranquilamente.

Pedro, cuyo corazón se acongojó aún más, no insistió, al dar-

se cuenta de que Eva y Camila le miraban. Los invitados empezaban ya a retirarse. Le tocó el turno a Amadieu, que se marchó diciendo que reclamaba su presencia en el Palacio de Justicia un asunto grave. Pronto le siguió Dutheil, que iba al Congreso.

—Entonces, de cuatro a cinco en casa de Silviana, ¿verdad? —le dijo el barón, acompañándole—. Venga allí a contarme lo que haya pasado en el Congreso a consecuencia de ese odioso artículo de Sanier. Tengo que estar enterado, a pesar de todo... Iré al Ministerio para arreglar el asunto de la Comedia, y luego tengo que hacer unas compras, ver a unos contratistas, arreglar un importante negocio de publicidad.

—Conformes: de cuatro a cinco en casa de Silviana, como de costumbre —dijo el diputado, que se marchó, presa de nuevo de un vago malestar, preocupado por el giro que pudiera tomar aquella fea historia de los Ferrocarriles africanos.

Y todos se habían olvidado ya de Laveuve, el miserable que agonizaba, y todos corrían hacia sus inquietudes, a sus pasiones, atrapados de nuevo en el engranaje, en aquel torbellino de París cuya fiebre les arrastraba.

—Entonces, mamá —preguntó Camila, que miraba fijamente a su madre y a Gerardo—, ¿vas a llevarnos a la fiesta de la princesa?

—Dentro de un rato, sí... Pero no podré quedarme con vosotros; he recibido esta mañana un aviso de Salmon sobre mi vestido y tengo que ir sin falta a probármelo a las cuatro.

La joven tuvo la certeza de la mentira por el ligero temblor de la voz de su madre.

—Creí que la prueba era para mañana... Entonces, ¿iremos al salir de la fiesta a buscarte a casa de Salmon?

—¡No, querida! No sabe una nunca cuándo va a acabar. Y

además, si tengo un momento, pasará también por casa de la modista.

Una rabia sorda provocó un relámpago homicida en los ojos de Camila. La cita era evidente. Pero no podía, no se atrevía a llevar las cosas más lejos, en su necesidad apasionada de inventar un obstáculo. Había intentado inútilmente implorar a Gerardo, que volvía la cabeza, de pie ya para marcharse. Y Pedro, al corriente de muchas cosas desde que frecuentaba la casa, se dio cuenta, viéndolas tan agitadas, del inconfesable drama silencioso.

Recostado en un sillón, Jacinto levantó la voz:

—Yo me voy a la Exposición del Lirio. Todo París se agolpa allí. Hay sobre todo un cuadro, la violación de un alma, que es necesario haber visto.

—Bueno, pues no me niego a llevaros —repuso la baronesa—. Podemos pasar por esa Exposición antes de ir a casa de la princesa.

—¡Eso, eso! —dijo vivamente Camila, que acostumbraba a burlarse cruelmente de los pintores simbolistas, pero que tenía el propósito de entretener a su madre, con la esperanza todavía de hacerla faltar a la cita.

Luego, esforzándose en sonreír, dijo:

—¿No se anima usted a venir al Lirio con nosotros, Gerardo?

—¡No, por Dios! —contestó el conde—. Tengo necesidad de andar. Voy a acompañar al señor abate Froment hasta el Congreso.

Pedro se marchaba aturdido, con las manos febriles y los sentidos abrumados por todo aquel lujo que dejaba allí, como el sueño de un ardiente paraíso perfumado, en el que sólo vivían los elegidos. Además, su nuevo afán caritativo se exasperaba

allí, y no pensaba más que en el medio de conseguir que Fonsègue admitiera a Laveuve, sin escuchar al conde, que le hablaba de su madre con mucha ternura.

III

CUANDO el abate Froment fue a entrar en el Palacio Borbón, recordó que no tenía tarjeta; e iba a decidirse a preguntar sencillamente por Fonsègue, aunque no le conocía, cuando en el vestíbulo vio a Mège, el diputado colectivista, con quien había trabado amistad en otro tiempo, durante sus tareas de caridad militante, por la miseria del barrio de Charonne.

—¡Hombre! ¿Usted aquí? ¿No vendrá usted a predicarnos el Evangelio?

—No, vengo a ver al señor Fonsègue para un asunto urgente: un desgraciado que no puede esperar.

—No sé si habrá llegado Fonsègue... Espere.

Y deteniendo a un muchacho bajo y moreno, que pasaba con aire de ratón escudriñador:

—Oiga usted, Massot, aquí tiene al señor abate Froment, que desea hablar enseguida con su jefe.

—Pues el jefe no está ahora. Acabo de dejarle en el periódico, donde tiene todavía para un cuarto de hora largo. Si el señor abate quiere esperar, le verá aquí seguramente.

Entonces Mège hizo entrar a Pedro en el salón de «Pasos perdidos», amplio y frío, con su Laocoonte y su Minerva de bronce, sus muros desnudos, que las altas puertas-balcones, dando al jardín, iluminaban con la pálida y triste luz invernal. Pero en aquel momento estaba lleno y como caldeado por una agitación febril: grupos numerosos que esperaban, idas y venidas continuas de gentes atareadas, precipitándose a través del barullo. Había allí, sobre todo, diputados, periodistas y

simples curiosos, y era aquello una algazara creciente: sordas y violentas conversaciones, exclamaciones, risas, en medio de una gesticulación apasionada.

La reincorporación de Mège a aquel tumulto pareció aumentar el ruido. Aquel hombre era alto, de una delgadez de apóstol, descuidado en su persona, viejo ya y agotado por sus cuarenta y cinco años, con unos ojos de ardiente juventud centelleando tras los cristales de los lentes, que no se quitaba nunca de su nariz delgada, como pico de ave. Tosía constantemente, y su voz era desgarrada y vibrante, viviendo tan sólo por una hosca voluntad de vivir, de realizar la utopía de sociedad futura que le obsesionaba. Hijo de un médico pobre de una ciudad del norte, llegado joven a París, había vivido esclavizado por el bajo periodismo, de trabajos ignorados, creándose una reputación de orador en las reuniones públicas.

—¿No sabe usted lo que sucede? —preguntó a Pedro—. ¡Otra bonita aventura!... ¿Qué quiere usted? Nos hundimos en el fango hasta las orejas.

Había sentido en otro tiempo una verdadera simpatía por aquel sacerdote, a quien veía tan cariñoso con los dolientes, tan deseoso de una regeneración social. Y el propio sacerdote había acabado por interesarse por aquel soñador autoritario, resuelto a hacer la felicidad de los hombres a pesar de ellos. Sabía que era pobre, que ocultaba su vida y que vivía con una mujer y cuatro hijos, a los que adoraba.

—Comprenderá usted que no estoy de parte de Sanier —replicó—. Pero, en fin, puesto que ha hablado esta mañana, amenazando con publicar la lista con los nombres de todos los que han cobrado, no podemos, sin embargo, seguir pareciendo cómplices por más tiempo. Hace ya mucho que se sospechan sucios manejos motivados por ese asunto turbio de los ferrocarriles africanos. Y lo peor es que los miembros del

gabinete actual están señalados; he anunciado que iba a interpelarles hoy mismo.

Y aquel anuncio de una interpelación de Mège era lo que agitaba así los pasillos, después del terrible artículo de «La Voz del Pueblo». Pedro se sentía un poco desconcertado ante toda aquella historia que se mezclaba a su preocupación única de salvar a un miserable del hambre y de la muerte. Por eso escuchaba sin acabar de comprender las explicaciones apasionadas del diputado socialista, mientras el rumor aumentaba y las risas proclamaban la extrañeza de ver a este último hablando con un sacerdote.

—¡Serán estúpidos! —murmuró lleno de desdén—. ¿Es que se creen que me como todas las mañanas una sotana para almorzar?... Perdone usted, mi querido Froment. Mire, siéntese en ese banco para esperar a Fonsègue.

Él también se lanzó en el barullo, y Pedro comprendió que lo mejor era, en efecto, sentarse tranquilamente. El ambiente le cautivaba, le interesaba; se olvidaba de Laveuve para dejarse invadir por la pasión de la crisis parlamentaria, en la que se encontraba metido. Salíase apenas de la espantosa aventura del Panamá, cuyo drama había él seguido con la angustia de un hombre que espera cada noche el toque a rebato que marque la hora postrera de la vetusta sociedad agonizante. Y he aquí que volvía a empezar un pequeño Panamá, un nuevo crujido del edificio podrido, la aventura frecuente en los Parlamentos de todas las épocas, ante todos los grandes negocios de dinero, pero que adquirirían una gravedad mortal en las circunstancias sociales en que se producía. Aquella historia de los Ferrocarriles africanos, aquel montón de fango removido, que exhalaba inquietantes olores, produciendo bruscamente en la Cámara aquella emoción, aquellos temores, aquella cólera, no era en suma más que un pretexto para la batalla polí-

tica, un terreno propicio en donde iban a exasperarse los apetitos voraces de los diversos grupos; y no se trataba en el fondo más que de derribar a un ministerio para sustituirle por otro. Sólo que detrás de aquel celo, de aquel empuje continuo de las ambiciones, ¡qué lamentable presa se agitaba: el pueblo entero, en su miseria y en su sufrimiento!

Pedro vio que Massot, el pequeño Massot, como le llamaban, se había sentado junto a él en el banco. Con el ojo avizor y el oído abierto escuchando y recorgiéndolo todo, deslizándose por todas partes con su aspecto de hurón, no estaba allí como cronista parlamentario; había olido simplemente una sesión borrascosa y acudía allí a ver si encontraba materia para algún artículo. Aquel sacerdote, perdido en medio del tumulto, le interesaba, sin duda.

—Tenga usted un poco de paciencia, señor abate —dijo con una amable alegría de señorito que se burla de todo—. El jefe no puede dejar de venir; sabe que el ambiente va a caldearse aquí... ¿Es usted uno de sus electores de la Corrèze, verdad?

—No, no; soy de París y he venido por un pobre hombre que quisiera hacer ingresar enseguida en el Asilo de Inválidos del Trabajo.

—¡Ah, muy bien! Yo también soy hijo de París.

Y se reía al decirlo.

—Entonces, ¿conoce usted a Mège, señor abate, eh? ¡Qué buena persona! Ahí tiene usted un niño grande, un soñador quimérico, en el pellejo del más terrible de los sectarios. ¡Oh! Le he tratado y le conozco a fondo... Ya sabe usted que vive con la perpetua evidencia de que antes de seis meses habrá conquistado el poder y realizará, de la noche a la mañana, su famosa sociedad colectivista, que debe suceder a la sociedad capitalista como el día sucede a la noche... ¡Y vea usted! Con

su interpelación de hoy está convencido de que va a derribar el Gabinete Barroux para apresurar su turno. Es su sistema: desgastar a sus adversarios. ¡Cuántas veces le he oído hacer su cálculo! ¡Desgastar a éste, desgastar a aquél y luego al otro, para reinar al fin! Siempre dentro de seis meses lo más tarde... Lo malo es que surgen sin cesar otros y no le llega nunca su vez.

El pequeño Massot se divertía a sus anchas. Luego bajó un poco la voz.

—Y a Sanier, ¿le conoce usted? ¿No?... Mire usted, aquel individuo muy colorado, de cuello de toro, con aspecto de carnicero... Allí, ese que habla en un grupito de levitas raídas.

Pedro le vio, por fin. Tenía unas orejas anchas y despegadas, unos labios morrudos, una nariz gruesa y unos grandes ojos apagados, muy salientes.

—También a ése le conozco a fondo. He estado con él en «La Voz del Pueblo», antes de ir a «El Globo» con Fonsègue... Lo que no sabe nadie exactamente es de dónde sale. Se ha arrastrado durante largo tiempo por los bajos fondos de la Prensa, como un periodista sin brillantez, rabioso de ambición y de apetitos. Recordara usted quizá su primer jaleo, aquel asunto bastante serio de un nuevo Luis XVII a quien intentó lanzar y que le ha hecho ser un monárquico furibundo hasta hoy. Luego se le ocurrió abrazar la causa del pueblo, haciendo ostentación de un socialismo católico, defendiendo el pleito del librepensamiento y de la República, denunciando las abominaciones de la época, en nombre de la justicia y de la moral, para curarlas. Comenzó por unas semblanzas de financieros, una mescolanza de chismes innobles, sin comprobación, sin pruebas, que hubieran debido llevarle a la cárcel, y que, reunidas en un volumen, han tenido el éxito reso-

nante que usted sabe. Y así ha continuado y continúa en «La Voz del Pueblo», fundada en el momento de lo del Panamá, a fuerza de delaciones y de escándalos, y que es hoy una boca de alcantarilla que vomita las inmundicias contemporáneas, inventando en cuanto se agota el caudal, con el solo afán de producir esos grandes revuelos, de los que se nutren su orgullo y su bolsillo.

No se enfadaba el pequeño Massot y se echó a reír de nuevo, sintiendo en el fondo, bajo su inconsciente crueldad, respeto hacia Sanier.

¡Oh, es un bandido, pero al mismo tiempo un hombre fuerte! No puede usted imaginarse la vanidad desbordante del personaje. Habrá usted visto que últimamente se hizo aclamar por el populacho, porque le gusta jugar al rey de los mercados. Acaso ha acabado por creer él mismo en su bella actitud de justiciero y de salvador del pueblo, de ayudante de la virtud... Lo que a mí me asombra es su fecundidad para la denuncia y el escándalo. No pasa mañana sin que él descubra un nuevo horror, sin que entregue nuevos culpables al odio de las multitudes. ¡No! La oleada de fango no se agota; él le va añadiendo sin cesar una cosecha imprevista de infamias: es una renovación de fantasías monstruosas cada vez que el público, asqueado, da señales de cansancio... Y vea usted, señor abate, ahí es donde está su talento, porque él sabe perfectamente que la tirada aumenta en cuanto lanza, como hoy, la amenaza de decirlo todo, de publicar los nombres, de los vendidos y de los traidores... Ya está asegurada la venta durante varios días. Pedro escuchaba aquella palabra alegre y burlona, y comprendía mejor ciertas cosas cuyo sentido exacto se le había ocultado hasta entonces. Acabó por hacerle preguntas, sorprendido de que hubiera tantos diputados en los pasillos estando abierta la sesión. ¡Ah, ya se podía discutir allí dentro el

asunto más grave, una ley de interés general! Todos los miembros abandonaban el salón ante aquella brusca noticia de una interpelación que podía derribar el ministerio. Y la pasión que se agitaba allí era de colera contenida, la inquietud creciente de los clientes del ministerio que ocupaba el poder, con el temor a ser desalojados y a tener que ceder su puesto a otros; y era también la esperanza súbita, el hambre impaciente y voraz de todos los que esperaban, de los clientes de los posibles ministerios del día de mañana.

Massot le enseñó a Barroux, el jefe del Gabinete, que desempeñaba además la cartera de Hacienda, aunque estuviese des- centrado en ella, para tranquilizar a la opinión, con su integridad altamente reconocida, después de la crisis del Panamá. Hablaba aparte con el ministro de Instrucción Pública el senador Taboureau, un viejo universitario, de aire insignificante y triste, muy probo, pero de una ignorancia total de París, y a quien habían ido a buscar al fondo de una Facultad de provincia. Barroux era muy decorativo, alto, con un agraciado rostro afeitado, cuya nobleza echaba a perder una nariz demasiado pequeña. A los sesenta años tenía el pelo rizado, blanco como la nieve, lo cual acababa de darle una majestad algo teatral, que él utilizaba desde el escaño. Oriundo de una vieja familia parisina, rico, abogado, luego periodista republicano con el Imperio, había llegado al poder con Gambetta, honrado y romántico, retumbante y un poco necio, pero muy valiente, muy recto, de una fe que permanecía ardiente en los principios de la gran Revolución. El jacobino quedaba anticuado en él, se convertía en un antepasado, en uno de los últimos sostenes de la república burguesa, de la que empezaban a sonreírse los primeros afiliados, los jóvenes políticos de dientes largos. Y bajo el aparato de su apostura, bajo la pompa de su elocuencia, había un indeciso, un sentimental, un buen hombre que

lloraba releyendo los versos de Lamartine.

Después fue Monferrand, el ministro de la Gobernación, el que pasó y se llevó aparte a Barroux, para deslizarle unas palabras al oído. Tenía unos cincuenta años; era bajo y grueso, con un aire sonriente y paternal; pero su cara redonda, un poco vulgar, encuadrada por una barba negra todavía, tenía un fondo de viva inteligencia. Notábase en él al hombre de gobierno, con manos aptas para las duras tareas, manos que no soltaban nunca su presa. Antiguo alcalde de Tulle, venía de la Corrèze, donde poseía una gran finca.

Y luego llegó otro de los personajes del drama que iba a representarse, el diputado Vignon, cuya entrada conmovió a los grupos. Los dos ministros le miraron, mientras él, muy rodeado enseguida, les sonreía desde lejos. No tenía aún treinta y seis años, era delgado, de estatura regular, muy rubio, con una bella barba muy cuidada. Parisiense, habiendo hecho una rápida carrera en la Administración, prefecto durante una temporada en Burdeos, representaba ahora la juventud, el porvenir en la Cámara, al comprender que hacían falta en política nuevas personas para realizar las más urgentes de las reformas indispensables; muy ambicioso y muy inteligente, sabiendo muchas cosas, tenía un programa cuya aplicación era perfectamente capaz de aplicar, por lo menos en parte. No mostraba, por lo demás, ninguna prisa, lleno de prudencia y de sagacidad, seguro de que llegaría su día, valido de no estar todavía comprometido en nada, teniendo ante él el horizonte libre. En el fondo no era más que un empleado de primer orden, de una elocuencia clara y precisa, cuyo programa no se diferenciaba del de Barroux más que en el rejuvenecimiento de las fórmulas, aunque un ministerio Vignon en lugar de un ministerio Barroux pareciese un acontecimiento considerable. Y era de Vignon de quien Sanier decía que ambicionaba la

presidencia de la República, aunque tuviese que pisar sobre sangre para llegar al Elíseo.

—¡Dios mío! —explicaba Massot—, es muy posible que Sannier no mienta esta vez y que haya encontrado una lista de nombres en un carnet de Hunter, caído en sus manos... En este asunto de los Ferrocarriles africanos, para obtener ciertos votos, sé personalmente desde hace largo tiempo que Hunter ha sido el agente de Duvillard. No sé en qué combinación política ha podido entrar Barroux, pero le juro que no se ha metido nada en el bolsillo, porque es el más honrado de los hombres. En cuanto a Monferrand, ya es otro asunto, porque es hombre que se va formando su parte; ahora, que me sorprendería mucho que se hubiese metido en un mal paso. Es incapaz de una falta, sobre todo de una falta tonta, como la de percibir dinero dejando recibo.

Se interrumpió, indicando con un movimiento de cabeza a Dutheil, con el aire febril y sonriente, a pesar de todo, en un grupo que acababa de formarse alrededor de los dos ministros.

—¡Mire usted! Aquel muchacho de allá lejos, ese guapo, moreno, que tiene una barba tan triunfadora.

—Le conozco —dijo Pedro.

—¡Ah! ¿Conoce usted a Dutheil? Pues bien, ahí tiene usted uno que ha cobrado seguramente. Pero ése es un pájaro. Ha venido de Angulema para gozar una de las vidas más agradables, y tiene tan poca conciencia y tan pocos escrúpulos como los lindos pinzones de su tierra, que están siempre de festejo amoroso. ¡Ah! Para éste, el dinero de Hunter ha sido como maná que le era debido, y ni siquiera ha pensado que se manchaba los dedos. Puede usted estar seguro de que a él le asombra que pueda darse a eso la menor importancia.

Y de nuevo señaló a un diputado que estaba en el mismo grupo, un hombre de unos cincuenta años, sucio, con aire desconsolado, alto como una pértiga y con el talle un poco doblegado por el peso de su cabeza, larga y acaballada. Su pelo, claro, escaso y aplastado; sus bigotes, caídos; todo su rostro ahogado, desesperado, expresaba una continua angustia.

—Y a Chaigneux, ¿le conoce usted? ¿No?... Mírele, y piense si no es muy verosímil que ése también haya cobrado... Vino de Arras. Tenía allí un despacho de procurador. Cuando su circunscripción le envió aquí, se dejó emborrachar por la política, lo vendió todo para venir a hacer fortuna a París, donde se ha instalado con su mujer y sus tres hijas.

Massot, lanzado ya, continuó sus retratos, la serie que había soñado un momento en escribir bajo el título de «Diputados en venta». Los ingenuos caídos en el lazo, los exasperados de ambición, las almas bajas cediendo a la tentación de los cajones abiertos, los hombres de negocios embriagándose y perdiendo la cabeza al barajar grandes cifras. Pero reconocía gustoso que eran relativamente poco numerosos y que aquellas ovejas descarriadas se encontraban en todos los Parlamentos del mundo. El nombre de Sanier volvió a surgir; Sanier era el único para hacer de nuestras Cámaras cuevas de ladrones.

Pedro se interesaba, sobre todo, por la tempestad que la amenaza de una crisis ministerial provocaba ante él. Alrededor de Barroux y de Monferrand no sólo había los Dutheil, los Chaigneux, pálidos al sentir temblar el suelo, preguntándose si no dormirían aquella noche en la cárcel. Allí estaban todos sus clientes, todos los que extraían de ellos su influencia, los cargos, y que iban a derrumbarse, a desaparecer en su caída. Por eso había que ver la ansiedad de las miradas, la espera lívida de las caras, en medio de las conversaciones en voz

baja, de las noticias y de los chismes que circulaban. Luego, en el grupo de al lado, alrededor de Vignon, muy tranquilo, sonriente, estaba la otra clientela, la que esperaba trepar al asalto del poder para lograr al fin la influencia, los cargos. Los ojos brillaban de codicia; leíase en ellos una alegría en estado de esperanza aún, una sorpresa feliz ante la ocasión repentina que se presentaba. A las preguntas demasiado directas de sus amigos, Vignon procuraba no responder, afirmando únicamente que él no intervendría. Su plan era evidentemente dejar que Mège explanase su interpelación, derribar el Ministerio, al que no temía, para después, según él, recoger las carteras caídas.

—¡Ah, Monferrand! —decía el pequeño Massot—. ¡Ese sí que es un mozo variable! Le he conocido anticlerical, comiendo curas, si me permite usted hablar así, señor abate; y no es por adularle a usted; pero creo poder anunciarle que se ha reconciliado con Dios... Por lo menos, me han contado que monseñor Martha, un gran convertidor, no se separa de él nunca. Esto agrada, en los nuevos tiempos actuales, cuando la ciencia ha fracasado, y por todos lados, en las artes, en las letras, en la sociedad misma, la religión reflorece en un delicioso misticismo.

Se burlaba como siempre; pero había dicho aquello con un aire tan amable, que el sacerdote tuvo que inclinarse. Además, habíase producido un gran rumor y unas voces anunciaban que Mège subía a la tribuna; y en medio de una gran precipitación, todos los diputados volvieron al salón de sesiones, dejando únicamente a los curiosos y a algunos periodistas en los pasillos.

—Es raro —repuso Massot— que Fonsègue no haya llegado. Y le interesa, sin embargo, lo que pasa. Pero es tan listo, que tiene siempre alguna razón para no hacer lo que otro haría...

¿Le conoce usted?

Y ante la negativa de Pedro, replicó:

—¡Una cabeza y una verdadera fuerza ese hombre!... ¡Oh! Y yo puedo hablar con toda libertad, porque no tengo que doblegarme con respeto, y mis jefes son realmente los muñecos que mejor conozco y que desmonto más gustoso... Fonsègue está señalado, también, claramente en el artículo de Sanier. Es además el cliente ordinario de Duvillard. Es indudable que ha cobrado, porque él cobra siempre. Ahora que está siempre a cubierto, cobra por motivos confesables, por publicidad o por comisiones legales. Y si me ha parecido verle turbado hace un momento, si tarda en venir aquí como para probar una coartada moral, es porque, si no, hubiese cometido la primera imprudencia de su vida.

Prosiguió contando lo referente a Fonsègue, otro hombre venido de la Corrèze, que se había indisputado gravemente con Monferrand por causas desconocidas. Era un antiguo abogado de Tulle llegado a París para conquistarle, y que había sido conquistado realmente gracias al gran diario de la mañana «El Globo», del que era fundador y director. Ahora vivía en la avenida del Bosque de Bolonia, en un lujoso hotel, y no se fundaba una empresa en la que no se reservase él una parte regia. Poseía el talento de los negocios, y utilizaba su periódico como una fuerza incalculable, para hacerse dueño del mercado. ¡Pero qué agudeza de conducta, qué inagotable y hábil paciencia, antes de conseguir su sólido renombre de hombre grave, dirigiendo con autoridad el más virtuoso y respetado de los diarios! Sin creer en el fondo ni en Dios ni en el diablo, había hecho de aquel periódico el sostén del orden, de la propiedad y de la familia, republicano conservador desde que tenía interés en serlo, pero que seguía siendo religioso, de un espiritualismo que tranquilizaba a la burguesía. Y con su po-

der aceptado y reconocido tenía una mano en el fondo de todos los bolsillos.

—¡Eh, señor abate! Ya ve usted adonde lleva la Prensa. Ahí tiene usted a Sanier y a Fonsègue; compárelos ligeramente. En realidad, son dos compadres, poseen cada uno un arma y se sirven de ella. ¡Pero qué diferencia de medios y de resultados! El periodicucho del primero es realmente una alcantari-lla que le empuja, que le arrastra a él mismo a la cloaca. Mientras que en el periódico del otro hay verdadero periodismo, del mejor que puede hacerse; es muy cuidado, muy literario, un regalo para las personas delicadas, un honor para el hombre que lo dirige... ¡Y qué identidad en la farsa, Dios mío!

Massot se echó a reír, alegre, ante aquella última burla. Y luego, bruscamente, añadió:

—¡Ah! Aquí está, por fin, Fonsègue.

Y presentó al sacerdote con toda soltura, riéndose aún:

—El señor abate Froment, mi querido jefe, que le está a usted esperando desde hace más de veinte minutos... Voy a ver qué sucede por ahí dentro. Ya sabe usted que Mège va a interpelar al Gobierno.

El recién llegado tuvo un ligero estremecimiento.

—¿Hay una interpelación?... Bueno, bueno, allá voy.

Pedro le miraba. Era un hombrecillo de unos cincuenta años, flaco y vivaracho, joven aún, con la barba negra todavía. Unos ojos chispeantes, una boca perdida bajo el bigote, y que, según decían, era terrible. Y con todo aquello, un aire de amable camaradería e ingenio hasta la punta de la naricilla puntiaguda, una nariz de perro de caza, siempre en acecho.

—¿En qué puedo serle útil, señor abate?

Pedro entonces explicó brevemente su pretensión, contó su visita de por la mañana a Laveuve, dio todos los detalles desconsoladores, solicitó la admisión inmediata del miserable en el asilo.

—¿Laveuve? ¿Pero es que no ha sido examinado todavía su caso?... Ha sido Dutheil el que nos ha presentado un informe sobre eso, y los hechos nos han parecido de tal calidad, que no hemos podido votar la admisión.

—Le aseguro, caballero, que si hubiese usted venido conmigo esta mañana, su corazón se hubiera desgarrado de piedad. Es indignante que se deje una hora más a un viejo en ese espantoso abandono. Es necesario que esta noche duerma en el asilo.

Fonsègue protestó:

—¡Oh, esta noche es imposible, absolutamente imposible! Hay que llenar toda clase de formalidades necesarias. Además, yo no puedo tomar solo una determinación así; no tengo atribuciones para ello. Soy únicamente el administrador y no hago más que ejecutar las órdenes del Comité de Damas.

—Pero, caballero, si es precisamente la señora baronesa de Duvillard la que me ha enviado a usted, asegurándome que sólo usted tenía la autoridad necesaria para decidir una admisión inmediata en un caso excepcional.

—¡Ah! ¿Es la baronesa quien le envía? ¡Cómo la reconozco en ese rasgo, incapaz de tomar una decisión, demasiado preocupada de su tranquilidad para aceptar nunca una responsabilidad!... ¿Por qué he de ser yo el que tenga jaleos? No, no, señor abate, no infringiré nuestros reglamentos, no daré una orden que me indispondría con esas señoras. Usted no las conoce; son terribles cuando están en junta.

Se divertía, defendiéndose con aire de burla, muy decidido en

el fondo a no hacer nada. Y bruscamente, Dutheil reapareció, se precipitó, sin sombrero, corriendo por los pasillos para recoger a los ausentes, interesados en la grave discusión que se iniciaba.

—¿Cómo, Fonsègue, está usted ahí todavía? ¡Vamos, vaya de prisa a su escaño! Es cosa grave.

Y desapareció. El diputado no se dio prisa, sin embargo, como si la ambigua aventura que apasionaba en el salón de sesiones no le concerniese en modo alguno. Seguía sonriendo, aunque un ligero movimiento febril le hiciese parpadear nerviosamente.

—Perdone usted, señor abate; como usted ve, mis amigos me necesitan... Le repito que no puedo hacer absolutamente nada en favor de su protegido.

Pero Pedro no quiso aceptar aún esta respuesta como definitiva.

—¡No, no! Atienda usted a sus asuntos; yo le esperaré aquí... No adopte una resolución sin reflexionar con toda calma. Le apremian a usted, y observo que no me escucha con la suficiente libertad. Cuando vuelva usted dentro de un rato y pueda dedicarme su atención, estoy seguro de que me concederá usted lo que le pido.

Y aunque Fonsègue, al alejarse, le afirmaba que no podía cambiar de opinión, él insistió y se volvió a sentar en el banco, decidido a permanecer allí hasta la noche. El salón de «Pasos perdidos» se había quedado vacío casi por completo y parecía más triste y más frío aún con su Laocoonte y su Minerva, sus muros desnudos, de una vulgaridad de estación, por donde pasaba el ajeteo del siglo sin caldear el elevado techo. Nunca había entrado una luz más lívida y más indiferente por las grandes puertas-balcones, tras de las cuales se

veía el jardincillo dormido, con su escaso césped de invierno. Y no llegaba allí ni un rumor de las borrascas del salón vecino; no caía del pesado monumento más que un silencio de muerte, en un sordo escalofrío de angustia, venido desde muy lejos sin duda, del país entero.

Era aquello lo que alucinaba ahora el ensueño de Pedro. Toda la antigua llaga, envenenada, se abría con su veneno en plena virulencia. La lenta podredumbre parlamentaria había aumentado, atacando el cuerpo social. Verdaderamente, por encima de las bajas intrigas, del empuje de las ambiciones personales, quedaba la elevada lucha superior de los principios, la historia en marcha, despejando el pasado, intentando asentar en el porvenir más verdad, más justicia y más felicidad. Pero, en la práctica, no viendo más que la espantosa mescolanza cotidiana, ¡qué desencadenamiento de apetitos egoístas, qué único afán de estrangular al prójimo y de triunfar egoístamente solo! No se veía allí, entre los grupos varios, más que un incesante combate por el Poder y por los goces que proporciona. Izquierda, derecha, católicos, republicanos, socialistas, los veinte matices de los partidos, no eran sino las etiquetas que clasificaban la misma sed ardiente de gobernar, de dominar. Todas las cuestiones se reducían a la sola cuestión de saber quién de éstos, de aquéllos o de los otros tendría en su mano a Francia, para gozar de ella, para distribuir las regalías a su clientela. Lo peor era que las grandes batallas, los días y las semanas perdidas para sustituir a éste por aquél, no llevaban más que a la más necia de las paralizaciones, porque ambos eran equivalentes, no había entre ellos más que vagas diferencias, de manera que el nuevo jefe adulteraba la misma labor que había adulterado su antecesor, olvidando forzosamente los programas y las promesas en cuanto reinaba.

Invenciblemente, el ensueño de Pedro se dirigía a Laveuve,

de quien se había olvidado por un momento, y que ahora volvía a removerle con un estremecimiento de cólera y de agonía. ¡Ah, qué le importaba al viejo miserable, muriéndose de hambre en sus harapos, que Mège derribase el Gabinete de Barroux, y que subiese al Poder un Ministerio Vignon! A aquel paso se necesitarían cien, doscientos años, para que hubiera pan en las buhardillas donde agonizan los lisiados por el trabajo, las viejas bestias de carga rendidas. Y detrás de Laveuve estaba toda la miseria, todo el pueblo de los desheredados y de los pobres que agonizaban, que pedían justicia, mientras que la Cámara, en sesión extraordinaria, se apasionaba por saber a quién pertenecería la nación y quién la devoraría. El fango corría a todo correr; la llaga horrorosa, sangrante y devoradora, aparecía desvergonzadamente, como el cáncer que roe un órgano, llegando al corazón. ¡Y qué asco, qué náusea ante aquel espectáculo, cómo se anhelaba el cuchillo vengador que proporcionase la salud y la alegría!

Pedro no hubiese podido decir cuánto tiempo estuvo entregado a aquel ensueño, cuando un alboroto volvió a remover el salón. Volvían gentes, gesticulando, formando grupos. Y él oyó bruscamente al pequeño Massot que exclamaba a su lado: —No ha caído, pero no está muy lejos de ello. No daría yo diez céntimos por su existencia.

Hablaba del Ministerio. Contó lo ocurrido en la sesión a un compañero que llegaba. Mège había hablado muy bien, con una furiosa indignación extraordinaria contra la burguesía podrida y corruptora; pero, como siempre, había ido más allá de su finalidad, asustando a la Cámara con su misma violencia. De tal modo, que cuando Barroux subió a la tribuna para pedir el aplazamiento por un mes de la interpelación, no tuvo más que indignarse, muy sinceramente por lo demás, lleno de una cólera altiva contra las infames campañas que hacía de-

terminada Prensa. ¿Es que iban a resucitar las ignominias del Panamá? ¿Es que la representación nacional iba a dejarse intimidar por nuevas amenazas de delación? Era la propia República a la que sus adversarios intentaban ahogar bajo una oleada de abominaciones. ¡No, no! Había llegado la hora de recogerse, de trabajar en paz, sin permitir a los hambrientos de escándalos que turbasen la paz pública. Y la Cámara, impresionada, temiendo a la larga el cansancio de los electores, ante aquel desbordamiento continuo de cieno, había aplazado por un mes la interpelación. Ahora bien, aunque Vignon hubiera evitado intervenir haciendo uso de la palabra, todo su grupo había votado contra el Ministerio, hasta el punto de que la mayoría obtenida por éste no era más que de dos votos, una mayoría irrisoria.

—Pero entonces —preguntó alguien a Massot—, ¿presentarán la dimisión?

—Sí, corre ese rumor. Sin embargo, Barroux es muy tenaz... En todo caso, si se aferran al Poder, habrán caído antes de ocho días, tanto más cuanto que Sanier, furioso, ha declarado que iba a publicar mañana la lista de los nombres.

Y se vio pasar, en efecto, a Barroux y a Monferrand de prisa, con aire afanoso y preocupado, seguidos por sus partidarios inquietos. Decíase que iba a reunirse el Gobierno íntegro, para tratar de aquello y adoptar una resolución. Y fue Vignon el que reapareció después, en medio de un grupo de amigos. Estaba radiante, con una alegría que se esforzaba en ocultar, calmando a su gente, no queriendo cantar victoria demasiado pronto. Y hasta el mismo Mège triunfaba. Por dos votos había derribado al Ministerio. ¡Otro que caía! ¡Y caería también el de Vignon!

¡Y él gobernaría al fin!

—¡Diablo! —murmuró el pequeño Massot—. Chaigneux y Dutheil tienen caras de perros maltratados. Vea usted: no queda más que el jefe. Mírele, ¡qué gallardo es Fonsègue!... Me largo; buenas noches.

Estrechó la mano de su compañero; no quiso quedarse, aunque continuaba la sesión para tratar de un nuevo asunto muy importante, que se discutía ante los escaños vacíos.

Chaigneux fue a apoyarse junto a la gran Minerva, con su aire desconsolado; y nunca le había abrumado tanto la desesperación como aquella angustia continua de su mala suerte. Dutheil peroraba, a pesar de todo, en el centro de un grupo, fingiendo una indiferencia burlona; pero un tic nervioso estremecía su nariz, atirantaba su boca, haciendo que toda su cara de hombre guapo sudase de miedo. Y realmente sólo Fonsègue se mostraba valiente y tranquilo, siempre el mismo, con sus ojos brillantes de talento, velados apenas por una sombra de malestar.

Pedro se había levantado para repetir su pregunta. Pero Fonsègue le contuvo, diciéndole con viveza:

—No, no, señor abate; le repito que me niego a adoptar bajo mi responsabilidad semejante infracción a nuestros reglamentos. Ha habido informe y dictamen. ¿Cómo quiere usted que me salte yo todo esto?

—Caballero —dijo dolidamente el sacerdote—, se trata de un viejo que tiene hambre y frío, que va a morir si no se acude en socorro suyo.

Con un gesto desesperado, el director de «El Globo» pareció tomar por testigos a los muros de que él no podía hacer nada. Sin duda, se temía algún jaleo para su periódico, en el que había abusado de la Obra de los Inválidos del Trabajo como arma electoral. Y quizá también el secreto terror en que le

sumía la sesión, le endurecía el corazón.

—No puedo hacer nada, no puedo hacer nada... Como es natural, ¡qué más quisiera yo que me forzase usted a hacerlo por medio de esas damas del Comité! Ya tiene usted de su parte a la baronesa Duvillard; convenza usted a los otras.

Resuelto a luchar hasta el final, Pedro vio en aquello una suprema tentativa que hacer.

—Conozco a la señora condesa de Quinsac; puedo ir a verla enseguida.

—¡Eso es; magnífico; la condesa de Quinsac! Tome usted un coche y vaya a ver también a la princesa de Harth. Se mueve mucho y tiene una gran influencia... Obtenga la aprobación de esas señoras, vuelva a casa de la baronesa a las siete, consiga de ella una carta que me pueda tapar, y venga entonces a buscarme al periódico. Y a las nueve, su buen hombre dormirá en el asilo.

Ponía ahora en sus palabras una especie de naturalidad alegre, como si no dudase ya del éxito, desde el momento en que no había ningún peligro de comprometerse. El sacerdote volvió a recobrar la esperanza.

—¡Ah, caballero! Se lo agradezco; hace usted una obra de caridad.

—Comprenderá usted que no pido otra cosa. Si pudiésemos con una sola palabra curar la miseria, impedir que hubiese hambre y sed... Dese prisa; no tiene usted un minuto que perder.

Se estrecharon la mano, y Pedro se apresuró a marcharse. No era cosa fácil, pues los grupos habían aumentado, las cóleras y las angustias de la sesión reflúan allí, en un mezclado tumulto, lo mismo que una piedra lanzada en medio de una charca remueve el fango del fondo y hace subir a la superficie

las descomposiciones ocultas. Tuvo que abrirse paso a codazos a través de aquel barullo, de la cobardía temblorosa de los unos, de la audacia insolente de los otros, de las intimidaciones sucias de la mayoría, en el inevitable contagio del medio. Pero se llevaba una nueva esperanza y le parecía que si salvaba aquel día una vida, si hacía dichosa a una persona, sería el comienzo del rescate, un poco de perdón para las necesidades y las culpas de aquel mundo político egoísta y devorador.

En el vestíbulo, un último incidente detuvo a Pedro un minuto más. Reinaba allí una gran emoción a consecuencia de una disputa entre un individuo y un ujier, que no le había dejado entrar, después de comprobar que la tarjeta que presentaba era antigua y tenía la fecha raspada. El individuo, que se mostró brutal al principio, no había insistido luego, como sobrecogido por una timidez repentina. Y Pedro tuvo la sorpresa de reconocer en aquel hombre mal vestido a Salvat, el obrero mecánico a quien había visto partir por la mañana en busca de trabajo. No llevaba ya su bolsa de herramientas; su chaqueta andrajosa estaba abotonada, hinchada en el lado izquierdo por un bulto, que era sin duda algún mendrugo de pan escondido allí. Y rechazado por los ujieres, emprendió de nuevo la marcha, cruzó el puente de la Concordia, lentamente, al azar, con el aire de un hombre que no sabe adónde va.

IV

EN el viejo salón ajado, un salón Luis XVI, de zócalos de madera grises, la condesa de Quinsac estaba sentada junto a la chimenea, en su sitio habitual. Se parecía singularmente a su hijo, con la cara larga y noble, el mentón un poco severo, los ojos todavía bellos bajo la nieve de sus cabellos finos, peinada a la moda anticuada de su juventud. Y en su altiva frialdad sabía ser amable, con una soltura perfecta.

Después de un largo silencio, prosiguió, con un leve movimiento de mano, dirigiéndose al marqués de Morigny, sentado al otro lado de la chimenea, ocupando el mismo sillón desde hacía muchos años:

—¡Ah, amigo mío! Tiene usted razón; Dios nos ha olvidado en una época abominable.

—Sí hemos pasado junto a la felicidad —dijo él lentamente—, y ha sido por culpa de usted, y también por culpa mía, evidentemente.

Ella le hizo callar con un gesto y una triste sonrisa. Y el silencio volvió a pesar, pues no llegaba ni un ruido de la calle en aquel sombrío piso, bajo, situado al fondo del patio de un antiguo hotel de la calle de Santo Domingo, casi en la esquina de la calle de Borgoña.

El marqués era un viejo de setenta y cinco años, nueve más de los que tenía la condesa. Bajo y enjuto, tenía, sin embargo, un gran aspecto con su cara afeitada, de hondas arrugas correctas. Pertenecía a una de las más antiguas familias de Francia, y seguía siendo una de los últimos monárquicos sin esperanza, muy puro, muy elevado, conservando su fe en la

Monarquía extinta, en el derrumbamiento de todo. Su fortuna, evaluada todavía en millones, se hallaba cómo inmovilizada por su negativa a hacerla fructificar poniéndola al servicio de los trabajos del siglo. Y se sabía que había amado discretamente a la condesa, incluso en vida del señor De Quinsac, y que se había ofrecido, después de la muerte de éste, cuando la viuda, que tendría a lo sumo cuarenta años, había venido a refugiarse a aquel húmedo piso bajo, con una quincena de miles de francos de renta, salvados con gran dificultad. Pero ella adoraba a su hijo Gerardo, que estaba entonces en sus diez años y era de una salud delicada. Le había sacrificado todo, por una especie de pudor materno, por un temor supersticioso a perderle si colocaba otro cariño y otro deber en su vida. Y el marqués, que se había inclinado ante su voluntad, siguió adorándola con toda su alma, amándola como la primera noche en que la vio, atento y discreto, después de un cuarto de siglo de fidelidad absoluta. No había habido nunca nada entre ellos, ni siquiera un beso.

Viéndola tan triste, temió él haberla disgustado, y añadió:

—Me hubiese gustado más verla a usted feliz; pero no he sabido lograrlo, y la culpa es mía seguramente... ¿Es que la da a usted preocupaciones Gerardo?

Ella denegó con la cabeza. Y luego, en voz alta:

—Mientras las cosas sigan en el estado en que se encuentran, no podemos quejarnos, amigo mío, puesto que las hemos aceptado.

Se refería ella a los amoríos pecaminosos de su hijo con la baronesa Duvillard. Siempre se había mostrado ella débil con aquel niño, que tanto trabajo le costó criar, sabedora ella sola del agotamiento, del lamentable fin de una raza que se ocultaba en él, bajo el bello aspecto exterior de su altivo rostro.

Toleraba su pereza, su ociosidad, el cansancio de hombre dedicado al placer que le había apartado de las armas y de la diplomacia. ¡Cuántas veces había ella arreglado tonterías, pagado pequeñas deudas, ocultándolas, rechazando la ayuda pecuniaria del marqués, que no se atrevía ni siquiera ya a ofrecer sus millones, ante lo heroicamente que se obstinaba ella en vivir de los restos de su fortuna! Y así había ella acabado por cerrar los ojos ante el escándalo de los amores de su hijo, sospechando cómo habían sucedido las cosas, por abandono, por inconsciencia; era el caso del hombre que no sabe dominarse, de la mujer que le tiene en su poder y le conserva, entregándose.

—¡Ya sabe usted, amigo mío, que Gerardo es tan bueno! —repuso la condesa—. Es lo que hace su fuerza y su debilidad. ¿Cómo quiere usted que le riña cuando llora conmigo?... Se cansará de esa mujer.

El señor De Morigny inclinó la cabeza.

—Ella es todavía muy guapa... Y además, está la hija, y eso resultaría más grave, que se casase con ella.

—¡Oh, la hija; una contrahecha!

—Sí, y ya sabe usted lo que diría la gente: un Quinsac casándose con un monstruo por sus millones.

Era el terror de ambos. No ignoraban nada de lo que ocurría en casa de los Duvillard, la amistad tierna entre la poco agraciada Camila y el guapo Gerardo, el idilio conmovedor, bajo el cual se ocultaba el más atroz de los dramas. Y protestaban con toda su indignación.

—¡Oh, eso no, no, nunca! —declaró la condesa—. ¡Mi hijo en esa familia, no! ¡No daré nunca mi consentimiento!

En aquel momento entró precisamente el general De Bozonnet. Adoraba a su hermana, y venía a hacerle com-

pañía los días de recibo, porque el antiguo círculo había ido disminuyendo poco a poco, y ya eran sólo algunos fieles los que se arriesgaban a entrar en aquel salón gris y triste, en el que se creía uno transportado a miles de leguas del París actual. Inmediatamente, para divertirla, contó él que venía de almorzar en casa de los Duvillard, nombró a los invitados y dijo que Gerardo había estado allí. Sabía que alegraba a su hermana yendo a aquella casa, de la que le traía noticias, y que ennoblecía un poco con el gran honor de su presencia. Y él no se aburría allí, conquistado por el siglo desde hacía largo tiempo, benévolo con todo lo que no fuese el arte militar.

—Esa pobre Camila adora a Gerardo —dijo él—. En la mesa le devoraba con los ojos.

El marqués de Morigny intervino con gravedad:

—Ahí está el peligro; ese matrimonio sería una cosa absolutamente monstruosa, desde todos los puntos de vista.

El general pareció sorprenderse.

—¿Por qué? Ella no es guapa; ¡pero si no se casase uno más que con las guapas! También hay lo de sus millones; nuestro querido Gerardo no tendría más que hacer un buen uso de ellos... Verdad es que hay también lo del amorío con la madre. ¡Dios mío esa aventura es tan corriente hoy!

Indignado, el marqués hizo un gesto de soberano desprecio. ¿Por qué discutir, cuando todo se venía abajo? ¿Qué responder a un Bozonnet, al último superviviente de aquella ilustre familia, cuando llegaba hasta disculpar las costumbres infames de la República, después de haber renegado de su rey y servido al Imperio, consagrándose con una fiel pasión a la fortuna y a la memoria del César? Pero la condesa también se indignó.

—¡Oh, hermano! ¿Qué dices? No autorizaré jamás semejante

escándalo. Hace un momento lo estaba yo jurando.

—¡No jures, hermana! —exclamó el general—. Lo único que yo quisiera es ver a nuestro Gerardo feliz, y eso es todo. Y hay que convenir en que ahora no sirve para mucho. Comprendo que no se haya hecho militar, porque es una profesión perdida hoy. Pero que no haya ingresado en la diplomacia, que no haya aceptado una ocupación cualquiera, esto ya son cosas que comprendo menos. Es hermoso, sin duda, zaherir a la época actual, y declarar que un hombre de nuestro mundo no puede trabajar en ella personalmente. Ahora que esto no lo dicen en el fondo más que los holgazanes. Y Gerardo no tiene más que una disculpa: su escasa aptitud, su falta de voluntad y de fuerza.

Los ojos de la madre se anegaron en lágrimas. Temblaba ella siempre, conocía muy bien la mentira de la fachada; un aire frío podría llevarse a su hijo, por alto y recio que pareciese. ¿Y no había en ello el símbolo de aquella nobleza, tan elevada y altiva todavía en apariencia, y que en el fondo no era más que ceniza?

—En fin —continuó el general—, él tiene treinta y seis años; pesa siempre sobre tus espaldas, y será preciso que se abra algún camino.

Pero ella le hizo callar y se volvió hacia el marqués.

—Confiemos en Dios, ¿verdad, amigo mío? Es imposible que no me ampare, porque no le he ofendido nunca.

—¡Nunca! —respondió el marqués, poniendo en aquella simple palabra todo su dolor, toda su ternura, todo su culto por aquella mujer a quien adoraba desde hacía tantos años, sin que hubiesen pecado ninguno de los dos.

Entraba un nuevo visitante, y la conversación cambió. El señor De Larombardière, vicepresidente del Tribunal Supremo,

era un viejo de sesenta y cinco años, alto, flaco, calvo, afeitado, con sólo unas finas patillas blancas; y sus ojos grises, su boca de labios repulgados, muy separada de la nariz; su barbi-lla, cuadrada y tenaz, daban a su larga cara una gran austeridad. La desesperación de su vida consistía en verse afligido por un ceceo algo infantil, que no le había permitido dar toda la medida de su mérito en la Magistratura, pues se preciaba de ser un gran orador. Aquel tormento secreto le entristecía.

Se habló de los últimos acontecimientos. Las conversaciones políticas se agotaban; eso sí, pronto se resumían en la amarga condenación de los hombres y de los hechos, pues los tres estaban acordes sobre las abominaciones del régimen republicano. Allí no había más que ruinas, restos de los viejos partidos, reducidos a una impotencia casi absoluta. El marqués se encerraba en su intransigencia total, fiel a la Monarquía, representante postrero de aquella nobleza, rica todavía, elevada y terca, que moría en su sitio. El magistrado, que tenía por lo menos un pretendiente en el príncipe de Orleans, contaba con un milagro, demostraba su necesidad, si Francia no quería caer en las más graves desdichas, en la desaparición próxima y total. Y en cuanto al general, no añoraba de los dos imperios más que las grandes guerras, rechazaba la débil esperanza de una restauración bonapartista, para declarar que al no contar con los ejércitos imperiales, al decretar el servicio obligatorio, la nación en armas, la República había matado la guerra y la patria.

Cuando el criado vino a preguntar a la condesa si quería recibir al señor abate Froment, ella pareció un poco sorprendida.

—¿Qué me querrá? Hágale pasar.

Era piadosa y le había conocido en obras de caridad, conmoviéndole su celo, admirada ante la fama de joven santo que le atribuían sus feligreses de Neuilly.

Cuando la condesa le hizo sentar a su lado, ante la chimenea, Pedro contó en voz baja la historia lamentable de Laveuve, pidiéndole su apoyo para hacerle ingresar en el Asilo de Inválidos del Trabajo.

—¡Ah, sí! Esa obra de la que mi hijo deseó tanto que formase yo parte... ¡Pero si no he puesto nunca los pies en el salón de juntas del Comité, señor abate! ¿Cómo quiere usted que intervenga si no tengo, seguramente, ninguna influencia?

De nuevo los rostros de Gerardo y de Eva acababan de surgir ante ella, pues el primer encuentro de los dos amantes tuvo lugar en el asilo. Y ya flaqueaba ella, en su maternidad siempre doliente, aunque sintiese la pena de haber dado su nombre para una de aquellas empresas caritativas de gran ruido, cuyos abusos interesados criticaba ella.

—Señora —insistió Pedro—, se trata de un pobre viejo que se muere de hambre. Tenga usted compasión de él, se lo suplico. Aunque el sacerdote hubiese hablado en voz baja, el general se acercó.

—Sigue usted ocupándose de su viejo revolucionario. ¿No ha conseguido usted, entonces, tener éxito con el administrador?... ¡Caramba! Es difícil enternecerse por unos individuos que, si llegasen a ser los amos, nos barrerían, como ellos dicen.

El señor De Larombardière asintió con un movimiento de barbilla. Desde hacía algún tiempo vivía obsesionado por el peligro anarquista.

Y Pedro volvió a empezar su defensa, desconsolado y tembloroso. Contó la miseria espantosa, los hogares sin pan, las mujeres y los niños tiritando de frío, los padres recorriendo el París enlodado de invierno, en busca de un pedazo de pan. Lo que él pedía no era más que unas líneas en una tarjeta de visi-

ta, una palabra benévola de la condesa, que él llevaría inmediatamente a la baronesa Duvillard, para decidirla a que se saltase los reglamentos.

—¡Dios mío! —dijo ella—. Conozco sus méritos, señor abate, y no quiero negarme a una de sus buenas obras.

Abandonó ella el salón un momento; volvió al poco rato, llevando una tarjeta en la que había escrito que se ponía de parte del señor abate Froment, de todo corazón, en las gestiones que éste hacía. Y él le expresó su agradecimiento con las manos temblorosas de gratitud, y se marchó encantado, como si se llevase una nueva esperanza de salvación al salir de aquel salón, donde pareció caer de nuevo, al irse él, una oleada de sombra y de silencio sobre aquella vieja dama y sobre sus últimos fieles, frente al fuego, sobre todo aquel mundo que iba desapareciendo.

Una vez fuera, Pedro subió otra vez alegremente a su «fiacre», después de haber dado las señas de la princesa de Harth, en la avenida de Kléber. Si obtenía igualmente el consentimiento de ésta, ya no dudaría del éxito. Pero el puente de la Concordia estaba de tal modo lleno de coches, que el caballo tuvo que marchar al paso. Y allí, en la acera, volvió a ver a Dutheil, quien, correcto y seductor, con el habano en los labios, reía ante la multitud, con su amable inconsciencia de pájaro, feliz de encontrar el suelo seco y el cielo azul al salir de la emocionante sesión de la Cámara. Al verle tan alegre y triunfador, tuvo una brusca inspiración, y se dijo que debía conquistar, poner de su parte a aquel muchacho, cuyo informe había tenido un efecto tan desastroso. Precisamente, como el coche tuvo que detenerse por completo, el diputado le reconoció y le sonrió.

—¿Dónde va usted, señor Dutheil?

—Pues aquí al lado, a los Campos Elíseos.

—Pasaba por aquí, y como desearía hablarle un momento, le ruego que tome asiento a mi lado. Le dejaré donde quiera.

—Con mucho gusto, señor abate. ¿No le molesta que termine mi cigarro?

—¡Oh, nada absolutamente!

El «fiacre» se abrió paso, cruzó la plaza para subir por los Campos Elíseos. Y Pedro, pensando que sólo disponía de unos minutos, atacó a Dutheil sin tardar, dispuesto a luchar para convencerle. Recordaba la dura intervención que el joven había tenido en contra de Laveuve, en casa del barón. Por eso le sorprendió ver que le interrumpía para decir amablemente, con la cara animada por el claro sol que volvía a lucir:

—¡Ah, sí, su viejo borracho! Entonces, ¿no ha arreglado usted su asunto con Fonsègue? ¿Y qué es lo que usted quiere? ¿Que se le haga ingresar allí hoy mismo?... Ya sabe usted que yo no me opongo a ello.

—Pero ¿y su informe?

—Mi informe, ¡oh mi informe!, las cuestiones varían según los puntos de vista... Y si usted tiene mucho interés por Laveuve, ¡yo no me niego a ayudarle a usted!

Pedro le miraba, conmovido, muy feliz en el fondo. No tuvo siquiera necesidad de hablar.

—Ha movido usted mal el asunto —prosiguió Dutheil, inclinandose hacia él con aire confidencial. El barón es el amo en su casa, por razones que usted comprenderá, que conoce usted sin duda; la baronesa hace todo lo que él le pide, sin discutir siquiera; y esta mañana, en lugar de lanzarse en inútiles correrías, no tenía usted sino hacer que le apoyase el barón, tanto más cuanto que parecía hallarse en una excelente dispo-

sición. Y enseguida hubiera cedido ella.

Y se echó a reír.

—¿Sabe usted lo que voy a hacer?... Pues atraer al barón a la causa de usted. Sí, voy precisamente a una casa donde él está, una casa donde tiene uno la seguridad de encontrarle todos los días a esta hora...

Y se reía con más fuerza.

—En fin, una casa que usted no puede ignorar, señor abate. Cuando está allí el barón, es seguro que no niega nada... Le prometo a usted hacerle jurar que esta noche exigirá de su mujer la admisión de su recomendado de usted. Ahora, que será ya un poco tarde.

Y luego, ocurriéndole de pronto una idea, continuó:

—Pero ¿por qué no viene usted conmigo? Así conseguirá una promesa del barón, e inmediatamente, sin perder un minuto, puede usted ponerse en busca de la baronesa... ¡Ah, sí! La casa le intimida a usted un poco, lo comprendo. ¿Quiere usted no ver en ella más que al barón? Le podrá usted esperar en un saloncito del piso bajo; yo se lo llevaré.

Aquella proposición acabó de regocijarle, mientras Pedro, estupefacto, vacilaba ante la idea de ser introducido de aquel modo en casa de Silviana de Aulnay. No estaba allí su puesto. Sin embargo, hubiera ido al mismo infierno, y además había estado ya en aquella casa, con el abate Rose, con la esperanza de aliviar una miseria.

Dutheil, que se equivocaba ante aquel silencio, bajó más la voz para hacerle una suprema confidencia.

—Ya sabe usted que él ha pagado todo allí. ¡Oh, puede usted venir sin ningún temor!

—Sí, sí, iré con usted —dijo el sacerdote, que no pudo por

menos de sonreírse a su vez.

El hotelito de Silviana de Aulnay, muy lujoso, de un lujo delicado y un poco galante de templo, estaba situado en la avenida D'Antin, junto a la avenida de los Campos Elíseos. La sacerdotisa de aquel santuario, donde los bordados de las viejas dalmáticas brillaban bajo el reflejo malva de los vitrales, acababa de cumplir veinticinco años. Era menuda y delgada, de una belleza morena adorable; y todo París conocía su delicioso rostro de virgen, el suave óvalo alargado, la nariz fina, la boca pequeña, con unas mejillas candorosas y una barbilla ingenua, bajo los bandos de sus cabellos negros, que tenía ella espesos y pesados, ocultando la frente baja. La razón de su celebridad era precisamente aquel aire lindo y sorprendido, aquella infinita pureza de sus ojos azules, toda aquella inocencia púdica, que mostraba cuando quería, contrastando con la abominable ramera que era ella en el fondo, de la perversidad más monstruosa, confesada y proclamada, tal como se da en el ambiente de las grandes ciudades.

Aquel día, desde las tres, Gerardo, que no sabía cómo matar el tiempo, antes de ir a esperar a Eva a la calle de Matignon, tuvo la ocurrencia de subir a hacer tiempo cerca de allí a casa de Silviana. Era la joven uno de sus antiguos caprichos, y él seguía siendo de los íntimos del hotelito e incluso se quedaba allí algunas veces, cuando la linda mujer se aburría. Pero acababa de encontrarla furiosa, y allí estaba, como un simple amigo, arrellanado en uno de los mullidos sillones del salón oro viejo, escuchando sus lamentaciones. Ella, de pie, vestida de blanco, hablaba en pleno almuerzo con apasionamiento, acabando de convencerle, a él, que se sentía seducido por tanta juventud y tanta belleza, comparándola inconscientemente con la otra, cansado ya de la cita que le esperaba, y lleno de una pereza moral y física tal, que hubiera preferido seguir

hundido en aquel sillón.

—¿Oyes, Gerardo? —exclamó ella, por fin—. ¡Ni tanto así! ¡No le concederé ni tanto así mientras no me traiga mi nombramiento!

Entraba el barón Duvillard. Volvió ella enseguida a su actitud glacial y le recibió como una joven reina ofendida, que espera explicaciones; mientras que él, previendo la tormenta, y portador además de noticias desastrosas, sonreía con desasosiego. Ella era el vicio de la vida de aquel hombre, tan recio y tan fuerte todavía en el declinar de su raza. Era también el principio de la justicia y del castigo, recuperando a manos llenas el oro amontonado, vengando con sus crueldades a los que tenían frío y hambre. Y daba lástima ver a aquel hombre temible, adulado, ante el cual temblaban los Estados, palidecer allí de inquietud, doblegarse con mucha humildad, cayendo de nuevo en la infancia senil y balbuceante del deseo.

—¡Ah, mi querida amiga, si supiese usted cómo he corrido! Una porción de asunto fastidiosos, unos contratistas que tenía que ver, una importante cuestión de publicidad que arreglar. Creí que no iba a poder venir nunca a besarle a usted la mano. Y se la besó; pero ella volvió a dejar caer su brazo frío e indiferente, contentándose con mirarle, esperando lo que él tenía que decirle, turbándole hasta tal punto, que él sudaba, balbuceante, sin encontrar las palabras.

—Me he ocupado también de usted; he ido al ministerio de Instrucción Pública, donde me habían hecho una promesa formal... ¡Oh, tienen siempre un gran interés por usted en el ministerio!... Ahora que, figúrese usted, es ese imbécil de Taboureau, el ministro, un viejo catedrático de provincias, que desconoce todo lo de nuestro París, quien se ha opuesto rotundamente a su nombramiento de usted, afirmando que

mientras él ocupase esa cartera, no debutaría usted en la Comedia Francesa.

Ella no pronunció más que una palabra, erguida y rígida:

—¿Y entonces?

—¿Qué quiere usted que haga yo, mi querida amiga?... No se puede derribar a un Gobierno para que desempeñe usted el papel de «Paulina».

—¿Y por qué no?

Él fingió reírse; pero su rostro se congestionaba y todo su voluminoso cuerpo se estremecía de angustia.

—Vamos, mi pequeña Silviana, no se obstine usted. Usted sabe ser encantadora cuando quiere... Deseche usted la idea de ese debut. Después de todo, arriesgaba usted mucho, porque ¡cuáles no serían sus contrariedades si llegase usted a fracasar! Lloraría usted todas sus lágrimas... Y además, pígame otras muchas cosas distintas, que me alegrará tanto poder conseguirle. Vaya, formule usted ahora mismo un deseo y lo realizaré en el acto.

E intentaba, bromeando, cogerle las manos. Pero ella retrocedió, muy digna. Y tuteándole, como acababa de tutear a Gerardo:

—Óyelo bien, querido, ¡ni tanto así mientras no haga yo el papel de Paulina!

Comprendió él que aquello significaba la alcoba cerrada y hasta los juguetes, y los besitos en la nuca, prohibidos; y la conocía lo suficiente para saber con qué energía le privaría de todo aquello. Su garganta, acongojada, no pudo exhalar más que una especie de gruñido, en tanto que intentaba seguir tomando la cosa a broma.

—¡Qué mala se siente hoy! —replicó, volviéndose hacia Ge-

rardo—. ¿Qué le ha hecho usted para que esté en semejante estado?

Pero el joven, que permanecía callado por temor a las complicaciones, siguió muellemente arrellanado, sin contestar.

Entonces la cólera de Silviana se desató:

—Pues lo que ha hecho es compadecerse de verme a merced de un hombre como usted, tan egoísta, tan insensible a las injurias con que me abruman. ¿Es que no debía indignarse usted el primero? ¿Es que no debía usted haber exigido mi ingreso en la Comedia Francesa como una cuestión de honor? Porque, a fin de cuentas, es un fracaso para usted, y si me juzgan indigna, a usted le alcanza la cosa al mismo tiempo que a mí... ¿Porque soy una mujer pública, verdad? ¡Diga usted de una vez que soy una mujer pública, que me echan de las casas respetables!

Y continuó, llegando a las palabras gruesas, a las palabras abominables, que acababan por florecer siempre en sus labios tan puros, cuando estaba colérica. En vano el barón, sabiendo que una simple frase suya traería un desbordamiento más cenagoso, imploró con la mirada la intervención del conde. Este, cuyo afán de paz los reconciliaba algunas veces, no se movía, demasiado soñoliento para mezclarse en aquello. Y de pronto, ella volvió a emplear el tuteo y acabó, con un hachazo, cortando en seco toda benevolencia:

—En fin, querido, arréglatelas; hazme debutar, o si no, ¡nada! ¿Entiendes? ¡Ni siquiera la punta de un dedo!

—¡Bueno, bueno! —murmuró Duvillard, sarcástico y desesperado—. Ya arreglaremos esto.

Pero en aquel momento entró un criado diciendo que el señor Dutheil estaba abajo y rogaba al señor barón que le recibiese en el salón de fumar. Este último se mostró sorprendido, por-

que Dutheil subía, generalmente, como si estuviese en su casa. Pensó después que el diputado le traía, sin duda, noticias graves de la Cámara y que desearía comunicárselas enseguida a solas. Y siguió al criado, dejando juntos a Silviana y a Gerardo.

En el salón de fumar, una habitación que daba directamente al vestíbulo por una puerta acristalada, Pedro esperaba en pie con su compañero, mirando curiosamente a su alrededor. Lo que le chocaba era el recogimiento casi religioso de aquel lugar, los pesados cortinajes, las luces místicas de las vidrieras, los muebles antiguos sumidos en una sombra de capilla, entre perfumes difusos de mirra y de incienso. Dutheil, muy alegre, golpeaba con la punta de su bastón el diván bajo, lecho de amor tanto como lecho de reposo.

—¿Eh? ¡Qué bien amueblado! ¡Es una mujer que sabe lo que se hace!

El barón entró, agitado aún, con aire inquieto. Y sin ver siquiera al sacerdote, quiso enterarse.

—¿Qué han hecho allá? ¿Es que son graves las noticias?

—Mège ha interpelado al Gobierno, requiriendo la urgencia en la solución, para derribar a Barroux. Ya comprenderá usted lo que ha sido su discurso.

—¡Sí, sí! Contra los burgueses, contra mí, contra usted. Es siempre el mismo... ¿Y qué?

—Pues que no ha sido votada la urgencia; pero Barroux, a pesar de una magnífica defensa, no ha tenido más que dos votos de mayoría.

—¡Dos votos; caray! Entonces está muerto y habrá un Ministerio Vignon la semana próxima.

—Eso decía todo el mundo en los pasillos.

El barón, con las cejas fruncidas, como si hubiese pesado lo que semejante acontecimiento podía traer al mundo de bueno o de malo, tuvo un gesto de disgusto.

—Un Ministerio Vignon... ¡Diablo, no sería mucho mejor! Estos jóvenes demócratas quieren echárselas de virtuosos, y no será tampoco un Ministerio Vignon el que haga ingresar a Silviana en la Comedia.

Él sólo veía desde el primer momento aquella contingencia, en la catástrofe que hacía temblar al mundo político. Por eso, el diputado no pudo por menos de dejar traslucir su propia ansiedad.

—Bueno, ¿y qué será de nosotros con todo ese cambio?

Aquellas palabras volvieron a Duvillard a la realidad de la situación. Con un nuevo gesto, lleno ahora de soberbia, mostró su magnífica e insolente confianza.

—Nosotros seguiremos donde estamos, y no creo que hayamos estado nunca en peligro. ¡Ah! Estoy muy tranquilo; Sanier puede publicar su famosa lista, si es que esto le divierte. Si no hemos comprado desde hace mucho tiempo a Sanier y a su lista, es porque Barroux es un perfecto hombre honrado; y a mí no me gusta tirar el dinero por la ventana... Le repito que no tenemos nada que temer.

Y luego, al ver por fin al abate Froment, que había permanecido en la sombra, Dutheil le explicó el favor que éste esperaba de él. Y en el estado de emoción en que se encontraba, dolorido aún su corazón por la crueldad de Silviana, debió tener la sorda esperanza de que una buena acción le traería la suerte, pues accedió inmediatamente a interponer su influencia para que fuese admitido Laveuve. Sacando de su cartera una tarjeta y un lápiz, se acercó a la ventana.

—Todo lo que usted quiera, señor abate. Me complacería

mucho poder coadyuvar a esa buena obra... Mire usted lo que he escrito: «Mi querida amiga: Te ruego que hagas lo que pide el señor abate Froment en favor de ese desdichado, puesto que nuestro amigo Fonsègue no espera más que una palabra tuya para obrar».

En aquel momento, Pedro vio, por la puerta abierta, a Gerardo, a quien Silviana acompañaba hasta el vestíbulo, apaciguada, con la curiosidad sin duda de saber qué venía a hacer allí Dutheil. Y la aparición de la joven le llenó de asombro; hasta tal punto le pareció ella dulce y sencilla, en su candor immaculado de virgen. Nunca había soñado, en el jardín de la inocencia, con un lirio de una floración tan deliciosa y tan discreta.

—Entonces —continuó Duvillard—, si quiere usted entregar esta tarjeta enseguida a mi mujer, es preciso que vaya usted a casa de la princesa de Harth, donde se celebra una «matinée».

—Iba a ir allí, señor barón.

—Muy bien... Allí encontrará usted seguramente a mi mujer, pues tiene que llevar a los chicos.

Se interrumpió porque acababa también de ver a Gerardo, a quien llamó.

—Dígame usted, Gerardo, ¿mi mujer ha dicho que iba realmente a esa «matinée»? ¿Está usted seguro entonces de que el señor abate la encontrará allí?

El joven, que se decidía a ir a la calle Matignon para esperar a Eva, respondió con gran naturalidad:

—Si el señor abate se da prisa, creo que la encontrará, pues tiene que ir allí, en efecto, antes de probarse en casa de Salmon.

Besó la mano de Silviana y se fue, con un aire de hombre

guapo, indolente y sin malicia, a quien el mismo placer cansaba.

Pedro tuvo que dejarse presentar, un poco cohibido, a la dueña de la casa, por Duvillard. Se inclinó en silencio, mientras que ella, muda también, le devolvía su saludo con un púdico recato y un tacto adecuado a las circunstancias, de que no era entonces capaz ninguna ingenua, ni siquiera en la Comedia. Y mientras el barón acompañaba al sacerdote hasta la puerta, volvió ella al salón con Dutheil.

Cuando Pedro, convencido ahora del éxito, llegó al hotel de la princesa de Harth, en la avenida Kléber, siempre en su coche, se sintió lleno de confusión. La avenida estaba atestada de coches, cuyos dueños habían acudido atraídos por la «martinée» musical, y la puerta del hotel, cubierta por una marquesina, con galones de terciopelo rojo, le pareció infranqueable, hasta tal punto se apretujaba en ella la ola de los visitantes. ¿Cómo iba a poder entrar? ¿Cómo, sobre todo, podría él, con su sotana, ver a la princesa y pedirle que le proporcionase una entrevista rápida con la baronesa Duvillard? En su arrebató no había pensado en aquellas dificultades. Y ya se decidía a llegar hasta la puerta a pie, preguntándose de qué manera lograría abrirse paso entre la multitud, desapercibido, cuando una alegre voz le hizo volverse.

—¡Eh, señor abate! ¿Es posible? ¿Cómo le encuentro a usted aquí?

Era el pequeño Massot. Él iba a todas partes, asistía a diez espectáculos en un día: sesión parlamentaria, entierro, boda o duelo cualesquiera, cuando estaba atacado «de mal de crónicas», como él decía.

—¿Cómo, señor abate! ¡Viene usted a casa de nuestra amable princesa, a ver bailar a las moras!

Y se burlaba, porque aquellas moras eran una «troupe» de seis bailarinas españolas que hacían acudir a todo París al Folies-Bergère por la ardiente sensualidad de sus contoneos. Lo realmente atractivo era que aquellas mujeres reservaban para los salones unas danzas más libres todavía, de tal abandono carnal, que no hubiesen sido seguramente autorizadas en un teatro. Y el mundo elegante se precipitaba en casa de las señoras atrevidas, excéntricas, extranjeras, como la princesa, que no retrocedían ante ninguna atracción.

Cuando Pedro hubo explicado al pequeño Massot que seguía moviéndose siempre por el mismo asunto, éste, muy amable, se ofreció enseguida a guiarle. Conocía la casa; le hizo pasar por una puerta trasera, le llevó por un pasillo hacia un rincón del vestíbulo, hasta la entrada misma del gran salón. Unas altas plantas verdes adornaban aquel vestíbulo, escondiendo casi a las personas.

—No se mueva usted, mi querido abate. Voy a ver si descubro a la princesa. Ya le diré a usted si la baronesa Duvillard ha llegado.

Lo que le sorprendía a Pedro era el hotel, completamente oscuro, con las ventanas cerradas y las menores rendijas tapadas para que no entrase la luz, con todas las habitaciones muy iluminadas por la electricidad, con una intensidad sobrenatural de luz. El calor era ya muy elevado, y unos olores fuertes a flores y a mujeres hacían más denso el aire. Y le parecía a Pedro, cegado, sofocado, que entraba en el más allá lujurioso de uno de esos antros de la carne, cuyo sueño convierte en realidad el París del placer. Ahora, poniéndose de puntillas, divisaba por la puerta abierta del salón las espaldas de las mujeres ya sentadas, unas filas de nuca rubias o morenas. Las moras bailaban, sin duda, por primera vez. No las veía, pero podía seguir el ardor lascivo de su danza en el estreme-

cimiento de todas aquellas nuca, que se agitaban como bajo un vendaval. Sonaron luego unas risas, una tempestad de aplausos, todo un tumulto deslumbrado.

—Imposible coger a la princesa; tiene usted que esperar un poco —volvió a decirle Massot—. He encontrado a Janzen y me ha prometido traérmela... ¿No conoce usted a Janzen?

Y empezó a chismosear, por oficio y por gusto. La princesa era una de sus buenas amigas. Él era quien había hecho la reseña de su primera «soirée», el año anterior, cuando había ella inaugurado aquel hotel, al instalarse en París. Conocía él la auténtica verdad acerca de ella, hasta donde podía conocerse. Rica, lo era sin duda, porque gastaba enormemente. Casada, debía haberlo estado, y con un verdadero príncipe; quizá lo seguía estando, a pesar de su historia de viudedad, pues parecía comprobado que su marido, de una belleza arcángelica, viajaba con una cantante. Lo que no tenía discusión y resultaba demostrado y evidente era la chifladura de la princesa. Muy inteligente, por otra parte, tenía caprichos bruscos y continuos. Incapaz de un esfuerzo prolongado, iba de una curiosidad a otra, sin fijeza alguna. Y así sucedía que después de haberse ocupado con gran entusiasmo de la pintura, se sentía apasionada en aquel momento por la química. Y actualmente se iba dejando conquistar por la poesía.

—¿De modo que no conoce usted a Janzen?... Pues es Janzen quien la ha metido en eso de la química, en el estudio de los explosivos, sobre todo; porque para ella, como usted comprenderá, el único interés que tiene la química consiste en ser anárquica... Yo la creo realmente austríaca, aunque haya que dudar de cualquier afirmación suya. En cuanto a Janzen, se proclama ruso, pero debe ser alemán... ¡Oh! Es el hombre más discreto, más enigmático, sin casa, sin nombre quizá, un señor terrible, de pasado desconocido y de vida ignorada.

Personalmente tengo pruebas que me hacen creer que ha tomado parte en el espantoso atentado de Barcelona. En todo caso, hace ya cerca de un año que le veo en París, vigilado. ¡Y a otros muchos aventureros y bandidos, venidos de todos los rincones del mundo!... ¡Ah, las colonias extranjeras!, ¡unos cuantos hombres ilustres e intachables, unas cuantas fortunas auténticas, y por debajo de todo ello, qué turba!

Pero llegaba Janzen, un muchacho alto y delgado, de unos treinta años, muy rubio, de ojos grises, pálidos y duros, con la barba en punta y el pelo largo y ondulado, que alargaba todavía más su rostro lívido, como borrado por una bruma. Hablaba bastante mal el francés, en voz baja, sin un gesto. Dijo que la princesa resultaba inencontrable: acababa de estarla buscando por todas partes. Quizá le había desagradado alguno de los concurrentes y habría subido a encerrarse a su habitación y a acostarse, dejando a sus invitados que se divirtiesen libremente en su casa, a su antojo.

—¡Eh, mírela usted! —dijo de pronto Massot.

Rosamunda estaba allí, en efecto, en el vestíbulo, en acecho, como si estuviese esperando a alguien. Pequeña, delgada, más bien rara que bonita, con su cara fina y sus ojos verde mar, con su nariz pequeña y vibrante, con su boca un poco saliente y demasiado roja, mostrando unos dientes admirables, lucía ella aquel día un vestido azul bordado en plata, unos brazaletes de plata y un aro de plata en sus cabellos cenicientos, que le caían en bucles, en mechones rebeldes, como si estuviese sacudida toda ella por una continua ráfaga de viento.

—¡Todo lo que usted quiera, señor abate! —dijo ella a Pedro en cuanto supo el motivo de su gestión—. ¡Si no le admiten a su viejo en el Asilo, envíemele usted, que yo le acostaré aquí en algún sitio!

Seguía ella mostrándose agitada y miraba continuamente hacia la puerta. Y cuando el sacerdote la preguntó si había llegado ya la baronesa Duvillard:

—¡No! —gritó—. Me tiene muy sorprendida. Debía traer a sus dos hijos... Jacinto me prometió ayer, con toda formalidad, que vendría.

Aquél era su nuevo capricho. Si en ella la pasión por la química era sustituida por una afición creciente a la poesía decadente y simbólica, era porque había descubierto en Jacinto, una noche, hablando de ocultismo con él, una extraordinaria belleza, la belleza astral del alma viajera de Nerón. Al menos, según decía ella, los signos eran evidentes.

Bruscamente se separó de Pedro.

—¡Ah, por fin! —murmuró, aliviada y feliz.

Y se lanzó hacia la puerta. Jacinto entraba con su hermana Camila. Pero en el umbral acababa de encontrarse con el amigo por quien acudía allí, el joven lord Elson, un efebo lánguido y pálido, con cabellera femenina, y apenas se dignó él notar la tierna acogida de Rosamunda, porque profesaba la teoría de que la mujer era un animal impuro y bajo, que manchaba la inteligencia y el cuerpo. Desconsolada ante aquella frialdad, seguía ella a los dos jóvenes y entró de nuevo tras ellos en medio del vivo olor, en el horno cegador del salón.

Massot había tenido la amabilidad de detener a Camila para conducirla hasta Pedro, quien desde las primeras palabras se desesperó.

—¡Cómo, señorita! ¿Su señora madre no la ha acompañado a usted aquí?

La joven, vestida según su costumbre, con un traje oscuro, azul pavo real, estaba nerviosa, con ojos iracundos y voz sibilante. Y en el enderezamiento de su corto talle, su deformidad

se acusaba más aún, desnivelando sus hombros.

—No, no ha podido... Tenía prueba en casa de su modisto. Nos hemos entretenido en la Exposición del Lirio y mamá nos ha obligado a dejarla en la puerta de Salmon, al venir hacia aquí.

Era ella quien había prolongado hábilmente la visita a la Exposición, creyendo impedir así la cita de su madre, en la calle Matignon. Y la ponía rabiosa la facilidad con que su madre se había desprendido de ella gracias a aquella mentira de la prueba.

—Pero —dijo Pedro ingenuamente— ¿si fuese yo inmediatamente a casa de ese Salmon quizá podría pasarle una tarjeta?

Tuvo ella una risa aguda, de lo graciosa que le pareció la ocurrencia.

—¡Oh, quién sabe si la encontraría usted allí! Tenía otra cita urgente y estará en ella, sin duda.

—Entonces voy a esperarla aquí. Vendrá seguramente a buscarla a usted, ¿verdad?

—¿A buscarnos? ¡Oh, no! Ya le digo que tenía ella un asunto, otra cita muy importante. El coche nos llevará solos a casa, a mi hermano y a mí.

Y su dolorosa ironía se emponzoñaba con una amargura creciente. ¿No comprendía aquel sacerdote, con sus preguntas ingenuas, que le estaba clavando aún más el cuchillo en su corazón? ¡Y, sin embargo, debía estar enterado él también, puesto que todo el mundo lo sabía!

—¡Cuánto lo siento! —replicó él, tan apenado, en efecto, que se le llenaban los ojos de lágrimas—. Se trataba de un pobre viejo, de quien me ocupo desde esta mañana. Tengo unas lí-

neas de su padre de usted y don Gerardo me había dicho...

Y al llegar a esto se turbó, lo comprendió todo de repente, en su divino desconocimiento del mundo, obsesionado su espíritu únicamente por su fervor caritativo.

—Sí, acabo de ver a su señor padre, con el señor de Quinsac...

—Ya sé, ya sé —dijo ella con su aire doliente y burlón, de muchacha que no ignoraba nada—. Pues bien, señor abate, si ha ido usted a buscar a papá y si tiene usted unas líneas suyas para mamá, tendrá usted que esperar a que mamá haya terminado su asunto... A veces tarda mucho. Puede usted venir al hotel alrededor de las seis, pero dudo que la encuentre usted, por poco que su asunto la detenga.

Sus ojos crueles brillaban y cada una de sus palabras adquiría una ferocidad de burla atroz, como si fuesen cuchillos con los que hubiera ella querido traspasar el pecho, tan adorable aún, de su madre. Nunca, en verdad, la había aborrecido hasta aquel punto, con aquella envidia de su belleza, de su alegría, de la felicidad que gozaba siendo amada. Y su ironía, brotada de sus labios de virgen, ante aquel sacerdote inocente, era como oleada de fango oculto con el que intentaba ella ahogarla.

Rosamunda volvió, febril, impulsada por su eterna ráfaga de viento, y se llevó a Camila.

—¡Ah, querida, venga usted! ¡Son extraordinarias, deliciosas, seductoras!

Janzen y el pequeño Massot siguieron a la princesa. Todos los hombres acudían de los salones contiguos, empujándose, y se hundían en el salón grande al saber que las moras acababan de reanudar sus danzas. Ahora iban a ejecutar el «galop», del que tanto se murmuraba en París, aquella avalancha frenética

en que ellas brincaban, relinchaban como yeguas, bajo el látigo del animal en celo; porque Pedro vio oscilar y retorcerse las filas de cabezas, las nucas rubias, las nucas morenas, sobre las cuales pareció pasar un pesado viento. Con las ventanas cerradas, el fulgor de las luces eléctricas encendía una hoguera, humeante, con un olor a carne. Y fue un asombro, nuevas risas, aplausos, una voluptuosidad, una orgía desbordante.

Cuando Pedro se encontró otra vez en la acera, permaneció un momento aturdido, asombrado de volver a verse en pleno día. Iba a dar la media de las cuatro, y tenía él por delante más de dos horas de espera, antes de personarse en el hotel de la calle Godot-de-Mauroy. ¿Qué haría? Pagó al cochero, prefiriendo bajar a pie, despacio, por los Campos Elíseos, ya que tenía tiempo que perder. Aquello quizá calmaría la fiebre que ardía en sus manos, con aquella pasión caritativa que, poco a poco, desde por la mañana, le había invadido de nuevo, a medida que tropezaba él con obstáculos, sin cesar renovados. Ahora no tenía él más que un afán: acabar su buena obra, que creía al fin segura. Y se esforzaba en acortar su paso, como si fuese de paseo, a lo largo de la avenida magnífica, que el claro sol acababa de secar y que alegraba una multitud animada bajo el cielo de nuevo azul, de un azul ligero de primavera.

Cerca de dos horas que perder, mientras que el mísero Laveuve, allá lejos, sobre sus andrajos, en su tabuco helado, agonizaba. Bruscas rebeldías, oleadas de irresistible impaciencia, removían a Pedro, agitándole con un deseo de correr, de ir a buscar en el acto a la baronesa Duvillard para obtener de aquella dama la orden salvadora.

Parecíale oír un crujido formidable, la familia burguesa que se derrumbaba: el padre en casa de una ramera, la madre en brazos de un amante, el hermano y la hermana enterados de

todo, el uno cayendo en unas perversidades imbéciles, la otra rabiosa, soñando con robar aquel amante a su madre para hacer de él su marido.

Cuando Pedro llegaba a la altura del Circo de verano, tuvo la sorpresa de reconocer de nuevo, en un banco, a Salvat. El obrero debía haber llegado allí para dejarse caer, después de muchas buscas inútiles, agotado por la fatiga y por el hambre. Sin embargo, bajo su chaqueta, seguía notando un bulto, el trozo de pan, que llevaba, sin duda, a su hogar. Y adosado al banco, con los brazos colgantes, veía con sus ojos soñadores jugar a los niñitos, que hacían laboriosamente, frente a él, montoncitos de arena con sus palas y que luego los destruían a puntapiés. Sus párpados enrojecidos se humedecían, una sonrisa de una dulzura infinita vagaba sobre sus pobres labios descoloridos. Pedro, invadido ahora por la inquietud, quiso abordarle, interrogarle. Pero Salvat, desconfiado, se levantó y se dirigió hacia el Circo, donde terminaba un concierto; y vagó ante la puerta de aquel monumento de fiesta, donde dos mil dichosos, reunidos, escuchaban la música.

V

AL llegar a la plaza de la Concordia, Pedro se acordó de pronto de la cita que le había dado el abate Rose, alrededor de las cuatro, en la Magdalena, y de la que se había olvidado, en la fiebre de sus gestiones. Llegaba con retraso, por lo cual apresuró el paso, alegrándole aquella cita que iba a ocupar su espera.

Cuando entró en la iglesia se quedó sorprendido al verla en una oscuridad casi completa. Sólo ardían algunos cirios, y unas grandes sombras habían invadido la nave; en medio de aquellas semitinieblas, una voz muy alta, muy clara, hablaba en una oleada continua, sin que se distinguiese del numeroso auditorio más que la masa pálida y confusa de las cabezas, inmóviles de atención. Era monseñor Martha, que acababa desde el púlpito su tercera plática sobre el nuevo Espíritu. Las dos primeras habían tenido una gran resonancia. Y allí estaba todo París, damas del gran mundo, políticos, escritores, seducidos por el arte del orador, por su dicción hábil y cálida, por sus gestos amplios de gran comediante.

Pedro no quiso turbar aquella atención recogida, aquel silencio estremecido en el que sonaba tan sólo la palabra del sacerdote. Y esperó para buscar al abate Rose, permaneciendo de pie junto a una columna. Un resto de sol, la claridad oblicua y moribunda de un vitral iluminaba precisamente al conferenciante, alto y fornido en la blancura de su sobrepelliz, apenas canoso, aunque hubiera pasado de los cincuenta. Tenía unos bellos rasgos, unos ojos negros y vivos, una nariz llena de autoridad y un mentón y una boca, sobre todo, del más firme dibujo. Pero lo que chocaba, lo que se apoderaba

de los corazones, era el esfuerzo de simpatía y la expresión constante de amabilidad extraordinaria que difuminaba y desvanecía la imperiosa autoridad del rostro.

En otro tiempo, Pedro le había conocido de cura de Santa Clotilde. Debía de ser de origen italiano, aunque nacido en París, y habiendo salido de San Sulpicio con las mejores notas y un espíritu muy inteligente, muy ambicioso, de una actividad que empezó incluso a inquietar a sus superiores. Después, nombrado obispo de Persépolis, había desaparecido, yendo a pasar cinco años a Roma, ocupado en tareas aún oscuras. Y desde su regreso, asombraba a París con su acertada propaganda, trabajando en los asuntos más diversos, muy querido en el obispado, donde había llegado a ser omnipotente. Pero se dedicaba, sobre todo, con una milagrosa eficacia, a aumentar las suscripciones para la terminación de la basílica del Sagrado Corazón. Nada le intimidaba, ni los viajes, ni las conferencias, ni las cuestaciones, ni las visitas a los ministros o incluso a los judíos y a los masones. En los últimos tiempos había ensanchado aún más la esfera de acción en que operaba, procurando reconciliar a la ciencia con el catolicismo, agrupar toda la Francia cristiana en la República, predicando por todas partes la política de León XIII, por el triunfo definitivo de la Iglesia.

A pesar de la manera de ser de aquel hombre influyente y amable, Pedro no le tenía simpatía. Sólo le guardaba gratitud por haber nombrado al bondadoso abate Rose vicario de San Pedro de Montmartre, sin duda con objeto de impedir el escándalo de un viejo sacerdote amenazado con verse castigado por haber sido demasiado caritativo. Y al encontrarle y al oírle allí, en aquel púlpito de tanto realce de la Magdalena, prosiguiendo su campaña conquistadora, volvía a verle, en casa de los Duvillard, la primavera última, cuando consiguiera,

con su habitual maestría, la conversión de Eva al catolicismo, su más hermoso triunfo. El bautismo tuvo lugar en aquella misma iglesia, en una ceremonia de extraordinaria pompa, una verdadera función de gala, dada ante el público de todos los grandes acontecimientos parisinos. Gerardo, arrodillado, mostrábase conmovido hasta llorar; mientras que el barón triunfaba, como buen marido, feliz al ver que la religión instauraba al fin la armonía perfecta en su hogar. Contábase en los grupos que la familia de Eva, el viejo Justo Steinberger, su padre, no se sentía en el fondo muy disgustado con aquella aventura, riéndose y diciendo que conocía lo bastante a su hija para desear entregársela a su peor enemigo. Existen en Banca valores que prefiere uno ver descontar a sus rivales. Sin duda, con la fe tenaz en el triunfo de su raza, consolándose del fracaso de su primer cálculo, él pensaba que una mujer como Eva constituía un buen elemento disolvente en una familia cristiana, cuya acción serviría para hacer que viniese a parar a manos judías todo el dinero y todo el poder.

Pero la visión desapareció, la voz de monseñor Martha se elevaba con una amplitud creciente, celebrando, en medio del estremecimiento del auditorio, los beneficios del espíritu nuevo, que iba por fin a pacificar a Francia y a devolverle su rango y su fuerza. ¿Es que no anunciaban por todas partes aquella resurrección unos signos evidentes? El espíritu nuevo era el despertar del ideal, la protesta del alma contra el bajo materialismo, el triunfo del espiritualismo sobre la literatura cenagosa. El pueblo, obedeciendo al espíritu nuevo, se entregaba al Soberano del amor, como se había entregado a sus reyes, reconociendo el poder único de Dios, dueño absoluto de los cuerpos y de las almas.

Pedro escuchaba ahora con atención, preguntándose dónde había oído ya unas palabras casi idénticas. Y de pronto se

acordó; creía escuchar de nuevo, en Roma, a monseñor Nani, en la última conversación que habían tenido juntos. Encontraba allí de nuevo el sueño de un papa demócrata, abandonando a las monarquías comprometidas, esforzándose por conquistar al pueblo. Puesto que César estaba caído, ¿no podía el papa realizar la ambición secular, ser emperador y pontífice, el Dios soberano, universal? Era el sueño que él mismo, en su candidez humanitaria de apóstol, había forjado antaño, al escribir su «Roma nueva», y de la que le había curado con tanta rudeza la Roma real. En el fondo, era una simple política de falacia hipócrita y nada más, aquella política de sacerdote que tiene los siglos de su parte, tenaz, encarnizándose en la conquista, con una extraordinaria flexibilidad, resuelta a aprovecharse de todo. ¡Y qué evolución! ¡La Iglesia viniendo a la ciencia, a las democracias, a las repúblicas, convencida de que las devorará, si le dan tiempo para ello! ¡Ah, sí, el espíritu nuevo, el antiguo espíritu de dominación que se renueva sin cesar, siempre con igual ansia de vencer y de poseer el mundo!

Pedro creía reconocer en el auditorio a algunos de los diputados que había visto en la Cámara. ¿No era como un hijo de Monferrand aquel alto caballero de barba rubia, que escuchaba con aire devoto? Decíase que Monferrand, que en otro tiempo se comía a los curas, coqueteaba ahora alegremente con el clero. Toda una evolución sorda comenzaba en las sacristías: se esparcían las instrucciones venidas de Roma, tratabase de unirse al Gobierno nuevo y de absorberle, invadiéndole. Francia seguía siendo siempre la hija mayor de la Iglesia, la única gran nación lo suficientemente fuerte para restablecer algún día al Papa en su realeza temporal. Era preciso, pues, tenerla de su parte, se merecía ella aquel maridaje, aunque fuese republicano. En aquella áspera lucha de ambi-

ciones entre diplomáticos, el obispo utilizaba al ministro, que creía tener interés en apoyarse en aquél. ¿Y cuál de los dos acabará por devorar al otro? ¡Qué papel tenía que desempeñar la religión, arma electoral, suma de votos en las mayorías, razón decisiva y secreta para obtener o para conservar una cartera! La divina caridad brillaba por su ausencia. Una gran amargura invadió el corazón de Pedro, al recordar la muerte reciente del cardenal Bergerot, el último de los grandes santos, de los puros espíritus del episcopado francés, en el que no parecía haber, de allí en adelante, más que intrigantes y necios.

Entre tanto la plática terminaba. Monseñor Martha, en una fogosa perorata, que evocaba la basílica del Sagrado Corazón, allí arriba, en el monte sagrado de los Mártires, dominando París con el símbolo salvador de la cruz, mostraba aquel gran París cristiano de nuevo, dueño del mundo, gracias a la omnipotencia moral que le daba el soplo divino del espíritu nuevo. Como no podía aplaudir, el auditorio tuvo un murmullo de arrobamiento aprobador, satisfecho con aquel final milagroso, que tranquilizaba los intereses y las conciencias. Luego, monseñor Martha abandonó noblemente el púlpito, mientras un gran ruido de sillas turbaba la oscura paz de la iglesia, apenas iluminada por unos cuantos cirios, que brillaban como las primeras estrellas en el cielo crepuscular. Toda una oleada de multitud, de sombras vagas y cuchicheantes, fue saliendo. Sólo quedaron algunas mujeres; arrodilladas y rezando.

Pedro, inmóvil, procuraba reconocer al abate Rose, cuando una mano le tocó. Era el viejo sacerdote que le había visto desde lejos.

—Estaba ahí, cerca del púlpito, y le he visto a usted, hijo mío. Pero he preferido esperar para no molestar a nadie... ¡Qué hermoso discurso, cómo ha hablado monseñor!

Parecía él en efecto muy emocionado. Pero era la tristeza la que angustiaba su bondadosa boca, y sus ojos claros de niño, cuya sonrisa iluminaba habitualmente su dulce rostro redondo, muy blanco.

—Temía que se hubiese usted vuelto a marchar sin haberme visto, porque tengo que decirle una cosa... Ya sabe usted, ese pobre viejo, a cuyo lado le envié esta mañana y por quien le rogué que se interesase...; pues bien, al volver a mi casa, me he encontrado a una señora que me trae a veces un poco de dinero para mis pobres. Y entonces he pensado que los tres francos que le había entregado a usted, eran realmente un socorro muy escaso; y como este pensamiento me atormentaba como un remordimiento, no he podido resistir y he ido esta tarde a la calle de los Sauces...

Bajaba la voz por respeto, para no turbar el profundo silencio sepulcral de la iglesia. Una sorda vergüenza le hacía tartamudear, la vergüenza de haber incurrido otra vez en su pecado de caridad imprudente, ciega, como la calificaban, reprochándosela, sus superiores. Y terminó muy bajo, tembloroso:

—¡Figúrese usted mi pena, hijo mío!... Iba a entregar cinco francos a ese pobre hombre y le he encontrado muerto.

Pedro se estremeció, con una brusca sacudida. No quería comprender.

—¿Cómo, muerto? ¡Que ha muerto ese viejo, que Laveuve ha muerto!

—Sí, le he encontrado muerto, ¡oh, y en qué espantosa miseria! Como un viejo animal que ha ido a acabar sus horas sobre un montón de andrajos, en el fondo de una madriguera. Ningún vecino le había asistido, se había vuelto simplemente hacia la pared. ¡Y qué desnudez, qué frío, qué abandono, qué desgarramiento para un pobre ser, morir así, sin una caricia!

¡Ah, mi corazón ha saltado, y todavía sangra!

En su emoción, Pedro no tuvo al principio más que un gesto de rebeldía contra la imbecil crueldad social. ¿Habría sido entonces la causa el pan, dejado junto a aquel desdichado, y que éste había comido demasiado glotonamente, después de largos días de abstinencia? ¿No era más bien el desenlace fatal de una existencia acabada, destrozada por el trabajo y las privaciones? ¿Qué importaba, por lo demás, la causa? La muerte, al llegar, había libertado al miserable.

—No es a él a quien compadezco —murmuró por fin—, es a nosotros todos que presenciemos esto, que somos culpables de esta abominación.

Pero ya el buen abate Rose se resignaba, no quería sino perdón y esperanza.

—¡No, no! La rebeldía es mala, hijo mío. Si somos todos culpables no podemos hacer más que implorar a Dios, para que olvide nuestras culpas... Le había citado a usted aquí, esperando una buena noticia, y soy yo quien tiene que comunicarle este terrible suceso... Hagamos penitencia, recemos.

Y se arrodilló sobre las losas, junto a la columna, detrás de las mujeres que estaban allí en oración, negras, indistintas en la sombra. Su cabeza blanca se había inclinado; permaneció humillado largo tiempo.

Pero Pedro no podía rezar, hasta tal punto se desencadenaba en él la rebeldía. Ni siquiera dobló las rodillas, y se mantuvo en pie, estremecido. Su corazón estaba como triturado, sus ojos ardientes no tenían una lágrima. ¡Laveuve allá, muerto, tendido sobre sus harapos miserables, con las manos crispadas en su afán obstinado de aferrarse a su vida de tortura, mientras que él, invadido otra vez por su pasión caritativa, ardiendo en un celo apostólico, recorría París a fin de encon-

trarle un lecho limpio y salvador para aquella noche! ¡Ah, la atroz ironía de aquello! Debía él estar en casa de los Duviillard, en el tibio salón azul y plata, mientras moría el pobre viejo; y era por aquel miserable muerto por quien había él corrido después a la Cámara, a casa de la señora de Quinsac, a casa de aquella Silviana y de aquella Rosamunda; ¡y era aquel evadido de la vida y de la miseria, por quien había él molestado a la gente, turbado los egoísmos, inquietado la tranquilidad de los unos y amenazado los placeres de los otros!

Todo aquel espantoso vacío, aquel vacío que había experimentado por la mañana, en el Sagrado Corazón, después de su misa, se abría más profundo aún, insondable en lo sucesivo. Con la caridad ilusoria, inútil, el Evangelio se derrumbaba, el final del Libro estaba cercano. Después de siglos de tenaces tentativas, la redención por Cristo fracasaba, el mundo requería otra salvación, frente a la necesidad exasperada de justicia que se elevaba de los pueblos engañados y míseros. No querían ya oír hablar del paraíso falaz con el que ilusionaban desde hacía tanto tiempo la iniquidad social, exigían que se situase otra vez sobre la tierra la cuestión de la felicidad. ¿Cómo? ¿Por medio de qué culto nuevo? ¿Por qué feliz alianza entre el sentimiento de lo divino y la necesidad de honrar la vida, en su soberanía y en su fecundidad? Allí empezaba la angustia, el problema torturador donde acababa de hundirse, él, sacerdote, con sus votos de hombre casto y de ministro de lo absurdo, colocado aparte de los demás hombres.

La caridad lo rescataba y lo purificaba todo. ¡Pero qué terrible argumento, la inutilidad absoluta, irrisoria, de aquella caridad! Después de tantos siglos de caridad cristiana, no se había cerrado ni una sola llaga, la miseria no había hecho más que

aumentar y envenenarse hasta la rabia. El mal, agravado sin cesar, llegaba a no poder ser tolerado ni un día más, desde el momento en que la injusticia social no se curaba, ni siquiera disminuía. Y además, ¿no bastaba con que un viejo muriese de frío y de hambre, para que se derrumbase el andamiaje de una sociedad erigida sobre la limosna? Una sola víctima y aquella sociedad estaba condenada.

Pedro sintió tal oleada de amargura desbordarse en él, que no pudo permanecer más tiempo en aquella iglesia, donde la sombra lenta del crepúsculo seguía cayendo, anegando los santuarios, los grandes Cristos pálidos, clavados sobre las cruces. Todo iba desvaneciéndose y ya no oía más que el murmullo moribundo de los rezos, como una queja de las mujeres que allí oraban, arrodilladas, difuminadas en el fondo de las tinieblas.

Sin embargo, vacilaba en marcharse sin decir una palabra al abate Rose, cuya imploración de fe ingenua confiaba en la buena voluntad de lo invisible para la felicidad y la paz de los hombres. Temía molestarle e iba a decidirse a partir, cuando el abate alzó espontáneamente la cabeza.

—¡Ah, hijo mío, qué difícil es ser bueno! Monseñor Martha me ha reñido otra vez ¡y como Dios me perdone, tiemblo por mi salvación!

Pedro se detuvo un instante bajo el pórtico de la Magdalena, en lo alto del amplio atrio que domina la plaza, por encima de las verjas.

Inmóvil, vacilante frente a los espacios que se abrían ante él, Pedro se preguntaba con angustia a dónde iría ahora, en el brusco derrumbamiento de todo lo que había ansiado apasionadamente desde aquella mañana. ¿Iría al Hotel Duvillard, de la calle Godot-de-Mauroy? No lo sabía ya, y le volvía des-

pués a la memoria el irritante recuerdo, con su cruel ironía. ¿Para qué, puesto que Laveuve había muerto? ¿Para qué matar el tiempo y recorrer las calles, en espera de las seis? La idea de que tenía un domicilio y que lo más sencillo era regresar a él, no se le ocurrió tan siquiera. Parecía que le quedaba por hacer algo, una misión importante, sin que le fuese posible determinar cuál era. Quizá en todas partes y tan lejana, tan confusa, tan penosa, que no la realizaría nunca seguramente. Y con las piernas pesadas y el cráneo lleno de tumulto, bajó el atrio, recorrió durante un momento el mercado de flores, un mercado de fines de invierno, en el que las primeras azaleas se abrían frioleramente. Unas mujeres compraban violetas y rosas de Niza. Las contempló como si le interesase aquel lujo aromado, tierno y delicado. Luego le produjo un repentino horror y se fue por los bulevares.

Una vez en ellos, Pedro caminó en línea recta, sin saber a dónde, sin saber por qué. La sombra que caía le sorprendía como un fenómeno inesperado. Alzó los ojos hacia el cielo y le extrañó verle palidecer, con un matiz muy suave, rayado hasta el infinito por los delgados tubos negros de las chime-neas, y era para él también una sorpresa descubrir, en todos los balcones, las grandes letras doradas de los rótulos, en las cuales moría el sol. Nunca había observado el abigarramiento de las fachadas, los cristales pintados, los toldos, los trofeos, los anuncios violentos, las tiendas magníficas, de una indiscreción de salones y de alcobas, erigiéndose a plena luz. Luego, en la calle, a lo largo de las aceras, entre las columnas y los quioscos azules, rojos, amarillos, ¡qué amontonamiento de gente y de coches y qué algarabía extraordinaria! Los coches rodaban con un ruido de río, y por todas partes la marejada de los «fiacres» estaba surcada por las pesadas maniobras de los grandes ómnibus, semejantes a vistosos barcos de varios

puentes; mientras que la oleada de los peatones corría sin cesar, por ambos lados, hasta el infinito, hasta entre las ruedas, con un apresuramiento conquistador de hormiguero revuelto. ¿De dónde salía toda aquella gente? ¿Dónde iban todos aquellos coches? ¡Qué estupor y qué angustia!

Y Pedro caminaba siempre en línea recta, maquinalmente, arrastrado por sus negros ensueños. Caía la noche, encendíanse los primeros faroles, era la hora intermedia de París, la hora en que no se han esparcido aún las tinieblas, en que los focos eléctricos llamean en la luz diurna que va a extinguirse. Por todos lados brillaban las chispas de las lámparas, las tiendas iluminaban sus escaparates. Bien pronto los bulevares iban a acarrear las estrellas vivas de los coches, como una vía láctea en marcha, entre las dos aceras incendiadas por los focos, los faroles, un lujo cegador de pleno sol. Y entre los gritos de los cocheros, los empujones de los peatones, resonaba la prisa última del París de los negocios y de las pasiones, la lucha sin merced por el amor por el dinero. Había terminado la dura jornada, el París del placer se iluminaba, empezaba la noche de fiesta. Los cafés, los restaurantes, los bares, centelleaban, mostraban detrás de las lunas sus mostradores de metal claro, sus mesitas blancas, la tentación de las bellas frutas y de las cestas de ostras, en sus puertas. Y aquel París que se despertaba así, con los primeros faroles de gas, estaba sobrecogido ya por una alegría de goce, cediendo al apetito desencadenado de todo lo que se compra.

Pero Pedro estuvo a punto de ser derribado. Un tropel de Voceadores desembocaba, lanzándose entre la multitud, gritando los diarios de la noche. Una nueva edición de «La Voz del Pueblo», sobre todo, provocaba un estruendo ensordecedor, dominando el ruido de las ruedas. Voces roncas lanzaban y repetían el grito, a intervalos regulares: «¡“La Voz del Pue-

blo”, con el nuevo escándalo de los Ferrocarriles africanos, la derrota del ministerio y los treinta y dos personajes vendidos del Congreso y del Senado!»». Y, en los números del diario, agitados como estandartes, se leían aquellos títulos, con letras enormes. Algunos hombres se detenían, compraban el diario, mientras que unas mujeres, que salían en busca de su cena, arrastraban sus faldas esperando el amante casual, escrutando con el rabillo del ojo las terrazas de los cafés. Y aquel grito deshonoroso de los diarios, aquel grito que manchaba y abofeteaba, parecía ser el toque fúnebre postrero de la jornada, que tocaba los funerales de la nación al comienzo de la noche de placer que se iniciaba.

Entonces Pedro se acordó una vez más de aquella mañana, de aquella espantosa casa de la calle de los Sauces, en donde se amontonaban tanta miseria y tanto sufrimiento. Y luego revivió su jornada, la magnificencia, la quietud, la alegría de los salones que había cruzado, todo el fulgor insolente del París financiero, del París político y mundano. Y llegaba por fin, en el crepúsculo, a aquel París Gomorra, aquel París Sodoma, iluminándose por la noche para las abominaciones de aquella noche cómplice, cuya fina ceniza anegaba el océano de los tejados. Y la execrable monstruosidad de aquello clamaba bajo el cielo pálido en el que centelleaban las primeras estrellas, puras y temblorosas.

Pedro sintió un gran estremecimiento ante aquel cúmulo de iniquidades y de dolores, ante todo lo que ocurría abajo entre la miseria y el crimen, ante todo lo que ocurría arriba entre la riqueza y el vicio. La burguesía, en el poder, no quería desprenderse de la soberanía conquistada, robada íntegramente, mientras el pueblo, el eterno engañado, el gran silencioso, apretaba los puños y gruñía reclamando su legítima parte. Y era aquella injusticia atroz la que llenaba de cólera a la som-

bra naciente. ¿De qué nube de flancos tenebrosos iba a caer el rayo? Esperaba él, desde hacía ya años, aquel rayo vengador que anunciaban sordos ruidos desde todos los puntos del horizonte. Si había escrito un libro de candor y de esperanza, si había ido inocentemente a Roma, era para conjurar el espantoso fragor de aquel rayo. Pero había muerto toda esperanza en su corazón, sentía el rayo inevitable, nada podría ya retrasar la catástrofe. Nunca la había sentido tan próxima, en el descaro feliz de los unos y en la angustia exasperada de los otros. Y se acumulaba e iba seguramente a estallar sobre aquel París de celo y de bravata, que al llegar la noche atizaba su horno.

Cuando llegaba a la plaza de la Opera, Pedro, extenuado de cansancio, desatinado, alzó los ojos. ¿Dónde estaba? El corazón de la gran ciudad parecía latir allí, en la vasta extensión de aquella encrucijada, como si la sangre de los barrios lejanos hubiese afluído de todos lados, por triunfales avenidas. Vio cómo se perdían en el horizonte las rectas de la Avenida de la Opera, de las calles del Cuatro de Septiembre y de la Paz, claras aún, con un resto de luz diurna, estrelladas ya por un hormiguero de chispas. El bulevar atravesaba la plaza con el torrente de su circulación, con el que venían a chocar los afluentes de las calles vecinas, en continuos remolinos, que hacían de aquel punto el abismo más peligroso del mundo. En vano los guardias municipales intentaban poner en aquello alguna prudencia: la ola de los peatones se desbordaba a pesar de todo, las ruedas se empotraban, los caballos se encabritaban entre el ruido de marea humana tan alto, tan incesante como la voz tempestuosa de un océano. Luego era la masa aislada de la Opera, anegada poco a poco por la sombra, enorme y misteriosa como un símbolo, y cuyo Apolo portador de lira, en lo más alto, conservaba un último reflejo de luz

en el cielo lívido. Y todas las ventanas de las fachadas se iluminaban, nacía la alegría de aquellos millares de lámparas que centelleaban una por una, se percibía una necesidad de descanso universal, de libre satisfacción, que se difundía con la sombra creciente, mientras que, de trecho en trecho, los globos eléctricos resplandecían como las lunas de las noches claras de París.

¿Por qué se encontraba él allí? Pedro se lo preguntaba, irritado y sorprendido. Puesto que Laveuve había muerto, a él no le quedaba más que regresar a su casa, meterse en su rincón, con la puerta y las ventanas cerradas, como un ser inútil en lo sucesivo, sin fe, sin esperanza, aguardando únicamente el aniquilamiento final. Era largo el camino desde la plaza de la Opera hasta su casita de Neuilly. A pesar del anonadamiento de su laxitud, no quiso tomar un coche, volvió sobre sus pasos hacia la Magdalena, se hundió de nuevo en el barullo de la calle, con el áspero deseo de agravar su llaga, de saturarse de rebeldía y de cólera. ¿No se hallaba en la esquina de aquella calle, al final de aquel bulevar, la sima esperada en la que debía hundirse aquel mundo podrido, cuya vetusta sociedad oía él crujir a cada paso?

Cuando quiso atravesar la calle Scribe, le detuvo un taponamiento. Ante un café lujoso, dos individuos altos, mal trajeados y muy sucios, voceaban alternativamente «La Voz del Pueblo», los escándalos, los vendidos del Congreso y del Senado, con tales voces de metal rajado, que los transeúntes se agrupaban. Y tuvo allí de nuevo la sorpresa de reconocer a Salvat en un hombre vacilante, errabundo, que, después de haber escuchado, se acercó al gran café para mirar a través de los cristales. Semejante encuentro le sorprendió aquella vez, llenándole de sospechas, hasta el punto de que se detuvo él también, resuelto a observarle. No podía creer que iba a verle

entrar y sentarse en una de las mesitas, bajo la tibia alegría de las lámparas, a él, con un aspecto tan miserable, con aquel trozo de pan que abultaba bajo la vieja chaqueta andrajosa. Esperó un momento. Luego le vio alejarse simplemente, con un paso extenuado, lento, como si el café, casi vacío, no le hubiese convenido. ¿Qué buscaba aquel hombre entonces, a dónde corría desde por la mañana, en aquella caza solitaria y hosca, lanzado así a través del París de la riqueza y de la alegría, con el hambre a su zaga? Se arrastraba con dificultad y parecía a punto de agotarse su voluntad y su energía. Con aire vencido se acercó a un quiosco y se apoyó en él durante un momento. Luego se irguió y siguió andando, buscando siempre.

Entonces se produjo un incidente que acabó de emocionar a Pedro. Un hombre alto y fuerte, que desembocaba de la calle Caumartín, acababa de ver y de abordar a Salvat. Y el sacerdote, después de una ligera vacilación, reconoció a su hermano Guillermo en el momento en que estrechaba sin rubor la mano del obrero. Era realmente él, con su espeso pelo cortado en forma de cepillo, de una blancura de nieve, a pesar de que apenas tenía cuarenta y cinco años. Conservaba sus gruesos bigotes muy negros, sin una hebra de plata, lo cual daba una enérgica vitalidad a su gran rostro, de frente alta, en forma de torre. Había heredado de su padre aquella frente de una lógica y de una razón inexpugnables, que Pedro poseía también. Pero la parte baja de la cara del mayor era más sólida, la nariz más recia, el mentón cuadrado, la boca ancha, de contorno firme. Una cicatriz pálida, de una antigua herida, marcaba su sien izquierda. Y aquella fisonomía grave, ruda y reconcentrada a primera vista, se iluminaba con una bondad varonil cuando una sonrisa descubría los dientes, que seguían siendo muy blancos.

Pedro recordó lo que la señora Théodore le había contado aquella mañana. Su hermano Guillermo, conmovido ante tanta miseria, se había ingeniado para dar trabajo a Salvat durante unos días. Y esto explicaba el aire de interés con que parecía interrogarle, mientras que el mecánico, como azorado por el encuentro, se agitaba inquieto como si tuviese prisa por reanudar su dolorosa caminata. Hubo un instante en que Guillermo pareció darse cuenta de aquella turbación, sin duda por las respuestas confusas que le daba el obrero. Sin embargo, se separó de él. Pero casi inmediatamente se volvió y le miró alejarse con su andar extenuado y lleno de obstinación, entre la multitud. Y las reflexiones que hizo entonces debieron ser muy graves y muy apremiantes, porque se decidió de pronto a volver sobre sus pasos y a seguirle de lejos, como para comprobar la dirección que llevaba.

Invadido por una inquietud creciente, Pedro había contemplado la escena. La espera nerviosa en que se hallaba de una gran desgracia indeterminada, la sospecha en que acababan de sumirle los encuentros sucesivos e inexplicables con Salvat, la sorpresa de ver ahora a su hermano mezclado en la aventura, le habían hecho sentir la necesidad imperiosa de saber, de presenciar, de impedir quizás. No vaciló y él también siguió a los dos hombres, con cautela.

Fue para él una nueva emoción el ver que Salvat y luego su hermano Guillermo, daban la vuelta bruscamente por la calle Godot-de-Mauroy. ¿Qué destino le llevaba otra vez a aquella calle, a la que había tenido una prisa febril en volver, y de la que únicamente la muerte de Laveuve le había apartado? Y su emoción aumentó aún más cuando después de haberle perdido un instante, volvió a encontrar a Salvat de pie, en la acera, frente al Hotel Duvillard, en el sitio mismo en que por la mañana había creído reconocerle. Precisamente la puerta coche-

ra del hotel estaba abierta de par en par, a causa de un arreglo del empedrado delante de la puerta de la cochera, y al marcharse los obreros, el amplio portal seguía abierto, obscurecido por la noche que caía. La calle estrecha, junto al bulevar refulgente, se anegaba en una sombra azul, que los faroles de gas agujereaban con raras estrellas. Pasaban unas mujeres que obligaron a Salvat a bajar de la acera. Pero volvió a ella, encendió una colilla de puro, resto recogido debajo de las mesas de un café, y siguió allí de centinela, inmóvil frente al hotel, esperando.

Agitado por oscuros pensamientos, Pedro se preguntaba, asustado, si no debía abordar a aquel hombre. Lo que le detenía era la presencia de su hermano, a quien había visto esconderse en un portal cercano, acechando, dispuesto a intervenir él también. Y se contentaba con no apartar sus ojos de Salvat, que seguía siempre al acecho, con la mirada fija en el portal, sin separarla de allí más que para dirigirla hacia el bulevar, como si hubiese esperado algo o a alguien que tenía que llegar por allí. En efecto, el landó de los Duvillard apareció, al fin, con su cochero y su lacayo de librea verde y oro, un landó arrastrado por un tronco de caballos soberbios.

En contra de lo habitual, el coche, que traía a aquella hora a la madre o al padre, no lo ocupaban aquella noche más que los dos hijos, Camila y Jacinto. Volvían de la «matinée» de la princesa de Harth y charlaban libremente, con el tranquilo impudor con que intentaban asombrarse mutuamente.

—Las mujeres me asquean. ¡Y su olor, ah, qué peste! ¡Y esa abominación del hijo cuyo peligro corre uno siempre con ellas!

—¡Bah!, querido; más valen ellas que tu Jorge Elson, esa mujer fallida. Además, presumes de ello y haces mal en no arreglarte con la princesa, ya que ella se muere de ganas.

—¡Ah, la princesa, otra que me revienta!

Jacinto estaba en el momento de la negación de los sexos, en la «pose» lánguida del renunciamiento universal. Pero Camila, estremecida, irritada, hablaba con un ardor maligno. Después de un silencio, ella repuso:

—Ya sabes que mamá está allí, con él.

No tenía necesidad de precisar más: su hermano comprendía, porque hablaban con frecuencia de ello, con toda libertad.

—¿Su prueba en casa de Salmon, eh? ¡Qué cuento más inocente! Se ha marchado por la otra puerta y está con él.

—¿Y qué te importa que esté con el buen amigo Gerardo? —preguntó apaciblemente Jacinto.

Y sintiéndola brincar sobre su asiento:

—¿Le sigues amando, le quieres?

—¡Oh, sí, le quiero y será mío!

Había ella puesto en aquel grito su rabia celosa de muchacha fea, todo su dolor de verse abandonada, de saber a su madre, tan bella aún, dedicada a robarle su placer.

—Será tuyo, será tuyo —replicó Jacinto, complacido al poder atormentar un poco a su hermana, a quien temía—, será tuyo si es que él quiere entregarse... No te ama.

—¡Me ama! —replicó furiosamente Camila—. Está amable conmigo y eso me basta.

Tuvo él miedo de su negra mirada, de sus manitas de enferma que se crispaban como garras. Luego, después de un silencio:

—Y papá, ¿qué dice?

—¡Oh, papá! Con tal de poder estar de cuatro a seis en casa de la otra.

Jacinto se echó a reír. Era lo que denominaban entre ellos «la

merienda» de papá. Y a Camila la divertía aquello, excepto los días en que mamá también «merendaba» fuera.

El landó cerrado había entrado en la calle y se acercaba al trote sonoro de sus grandes caballos. En aquel momento, una rubita de dieciséis a diecisiete años, una oficiala de modista que llevaba al brazo una ancha caja, cruzó vivamente para entrar por la puerta antes que el coche. Iba a entregar un sombrero a la baronesa, había ganduleado por el bulevar, con sus ojos de un azul de pervinca, su nariz sonrosada, su boca que reía siempre, en el más adorable de los rostros que es posible imaginar. Y fue en aquel momento, después de una última ojeada hacia el landó, cuando Salvat penetró de un salto en el portal. Casi enseguida reapareció, tiró al suelo su colilla encendida y, sin correr, se marchó, se desvaneció, en el fondo de las tinieblas de la calle.

¿Qué sucedió entonces? Pedro recordó más tarde que un camión del ferrocarril del Oeste se había atravesado, deteniendo, retrasando un minuto al landó, mientras que la oficialilla desaparecía por la puerta. Había visto con una congoja inexpressable a su hermano Guillermo precipitarse a su vez, entrar en el hotel como si tuviese una revelación, una certeza repentina. Él, sin comprender claramente, sentía la proximidad de algo atroz. Pero aun queriendo correr y gritar, permanecía clavado en la acera, con la garganta como oprimida por una mano de plomo. Y de pronto, sonó el estruendo, una explosión formidable, como si la tierra se abriese, como si el hotel fulminado se derrumbase. Todos los cristales de las casas vecinas saltaron hechos añicos y cayeron con un ruido fragoroso de granizo. Una llama infernal incendió durante un instante la calle, y el polvo y el humo fueron tales que los escasos transeúntes, cegados, aullaron de espanto, en la conmoción de aquel horno en el que creían hundirse.

Pedro comprendió, entonces. Vio de nuevo la bomba que hinchaba el saco de herramientas, inútil ya por el paro forzoso. Volvió a ver bajo la chaqueta andrajosa aquel bulto que había él tomado por un pedazo de pan recogido del suelo y llevado a su casa, a la mujer y al hijo. Después de haber recorrido las calles, amenazando a todo el París dichoso, acababa de estallar allí como el trueno, en aquel umbral de la burguesía soberana, dueña del oro. Él no pensó en aquel momento más que en su hermano Guillermo, y se arrojó hacia aquel portal, donde parecía haberse abierto una boca de volcán. Al principio no distinguió nada; la humareda acre lo inundaba todo. Después vio los muros agrietados, el piso superior destrozado, el empedrado levantado, sembrado de escombros. Fuera, el landó que iba a entrar no había sufrido nada: ni un caballo herido, ni siquiera la caja rozada por un proyectil. Pero, tendida de espaldas, la muchachita, la oficialilla rubia y bonita yacía, con el vientre abierto, con su fino rostro intacto, sus ojos claros y su sonrisa sorprendida por el rayo de la catástrofe.

Guillermo, por un prodigio, estaba vivo, de pie ya. Sólo su mano izquierda chorreaba sangre: unos trozos de metralla le habían desgarrado la muñeca. La explosión, al derribarle, le había conmocionado y magullado hasta tal punto, que tiritaba con todo su cuerpo como si sintiese un gran frío. Sin embargo, reconoció a su hermano, sin extrañarle siquiera verle allí, como sucede después de un desastre, en que lo inexplicable resulta providencial. Aquel hermano que había perdido de vista hacía tanto tiempo, estaba allí, naturalmente, porque era preciso que estuviese allí. Y le gritó inmediatamente, en medio del loco temblor que le sobrecogía:

—¡Llévame contigo, llévame contigo!... ¡A tu casa, a Neuilly, oh, llévame contigo!

Y luego le dijo por toda explicación, refiriéndose a Salvat:

—Ya sospechaba yo que me había robado un cartucho, uno solo afortunadamente, ¡porque sino hubiera volado el barrio!... ¡Ah, el desdichado! No he podido llegar a tiempo para pisar la mecha.

Con una lucidez perfecta, como la que da a veces el peligro, Pedro, sin hablar, sin perder un segundo, recordó que el hotel tenía una salida por detrás, a la calle Vignon. Acababa de comprender el grave peligro en que se vería su hermano si se encontraba mezclado en aquel asunto. Rápidamente, cuando se lo hubo llevado, entre las sombras de la calle Vignon, le ató un pañuelo alrededor de la muñeca y le escondió ésta después, dentro de su chaqueta, contra su pecho.

—Llévame contigo —repetía Guillermo, obsesionado y tembloroso—; a tu casa, a Neuilly... A mi casa, no.

—Sí, sí, estate tranquilo. ¡Mira! Espera aquí un momento, voy a buscar un coche.

Le había vuelto a llevar al bulevar, en su prisa por encontrar un coche. Pero el trueno de la explosión había trastornado el barrio; los caballos se encabritaban, corría la gente al azar, atacada de locura. Habían acudido unos agentes, formábase una multitud, obstruyendo ya la entrada de la calle Godot-de-Mauroy, negra como un abismo, porque las luces se habían apagado todas; mientras que, en el bulevar, un vendedor de «La Voz del Pueblo» se obstinaba en gritar el nuevo escándalo de los Ferrocarriles africanos, los treinta y dos personajes vendidos del Congreso y del Senado y la caída inminente del Ministerio.

Pedro mandó parar al fin un «fiacre», cuando oyó a un transeúnte que corría, decir a otro:

—¡Esta es una bomba que va a consolidar al Ministerio!

Los dos hermanos subieron al coche, que les alejó de allí,

mientras sobre el ruidoso París caía la noche, una noche sin perdón en la que desaparecían las estrellas, bajo la bruma de crímenes y de ira que ascendía de los tejados.

LIBRO SEGUNDO

I

EN aquella calle apartada de Neuilly, donde nadie transitaba ya desde el atardecer, la casita, a aquella hora, bajo la noche negra, dormía con un sueño profundo, con las persianas cerradas, sin que se filtrase ni una luz afuera. Y parecía sentirse también, detrás de sus muros, la gran paz del jardín-cito, vacío y muerto, entumecido por el frío del invierno.

Pedro, en el «fiacre» que le transportaba con su hermano herido, había temido varias veces verle desmayarse. Guillermo, echado hacia atrás, caído, no hablaba: ¡y qué terrible silencio reinaba entre ellos, tan lleno de preguntas y de respuestas, que les parecía inútil y doloroso hacer en aquel momento! Sin embargo, el sacerdote, inquieto por la herida, se preguntaba a qué cirujano recurriría, ya que no quería poner en el secreto más que a un hombre seguro y abnegado, al ver con qué ardiente deseo de desaparecer se escondía el herido.

Hasta el Arco del Triunfo no pronunciaron ni una palabra. Sólo al llegar allí, Guillermo pareció salir del aniquilamiento de su ensueño para decir:

—Ya sabes, Pedro, nada de médicos. Vamos a curar esto entre los dos.

Pedro quiso protestar. Luego no hizo más que un simple gesto, como diciendo que no haría caso de aquella prohibición si

era necesario. ¿Para qué discutir en aquel momento? Pero su inquietud aumentó y vio con una verdadera sensación de alivio, cuando el coche se detuvo al fin ante la casa, bajar de él a su hermano sin demasiada debilidad. Pagó rápidamente al cochero, muy contento también al comprobar que nadie, ni siquiera un vecino, estaba allí. Abrió con su llave y sostuvo al herido para ayudarle a subir los tres escalones de la entrada.

Una débil lamparilla ardía en el vestíbulo. Enseguida, al ruido de la puerta, una mujer. Sofía, la sirvienta, acababa de salir de la cocina. Sesentona, flaca y pequeña, estaba en la casa desde hacía más de treinta años, habiendo servido a la madre antes de servir al hijo. Conocía a Guillermo, a quien había visto de muchacho. Y sin duda le reconoció, a pesar de que habían transcurrido casi diez años desde que él franqueó el umbral de aquella casa por última vez. Pero no demostró ninguna sorpresa y pareció encontrar muy natural aquel regreso extraordinario, con arreglo a la ley de discreción y de silencio que se había forjado. Vivía ella en un régimen de reclusa y no hablaba más que para las estrictas necesidades de su servicio.

Se contentó, pues, con decir:

—Señor abate, en el gabinete está el señor Bertheroy, que le espera desde hace un cuarto de hora.

Guillermo intervino, con aire reanimado.

—¿Es que sigue viniendo aquí Bertheroy?... ¡Ah! Quiero verle; es uno de los espíritus mejores y más abiertos de este tiempo. Le sigo considerando como a mi maestro.

Amigo en otro tiempo de su padre, el ilustre químico Miguel Froment, Bertheroy era entonces, a su vez, una de las más altas glorias de Francia, a quien debía la química los extraordinarios progresos que han hecho de ella la ciencia madre que está renovando la faz del mundo. Miembro del Instituto, col-

mado de cargos y de honores, había seguido teniendo un gran afecto a Pedro, y le visitaba a veces, antes de comer, para distraerse, según decía.

—¿Le has pasado al gabinete? ¡Bueno! Allá vamos —dijo el abate a la sirvienta, a quien tuteaba—. Lleva una lámpara a mi alcoba y prepara mi cama para que mi hermano pueda acostarse enseguida.

Mientras Sofía, sin un gesto de sorpresa y sin decir una palabra, ejecutaba aquella orden, los dos hermanos pasaron al antiguo laboratorio de su padre, del que había hecho el sacerdote un amplio gabinete de trabajo. Y el sabio les acogió con un grito de alegre sorpresa, viéndoles entrar, sostenido el uno por el otro.

—¡Cómo, juntos!... ¡Ah, hijos míos, no podíais proporcionarme una dicha mayor! ¡Yo, que he lamentado tantas veces vuestra cruel equivocación!

Septuagenario, era alto, seco, con rasgos angulosos. La piel amarillenta se pegaba como un pergamino sobre los huesos salientes de sus mejillas y de sus mandíbulas. Parecía, inexplicablemente, un viejo herbolario. Pero su frente era hermosa, ancha, lisa, y bajo sus cabellos blancos y revueltos, relucían todavía unos ojos ardientes.

Al ver la mano vendada, exclamó:

—¡Cómo, Guillermo! ¿Está usted herido?

Pedro callaba, dejando que su hermano contase lo ocurrido como le pareciese bien. Éste comprendió que debía confesar la verdad, simplemente, omitiendo las circunstancias.

—Sí, por una explosión, y me parece que tengo rota la muñeca.

Bertheroy le examinaba, descubría su bigote quemado, sus

ojos llenos de estupor, que reflejaban la conmoción de las catástrofes. Se puso serio, circunspecto, sin intentar obligarles a las confidencias con sus preguntas.

—¡Ah, bah, una explosión! ¿Me permite usted ver la herida? Ya saben ustedes que antes de dejarme seducir por la química he estudiado medicina y soy algo cirujano.

Pedro no pudo contener este grito de su corazón:

—¡Oh, sí, maestro! Vea usted la herida... Estaba yo muy preocupado y es una suerte inesperada la de encontrarle a usted aquí.

El sabio le miró y sintió la gravedad de las circunstancias que le ocultaban. Y como Guillermo accedía con una sonrisa, palideciendo de debilidad, quiso que le acostasen lo primero. La sirvienta vino a decir que la cama estaba preparada; pasaron todos a la habitación contigua y allí desnudaron al herido y le metieron en la cama.

—Alumbre usted, Pedro, coja la lámpara, y que Sofía me traiga una jofaina con agua y unos trapos limpios.

Y luego, una vez que hubo lavado suavemente la herida:

—¡Diablo, diablo!... No está rota la muñeca, pero es una mala cosa, sin embargo. Me temo que haya una lesión de hueso... Han sido unos clavos los que han atravesado la carne, ¿verdad?

Como no obtuvo respuesta, se calló. Su sorpresa aumentaba; se puso a examinar con toda atención la mano ennegrecida por la llama y acabó por oler la manga de la camisa para darse cuenta mejor. Reconocía, evidentemente, los efectos de uno de esos explosivos que él había estudiado tan sabiamente y creado, por decirlo así. Pero, sin embargo, aquél le desconcertaba, porque había allí huellas características que le eran desconocidas.

—Entonces —se decidió al fin a preguntar, impulsado por su curiosidad de sabio—, ¿ha sido una explosión de laboratorio la que le ha puesto a usted así?... ¿Qué demonio de pólvora estaba usted fabricando?

A pesar de su sufrimiento, Guillermo, viéndole estudiar de aquel modo su herida, demostraba una contrariedad y una agitación crecientes, como si el verdadero secreto que quisiese guardar estuviese allí, en aquella pólvora, cuyo primer ensayo acababa de herirle tan cruelmente. Cortó en seco y dijo con su aire de pasión contenida, con ojos francos y leales:

—Se lo ruego, maestro, no me interrogue usted. No puedo responderle... Sé que posee usted un espíritu lo bastante noble para curarme y seguir queriéndome sin exigirme una confesión.

—¡Ah, desde luego, amigo mío! —exclamó Bertheroy—. Guarde su secreto. Su descubrimiento es suyo, si es que ha realizado usted alguno, y sé que lo ha de emplear para un uso generoso. Además, usted sabe que yo también soy un apasionado de la verdad y que he decidido no juzgar nunca los actos de los demás cualesquiera que sean, sin conocer previamente todas las razones que los motivan.

Y con un gesto rubricó su amplia tolerancia, su espíritu soberano, libre de ignorancias y de supersticiones, que hacían de él, bajo las condecoraciones de que estaba inundado, bajo sus títulos universitarios y académicos de sabio oficial, la inteligencia más atrevida, la más libre, enamorada únicamente de la verdad, como él decía.

No tenía allí los instrumentos necesarios y se contentó con vendar la herida cuidadosamente, después de comprobar bien si no había quedado el menor trozo de proyectil en la carne. Y finalmente se marchó, prometiendo volver a la mañana si-

guiente, muy temprano. Y al acompañarle el sacerdote hasta la puerta de la calle, le tranquilizó: si el hueso no estaba interesado profundamente, todo marcharía bien.

Pedro, al volver junto a la cama, encontró a su hermano incorporado todavía, impulsado por una última energía en su afán de escribir a los suyos para tranquilizarles.

Tuvo que coger otra vez la lámpara y alumbrarle de nuevo, después de haberle llevado papel y lápiz. Afortunadamente, Guillermo podía manejar la mano derecha. Avisó con unas líneas a la señora Leroi, su suegra (que vivía en su casa desde la muerte de su mujer y que había educado a sus tres hijos mayores), que no regresaría a su domicilio. Además, Pedro sabía que estaba allí también una muchacha de unos veinticinco años, hija de un antiguo amigo de Guillermo, recogida por éste al morir su padre, y con quien pensaba casarse muy pronto, a pesar de la diferencia de edades. Pero eran estas, para el sacerdote, cosas vagas y turbadoras, todo un aspecto de desorden condenable, que él había fingido siempre ignorar.

—¿Quieres entonces que lleven enseguida esta carta a Montmartre?

—Sí, enseguida. No son más que las siete y podrá estar allí a eso de las ocho... Que la lleve una persona de confianza, ¿eh?

—Lo mejor es que Sofía tome un coche. Con ella puede uno estar tranquilo: no hablará... Espera, voy a disponerlo todo.

Llamaron a Sofía, que comprendió y prometió decir allá, si le preguntaban, que el señor se quedaba a pasar la noche en casa de su hermano por motivos que ella desconocía. Y sin hacerse la menor reflexión, se marchó, después de haber dicho simplemente:

—La comida del señor abate está servida, no tiene más que coger el caldo y el guisado del horno.

Al volver ahora Pedro a sentarse a la cabecera, Guillermo estaba tendido de espaldas, con la cabeza sostenida por dos almohadones, muy fatigado, muy pálido, con mucha fiebre. La lámpara lucía suavemente en la esquina de un mueble y la paz era tan profunda, que se oía el tic-tac del gran reloj, en el comedor contiguo. Durante un instante reinó silencio en torno a los dos hermanos, al fin, juntos y solos, después de tantos años de separación. Luego, el herido avanzó al borde de la sábana su mano sana, que el sacerdote cogió y estrechó con la suya. Y este apretón se prolongó, permaneciendo las dos manos fraternas unidas.

—Pedro —murmuró muy bajo Guillermo—, perdóname por caer aquí de este modo. Invado tu casa, te quito tu cama, te impido comer...

—No hables, no te fatigues más —interrumpió Pedro—. ¿Adónde querías ir más que aquí, cuando estás sufriendo?

La mano calenturienta del herido tuvo una presión más efusiva, mientras que sus ojos se humedecían.

—Gracias, Pedrillo. Te vuelvo a encontrar tan tierno y cariñoso como antes. ¡Ah, no puedes figurarte lo delicioso que es para mí este momento!

Los ojos del sacerdote se empañaron a su vez. Los dos hermanos, en medio de aquella gran calma, de aquel gran bienestar que sucedía a unas emociones tan violentas, experimentaban un infinito encanto en volver a encontrarse de aquella manera, en la casa de su infancia. Allí era donde su padre y su madre habían muerto, el padre trágicamente, destrozado por una explosión de laboratorio; la madre de un modo muy piadoso, como una verdadera santa. Era allí, en aquel mismo

lecho, donde Guillermo había cuidado a Pedro cuando estuvo él mismo a punto de morir, una vez fallecida su madre, y era allí donde Pedro cuidaba ahora a Guillermo. Todo les desgarraba, les conmovía de ternura: las circunstancias imprevistas de su encuentro, la espantosa catástrofe que les había alcanzado, el lado misterioso de las cosas que seguía inexplicado entre ellos. Y en su trágico acercamiento, después de un período tan largo de vida separada, sus recuerdos comunes se despertaban, la vieja casa les hablaba de su infancia, de sus padres desaparecidos, de los días lejanos en que habían amado y sufrido allí. Allí estaba el jardín, bajo la ventana, el jardín, helado en aquella hora, y que, lleno de sol en otro tiempo, resonaba con sus juegos. A la izquierda estaba el laboratorio, la gran habitación donde su padre les había enseñado a leer. A la derecha, en el comedor, volvían a ver a su madre, cortándoles rebanadas de pan, tan cariñosa, con sus grandes ojos desesperados de creyentes. Y la sensación de hallarse solos allí, en aquel momento, y aquella pálida claridad dormida de la lámpara, y aquella profunda soledad muda del jardín, de la casa, de todo el pasado, los llenaba de una dulzura extraordinaria, mezclada con una inmensa amargura.

Hubieran querido hablar, expansionarse, ¿pero qué iban a decirse? A pesar de sus manos, que seguían unidas estrechamente, ¿no les separaba el más infranqueable de los abismos? Al menos, así lo creían. Guillermo tenía la convicción de que Pedro era un santo, un sacerdote de una fe de las más sólidas, sin una duda, que no tenía nada de común con él, ni en las ideas ni en la práctica de la vida. Un hachazo los había desunido; vivían dos mundos diferentes. Y de igual modo, Pedro se imaginaba a Guillermo como un inadaptado, de conducta turbia, que ni siquiera se había casado con la mujer con quien tenía tres hijos, y que estaba a punto de volverse a

casar con aquella muchacha demasiado joven, surgida de no se sabía dónde. Además, se interponían entre ellos las ideas exaltadas del sabio y del revolucionario, la negación de todo, las peores violencias admitidas, provocadas quizá, el monstruo vago de la anarquía entrevisto en el fondo. ¿Sobre qué terreno iba a poder hacerse, por tanto, el acuerdo, desde el momento en que cada uno de los dos hermanos conservaba su prejuicio contra el otro, le veía al borde del abismo, sin que pudiera echarse una tabla entre ellos? Sólo sus pobres corazones sollozaban, en su fraterna ternura angustiada.

Pedro no ignoraba que Guillermo había corrido ya el riesgo de encontrarse comprometido en un asunto anarquista. No le hacía ninguna pregunta. Pero no podía dejar de pensar que no se hubiera escondido de aquel modo si no hubiese tenido el temor de que le detuviesen como cómplice. ¿Era él realmente cómplice de Salvat? Y Pedro se estremecía porque no tenía más elemento para formarse una opinión que las palabras que se le habían escapado a su hermano después del atentado, el grito acusando a Salvat de haberle robado un cartucho, el acto, incluso, de haberse precipitado tan heroicamente en el portal del hotel Duvillard para apagar la mecha. ¡Sin embargo, qué de puntos oscuros todavía! Si le habían robado un cartucho de aquel espantoso explosivo, ¿era entonces porque él lo fabricaba, lo tenía en su casa? Sin duda, con su muñeca herida, aun cuando no fuese cómplice, no tenía más que desaparecer, comprendiendo muy bien que si le encontraban allí, con la mano sangrando, comprometido ya, no hubiera nunca convencido a nadie de su inocencia. Pero a pesar de todo, las tinieblas seguían siendo igualmente espesas, el crimen parecía posible, era una aventura atroz.

Guillermo debió adivinar, en el temblor de la mano sudorosa, que su hermano le abandonaba, comprendió el aniquilamiento

en que caía aquel pobre ser, destrozado ya por la duda y a quien la catástrofe venía a rematar. El sepulcro estaba vacío, la ceniza misma acababa de ser barrida.

—Mi pobre Pedrillo —dijo lentamente—, perdóname que no te diga nada. No puedo decirte nada... Y, además, ¿para qué? No nos entenderíamos seguramente... No nos digamos nada, no gocemos más que de la alegría de estar juntos y de quererlos siempre, a pesar de todo.

Pedro alzó los ojos y sus miradas se mezclaron largo tiempo.

—¡Ah! —balbuceó—. ¡Qué atroces son las cosas!

Pero Guillermo había comprendido la muda interrogación. Sus ojos respondían a ella no apartándose, encendidos tan sólo por una llama muy pura, muy alta.

—No puedo decirte nada —repitió—. Pero a pesar de todo querámonos, Pedrillo.

Y Pedro entonces le sintió por un instante superior a toda baja preocupación, al miedo del culpable que tiembla por él, exaltado en cambio en la pasión de un gran designio, en la noble inquietud de poner al abrigo la idea soberana, aquel secreto que quería él guardar. Y no fue, desgraciadamente, más que la breve visión de una esperanza vaga de rescate y de victoria, porque todo se hundía ya, volvía a abismarse en la duda, en la sospecha de las inteligencias que se desconocen.

Un brusco recuerdo, un execrable espectáculo acababa de evocarse y de trastornar a Pedro, que balbuceó:

—¿Has visto, hermano, has visto, bajo la puerta, aquella niña rubia, tendida de espaldas, con el vientre abierto, con su linda sonrisa sorprendida?

Guillermo se estremeció a su vez. Y con una voz baja y penosa:

—Sí, sí, la he visto.

Entonces, en el horrible escalofrío de lo que sucedía, en su horrorosa violencia, Pedro sucumbió, dejó caer su rostro sobre la colcha, al borde del lecho. Y sollozó desatinadamente: una crisis repentina, desbordante de lágrimas, le arrojaba allí, aniquilado, con una debilidad de niño. Era en él como un derrumbamiento de todo cuanto venía sufriendo desde aquella mañana, el dolor inmenso de la injusticia, del sufrimiento universal, que estallaba en aquella oleada de lágrimas que nada parecía ya poder contener. Y trastornado igualmente, Guillermo, que había puesto la mano sobre la cabeza de su hermano pequeño, para calmarle con el gesto con que acariciaba en otro tiempo sus cabellos de niño, se callaba, no encontrando ya consuelo, aceptando la erupción del volcán siempre posible, el cataclismo que puede siempre precipitar la evolución lenta en la naturaleza. Pero ¡qué destino el de las miserables criaturas, el de las vidas que las lavas arrastran por miles de millones! Y sus ojos se llenaron también de lágrimas, en medio del gran silencio.

—Pedro —acabó él por decir con dulzura—, quiero que comas... Vete, vete a cenar. Tapa la luz de la lámpara y déjame solo, con los ojos cerrados. Esto me sentará bien.

Y Pedro tuvo que complacerle. Pero no cerró la puerta del comedor; y desfallecido de necesidad, sin haberlo notado siquiera, comió de pie, con el oído en acecho, escuchando, por si su hermano se quejaba o le llamaba. El silencio parecía haber aumentado todavía más; la casita se hundía en la melancólica dulzura del pasado.

Alrededor de las ocho y media, cuando Sofía volvió de su recado, de Montmartre, Guillermo la oyó, a pesar de su paso discreto. Se movió, quiso enterarse. Y fue Pedro quien acudió a darle noticias.

—No te preocupes. A Sofía la ha recibido una señora vieja, que, después de haber leído tu carta, le ha contestado sencillamente que estaba bien. Ni siquiera le ha hecho la menor pregunta, con aspecto tranquilo, sin curiosidad alguna.

Guillermo, viendo a su hermano extrañado ante aquella soberbia serenidad, se contentó con decir, muy tranquilo él también:

—¡Oh! Basta con que la abuela esté prevenida. Sabe perfectamente que si no vuelvo es que no puedo.

Pero le fue imposible dormirse. Aunque la luz de la lámpara estaba velada, volvía a abrir los ojos, miraba a su alrededor, parecía escuchar a través de las paredes, hacia París. Fue necesario que el sacerdote hiciese comparecer a la sirvienta, la interrogase luego, para saber si, al llegar a Montmartre, no había ella notado nada extraordinario. Pareció ésta sorprenderse, porque no había notado nada. Además, el «fiacre» había seguido los bulevares exteriores, casi desiertos.

A las nueve, Pedro comprendió que su hermano no dormiría si le tenía sin noticias. Con la fiebre iniciada, el herido se angustiaba, invadido por la necesidad que le obsesionaba de saber si Salvat estaba detenido y si había hablado. No lo confesaba; parecía no sentir ninguna inquietud personal; y era verdad, sin duda; pero su gran secreto le ahogaba, la estremecía la idea de que un ideal tan elevado, tanto trabajo y tanta ilusión estuviesen a merced de aquel alucinado de la miseria, que quería restablecer la justicia por medio de bombas. En vano el sacerdote intentó hacerle comprender que a aquella hora no podía saberse nada todavía; le vio presa de tal impaciencia, que aumentaba de minuto en minuto, que se decidió a intentar, por lo menos, un esfuerzo para complacerle.

Pero ¿dónde ir, adonde llamar? En la conversación, Guiller-

mo, pensando a quién podía haber pedido asilo Salvat, nombró a Janzen, y pensó por un instante enviar a preguntar a casa de éste. Luego pensó que si Janzen se había enterado del atentado, no era hombre para esperar a la Policía en su casa.

—Iría a comprarte los periódicos de esta noche —repetía Pedro—. Pero no traerán nada seguramente... En Neuilly conozco a casi todo el mundo, Ahora, que no visito a nadie, a no ser que Bache...

Guillermo le interrumpió:

—¿Conoces a Bache, el concejal?

—Sí, hemos hecho juntos algunas obras benéficas en el barrio.

—¡Oh! Bache es uno de mis antiguos amigos, y no conozco a un hombre más seguro. Vete a su casa; tráele aquí, te lo ruego.

Un cuarto de hora más tarde, Pedro trajo a Bache, que vivía en una calle próxima. Y no le traía solo, pues había tenido la sorpresa de encontrar en su casa a Janzen. Como Guillermo había sospechado, este último, que comía en casa de la princesa de Harth, al enterarse del atentado, se había guardado muy bien de volver a dormir a su pisito de la calle de los Mártires, adonde la Policía podía ocurrírsele organizar una ratonera. Se conocían sus amistades, y él sabía que le espían, expuesto siempre como estaba, en su calidad de extranjero anarquista, a una detención o a una expulsión. Por eso juzgó prudente ir a pedir hospitalidad a Bache por unos días; a Bache, hombre muy recto, muy servicial, a quien se confiaba sin temor. Nunca se hubiera quedado en casa de Rosamunda, aquella chiflada adorable, que, desde hacía un mes, le exhibía, en su afán desatinado de sensaciones nuevas, y cuya inútil y peligrosa extravagancia había él sentido.

Guillermo, encantado de ver entrar a Bache y a Janzen, quiso incorporarse. Pero Pedro exigió que permaneciera tranquilo, con la cabeza recostada en la almohada, y sobre todo, que hablase lo menos posible. Mientras Janzen permanecía de pie y silencioso, Bache cogió una silla y se sentó junto a la cama, rebosante de amistosas palabras. Era un hombre grueso, de sesenta años, con el rostro ancho y lleno, larga barba blanca y melena blanca también. Sus ojillos cariñosos se anegaban de ensueño; su gruesa boca tenía una sonrisa bondadosa, de esperanza universal. Su padre, un sansimoniano ferviente, le había educado en el culto a la nueva creencia. Y él mismo, más adelante, aun conservando el respeto a aquella creencia, se había pasado a las ideas de Fourier, por una necesidad personal de orden y de religiosidad de tal modo, que se daba en él como una sucesión y un resumen de ambas doctrinas. Hacia los treinta años se había dedicado también al espiritismo. En posesión de una pequeña y sólida fortuna, no había tenido más aventura en su vida que la de haber formado parte de la Comuna de 1871, sin saber bien por qué ni cómo. Condenado a muerte por contumacia, aunque hubiese figurado entre los moderados, había vivido en Bélgica hasta la amnistía. Y en recuerdo de aquellas cosas, le había elegido Neuilly concejal; menos, sin embargo, para glorificar a la víctima de la reacción burguesa que para recompensar al hombre bueno, queriendo en todo el barrio.

En su afán de saber noticias, Guillermo tuvo que confiarse a los dos visitantes, contarles la historia de la bomba, la fuga de Salvat, la manera de haber sido él herido al querer apagar la mecha. Y Janzen, que le escuchaba con su aire frío y su flaco rostro de Cristo muy rubio, con la barba y el pelo rizados, dijo al fin en voz suave, hablando lentamente por su dificultoso acento extranjero:

—¡Ah, es Salvat!... Creí que sería el pequeño Mathis... ¡Salvat! Me extraña, porque no era hombre decidido.

Y cuando Guillermo, lleno de ansiedad, le preguntó si creía que Salvat hablaría, al principio protestó:

—¡Oh, no, no!

Luego se dominó, mostrando un ligero desdén en sus ojos, claros, quiméricos y duros.

—Aunque no sé... Salvat es un sentimental.

Bache, a quien el atentado trastornaba, se agitó, pensando enseguida cómo podría salvarse a Guillermo, a quien quería mucho, en caso de ser éste denunciado. Y Guillermo, ante la frialdad despectiva de Janzen, tuvo que sufrir el que pudiesen creerle, viéndose temblar así, abrumado por el único afán de salvar su pellejo en aquella aventura. Pero ¿qué decirles, cómo hacerles comprender la elevada inquietud que le enfebrecía, sin confiarles el secreto, que había ocultado hasta a su hermano?

Sofía vino a anunciar a su amo que estaba allí el señor Teófilo Morin con otro caballero. Muy sorprendido ante aquella visita tardía, Pedro pasó a la habitación contigua para recibirle. Había conocido a Morin a su regreso de Italia, y le había ayudado a traducir y a adaptar para los colegios italianos un excelente compendio de las ciencias actuales, tal como las exigen los programas universitarios. Oriundo del Franco-Condado, compatriota de Proudhon, a cuya pobre familia había él tratado en Besançon, hijo él mismo de un obrero relojero, Morin se había educado en las ideas proudhonianas, amigo cariñoso de los miserables, alimentando una cólera instintiva contra la riqueza y la propiedad. Más adelante, llegado a París como modesto profesor, apasionado por el estudio, se había consagrado con toda su inteligencia a Augusto Comte;

y por eso se hubiese encontrado en él, bajo el positivista ferviente, al antiguo proudhoniano, con su rebeldía personal de pobre, convertida en odio a la miseria. Se mantenía, por lo demás, en un positivismo científico, habiendo renegado del Comte tan extrañamente religioso de los últimos años, en su aversión por todo misticismo. Su existencia valiente, igual y triste, no había tenido más que una aventura: el ataque de repentina fiebre revolucionaria, que le había trastornado y hecho pelear en Sicilia, al lado de Garibaldi, a raíz de la epopeya legendaria de los Mil. Después había vuelto a ser en París un modesto profesor, ganándose oscuramente su vida triste.

Cuando Pedro volvió a la habitación dijo a su hermano con voz emocionada:

—Morin me trae a Barthès, que cree estar en peligro, y que me pide hospitalidad.

Guillermo se olvidó de sí mismo, enardecido.

—Nicolás Barthès, ¡un héroe, un alma antigua! Le conozco, le admiro y le quiero... Debes abrirle tu casa entera.

Bache y Janzen se habían mirado sonriendo. Luego, este último dijo pausadamente, con su aire fríamente irónico:

—¿Por qué se esconde el señor Barthès? Mucha gente le cree muerto, y es un fantasma que no atemoriza ya a nadie.

De los setenta y cuatro años de edad que tenía, Barthès había pasado cerca de cincuenta en la cárcel. Era el eterno preso, el héroe de la libertad, a quien todos los Gobiernos habían paseado de ciudadela en fortaleza. Desde su adolescencia vivía en ese ensueño fraternal; peleaba por una República ideal de verdad y de justicia; y acababa siempre en el calabozo, iba siempre a terminar su ensueño humanitario bajo un triple cerrojo. Carbonario, republicano reciente, sectario evangélico, había conspirado en todos los momentos, en todos los luga-

res, en lucha sin cesar contra el Poder, cualquiera que éste fuese. Y cuando había llegado la República, aquella República que le había costado tantos años de celda, le había encarcelado a su vez, añadiendo años de sombra a los años ya sin sol. Y él seguía siendo el mártir de la libertad y la deseaba a pesar de todo, aunque no pudiese existir nunca.

—Se equivoca usted —replicó Guillermo, molesto por el tono burlón de Janzen—; piensan una vez más en desembarazarse de Barthès, cuya probidad intransigente estorba a nuestros hombres políticos; y él hace muy bien en tomar sus precauciones.

Entraba Nicolás Barthès, un viejo alto, seco y delgado, de nariz aguileña y ojos ardientes todavía, bajo los profundos arcos superciliares, enmarañados por largos pelos blancos. La boca desdentada, de contorno fino aún, se perdía en la barba de nieve, mientras que la corona de los cabellos, de una blancura de aureola, caía rizada sobre sus hombros. Y detrás de él, modestamente, estaba Teófilo Morin, con sus patillas grises, su pelo gris también, cortado en forma de cepillo, sus gafas, su aire amarillento y cansado de viejo profesor, agotado por la cátedra. Ni el uno ni el otro parecieron sorprenderse ni esperaron una explicación al encontrar en el lecho a aquel hombre, con la muñeca vendada; no hubo ninguna presentación; los que se conocían se sonrieron sencillamente.

Barthès se inclinó y besó a Guillermo en las dos mejillas.

—¡Ah! —dijo este último casi alegremente—. ¡Me da valor verle a usted!

Pero los dos recién llegados traían algunas noticias. Una agitación extraordinaria reinaba en los bulevares; la noticia del atentado se había difundido de café en café, y la gente arrebató la edición tardía de un diario en el que referían el asunto

muy mal, con detalles extraordinarios. No se sabía, en suma, nada concreto.

Pedro, al ver palidecer a Guillermo, le obligó a acostarse de nuevo. Y como hablase de trasladar a aquellos señores a la habitación contigua, el herido dijo dulcemente:

—No, no; te prometo no moverme más ni abrir ya la boca. Quédense aquí y hablen en voz baja. Te aseguro que me sentará bien no estar solo y poder oíros.

Entonces, bajo la claridad tranquila de la lámpara, se organizó una sorda conversación. El viejo Barthès, a propósito de aquella bomba, que juzgaba imbécil y abominable, hablaba, con el estupor de un héroe, de las luchas legendarias por la libertad, con su aspecto de rezagado en unos tiempos nuevos, tiempos que él no comprendía en absoluto. ¿Es que la libertad conquistada, al fin, no bastaría para todo? ¿Es que existía otro problema que no fuese el de fundar la verdadera República? Luego, a propósito de Mège y de su discurso pronunciado aquella tarde en la Cámara, trazó amargamente el proceso del colectivismo, que, según afirmó, era una de las formas democráticas del despotismo. Teófilo Morin, por su parte, aunque se pronunciaba contra el reclutamiento colectivista de las fuerzas sociales, profesaba un odio mayor aún a la odiosa violencia de los anarquistas; porque sólo esperaba el progreso por la evolución, se mostraba bastante indiferente acerca de los medios políticos que debían realizar la sociedad científica del mañana. Ciertamente, Bache no parecía querer mucho a los anarquistas, conmovido, sin embargo, por el sueño idílico, por la esperanza humanitaria que germina en el fondo de su rabia destructora, indignándose él también con Mège, a quien acusaba, desde su entrada en la Cámara, de no ser más que un retórico, un teorizante soñando con una dictadura. Y Janzen, siempre de pie, con el rictus irónico de su boca en su rostro

glacial, los escuchaba a los tres, pronunciando sólo frases breves, cortantes como hojas de acero, para proclamar su fe anárquica, la inutilidad de los matices, la necesidad de lo absoluto, de destruirlo todo para reconstruirlo todo.

Pedro, que seguía junto al lecho, escuchaba igualmente con una atención apasionada. En el derrumbamiento que se había producido en él de todas las creencias, en la nada a la que había llegado, aquellos hombres venidos de los cuatro puntos cardinales de las ideas del siglo, removían el terrible problema que le hacía sufrir: el de la nueva creencia esperada por la democracia del siglo venidero. Y desde los antepasados inmediatos, desde Voltaire, desde Diderot, desde Rousseau, ¡qué continuas oleadas de ideas, sucediéndose, chocando sin cesar, dando nacimiento las unas a las otras, destruyéndose todas en una tempestad en la que resultaba tan difícil ver con claridad!

Pero al volverse, Pedro vio a Guillermo muy pálido, con los ojos cerrados. ¿No acababa él también de sentir pasar la duda de las teorías contradictorias en medio de su fe en la ciencia, de sentir pasar la desesperación, de ver la lucha por la verdad aumentar el error?

—¿Te duele? —preguntó el sacerdote, inquieto.

—Sí, un poco. Voy a intentar dormir.

Se fueron todos, con mudos apretones de mano. Sólo se quedó allí Nicolás Barthès, que se acostó en una habitación del primer piso, que acababa de preparar Sofía. Pedro, para no separarse de su hermano, se echó sobre un sofá. Y la casita volvió a sumirse en su gran paz, en aquel silencio de la soledad y del invierno, sobre el que pasaba el melancólico estremecimiento de los recuerdos infantiles.

Por la mañana, a las siete, Pedro tuvo que ir a buscar los pe-

riódicos. Guillermo había dormido mal por habersele declarado una fiebre intensa. Pero fue preciso, sin embargo, que su hermano le leyese los artículos interminables que se publicaban sobre el atentado: una mezcolanza extraordinaria de verdades, de invenciones, de datos exactos ahogados en las extravagancias más inesperadas. «La Voz del Pueblo», sobre todo, el periódico de Sanier, se distinguía por sus títulos y subtítulos en gruesos caracteres, por la página entera que daba de informaciones, amontonadas al azar.

Pero a Guillermo no le había chocado más que un detalle: el autor del atentado seguía siendo desconocido; Salvat no había sido, seguramente, ni detenido, ni tan siquiera vigilado. Parecían seguir, por el contrario, una pista falsa: la de un señor bien vestido, al que un vecino juraba haber visto entrar en el hotel al ocurrir la explosión. Y Guillermo parecía calmarse un poco cuando su hermano le leyó otro periódico en el que daba detalles sobre el artefacto que debían haber empleado, una lata de conservas, relativamente pequeñísima, cuyos restos se habían encontrado. Volvió a sentirse invadido por la ansiedad cuando supo que un artefacto tan pequeño había podido causar tan enormes destrozos, sospechándose por ello que se trataba de algún nuevo explosivo de una fuerza incalculable.

A las ocho reapareció Bertheroy, vivaracho a pesar de sus setenta años, como un joven interno de la Facultad de Medicina, que corre a casa de un amigo para prestarle ayuda con una pequeña operación. Llevaba un estuche, vendas e hilas. Pero se enfadó al encontrarse al herido arrebatado, nervioso, ardiendo de fiebre.

—¡Ah, hijo mío; veo que no ha sido usted razonable! Ha debido usted hablar demasiado, agitarse, acalorarse.

Y en cuanto hubo examinado y sondado la herida cuidadosamente, añadió mientras le vendaba:

—Ya sabe usted que el hueso está interesado y que no respondo de nada si no es usted sensato. Toda complicación haría necesaria la amputación.

Pedro se estremeció, en tanto que Guillermo se encogía de hombros, como queriendo decir que no le importaba ser amputado si se derrumbaba todo a su alrededor. Bertheroy, que se había sentado, reposando allí un instante, los contemplaba a ambos con su mirada aguda. Ahora estaba ya enterado del atentado y debía haber hecho sus reflexiones.

—Hijo mío —prosiguió con su brusquedad habitual—, supongo que no es usted el que ha cometido esa abominable tontería de la calle de Godot-de-Mauroy. Pero me imagino que debía usted estar en los alrededores... ¡No, no, no me conteste usted; no se defienda! No sé ni quiero saber nada, ni siquiera la fórmula de ese demonio de pólvora, cuya huella aparecía en el puño de la camisa de usted, y que ha producido unos resultados tan terribles.

Y como los dos hermanos se quedasen sorprendidos, helados de inquietud, a pesar de sus seguridades, él añadió con su gesto amplio:

—¡Ah, amigos míos, si supiesen ustedes lo mal que encuentro un acto semejante, más inútil aún que criminal! Sólo siento desprecio por las vanas agitaciones de la política, ya sea revolucionaria o conservadora. ¿Es que la ciencia no basta? ¿Para qué querer apresurar las épocas, cuando un paso de la ciencia hace adelantar más a la Humanidad hacia la meta de justicia y de verdad, que cien años de política y de rebeldía social? Créanme, ella sola barre los dogmas, arrastra los dioses, produce luz y felicidad... Soy yo, un miembro del Instituto, dotado de una renta y condecorado, el único realmente revolucionario.

Se echo a reír, y Guillermo sintió la bondadosa ironía, de aquella risa. Si admiraba en su interior al gran sabio, le había molestado verle tan burguesamente instalado en la vida, dejando llegar hasta él los cargos y los honores, republicano con la República, pero dispuesto a servir a la ciencia con cualquier amo. Y he aquí que de aquel oportunista de aquel sabio de una jerarquía establecida, de aquel trabajador que aceptaba de todas las manos la riqueza y la gloria, se destacaba un tranquilo y terrible evolucionista, sabiendo que su labor iba a renovar y a asolar el mundo, a pesar de todo.

Se levantó y se fue.

—Vamos, volveré; sean ustedes razonables.

Cuando se encontraron otra vez solos, Pedro sentado junto al lecho de Guillermo, sus manos se buscaron de nuevo, se unieron en un apretón en el que vibraba toda su angustia. ¡Qué de cosas desconocidas, qué angustia amenazadora, a su alrededor, en ellos mismos! Entraba la luz gris de aquel día de invierno y veíanse los árboles negros del jardín, mientras la casita se estremecía de silencio. Un sordo ruido de pasos se dejaba oír únicamente encima de sus cabezas: los pasos de Nicolás Barthès, el heroico amante de la libertad, que, después de haber dormido allí, continuaba desde el amanecer sus paseos de león enjaulado, su habitual vaivén de eterno encarcelado. Y en aquel momento las miradas de los dos hermanos cayeron sobre un periódico que había quedado abierto sobre la cama, manchado con un croquis a lápiz, que tenía la pretensión de representar a la oficialilla muerta. Era tan horrible, tan espantoso de fealdad, que dos gruesas lágrimas rodaron otra vez de los ojos de Pedro, mientras que los ojos empañados y desesperados de Guillermo, perdidos a lo lejos, sondeaban el porvenir.

II

ALLÍ arriba, en Montmartre, la casita que ocupaba desde hacía tantos años Guillermo con los suyos, tan tranquila, tan laboriosa, esperaba tranquilamente en el pálido día de invierno.

Después del almuerzo, Guillermo, muy abatido, pensando en que no podría, por prudencia, volver a su casa en tres semanas quizá, tuvo la ocurrencia de enviar a Pedro allí arriba para contar y explicar las cosas.

—Oye, hermano, tienes que hacerme ese favor. Ve a decirles la verdad, que estoy aquí herido de poca gravedad y que les ruego que no vengan a verme, por miedo a que les sigan y descubran mi escondite. Mi carta de anoche acabaría por inquietarles si no les diese noticias.

Y luego, cediendo a la preocupación, al único temor que, desde la víspera, empañaba su clara mirada.

—¡Mira! Registra en el bolsillo de mi chaleco... Coge una llavecita y se la entregas a la señora Leroi, mi suegra, diciéndole que si me ocurriese una desgracia, haga lo que debe hacer. Esto basta, y ya comprenderá ella.

Pedro vaciló un instante. Pero le vio tan agotado por aquel leve esfuerzo, que le mandó callar.

—No hables más; descansa. Iré a tranquilizar a los tuyos, ya que deseas que sea yo quien me encargue del recado.

Aquel paso le costaba tanto trabajo que, en el primer momento, pensó en encarga de ello a Sofía. Todos sus antiguos prejuicios se despertaban; parecíale que iba a casa del Ogro. ¡Cuántas veces había oído decir a su madre «esa criatura»,

hablando de la mujer con la que su hermano vivía al margen del matrimonio! Nunca había ella querido besar a los tres hijos nacidos de aquella unión libre, indignada, sobre todo, de que la abuela, aquella señora Leroi, se hubiese quedado con el falso matrimonio para educar a los pequeños. Y la fuerza de aquel recuerdo era tal en él, que aun ahora, cuando iba a la basílica del Sagrado Corazón, miraba, al pasar, la casita con desconfianza, se apartaba de ella como de una casa sospechosa, en donde habitaban el pecado y el impudor. Verdad es que había muerto, hacía más de diez años, la madre de los tres hijos mayores. Pero ¿no se encontraba allí de nuevo otra criatura de escándalo, aquella muchacha huérfana, recogida por su hermano, y con la que éste iba a casarse, a pesar de los veinte años de diferencia entre sus edades, que los separaban? Para él, todo aquello iba contra las costumbres, era anormal, ofensivo; y se imaginaba un hogar rebelde, donde la vida desarreglada, irregular, llevaba a un desorden moral y material que le horrorizaba.

Guillermo le volvió a llamar.

—No dejes de decir a la señora Leroi que si yo falleciese la avisarías, para que hiciese inmediatamente lo que debe hacer.

—Sí, sí; cálmate, no te muevas; se lo diré todo... Sofía no se separará de tu habitación, por si acaso la necesitases.

Y después de haber dado a la sirvienta sus últimas instrucciones, Pedro se marchó y fue a tomar el tranvía, pensando apearse en el bulevar Rochechouart, para subir a pie la colina.

En el camino, con el deslizamiento mecedor del pesado coche, recordó acontecimientos, que sólo en parte conocía confusamente, y cuyos detalles no supo hasta mucho después. Fue en 1850 cuando Leroi, un joven profesor venido de París y caído en el Liceo de Montauban, con unas ideas ardientes,

republicano apasionado, se casó con Ágata Dagnan, la última de las cinco hijas de una pobre familia protestante, oriunda de las Cèvennes. La joven señora Leroi estaba encinta cuando su marido, al día siguiente del golpe de Estado, amenazado con una detención por unos artículos violentos publicados en un diario de la ciudad, había tenido que huir y que refugiarle en Ginebra; y allí era donde, en 1852, había nacido su hija Margarita, una delicada niña. Durante siete años, hasta la amnistía de 1859, el matrimonio se había desenvuelto con dificultad, pues el padre no encontraba más que escasas lecciones mal pagadas, y la madre se veía ocupada por los continuos cuidados que exigía su hija. Luego, después del regreso a Francia, ya en París, la mala suerte parecía haberse encarnizado con ellos, y el antiguo profesor había llamado durante mucho tiempo a todas las puertas, rechazado por sus opiniones, obligado a dar lecciones a domicilio. Iba a ingresar al fin en la Universidad, cuando un supremo rayo le había abatido: un ataque de parálisis, que al dejarle las dos piernas muertas, le clavó para siempre en un sillón. Entonces llegó la negra miseria, toda clase de tareas bajas, artículos para los diccionarios, copias de manuscritos, fajas de periódicos, con los que apenas podía vivir el matrimonio en un cuartito de la calle del Señor Príncipe.

Margarita crecía allí dentro. Leroi, sublevado por la injusticia y el sufrimiento, incrédulo, profetizaba la República, vengadora de las locuras del Imperio, el reinado de la ciencia que barrería al Dios falso y cruel de los dogmas.

Ágata, cuya fe protestante había acabado de desaparecer en Ginebra, ante las prácticas limitadas e imbéciles, no conservaba en su interior más que el germen de las antiguas rebeldías. Era ella quien había llegado a ser a la vez la cabeza y la mano de la casa, yendo a buscar trabajo, trayéndolo, hacién-

dolo ella misma en parte, cuidando de la casa, y criando e instruyendo a su hija. Esta no asistió a ninguna clase; sólo supo lo que le enseñaron su padre y su madre, sin que se tratase nunca de su educación religiosa. Al contacto con su marido, la señora Leroi, libertada de toda creencia, en su atavismo protestante del libre examen, se había creado una especie de ateísmo tranquilo, una idea de deber, de justicia humana y soberana, que realizaba con valentía, por encima de todas las convenciones sociales. La larga iniquidad que padecía su marido, el infortunio inmerecido con el que habían sido heridas ella y su hija, le habían dado a la larga una extraordinaria fuerza de resistencia, un poder de abnegación, que hacían de ella una justiciera, una orientadora y una consoladora, de una energía y de una nobleza incomparables.

Allí fue, en la casa de la calle del Señor Príncipe, después de la guerra, donde Guillermo conoció a los Leroi. Ocupaba en el mismo descansillo, frente a su cuartito, una gran habitación, donde trabajaba apasionadamente. Al principio apenas cruzaron unos saludos, pues aquellos vecinos eran muy orgullosos, muy serios, viviendo su pobre vida con una especie de hosca discreción. Luego entablaron unas relaciones amables; el joven proporcionó al antiguo profesor unos cuantos artículos que redactar para una nueva enciclopedia. Y de pronto se produjo la catástrofe. Leroi murió en su sillón una noche en que su hija le empujaba desde la mesa a su cama. Las dos mujeres, enloquecidas, no tenían dinero para hacerle enterrar. Todo el secreto de su negra miseria se mostraba con sus lágrimas; tuvieron que dejar intervenir a Guillermo, que desde aquel momento fue para ellas el confidente, el amigo, el hombre necesario. Y lo que debía suceder se realizó entonces de la manera más sencilla y más tierna, autorizado por la misma madre, que en su desprecio de justiciera hacia una so-

ciudad en que los buenos se morían de hambre, se negaba a reconocer la necesidad de los lazos sociales. No se trató de matrimonio. Un día, Guillermo, que tenía veintitrés años, se encontró con que era su mujer Margarita, que tenía veinte; los dos, guapos, sanos y vigorosos, adorándose y trabajando, rebotantes de esperanza en el porvenir.

Desde aquel día comenzó una vida nueva. Guillermo, que había roto toda clase de relaciones con su madre, cobraba, desde la muerte de su padre, una pequeña renta de doscientos francos al mes. Era el pan estrictamente asegurado; y él duplicaba ya aquella cantidad con sus trabajos de químico: análisis, investigaciones, aplicaciones industriales. El joven matrimonio fue a instalarse en lo más alto de la colina de Montmartre, en una casita de ochocientos francos de alquiler, cuya gran comodidad consistía en un estrecho jardín, donde podría instalarse más adelante un cobertizo de madera que sirviese de laboratorio. La señora Leroi se había ido a vivir tranquilamente con su hija y su yerno, ayudándoles, ahorrándoles una segunda sirvienta, esperando, según decía, a sus nietos para educarlos. Y habían llegado, en efecto, cada dos años: tres niños, tres hombrecitos fuertes: Tomás, el mayor; luego, Francisco, y después Antonio. Y como se había consagrado por entero a su marido y a su hija, como se consagrara a su yerno, se consagró a los tres niños nacidos de aquella unión feliz, y se convirtió en la abuela, abuela para toda la casa, para los viejos igual que para los jóvenes. Era ella la sensatez, la prudencia, el valor, la que vigilaba sin cesar, la que lo dirigía todo, a quien se consultaba acerca de todo, cuyas opiniones se seguían siempre, reinando allí soberanamente, como la reina madre omnipotente.

Quince años duró aquella vida, vida de trabajo encarnizado, de apacible ternura, en la modesta casita, donde la más estricta

ta economía regulaba los gastos y contentaba las necesidades. Luego, Guillermo perdió a su madre, heredó y pudo al fin realizar su antiguo deseo de comprar la casa y hacer construir un vasto laboratorio en un rincón del jardín, un laboratorio de ladrillos incluso, sobre el cual levantó un piso. Y apenas terminada la nueva instalación, cuando la vida iba a ensancharse más risueña, volvió la desgracia y se llevó brutalmente a Margarita, atacada por unas fiebres tifoideas, que acabaron con ella en ocho días. No tenía más que treinta y cinco años; su hijo mayor, Tomás, tenía catorce; y Guillermo quedaba viuda a los treinta y ocho años, con sus tres hijos, desesperado por aquella pérdida. La idea de introducir una mujer desconocida en aquel hogar cerrado, donde los corazones estaban tiernamente unidos, le pareció tan fea, tan insuperable, que tomó la decisión de no volver a casarse. El trabajo le absorbía y él haría callar a su carne y a su corazón. Afortunadamente quedaba la abuela, en pie y valiente; y la casa guardaba a su reina; los hijos encontraban en ella la directora, la educadora, criada en una escuela de pobreza y de heroísmo.

Pasaron dos años y un acontecimiento brusco hizo entrar en la familia a una muchacha, María Couturier, la hija de un amigo de Guillermo. Aquel Couturier era un inventor, un loco genial, que había dilapidado una fortuna en toda clase de fantasías extraordinarias. Su mujer, muy piadosa, había muerto de pena con aquello; y aun siguiendo adorando a su hija, a la que cubría de caricias y de regalos las raras veces en que la veía, la llevó primero a un Liceo, y luego la dejó olvidada en casa de una parienta lejana. Al morir, no se acordó de ella más que para suplicar a Guillermo que la recogiese en su casa y que la casase. La parienta lejana, una costurera, acababa de declararse en quiebra. María se encontraba en la calle a los diecinueve años, sin un céntimo, no teniendo en su ayuda más

que su sólida instrucción, su salud y su valentía. Jamás quiso Guillermo que diese ella lecciones, que acudiese a darlas a domicilio, y la recogió allí con gran naturalidad para ayudar a la abuela, que no estaba ya tan ágil, proyecto aprobado además por ésta, feliz ella también ante aquella juventud y aquella alegría, cuya llegada iba a iluminar un poco la vivienda, muy seria desde la muerte de Margarita. María haría de hermana mayor, demasiado mayor para que los muchachos, todavía en el colegio, pudiesen sentirse turbados por su presencia. Ella trabajaría en aquella casa, donde todo el mundo trabajaba. Ayudaría a la comunidad, en espera de encontrar o de amar a algún buen muchacho, con quien se casaría.

Luego, poco a poco, nació la idea de un matrimonio posible entre María y Guillermo, adquiriendo toda una apariencia de utilidad y de razón. ¿Qué cosa más razonable y mejor para todos, en efecto? Si él no se había vuelto a casar era por sacrificarse a sus hijos, ante el solo temor de llevar al lado de aquéllos a una extraña, que hubiera podido desbaratar quizá la alegría, la tierna paz de la casa. Y he aquí que ahora estaba allí una mujer, maternal ya con los niños, y cuya deslumbradora juventud había acabado por trastornar su corazón. Vigoroso aún, había profesado siempre la teoría de que el hombre no debía vivir solo, aunque él no hubiera sufrido hasta entonces con su viudez, por su encarnizamiento en el trabajo. Pero existía la diferencia de edades, y él se hubiera mantenido heroicamente apartado, hubiera buscado para la joven un marido de menos edad, si sus tres hijos mayores, y aun la misma abuela, no se hubiesen hecho cómplices de su felicidad, trabajando por una unión que iba a estrechar todos los lazos, a devolver a la casa como una nueva primavera. En cuanto a María, muy emocionada y muy agradecida por la manera de tratarla Guillermo desde hacía cinco años, consintió enseguida,

cediendo a un impulso de sincero afecto, en el que ella creía sentir amor. ¿Podía, por otra parte, obrar más sensatamente, fijar su vida en unas condiciones de más auténtica felicidad? Y desde hacía cerca de un mes, el matrimonio, discutido y resuelto, había quedado fijado para la primavera, hacia fines de abril.

Cuando Pedro bajó del tranvía y cogió las escaleras interminables que conducen a la calle de San Eleuterio, se sintió acometido otra vez por su malestar al solo pensamiento de que iba a penetrar en aquella casa sospechosa del Ogro, donde todo ciertamente le ofendería y le irritaría. Además, ¿en qué estado de inquietud habría de encontrarla, después de la carta que Sofía había llevado el día anterior, anunciando que el padre no volvería? Sin embargo, mientras subía los últimos pisos y levantaba la cabeza con ansiedad, se le apareció de lejos la casita, muy en lo alto, llena de una serenidad y de una dulzura infinitas, bajo el claro sol invernal, que había vuelto a lucir como para envolverla en una caricia afectuosa.

Abríase en el vetusto muro del jardín una puertecita que daba a la calle de San Eleuterio, casi enfrente a la amplía vía que conducía a la basílica del Sagrado Corazón; pero para llegar a la casa había que dar la vuelta, subir hasta la plaza del Tertre, donde estaban la fachada y la puerta. Jugaban unos niños en la plaza, una plaza cuadrada de pequeña ciudad de provincia, con árboles secos, bordeada de tiendas humildes. Y en un rincón, a la izquierda, la casa, blanqueada la primavera anterior, mostraba su clara fachada de cinco ventanas, muertas sobre la plaza, porque la vida estaba del otro lado, en el jardín, que dominaba el inmenso horizonte de París.

Pedro se decidió y tiró de la campanilla, un llamador de cobre, que relucía como el oro. Se oyó un sonido alegre y lejano. Pero no acudieron enseguida; e iba a tocar de nuevo

cuando la puerta se abrió ampliamente, descubriendo un pasillo, al final del cual veíase, a través de la casa, en la luz, el océano de París, el mar ilimitado de los tejados. Y destacándose allí en aquel marco infinito, una muchacha de veinte años estaba de pie, vestida con un sencillo traje de lana negra, medio cubierto por un gran delantal azul, con las mangas recogidas por encima de los codos, y los brazos y las manos, húmedos aún de agua mal secada.

Hubo un momento de sorpresa y de embarazo. La muchacha, que había acudido con su aire reidor, se puso seria ante aquella sotana, sordamente hostil. Y el sacerdote comprendió que debía presentarse.

—Soy el abate Pedro Froment.

Ella recobró inmediatamente su sonrisa de bienvenida.

—¡Ah! Perdóneme usted... Debía haberle reconocido, porque le he visto un día saludar a Guillermo al pasar.

Decía ella Guillermo. Era, pues, María. Y Pedro, sorprendido, la miró, encontrándola completamente distinta a lo que él se imaginaba. No era alta, sino de una estatura media; pero de cuerpo vigoroso, admirablemente formado, de caderas y pechos anchos, y cuello corto y firme, de guerrera. Se la notaba sana, de músculos sólidos, en su andar recto y airoso, de una gracia adorable de mujer en su plenitud. Era una morena de piel blanquísima, con un pesado casco de soberbio pelo negro, peinado al desgaire, sin coquetería complicada. Y bajo los oscuros bandos, la pura frente llena de inteligencia, la nariz fina, los ojos alegres, adquirían una vida intensa; en tanto que la parte baja, un poco pesada, de la fisonomía, los labios carnosos, el mentón grave, proclamaban su tranquila bondad. Representaba sin duda en la tierra todas las promesas, todas las abnegaciones. Era una compañera.

—Es precisamente mi hermano Guillermo quien me envía.

Cambió ella de nuevo de expresión; volvió a ponerse seria, apresurándose a pasarle al corredor. Y luego, una vez cerrada la puerta:

—Nos trae usted noticias tuyas, ¿verdad?... Perdona que le reciba así. Nuestras criadas están terminando la colada y he querido comprobar, después de ellas, si el trabajo estaba bien hecho...

¡Mire! Perdóneme de nuevo y tenga la bondad de entrar aquí un momento. Es quizá preferible que lo sepa yo la primera.

Le había llevado a la izquierda, junto a la cocina, a una habitación que servía de lavadero. Había allí un barreño lleno de agua jabonosa, mientras que la ropa blanca, tendida sobre unas barras de madera, chorreaba.

—¿De modo que Guillermo?...

Pedro contó simplemente la verdad: su hermano herido en la muñeca, la casualidad que le había hecho ser testigo del accidente, y luego Guillermo, refugiado en su casa, en Neuilly, deseando que se le dejase allí curarse en paz, sin que fuesen a verle. Mientras contaba aquellos detalles seguía el efecto de ellos en la cara de María, el miedo y la compasión primero, y luego el esfuerzo para calmarse y juzgar con discernimiento. Acabó por decir:

—Anoche, su carta me dejó helada; tenía la seguridad de una desgracia. Pero hay que ser valiente y no mostrar miedo a los demás... De modo que herido en la muñeca; pero no gravemente, ¿verdad?

—No; es una herida, sin embargo, que va a exigir grandes precauciones.

Le miraba ella bien de frente, con sus grandes ojos francos,

que se hundían en los suyos para interrogarle hasta el fondo del ser, mientras contenía visiblemente las mil preguntas que se agolpaban en sus labios.

—Y eso es todo... Ha quedado herido en un accidente, ¿y no le ha encargado a usted que nos dijese algo más?

—No; lo que quiere es que no se preocupen ustedes.

Ella no insistió más entonces, obediente, respetuosa con la voluntad de Guillermo, contentándose con lo que mandaba él decir, para tranquilizar a los de su casa, sin intentar saber nada más. Y así como había reanudado su labor, a pesar de la secreta ansiedad en que se hallaba desde la carta de la noche anterior, recobraba ahora su aparente serenidad, su apacible sonrisa, su clara y valiente mirada, con su aspecto de tranquila fuerza.

—Guillermo —repuso Pedro— sólo me ha dado un encargo: el de entregar una llavecita a la señora Leroi.

—Está bien —respondió María simplemente—. Abuela está ahí, y es preciso, además, que los niños le vean a usted... Voy a acompañarle.

Tranquilizada ahora, examinaba a Pedro, sin poder ocultar su curiosidad, más bien benévola, con un fondo de compasión vaga. Sus brazos frescos y blancos, de un grato olor a juventud, seguían desnudos. Sin apresurarse, con todo candor, bajó ella las mangas. Luego se quitó el gran delantal azul, mostrando su redondo talle, de una elegancia robusta en su modesto vestido negro. Él la miraba hacer; no le agradaba decididamente y sentía indignación, sin comprender por qué, viéndola tan natural, tan sana y tan valerosa.

—¿Quiere usted seguirme, señor abate? Hay que atravesar el jardín.

En la casa, al otro lado del corredor, frente a la cocina y al

lavadero, había dos habitaciones: la biblioteca, que daba a la plaza del Tertre, y el comedor, cuyas dos ventanas se abrían sobre el jardín. Las cuatro habitaciones del primer piso servían de dormitorios al padre y a los tres hijos. En cuanto al jardín, pequeño ya en otro tiempo, estaba ahora reducido a una especie de patio enarenado, con la construcción del amplio laboratorio, que ocupaba toda una esquina. Sin embargo, de los antiguos árboles quedaban dos ciruelos enormes, de viejos troncos rugosos, así como una mata de lilas, de un extraordinario vigor, que se cubría de flores en la primavera. Y María había dispuesto delante de aquellas lilas un ancho macizo, donde se entretenía en cultivar ella misma algunos rosales, unos alelís y unos resedas.

Con un ademán señaló ella los negros ciruelos, las lilas y los rosales, verdeando apenas de tiernos botones, todo aquel rinconcito de naturaleza adormecido aún por el invierno.

—Dígale a Guillermo que se cude pronto y que esté aquí para los primeros brotes.

Y luego, como Pedro la mirase en aquel momento, sus mejillas se arrebolaron de pronto. En ella había bruscos e involuntarios rubores, a veces, ante las palabras más inocentes, y que la desesperaban. Encontraba ridículo emocionarse de aquel modo, como una niña, cuando su corazón era tan valeroso. Pero su pura sangre de mujer había conservado aquella delicadeza exquisita, un pudor tan natural, que no dependía de su voluntad. Sin duda, acababa ella de ruborizarse, simplemente, porque temía haber hecho, delante de aquel sacerdote, una alusión a su matrimonio, al desear que llegase la primavera.

—Sírvase entrar, señor abate. Están precisamente aquí los tres niños.

Y le introdujo en el taller.

Era una habitación muy amplia, de una altura de cinco metros, con el suelo de ladrillos y las paredes desnudas, pintadas de gris hierro. Un rectángulo de luz, un baño chorreante de sol tibio, inundaba los menores rincones, penetrando allí por el ancho ventanal abierto al mediodía, frente a la inmensidad de París; y había allí persianas de madera que bajaban en verano para amortiguar el resol demasiado vivo de los días calurosos. Toda la familia vivía en aquella pieza, desde la mañana a la noche, en una tierna y estrecha comunidad de trabajo. Cada cual se había instalado a su gusto, escogiendo su sitio, donde podía aislarse en su labor. Primero, el padre, que ocupaba la mitad de la habitación con su laboratorio químico, el hornillo, las masas de ensayos, los estantes para colocar los aparatos, las vitrinas, los armarios atestados de frascos y de botes. Luego, Tomás, el mayor, había puesto al lado una pequeña forja, un yunque, un torno, el utillaje completo del obrero mecánico, que había él querido ser, terminado su bachillerato, a fin de no separarse de su padre y de ayudarlo, como un discreto colaborador, para determinadas aplicaciones. En el otro rincón, los dos menores, Francisco y Antonio, hacían buenas migas juntos, a los dos lados de una ancha mesa, entre un montón de carpetas, carteras de dibujo y librerías giratorias. Francisco, cargado de laureles universitarios, había ingresado con el número uno en la Escuela Normal, donde preparaba actualmente un examen. Antonio tomó antipatía en tercero a los estudios clásicos, aficionado únicamente al dibujo, entregado ahora por entero a su oficio de grabador en madera. Y ante el ventanal, a plena luz, frente al horizonte inmenso, Abuela y María tenían también ellas su mesa de trabajo, su costura, sus bordados y otro rincón lleno de trapos y de cosas delicadas, entre la mezcolanza un poco brusca de las retortas, las herramientas, los gruesos libros, amontonados por todas partes.

María había gritado, con su apacible voz, que se esforzaba en hacer tranquilizadora y alegre:

—¡Niños! ¡Niños! ¡Aquí está el señor abate, que trae noticias de papá!

¡Niños! ¡Qué juvenil maternidad ponía ella en aquella palabra dirigiéndose a aquellos mozancones, de los que se había considerado largo tiempo como hermana mayor! Tomás, a los veintitrés años, era un coloso, ya barbudo, de un parecido sorprendente con su padre, de frente despejada y rostro firme, un poco lento de cuerpo y de inteligencia, huraño casi, reconcentrado en un afecto filial, contento con aquel oficio manual que le convertía en un simple obrero, a las órdenes del maestro. Francisco, dos años más joven, era de fisonomía más fina, pero de estatura casi igual, con la misma frente amplia, la misma boca firme, todo un conjunto de salud y de fuerza, donde no se percibía al intelectual afinado, al normalista científico, sino en el fulgor más vivo y más sutil de los ojos. El último, Antonio, cuyos dieciocho años no eran menos vigorosos, se diferenciaba, sin embargo, en el pelo rubio y en los ojos azules que había heredado de su madre, unos ojos de una infinita dulzura, desvaídos en el ensueño. Siendo más jóvenes, en el liceo Condorcet, distinguíase los con dificultad; no era posible reconocerles más que por la estatura, en cuanto los alineaban por orden de edades. Y aun ahora se equivocaba uno cuando no estaban allí los tres juntos, para que se pudiesen distinguir las diferencias, que se acentuaban al correr de la vida.

—¡Papá os envía noticias suyas, niños!

Y entonces, los tres, con un mismo impulso, abandonaron el trabajo y se acercaron. De pie, por orden de edades, con su parecido tan grande, eran como los tres hijos gigantes de alguna fuerte y poderosa familia. Y desde el momento en que

se trataba del padre, se les sentía de pronto unidos, confundidos, con un solo corazón latiendo en sus anchos pechos.

Pero en aquel instante se abrió una puerta, al fondo del taller, y apareció Abuela, que bajaba del piso superior, donde dormía, lo mismo que María. Había subido a buscar un ovillo de lana, y miró a aquel sacerdote, fijamente, sin comprender.

—Abuela —tuvo que explicar la joven—, es el señor abate Froment, el hermano de Guillermo, que viene de parte suya.

Pedro, por su parte, la examinaba, sorprendido de encontrarla tan erguida, tan llena de vida, reflexiva e intensa, a los setenta años. En su rostro, un poco alargado, cuya antigua belleza persistía en un grave encanto, los ojos negros conservaban un brillo juvenil: la boca descolorida, donde asomaban limpiamente todos los dientes, seguía siendo de un dibujo muy firme. Algunos cabellos blancos planteaban los bandos negros que llevaba siempre a la antigua moda. Y las mejillas se habían secado simplemente, hendidas por unas profundas arrugas simétricas que daban a la fisonomía una gran nobleza, aquel aire soberano de reina madre, que conservaba aún, entregándose a los trabajos más humildes; alta y delgada, con su eterno vestido de lana negra.

—¿Es Guillermo quien le envía, caballero? —dijo ella—. ¿Está herido, verdad?

Pedro, sorprendido de que lo adivinase, contó lo ocurrido por segunda vez.

—Sí, herido en la muñeca. ¡Oh! Sin gravedad inminente.

Notó él en los tres hijos como un estremecimiento, un movimiento de todo su cuerpo para acudir en auxilio y en defensa del padre... Y era para ellos para quienes buscaba él palabras de esperanza.

—Está en mi casa, en Neuilly... Cuidándole, no se presentará

seguramente ninguna complicación. Me manda para decirles que no se inquieten ustedes.

Abuela no dejaba traslucir el más mínimo temor. Muy tranquila, aparentaba no haberse enterado de nada que no supiese ya. Pero parecía sentir al mismo tiempo alivio, libre ya de la angustia que a nadie había confesado.

—Si está en casa de usted, caballero, tiene que estar, evidentemente, mejor que en ninguna parte, a cubierto de todo peligro... Su carta de anoche, sin explicar la causa que le retenía allí, nos había sorprendido, y hubiéramos acabado por asustarnos... Ahora, todo marcha bien.

Y lo mismo que María, ni Abuela ni ninguno de los tres hijos pidieron explicaciones. Pedro acababa de ver sobre una mesa los periódicos de la mañana, tirados allí, desplegados, con sus noticias desenfundadas sobre el atentado. Seguramente habían leído aquello, temiendo que su padre estuviera comprometido en la atroz aventura. ¿Qué sabían ellos en concreto? No debían conocer a Salvat, ni podían reconstruir el encadenamiento imprevisto de las circunstancias, que habían provocado el encuentro y luego la herida. Abuela estaba, sin duda, al corriente de más cosas. Pero ellos, los tres hijos, así como María, no sabían nada, no se permitían el saber nada. ¡Y por lo tanto, qué fuerza de respeto y de ternura, en su inquebrantable confianza en el padre, en su tranquilidad, no bien les mandaba decir que no tenían que inquietarse por él!

—Señora —repuso Pedro—, Guillermo me ha rogado que le entregase a usted esta llavecita, recordándola que haga lo que le ha encargado, en caso de que le ocurriese una desgracia.

Tuvo ella apenas un ligero estremecimiento al coger la llave, y respondió simplemente, como si se tratara del deseo de un enfermo, lo más natural del mundo:

—Está bien; dígale que se cumplirá su voluntad... Pero haga el favor de sentarse, caballero.

En efecto, Pedro había permanecido de pie. Tuvo que aceptar una silla, a pesar de su turbación persistente, deseoso de no dejarla traslucir en aquella casa donde, en suma, se encontraba en familia. María, a quien le era imposible estar mano sobre mano, acababa de continuar un bordado, una de esas finas labores de aguja que se empeñaba en hacer para una gran casa de «trousseaux» y ropas de niños, queriendo, por lo menos, como decía ella riendo, ganarse el dinero para diversiones. Por costumbre también, incluso cuando había visitas, Abuela había vuelto a proseguir su eterno zurcido de medias, para lo cual acababa de subir a buscar lana. Y Francisco, lo mismo que Antonio, volviendo de nuevo a su gran mesa, se habían sentado de nuevo, mientras Tomás, el único que permanecía de pie, se apoyaba en su torno. Era como un breve recreo que se concedían antes de acabar su tarea. Una gran dulzura de intimidad laboriosa se difundió por la amplia habitación soleada.

—Pero —dijo Tomás— iremos todos a ver a papá mañana.

María, vivamente, sin dejar responder a Pedro, alzó la cabeza:

—No, no; ha prohibido que vaya nadie de aquí a verle; porque si estuviésemos vigilados y nos siguiesen, sería revelar su escondite... ¿Verdad, señor abate?

—En efecto, será prudente que se priven ustedes de abrazarle hasta que pueda él volver. Es cuestión de dos o tres semanas.

Abuela asintió inmediatamente:

—Eso es lo más prudente, sin duda.

Y los tres hijos no insistieron ya, aceptando la secreta inquietud en que iban a vivir, renunciando valientemente a aquella visita que les hubiera producido tanta alegría, ya que tal era la

orden del padre y puesto que su salvación dependía quizá de ello.

—Señor abate —replicó Tomás—, haga usted el favor de decirle que, durante su ausencia, desde el momento en que están interrumpidos aquí los trabajos, pienso volver a la fábrica, donde estoy mejor para las investigaciones a que nos dedicamos.

—Y haga usted el favor de decirle también de mi parte —dijo Francisco a su vez— que no se preocupe de mi examen. Todo va muy bien. Creo poder estar seguro del éxito.

Pedro prometió no olvidarse de nada. Pero María, contemplaba sonriendo a Antonio, que permanecía silencioso, con la mirada perdida.

—Y tú, pequeño, ¿no quieres que le digan nada?

El muchacho se echó igualmente a reír, como si despertase de un sueño.

—Sí, sí, que le quieres mucho y que vuelva pronto para que le hagas feliz.

Todos rieron, incluso María, sin el menor embarazo, con una alegría tranquila, seguros del porvenir. No había entre ellos más que un cariño grato. Y Abuela había sonreído igualmente, con sus labios descoloridos, aprobando la felicidad que la vida parecía prometerles.

Pedro quiso estar allí unos minutos más. Hablaron y su asombro crecía. Iba de sorpresa en sorpresa en aquella casa donde esperó encontrarse la vida desarreglada y anormal, el desorden, la rebeldía destructora de toda moral. Y se hallaba con una serenidad tierna, con una disciplina tan fuerte, que ponía allí una gravedad, casi una austeridad conventual, templada por la juventud y la alegría. La amplia habitación revelaba el trabajo y la paz, caldeada por aquel claro sol. Pero lo

que le chocaba más que nada era la firme educación, aquella valentía de las almas y de los corazones, aquellos hijos que, sin dejar traslucir sus sentimientos personales, sin permitirse juzgar a su padre, se contentaban con lo que él les mandaba decir; esperaban los acontecimientos, estoicos y mudos, prosiguiendo su labor cotidiana. No había nada ni más sencillo, ni más digno, ni más elevado.

Pero aquel valor, aquel orden, aquella dignidad no hacían más que sorprender a Pedro, sin conmovérle. No tenía por qué quejarse: la acogida era correcta, si no tierna, ya que allí él no era más que un extraño, un sacerdote. Y a pesar de todo, seguía él sintiéndose hostil, invadido por aquella sensación que experimentaba de encontrarse en un ambiente en que ninguna de sus torturas podía ser compartida, ni siquiera sospechada. ¿Cómo se arreglaban, pues, aquellos seres para ser tan tranquilos, tan dichosa en su incredulidad religiosa, su única fe en la ciencia, frente a aquel terrorífico París, que extendía ante ellos el mar ilimitado, la abominación ruidosa de sus injusticias y de sus miserias? Volvió la cabeza. Lo contempló por el amplio ventanal, desde donde aparecía hasta lo infinito, siempre presente, siempre vivo, con su vida colosal. En aquella hora, bajo el sol oblicuo de la tarde de invierno, París estaba envuelto en un polvo luminoso, como si algún sembrador invisible, oculto en la gloria del astro, hubiese arrojado a mano llena aquellos puñados de granos, cuya oleada de oro caía por todas partes. El inmenso campo roturado estaba cubierto de ellos; el caos infinito de los tejados y de los monumentos no era más que una tierra de labor, cuyos surcos habían sido abiertos por un arado gigantesco. Y Pedro, en su desasosiego, removido, a pesar de todo, por una necesidad de esperanza invencible, se preguntó si no era aquélla la buena siembra: París sembrado de luz por el divino sol para la gran

cosecha futura, aquella cosecha de verdad y de justicia que le tenía desesperanzado.

Pedro se levantó al fin y se fue, prometiendo acudir si las noticias eran malas. María le acompañó hasta la puerta de la calle. Y allí, bruscamente, volvió a invadirla uno de aquellos rubores de niña que le molestaban tanto; se puso arrebolada cuando quiso enviar, a su vez, su frase de cariño al herido. Pero pronunció valientemente las palabras, con sus ojos alegres e ingenuos clavados en los del sacerdote.

—Hasta la vista, señor... Dígale a Guillermo que le amo y le espero.

III

PASARON tres días. En la casita de Neuilly, Guillermo, abrasado de fiebre, clavado en aquel lecho donde le devoraba la impaciencia, sentíase invadido de nuevo por una ansiedad creciente, cada mañana, a la llegada de los periódicos. Pedro había intentado hacerlos desaparecer, y era él mismo quien tenía que leerle todo cuanto se publicaba sobre el atentado, una oleada extraordinaria que seguía inundando las columnas.

Nunca había conocido la Prensa semejante desbordamiento. «El Globo», tan prudente, tan grave de costumbre, tampoco quedaba exceptuado, y cedía a aquel ramalazo de locura de la información a ultranza. Pero había que ver los periódicos sensacionalistas. «La Voz del Pueblo», sobre todo, explotando la fiebre pública, aterrorizando, trastornando la calle, para tirar y vender más. Cada mañana era una nueva fantasía, una historia espantosa para desatinar al mundo. Se decía que le dirigían a diario al barón Duvillard unas groseras cartas de amenazas, anunciándole que iban a matar a su mujer, a su hija, a su hijo, a asesinarle también a él, haciendo volar su hotel, hasta el punto de que, día y noche, su hotel estaba guardado por una nube de agentes de paisano. O bien se trataba de una monstruosa invención, una alcantarilla por el lado de la Magdalena, a la que habían bajado unos anarquistas, minando todo el barrio, llevando toneles de pólvora, un volcán en el que debía hundirse la mitad de París. O bien, afirmábase que se conocía la trama de un inmenso «complot», que englobaba a Europa entera, desde los confines de Rusia a los de España, y cuya señal partiría de Francia: una matanza de tres días, barriando los bulevares con la metralla y enrojeciendo el Sena de sangre. Y gracias a aquella bella e inteligente labor de la Prensa,

reinaba el terror; los extranjeros, espantados, se marchaban en masa de los hoteles, y París no era ya más que un manicomio, donde se prestaba crédito a las más estúpidas pesadillas.

Pero no era aquello lo que turbaba a Guillermo. Sólo le preocupaban Salvat y las nuevas pistas en las que se lanzaban los periódicos. Salvat no había sido detenido aún, e incluso hasta aquel momento no había la menor noticia de que estuviesen sobre la pista. Y luego, de repente, Pedro leyó una nota que hizo palidecer al herido.

—¡Hombre! Parece ser que han descubierto entre los escombros, bajo el portal del hotel Duvillard, una herramienta, un punzón, sobre cuyo mango había un nombre, Grandidier, el de un conocido fabricante. Y ese Grandidier ha sido citado hoy en el Juzgado de instrucción.

Guillermo tuvo un gesto de desesperación.

—Vamos, esta vez están ya sobre la buena pista. Ha sido, seguramente, Salvat quien ha dejado caer esa herramienta. Ha estado en casa de Grandidier antes de venir a trabajar unos días a mi casa... Y van a enterarse por Grandidier; ya no tendrán más que seguir el hilo.

Pedro, entonces, recordó aquella fábrica de Grandidier, de la que había oído hablar en Montmartre, y donde Tomás, hijo mayor de Guillermo, el mecánico, trabajaba todavía algunas veces, después de haber hecho allí su aprendizaje. Pero no se atrevía a interrogar a su hermano, aunque sentía sus inquietudes tan graves y elevadas, tan desprovistas de todo bajo el temor personal.

—Precisamente —repuso Guillermo— me has dicho que Tomás pensaba ir a trabajar a la fábrica durante mi ausencia, en ese motor nuevo que está buscando y que casi ha encontrado. Y si hay registro, le veo interrogado, sin querer respon-

der, defendiendo su secreto... ¡Oh, hay que prevenirle inmediatamente!

Pedro se ofreció complaciente, sin forzarle a precisar más su deseo.

—Si quieres, iré a ver a Tomás a la fábrica esta tarde. Y al mismo tiempo veré quizá al señor Grandidier y sabré lo que se dice en el Juzgado, y en qué estado se encuentra el asunto.

Humedecidos sus ojos y con una cariñosa presión de mano, Guillermo le expresó su gratitud.

—Sí, sí, hermano, haz eso; será un acto bueno y valiente por tu parte.

—Tanto más —prosiguió el sacerdote—, cuanto que quería yo ir a Montmartre hoy... Sin habértelo dicho, me obsesiona un tormento. Si ese Salvat ha huido, ha debido dejar allí solas a la mujer y a la hija. Las vi la mañana del atentado, en tal estado de penuria y de miseria, que no puedo pensar en esas pobres criaturas abandonadas, muriéndose de hambre quizá, sin que se me desgarré el corazón... Cuando no está allí el hombre, la niña y la mujer se mueren.

Guillermo, que seguía teniendo cogida la mano de Pedro, se la estrechó con más fuerza y dijo con una voz que temblaba.

—Sí, será un acto bueno y valiente. Haz eso, hermano, hazlo.

Aquella casa de la calle de los Sauces, aquella espantosa casa llena de miseria y de sufrimiento, había quedado grabada en la memoria de Pedro como la abominable cloaca donde agonizaba el París pobre. Y de nuevo, aquella tarde, cuando volvió allí, la encontró con el mismo barro pegajoso, el patio manchado por las mismas inmundicias, las escaleras oscuras, húmedas, apestosas por el mismo abandono y la misma angustia. En invierno, cuando los hermosos barrios del centro se secan y se limpian, los barrios de los miserables, allá lejos,

siguen estando sombríos y fangosos, bajo el tránsito continuo del lamentable rebaño.

Conocedor de la escalera de los Salvat, Pedro se internó en ella, subió en medio de los gritos infantiles, que cesaban de pronto, dejando de nuevo la casa en un silencio sepulcral. El recuerdo del viejo Laveuve, muerto allí como un perro en un camino, le vino de nuevo a la memoria, dejándole helado. Sintió un escalofrío cuando, llegando al último piso, y después de llamar a la puerta, sólo le respondió un gran silencio. Ni un rumor, ni un alma.

Entonces, llamó de nuevo, y como no oyese el menor ruido, pensó que no habría nadie. Quizá había vuelto Salvat a recoger a la mujer y a la niña, quizá le habían éstas seguido fuera, a algún escondrijo, en el extranjero. Sin embargo, le extrañaba aquello, porque los pobres no acostumbran a moverse y mueren donde sufren. Y llamó suavemente por tercera vez.

Por fin se oyó, en el silencio, un ligero ruido, un ruido de pasitos; y luego, una voz delicada de niño se arriesgó a preguntar:

—¿Quién es?

—El señor abate.

Se hizo de nuevo el silencio: no se movía nada. Una lucha interior, unos titubeos...

—El señor abate que vino el otro día.

Aquello debió hacer cesar toda incertidumbre, pues la puerta se entreabrió, y Celina, la niña, dejó entrar al sacerdote.

—Perdone usted, señor abate; pero mamá ha salido, recomendándome que no abriese a nadie.

Pedro se imaginó, por un instante, que Salvat estaba allí, sin duda. Pero recorrió con una ojeada la única habitación, donde

se amontonaba la familia. La señora Teodora debía temer alguna visita de la policía. ¿Había ella vuelto a ver al padre? ¿Sabía dónde se ocultaba? ¿Habría él vuelto a abrazarlas y a tranquilizarlas a las dos?

—¿Y tu papá, no está aquí tampoco?

—¡Oh! No, señor abate; ha tenido unos asuntos y se ha marchado.

—¿Cómo que se ha marchado?

—¡Oh! No ha vuelto ni siquiera a acostarse; no sabemos dónde está.

—¿Quizá esté trabajando?

—¡Oh, no! Mandaría dinero.

—Entonces, ¿está viajando?

—No lo sé.

—¿Habrá escrito, sin duda, a tu mamá?

Pedro dejó de interrogarla, un poco avergonzado de hacer hablar así a aquella niña de once años, a la que encontraba sola. No podía ser que no supiese nada, que Salvat no les hubiese mandado siquiera noticias suyas, por prudencia. Y tenía un aspecto verídico, con su carita blanca, dulce e inteligente, que tenía una expresión grave ya, esa gravedad que la miseria da a los niños.

—Es muy molesto que la señora Teodora no esté, porque quería hablarle.

—Pero, señor abate, si desea usted esperar... Ha ido a casa de mi tío, a la calle Marcadet, y no puede tardar en volver, porque hace más de una hora que se ha marchado.

Y desocupó una de las sillas, sobre la que había un puñado de leña menuda, recogida en algún solar.

La habitación, sin chimenea, estaba visiblemente en la penuria, en una desnudez glacial. Notábase allí la ausencia del hombre, la desaparición de aquel que es la voluntad y la fuerza, con quien se cuenta, aun después de semanas de paro. El hombre sale, recorre la ciudad, acaba frecuentemente por traer lo indispensable, el mendrugo que se reparte y que impide que uno se muera. Pero una vez desaparecido el hombre, es el supremo abandono, la mujer y la niña angustiada, sin ayuda ni sostén.

Pedro, sentado, contemplando a aquella pobre criatura de límpidos ojos azules, de boca grande, que acababa, sin embargo, por sonreír, no pudo dejar de seguir interrogándola.

—¿No vas a la escuela, hija mía?

Enrojeció ella ligeramente.

—No tengo zapatos para ir.

Y él observó que, en efecto, llevaba en los pies unos viejos zapatos destrozados, por los que asomaban sus deditos enrojecidos.

—Además —prosiguió la niña—, mamá Teodora dice que no se va al colegio cuando no se come... Mamá Teodora ha querido trabajar y no ha podido por sus ojos, que le escuecen y lloran enseguida... Así es que no sabemos qué hacer; no tenemos nada desde ayer y se acabó todo si mi tío Toussaint no nos presta un franco.

Sonreía ella siempre de un modo inconsciente, mientras dos gruesas lágrimas arrasaban sus ojos. Y era tan desconsolador, ver a aquella niñita encerrada en una habitación vacía, sin abrir a nadie, como apartada de los dichosos, que el sacerdote, trastornado, sintió despertarse en él su furiosa protesta contra la miseria, aquella necesidad de justicia social que le apasionaba ahora, en el derrumbamiento de todas sus creen-

cias.

Al cabo de diez minutos se impacientó, recordando que tenía que ir después a la fábrica Grandidier.

—Es muy raro que mamá Teodora no esté aquí —repetía Celina—. Estará hablando.

Luego se le ocurrió una idea.

—Si quiere usted, señor abate, voy a acompañarle a casa de mi tío Toussaint. Es aquí al lado; no hay más que volver la esquina.

—¡Pero si no tienes zapatos, hija mía!

—¡Oh! No importa. Ando así, de todas maneras.

Él se levantó y dijo simplemente:

—Bueno, sí. Mejor será. Llévame. Voy a comprarte unos zapatos.

Celina se puso muy colorada. Se apresuró a seguirle, después de haber vuelto a cerrar cuidadosamente la puerta con llave, como una mujercita de su casa, que no tenía, sin embargo, nada que guardar.

La señora Teodora, antes de llamar a la puerta de Toussaint, su hermano, para ver si le prestaba un franco, había tenido la ocurrencia de probar fortuna primero con su hermana pequeña, Hortensia, casada con un empleado, el pequeño Cristino, y que ocupaba un cuarto de cuatro habitaciones en el bulevar Rochechouart. Pero era un grave asunto, y se decidió a intentarlo temblando, movida en último extremo por el pensamiento de Celina, que la esperaba, en ayunas desde la víspera.

Toussaint, el mecánico, su hermano mayor, tenía cincuenta años. Era hijo del primer matrimonio. Al quedarse viudo, su padre se había vuelto a casar con una costurera muy joven, que le había dado tres hijas, Paulina, Leonor y Hortensia. Es-

to explicaba cómo la mayor, Paulina, tenía diez años menos que Toussaint y Hortensia, la menor, dieciocho. Cuando murió su padre, Toussaint tuvo que mantener durante una temporada a su madrastra y a sus tres hermanas. Lo peor era que, muy joven como era, tenía ya mujer e hijo. Afortunadamente, la madrastra, activa e inteligente, sabía arreglárselas. Volvió como obrera al taller de costura, donde Paulina estaba ya de aprendiz. Metió después allí a Leonor, y ya no quedó más que la última, Hortensia, mimada, más bonita y más fina, a la que dejó en el colegio, orgullosa de sus triunfos; y más tarde, mientras Paulina se casaba con el albañil Labitte, y Leonor con el mecánico Salvat, Hortensia, que había entrado como cajera en una confitería de la calle de los Mártires, trababa allí conocimiento con el empleado Cristino, que, seducido, hizo de ella su esposa, no habiendo podido conseguir que fuera su querida. Leonor había muerto joven, unas semanas después que su madre, víctimas ambas de unas fiebres tifoideas. Paulina, abandonada por su marido, viviendo con su cuñado Salvat, cuya hija la llamaba mamá, se moría de hambre. Y sólo Hortensia llevaba los domingos un vestido de ligera seda, vivía en una casa nueva, era una burguesa, pero a costa de una vida infernal y de abominables privaciones.

La señora Teodora no ignoraba los apuros de su hermana cuando llegaban los finales de mes. Por eso sólo con gran rubor se decidía a pedirle un préstamo. Y, además, Cristino, agriado poco a poco por su medianía, acusando a su mujer, desde que se marchitaba, de ser la causa de su existencia fracasada, no veía ya a la familia de aquélla, que le avergonzaba. Todavía Toussaint era un obrero decente. Pero aquella Paulina, aquella Teodora que vivía con su cuñado ante los ojos de la niña, aquel Salvat que vagaba de taller en taller como un energúmeno indeseable para todos los patronos, toda aquella

rebeldía, toda aquella miseria, toda aquella suciedad habían acabado por ofender al empleadillo correcto y vanidoso, a quien las dificultades de la vida hacían tener un mal carácter. Y había prohibido a Hortensia que recibiese a su hermana.

A pesar de todo, al subir la escalera de la casa del bulevar Rochechouart, la señora Teodora experimentó cierto orgullo, pensando que una parienta suya vivía con aquel lujo. La asistente estaba allí. Dejó entrar a la visitante, a quien conocía, aunque mostrando una sorpresa inquieta viéndola atreverse a presentarse en aquella guisa, tan mal vestida. Pero desde el umbral del saloncito, Teodora se detuvo, sobrecogida, viendo a su hermana Hortensia caída y sollozante en uno de los sillones de reps azul que tanto la envanecían.

—¿Qué tienes? ¿Qué te sucede?

A los treinta y dos años escasos no era ya la bella Hortensia. Conservaba su aspecto de muñeca rubia, alta, delgada, de ojos bonitos y bello pelo. Pero ella, que se había cuidado tanto, empezaba a abandonarse, cubierta con unos peinadores de una limpieza sospechosa; y sus párpados enrojecían y su fina piel se ajaba. Dos partos sucesivos, dos niñas, una que tenía entonces nueve años y otra siete, la habían estropeado mucho. Además, muy orgullosa y muy egoísta, empezaba ella también a deplorar su matrimonio, porque se había creído en otro tiempo una belleza digna del palacio y de las carrozas de un príncipe encantador.

Su desesperación era tal que ni siquiera le extrañó ver entrar a su hermana.

—¡Ah, eres tú! ¡Qué nuevo golpe entre tantos disgustos!

La señora Teodora pensó inmediatamente en las pequeñas, Luciana y Marcela.

—¿Están enfermas tus hijas?

—No, no; la vecina de al lado las pasea por el bulevar... ¡Fíjate, querida, que estoy otra vez encinta! Al principio creí que sería un retraso, pero es el segundo mes. Y hace un rato, después del almuerzo, se lo he dicho a Cristino y se ha puesto furiosísimo; me ha gritado, con toda clase de palabrotas, que era culpa mía. ¡Como si no dependiese más que de mí!... ¡Ah, yo que soy la primera víctima y ya tengo bastantes penas!

Y volvió a sollozar. Continuaba, tartamudeaba, contaba su estupor, porque desde hacía largo tiempo no se tocaban más que por placer, resueltos a todo antes que tener un tercer hijo. Afortunadamente, sabía él que era incapaz de engañarle, tan indolente y tímida era, preocupada ante todo de su tranquilidad.

—¡Dios mío! —acabó por decir Teodora—. Ya lo criaréis como a los otros dos a ese niño, si llega.

La cólera secó de repente las lágrimas de Hortensia. Se levantó y gritó:

—¡Cómo eres, mujer! Ya se ve que no conoces el estado de nuestro bolsillo. ¿Con qué quieres que le criemos, cuando nos cuesta ya tanto trabajo ir sosteniendo la casa?

Y olvidándose de la vanidad burguesa, que, de costumbre, la hacía callarse e incluso mentir, contó sus apuros, la escasez de dinero que les abrumaba cada año más. El alquiler les costaba ya setecientos francos. De los tres mil francos que ganaba su marido en la oficina, quedaban apenas, por tanto, dos mil francos al mes. ¿Y cómo arreglárselas con eso para comer y vestirse los cuatro y mantener su categoría? Era el frac indispensable para el señor, el vestido nuevo que tenía que lucir la señora so pena de quedar al margen, los zapatos que las niñas rompían en un mes, toda clase de gastos menudos que

era imposible reducir. Suprimían un plato, se privaban del vino, pero había noches en que era necesario, sin embargo, tomar un coche. Sin hablar del derroche de las niñas, del abandono en que la mujer desilusionada dejaba su hogar, de la desesperación del hombre, convencido de que no saldría nunca a flote, aunque le subiesen el sueldo algún día a la cifra inesperada de cuatro mil francos. En el fondo, era la medianía intolerable del empleadillo, tan desastrosa como la miseria negra del obrero: la fachada falsa, el lujo engañoso, todo cuanto oculta de desorden y de sufrimiento el orgullo intelectual de no trabajar en un taller o sobre un andamio.

—En fin, a pesar de todo —repitió Teodora—, no vais a estrangular al pequeño.

Hortensia se dejó caer otra vez en el sillón.

—¡Claro que no, pero esto es el acabóse! Dos eran ya demasiado, ¡y ahora, el tercero! ¡Qué va a ser de nosotros, Dios mío! ¡Qué va a ser de nosotros?

Y se desplomó, con la bata abierta, vertiendo nuevas lágrimas por sus ojos enrojecidos.

Muy azorada al ver que llegaba tan inoportunamente para su petición, Teodora, sin embargo, acabó por decidirse y le pidió prestado el franco. Y aquello acabó de colmar la desesperada confusión de Hortensia.

—Mi palabra de honor que no tengo un céntimo en casa. Hace un momento he tenido que pedir prestados a la asistenta, para las niñas, cincuenta céntimos. Anteayer me dieron nueve francos en el Monte de Piedad por una sortijita. Y lo mismo ocurre siempre a fines de mes... Cristino, que cobrará hoy, va a volver temprano para dar el dinero de la cena. Te prometo enviarte algo mañana, si puedo.

Pero en aquel momento apareció la asistenta asustada, sa-

biendo que el señor no quería nada a los parientes de la señora.

—¡Oh, señora, señora! Oigo subir al señor.

—¡De prisa, de prisa, vete! —gritó Hortensia—. ¡Tendremos otra escena!... Si puedo, mañana, te lo prometo.

Fue preciso que Teodora se escondiese en el fondo de la cocina para no encontrarse con Cristino, que entraba. Le vio, siempre bien vestido, con su levita ceñida y su rostro flaco, su gran barba cuidada, su aire vanidoso de hombrecillo seco y rabioso. Sus catorce años de oficina le habían secado ya, y el café le remataba, la pasión por las largas horas pasadas en un café próximo. Huyó ella.

Lentamente, arrastrando los pies, la señora Teodora tuvo que volver a la calle Marcadet, donde vivían los Toussaint. Tampoco esperaba nada por el lado de su hermano, pues sabía la mala suerte y los apuros que abrumaban al matrimonio. A los cincuenta años, en el último otoño, Toussaint había sufrido un ataque, un comienzo de parálisis que, durante cerca de cinco meses, acababa de tenerle clavado en una silla. Hasta entonces se había comportado valientemente, como un buen trabajador, sin beber, educando a sus tres hijos, una hija casada con un ebanista que se había ido al Havre con su marido, un muchacho que murió de soldado en el Tonkin y otro chico, Carlos, licenciado del servicio y que había vuelto a trabajar como mecánico. Pero cinco meses de enfermedad habían agotado el escaso dinero colocado en la Caja de Ahorros, y Toussaint, que volvía a servirse de sus piernas, tenía que empezar de nuevo su vida, sin un céntimo, como a los veinte años.

La señora Teodora encontró a su cuñada, la señora Toussaint, sola en la única habitación, muy limpia, en que vivía el matrimonio; y no había, al lado, más que un estrecho gabinete,

en el que dormía Víctor. La señora Toussaint era una mujer gruesa, invadida por la obesidad, a pesar de todo, a pesar del ajeteo y el ayuno. Tenía una cara redonda y desdibujada, iluminada por unos ojillos vivarachos, y era una bonísima mujer, algo comadre, también golosa, y que no tenía más defecto que el de gustarle mucho la buena cocina. E inmediatamente, antes de que la otra abriese la boca, comprendió el objeto de la visita.

—Querida, llegas en mal momento; estamos sin blanca. Hasta anteayer no ha podido volver Toussaint a la fábrica y habrá tenido que pedir un adelanto esta noche.

La contemplaba, ofendida por su estado de abandono, desconfiada, pero simpática.

—Y Salvat, ¿sigue sin hacer nada?

La señora Teodora preveía sin duda la pregunta, porque mintió tranquilamente:

—No está en París; un amigo se lo ha llevado a trabajar del lado de Bélgica, y espero que nos mande algo.

Pero la señora Toussaint seguía desconfiando.

—¡Ah! Mejor es que no esté en París, porque hemos pensado en él con todos esos jaleos de bombas y decíamos que era lo bastante loco para meterse en eso.

La otra no pestañeó. Si sospechaba algo, lo guardaba para ella.

—¿Y qué, querida, no encuentras en qué ocuparte?

—¡Oh! ¿Yo? ¿Cómo quieres que haga nada con mis pobres ojos? La costura ya no me es posible.

—Eso es verdad. Las obreras se enmohecen. Por eso yo, cuando Toussaint ha estado clavado ahí, quise volver a la ropa blanca, mi antiguo oficio. ¡Sí, sí! Lo estropeaba todo, no

adelantaba nada... Sólo puede una asistir. ¿Por qué no te dedicas a asistir en las casas?

—Eso busco, pero no encuentro ninguna.

Poco a poco, sin embargo, la señora Toussaint volvía a su buen corazón, se enternecía ante aquel aspecto de gran miseria. La hizo sentarse y le dijo que, si Toussaint traía un anticipo, le daría algo. Luego empezó a contar historias, sucumbiendo a su pecado de charlatanería en cuanto tenía a alguien que la escuchase. Pero la historia inevitable en la que recaía, que la aprisionaba, que repetía sin cesar, era la de su hijo Carlos, que había cometido la tontería de acostarse con la criada del tabernero de enfrente y acababa de tener un hijo con ella. En otra época, Carlos, antes de marchar al servicio, era el obrero más trabajador y el hijo más cariñoso, llevándole toda su paga. Verdad era que seguía siendo trabajador y buen muchacho; pero, sin embargo, el servicio militar, al despabilarle, le había hecho tomar cierta antipatía al trabajo. No era que lo echase de menos, pues hablaba del cuartel como de una cárcel, aun siendo tan desenvuelto como otro cualquiera. Pero la herramienta le había parecido pesada cuando tuvo que volver a manejarla.

—Así es, querida, que por bueno que siga siendo Carlos, ya no puede ayudarnos... Yo sabía su prisa por casarse, a causa de la carga. Y con todo eso, muy prudente con las mujeres. Ha sido necesaria esa tontería de un momento, esa Eugenia que le servía cuando entraba a tomar una copa ahí enfrente... Claro es que no era para casarse, a pesar de que le llevase naranjas cuando ella ha ido a dar a luz al hospital. Una cochina arrastrada, que se había fugado ya con otro hombre... Pero el bebé queda. Carlos se lo ha llevado y le ha puesto ama, que paga todos los meses. Una verdadera ruina, una de gastos que no acaban nunca. En fin, se nos han venido encima todas las

desgracias de una vez.

La señora Toussaint seguía hablando así al cabo de media hora, cuando se interrumpió bruscamente viendo a la señora Teodora palidecer intensamente con la espera.

—¿Eh? ¿Tienes prisa? Es que Toussaint no volverá enseguida. ¿Quieres que vayamos hasta la fábrica? Así sabré si trae algo.

Se decidieron a bajar y se detuvieron de nuevo, durante cerca de un cuarto de hora al pie de la escalera para hablar con una vecina que acababa de perder un niño. Y salían ya de la casa cuando una llamada las detuvo.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Era la pequeña Celina, encantada, calzada con unos zapatos nuevos y mordiéndose un bollo.

—Mamá, es el señor abate del otro día, que quiere hablarte... ¡Mira, me ha comprado todo esto!

La señora Teodora, al ver los zapatos y el bollo, había comprendido. Y empezó a temblar, a balbucear su agradecimiento, cuando Pedro, que iba detrás de la pequeña, la abordó. La señora Toussaint se había acercado vivamente, presentándose a sí misma, aunque sin preguntar nada, contenta, por el contrario, de la suerte de su cuñada, más desgraciada que ella. Cuando vio al sacerdote deslizar diez francos en la mano de ésta, le explicó que ella le hubiese prestado gustosa algo, pero que no podía; y empezó a contar la historia del ataque de Toussaint y de la mala suerte de Carlos.

—Dime, mamá —interrumpió Celina—, la fábrica donde papá trabaja está ahí, en esa calle, ¿verdad? El señor abate tiene que dar allí un encargo.

—La fábrica Grandidier —replicó la señora Toussaint—;

precisamente íbamos allí y podemos acompañar al señor abate.

Era a un centenar de pasos. Mientras las dos mujeres y la niña le acompañaban, Pedro aminoró el paso, deseoso de que le hablase la señora Teodora de Salvat, tal como tenía pensado. Pero ella se mostró prudente enseguida. No le había vuelto a ver; debía estar en Bélgica, con un compañero, para algún trabajo. Y el sacerdote sospechó que Salvat no se había atrevido a volver a la calle de los Sauces, en la conmoción de su atentado, donde todo se hundía, el pasado de trabajo y de esperanza, el presente con la hija y la mujer.

—Mire usted, señor abate, ahí está la fábrica —dijo la señora Toussaint—. Mi cuñada no tendrá ya que esperar, puesto que ha tenido usted la bondad de acudir en su ayuda... Gracias por ella y por nosotros.

La señora Teodora y Celina le daban también las gracias, en medio de la acera, entre los empujones de los transeúntes, pisando el eterno barro grasoso de aquel barrio populoso, deteniéndose para ver entrar a Pedro y charlando de nuevo y diciendo que había aún sacerdotes muy afables.

La fábrica Grandidier ocupaba allí un amplio terreno. Desde la calle no se veía más que un edificio de ladrillos, de estrechas ventanas, con un gran portal, por el que se descubría el patio enorme. Luego venían una serie de pabellones, de talleres, de barracas interiores, de tejados innumerables, dominados por las dos altas chimeneas de los generadores. Desde la entrada se oía el ronquido y la trepidación de las máquinas, el sordo clamor del trabajo, toda una cálida actividad tumultuosa, ensordecedora, que hacía retemblar incluso el suelo. Corrían por allí aguas negruzcas, y sobre un tejado, chorros de blanco vapor se escapaban por delgado tubo, con un resoplar estridente y regular, como si fuese la propia respiración de la

enorme colmena atareada.

Ahora, la fábrica construía, sobre todo, bicicletas. Cuando Grandidier, que salía de la Escuela de Artes y Oficios de Châlons, la había tomado, peligraba el negocio, mal administrado, dedicado a la fabricación de pequeños motores, con ayuda de maquinaria anticuada. Adivinando el porvenir, había buscado de comanditario a su hermano mayor, que era uno de los gerentes de los grandes almacenes del Bon Marché, comprometiéndose a suministrarle bicicletas excelentes a 150 francos. Y había montado un negocio considerable, pues el Bon Marché lanzaba la popular «Lisette», el ciclismo al alcance de todos, como rezaban los anuncios. Pero Grandidier luchaba todavía y no cantaba victoria, pues la maquinaria nueva le representaba una gran deuda. Cada mes era un esfuerzo, un perfeccionamiento, una simplificación que producía un ahorro. Estaba siempre en acecho y soñaba ahora con volver a la fabricación de pequeños motores, presintiendo de nuevo el próximo triunfo de los coches automóviles.

Pedro, que había preguntado si estaba allí don Tomás Froment, fue acompañado por un viejo obrero hasta un pequeño taller y encontró en él al joven en traje de faena, vestido con el «mono» del mecánico y negras sus manos con la limadura. Ajustaba una pieza, y nadie hubiera sospechado en aquel coloso de veintitrés años, tan atento y animoso en su dura labor, al brillante alumno del Liceo Condorcet, donde los tres hermanos habían hecho célebre el apellido Froment en los cuadros de honor. Pero él, servidor ferviente de su padre, no quería ser sino el brazo que forja, el trabajo manual que realiza. Y era un muchacho sobrio, paciente, callado, y ni siquiera tenía una amante, diciendo que cuando encontrase una mujer buena, más adelante, se casaría con ella.

En cuanto vio a Pedro se estremeció de inquietud, lo dejó to-

do y se precipitó hacia él.

—¿Está peor papá?

—No, no... Ha leído en los periódicos esa historia del punzón encontrado en la calle Godot-de-Mauroy, y eso le ha inquietado, pensando en que podrían efectuar un registro policíaco aquí.

Tomás, tranquilizado, tuvo una sonrisa.

—Dígale usted que duerma tranquilo. Lo primero, porque, desgraciadamente, no logro dar con nuestro pequeño motor, tal como yo lo quiero. Luego, no está montado aún, he guardado piezas en casa y nadie sabe aquí con exactitud lo que vengo a hacer. Ya puede registrar la Policía, porque no descubrirá nada; nuestro secreto no corre el menor peligro.

Pedro prometió repetir a Guillermo textualmente aquellas palabras a fin de disipar todos sus temores. Después, cuando intentó sondear a Tomás para saber en qué estado se encontraban las cosas, y lo que pensaban en la fábrica del hallazgo del punzón, y si empiezan a sospechar de Salvat, le encontró mudo otra vez, contestando con monosílabos. ¿No había acudido la Policía? No. ¿Pero los obreros habían pronunciado realmente el nombre de Salvat? Sí, naturalmente, a causa de sus ideas anarquistas, conocidas de todos. Y Grandidier, el patrón, ¿qué había dicho a su vuelta del Juzgado? No lo sabía, no le había vuelto a ver.

—¡Mire usted, ahí está!...

Precisamente, Grandidier, un hombre guapo, de cuarenta años, de rostro enérgico, con un espeso bigote negro, el pelo cortado en forma de cepillo, y los ojos claros, entró en el pequeño taller donde trabajaba Tomás. Quería mucho a este último, cuyo aprendizaje en su casa había él facilitado, tratándole como a un hijo. Le permitía volver cuando quería,

poniendo a su disposición su maquinaria. Y aun sabiendo que se dedicaba a la cuestión de los pequeños motores, que a él también le apasionaba, mostraba la mayor discreción y esperaba, sin preguntarle.

Tomás presentó al sacerdote:

—Mi tío, el señor abate Pedro Froment, que ha venido a verme.

Hubo un cambio de saludos. Y luego, Grandidier, con la cara velada por aquella tristeza, que le hacía pasar por un hombre duro y severo, quiso reaccionar y mostrarse alegre.

—Oiga usted, Tomás, no le he contado mi entrevista con el juez de instrucción. Estoy bien conceptuado porque si no hubiéramos tenido aquí a todos los sabuesos de la Prefectura... Quería que le explicase la presencia, en la calle Godot-de-Mauroy, de ese punzón marcado con mi cifra. Y he comprendido perfectamente que su idea era que el autor del atentado debía haber trabajado aquí... He pensado inmediatamente en Salvat. Pero yo no denuncié a nadie. Tenía mi libro de contrata y le he contestado simplemente acerca de Salvat que había estado cerca de tres meses en la fábrica el pasado otoño, y que luego había desaparecido. ¡Que le busque!... ¡Ah, ese juez! Un hombrecillo rubio, muy vestido, de aspecto mundano, que bulle en este asunto, con ojos de gato...

—¿No es el señor Amadiou? —preguntó Pedro.

—Sí, ese mismo; un hombre encantado evidentemente con el regalo que le han hecho esos bandidos de anarquistas con su atentado.

El sacerdote escuchaba angustiada. Era lo que temía su hermano: la buena pista hallada al fin, el primer hilo conductor. Y miró a Tomás para ver si a él también le inquietaba aquello. Pero ya fuese porque el joven ignorase el lazo que unía a

Salvat con su padre o ya fuese por tener un gran dominio sobre sí mismo, el muchacho sonreía simplemente ante la descripción del juez.

Entonces, mientras Grandidier se acercaba a examinar la pieza que estaba terminando Tomás y hablaban de ella los dos extensamente, Pedro se acercó a una puerta abierta que daba a un amplio taller alargado, donde roncaban los tornos y las taladradoras golpeaban con el ruido seco y rítmico de sus balancines. Las correas giraban con una marcha continua; toda una ardiente actividad campeaba allí, entre el olor húmedo del vapor. Un pueblo de obreros sudorosos, negros con el polvo flotante, se afanaba aún; mas era, sin embargo, el final de la jornada, el último esfuerzo de la tarea. Cerca de él acudieron tres obreros a una fuente para lavarse las manos, y el sacerdote les oyó hablar.

Le interesó su conversación, sobre todo en cuanto oyó a uno de ellos, un mozo alto y rojo, llamar a otro Toussaint, y al tercero Carlos. Eran el padre y el hijo. Toussaint, un hombre grueso, ancho de espaldas, con los brazos desnudos, no parecía tener cincuenta años más que cuando se detenía uno en su rostro redondo y curtido, arrugado, roído por el trabajo, erizado por una barba canosa, que se afeitaba sólo los domingos; y únicamente su brazo derecho, herido ya por la parálisis, se retrasaba con movimientos lentos. Vivo retrato de su padre, Carlos, con la cara llena, tachada por un espeso bigote negro, estaba en toda la fuerza de sus veintiséis años, con unos magníficos músculos, que sobresalían bajo la piel blanca. También ellos hablaban de la bomba del Hotel Duvillard y del punzón que habían encontrado y de Salvat, de quien todos ellos sospechaban ahora.

—Sólo un bandido puede ejecutar un acto semejante —dijo Toussaint—. Me indigna su anarquía; no la comprendo. Pero

a pesar de todo que se las arreglen los burgueses si les hacen saltar. Eso es cuenta de ellos; lo han querido así.

Y había en el fondo de aquella indiferencia todo un largo pasado de miseria y de injusticia; el hombre viejo cansado de luchar, sin ilusión por nada, dispuesto a dejar que se derrumbase aquel mundo donde el hambre amenazaba su vejez de trabajador agotado.

—Pues yo —replicó Carlos—, he oído hablar a los anarquistas, y, ¡la verdad!, dicen cosas muy ciertas y muy razonables... En fin, padre, tú, que trabajas desde hace más de treinta años, ¿no es una ignominia lo que acaba de sucederte, la amenaza de reventar como un caballo viejo, al que apuntillan a la menor enfermedad? Y, ¡pardiez!, eso me hace pensar a mí, y me digo que no sería chusco acabar de ese modo... ¡Que el diablo me lleve! Siente uno tentaciones de tomar parte en sus jaleos, si es que deben hacer la felicidad de todo el mundo.

Verdaderamente, no ponía entusiasmo en lo que decía; llegaba a aquellos extremos en su impaciencia de vivir mejor, inadaptado ya por el cuartel, habiendo traído del servicio obligatorio una idea de igualdad de lucha por la vida, una necesidad de conseguir su legítima parte de goce. Era el paso fatal dado de una generación a otra, el padre engañado en su ilusión de República fraternal, que había llegado a ser escéptico y desdeñoso, y el hijo yendo hacia la nueva fe, adscrito poco a poco a las violencias, después del aparente fracaso de la libertad.

Pero, como el mozo alto, un buen hombre, se mostrase enfadado, gritando que si Salvat era el autor del atentado había que cogerle y enviarle a la guillotina inmediatamente, sin juzgarle siquiera, Toussaint acabó por ser de su opinión.

—Sí, sí, aunque se haya casado con una de mis hermanas, le abandono... Aunque me extrañaría, sin embargo, por su parte, porque habéis de saber que no es malo; no mataría un mosquito.

—¿Que quieres? —hizo notar Carlos—. Cuando le ponen a uno en el disparadero, se vuelve uno rabioso.

Los tres se habían lavado profusamente, y Toussaint, que acababa de ver al patrón, se quedó rezagado y esperó para pedirle un anticipo. Precisamente Grandidier, después de haber estrechado cordialmente la mano a Pedro, avanzó espontáneamente al encuentro del viejo obrero, a quien estimaba. Le escucho y se decidió a darle una tarjeta con unas líneas para el cajero. Aunque era muy enemigo del sistema de los anticipos; los obreros no le querían, le juzgaban brusco a pesar de su auténtico bondad, porque él creía de su deber defender enérgicamente su situación de patrón, sin poder ceder en nada, so pena de arruinarse. Cuando la competencia era tan dura, cuando el sistema capitalista exigía una tan terrible lucha de todos los momentos, ¿cómo admitir las reclamaciones, incluso legítimas, de los asalariados?

Cuando Pedro se encontró de nuevo en la calle tuvo la sorpresa de ver allí todavía a las dos mujeres, la señora Toussaint y la señora Teodora, con la pequeña Celina. Con los pies en el barro, semejantes a restos de un naufragio azotados por el eterno oleaje de los transeúntes, no se habían ellas movido, charlaban sin cesar, parlanchinas y quejasas, adormeciendo su miseria bajo aquel diluvio de comadrerías. Y cuando, seguido de Carlos, salió Toussaint, feliz, satisfecho con el anticipo obtenido, se las encontró allí y contó a la señora Teodora la historia del punzón, la idea que él tenía, lo mismo que todos sus compañeros, de que Salvat podía haber cometido el atentado. Pero aquélla se puso muy pálida y protestó, sin de-

jar adivinar lo que sabía, ni lo que pensaba ella en el fondo.

—Te repito que no le he vuelto a ver. Seguramente debe estar en Bélgica. ¡Ah, caray! ¡Una bomba! ¡Tú mismo dices que él es demasiado bueno y que no mataría un mosquito!

Al regresar a Neuilly, en el tranvía, Pedro se abismó en un ensueño profundo. Palpitaba aún en él la agitación obrera del barrio, el zumbido de la fábrica, toda aquella actividad desbordante de colmena. Y por primera vez, bajo el poder del tormento en que se hallaba, se le aparecía la necesidad del trabajo, una fatalidad que se revelaba también como una salvación y como una fuerza. Descubría allí, al fin, un terreno sólido, el esfuerzo que sostiene y que salva. ¿Era, pues, el primer resplandor de una fe nueva? ¡Pero qué irrisión! ¡El trabajo inseguro, sin esperanza, el trabajo que llevaba a la eterna injusticia! ¡Y entonces, la miseria acechando siempre al obrero, estrangulándole al menor paro forzoso, echándole a un lado, como a un perro muerto, en cuanto llegaba la vejez!

En Neuilly, junto al lecho de Guillermo, Pedro encontró a Bertheroy, que acababa de vendarle. Y el viejo sabio no parecía tranquilizado aún sobre las complicaciones que podía traer la herida.

—Y es que usted no permanece tranquilo; le encuentro siempre con una emoción y una fiebre desastrosa. ¡Tiene usted que calmarse, hijo mío! ¡No debe atormentarle nada, qué diablo!

Y luego, minutos después, al marcharse, dijo con una sonrisa bondadosa:

—Sabrá usted que han venido a interrogarme, a propósito de esa bomba de la calle Godot-de-Mauroy. ¡Esos periodistas se imaginan que uno lo sabe todo! He contestado al que me ha visitado que le agradecería que me informase acerca de la

pólvora empleada... Y a propósito de esto, mañana explicare, en mi laboratorio, una lección sobre explosivos. Asistirán algunas personas. Venga usted, Pedro; le dará usted cuenta de ella a Guillermo; eso le interesará.

Pedro, ante una mirada de su hermano, acepto. Y luego, cuando estuvieron solos y le contó el resultado de sus gestiones, las sospechas que recaían sobre Salvat, el juez de instrucción en posesión de la buena pista, a Guillermo volvió a invadirle una intensa fiebre; y con la cabeza hundida en la almohada y los ojos cerrados, balbuceaba en una especie de pesadilla:

—Vamos, es el final... Salvat detenido, Salvat interrogado...
¡Ah, cuánto trabajo y cuánta esperanza que se vienen abajo!

IV

DESDE la una y media, Pedro estaba en la calle de Ulm, donde vivía Bertheroy, en una casa bastante grande, donada por el Estado para que instalase en ella un laboratorio de estudios e investigaciones. Y por eso, todo el primer piso formaba un gran salón, que al ilustre químico le gustaba a veces abrir a un público restringido de alumnos y de admiradores, ante el cual hablaba, hacía experimentos y exponía sus descubrimientos y sus nuevas teorías.

En aquellas ocasiones alineaban unas sillas ante la larga y maciza mesa, llena de probetas y de aparatos. El hornillo estaba detrás; unas vitrinas atestadas de frascos y de muestras de todas clases rodeaban la habitación. La gente ocupaba ya las sillas; compañeros del sabio, sobre todo; algunos muchachos e incluso señoras y periodistas. Se estaba allí en familia, se saludaba al maestro y se hablaba con él como en la intimidad.

Bertheroy vio enseguida a Pedro, y adelantándose hacia él le estrechó la mano y le condujo ante la mesa, para sentarle al lado de Francisco Froment, que había llegado de los primeros. El joven terminaba por entonces su tercer año en la Escuela Normal vecina y sólo tenía que andar unos pasos para ir a casa de su maestro, a casa de aquel a quien consideraba, muy respetuosamente, como el más firme cerebro de la época. A Pedro le agradó mucho el encuentro, pues aquel moce-tón de ojos tan vivos en su notable rostro de intelectual, le había dejado una impresión de profundo encanto a raíz de su visita a Montmartre. El sobrino, por su parte, dispensó al tío una acogida cordial, con una libre expansión juvenil, feliz también de tener noticias de su padre.

Bertheroy comenzó. Hablaba de una manera familiar, muy sobriamente, con palabras que eran verdaderos hallazgos. Resumió primero las investigaciones, los trabajos, ya considerables, que había hecho sobre las materias explosivas. Contó, riendo, que manipulaba a veces pólvoras que podrían hacer saltar el barrio. Pero tranquilizo a su auditorio: él era prudente. Luego acabó por ocuparse de la bomba de la calle Godot-de-Mauroy, que revolucionaba a todo París desde hacía unos días. Los restos acababan de ser cuidadosamente examinados por unos peritos; le habían traído a él también un fragmento para que diese su opinión. Aquella bomba parecía bastante mal fabricada y estaba cargada de trocitos de hierro, con un encendido de mecha infantil. Lo único extraordinario era la formidable potencia del cartucho central, que, por pequeñísimo que debía ser, había producido unos efectos tremendos. Se preguntaba a qué fuerza incalculable de destrucción se llegaría si se decuplicaba, si se centuplicaba la carga. Y empezaba el desconcierto; las discusiones acababan de oscurecer el problema en cuanto intentaban pronunciarse acerca de la naturaleza de la pólvora empleada. De los tres peritos, uno reconocía simplemente la dinamita, mientras que los otros dos, sin ponerse de acuerdo por lo demás, creían en unas mezclas. En cuanto a él, se había abstenido, con gran modestia, ya que los fragmentos que le habían entregado presentaban unas huellas demasiado ligeras realmente para poder entregarse a un análisis. Él no sabía ni quería llegar a ninguna conclusión. Pero su convicción era que se hallaban en presencia de una pólvora desconocida, de un nuevo explosivo, cuya potencia superaba todo cuanto había podido imaginarse hasta aquel momento. Se figuraba él a un sabio solitario, o bien a uno de esos inventores ingenuos, de mano afortunada, descubriendo, con todo misterio, la fórmula de aquella pólvora. Y a esto quería él venir a parar, a los numerosos explosivos des-

conocidos aún, a los próximos descubrimientos que él presentaría. Él mismo, en el curso de sus investigaciones, había sospechado la existencia de varios, sin haber tenido ni tiempo ni ocasión de orientar sus estudios en aquel sentido. Indicó él incluso el terreno a explorar, la marcha a seguir. El porvenir, para él, estaba allí, sin duda. Y en un párrafo muy elevado y muy bello, dijo que se habían deshonrado hasta entonces los explosivos, empleándolos en obras imbéciles de venganza y de desastre, cuando existía quizá en ellos la fuerza liberadora que buscaba la ciencia, la palanca que movería y cambiaría el mundo, una vez que se los domesticase, reduciéndolos a no ser más que los obedientes servidores del hombre.

Pedro, durante aquella charla, de hora y media escasa, sintió a Francisco, que estaba a su lado, apasionarse, estremecerse ante los amplios horizontes que abría el maestro. Él mismo se sintió violentamente interesado, pues le era imposible no establecer ciertas relaciones entre lo que estaba oyendo y lo que había adivinado de las angustias de Guillermo sobre el secreto que este último temía tanto ver en manos de un juez de instrucción. Por eso, cuando fueron Francisco y él a estrechar la mano de Bertheroy, antes de marcharse juntos, dijo él con intención:

—Guillermo sentirá mucho no haber podido oír desarrollar tan admirables ideas.

El viejo sabio se contentó con sonreír.

—¡Bah! Resúmame usted lo que he dicho. Él comprenderá, pues sabe más que yo sobre la cuestión.

Ya en la calle, Francisco, que conservaba ante el ilustre químico la silenciosa actitud de un alumno respetuoso, acabó por declarar, después de haber dado unos pasos en silencio:

—¡Qué lástima que un hombre de tan amplia inteligencia,

libre de todas las supersticiones, resuelto a todas las verdades, haya accedido a dejarse clasificar, poner una etiqueta y encurrirse entre títulos y Academias! ¡Cuánto más le querríamos si apareciese menos en el presupuesto y tuviera menos atados sus miembros con honoríficos cordones!

—¿Qué quiere usted? —dijo Pedro, conciliador—. Hay que vivir. Además, yo creo realmente, en el fondo, que está liberado de todo.

Y como en aquel momento llegaban ante la Escuela Normal, el sacerdote se detuvo, creyendo que su joven compañero iba a entrar allí. Pero éste alzó los ojos y contempló un instante el viejo edificio.

—No, no; es jueves; estoy libre... ¡Oh! Nos dejan muy libres, demasiado libres. Y ello me alegra, porque me permite con frecuencia subir a casa, en Montmartre, para sentarme y trabajar en mi antigua mesita de colegial. Allí únicamente me encuentro con el cerebro firme y despejado.

Admitido a la vez en la Escuela Politécnica y en la Escuela Normal, había optado por esta última, donde ingresó con el número uno en la sección de Ciencias. Su padre deseaba que tuviese él un oficio, el de profesor, sin perjuicio de seguir siendo independiente, de no ocuparse más que de sus trabajos personales, al salir de la Escuela, si la vida se lo permitía. Muy precoz, terminaba su tercer año y preparaba su último examen; y era aquel examen el que le ocupaba todas sus horas. No tenía más descanso que sus viajes a pie a Montmartre y largos paseos por el jardín del Luxemburgo.

Maquinalmente, Francisco se había puesto en marcha hacia aquel jardín, adonde Pedro le acompañó, charlando. La tarde de febrero era de una dulzura primaveral; un pálido sol iluminaba los árboles, negros aún; uno de esos primeros buenos

días, que hacen brotar los botones verdes de los tilos... La conversación seguía versando sobre la Escuela.

—Le confieso —decía Pedro— que a mí no me agrada su orientación. Es cierto que ahí se realiza una excelente labor y que para formar profesores el único medio es, evidentemente, enseñarles el oficio, atestándoles de los conocimientos requeridos. Lo peor es que todos, enseñados y preparados para el profesorado, no permanecen en el profesorado. Muchos se esparcen por el mundo, ingresan en el periodismo, se dedican a regentar las artes, la literatura y la sociedad. Y éstos son, realmente, insoportables... Después de no haber jurado más que por Voltaire, vuelven al espiritualismo, al misticismo, la última moda en los salones. El diletantismo y el cosmopolitismo han tenido en ello su intervención. Desde que la fe sólida en la ciencia se ha convertido en una cosa brutal, inelegante, creen limpiarse del profesorado afectando una duda amable, una ignorancia deseada, una inocencia aprendida. Su gran temor es que se les note la Escuela, y son muy parisinos, se deciden por las volteretas y el argot, hacen gracias de jóvenes osos sabios, devorados por el afán de agradar. De aquí las flechas sarcásticas con que acribillan a la ciencia; ellos, que tienen la pretensión de saberlo todo y que vuelven, por distinción, a la creencia de los humildes, al idealismo ingenuo y delicioso del niño Jesús del pesebre.

Francisco se echó a reír.

—¡Oh! El retrato está un poco recargado; pero es eso, realmente eso.

—He conocido varios —continuó Pedro, que se animaba y se olvidaba de sus preocupaciones—. Y en todos he encontrado ese terror a verse engañados, que lleva a la reacción contra todo el esfuerzo y todo el trabajo del siglo: desafecto por la libertad, desconfianza ante la ciencia, negación del porvenir.

Si resulta ya vulgar que dos y dos sean cuatro, es indudable, sin embargo, que suman cuatro. Decirlo es menos necio y menos loco que creer, por ejemplo, en los milagros de Lourdes.

Francisco, sorprendido, contemplaba al sacerdote. Este, al notarlo, se refrenó. Todo un desconsuelo, toda una cólera se exhalaba de él cuando hablaba de la juventud intelectual, tal como se la imaginaba en su ataque de desesperación. Así como había sentido compasión de los trabajadores muriéndose de hambre, allá lejos, en el barrio miserable, de igual modo allí estaba lleno de un desprecio doloroso hacia los cerebros juveniles, carentes de valor ante el conocimiento, volviendo al consuelo de un espiritualismo falaz, a la promesa de una eternidad de felicidad en la muerte anhelada y exaltada. ¿No era el asesinato mismo de la vida, el pensamiento cobarde de no querer vivirla por ella misma, por el simple deber de ser y de dar su esfuerzo? Siempre el yo se constituía en centro; siempre el individuo exigía la felicidad para sí y en sí. ¡Ah, aquella juventud que él soñaba valerosa, aceptando la tarea de ir cada vez a mayor verdad, estudiando el pasado tan sólo para libertarse de él y para caminar hacia el porvenir, cómo le desconsolaba verla entregada otra vez a turbias metafísicas, por cansancio y por pereza, y quizá también por exceso de trabajo de un siglo que acababa demasiado recargado de labor humana!

Francisco volvió a sonreír.

—Pero —dijo— se engaña usted; no todos somos así en la Escuela... Usted parece conocer solamente a los normalistas de la sección de Letras; variaría usted de opinión si conociese a los normalistas de la sección de Ciencias... Entre nuestros camaradas literarios es muy cierto que la reacción contra el positivismo se deja sentir, y que están obsesionados, ellos

también, por la idea del famoso fracaso de la ciencia. Eso se debe sin duda, en parte, a los maestros que tienen, a los neo-espiritualistas y a los retóricos dogmáticos entre cuyas manos han caído. Y depende todavía más de la moda, del «estilo» de la época, que quiere, como dice usted muy bien, que la verdad científica sea mal expuesta, sin gracia, de una brutalidad inaceptable para las inteligencias distinguidas y ligeras. Un muchacho de cierta agudeza y que quiere agradar se adscribe forzosamente al espíritu nuevo.

—¡Ah, el espíritu nuevo! —interrumpió Pedro en un grito que no pudo contener—. No posee la inocencia de una moda pasajera; es una táctica, y terrible, toda una ofensiva de las tinieblas contra la luz, de la esclavitud contra la liberación de los espíritus, contra la verdad y la justicia.

Y luego, como el joven le contemplase por segunda vez, cada vez más sorprendido, se calló. Habíase alzado la figura de monseñor Martha y le parecía escucharle, en el púlpito de la Magdalena, esforzándose en reconquistar París a la política de Roma, a aquel supuesto neocatolicismo, que aceptaba de la democracia y de la ciencia lo que podía apropiarse para destruirlas. Era la suprema lucha; todo el veneno vertido a la juventud partía de allí, y él no ignoraba los esfuerzos realizados en los establecimientos religiosos, a fin de ayudar aquel renacimiento del misticismo, con la loca esperanza de apresurar la derrota de la ciencia. Se decía que monseñor Martha era omnipotente en la Universidad católica y que repetía a sus íntimos que serían necesarias tres generaciones de alumnos inteligentes y dóciles para que la Iglesia volviera a ser la dueña soberana de Francia.

—En lo que se refiere a la Escuela, le aseguro que se equivoca —repitió Francisco—. Hay allí, sin duda, algunos creyentes cerrados. Pero hasta en la sección de Letras, la mayoría no

son en el fondo más que escépticos de una media amable y discreta, profesores ante todo, aunque ello les avergüence un poco, y por lo mismo, estropeados por una ironía de pedantes emancipados, dañados por el espíritu crítico, incapaces de creaciones originales. Realmente me sorprendería mucho ver salir de sus filas al genio esperado. Y sería de desear que viniese un genio bárbaro, sin lecturas, sin crítica, sin ponderación y sin matices, a abrir a hachazos el siglo de mañana, en una bella llamarada de verdad y de realidad. En cuanto a mis camaradas de la sección científica, le juro que el neocatolicismo, el ocultismo y todas las fantasmagorías de la moda no les turban lo más mínimo. No se dedican a hacer una religión de la ciencia; permanecen muy abiertos a la duda, pero son en su mayoría espíritus muy perspicaces, muy claros y firmes, apasionados por la verdad, celosos de la investigación, cuyo esfuerzo se continúa a través del amplio campo de los conocimientos humanos. No se han movido, siguen siendo unos positivistas convencidos, unos evolucionistas, unos deterministas, que han puesto su fe en la observación y en la experiencia, para la conquista definitiva del mundo.

Él mismo se animaba, dejaba desbordar su fe por las avenidas tranquilas y soleadas del jardín.

Pero aquel bello impulso se vio interrumpido. Un mocetón rubio se detuvo a estrechar la mano de Francisco. Y a Pedro le sorprendió reconocer al hijo del barón Duvillard, Jacinto, que, por otra parte, le saludó correcto. Los dos jóvenes se tuteaban.

—¡Cómo! ¿Tú en nuestro viejo barrio, en provincias?

—Chico, voy allí, detrás del Observatorio, a casa de Jonás... ¿No conoces a Jonás? ¡Oh, querido, un escultor genial, que ha llegado a suprimir casi la materia! ¡Ha hecho la Mujer, una figura del tamaño de un dedo, y que no es más que un alma,

sin la innoble bajeza de las formas, íntegra, sin embargo; toda la Mujer es su símbolo esencial! ¡Y es algo grande y aplastante, una estética, una religión!

Francisco le contemplaba sonriente, ceñido en su larga levita, con su rostro acusado, su barba y su pelo cuidados, que le daban un aspecto laborioso de andrógino.

—¿Y tú? Creí que trabajabas, que ibas a publicar pronto un pequeño poema.

—¡Oh, querido; me repugna tanto crear! Un verso me cuesta semanas enteras... Sí, tengo un pequeño poema: «La muerte de la Mujer». Y como ves, no soy exclusivista, como dicen, puesto que admiro a Jonás, que cree todavía en la necesidad de la Mujer. Su disculpa es la escultura, un arte tan grosero, tan material. Pues ¿y en poesía? ¡Ah, Dios mío, lo que se ha abusado de la Mujer! ¿No es hora ya, realmente, de arrojarla de ella, para limpiar un poco el templo de las inmundicias con que le han manchado sus vicios, de hembra? ¡Es tan sucia la fecundidad, la maternidad y lo demás! Si fuéramos todos bastante puros, bastante distinguidos para no volver a tocar a ninguna, por asco, y si todas muriesen infecundas, sería, por lo menos, acabar limpiamente, ¿verdad?

Dicho lo cual, con su aire lánguido, se marchó, con un ligero contoneo de caderas, satisfecho del efecto producido.

—¿Le conocía usted, entonces? —preguntó Pedro.

—Ha sido condiscípulo mío en Condorcet; hemos estado juntos en todas las clases. ¡Oh! ¡Era un tipo gracioso, un holgazán, que exhibía los millones del papá Duvillard hasta en sus corbatas, aunque fingiendo despreciarlos, presumiendo de revolucionario, hablando de prender con la lumbre de su cigarrillo el cartucho que haría volar el mundo! ¡Schopenhauer, Nietzsche, Tolstoi e Ibsen reunidos! ¡Y ya ve usted en lo que

ha acabado, en un enfermo, en un bromista!

—¡Terrible síntoma —murmuró Pedro— el que sean los hijos de los felices, de los privilegiados, los que, por hastío, por cansancio, por contagio de la furia destructora, se dediquen a hacer la labor de los demoleedores!

Francisco había reanudado su marcha, bajando hacia el estanque, donde unos niños dirigían toda una escuadra de barquitos.

—Ése no es más que un ser grotesco... ¿Cómo quiere usted que su misticismo, que el despertar del espiritualismo, alegado por los doctrinarios que han lanzado lo del famoso fracaso de la ciencia, sea tomado verdaderamente en serio, cuando acaba, en una evolución tan breve, en semejantes insensateces en las artes y en las letras? Han bastado unos años de influencia, y he aquí que el satanismo, el ocultismo y todas las aberraciones florecen; sin hablar de Gomorra y de Sodoma, reconciliadas, según dicen, con la Roma nueva. ¿No se juzga el árbol por los frutos? Y en lugar de un renacimiento, de un hondo movimiento social apartando el pasado, ¿no es indudable que asistimos simplemente a una reacción transitoria, explicada por muchas causas? El viejo mundo quiere fenecer, se agita en una postrera convulsión, parece resucitar por una hora, antes de ser arrastrado por el río desbordado de los conocimientos humanos, cuyo cauce crece sin cesar. Y ahí está el porvenir, el mundo nuevo que la verdadera juventud aportará, la juventud que trabaja, la que no se conoce, la que no se oye... Pero mire usted, escuche usted, y quizá la oiga, porque estamos aquí en su mansión, en su barrio, y el gran silencio que nos rodea está hecho únicamente de la labor de tantos cerebros juveniles, inclinados sobre la mesa de trabajo, el libro leído, la página escrita, la verdad conquistada cada día más.

Con un amplio ademán, más allá del jardín del Luxemburgo, Francisco señalaba las instituciones, los Liceos, las Escuelas Superiores, las Facultades de Derecho y de Medicina, el Instituto con sus cinco Academias, las bibliotecas y los museos innúmeros, todo aquel dominio del trabajo intelectual, que ocupa un vasto campo del París inmenso. Y Pedro, emocionado, vacilante en su negación creyó oír en efecto subir de las clases, de los anfiteatros, de los laboratorios, de las salas de lectura, de los simples cuartos de estudio, el gran murmullo sordo del trabajo de todas aquellas inteligencias en conmoción. No era la trepidación entrecortada, jadeante, el clamor rugiente de las fábricas obreras, donde el trabajo manual sufre y se irrita. Aquí, el suspiro era tan cansado, el esfuerzo tan homicida, la fatiga tan fecunda... ¿Era entonces cierto que la juventud intelectual estaba siempre en su forja silenciosa, sin renunciar a ninguna esperanza ni abandonar ninguna conquista, forjando la verdad y la justicia de mañana, en plena libertad de espíritu, con los martillos invencibles de la observación y de la experiencia?

Francisco acababa de levantar los ojos para mirar la hora en el reloj del palacio.

—Voy a Montmartre; ¿me acompaña usted un rato hacia allí?

Pedro asintió, sobre todo cuando el joven hubo añadido que pasaría por el Museo del Louvre, donde quería recoger a su hermano Antonio. Bajo la clara tarde, las salas del Museo de pintura, casi vacías, tenían una calma tibia y noble cuando se llegaba del estrépito y del bullicio de las calles. No estaban allí más que los copistas, trabajando en un profundo silencio, turbado tan sólo por los pasos errantes de unos cuantos extranjeros. Y encontraron a Antonio, al final de la sala de los Primitivos, absorto, copiando un desnudo de Mantegna, con un cuidado escrupuloso, una especie de devoción. Lo que le

apasionaba en aquellos Primitivos no era el misticismo, el vuelo de ideal que la moda quiere ver en ellos, sino, por el contrario, y muy justamente, una sinceridad de realistas ingenuos, su respeto y su modestia ante la naturaleza, la lealtad minuciosa que ponían en traducirla lo más fielmente posible. Durante días de trabajo encarnizado, iba allí a copiarlos, a estudiarlos, para aprender de ellos la severidad, la probidad del dibujo, todo el elevado carácter que deben a su candor de artistas honrados.

A Pedro le chocó el puro fulgor que aquella sesión de buen trabajo había puesto en los pálidos ojos azules de Antonio. Aquel rostro de coloso rubio, rebosante habitualmente de dulzura y de ensueño, estaba ahora como encendido, como enfebrecido, y la gran frente, en forma de torre, que había heredado de su padre, adquiriría su completa expresión de ciudadela, armada para la conquista de la verdad y de la belleza. A los dieciocho años, su historia estaba allí: un apartamento absoluto de los estudios clásicos; una pasión por el dibujo, que había decidido a su padre a dejarle salir del Liceo, donde nada bueno hacía; y luego, días enteros pasados en buscarse, en desprender de él la profunda originalidad, cuya imperiosa conciencia acababa de hablar tan alto. Había ensayado el grabado en cobre, el aguafuerte. Pero enseguida se había dedicado al grabado en madera, y en él se había especializado a pesar del descrédito en que caía, envilecido por los procedimientos industriales. ¿No era aquél todo un arte por restaurar, por ampliar? Él soñaba con grabar en madera sus propios dibujos; con ser el cerebro que crease y la mano que ejecutase, de manera a obtener efectos nuevos, de una gran intensidad de visión y de acento. Por obedecer a su padre, que exigía que sus hijos tuviesen un oficio, se ganaba el pan como todos los grabadores, haciendo grabados para diversas publicaciones

ilustradas. Pero al lado de aquellos trabajos corrientes había hecho ya algunas planchas de una extraordinaria sensación de vigor y de vida, realidades copiadas, escenas de la existencia cotidiana, pero acentuadas, ampliadas por el trazo esencial, con una maestría realmente asombrosa en un muchacho tan joven.

—¿Es que quieres grabar eso? —le preguntó Francisco mientras él colocaba de nuevo la copia del Mantegna en su carpeta.

—¡Oh, no! Eso no es más que un baño de inocencia, una buena lección para aprender a ser modesto y sincero... La vida es demasiado diferente hoy.

Y ya en la calle, como Pedro se olvidase de todo con los dos jóvenes, hasta el punto de acompañarles a Montmartre, sintiendo por ellos una simpatía creciente, Antonio, que caminaba junto a él, se expansionó, habló de su ensueño de arte, sintiendo él también indudablemente unas afinidades secretas de ternura y de abnegación.

—El color, ciertamente, es una fuerza, un encanto soberano, y puede decirse que sin él no hay evocación completa. Sin embargo, es curioso: no me es indispensable. Paréceme que puedo, con el negro y el blanco, crear la vida, igualmente intensa y definitiva, y me imagino incluso que lo haré de una manera más severa, más esencial, fuera del engaño fugaz, de la caricia engañosa de los tonos... Pero ¡qué tarea! Vea usted este gran París que cruzamos. Quisiera yo fijar su hora actual en unas escenas, en unos tipos, que pudieran quedar como inmortales testimonios. Y esto con gran exactitud, con gran ingenuidad, porque el acento de eternidad no está más que en el simple candor del artista, muy humilde y muy creyente ante la naturaleza siempre bella. Tengo ya algunas figuras; se las enseñaré... ¡Ah, si me atreviese a atacar la madera direc-

tamente con el buril, sin enfriarme, dibujándola primero! Por lo demás, yo no señalo con lápiz más que el esbozo; el buril puede después tener hallazgos, energías y finuras inesperadas. Y esto es lo que hace que el dibujante y el grabador en mí formen un solo ser, hasta el punto de que sólo yo puedo trabajar mis grabados, cuyos dibujos grabados por otro resultarían sin vida... La vida nace lo mismo de los dedos que del cerebro, cuando es uno creador de seres.

Y luego, cuando estuvieron los tres en la parte baja de Montmartre y Pedro habló de tomar el tranvía para regresar a Neuilly, Antonio, enfebrecido de pasión, le preguntó si conocía al escultor Jahan, que tenía allí arriba unos trabajos para el Sagrado Corazón. Y ante su respuesta negativa:

—Suba usted un momento; es un muchacho de gran porvenir. Verá usted la maqueta de un ángel, que le han rechazado.

Francisco también se puso a hacer el elogio de aquel ángel, lo cual decidió al sacerdote. Arriba, entre las barracas que la construcción de la basílica requería, Jahan había podido instalar un taller acristalado, lo suficientemente amplio para ejecutar allí el ángel colosal que le habían encargado. Los tres visitantes le encontraron vestido con un blusón, vigilando el trabajo de dos prácticos, que estaban desbastando el bloque de piedra del que iba a nacer el ángel. Era un muchachote de treinta y seis años, muy moreno y barbudo, con una boca saludable y unos hermosos ojos brillantes. Había nacido en París, pasado por la escuela, pero con una fogosidad temperamental, que le atraía continuos disgustos.

—¡Ah, sí! Vienen ustedes a ver mi ángel, que no ha querido admitirme el arzobispado... ¡Ahí le tienen ustedes!

La figura de un metro de altura, cuyo barro se secaba ya, tenía un vuelo soberbio, con sus dos grandes alas desplegadas,

hinchadas por un deseo loco de infinito. El cuerpo desnudo, apenas velado, era el de un efebo, delgado y robusto, de testa rebosante de gozo, como arrebatado por el arrobamiento del pleno cielo.

—Le han encontrado demasiado humano a mi ángel. ¡Y a fe mía! tienen razón... Un ángel es de lo más difícil de concebir. Se vacila incluso sobre su sexo: ¿es mujer u hombre? Luego, cuando falta la fe, se ve uno forzado a tomar el primer modelo que aparece y a copiarle, echándole a perder... Yo, al modelar éste, intentaba imaginarme un hermoso niño a quien le saliesen alas y que la embriaguez del vuelo arrebatase en la alegría del sol... Eso les ha desconcertado; han querido una cosa más religiosa, y entonces he hecho esa porquería. Hay que vivir.

Con la mano señaló la otra maqueta, aquella que empezaban a ejecutar los prácticos: un ángel correcto, de alas de pato simétricas, con un cuerpo asexual y una cabeza vulgar que expresaba el éxtasis niño impuesto por la tradición.

—¿Qué quieren ustedes? —continuó—. Todo ese arte religioso ha caído en la vulgaridad más repugnante. Ya no se tiene fe; se construyen iglesias como cuarteles, se las decora con bonachones Dioses y bonachonas Vírgenes que dan grima. Y es que el genio no es más que la floración del suelo social; el gran artista sólo puede inflamarse con la fe de su época... Así, yo, que soy nieto de un labriego, me he criado en casa de mi padre, que vino a París para establecerse como marmolista, en lo alto de la calle de la Roquette. He comenzado por ser obrero; toda mi infancia ha transcurrido entre el pueblo, en la calle, sin que se me ocurriera nunca la idea de poner los pies en una iglesia... ¿Qué va a pasar entonces? ¿Qué va a ser del arte en una época que no cree ya en Dios ni siquiera en la belleza? Hay que ir realmente a la fe nueva, que

es la fe en la vida, en el trabajo, en la fecundidad, en todo lo que significa labor y creación...

Se interrumpió bruscamente, para exclamar:

—Miren ustedes mi figura de la Fecundidad: he trabajado en ella de nuevo, y estoy bastante satisfecho... Vengan a verla.

Y se empeñó en llevarles a su estudio personal, que estaba allí cerca, más abajo de la casita de Guillermo. Se entraba en él por la calle del Calvario, esa calle que no es más que una escalera interminable, muy empinada. La puerta se abría sobre uno de los descansillos y, después de subir unos escalones, se encontraba uno en una amplia habitación, con mucha luz, que entraba por un ventanal, atestada de maquetas, de yesos, bocetos, de figuras, todo un desbordamiento sólido y vigoroso. De pie, sobre una silla, la figura referida, la Fecundidad, estaba envuelta en trapos húmedos. Cuando la hubo destapado, surgió con sus fuertes caderas, su vientre, del que debía nacer un mundo nuevo, su pecho de esposa y de madre henchido con la leche alimenticia y redentora.

—¿Eh? —gritó con una risa feliz—. ¡Creo que el rorro de ésta será un mozo menos flaco que esos pálidos estetas de hoy, y que no tendrá miedo a hacer niños cuando le llegue su turno!

Pero mientras que Antonio y Francisco admiraban, Pedro sentíase interesado, sobre todo, por una joven que les había abierto la puerta del estudio y que acababa de sentarse otra vez, con aire de lasitud, ante una mesita, donde leía un libro. Era Lisa, la hermana de Jahan. Tenía veinte años menos que él, dieciséis apenas, y vivía allí, con su hermano mayor, desde la muerte de sus padres. Delicada, de una salud muy endeble, tenía el más dulce de los rostros, enmarcado por un pelo de un rubio ceniciento delicioso, de una ligereza de fino polvo

de oro empañado. Casi inválida, con las piernas atascadas, andaba con dificultad, y la inteligencia en ella parecía también retrasada, simple, de un gran candor infantil. Su hermano había sentido al principio una honda tristeza. Luego se había acostumbrado a su inocencia y a su languidez. Muy ocupado, siempre agitado, desbordante de proyectos nuevos, tenía forzosamente que ocuparse poco de ella; la dejaba vivir a su alrededor, a su antojo, como una chiquilla de muy poca edad, familiar y acariciadora.

Pedro había notado con qué arrebató fraternal había acogido Lisa a Antonio. Y enseguida vio que éste, después de felicitar a Jahan por su Fecundidad, vino a sentarse junto a la muchacha, para ocuparse de ella, interrogarla y ver el libro que leía. Desde hacía seis meses, habíase establecido entre ellos el más puro y tierno de los lazos amistosos. Él, desde el jardín de la casa de su padre, allá en lo alto, en la plaza del Tertre, hundía su mirada por el ancho ventanal en aquel estudio, donde pasaba ella su vida de niña inocente. Se había interesado al principio por ella, viéndola siempre sola, casi abandonada; luego, una vez hecho su conocimiento, encantado de encontrarla tan simple, tan cautivadora, concibió apasionadamente el propósito de despertarla a la inteligencia, a la vida, amándola, siendo para ella el espíritu, el corazón que fecunda. Entonces lo que su hermano no había podido ser para ella lo fue él, en la necesidad de planta delicada en que ella se hallaba de cuidados delicados, de sol y de amor. Había conseguido ya enseñarle a leer, tarea en la que habían fracasado todas las institutrices. Ella le escuchaba, le comprendía. Sus bellos ojos claros, en su rostro irregular, se animaban poco a poco con un brillo feliz: Era el milagro del amor, la creación de la mujer, bajo el soplo del amante juvenil, que entregaba su ser.

Seguía, indudablemente, muy delicada, de una salud tan pre-

caria que temblaba siempre de verla apagarse en un leve suspiro; y todavía no andaba, pues sus piernas eran demasiado débiles. Pero ya no era, sin embargo, la florecilla doliente de la primavera última.

Jahan, que se encontraba bajo el asombro del milagro iniciado, se acercó a los dos jóvenes.

—¿Eh? Su discípula le honra. Sabrá usted que lee con soltura y que comprende bien los bellos libros que usted la trae... ¿Verdad, Lisa, que ahora me lees por la noche?

Ella alzó sus ojos candorosos y miró a Antonio con una sonrisa de infinito agradecimiento.

—¡Oh! Todo lo que él quiera enseñarme lo sabré y lo haré.

Todos rieron suavemente, y cuando los tres visitantes se marchaban al fin, Francisco se detuvo ante una maqueta que se había agrietado al secarse.

—Un proyecto abortado —dijo el escultor—. Quería yo hacer una figura de la Caridad, un encargo para un patronato benéfico. Y por mucho que he buscado, lo que encontré era tan vulgar, que he dejado estropearse el barro... Sin embargo, ya veré; tengo que intentar seguir eso.

Una vez fuera, a Pedro se le ocurrió subir hasta la basílica del Sagrado Corazón, con la esperanza de encontrar allí al abate Rose. Entonces, él y los dos hermanos dieron la vuelta por la calle Gabriela; se encontraron de nuevo en las bajadas, en los pisos de la calle Chappe, por los que subieron. Y cuando llegaban arriba, ante la Iglesia, que alzaba su bosque de andamios bajo el cielo claro, se encontraron a Tomás, que volvía de la fábrica por la calle Lamarck, adonde había ido a dar unas instrucciones a un fundidor.

—¡Ah! ¡Qué contento estoy! —exclamó con una expansión que le hizo resplandecer de alegría, a él, tan discreto y tan

callado de costumbre—. Creo que voy a dar con nuestro motorcito... ¡Dígale usted a mi padre que la cosa va bien y que se cure pronto! Dígale usted que le esperamos y que al primer aviso nos tendrá a su lado.

Los tres estrecharon vigorosamente la mano del sacerdote. Y mientras éste los miraba alejarse en dirección a la casita, cuyo jardín vislumbraba por encima del muro de la calle de San Eleuterio, creyó distinguir una fina silueta, un rostro blanco animado por el sol, bajo el casco de negros cabellos, María, sin duda, vigilando los brotes de sus lilas. Pero la luz difusa era tan dorada en aquella hora del atardecer, que la visión se confundía en ella y pareció disiparse en una aureola. Y, con los ojos deslumbrados, volvió él la cabeza, y no vio ya más, al otro lado del cielo, que la masa del Sagrado Corazón, cenicienta, aplastante, contemplada así de cerca, obstruyendo aquel rincón del horizonte con su eternidad muy nueva.

Entonces, desde el fondo de su negación, desde la nada en que había caído por la pérdida de su fe, sintió pasar el delicioso frescor, la llegada, confusa aún, de una fe nueva. Ni siquiera hubiera podido formular su esperanza. Pero ya, entre los rudos obreros de la fábrica, el trabajo manual se le había aparecido como necesario y redentor, a pesar de la miseria y de la abominable injusticia en la que acababa. Y he aquí que la juventud intelectual de la que había desesperado, aquella generación del mañana que él creía echada a perder, sumida otra vez en el error, en la antigua podredumbre, acababa de revelarse a él, llena de viriles promesas, resuelta a continuar la obra de sus mayores, conquistando por medio de la única ciencia toda verdad y toda justicia.

V

HACÍA ya un mes largo que Guillermo se había refugiado en casa de su hermano, en la casita de Neuilly. Casi curado de su herida de la muñeca se levantaba desde hacía mucho tiempo y pasaba algunas horas en el jardín. Pero, a pesar de la impaciencia que sentía por volver a Montmartre, para encontrarse otra vez entre los suyos y reanudar sus trabajos, las noticias de los diarios le inquietaban todas las mañanas, y le hacían aplazar su regreso. Era siempre la misma situación, que se eternizaba. Salvat, de quien se sospechaba ahora, entrevisto una noche en los Mercados y luego perdido de nuevo por la policía, siempre bajo la amenaza de una detención inminente. ¿Y qué ocurriría? ¿Habría? ¿Se efectuarían nuevas pesquisas?

Durante ocho días, la Prensa no se había ocupado más que del punzón encontrado en el portal del hotel Duvillard. Todos los reporteros de París visitaron la fábrica Grandidier, interrogando a los obreros y al patrón, reprodujeron dibujos. Algunos llegaron incluso a realizar unas pesquisas personales, para echar mano ellos mismos al culpable. Se burlaban de la impotencia de los policías, y se había desencadenado una verdadera pasión por aquella caza del hombre. Los periódicos estaban rebosantes de las fantasías más absurdas, en un acrecentamiento de terror, porque se anunciaban nuevas bombas, y París iba a volar seguramente un buen día. «La Voz del Pueblo» inventaba a diario una nueva truculencia, cartas amenazadoras, pasquines incendiarios, vastas conspiraciones tenebrosas. Y jamás contagio tan necio y tan bajo había llevado la demencia a través de una ciudad.

Desde su despertar, Guillermo esperaba, pues, febrilmente los

periódicos, temblando cada vez ante la idea de enterarse de la detención de Salvat. La violenta campaña que en ellos se hacía, las necedades y las ferocidades que allí encontraba, le ponían fuera de sí, en su espera excitada. Habían detenido a varios sospechosos, al azar de la redada: toda la turba tachada de anarquista, honrados obreros y bandidos, fanáticos y vagos, la más extraordinaria mezcolanza, que el juez de instrucción Amadiou se esforzaba en transformar en una vasta asociación de malhechores. Y Guillermo una mañana leyó incluso su nombre, citado a propósito de un registro en casa de un periodista revolucionario de gran talento, de quien era amigo. Su corazón palpitaba de indignación. ¿Pero no era prudente esperar todavía, oculto en aquel tranquilo retiro de Neuilly, puesto que, de un momento a otro, la policía podía invadir la casita de Montmartre y detenerle allí, si le encontraba?

En aquella sorda angustia continua, los dos hermanos, cuidadosamente encerrados, hacía la vida más solitaria y apacible. El mismo Pedro procuraba no salir; se pasaba allí los días. Estaban al principio de marzo; una primavera precoz prestaba al jardincito un encanto juvenil, de una tibieza deliciosa. Pero Guillermo, desde que había abandonado el lecho, se había instalado sobre todo en el antiguo laboratorio de su padre, transformado en amplio gabinete de trabajo. Todos los papeles, todos los libros del ilustre químico estaban allí aún, y el hijo acababa de descubrir en ellos unos estudios comenzados, toda una lectura apasionante que le retenía desde por la mañana hasta por la noche. Sin él saberlo, gracias a aquel trabajo soportaba pacientemente su reclusión voluntaria. Sentado al otro lado de la gran mesa, Pedro leía también la mayoría de tiempo; ¡pero qué de veces sus ojos se alzaban del libro y se perdían en el ensueño sombrío, en la nada, donde volvía siempre a abismarse! Los dos hermanos permanecían así, jun-

tos, durante horas y horas, sin pronunciar una palabra, embobados, hundidos en el silencio. Y sin embargo se sentían juntos, lo notaban enternecidos; tenían la feliz y confiada seguridad de estarlo. A veces, sus miradas chocaban, una sonrisa y no sentían la necesidad de decirse de otro modo hasta qué punto habían vuelto a quererse. Era el ardiente cariño de antaño el que renacía en ellos, y toda aquella casa de su infancia, y su padre y su madre, a quienes sentían revivir en el aire tan encalmado que respiraban. El ventanal daba al jardín, hacia París, y no salían de sus lecturas, de sus largos ensueños, bruscamente inquietados a veces, más que para prestar atención al lejano zumbido, al clamor más fuerte de la gran ciudad.

A veces, también, se interrumpían, sorprendidos de oír un paso continuo sobre sus cabezas. Era Nicolás Barthès, perdido allí, en la habitación de arriba, desde que Teófilo Morin le había traído, la noche del atentado, pidiendo asilo. No bajaba de allí nunca, apenas si se aventuraba por el jardín, por miedo, según decía, de que le viesan y le reconociesen desde alguna casa lejana, cuyas ventanas tapaba un grupo de árboles. Aquella obsesión por la policía podía hacer sonreír, tratándose del viejo conspirador. Sus pasos, allí arriba, de león enjaulado; aquel insistente paseo del eterno encarcelado, que había pasado las dos terceras partes de su vida en el fondo de todos los calabozos de Francia, por la libertad de los demás, no dejaba por ello de añadir, en la casita silenciosa, una melancolía enternecedora, el ritmo mismo de todo cuanto se esperaba de bueno y de grande, de todo lo que no llegaría, sin duda, jamás.

Eran raras las visitas que sacaban a los dos hermanos de su soledad. Desde que la herida de Guillermo se cicatrizaba, Bertheroy venía con menos frecuencia. El más asiduo seguía

siendo Teófilo Morin, cuyo discreto campanillazo, cada dos días, resonaba por la noche, a la misma hora. Sentía por Barthès el culto que se siente por un mártir, aunque no compartiese sus ideas. Subía a pasar una hora con él, y, sin duda, tanto el uno como el otro, hablaban poco, pues no se oía ningún ruido en la habitación. Cuando se sentaba un instante en el laboratorio con los dos hermanos, a Pedro le impresionaba su aire de gran lasitud, su pelo y su barba de un gris ceniciento, su rostro apagado, consumido por la enseñanza. Y sólo veía encenderse como brasas sus ojos resignados cuando le hablaba de Italia. Un día que nombró a Orlando Prada, el gran patriota, su compañero de triunfo en la legendaria expedición de los Mil, se quedó asombrado de la brusca llamarada de entusiasmo, que iluminó su rostro muerto. Éstos no eran más que relámpagos pasajeros, pues el viejo profesor reaparecía enseguida; y entonces no se veía en él más que al compatriota y al amigo de Proudhon, discípulo fiel más tarde de Augusto Comte. De Proudhon le quedaba la rebeldía del pobre contra el rico, la necesidad de un reparto equitativo de la fortuna.

Pero los tiempos nuevos le asustaban, y no podía ir, por doctrina y por temperamento, hasta el final de los medios revolucionarios. Comte le había proporcionado luego certezas inquebrantables en el orden intelectual —y él se atenía al lógico, al claro y decisivo método del positivismo, jerarquizando todos los conocimientos, rechazando las inútiles hipótesis metafísicas, convencido de que sólo por la ciencia se resolvería el problema humano, social y religioso—. Ahora bien, en su modestia y en su resignación, aquella fe sólida no dejaba de poseer cierta secreta amargura, ya que nada parecía marchar racionalmente a su fin. El propio Comte había acabado en el más embrollado de los misticismos; los grandes sabios estaban aterrados ante la verdad; los bárbaros, en fin, amena-

zaban el mundo con una noche nueva, lo cual le hacía ser casi reaccionario en política, resignado por adelantado a la llegada del dictador que volvería a poner un poco de orden, para que la humanidad acabase de instruirse.

Los otros visitantes eran, a veces, Bache y Janzen, que llegaban siempre juntos, y sólo de noche. Se entretenían algunas noches, en el amplio gabinete de trabajo, conversando con Guillermo hasta las dos de la madrugada. Bache, sobre todo, gordo y paternal, con sus ojillos cariñosos medio ocultos entre la nieve de los cabellos y de la gran barba, hablaba de una manera lenta, untuosa, interminable en cuanto exponía sus ideas. No hacía más que referirse cortésmente a Saint-Simon, el iniciador, que había sido el primero en formular la ley de la necesidad del trabajo: a cada cual según sus obras... Pero cuando llegaba a Fourier, su voz se enternecía y exponía toda su religión. Éste era el verdadero Mesías esperado de los tiempos modernos, el Salvador cuyo genio había echado la buena semilla del mundo futuro, reglamentando la sociedad de mañana, tal como se organizaría seguramente. La ley de armonía era promulgada; las pasiones, libertadas al fin y sanamente utilizadas, iban a ser los engranajes; el trabajo, que se había logrado hacer atractivo, se convertía en la función misma de la vida. Nada le desanimaba; con que un pueblecillo empezase a convertirse en falansterio, la provincia entera iría detrás enseguida, y luego las provincias vecinas, y luego toda Francia. Aceptaba hasta la obra de Cabet, cuya «Icaria» no era nada trivial. Recordaba la moción que había presentado en 1871, cuando tenía asiento en la Comuna, para que las ideas de Fourier fuesen aplicadas en la República Francesa, y parecía convencido de que las tropas de Versalles, al ahogar en sangre la idea comunalista, había retrasado en medio siglo el triunfo del comunismo. Ahora, cuando volvía a hablarse de

las mesas giratorias, fingía reírse, lo cual no le impedía seguir siendo en el fondo un espiritista impenitente. Desde que era concejal, flotaba de una secta socialista a otra, según éstas se aproximaban más o menos a su antigua fe. Y él estaba retratado por entero en aquella necesidad de fe, en aquel tormento de lo divino, que, después de haberle hecho arrojar a Dios de las iglesias, se lo hacía hallar de nuevo en la pata de un mueble.

Janzen, por su parte, era tan mudo como charlatán su amigo Bache. No pronunciaba más que frases breves, pero que azotaban como látigos y cortaban como sables. Sus ideas, sus teorías aparecían un poco oscuras, tanto más cuanto que su dificultad para expresarse en francés alejaba lo que él decía en una especie de bruma. Era de allá lejos, de muy lejos, ruso, polaco, austriaco, alemán quizá; no se sabía con exactitud; en todo caso, un sin patria, que paseaba por encima de las fronteras su sueño de fraternidad sangrienta. Cuando, fríamente, sin un gesto, con su cara de Cristo pálido y rubio, dejaba caer una de aquellas frases terribles, que lo dejaba todo en claro, como un guadañazo en un prado, sólo se deducía de ello la necesidad de arrasar así los pueblos para sembrar de nuevo la tierra con un pueblo joven y mejor. A cada opinión de Bache, el trabajo hecho grato por medio de reglamentos de policía, el falansterio organizado como un cuartel, la religión restaurada en un deísmo panteísta o espiritista, él se alzaba de hombros levemente. ¿Para qué semejantes niñerías, semejantes arreglos hipócritas, cuando la casa se hundía y la única determinación honrada era tirarla, para reconstruir totalmente, con materiales nuevos, la sólida casa de mañana? Acerca de la propaganda activa por medio de bombas, se callaba y tenía un simple gesto de esperanza infinita. Aprobaba aquello, evidentemente. En lo desconocido de su pasado, la leyenda, que ha-

cía de l uno de los autores del atentado de Barcelona, ponía una aureola de gloria espantosa. Un día que Bache, al hablarle de su amigo Bergaz, aquel supuesto zurupeto, comprometido ya en un asunto de robo, le había tachado claramente de bandido, se había él contentado con sonreír, diciendo, con su aire tranquilo, que el robo no era más que una restitución forzosa. Y en aquel hombre culto, refinado, cuya vida misteriosa ocultaba quizá crímenes, pero ni un solo acto de baja falta de probidad, percibíase un teórico implacable, terco, resuelto a prender fuego al mundo por el triunfo de su idea.

Algunas noches, cuando Teófilo Morin se encontraba con Bache y con Janzen, y los tres y Guillermo se entretenían hablando hasta muy avanzada la noche, Pedro los escuchaba desesperadamente, desde el rincón oscuro, donde permanecía inmóvil, sin tomar parte nunca en las discusiones. Se había apasionado las primeras veces, como hombre que, dolorido por sus negaciones, trastornado por su ansia de verdad, pensaba en hacer el balance de las ideas del siglo, en estudiar todas las que se habían expresado, para intentar obtener de ellas el camino recorrido, el beneficio adquirido. Pero, desde los primeros pasos, oyéndoles a los cuatro discutir sin posible acuerdo, se había desanimado, angustiado de nuevo. Después de los fracasos de sus investigaciones en Lourdes, en Roma, en aquella tercera experiencia que intentaba hacer con París, comprendía muy bien que era el cerebro entero del siglo el que estaba en juego, las verdades nuevas, el evangelio esperado, cuya predicación iba a cambiar la faz del mundo. E impulsado por un celo excesivo, pasaba de una creencia a otra, rechazando ésta para aceptar una tercera. Al principio, se había sentido positivista con Teófilo Morin, evolucionista y determinista con su hermano Guillermo; después le había enternecido el comunismo humanitario de Bache, por su sueño

fraternal de una próxima edad de oro. Incluso Janzen le había conmovido en un momento dado; Janzen, tan convencido, de un orgullo tan indómito, con su sueño teórico del individualismo libertario. Luego había perdido pie viendo tan sólo las contradicciones, las incoherencias caóticas de la humanidad en marcha. No era más que un amontonamiento continuo de escorias, en el que se perdía. Aun habiendo salido de Saint-Simon, Fourier le negaba en parte; y si la doctrina de aquél se inmovilizaba en una especie de sensualismo místico, la doctrina de este último parecía acabar en un código de reclutamiento inaceptable. Proudhon derruía sin construir nada. Comte, que creaba el método y colocaba la ciencia en su lugar, declarándola soberana única, no sospechaba siquiera la crisis social, cuyo oleaje amenazaba con arrastrarlo todo, y acababa en iluminado de amor, vencido por la mujer. Y aquellos dos también entablaban la lucha, peleaban contra los otros dos, hasta un punto tal de conflicto y ceguera general, que las verdades aportadas por ellos mismos en común quedaban oscurecidas, desfiguradas, irreconocibles. Y de ahí el extraordinario embrollo de la hora presente, Bache con Saint-Simon y Fourier, Teófilo Morin con Proudhon y Comte, sin comprender en absoluto a Mège, el diputado colectivista, execrándole, fulminándole, a él y al colectivismo estatal, como fulminaban, por otra parte, a todas las sectas socialistas, sin darse bien cuenta de que habían surgido, sin embargo de sus maestros. Lo cual parecía dar la razón al terrible y frío Janzen, cuando afirmaba que la casa no tenía arreglo, que se venía abajo en la podredumbre y en la demencia, y que había que tirarla.

Una noche, después de marcharse los tres visitantes, Pedro, que se había quedado con Guillermo, le vio ensombrecerse y andar con pasos lentos. Acababa él, sin duda, de sentir el de-

rumbaramiento de todo. Y siguió hablando, sin darse cuenta siquiera de que sólo le escuchaba su hermano. Declaró su horror por el Estado colectivista de Mège, el Estado dictador, restableciendo, con mayor rigidez, la antigua esclavitud. Todas las sectas socialistas, que se destrozaban mutuamente, pecaban por la arbitraria organización del trabajo, esclavizaban al individuo en beneficio de la comunidad. Por esto, obligado a armonizar las dos grandes corrientes, los derechos de la sociedad y los derechos individuales, había él acabado por poner toda su fe en el comunismo libertario, aquella anarquía en la que soñaba al individuo libre, evolucionando, desarrollándose sin traba ninguna, por su bien y por el bien de todos. ¿No era aquélla la única teoría científica, las unidades creando los mundos, los átomos formando la vida por la atracción, el ardiente y libre amor? Las minorías opresoras desaparecían; sólo quedaba el libre juego de las facultades y de las energías de cada cual, llegando a la armonía en el equilibrio siempre cambiante, conforme a las necesidades, de las fuerzas activas de la humanidad en marcha. Imaginaba así un pueblo salvado de la tutela del Estado, sin amo, casi sin ley; un pueblo feliz en el que cada ciudadano, habiendo adquirido por la libertad el completo desenvolvimiento de su ser, se entendía a su antojo con sus vecinos para las mil necesidades de la existencia; y de allí nacía la sociedad, la asociación libremente consentida, centenares de asociaciones diversas, regulando la vida social, siempre variable por lo demás, opuestas, hostiles incluso; porque el progreso se componía tan sólo de conflictos y de luchas; el mundo no se había creado más que por el combate de las fuerzas contrarias. Y llegaba todo: se acababan los opresores, no había ya ricos y pobres, venía el dominio común de la tierra, con sus instrumentos de trabajo y sus tesoros naturales, devuelto al pueblo, su legítimo propietario, que sabría gozar de él justamente, lógi-

camente, cuando nada anormal coartase ya su expansión. Entonces, solamente la ley de amor actuaría; veríase la solidaridad humana, que es, entre los hombres, la forma viva de la atracción universal, adquirir toda su potencia, acercarlos, unirles en una estrecha familia. Hermoso sueño, sueño nobilísimo y muy puro de la libertad total, del hombre libre en la sociedad libre, al que debía llegar un espíritu superior de sabio, después de haber recorrido las otras sectas socialistas, manchadas todas de tiranía. El sueño anárquico es seguramente el más elevada, el más alto. ¡Y qué dulzura la de abandonarse a la esperanza de aquella armonía de la vida que, por sí misma, entregada a sus fuerzas naturales, crearía la felicidad!

Cuando Guillermo enmudeció, pareció salir de un sueño y miró a Pedro con cierta confusión, con el temor de haber ido demasiado lejos en sus palabras, de haberle ofendido. Pedro, emocionado, conquistado un instante, acababa de sentir alzarse en él la objeción práctica, terrible, destructora de toda esperanza. ¿Por qué la armonía no se había realizado en los primeros días del mundo, al nacer las sociedades? ¿Cómo había triunfado la tiranía, entregando los pueblos a los opresores? Y si se llevaba a efecto alguna vez aquel problema insoluble de destruirlo todo, de recomenzarlo todo, ¿quién podía asegurar que la humanidad, obedeciendo a las mismas leyes, no volvería a pasar por los mismos caminos? Era ella, en suma, hoy, lo que la vida la había hechos, y nada probaba que la vida la volviese a hacer lo que era. Recomenzar, ¡ah, sí!; ¡pero para otra cosa! ¿Y esta otra cosa estaba realmente en el hombre? ¿No era el hombre mismo el que hubiera sido necesario cambiar? ¡Sí, volver a partir de donde se estaba para continuar la evolución empezada! ¡Qué lentitud y qué espera! ¡Pero qué peligro, qué retraso incluso, si se volvía

hacia atrás, sin saber por qué camino se recuperaría de nuevo el tiempo perdido, en medio del caos de los escombros!

—Acostémonos —dijo Guillermo sonriendo—. ¡Qué tonto soy, cansándote con todas estas cosas que no te importan!

Pedro iba a apasionarse, a abrir su corazón, a mostrar los espantosos combates que en él tenían lugar. Pero le contuvo un nuevo pudor: su hermano no conocía de él más que el engaño del sacerdote creyente, fiel a su fe. Y sin responder, se fue a su habitación.

La noche siguiente, alrededor de las diez, Guillermo y Pedro leían en el gran gabinete de trabajo, cuando Janzen se hizo anunciar, acompañado de un amigo, por la vieja sirvienta. Aquel amigo era Salvat.

—Ha querido verle a usted —explicó Janzen a Guillermo—. Le he encontrado y me ha rogado que le trajese aquí, al enterarse de su herida y de su inquietud... No es nada prudente.

Guillermo, sorprendido, se había levantado, con la emoción que le causaba un paso semejante, mientras que Pedro, trastornado por la entrada de aquel hombre, le miraba, sin moverse de su silla.

—Señor Froment —acabó por decir Salvat, de pie, tímido confuso—, he sentido mucha pena al enterarme del jaleo en que le he metido, porque no olvidaré nunca que fue usted bueno conmigo un día en que todo el mundo me abandonaba.

Se balanceaba sobre una pierna, cambiando su viejo sombrero de una mano a otra.

—Por eso he querido venir a decirle personalmente que, si le robé un cartucho de esa pólvora suya, una noche, aprovechando un descuido suyo, eso es lo único que me produce un verdadero remordimiento en este asunto, puesto que puede comprometerle...

Y quiero también jurarle que no tiene usted nada que temer de mí, que me dejaré cortar el cuello veinte veces antes que pronunciar su nombre... Esto es todo lo que me pesaba en el corazón.

Volvió a caer en su silencio embarazoso, mientras que sus ojos bondadosos de perro fiel, sus ojos ensoñadores y afectuosos seguían fijos en Guillermo, con un aire de adoración respetuosa.

Y Pedro no dejaba de mirarle, a través de la execrable visión que su entrada acababa de evocar en él, la de la infeliz oficialilla, la niña rubia y bonita, tendida allá lejos, con el vientre abierto, en el portal de hotel Duvillard. Aquel loco, aquel asesino ¿era posible que estuviera allí con los ojos humedecidos? Guillermo, conmovido, se había acercado para estrechar la mano de aquel hombre.

—Sé muy bien que no es usted malo, Salvat. ¡Pero qué cosa más tonta y abominable ha hecho usted, hijo mío!

Dulcemente, sin enfadarse, Salvat sonrió.

—¡Oh, señor Froment! Si hubiese ocasión de repetirla, la repetiría. Tengo esas ideas, ¿sabe usted? Y, aparte de lo de usted, le repito que todo va bien y que estoy satisfecho.

No quiso sentarse; habló de pie un instante más con Guillermo, mientras Janzen, como si se desinteresase de aquello, desaprobando semejante visita, inútil y peligrosa, se sentó para hojear un libro de grabados. Guillermo sonsacó a Salvat acerca de lo que había hecho el día del atentado, su carrera errabunda, angustiada, de perro acosado, a través de París; la bomba paseada por todas partes, metida primero en su saco de herramientas y luego de su bolsillo, y el hotel Duvillard, cuya puerta cochera estaba cerrada, y la Cámara, cuyos ujieres le habían negado el paso, y el Circo, donde había pensado

en hacer una hecatombe de burgueses, y el hotel Duvillard, donde había venido a parar otra vez, como atraído por la fuerza misma del destino. Su saco de herramientas dormía en el fondo del Sena; lo había arrojado allí con un odio brusco al trabajo, que no lograba siquiera alimentarle a él y a los suyos, quedándose únicamente con la bomba para tener las manos más libres. Luego contó su huida, la explosión formidable que conmovió detrás de él al barrio, su alegría y su sorpresa de encontrarse más lejos, por calles tranquilas, donde ignoraban todo aún. Y desde hacía un mes vivía al azar, sin saber ni dónde ni cómo, durmiendo con frecuencia al raso, no comiendo todos los días. Una noche, Víctor Mathis le había dado un franco. Otros camaradas le ayudaban, dándole asilo una noche, haciéndole huir al menor peligro. Toda una complicidad tácita le había, hasta entonces, salvado de la policía. ¿Huir al extranjero? Hubo un momento en que lo pensó; pero su filiación debía estar en todos sitios; le acechaban en la frontera, ¿no era entonces apresurar su detención? París era el océano, en ninguna parte corría menos peligro. Además, no tenía ya ni voluntad ni energía para huir, fatalista a su manera, sin fuerzas para abandonar el suelo parisino, esperando que le detuviesen allí, en el último estado de paria social, desamparado, bamboleado por la multitud, en el sueño despierto que le arrastraba.

—¿Y su hija, su pequeña Celina? —preguntó Guillermo—, ¿se ha arriesgado usted a volver a verla?

Salvat hizo un gesto vago.

—No, ¿qué quiere usted? Está con mamá Teodora. Las mujeres siempre encuentran algo. Y, además, ¿qué? Estoy acabado, no puedo hacer ya nada por nadie. Es como si hubiera muerto.

Se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¡Ah, la pobre criatura! La he besado con toda mi alma antes de marcharme. Sin ella y sin la mujer que veía yo morir de hambre puede que no se me hubiera ocurrido nunca hacer eso.

Luego afirmó con toda tranquilidad que estaba dispuesto a morir. Si había acabado por colocar la bomba en casa del banquero Duvillard, fue porque le conocía perfectamente, porque sabía que era el más rico de aquellos burgueses, cuyos padres habían engañado al pueblo, en la Revolución, acaparando para ellos todo el dinero, que se obstinaban, actualmente, en conservar, sin querer devolver ni siquiera las migajas. Él entendía la Revolución a su manera, como hombre inculto que había aprendido en los periódicos y en las reuniones públicas. Y hablaba de su honradez golpeándose el pecho y, sobre todo, no consentía que se dudase de su valor porque había huido.

—No he robado nunca a nadie, y si no voy a entregarme a los esbirros, es porque ellos pueden muy bien tomarse el trabajo de encontrarme y de detenerme. Mi asunto está claro, ya lo sé, desde que tienen ese punzón y me conocen. Lo cual no obsta para que fuese imbécil darles hecho el trabajo. Pero si no es mañana, que sea entonces pasado, porque empiezo ya a hartarme de estar acorralado como una bestia y de no saber ya cómo vivo.

Sintiendo curiosidad, Janzen había dejado de hojear el libro para mirarle. Un leve desdén sonreía en el fondo de sus ojos. Dijo, con un francés vacilante:

—Se pelea y se defiende uno, se mata a los demás y procura uno que no le maten. Es la guerra.

Aquella observación cayó en un largo silencio. Salvat no pareció haberla oído y balbuceó su fe en una frase llena de

grandes palabras: el sacrificio de su existencia para que la miseria cesase al fin; el ejemplo de un acto resonante, realizado con la certeza de que otros héroes nacerían de él para proseguir la lucha. Y en aquella fe muy sincera, en su fanatismo de redentor, entraba también el orgullo del mártir, la alegría de ser uno de los santos deslumbrados y adorados de la naciente Iglesia revolucionaria.

Y se fue como había venido. Pareció como si la noche que le había traído le condujese otra vez a lo desconocido. Y sólo entonces se levantó Pedro, abrió de par en par el ventanal del gabinete, sofocado, con una brusca necesidad de aire. La noche de marzo era muy templada, una noche sin luna, en la cual no se oía más que el clamor agonizante de París, invisible allá lejos, en el horizonte.

Siguiendo su costumbre, Guillermo se había puesto a pasear despacio por la habitación. Luego habló, olvidándose de nuevo que se dirigía a aquel sacerdote que era su hermano.

—¡Ah, pobre hombre! ¡Cómo se comprende su acto de violencia y de esperanza! Todo su pasado, de inútil trabajo, de miseria cada vez mayor, está ahí para explicarlo. Además, hay un contagio de la idea, las reuniones públicas donde se emborrachan de palabras, los conciliábulos entre compañeros, en los cuales la fe se afirma y el espíritu se exalta... Éste es un hombre que creo conocer bien, sin discusión. Es buen obrero, valiente. La injusticia le ha exasperado siempre. Poco a poco, el deseo de la felicidad de todos le ha sacado de la realidad, que ha terminado por causarle horror. ¿Y cómo se quiere que no viva en el sueño, un sueño de rescate, que degenera en el homicidio?... Le contemplaba yo ahí, delante de mí, y me parecía ver uno de los primeros esclavos cristianos de la antigua Roma. Toda la iniquidad de la vieja sociedad pagana, agonizante bajo la podredumbre de la orgía y del di-

nero, pesaba sobre su espalda, le aplastaba. Volvía de las catacumbas, había balbuceado palabras de liberación y de redención, con míseros hermanos, en medio de las tinieblas. Y la sed del martirio le abrasaba, escupía a la cara de los Césares, insultaba a los dioses, para que la Era de Jesús viniese a abolir la esclavitud. Y estaba dispuesto a morir bajo los colmillos de las fieras.

Pedro no respondió enseguida. La propaganda secreta, la fe militante de los anarquistas le habían conmovido, en su semejanza con las de los sectarios cristianos del principio. Aquéllos, siguiendo el ejemplo de éstos, se lanzan a una nueva esperanza para que se haga justicia, al fin, a los humildes. El paganismo desaparece por cansancio de la carne, por necesidad de otra cosa, de una fe cándida y superior. Era la esperanza juvenil, llegando históricamente a su hora; aquel sueño del paraíso cristiano, abriendo paso a la otra vida con sus compensaciones. Hoy día, que dieciocho siglos han agotado esa esperanza, que está realizada la experiencia, el eterno esclavo engañado, el obrero, tiene el nuevo sueño de restablecer la felicidad en la tierra, puesto que la ciencia le prueba cada día más que la felicidad en el más allá es una falacia. ¡Que haya una ilusión más, pero que sea renovada, rejuvenecida y viva, en el sentido de la verdad conquistada! No hay en eso más que la eterna lucha entre el pobre y el rico, la eterna cuestión de más justicia y de menos sufrimiento. Y la conspiración de los miserables es la misma, idéntica asociación, igual exaltación mística, la misma locura del ejemplo a dar y de la sangre a derramar.

—Pero —dijo al fin Pedro— tú no puedes estar de parte de esos bandidos, de esos asesinos, cuya violencia salvaje me da horror. Ayer te dejé hablar; soñabas con un pueblo tan grande, tan feliz, esa anarquía ideal, en la que cada ser sería libre

en la libertad de todos los seres. Pero ¡qué abominación, qué protesta de la razón y del corazón, cuando de la teoría se desciende a la propaganda, a la realización práctica! Si tú eres el cerebro que piensa, ¿cuál es entonces la execrable mano que ejecuta, para que mate así niños, derribe puertas y vacíe cajones? ¿Es que aceptar esa responsabilidad, es que el hombre que eres, tu educación, tu cultura, todo el atavismo social que tienes detrás de ti, no se rebela ante la idea de robar y matar?

Guillermo se detuvo en seco, estremecido, ante su hermano.

—¡Robar, matar; no, no! ¡No quiero! Pero hay que decirlo todo: fijar bien la historia de la hora mala que atravesamos. Es una demencia desencadenada, y la verdad es que se hace lo necesario para provocarla. Ante los primeros actos, inocentes aún, de los anarquistas, la represión ha sido tan dura, la Policía ha maltratado tan brutalmente a los pocos pobres diablitos caídos en sus manos, que ha surgido poco a poco toda una cólera, hasta llegar a las horribles represalias. Piensa, pues, en los pobres golpeados, encarcelados, en las madres y en los hijos muriéndose de hambre en la calle, en los vengadores enloquecidos que deja detrás de sí cada anarquista que muere en la guillotina. El terror burgués ha producido el salvajismo anarquista. Y, además, mira: ¿sabes de qué se compone el crimen de un Salvat? De nuestros siglos de imprudencia y de iniquidad, de todo lo que han sufrido los pueblos, de todos los chancros actuales que nos consumen, la impaciencia del goce, el desprecio hacia el débil, el monstruoso espectáculo que ofrece nuestra sociedad en descomposición.

Había vuelto a pasear lentamente por la habitación y prosiguió como si reflexionase en voz alta:

—¡Ah! Para llegar a esto, ¡qué de reflexiones, qué de combates! Yo no era más que un positivista, un sabio entregado por completo a la observación y a la experiencia, que no aceptaba

nada fuera del hecho comprobado. Científicamente, socialmente, admitía yo la evolución simple y lenta, engendrando a la Humanidad como el propio ser humano es engendrado. Y entonces ha sido cuando, en la historia del Globo y luego en la de las sociedades, he tenido que hacer sitio al volcán, al brusco cataclismo, a la brusca erupción, que ha marcado cada fase geológica, cada período histórico. Se llega así a comprobar que nunca se ha dado un paso ni se ha realizado un progreso sin la ayuda de espantosas catástrofes. Toda marcha hacia adelante ha sacrificado miles de millones de existencias. Nuestra rígida justicia se rebela, llamamos a la naturaleza madre atroz; pero aunque no disculpemos al volcán, es preciso realmente soportarlo como sabios prevenidos cuando estalla. Y además, ¡ah!, soy quizá un soñador como los otros, tengo mis ideas.

Y con un amplio ademán confesó que era un soñador social, junto al sabio escrupuloso, muy metódico, muy modesto ante los fenómenos. Su esfuerzo constante consistía en referirlo todo a la ciencia, y sentía un gran dolor por no poder comprobar científicamente, en la naturaleza, la igualdad ni siquiera la justicia, cuya necesidad le obsesionaba, socialmente. Aquella era su desesperación: no lograr poner de acuerdo su lógica de hombre de ciencia y su amor de apóstol quimérico. En aquella dualidad, la alta razón hacía su labor aparte, mientras que el corazón de niño soñaba con la felicidad universal, con la fraternidad entre los pueblos, todos felices, acabadas las iniquidades y la guerra, siendo el amor el único dueño del mundo.

Pero Pedro, que había permanecido junto al ventanal, con los ojos fijos en la noche, hacia París, de donde ascendían los últimos ruidos de la ruda jornada, sentíase invadido por la oleada desbordante de su duda y de su desesperación. Era

demasiado aquel hermano que había caído en su casa con sus creencias de sabio y de apóstol; aquellos hombres que venían a discutir desde todos los confines del pensamiento contemporáneo; aquel Salvat, en fin, que traía la exasperación de su acto de loco. Y él, que los había escuchado a todos, mudo hasta entonces, sin un gesto, que se había ocultado de su hermano, refugiado en su mentira altiva de buen sacerdote, sintió bruscamente su corazón sublevado por tal amargura, que no pudo seguir mintiendo. Y se le escapó su secreto en una avalancha de cólera y de dolor.

—¡Ah, hermano! Si tú tienes tu sueño, yo tengo mi llaga en el costado, que me ha consumido, dejándome vacío... Tu anarquía, tu sueño de justa felicidad, por el que trabaja Salvat a fuerza de bombas, es la locura final que va a barrerlo todo. ¿Cómo no lo ves? El siglo termina entre escombros; hace ya más de un mes que os oigo decir que Fourier ha aniquilado a Saint-Simon, Proudhon y Comte a Fourier. Todos amontonan las contradicciones y las incoherencias: no dejan más que un caos, entre el cual no se atreve uno a hacer una criba. Pululan las sectas socialistas; las más razonables llevan a la dictadura; las otras no son más que ensueños peligrosos. Y no hay ya, al final de semejante tempestad de ideas, más que tu anarquía, los atentados, que se encargan de acabar con el viejo mundo, reduciéndole a polvo... ¡Ah! Preveía y esperaba yo esta catástrofe postrera, este ramalazo de locura fratricida, la inevitable lucha de clases, en que nuestra civilización debía hundirse. Todo lo anunciaba: la miseria de abajo, el egoísmo de arriba, los crujidos de la vieja casa humana, a punto de desplomarse bajo el peso de demasiados crímenes y de demasiado dolor. Cuando fui a Lourdes lo hice por ver si el Dios de los simples de espíritu haría el milagro esperado, devolvería la fe de las primeras edades al pueblo levantado por haber

sufrido tanto. Y cuando fui a Roma, lo hice con la ingenua esperanza de encontrar allí la religión nueva, necesaria para nuestras democracias, la que podrá únicamente pacificar el mundo, trayéndole de nuevo a la fraternidad de la edad de oro. ¡Qué estupidez la mía! Aquí y allá no he hecho más que tocar el fondo de la nada. Donde había yo soñado con tal ardor la salvación de los demás, sólo conseguí perderme yo mismo, como un barco que se va a pique y del que no se encontrará nunca ni un resto. Un lazo me unía aún a los hombres: la caridad, las heridas vendadas, aliviadas y curadas quizá a la larga; y esta última amarra ha quedado cortada; la caridad inútil e irrisoria ha desaparecido ante la elevada y soberana justicia que se impone, que nadie puede ya retrasar en este momento. Se acabó; no soy más que ceniza, un sepulcro vacío en mi abominable desesperación interior. ¡Ya no creo en nada, en nada, en nada!

Pedro se había erguido, con los ojos abiertos como para dejar caer de ellos el inmenso vacío de su corazón y de su cerebro. Y Guillermo, trastornado ante aquel huraño negador, ante aquel nihilista desesperado, que se revelaba a él, se acercó temblando a su hermano:

—¿Qué dices, hermano? ¡Tú, a quien yo creía tan firme, tan sereno en tu creencia! ¡Tú, el sacerdote admirable, el santo adorado por todos esos feligreses! ¡No quería yo ni siquiera discutir tu fe, y eres tú el que lo niegas todo, el que no crees en nada!

Pedro abrió de nuevo sus brazos en el vacío.

—No hay nada, he intentado saberlo todo, sin encontrar más que el abominable dolor de esa nada que me aplasta.

—¡Ah, Pedro, hermano; lo que debes sufrir! La religión es, pues, más agotadora que la ciencia, puesto que te ha destro-

zado hasta este punto, cuando yo sigo siendo un viejo loco lleno de quimeras.

Le cogió las dos manos y se las apretó, lleno de una compasión aterrada, frente a aquella figura de grandeza y de espanto, la del sacerdote incrédulo velando por la fe de los demás, realizando casta y honradamente su oficio, en la tristeza altiva de su mentira. ¡Y cómo debía pesar aquella mentira sobre su conciencia, para que él se confesase así, en semejante desastre de todo su ser! Nunca lo hubiera hecho, un mes antes, en la sequedad de su orgullosa soledad. Para hablar él era necesario ya que muchas cosas le hubiesen conmovido: su reconciliación con su hermano, las conversaciones que oía todas las noches, aquel drama terrible en que se encontraba mezclado, y las reflexiones sobre el trabajo en lucha contra la miseria, y la sorda esperanza que volvía a hacer brotar en su corazón la juventud intelectual de mañana. ¿Es que en el exceso mismo de su negación no se traslucía el estremecimiento de una fe nueva?

—¡No quiero que sufras, Pedro! Ya no me separaré de ti; voy a cuidarte. Porque te conozco mucho mejor que te conoces tú mismo. No has sufrido nunca más que de la lucha entre tu corazón y tu razón, y dejarás de sufrir el día en que se haga la paz entre ellos, en que ames lo que comprendas.

Y más bajo, con una ternura infinita:

—¿Ves? Nuestra pobre madre y nuestro pobre padre continúan su lucha dolorosa en ti. Tú eras demasiado joven y no has podido saber. ¡Yo les he conocido tan tristes! ¡Él, preocupado por ella, que le consideraba un condenado; ella, sufriendo por él, cuya religión le atormentaba! Cuando murió él, destrozado aquí mismo por una explosión, ella vio en este suceso un castigo de Dios, y él siguió siendo el espectro culpable vagando por la casa. Y, sin embargo, ¡qué hombre tan

honrado era él, qué bondadoso y gran corazón, qué trabajador apasionado por el deseo de la verdad, queriendo tan sólo el amor y la felicidad de todos!... Desde que pasamos las veladas aquí, siento que él vuelve, su sombra nos rodea, se ha despertado alrededor de nosotros, en nosotros; y también ella, la santa y dolorida mujer, renace, está aquí siempre, bañándonos con su ternura, llorando, obstinándose en no comprender... Son ellos quienes me han retenido aquí tanto tiempo quizá, y quienes en este momento todavía están presentes para poner así tus manos en las mías.

Pedro, en efecto, creyó sentir pasar, sobre él y sobre Guillermo, el hálito doble de vigilante atención, que este último evocaba. Y era todo el tiempo pasado, toda su juventud que reflorecía, lo que ellos gozaban deliciosamente desde que la catástrofe los había encerrado allí. La casita entera revivía los días de antaño, no había nada de una más exquisita dulzura, tan triste y tan estremecida de esperanza.

—¿Oyes, hermano? Será necesario que tú les reconcilies, porque sólo en ti pueden reconciliarse. Tú tienes la frente de él, de una solidez inexpugnable de torre, y tienes la boca de ella, sus ojos de irrealizable ternura. Intenta, pues, ponerlos de acuerdo, contentando algún día, conforme a tu razón, esa hambre eterna de amar, de darte y de vivir, que te duele no haber podido satisfacer. Tu miseria atroz no tiene otra causa. ¡Vuelve a la vida, ama, entrégate, sé un hombre!

Pedro tuvo un grito desconsolado.

—¡No, no! La muerte de la duda ha pesado en mí, secándolo todo, arrasándolo todo, y ya no puede revivir nada en este polvo frío. Es la impotencia total.

—Pero, en fin —repuso Guillermo, cuya fraternidad sangraba—, no puedes paralizarte en esa negación absoluta. Ningún

hombre se entrega a ella, y cada cual, hasta el espíritu más desengañado, tiene su rinconcito de quimera y de esperanza. Negar la caridad, negar la abnegación, el prodigio que puede esperarse del amor, ¡ah!, confieso que hasta ahí no llego. Y ahora que me has confesado tu llaga, ¡no poder decirte yo mi ensueño, la loca esperanza que me hace vivir! ¿Van a ser los sabios los últimos niños grandes soñadores, y no brotará la fe bien pronto más que en los laboratorios de los químicos?

Una extraordinaria emoción le agitaba: librábase un combate en su cabeza y en su corazón. Luego, cediendo a la inmensa compasión que le había invadido, vencido por su ardiente ternura hacia aquel hermano tan desgraciado, habló.

—¿Por qué no vas a saber tú esto? Mis propios hijos lo ignoran. Pero tú eres un hombre, eres mi hermano, y puesto que en ti ya no existe el sacerdote, es al hermano al que se lo confío. Esto hará que te quiera más aún y quizá ello te haga bien.

Y entonces le contó su invento, un nuevo explosivo, una pólvora de una potencia tan extraordinaria, que los efectos eran incalculables. Había encontrado el empleo de aquella pólvora en un artefacto de guerra, en un cañón especial lanzabombas, cuyo uso debía asegurar una victoria fulminante al ejército que la utilizase. El ejército enemigo quedaría destruido en unas horas; las ciudades, sitiadas, se derrumbarían en polvo al menor bombardeo. Durante largo tiempo había él buscado, dudado, repetido sus cálculos y sus experimentos; pero en aquel momento todo estaba dispuesto, la fórmula exacta de la pólvora, los planos del cañón y las bombas, una preciosa carpeta guardada en sitio seguro. Y él había decidido, después de varios meses de afanosas reflexiones, regalar su invento a Francia, a fin de asegurarle la victoria en su próxima guerra con Alemania. Sin embargo, no era hombre de un patriotismo estrecho; tenía, por el contrario, un concepto internacional

muy amplio de la futura civilización libertaria. Pero creía en la misión iniciadora de Francia; creía, sobre todo, en París, cerebro del mundo de hoy y de mañana, de donde debían partir toda ciencia y toda justicia. Ya la idea de libertad y de igualdad se había disipado, bajo el gran viento de la Revolución, y de su genio y de su valor era de donde iba a surgir la emancipación definitiva. Era necesario que París saliese victorioso para que el mundo se salvase.

Pedro había comprendido, gracias a la conferencia sobre los explosivos oída por él en casa de Bertheroy. Y la grandeza desmesurada de aquel proyecto, de aquel sueño, le conmovía, por el extraordinario destino que se abriría para París vencedor, en el resplandor fulgurante de los hombres. Pero también le emocionaba la nobleza que adquirirían para él las angustias de su hermano desde hacía un mes. Éste no había temblado más que ante el temor de ver su invento divulgado, a consecuencia del atentado de Salvat. La menor indiscreción podía comprometerlo todo, y aquel cartucho robado, que asombraba a los sabios, ¿no iba a revelar su secreto? Él quería escoger su hora, sentía la necesidad de actuar en el misterio cuando llegase el día. Y hasta entonces, el secreto dormiría en el fondo del escondrijo elegido, confiado a la custodia única de Abuela, que tenía sus instrucciones, que sabía lo que había que hacer, si él llegase a desaparecer en un brusco accidente. En ella confiaba como en su propio valor, y nadie llegaría hasta aquel secreto mientras ella permaneciese allí, en pie, guardiana muda y soberana.

—Y ahora —dijo por último Guillermo—, ya conoces mi esperanza y mi angustia; podrás ayudarme, suplirme, si no llegase yo al final de la tarea. ¡Ir hasta el final, ir hasta el final! Hay horas en que he dejado de ver claramente el camino, ¡desde que me he encerrado aquí, a reflexionar, a consumirme

de inquietud y de impaciencia! ¡Ese Salvat, ese miserable, cuyo crimen hemos cometido todos, y a quien acorralan como a una fiera! ¡Esta burguesía enloquecida, nunca harta, que va a dejarse aplastar por la caída de la vieja casa tambaleante antes que tolerar la menor reparación! ¡Esta prensa codiciosa, abominable, dura con los pequeños, injuriosa para los solitarios, especulando con las desdichas públicas, dispuesta a transmitir el contagio de la locura para aumentar su tirada! ¿Dónde están la verdad, la justicia, la mano lógica y salvadora que hay que armar con el rayo? París vencedor, París dueño de los pueblos, ¿será el justiciero, el salvador que se espera?... ¡Ah, la angustia de creerse el dueño de los destinos del mundo, y escoger y decidir!

Se había levantado, con el gran escalofrío que le sacudiría, la cólera y el temor de que tanta miseria humana impidiesen la realización de su sueño. Y en medio del pesado silencio que reinó entre ellos, resonó la casita sacudida por un paso regular y continuo.

—Sí, salvar a los hombres, amarles, querer que sean todos iguales y libres —murmuró Pedro con amargura—. ¡Mira! ¡Escucha ahí arriba, encima de nosotros, el paso de Barthès, que te responde, en el eterno calabozo, adonde le ha llevado su amor a la libertad!

Pero Guillermo se había dominado ya, y volvió a la carga, en el arrebató de su fe, y volvió a coger a su hermano entre sus dos brazos, amantes y salvadores, como hermano mayor que se daba por entero.

—¡No, no! Hago mal, blasfemo, quiero verte conmigo lleno de esperanza, lleno de certeza. Es preciso que trabajes, que ames, que renazcas a la vida. Sólo la vida te devolverá la paz y la salud.

Se le llenaron los ojos de lágrimas a Pedro, conmovido, agitado por aquel ardiente afecto.

—¡Ah, quisiera creerte, intentar mi curación! Un vago despertar se ha efectuado ya en mí realmente. ¡Pero revivir, no! No podré. El sacerdote que soy ha muerto, es un sepulcro vacío.

Le desgarró la voz un sollozo tal, que Guillermo, desatinado, se sintió también invadido por el llanto. Los dos hermanos, uno en brazos de otro, estrechamente unidos, lloraron sin fin, anegados sus corazones por una inmensa ternura, en aquella casa de su juventud, donde el padre y la madre volvían y vagaban, esperando que sus sombras queridas se reconciasen, fueran devueltas a la paz de la tierra. Y por el ventanal abierto de par en par entraba toda la negra dulzura del jardín, mientras que allá lejos, en el horizonte, París se había adormecido en lo ignoto de las tinieblas, bajo un gran cielo tranquilo, acribillado de estrellas.

LIBRO TERCERO

I

AQUEL miércoles de Cuaresma había una gran venta de caridad, en el Hotel Duvillard, en beneficio de la Obra de los Inválidos del Trabajo. Los salones de recepción del piso bajo, tres grandes salones Luis XVI, cuyas ventanas daban al patio cuadrado interior, desnudo y solemne, iban a ser entregados al tropel de los compradores, pues, según contaban, habían sido enviadas cinco mil invitaciones a todas las clases sociales parisinas. Y era un acontecimiento considerable, una manifestación aquel bombardeo, que invitaba así a penetrar a la multitud, con su gran puerta cochera abierta de par en par y el portal libre para los peatones. Decíase en voz muy baja, es verdad, que una nube de agentes de Policía custodiaban la calle Godot-de-Mauroy y las calles vecinas.

A Duvillard se le había ocurrido aquella idea triunfante, y su mujer, ante su voluntad formal, se había resignado a todo aquel barullo por la Obra que ella presidía con una distinción tan llena de indolencia. La víspera, «El Globo», por inspiración de su director, Fonsègue, administrador de la Obra, había publicado un bonito artículo anunciando la venta, haciendo resaltar lo que aquella iniciativa caritativa tomada por la baronesa, que daba su dinero, su tiempo y hasta su hotel, tenía de enterecedor, de generoso, después del abominable crimen que había estado a punto de reducir aquel hotel a es-

combros. ¿No era aquélla la magnánima respuesta de los de arriba a las pasiones execrables de los de abajo? ¡Y qué respuesta perentoria a los que acusaban a la burguesía capitalista de no hacer nada por los trabajadores, los heridos y los impotentes del salariado!

Las puertas de los salones debían abrirse a las dos, para no cerrarse hasta las siete, cinco horas enteras de venta. Y a mediodía aún, cuando no estaba terminado todo en el piso bajo, y unos obreros y unas mujeres acababan de decorar los mostradores, de clasificar los objetos, en el barullo último, se celebraba, como los demás días, en las habitaciones del primer piso, un almuerzo íntimo, al que estaban invitados algunos amigos. Lo que venía a colmar el trastorno de la casa era que aquella misma mañana Sanier había reanudado en «La Voz del Pueblo» su campaña de denuncias referente al asunto de los Ferrocarriles africanos. Preguntaba, con frases de una virulencia envenenada, si se pensaba divertir mucho tiempo al buen público con la historia de aquella bomba y de aquel anarquista, a quien la Policía no encontraba. Y aquella vez designaba abiertamente al ministro Barroux como habiendo cobrado una suma de doscientos mil francos y se comprometía a publicar próximamente los treinta y dos nombres de los diputados y de los senadores venales. Mège iba, pues, a reanudar seguramente su interpelación, que resultaba peligrosa con la excitación en que ponía a París el terror anarquista. Por otra parte, se decía que Vignon y su partido estaban decididos a hacer un esfuerzo considerable para aprovechar las circunstancias y derribar al Ministerio. Se anunciaba una crisis total, inevitable y temible. Afortunadamente, la Cámara no se reunía el miércoles, habiendo aplazado la sesión hasta el viernes, para festejar aquel jueves de Cuaresma. Tenían dos días para meditar.

Aquella mañana, Eva estaba más agradable y lánguida que de costumbre, un poco pálida, con una preocupación triste en el fondo de sus bellos ojos. Achacaba aquello al cansancio, realmente excesivo, que le habían causado los preparativos de la venta. Pero la verdad era que, desde hacía cinco días, Gerardo la huía con aire cohibido, después de haber esquivado toda cita nueva.

En el saloncito azul y plata, donde esperaba a sus invitados con su hija, Eva tuvo la primera decepción al ver entrar sólo al general de Bozonnet, a quien debía acompañar allí su sobrino Gerardo. Explicó que la señora de Quinsac se había levantado indispuesta y que Gerardo, como buen hijo, había querido quedarse acompañándola. Por otra parte, inmediatamente después del almuerzo, vendría a la venta. Mientras que su madre escuchaba, procurando ocultar su dolor, su temor de no poder abajo obligar a Gerardo a darle una explicación, Camila la miraba con sus ojos devoradores. Eva debió tener en aquel instante el instinto sordo de la desgracia, cuya amenaza la envolvía, porque miró a su hija a su vez, inquieta, palideciendo.

Luego fue la princesa Rosamunda de Harth la que hizo su entrada como un vendaval. Ella también era vendedora en el mostrador de la baronesa, que la quería por su turbulencia, por la alegría imprevista que la traía. Vestida de raso fuego, extravagante, con su cabeza rizada, su delgadez de muchacho, reía, contando un accidente que había estado a punto de partir en dos su coche. Y como el barón Duvillard y su hijo Jacinto llegaban de sus habitaciones siempre con retraso, se apoderó ella del joven y le regañó porque el día anterior le había esperado en vano hasta las diez, a pesar de su promesa de llevarla a un *cabaret* de Montmartre, donde ocurrían horrores, según decían. Con aire aburrido, Jacinto respondió que le habían

retenido unos amigos en una sesión de espiritismo, durante la cual el espíritu de Santa Teresa había acudido a recitar un soneto amoroso.

Llegaba Fonsègue con su mujer, una mujer alta y flaca, silenciosa, insignificante, que a él no le gustaba exhibir, pues iba a todas partes como soltero. Aquella vez había tenido que llevarla porque ella era dama consejera de la Obra, y él mismo asistía al almuerzo como administrador, interesado por la venta. Entró con su aire alegre habitual, petulante en su pequeña estatura, de hombre que seguía teniendo el pelo negro a los cincuenta años, llevando la levita con la soltura de un hombre de negocios con una misión espiritual, la buena fama de la República conservadora, cuyo órgano era «El Globo». Sus párpados, sin embargo, se movían inquietos para quien le conocía bien, y su primera mirada interrogó a Duvillard, ansioso sin duda de saber cómo soportaba éste el nuevo golpe de por la mañana. Cuando le vio muy tranquilo, soberbio y florido como de costumbre, bromeando con Rosamunda, él también se sintió sosegado, como jugador que no había perdido nunca, habiendo sabido siempre vencer a la suerte, hasta en las horas de traición. Y enseguida mostró la libertad de su espíritu, hablando de asuntos de administración con la baronesa.

—¿Ha visto usted, por fin, al señor abate Froment, para lo de ese viejo, ese Laveuve, que nos ha recomendado con tanto interés? Ya sabe usted que se han llenado todas las formalidades y que pueden llevarle, porque tenemos una cama desocupada desde hace tres días.

—Sí, ya lo sé; pero ignoro qué ha sido del abate Froment, pues hace más de un mes que no ha dado señales de vida. Y me he decidido a escribirle ayer, rogándole que viniese hoy a mi venta... Así, le daré esa buena noticia yo misma de viva voz.

—Precisamente para dejarla a usted esa alegría no le he avisado yo por conducto de la administración... Es un sacerdote encantador, ¿verdad?

—¡Oh, encantador! Le queremos mucho.

Duvillard intervino para decir que no esperasen a Dutheil, ya que había recibido un continental del joven diputado, a quien un repentino asunto retenía lejos de París. Fonsègue volvió a sentirse lleno de inquietud, y sus ojos interrogaron de nuevo al barón. Pero éste, que sonreía, quiso tranquilizarle, diciéndole a media voz:

—Nada grave. Un encargo mío, una respuesta que hasta dentro de un rato no podrá traerme.

Y luego, llevándole aparte:

—A propósito: no se olvide usted de publicar la nota que le he recomendado.

—¿Que nota? ¡Ah, sí! Esa velada en la que Silviana ha representado una obra en verso... Quería hablarle de ella. Me cohíbe un poco a causa de los elogios extraordinarios que contiene.

Tan lleno de serenidad hacía un rato, con su gran aire de conquista y de desdén, Duvillard palidecía ahora, lleno de ansiedad.

—¡Pues yo quiero terminantemente que se publique, mi querido amigo! Me pondría usted en un terrible apuro, porque le he prometido a Silviana que se publicaría.

Y todo su desconcierto de hombre viejo dominado, dispuesto a pagar a cualquier precio el placer que le proporcionaba, apareció en el terror de su mirada y en el temblor de sus labios.

—¡Bueno, bueno! —dijo Fonsègue, que se divirtió discreta-

mente con aquello, satisfecho de aquella complicidad—. Desde el momento en que es tan grave, la nota se publicará. ¡Le doy mi palabra de honor!

Todos los invitados estaban allí, puesto que no había que esperar ni a Gerardo ni a Dutheil. Y pasaron, al fin, al comedor, mientras se oían los últimos martillazos en los salones de venta, abajo. Eva se sentaba entre el general de Bozonnet y Fonsègue; Duvillard, entre la señora de Fonsègue y Rosamunda, y los dos hijos, Camila y Jacinto, ocupaban las dos cabeceras. Fue un almuerzo un poco precipitado, un poco embarullado, porque unas mujeres de servicio subieron a consultar ciertas dificultades y a pedir instrucciones. Las puertas vibraban continuamente; las mismas paredes parecían estar sacudidas por aquella agitación inusitada, cuyos últimos preparativos trastornaban el hotel. Y se charló sin ton ni son, invadidos todos por la fiebre, pasando de un baile dado el día anterior en el ministerio de la Gobernación a la fiesta popular que tendría lugar la mañana siguiente, recayendo siempre de nuevo en la obsesión de la venta, en el precio a que se habían pagado los objetos, en el precio a que se venderían, en la cifra probable de la recaudación total, todo esto mezclado con historias extraordinarias, con bromas y risas. Al nombrar el general al juez de instrucción Amadiou, Eva dijo que ella no se atrevía ya a invitarle a comer porque sabía lo atareado que estaba en el Palacio de Justicia; pero que esperaba que vendría a darle su donativo. Fonsègue se entretenía en mortificar a la princesa Rosamunda a propósito de su vestido de raso fuego, en el que, según él, se abrasaba ella ya con todas las llamas del infierno, lo cual la encantaba a ella en el fondo, en su afición al satanismo, que era su pasión momentánea. Duvillard se mostraba correctamente galante con la silenciosa señora de Fonsègue, mientras que Jacinto, para asombrar a la

misma princesa, explicaba con raras palabras la operación de magia por medio de la cual se convertía en un ángel a un hombre virgen, después de haberle despojado de toda virilidad. Y Camila, muy contenta y muy excitada, lanzaba de vez en cuando una mirada ardiente a su madre, cada vez más inquieta y triste, a medida que la notaba más vibrante, más agresiva, decidida a una guerra franca y sin cuartel.

A la terminación de los postres, la madre oyó decir a su hija, en voz alta, con un tono penetrante de desafío:

—¡Ah! No me hable usted de esas viejas que parecen jugar todavía a las muñecas, pintadas y vestidas de primera comunión. ¡Son todas unas ogresas en el fondo! Me dan horror.

Eva se levantó nerviosamente, disculpándose:

—Les pido a ustedes perdón por darles esta prisa. Realmente, no sabe uno si almuerza. Pero temo que no nos dejen tomar el café... Y, sin embargo, vamos a respirar un poco.

El café estaba servido en el saloncito azul y plata, donde florecía una admirable cesta de rosas amarillas, aquella pasión que tenía la baronesa por las flores, y que convertía el hotel en una continua primavera. Acto seguido, con sus tazas humeantes en la mano, Duvillard se llevó a Fonsègue a su despacho para fumar un puro y hablar con libertad; y como dejaron la puerta abierta de par en par, se oían confusamente sus gruesas voces. El general de Bozonnet, encantado de haber encontrado en la señora de Fonsègue una persona seria y resignada, que escuchaba sin interrumpir nunca, le contaba la larguísima historia de la esposa de un oficial que había acompañado a su marido a todas las batallas en 1870. Jacinto no tomaba café, que él llamaba despreciativamente brebaje de portera. Se zafó un momento de Rosamunda, ocupada en beber una copita de Kummel a lengüetadas, y fue a decir en voz

muy baja a su hermana:

—Es estúpido, ¿sabes?, lo que has lanzado hace un rato, aludiendo a mamá. A mí me tiene sin cuidado. Pero acaba por notarse, y te advierto que carece de distinción.

Camila le miró fijamente con sus ojos negros.

—Te ruego que no te metas en mis cosas.

A él le dio miedo, olió la tormenta y se decidió a llevar a Rosamunda al gran salón rojo, contiguo, para enseñarle un cuadro nuevo que su padre había comprado el día anterior. El general, a quien llamó también, llevó allí a la señora Fonsègue.

Entonces madre e hija se encontraron, frente a frente, solas un momento. Eva, como destrozada, habíase apoyado en una consola, cansada con la menor pena, de una blanda bondad pronta siempre a las lágrimas, en su ingenuo y completo egoísmo. ¿Por qué su hija la odiaba así, encarnizándose en turbar la última felicidad amorosa en que se rezagaba su corazón? La miraba, desconsolada, más desesperada que irritada, y tuvo la desdichada ocurrencia, cuando la joven iba también a pasar al salón, de detenerla para hacerle una observación sobre su tocado.

—Haces muy mal, hija mía, en empeñarte en vestirte como una vieja. No te favorece nada.

Y en sus ojos tiernos de bella mujer cortejada, adorada, se traslucía claramente su compasión hacia aquella criatura fea y contrahecha, que no había ella podido nunca considerar como hija suya. Un hombro más alto que el otro, largos brazos de jorobada, un perfil de cabra negra, ¿era posible que semejante fealdad hubiera salido de su belleza soberana, de aquella belleza que se había ella pasado la vida amando, cuidando con devoción, la religión única que había practicado? Toda su

pena y toda su vergüenza de tener una hija semejante temblaban en su voz.

Camila se había detenido en seco, como si la hubiera cruzado la cara un fustazo. Retrocedió hasta su madre. Y la odiosa explicación partió de allí, de aquellas simples palabras, dichas a media voz:

—¿Te parece que me visto mal? Debías haberte ocupado de mí, cuidado de que mis vestidos fueran de buen gusto, enseñado tu secreto de belleza.

Ya Eva lamentaba su ataque, pues tenía horror a las impresiones desagradables, a las disputas con palabras ofensivas. Quiso escaparse, sobre todo en aquellos momentos de precipitación, cuando las esperaban abajo para la venta.

—Vamos, calla, no seas mala, cuando toda esa gente puede oírnos... Te he querido...

Con una risita contenida, terrible, Camila la interrumpió:

—¡Me has querido! ¡Ah, mamá, qué cosa más rara acabas de decir! ¿Es que tú has querido a alguien en tu vida? Quieres que te quieran, y eso es distinto. Pero a tu hija, a una hija, ¿sabes siquiera cómo se la quiere?... Me has tenido siempre abandonada, apartada, encontrándome demasiado fea, indigna de ti, sin encontrar bastante los días y las noches para amarte a ti misma... No mientas ya, mamá; todavía sigues ahí mirándome como a un monstruo que te repugna y que te estorba.

Desde entonces todo se acabó; la escena tuvo que llegar hasta el final, en un cuchicheo febril, cara contra cara, apretados los dientes.

—¡Cállate, Camila, te lo mando! No puedo tolerar un lenguaje semejante.

—No tengo por qué callarme cuando intentas ofenderme. Si hago mal en vestirme como una vieja, es que quizá hay otra que comete la ridiculez de vestirse de muchacha, de novia.

—¿De novia? No comprendo.

—¡Oh, comprendes perfectamente! Quiero, sin embargo, que sepas que no todo el mundo me encuentra tan fea como tú te empeñas en hacerlo creer.

—Si estás fea es porque te arreglas mal; yo no he dicho otra cosa.

—Me arreglo como me parece, y muy bien, sin duda, puesto que me aman tal como soy.

—¿Sí? ¿Te ama alguien? ¡Que nos lo diga y que se case contigo!

—¡Ya lo creo, ya lo creo! Será una buena carga que te quites de encima, ¿verdad? ¡Pues me verás de novia!

Sus voces se elevaban, a pesar de sus esfuerzos. Camila se interrumpió, tomó aliento y añadió con voz baja y silbante:

—Gerardo vendrá uno de estos días a pedirnos mi mano.

Lívida, Eva pareció no haber comprendido.

—¿Gerardo?... ¿Por qué me dices eso?

—Pues porque Gerardo es el que me ama y el que quiere casarse conmigo. Me exasperas, me estás repitiendo siempre que soy fea; me consideras un monstruo, con el que no quiere nadie nada. Y tengo que defenderme, tengo que decirte lo que ocurre, para demostrarte que no todo el mundo tiene tu mismo gusto.

Eva respiró largamente y miró, angustiada, si no estaba alguien que las pudiera ver y oír. Y luego, decidida:

—No puedes casarte con Gerardo.

—¿Por qué no puedo casarme con Gerardo?

—Porque yo no quiero, porque es imposible.

—No es una razón. Dime la razón.

—La razón es que ese matrimonio es imposible y nada más.

—No. Voy a decirte yo la razón, ya que me obligas a ello... La razón es que Gerardo es tu amante. Pero ¿qué importa eso, puesto que yo lo sé y le quiero a pesar de todo?

Sus ojos llameantes añadían: «Y por eso precisamente le quiero». Su larga tortura de anormal, su rabia de haber visto, desde que nació, a su madre bella, cortejada, adorada, la sublevaba, haciéndole vengarse en un triunfo perverso. ¡Por fin, le arrebatava aquel amante, tanto tiempo envidiado!

—Eres una desgraciada —balbuceó Eva desfallecida, herida en el corazón—. ¡No sabes lo que dices ni lo que me haces sufrir!

Pero tuvo que callarse de nuevo, que erguirse y sonreír, porque Rosamunda, que venía del salón contiguo, le decía que la esperaban abajo. Las puertas del hotel iban a ser abiertas y tenía ella que estar en su mostrador. Sí, bajaba enseguida.

—¿Sabes —vino a decir Jacinto a su hermana— que es estúpido que disputéis de este modo? Mejor harías en bajar.

Camila le rechazó con dureza.

—¡Tú, vete! Y llévate a los otros. Mejor será no tenerlos encima.

Jacinto miró a su madre, como hijo que sabía y que encontraba aquello ridículo. Luego, molesto de verla tan poco enérgica ante la mala lengua de su hermana, como la llamaba, se encogió de hombros, abandonándolas a las dos a su tontería, decidiéndose a llevarse a los demás. Se oyeron las risas de Rosamunda, que se alejaba, mientras el general bajaba con la

señora de Fonsègue, a quien contaba una nueva historia. Pero en aquel momento, cuando la madre y la hija se creyeron solas, llegaron hasta sus oídos otras voces, las voces muy cercanas de Duvillard y de Fonsègue. Allí estaba el padre y podría oírlas.

Eva comprendió que debía haberse marchado. Pero no tenía fuerzas para ello; le era imposible después de la palabra que la había azotado como una bofetada, dejándola en la angustia y en el temor de perder a su amante.

—Gerardo no puede casarse contigo; no te ama.

—Me ama.

—Te figuras que te ama porque se ha mostrado bueno contigo, por amabilidad, al verte abandonada... No te ama.

—Me ama... Me ama; lo primero, porque no soy una fiera, como tantas otras, y me ama, sobre todo, porque soy joven.

Era aquella una nueva herida, hecha con una crueldad burlesca, en la que vibraba la alegría triunfante de ver al fin madurarse y ajarse aquella belleza por la que tanto había ella sufrido.

—La juventud, mamá, tú ya no sabes lo que es... Si no soy bella, soy joven, huelo bien, tengo unos ojos puros, unos labios frescos. Y unos cabellos tan abundantes y tan largos que bastarían para vestirme, si yo quisiera... ¡Bah! No se es nunca fea de joven. Mientras que cuando ya no es una joven, mamá, entonces sí que se acabó. Aunque haya una sido bella, empeñarse en serlo todavía es hacer ver que no quedan más que ruinas, asco y vergüenza.

Había dicho esto con una voz tan feroz, tan aguda, que cada palabra penetró en el corazón de su madre como un cuchillo. Se le llenaron los ojos de lágrimas a la desdichada, herida en su llaga más viva. ¡Ah, era cierto; estaba inerme contra la

juventud, la hacía morir, envejecer, sentir alejarse de ella el amor, ahora que era semejante al fruto demasiado maduro caído de la rama!

—La madre de Gerardo no consentirá nunca que se case contigo.

—Él la convencerá; eso es cosa suya... Tengo dos millones y se arreglan muchas cosas con dos millones.

—¿Quieres entonces mancharle, decir que se casa contigo por tu dinero?

—¡No, no! Gerardo es un muchacho muy honrado y muy bueno. Me ama; se casa conmigo por mí... Pero, en fin, no es rico, no tiene una posición asegurada a los treinta y seis años, y es muy de tener en cuenta, a pesar de todo, una mujer que le trae a uno la riqueza con la felicidad... Porque óyelo bien, mamá, ¡es la felicidad la que le doy, la verdadera, el amor compartido, seguro del porvenir!

Una vez más se hallaban cara contra cara. La odiosa escena, cortada por los ruidos cercanos, acabada y reanudada, se eternizaba; todo un drama sordo, de una violencia homicida, pero sin estrépito, sofocaba sus voces. Ni una ni otra cedían, ni siquiera ante la amenaza de una posible sorpresa, con todas las puertas abiertas, los criados que podían entrar, la voz del padre que seguía resonando alegremente allí, cerca de ellas.

—Te ama, te ama... Eres tú quien lo dices. Él no te lo ha dicho nunca.

—Me lo ha dicho veinte veces; me lo repite cada vez que estamos solos.

—Sí, como a una niña a quien se quiere divertir... No te ha dicho nunca que estaba decidido a casarse contigo.

—Me lo ha dicho la última vez que vino aquí. Y está conve-

nido; espero que convenza a su madre y que formule su petición de mano.

—¡Ah, mientes, mientes, desgraciada! ¡Quieres hacerme sufrir, y mientes, mientes!

Su dolor estallaba al fin en aquel grito de protesta. Ya no supo que era madre y que hablaba con su hija. Sólo quedaba la mujer enamorada, ultrajada, exasperada por una rival. Y confesó en un sollozo:

—¡Es a mí, a mí a quien ama! La última vez me lo ha jurado, ¿oyes? ¡Me ha jurado por su honor que no te amaba, que no se casaría nunca contigo!

Camila, riendo con su risa aguda, adoptó un aire de burlona compasión.

—¡Ah, pobre mamá! Me das lástima. ¡Serás niña! Si realmente la niña eres tú... ¡Cómo! ¡Tú, que debías tener tanta experiencia, te dejas engañar todavía por las protestas de un hombre! Y éste no es malo, y precisamente por eso te jura todo lo que quieres, un poco cobarde en el fondo, queriendo, sobre todo, darte una alegría.

—¡Mientes, mientes!

—Vamos, razona... Si no viene ya, si ha evitado el almuerzo de hoy, es que está harto de ti. Te ha dejado, mamá; es preciso que tengas el valor de grabarte esto bien en la cabeza. Sigue él mostrándose afable, porque está bien educado y no sabe cómo romper. En fin, tiene lástima de ti.

—¡Mientes, mientes!

—Pues pregúntaselo, como una buena madre, como lo que debías ser. Ten una explicación franca con él, pregúntale amistosamente qué piensa hacer. Y sé amable a tu vez; comprende que si le amas, debías dármele enseguida, en su pro-

pio interés. Devuélvele su libertad y verás cómo es a mí a quien ama.

—¡Mientes, mientes!... ¡Ah, hija miserable, no quieres más que toturarme y matarme!

Y en su furiosa angustia, Eva se acordó de que era la madre, de que debía castigar a aquella hija indigna. No encontrando un bastón, arrancó de la cesta de rosas amarillas, que las embriagaban a las dos con su fuerte aroma, un puñado de aquellas flores de largos tallos espinosos y abofeteó con ellas a Camila. Una gota de sangre apareció en la sien izquierda, junto al párpado.

Bajo el castigo, la joven, amoratada, enloquecida, se precipitó hacia adelante con la mano levantada, dispuesta a pegar ella también.

—¡Ten cuidado, mamá! Te juro que te pego como a una simple golfa... ¡Y fíjate bien en lo que te digo ahora: quiero a Gerardo, me casaré con él, y te lo quitaré con el escándalo si no me lo das de buena manera!

Después de su arrebato colérico, Eva se desplomó sobre un sillón, destrozada, desesperada. Y volvió a sentir todo su horror a las disputas, en su necesidad de una vida feliz, de goce egoísta, en que fuese acariciada, mimada, adorada. Mientras que Camila, amenazadora, feroz, se mostraba al fin sin rebozo, con su alma dura y negra, implacable, ebria de crueldad. Hubo un silencio supremo, durante el cual se oyó de nuevo la voz alegre de Duvillard, llegada del despacho cercano.

Suavemente, la madre se había echado a llorar, cuando Jacinto, el hijo, que había subido corriendo, entró en el saloncito. Contempló a las dos mujeres y tuvo un gesto de desprecio indulgente.

—¿Eh? ¿Qué os dije? ¿Estáis ya satisfechas? ¡Cuánto mejor

habr ais hecho en bajar enseguida! Todo el mundo pregunta por vosotras abajo. Es estúpido. Vengo a buscaros.

Quizá Eva y Camila no le hubiesen seguido todavía, en el estado de temblor en que se hallaban, en la necesidad que sentían de herirse y de sufrir aún más. Pero Duvillard y Fonsègue salían del despacho, una vez terminados sus cigarrros, hablando, también ellos, de bajar. Y Eva tuvo que levantarse y sonreír con los ojos secos, mientras Camila se arreglaba el pelo ante un espejo y secaba con un pico de su pañuelo la gotita roja que moteaba su sien.

Abajo, en los amplios salones, adornados con tapices y plantas, la concurrencia era ya considerable. Había forrado los mostradores con seda roja, lo cual enmarcaba los objetos con un brillo y una alegría sin igual. Y no había bazar que hubiese podido competir con los mil objetos amontonados all , porque all  se encontraba de todo, desde unos bocetos de varios maestros y unos autógrafos de escritores célebres hasta calcetines y peines. Aquella mezcolanza era un atractivo, sin contar con el «buffet», donde unas bellas manos servían *champagne*, ni las dos tómbolas, con sus premios, un órgano y una «charrette» inglesa tirada por un «ponev», cuyas papeletas vendían un enjambre de muchachas encantadoras, dispersas a través del barullo. Pero como había supuesto muy bien Duvillard, el gran éxito de la venta consistía sobre todo en el leve y delicioso escalofrío que experimentaban las señoras al pasar bajo la marquesina donde había estallado la bomba. Las grandes reparaciones estaban terminadas, los muros y los techos restaurados, reconstruidos en parte.  nicamente los pintores no habían ido todavía, y los terribles destrozos aparecían como recientes cicatrices, con las partes de yeso y de piedra nuevas. Salían de los coches cabezas inquietas, encantadas, sin embargo, cuyo desfile continuo hacía retemblar el

empedrado resonante del patio. Y después de la entrada, en los tres salones, ante los mostradores de venta, las conversaciones no cesaban: «¡Ah, querida! ¿Ha visto usted? Son espantosos, espantosos todos esos desperfectos; la casa entera estuvo a punto de volar; ¡y pensar que eso puede repetirse mientras estamos aquí! Realmente hay que tener valor para venir aquí. ¡Pero esta obra es tan meritoria!... Se trata de un nuevo pabellón que construir. Y luego, los mismos monstruos verán que, a pesar de todo, no tenemos miedo».

Cuando la baronesa Eva bajó, por fin, a ocupar un mostrador con su hija Camila, se encontró allí a las vendedoras en plena fiebre ya, bajo la dirección de la princesa Rosamunda, que en aquellas ocasiones resultaba extraordinaria de astucia y de rapacidad. Robaba a la gente con descaro.

—¡Ah! ¿Ya está usted aquí? —gritó ella—. Desconfíe de un grupo de vendedoras que están aquí para dar algunos buenos golpes. Las conozco; acechan las ocasiones, revuelven los escaparates, esperando que pierda una la cabeza y que no se entienda allí ya, para pagar menos caro que en los verdaderos almacenes... Voy a saludarles, perdón.

Eva, que era una vendedora malísima y que se contentaba con lucirse detrás de su mostrador, tuvo que reírse como los demás. Fingió hacer, con dulzura, algunas advertencias a Camila, que ésta escuchó sonriendo, con aire obediente. Pero la triste y mísera mujer sucumbía bajo la emoción, pensando angustiada que tenía que estar allí hasta las siete, sufriendo delante de toda aquella gente, sin alivio posible. Y fue para ella un descanso ver al abate Pedro Forment, que la esperaba sentado en una banqueta de terciopelo rojo, junto al mostrador. Con las piernas rendidas, se sentó al lado de él.

—¡Ah, señor abate, ha recibido usted mi carta... y ha venido usted!... Tengo una buena noticia que anunciarle, y esta noti-

cia he querido dejarle el gusto de dársela usted mismo a su protegido, a ese Laveuve, que me ha recomendado usted con tanto interés... Se han cumplido todas las formalidades, y puede usted llevárnoslo mañana al Asilo.

Pedro la miraba estupefacto.

—¿Laveuve? ¡Ha muerto!

Ella se sorprendió a su vez.

—¡Cómo! ¿Ha muerto?... ¡Pero usted no me ha dicho nada! ¡Si le contase todo el trabajo que nos hemos dado, todo lo que ha habido que deshacer y que rehacer, y las discusiones, y los papelotes! ¿Está usted seguro de que ha muerto?

—¡Sí, sí! Ha muerto... Hace un mes que ha muerto.

—¡Que hace un mes que ha muerto! No podíamos saberlo; usted no ha vuelto a darnos señales de vida... ¡Ah, Dios mío! ¡Qué fastidio que haya muerto! ¡Esto va a obligarnos a des-hacerlo todo otra vez!

—Ha muerto, señora; debí habérselo dicho a usted, es cierto. Pero ¿qué quiere usted? ¡Ha muerto!

Y la palabra muerto repetida, la aventura de aquel muerto, de quien ella se ocupaba desde hacía un mes, la dejaba helada, acababa de desesperarla, como el mal presagio de la muerte fría en que se sentía caer, en el sudario de su último amor. Mientras que Pedro, a pesar suyo, sonreía amargamente ante tanta ironía atroz. ¡Ah, caridad tardía que llega cuando las personas han muerto!

El sacerdote permaneció sentado cuando la baronesa tuvo que levantarse, viendo llegar al juez instructor Amadiou, siempre con mucha prisa, con el afán de hacer acto de presencia y adquirir cualquier cosilla antes de volver al Palacio de Justicia. Pero el pequeño Massot, el repórter de «El Globo», que va-

gaba alrededor de los mostradores, le divisó y fue hacia él, desprovisto de noticias. Le envolvió, le sometió a un interrogatorio para saber en qué estado se encontraba el asunto de aquel Salvat, el obrero mecánico a quien se acusaba de haber colocado la bomba bajo la marquesina. ¿No era aquello sólo una invención de la policía, como decían ciertos periódicos? ¿O era realmente la buena pista? ¿Iba la policía a detenerle por fin? Y Amadiou se defendía, respondía con razón que el asunto no le incumbía aún, que no iría a sus manos hasta que fuese detenido el tal Salvat y le nombraran a él juez instructor. Pero en su aire de importancia socarrona, en su corrección de magistrado mundano de ojos de acero se traslucían toda clase de suposiciones, como si él estuviese al corriente ya de los menores detalles y hubiera prometido grandes acontecimientos para el día siguiente. Le hacían corro unas señoras, un grupo de mujeres bonitas, llenas de curiosidad, empujándose para oír aquella historia de bandidos, que las hacía estremecer. Amadiou se escapó, después de haber pagado veinte francos a la princesa Rosamunda por una pitillera que valía muy bien cincuenta céntimos.

Massot, al reconocer a Pedro, vino a estrecharle la mano.

—¿Verdad, señor abate, que ese Salvat debe estar lejos, si tiene buenas piernas y si sigue corriendo?... La policía me da risa siempre.

Pero Rosamunda le traía a Jacinto.

—Señor Massot, a usted que va a todas partes, le hago juez... El Cuarto de los Horrores, en Montmartre, el *cabaret* donde Legras canta sus Flores del Arroyo...

—Un sitio delicioso, señora. No llevaría yo allí a un gendarme.

—Nada de bromas, señor Massot; es una cosa muy seria.

¿Verdad que puede ir allí una mujer decente, si la acompaña un caballero?

Y sin darle tiempo a responder, se volvió hacia Jacinto.

—¡Ah, ya ve usted que el señor Massot no dice que no! ¡Me tiene usted que llevar esta noche, según me ha prometido!

Y escapó, volviendo después para vender un paquete de horquillas en diez francos a una señora vieja, mientras que el joven se contentó con decir con su voz indiferente:

—Está idiota, con su cuarto de los Horrores.

Massot se encogió de hombros filosóficamente. Las mujeres tienen que divertirse. Luego, cuando Jacinto se hubo alejado, arrastrando su desprecio perverso entre las bellas muchachas que vendían las papeletas de la tómbola, se permitió murmurar:

—Ese pequeño necesitaría de todas maneras que una mujer hiciese de él un hombre.

E interrumpiéndose, se dirigió de nuevo a Pedro:

—¡Hombre, Dutheil!... ¿Cómo decía Sanier esta mañana que Dutheil dormiría esta noche en la cárcel?

En efecto, Dutheil, muy atareado y sonriente, se abría paso entre la gente, para llegar hasta Duvillard y Fonsègue, que seguían charlando, de pie, junto al mostrador de la baronesa. Y, enseguida, agitó la mano, en señal de triunfo, para decir que había tenido éxito en la delicada misión de que se había encargado. Se trataba nada menos que de una maniobra atrevida, destinada a activar el ingreso de Silviana en la Comedia Francesa. A ella se le había ocurrido que la llevase a comer el barón al Café Inglés, con un crítico influyente que, según decía ella, obligaría a la Administración a abrirle del todo sus puertas, en cuanto la conociese. Y no era fácil hacerle aceptar

la invitación, porque el crítico pasaba por ser un hombre gruñón y severo. Por eso, Dutheil, rechazado al principio, desplegaba desde hacía tres días toda su diplomacia, poniendo en juego las más apartadas influencias. Estaba radiante; había vencido.

—Mi querido barón, es para esta noche, a las siete y media. ¡Ah, caray, me ha costado más trabajo que si hubiese tenido que arrancar el voto a una minoría!

Y reía con su alegre descaro de hombre dedicado al placer, a quien su conciencia de político turbaba tan poco, muy divertido con aquella alusión a la nueva denuncia de «La Voz del Pueblo».

—No bromea usted —dijo en voz baja Fonsègue, que quiso entretenerse asustándole un poco—. La cosa va muy mal.

Dutheil se puso pálido; vio el comisario de policía y la cárcel. Aquello le daba por rachas, como un cólico. Pero en su falta ingenua de sentido moral se tranquilizaba y echaba a reír otra vez. ¡Qué demonio! La vida era buena.

—¡Bah! —replicó alegremente, guiñando un ojo a Duviillard—. Ahí está el jefe.

Éste, contento, le había estrechado las manos, dándole las gracias y diciendo que era un buen muchacho. Y volviéndose a Fonsègue:

—Óigame, cuento con usted esta noche. ¡Oh, es necesario; quiero algo importante en torno a Silviana! Dutheil representará la Cámara, usted el periodismo y yo las finanzas...

Se interrumpió bruscamente, viendo llegar a Gerardo, que, sin prisa, con aire serio, se abría paso discretamente entre las faldas. Le llamó con el gesto.

—Gerardo, amigo mío, es preciso que me haga usted un fa-

vor.

Y luego le contó todo, la aceptación tan anhelada del crítico influyente, la cena que iba a decidir el porvenir de Silviana, el deber en que estaban todos sus amigos de agruparse a su alrededor.

—No puedo —respondió el joven, azorado—; ceno en casa de mi madre, que estaba un poco mal esta mañana.

—Su madre es demasiado razonable para no comprender que hay asuntos de una gravedad excepcional. ¡Vaya usted a arreglarlo; cuénteles usted cualquier historia; dígales que se trata de la felicidad de un amigo!

Y como Gerardo vacilase:

—En fin, querido, le necesito a usted; necesito un hombre de mundo. El gran mundo, como usted sabe, posee una gran fuerza en el teatro. Si nuestra Silviana consigue tener al gran mundo de su parte, su triunfo está asegurado.

Gerardo prometió y luego permaneció allí un momento, hablando con su tío el general de Bozonnet, muy divertido con aquel barullo femenino, en el que flotaba como un viejo navío desarbolado. Después de haber dado las gracias a la señora Fonsègue por su complacencia en escuchar sus historias, comprándole en cien francos un autógrafo de monseñor Martha, se había perdido entre el enjambre de muchachas, yendo de unas a otras. Y volvía con las manos cargadas de papeletas para la tómbola.

—¡Ah, muchacho, no te aconsejo que te arriesgues entre esas personitas! Te quedarás sin un céntimo... Pero ¡mira! Camila te llama.

Ésta, en efecto, desde que había divisado a Gerardo, esperaba, sonriéndole de lejos. Y cuando sus miradas se encontraron, tuvo que ir hacia ella, aunque en el mismo momento sintiese

sobre él los ojos desesperados de Eva, que le llamaban y le suplicaban también. Inmediatamente, Camila, al notarse vigilada por su madre, exageró su amabilidad de vendedora, y aprovechando las pequeñas licencias que el ardor caritativo autorizaba, deslizó en los bolsillos del joven varias cosillas, dejó otras en sus manos, que estrechó entre las suyas, y todo esto con esplendor juvenil, con grandes risas frescas, que torturaban a la otra, a la rival, allá lejos.

Eva, que sufría demasiado, quiso intervenir y separarles. Pero precisamente en aquel instante Pedro la detuvo al paso, ocurriéndosele una idea que deseaba someterle antes de marcharse de allí.

—Señora, puesto que Laveuve ha muerto y se ha tomado usted tanto trabajo por la cama que queda libre, la ruego que no disponga de ella antes de que yo haya visto a nuestro venerable amigo el abate Rose. Le veré esta noche, y a él, que conoce tantas miserias, ¡le alegrará tanto aliviar alguna y llevarle a usted a uno de sus pobres!

—Sin duda —balbuceó la baronesa—; yo también me alegraré mucho... Como usted quiera; esperaré un poco... Sin duda, sin duda, señor abate...

Y temblaba con todo su miserable ser doliente; no sabía ya lo que decía. Y sin poder dominar su pasión, dejó al sacerdote; no se enteró siquiera si se quedaba allí, cuando Gerardo, cediendo a la suplica dolorosa de su mirada, logró escaparse de las manos de la hija, para reunirse, por fin, con la madre.

—¡Qué poco se prodiga usted, amigo mío! —dijo en voz alta, con una sonrisa—. Ya no se le ve nunca.

—Es que he estado enfermo —contestó él con su aire amable—. Sí, se lo aseguro un poco malucho.

¡El enfermo! Le contemplaba ella, trastornada por una preo-

cupación maternal. Su distinguido y altivo rostro, su rostro correcto de hombre guapo, la pareció, en efecto, pálido, ocultando menos, bajo la nobleza de la fachada, el irreparable desquiciamiento interior. Era verdad que debía sufrir, en su bondad innata, por su vida inútil y fracasada, por todo el dinero que le costaba a su madre pobre, por las mil necesidades que acababan por empujarle a casarse con aquella muchacha rica, con aquella anormal, a quien compadecía. Y ella le sintió tan débil, víctima de semejante borrasca, como un desdichado náufrago, que su corazón se desbordó en una ardiente súplica, apenas murmurada en medio de aquel gentío que podía oírles.

—Si sufres tú, ¡qué no sufriré yo!... ¡Es preciso que nos veamos, Gerardo!

Él balbuceó, cohibido:

—No, esperemos; te lo ruego.

—Es preciso, Gerardo. Camila me ha contado tus proyectos. No puedes negarte a verme. Quiero verte.

Entonces, tembloroso, intentó aún evitar la cruel explicación.

—Pero allí, donde tú sabes, es imposible. Conocen el sitio.

—Bueno, pues mañana, a las cuatro, en ese pequeño restaurante del Bosque, donde nos hemos citado ya.

Tuvo él que prometérselo, y se separaron. Camila acababa de volver la cabeza y les miraba. Una oleada de mujeres sitiaban el mostrador, y la baronesa se puso a vender, con su aire de diosa madura, indolente, mientras Gerardo se reunía con Duvillard, Fonsègue y Dutheil, muy excitados por la espera de su comida de aquella noche.

Pedro había oído parte de aquella conversación. Conocía las interioridades de aquella casa, las torturas, las miserias fisio-

lógicas y morales que ocultaban el brillo de tanta riqueza y de tanto poderío. Era una llaga que crecía sin cesar, envenenada y sangrienta; toda una dolencia corrosiva, que consumía al padre, a la madre, a la hija, al hijo, desligados del lazo social. Y para salir de los salones, Pedro estuvo a punto de ser estrujado en el barullo de las compradoras, que alborotaban, haciendo un triunfo de la venta. Allá lejos, en el fondo de la oscuridad, Salvat corría, corría, y se perdía, mientras Laveuve, el muerto, era como la bofetada, de una ironía atroz, a la ilusoria y bulliciosa caridad.

II

¡Ah, qué deliciosa paz en casa del buen abate Rose, en el pisito bajo, donde vivía, en la calle Cortot, ante un estrecho jardín! Ni un ruido de coche, ni siquiera el aliento de París, que resonaba al otro lado de la colina del Montmartre. El gran silencio y la calma adormecida de una lejana ciudad de provincia.

Sonaban las siete; el crepúsculo había llegado suavemente, y Pedro estaba allí, en el humilde comedor, esperando a que la asistenta pusiese la ropa en la mesa. El abate, inquieto por no verle apenas desde hacía un largo mes, que se encerrara con su hermano, en el fondo de Neuilly, le había escrito la víspera, rogándole que viniese a cenar, a fin de hablar tranquilamente de sus asuntos: porque Pedro seguía entregándole dinero para sus limosnas comunes; habían conservado la costumbre, desde su asilo de la calle de Charonne, de hacer juntos, de vez en cuando, sus cuentas de caridad. Después de comer, hablarían de aquello; verían si no les era posible hacer más y mejor. Y el buen sacerdote se sentía radiante ante aquella grata velada, tan apacible, tan llena de afecto, que iba a pasar así, ocupándose de sus queridos pobres, su única diversión, el único placer, al que volvía, por pasión, como a una flaqueza culpable, a pesar de todos los disgustos que su caridad imprudente le había ocasionado ya.

Pedro, encantado de proporcionarle aquel placer, se sosegaba él también, encontraba un alivio, un descanso de unas horas, en aquella comida tan sencilla, en toda aquella bondad que le envolvía tan alejado de su espantosa borrasca de cada día. Recordó la plaza libre en el Asilo de los Inválidos del Traba-

jo, la promesa que la baronesa Duvillard le había hecho de esperar a que hubiese preguntado al abate Rose si no sabía de alguna gran miseria digna de interés; y habló de ello enseguida a aquél, antes de sentarse a la mesa.

—¡Una gran miseria digna de interés, ah, hijo mío, todas lo son! Para hacer feliz a alguien, sobre todo cuando se trata de los viejos obreros sin trabajo, lo único que no sabe uno es por cuál decidirse, y se pregunta uno con angustia cuál va a ser elegido, cuando tantos otros seguirán en su infierno.

Sin embargo, buscaba el buen abate, se apasionaba, se decidía, a pesar de la lucha dolorosa de sus escrúpulos.

—Ya tengo lo que le conviene a usted. Es indudablemente el más enfermo, el más miserable y el más humilde, un viejo de setenta y dos años, un antiguo ebanista que vive de la caridad pública desde hace ocho o diez años, que ya no encuentra trabajo. No sé su nombre; todo el mundo le llama el «gran viejo». Y, con frecuencia, se pasa semanas enteras sin aparecer por mi reparto del sábado. Tendremos que ponernos en su busca, si urge la admisión. Creo que duerme a veces en el Refugio nocturno de la calle de Orsel, cuando la falta de sitio no le obliga a guarecerse detrás de una valla... ¿Quiere usted que vayamos esta noche a la calle de Orsel?

Sus ojos brillaban; era para él la gran orgía, el fruto prohibido, aquella visita a la baja miseria, a la suprema angustia caída en la cloaca, que no se atrevía ya a hacer, en su piedad desbordante de apóstol, de lo que se la habían reprochado, tachándola de crimen.

—¿De acuerdo, hijo mío? ¡Sólo por esta vez! Por otra parte, no hay más medio que ése para encontrar al «gran viejo». La única molestia para usted será la de estar conmigo hasta las once... Y además, querría mostrarle a usted eso. ¡Ya verá que

espantoso sufrimientos! Puede que tengamos la suerte de aliviar a algún pobre ser.

Pedro sonreía de aquel ardor juvenil en aquel anciano de cabellos de nieve.

—Conformes, mi querido abate. Me satisface mucho pasar la velada entera con usted, y me causará un verdadero bienestar, acompañándole una vez más a una de nuestras antiguas bati-das, de las que regresábamos con el corazón tan acongojado de dolor y de alegría.

La asistenta traía la sopa. Pero en el momento en que se sentaban los dos sacerdotes, sonó un discreto campanillazo, y el sacerdote, al saber que era una vecina, la señora Mathis, que venía a buscar una contestación, dio orden de que pasase.

—La pobre mujer —explicó a Pedro— necesitaba un adelanto de diez francos para desempeñar un colchón, y yo no los tenía; pero me los he proporcionado... Vive en esta casa, en una discreta miseria, con unas rentas tan escasas, que no pueden bastarle.

—Pero —preguntó Pedro, que se acordó del joven entrevistado en casa de los Salvat— ¿no tiene esa mujer un hijo de veinte años?

—Sí, sí... Creo que sus padres era unos provincianos ricos. Ella se casó, según me ha dicho, con un profesor de piano que le daba lecciones, en Nantes, que la raptó, instalándola luego en París, donde murió; es toda una triste novela de amor. Vendiendo los muebles, reuniendo los restos de todo, logró tener dos mil francos de renta, y la pobre viuda pudo meter a su hijo en el colegio y vivir ella decentemente. Y ha sido necesario un nuevo revés para aniquilarla: la desaparición de su pequeño capital, colocado en valores inseguros, lo cual ha reducido su renta a ochocientos francos, todo lo más. Paga

doscientos francos de alquiler, y tiene que arreglárselas con cincuenta francos mensuales. Su hijo la ha abandonado desde hace dieciocho meses, para no vivir a su costa, y él intenta ganarse la vida por su lado, sin conseguirlo, según creo.

Entraba la señora Mathis, una mujercilla morena, de cara triste y dulce, desdibujada. Vestida siempre con el mismo traje negro, hablaba apenas, vivía retirada, con una timidez inquieta de pobre criatura azotada sin cesar por la borrasca. Cuando el abate Rose le hubo entregado los diez francos, discretamente envueltos, enrojeció, dio las gracias, prometió devolverlos en cuanto cobrase su mensualidad, porque ella no era una mendiga y no quería mermar la parte de los que tenían hambre.

—¿Y su hijo Víctor —preguntó el abate—, ha encontrado colocación?

Ella titubeó, ya que ignoraba lo que hacía su hijo, pues se pasaba ahora semanas enteras sin verle. Y se contentó con responder:

—Es muy bueno; me quiere mucho... Ha sido una desgracia que haya ocurrido nuestra ruina antes de su ingreso en la Escuela Normal. No ha podido examinarse... ¡En el liceo era un alumno tan aplicado, tan inteligente!

—¿Perdió usted a su marido cuando su hijo tenía diez años, verdad?

Enrojeció ella de nuevo, creyendo que los dos sacerdotes que la escuchaban conocían su historia.

—Sí, mi pobre marido no tuvo nunca suerte. Los disgustos le habían agriado sus ideas, se habían exaltado y murió en la cárcel, a consecuencia de un tumulto en una reunión pública, donde había tenido la desgracia de herir a un agente... Había peleado, en otro tiempo, durante la Comuna. Era, sin embar-

go, un hombre muy bueno y que me adoraba.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. El abate Rose, enternecido, la despidió.

—En fin, esperemos que su hijo le dé satisfacción y pueda compensarla de todo lo que ha hecho usted por él.

Y la señora Mathis se marchó, desapareció discretamente, con un gesto de tristeza infinita. No sabía nada de su hijo, pero temblaba ante el encarnizamiento del oscuro destino.

—No creo —dijo Pedro al abate cuando estuvieron solos— que esa pobre mujer pueda contar mucho con su hijo. No he visto a ese muchacho más que una vez y tiene en sus ojos claros la sequedad cortante de un cuchillo.

—¿Usted cree? —protestó el viejo sacerdote con su candidez de hombre bueno—. A mí me ha parecido muy educado; un poco impaciente de gozar, quizá; pero en esta juventud actual todos son impacientes... Vamos, sentémonos a la mesa; la sopa se enfría.

Casi a la misma hora, en el otro extremo de París, en la calle de Santo Domingo, había caído también lentamente la noche en el salón que ocupaba la condesa de Quinsac, en el fondo del silencioso y sombrío piso bajo de un vetusto hotel. Allí estaba sola con el marqués de Morigny, el amigo fiel; los dos ante la chimenea, donde las brasas de un último leño acababan de apagarse. La criada no había llevado la lámpara, y la condesa se olvidaba de llamar; encontraba un alivio a su inquietud en aquella invasión de las tinieblas, que ahogaba las cosas inconfesadas que temía ella dejar ver en su rostro cansado. Sólo entonces se atrevió ella a hablar, en medio de aquel salón negro, ante el fuego apagado, sin que ningún ruido lejano de ruedas turbase el silencio del magnífico pasado que dormía allí.

—Sí, amigo mío, no me tiene contenta la salud de Gerardo. Va usted a verle, porque me ha prometido volver temprano y cenar conmigo. ¡Oh, ya sé que tiene una cara soberbia y un aspecto recio y fuerte! ¡Pero, para conocerle bien, hay que haberle velado como yo, criándole con tanto trabajo! En el fondo, está a merced de todas las pequeñas enfermedades, que en él se agravan inmediatamente... Y la vida que hace no es la mejor para su salud.

Calló la condesa y suspiró vacilando en confesarse hasta el final.

—Hace la vida que puede hacer —dijo lentamente el marqués de Morigny, cuyo fino perfil, su gran aire de viejo severo y cariñoso se dibujaba en la sombra—. Puesto que no ha podido soportar la vida militar y las fatigas de la diplomacia la asustan a usted, ¿qué quiere usted que haga?... No puede más que vivir apartado, esperando el derrumbamiento final, bajo esta abominable república, que acaba de conducir a Francia a la tumba.

—Sin duda, amigo mío. Pero precisamente esa vida ociosa me espanta. En ella acaba de perder todo lo que en él había de bueno y de sano... No digo esto tan sólo por los amoríos que hemos tenido que tolerarle. El último, al que he consentido con tanta dificultad, hasta tal punto sublevaba mis ideas y creencias, me pareció después como si fuera más bien de una buena influencia... Pero acaba de cumplir sus treinta y seis años; ¿es que puede seguir viviendo de esta manera, sin finalidad, sin deberes? Si está enfermo, quizá sea porque no hace nada, ni es nada, ni sirve para nada.

Su voz se quebró de nuevo.

—Y además, amigo mío, ya que me obliga usted a decírselo todo, le confieso que yo tampoco estoy muy bien. He sufrido

desmayos y me ha visto un médico. En fin, puedo desaparecer cualquier día.

Morigny se inclinó hacia ella tembloroso y quiso cogerle las manos en la obscuridad, cada vez mayor.

—¡Usted, amiga mía! ¡Perderla a usted, que es como mi último culto! ¡Yo, que he visto hundirse al viejo mundo del que formo parte y que vivo con la única esperanza de que se quede usted al menos para cerrarme los ojos!

Ella le rogó que no aumentase su dolor.

¡—No, no! ¡No me coja usted las manos, no las bese! Siga usted en estas semitinieblas, en las que apenas le veo... Será nuestra divina fuerza hasta la tumba habernos amado tanto tiempo, sin una vergüenza ni un remordimiento...

Y luego, cuando volvió a su silencio y a su inmovilidad:

—Mañana, si yo me muriese, Gerardo no encontraría ni siquiera aquí la fortunita que él cree aún entre mis manos. Con frecuencia, este hijo querido me ha costado mucho, sin que él haya parecido darse cuenta. Debí haberme mostrado más severa, más prudente. Pero ¿qué quiere usted? La ruina está aquí; he sido siempre una madre demasiado débil... ¿Comprende usted ahora la angustia en que vivo, pensando en que, si muero, Gerardo no tendrá siquiera con qué vivir, incapaz de realizar el milagro que repito a diario para sostener el tren ilusorio de nuestra casa?... Le conozco y sé lo inerme, lo enfermizo que es, bajo su soberbia apariencia, sin poder hacer nada, sin saber ni siquiera conducirse. ¿Qué será de él? ¿No caerá en la peor desesperación?

Entonces, sus lágrimas corrieron libremente, su corazón se desgarraba y sangraba, presintiendo el día siguiente de su muerte, viendo a aquel hijo adorado, en quien su raza y todo un mundo se venían abajo. Y el marqués, inmóvil, trastorna-

do, comprendiendo que él no tenía ningún título para ofrecer su fortuna, sintiendo en qué nueva desgracia iba a acabar aquel desastre.

—¡Ah, pobre amiga mía! —acabó por decir con una voz que temblaba de indignación y de dolor—. Sigue usted pensando en ese matrimonio, sí, ante ese abominable matrimonio con la hija de esa mujer. ¡Jamás! Ha jurado usted. Prefería usted la muerte de todo. ¡Y ahora consiente usted, lo presiento!

Seguía ella llorando, en el salón oscuro y mudo, ante el fuego apagado. Aquel matrimonio de Gerardo con Camila ¿no era para ella la muerte feliz, la certeza de dejar a su hijo rico, amado, gozando, al fin, de la vida? Pero una última protesta la sublevó.

—No, no, no consiento; le juro que no consiento todavía. Luchó con todas mis fuerzas, ¡ah!, en una lucha de cada hora, cuya tortura no puede usted sospechar.

Luego previo su derrota sinceramente.

—Si cedo algún día, amigo mío, créame que siento tanto como usted la odiosidad de semejante matrimonio. Es la muerte de nuestra raza y de nuestro honor.

Cuando la sirvienta trajo, por fin, una lámpara encendida, Gerardo se presentó. El viejo salón Luis XVI, de maderas pálidas, recobraba en la suave claridad su gracia caduca; y el joven fingió una viva alegría, para tranquilizar a su madre y no dejarla demasiado triste, ya que no podía comer con ella. Cuando hubo explicado que le esperaban unos amigos, ella fue la primera en relevarle de su compromiso, feliz de verle tan alegre.

—Vete, vete, hijo mío, y no te fatigues demasiado... Rogaré a Morigny que se quede. El general y Larombardière deben venir a las nueve. Estate tranquilo; tendré gente aquí y no me

aburriré.

Y así fue como Gerardo, después de sentarse un instante para hablar con el marqués, pudo marcharse y dirigirse al Café Inglés.

Cuando llegó allí, unas damas con abrigo de piel subían ya la escalera; los saloncitos se llenaban de alegres y elegantes grupos; las luces eléctricas brillaban; toda la agitación del placer de la deslumbrante alta prostitución empezaba a remover y caldear el ambiente. Y en el reservado pedido por el barón encontró una magnífica mesa, con flores soberbias, cristales, plata, como para una gala regia. La mesa, de seis cubiertos, estaba puesta con un lujo que le hizo sonreír, y el menú y la carta de los vinos prometían maravillas; todo lo más raro y costoso que se había podido escoger.

—¿Qué chic resulta, eh? —gritó Silviana, que estaba allí ya con Duvillard, Fonsègue y Dutheil—. He querido asombrar a su influyente crítico... Cuando se convida a una comida semejante a un periodista tiene que mostrarse amable, ¿verdad?

Para vencer, ella no había imaginado nada mejor que hacerse una «toalete» atolondrante, un vestido de raso amarillo, cubierto de viejo punto de Alençon. Estaba descotada y se había puesto todos sus brillantes: una diadema en el pelo, un collar, unos lazos en los hombros, pulseras y sortijas. Con su cándido rostro de virgen, enmarcado por finos bucles, parecía una virgen de misal, cubierta por las ofrendas de los fieles, la virgen reina.

—Es usted tan bonita —dijo Gerardo, que bromeaba a veces—, que todo resulta bien.

—¡Bueno! —respondió ella, sin enfadarse—. Encuentra usted que soy una burguesa; y que una simple comida y una «toalete» modesta hubieran sido de mejor gusto. ¡Ah, querido, us-

ted no sabe cómo hay que dominar a los hombres!

Duvillard aprobó aquellas palabras, porque estaba encantado de exhibirla en pleno triunfo, adornada como un ídolo. Fonsègue hablaba de brillantes, y afirmaba que eran valores muy variables, desde que la ciencia, gracias al horno eléctrico, conseguiría pronto que la fabricación fuera corriente. Mientras que Dutheil, con aire extasiado, daba vueltas alrededor de la joven, con gestos zalameros de doncella, para rectificar un pliegue del encaje o corregir un rizo rebelde.

—¡Cómo! ¡Es un mal educado ese crítico de ustedes, que se hace esperar!

En efecto, el crítico llegó con un retraso de un cuarto de hora, y enseguida, al disculparse, expresó su sentimiento por tener que irse de allí a las nueve y media, pues debía hacer acto de presencia en un teatrillo de la calle de Pigalle. Era un hombretón de unos cincuenta años, ancho de hombros, de cara llena y barbuda. Conservaba de la Escuela Normal todo un dogmatismo, una rígida pedantería, de los que nada había podido librarle, ni sus esfuerzos hercúleos para ser escéptico y ligero, ni sus veinte años de estancia en París, entre todas las clases sociales. Magister era y magister seguía siendo, hasta en sus más laboriosas trapisondas de imaginación y de audacia. Desde que entró, se esforzó en mostrarse encantado de Silviana. La conocía, naturalmente, de vista; había hablado de ella incluso muy mal, en cinco o seis líneas desdeñosas, con ocasión de los pocos papeles que había ella desempeñado. Pero aquella bella mujer, vestida como una reina, presentada así bajo el protectorado de aquellos cuatro hombres importantes, le impresionaba, y se le estaba ocurriendo la idea de que no habría nada tan parisién, de un buen humor parisién más desprovisto de pedantería, que apoyarla, encontrándola de gran talento.

Se habían sentado a la mesa, y aquello fue una magnificencia, un servicio de un refinamiento delicado, con un criado por invitado, que atendía a los platos y a los vinos. Sobre el niveo mantel, las flores aromaban el aire, la plata y el cristal resplandecían, mientras circulaba una serie de platos imprevistos y deliciosos: un pescado traído de Rusia, caza vedada, las últimas trufas, gruesas como huevos, y frutas tempranas, como en plena estación. Era el dinero gastado sin tino, por la vanidad de decirse que nadie podía malgastar más. Y el crítico influyente, asombrado, aunque mostrase la soltura de un hombre acostumbrado a todas las fiestas, se tornaba servil, prometía su apoyo, se comprometía más de lo que hubiese querido. Estuvo además muy alegre, se le ocurrieron frases ingeniosas, exageró incluso su buen humor en bromas picarescas. Pero, después del asado, después de los grandes «caldos» de Borgoña, y cuando el *champagne* apareció, su excitación le llevó otra vez, sin resistencia posible ya, a su verdadero temperamento. Le habían hablado de «Polyeucte», del papel de Paulina, que Silviana quería desempeñar para su debut en la Comedia Francesa. Aquel extraordinario capricho, que le indignaba ocho días antes, no le parecía ya más que una tentativa atrevida, de la que ella saldría triunfante si consentía en escuchar sus consejos. Y ya lanzado, dio una conferencia sobre aquel papel, pretendiendo que ninguna actriz lo había comprendido aún rectamente, que Paulina no era al principio más que una honesta burguesa y que lo hermoso de su conversión, en el desenlace, estribaba en que había en ello un milagro, un rayo de gracia que la convertía en una divina figura. No era ésta la opinión de Silviana, que la veía, desde los primeros versos, como una heroína ideal de alguna simbólica leyenda. Habló interminablemente y ella tuvo que parecer convencida; y a él le encantó aquella discípula tan bella y tan dócil bajo la palmeta. Luego, cuando sonaban las diez, se es-

capó bruscamente del reservado oloroso y caldeado, para ir corriendo a su deber.

—¡Ah, amigos míos —exclamó Silviana—, qué lata me ha dado su crítico! ¡Qué idiota con su Paulina burguesa! Le hubiese dicho de todo si no le necesitase... ¡No, no, es un idiota! Denme una copa de *champagne* para que me reanime.

Entonces la fiesta adquirió una gran intimidad entre los cuatro hombres y aquella cortesana embrillantada, descotada, medio desnuda, mientras que de los pasillos, de los reservados próximos llegaban ruidos de risas y de besos; la agitación, que había ido aumentando en la casa entera. Ante el balcón, el bulevar arrastraba su torrente de coches y de peatones, su fiebre de placeres y su tráfico amoroso.

—¡No abra usted, querido! —exclamó Silviana, dirigiéndose a Fonsègue, que se dirigía hacia el balcón—, va usted a hacer que me constipe. ¿Tiene usted calor? Pues yo me encuentro muy a gusto... Duvillard, diga usted que traigan más *champagne*. ¡Es asombrosa la sed que me ha producido ese crítico!

Resultaba sofocante el calor cegador de las luces y el olor denso de las flores y de los vinos. Y ella sentía una necesidad irresistible de juerga, un deseo de emborracharse, de divertirse de un modo sucio, como en otros tiempos, en sus comienzos. Unas cuantas copas más de *champagne* la colmaron, y se mostró de una alegría atrevida, ruidosa, mareante. Nunca hasta aquella noche la habían visto así, tan graciosa realmente, que ellos también se dedicaron a divertirse. Cuando se marchó Fonsègue, por tener que ir a su periódico, ella le besó, como una hija, según dijo, porque él la había respetado siempre. Al quedarse sola con los otros tres, les trató con una extraordinaria procacidad de lenguaje, que les fustigaba y les excitaba. A medida que se emborrachaba, iba brotando más impudor en ella. Y su picaresco atractivo, que ella se desco-

nocía, estribaba en aquello, en su cara de virgen, en su aspecto de pureza ideal, bajo el cual se revelaba la más perversa, la más monstruosa de las cortesanas. Y sobre todo, cuando estaba borracha, tenía, con sus ingenuos ojos azules y su candor de lirio, fantasías diabólicas, como para condenar a los hombres.

Por eso Duvillard la dejaba embriagarse e incluso la ayudaba, con el solapado propósito de acompañarla a su casa y de quedarse allí, si la borrachera se la entregaba indefensa.

—Te veo venir, hermoso. Crees que seré más amable esta noche porque me estoy riendo. Pues te equivocas, mi cabeza sigue tan firme... No tendrás de mí ¡ni esto! mientras no me hagas debutar en la Comedia.

Duvillard, a quien ella venía negándose desde hacía seis semanas, se esforzaba en reír, y contaba, a pesar de todo, con hacerla suya si sabía esperar pacientemente. Y de los otros dos, Gerardo, a quien ella miraba con la mayor ternura, en recuerdo del capricho que había ya sentido por él, se dejaba invadir, a su vez, por el deseo de una noche feliz, en el trastorno de su voluntad; mientras que Dutheil, acechando siempre una ocasión propicia, se enardecía, imaginándose que le había llegado su hora, a condición de obrar con habilidad.

Ella, sin embargo, sintiéndose deseada, viéndoles a los tres a su alrededor con la lengua fuera, como decía, inventaba historias inauditas, les dirigía discursos de una asombrosa fantasía soez. Y ellos la encontraban admirable, en su resplandeciente atavío de virgen reina. Luego, cuando ya se hartó de *champagne*, medio loca, se le ocurrió de pronto una idea.

—Oíd, hijos míos; no vamos a quedarnos aquí, nos aburrirnos. Hay que hacer algo... Mirad: vais a llevarme al Cuarto de los Horrores para acabar la noche. Quiero oír «La camisa»,

esa canción que canta Legras y que atrae a todo París.

Duvillard se rebeló entonces.

—¡Ah, no, eso sí que no! ¡Esa canción es una verdadera indecencia y yo no te llevaré nunca a semejante sitio!

Ella no pareció oírle, de pie ya y vacilante, riendo, arreglándose el pelo ante un espejo.

—Y además, yo he vivido en Montmartre y me divierte volver allí. Y por añadidura, quisiera saber si ese Legras es un Legras que yo conocí..., ¡oh, hace mucho tiempo!... ¡Hala, vámonos!

—Pero, querida, no podemos llevarte a semejante antro con ese vestido... ¡Cómo vas a entrar allí, descotada, cubierta de brillantes! Nos abuchearían... Gerardo, se lo ruego, dígame usted que sea un poco razonable.

Gerardo, a quien desagradaba igualmente la idea de aquella visita, quiso intervenir. Pero ella le tapó la boca con su mano, ya enguantada, y repitió, con la terquedad alegre de la borrachera:

—¡Chist! ¡Resultará mucho más gracioso todavía que nos abucheen! ¡Vámonos, vámonos de prisa!

Entonces Dutheil, que escuchaba con su aire de hombre juerguista, que no se asombra ni se enfada por nada, se colocó galantemente a su lado.

—El Cuarto de los Horrores, mi querido barón, es un sitio adonde todo el mundo va. Yo he llevado allí a las señoras más encopetadas, y precisamente para que oyesen esa canción de «La camisa», que no es más indecente que otras.

—¡Estás oyendo, rico, lo que dice Dutheil! —exclamó Silviana, triunfante—. ¡Y él es diputado y no iba a comprometer su honorabilidad!

Luego, como Duvillard se resistiese, desesperado de exhibirse, ella no se enfadó, sino que se mostró aún más alegre, por el contrario.

—¡Después de todo, haz lo que quieras, rico! No te necesito. Lárgate con Gerardo y procurad consolaros juntos... Yo me voy allá con Dutheil. ¿Verdad, Dutheil, que quiere usted encargarse de mí?

Pero no era aquel el desenlace que esperaba el barón. Lleno de angustia, tuvo que resignarse al capricho de aquella mujer terrible, cuyo solo olor le embrutecía. Y no tuvo más consuelo que no dejar marchar a Gerardo, quien, por un último resto de dignidad, se obstinaba en no ser de la partida. Le había cogido de las manos, le retenía, repitiéndole con una voz especial que le pedía un favor de amigo. De tal modo, que el amante de la esposa y el prometido de la hija se vio obligado al fin a ceder al marido y al padre.

Silviana los contemplaba, divertidísima, riendo hasta saltársele las lágrimas. De repente, olvidándose de toda circunspección, confesó su debilidad amorosa por Gerardo y, tuteándole, hizo alusión a sus relaciones con la baronesa.

—Vente, so tonto, acompáñale, tienes ese deber con él.

Duvillard aparentó no haber oído. Dutheil le tranquilizaba, diciéndole que había, en un rincón del Cuarto de los Horrores, una especie de palco, donde podía esconderse un poco. Abajo estaba, afortunadamente, el coche de Silviana, un gran landó cerrado, cuyo cochero, un apuesto y fornido mozo, esperaba, impasible, en su pescante. Y partieron.

El Cuarto de los Horrores estaba instalado en un antiguo café del bulevar Rochechouart, que había quebrado. El salón era estrecho, irregular, con rincones oscuros, ahogado por un techo muy bajo y ahumado. No podía imaginarse nada más

rudimentario que el decorado: habían pegado simplemente en las paredes unos carteles con figuras chillonas, de lo más procaz y desgarrado. Al fondo, ante un piano, había un pequeño tablado, sobre el cual se abría una puerta, tapada por una cortina. Luego no había más que bancos, sin tapizar ni almohadillar, a lo largo de los cuales se alienaban unas mesas de mendero, sobre cuyos tableros dejaban los vasos redondeles pringosos. Ningún lujo, ningún arte, ni siquiera limpieza. Brazos de gas, sin globos, ardiendo al descubierto, caldeaban fuertemente la espesa atmósfera quieta, formada por alientos y humo de pipas.

Vislumbrábanse bajo aquel velo caras sudorosas, congestionadas, mientras que el olor acre de toda aquella gente apiñada aumentaba la embriaguez, los gritos con que el auditorio se desahogaba a cada nueva canción. Había bastado con levantar aquel tablado y sacar a aquel Legras, ayudado por dos o tres daifas, con hacerle cantar su repertorio de rabiosas procacidades, para provocar el éxito en tres noches, un éxito formidable, pues todo París, encandilado, loco, se amontonaba en aquel café insignificante, que no habían logrado hacer revivir durante diez años los pequeños rentistas del barrio, cuando sólo les permitían allí sus diarias partidas de dominó.

Era la inmunda humanidad en celo, la irresistible atracción del oprobio y de la repulsión. El París gozador, la burguesía dueña del dinero y del poder, hastiándose de ellos a la larga, pero no queriendo soltarlos, acudía allí tan sólo a que le arrojasen a la cara obscenidades e injurias. Hipnotizada por el desprecio sentía, en su derrumbamiento cercano, la necesidad de que se lo escupiesen al rostro. ¡Y qué síntoma espantoso ver aquellos condenados del mañana lanzándose espontáneamente al fango, apresurando voluntariamente su descomposición, con aquel ansia de lo innoble, que sentaba allí, en la

vomitona de aquel tugurio, a hombres con fama de serios y honrados y a mujeres delicadas y divinas, de una gracia y de un lujo bien olientes!

En una de las primeras mesas, junto al tablado, la pequeña princesa de Harth resplandecía, con los ojos trastornados y las narices palpitantes, encantada de satisfacer al fin su curiosidad exasperada por los bajos fondos parisienses; mientras que el joven Jacinto, que se había resignado a llevarla, ceñido muy elegantemente en su larga levita, accedía a no aburrirse demasiado, con aire indulgente. Ambos acababan de encontrarse, en una mesa contigua a la suya, a un raro español a quien conocían, el agente de Bolsa Bergaz, que, presentado por Janzen, asistía habitualmente a las fiestas de la princesa. Por lo demás, no sabían nada de él, ni siquiera si ganaba realmente en la Bolsa el dinero que gastaba a veces a manos llenas, vestido con una elegancia afectada, de cierta finura con su alta estatura, su boca roja de gozador y sus ojos claros de fiera. Se le tachaba de tener costumbres vituperables, y aquella noche estaba en compañía de dos jóvenes: Rossi, un italiano pequeño y cetrino, de duro pelo, venido a París para servir de modelo y que se había dejado arrastrar a la fácil existencia de los oficios equívocos, y Sanfaute, un parisién, pálido golfo de la Chapelle, imberbe, vicioso y socarrón, peinado como una mujerzuela, con sus rubios cabellos partidos en bucles, cuyos rizos encuadraban sus flacas mejillas.

—¡Oh, hágame el favor —pedía febrilmente Rosamunda a Bergaz—, usted que parece conocer toda esta gente baja, enseñeme los tipos extraordinarios, dígame, por ejemplo, si no hay aquí ladrones y asesinos!

Y él se reía, con su aguda risa, burlándose de ella.

—Pero si usted conoce a esta gente, señora... Aquella mujercita tan deliciosa, tan sonrosada y tan bonita, es una americana

na, la mujer de un cónsul que debe usted recibir en su casa. La otra de la derecha, esa morena alta, que tiene la dignidad de una reina, es una condesa, con cuyo coche se cruza usted a diario en el Bosque de Bolonia. Y la delgada, de más allá, aquélla cuyos ojos relucen como los de una loba, es la amiga de un alto funcionario muy conocido por su austeridad.

Ella le interrumpió, desilusionada.

—Ya sé, ya sé... ¿Pero y los otros, aquellos de allá lejos, los que viene una a ver?

Y le hacía preguntas y buscaba caras terroríficas y misteriosas. En un rincón, dos hombres acabaron por atraer su atención, uno muy joven, de cara pálida y afectada, y el otro de edad indefinida, embutido en un gabán abrochado tan arriba que no se le veía ni el cuello, con una gorra tan encasquetada, que no se veía de su rostro más que un poco de barba. Estaban sentados ante unos «bocks» de cerveza, que trasegaban lentamente, silenciosos.

—Querida —dijo Jacinto riendo abiertamente—, ha caído usted en un mal día, si necesita bandidos disfrazados. Ese pobre muchacho tan pálido y que no debe comer todos los días, ha sido condiscípulo mío en Condorcet.

Bergaz, sorprendido, intervino.

—¡Que ha conocido usted a Mathis en Condorcet! Sí, es verdad, asistió allí a las clases... ¡Ah! Conocía usted a Mathis. Un muchacho muy notable, a quien ahoga la miseria... Pero dígame, ¿no conoce usted al otro, a su compañero?

Jacinto, mirando al hombre de la gorra encasquetada, decía que no con la cabeza, cuando Bergaz, de pronto, le empujó vivamente con el codo para hacerle callar. Y a guisa de explicación, añadió muy bajo:

—¡Chist!... Ahí está Raphanel. Desconfío de él hace tiempo.

En cuanto él llega huele a policía.

Raphanel era también una de las vagas y sospechosas figuras del anarquismo que Janzen había introducido en casa de la princesa, para halagar su pasión revolucionaria actual. Era un hombrecillo redondo y alegre, de cara de muñeca y nariz infantil ahogada entre unas gruesas mejillas, que pasaba por ser un energúmeno y exigía a grandes voces el incendio y el asesinato en las reuniones públicas. Y lo peor era que, comprometido ya varias veces, había logrado siempre zafarse, mientras sus compañeros seguían encerrados bajo cerrojo. Y éstos empezaban a extrañarse.

Enseguida estrechó alegremente la mano de la princesa, se sentó a su lado sin que le invitasen, y se puso a injuriar a aquella cochina burguesía que se encenegaba en aquellos malos sitios. Rosamunda, encantada, le animó, mientras que los que les rodeaban mostraban su desagrado. Bergaz le examinaba con sus ojos claros, con una risita desconfiada, como un hombre terrible que actuaba, dejando que los otros hablaran. Continuamente cambiaba con Sanfaute y Rossi, sus dos lugartenientes mudos, miradas de inteligencia; y éstos eran, visiblemente, suyos en cuerpo y alma para todas las desenfundadas orgías y todos los atentados productivos a los que se le antojaba llevarlos. Ellos sólo explotaban el anarquismo, practicándolo hasta el final, utilizando la lógica atroz de las consecuencias.

Entretanto en espera de Legras con sus Flores del Arroyo, habían desfilado dos cancionistas por el tablado, una gorda y otra flaca, la una destilando romanzas ñoñas y la otra lanzando cuplés canallas, violentos como bofetadas. Había acabado su actuación en medio de una tempestad de bravos, cuando, de pronto, la sala animada por aquello, y deseando divertirse, se alborotó de nuevo. Era Silvana que hacía su entrada en el

palquito del fondo. Cuando apareció de pie, a plena luz, medio desnuda, parecida a un astro, con su vestido de raso amarillo, resplandeciente toda con sus brillantes, hubo un escándalo formidable, de risas, pitos, silbidos y chillidos mezclados con aplausos estrepitosos. Y el escándalo arreció aún más, se oyeron frases gruesas en cuanto vieron detrás de ella a los tres hombres, Duvillard, Gerardo y Dutheil, de gran etiqueta, graves y correctos.

—¡Ya te lo decíamos! —murmuró Duvillard, contrariadísimo con la aventura, mientras que Gerardo intentaba disimularse en la sombra.

Pero ella, sonriente, encantada, de frente al público, aguantaba la borrasca con su aire candoroso de virgen loca, como quien respira el aire vivificante del mar, en plena galerna. Aquello era lo suyo, era el aire nativo.

—¿Y qué? —respondió ella al barón, que quería que se sentase—. Están alegres y resulta muy bonito... ¡Oh, lo que me divierte!

—Sí, es muy bonito —declaró Dutheil, que se iba sintiendo también a gusto—. Tiene usted razón, hay que reír.

En medio del ruido, que no cesaba, la princesita de Harth, entusiasmada, se había levantado para ver mejor. Cogió por el hombro a Jacinto.

—¡Pero si es su padre con esa Silviana! Mírelos, mírelos...

¡Hay que tener frescura para exhibirse con ella aquí!

Jacinto se desasíó, negándose a contestar. Aquello no le interesaba; su padre era idiota y había que ser una criatura para entusiasmarse así con una mujerzuela. Y su desprecio a la mujer se tornó insultante.

—Me pone usted nerviosa, querido —dijo Rosamunda, vol-

viendo a sentarse casi en sus rodillas, decidida a que la acompañase luego y a que se quedase con ella aquella noche, con el pretexto de ofrecerle una taza de té—. La criatura lo es usted, que presume de no querer nada con nosotras... Hace bien su padre en querer a ésa. Es muy bonita, ¡la encuentro adorable!

Entonces Jacinto le dijo burlón, aludiendo a la perversión sexual, tan conocida, de Silviana:

—¿Quiere usted que vaya a decírselo?... Papá la presentará y harán ustedes una buena pareja.

Cuando ella hubo comprendido, se echó sencillamente a reír.

—No, no, soy una curiosa, pero no llego todavía hasta eso.

—Ya llegará usted algún día, hay que probarlo todo.

—¡Quién sabe!

De pronto, el ruido cesó, cada cual ocupó su sitio y sólo se sintió el latido febril de la sala. Acababa de aparecer Legras en el tablado. Era un muchacho grueso y lívido, con chaqueta de terciopelo, de cara redonda, cuidadosamente afeitada, de mirada dura y mandíbula varonil, de esos que se hacen adorar por las mujeres amedrentándolas. No carecía de talento, cantaba con oído, tenía una voz timbrada de una penetración y de una fuerza patética extraordinarias. Y su repertorio, las Flores del Arroyo, acababa de explicar su éxito, ya que eran canciones en que la procacidad y el sufrimiento de los de abajo, toda la abominable llaga del infierno social, clamaba y escupía su dolencia en palabras inmundas de sangre y fuego.

Preludió el piano y Legras cantó «La Camisa», aquella canción horrenda que atraía a todo París. El último trapo de la prostituta pobre, de la carne de burdel, quedaba en ella lacerado y arrancado a latigazos. Toda la lujuria de la calle se exhibía en ella en toda su suciedad y su acritud venenosas. Y

el crimen burgués se revelaba ante aquel cuerpo de la mujer arrastrado por el fango, arrojado a la fosa común, golpeado, violado, sin un velo. Pero, todavía más que en las palabras, la injuria cáustica estaba en la manera con que Legras arrojaba aquello al rostro de los ricos, de los dichosos, de las bellas damas que se apretujaban para oírle. Y bajo el techo sofocante, entre el humo de las pipas y el calor cegador del gas, lanzaba los versos a mordiscos, como salivazos, en una ráfaga de furioso desprecio. Y cuando hubo terminado, fue el delirio: las bellas burguesas no reaccionaban siquiera ante tantas afrentas; aplaudían frenéticamente; la sala se agitaba, enronqueciendo, revolcándose enloquecida en su ignominia.

—¡Bravo! ¡Bravo! —repetía con su voz aguda la princesita—. ¡Asombroso! ¡Asombroso! ¡Admirable!

Pero Silviana, sobre todo, cuya embriaguez parecía aumentar desde que se apasionaba en el fondo por aquel loco enardecido, aplaudía y gritaba a voz en cuello.

—¡Es él, es mi Legras! ¡Tengo que besarle, me ha producido un placer enorme!

Duvillard, exasperado al fin, quiso llevársela a la fuerza. Ella se agarró a la barandilla del palco, gritó más fuerte aún, sin enfadarse, muy alegre siempre. Y hubo que parlamentar. Accedía a marcharse y a dejarse acompañar a su casa. Pero antes se había jurado besar a Legras, que era un antiguo amigo.

—Vayan los tres a esperarme en el coche. Enseguida iré a reunirme con ustedes.

Cuando la sala acabó por apaciguarse, Rosamunda vio que el palco se quedaba desierto; y, una vez satisfecha su curiosidad, pensó en que la acompañase a ella también Jacinto. Este, que había escuchado indolentemente, sin aplaudir, hablaba de Noruega con Bergaz, quien pretendía haber viajado por el

Norte. ¡Oh, los «fiords», oh los lagos helados!; ¡oh, el frío puro y casto del invierno eterno! Sólo allí, afirmaba Jacinto, comprendía él la mujer y el amor, el beso de nieve.

—¿Quiere usted que salgamos mañana? —exclamó la princesa, con su viveza descarada—. Haremos nuestro viaje de bodas... Cierro mi hotel y nos vamos.

Y añadió que hablaba en broma, naturalmente. Pero Bergaz sabía que era capaz de realizar aquella fuga. Ante la idea de dejar cerrado su hotelito, sin guarda quizás, él cambió una viva mirada con Sanfaute y Rossi, siempre mudos y sonrientes. ¡Qué golpe a realizar, qué recuperación a intentar allí, sobre la riqueza común robada por la infame burguesía!

Raphael, por su parte, después de haber aclamado a Legras, se dedicaba a escudriñar la sala con sus ojillos grises y penetrantes. Y los dos hombres, Mathis y el otro, el mal vestido, aquél a quien no se veía más que un trozo de barba, acababan de atraer su atención. No se habían reído, no habían aplaudido, estaban allí como gentes cansadísimas que descansan, convencidos de que el mejor medio de desaparecer consiste en mezclarse con la multitud.

De pronto, Raphael se volvió hacia Bergaz.

—Aquel de allí es el pequeño Mathis. ¿Con quién está?

Bergaz hizo un gesto evasivo: no lo sabía. Pero ya no apartó sus ojos de Raphael y le vio fingir la mayor indiferencia, acabar su «bock» y despedirse, diciendo, como en broma, que le esperaba una dama, al lado, en el despacho de los ómnibus. En cuanto desapareció, Bergaz se levantó vivamente, saltó sobre los bancos, empujando a todo el mundo, se abrió paso hasta el pequeño Mathis y se inclinó a su oído. E inmediatamente éste abandonó su mesa, se llevó a su compañero, y le empujó fuera por una puerta de escape. Lo hicieron con tal

rapidez, que nadie notó aquella huida.

—¿Qué ocurre? —preguntó la princesa a Bergaz, cuando éste volvió a sentarse tranquilamente, entre Rossi y Sanfaute.

—Nada, he querido ir a saludar a Mathis, que se marchaba.

Rosamunda anunció que ella iba a hacer lo mismo. Luego se entretuvo un momento más, volvió a hablar de Noruega, al ver que sólo la idea de los hielos eternos, del gran frío purificador, apasionaba a Jacinto. En su poema «La muerte de la Mujer», que él deseaba no terminar nunca, pensaba, como último decorado, en un bosque de pinos helados. Se había ella levantado y repetía alegremente su broma, diciendo que se le llevaba a tomar una taza de té en su casa, para organizar su viaje, cuando Bergaz, que lo escuchaba todo vigilando la puerta con el rabillo del ojo, lanzó una exclamación involuntaria:

—¡Mondésir! ¡Estaba yo seguro de esto!

Acababa de aparecer en la puerta un hombrecillo nervioso y fornido, cuya cara redonda, de abultada frente y nariz chata, tenía una rudeza militar. Hubiérase dicho que era un suboficial de paisano. Escudriñaba la sala y parecía desconcertado y decepcionado.

Bergaz, que quería disimular su exclamación, prosiguió con naturalidad:

—Ya decía yo que me estaba oliendo a la policía... ¡Mire usted! Aquel es Mondésir, un agente, un mozo muy fuerte que ha tenido disgustos en el regimiento... Fíjese cómo ventea, igual que un perro cuyo olfato falla. Anda, anda, buen hombre, si te han señalado alguna pieza, ya puedes buscar, que el pájaro ha volado.

Afuera, cuando Rosamunda hubo convencido a Jacinto de que la acompañase, se apresuraron a salir riendo en el «cupé»

que les esperaba, pues acababan de ver el landó de Silviana, con el cochero majestuoso, inmóvil en el pescante, mientras que los tres hombres, Duvillard, Gerardo y Dutheil seguían esperando, de pie, al borde de la acera. Desde hacía cerca de veinte minutos estaban allí, en las semitinieblas de aquel bulevar exterior, donde vagaban la baja prostitución, los vicios inmundos de los barrios pobres. Unos borrachos los habían empujado, unas sombras de rameras los rozaban, yendo y viniendo, cuchicheantes, bajo los juramentos y los golpes de los chulos. Parejas infames buscaban la obscuridad de los árboles, se paraban en los bancos, ocupaban los rincones sucios. Y eso era el barrio entero, las casas mal afamadas, en los alrededores, los cuartos amueblados, las míseras alcobas de libertinaje, sin cristales en las ventanas, sin sábanas en las camas. El asco de toda la hez humana que se agita, hasta por la mañana, en aquel fango negro de París, los envolvía. Les helaba, sin que ni el barón ni los otros dos quisiesen marcharse de aquel sitio. Su esperanza tenaz los hacía aguantar allí, a pie firme, pues cada uno de ellos seguía creyendo que se quedaría solo, por último, y que acompañaría a Silviana, y que sería suya, demasiado ebria para defenderse.

—Julio, vaya usted a ver por qué no viene la señorita.

—Pero ¿y los caballos, señor barón?

—Descuide usted, estamos aquí nosotros.

Había empezado a caer una lluvia fina. Y la espera siguió otra vez, y se eternizó de nuevo. Pero un encuentro imprevisto los distrajo un momento.

Les pareció que una sombra, una mujer flaca con falda negra les rozaba. Y tuvieron la sorpresa de reconocer a un sacerdote.

—¡Cómo! ¿Es usted, señor abate Froment? —exclamó Ge-

rardo—. ¿A esta hora?, y ¿en este barrio?

Pedro, sin extrañarse de encontrarles a ellos y sin preguntarles a su vez que hacían allí, les explicó que se había entretenido en casa del abate Rose, para visitar con él un Refugio nocturno. ¡Ah, toda la miseria espantosa que acababa allí, en aquellas alcobas nauseabundas, cuyo olor a rebaño le había hecho desfallecer! ¡Todas las gentes, aniquiladas allí de lasitud y de desesperación, en un sueño pesado de bestias derrengadas, para dormir sobre el suelo la abominación de vivir! ¡Una promiscuidad sin nombre, la indignancia y el sufrimiento en montón; niños, hombres, viejos; andrajos sórdidos de mendigos mezclados a levitas raídas de pobres vergonzantes, los restos del naufragio cotidiano de París, la holgazanería y el vicio, y la mala fortuna y la injusticia que el oleaje empujaba y rechazaba, con las impurezas de la espuma! Algunos dormían rendidos, con cara de muertos. Otros, de espaldas, con la boca abierta, roncando, seguían exhalando la queja de su vida. Otros se agitaban insomnes, luchaban hasta en su sueño contra pesadillas aumentadas: el cansancio, el frío, el hambre, que tomaban formas monstruosas. Y, de aquellos seres que yacían como heridos después de una batalla, de aquella ambulancia de la vida, envenenada por una fetidez de podredumbre y de muerte, ascendía una náusea de indignación, el pensamiento justiciero de las alcobas felices, de la alegría de los ricos que amaban o descansaban en aquel momento, entre sábanas finas y encajes.

En vano Pedro y el abate Rose habían buscado, entre los miserables o hacinados, al antiguo ebanista, para extraerle de la cloaca y enviarle, desde el día siguiente, al Asilo de Inválidos del Trabajo. Se había presentado allí, en el Refugio, aquella noche, pero no había ya sitio; pues, cosa horrible, aquel infierno era también un lugar de elegidos. Y debía estar ahora

en cualquier parte, adosado a un muro, acostado detrás de una valla. Desconsolado y no pudiendo registrar las tinieblas peligrosas, el buen abate Rose había vuelto a subir la calle Cortot, mientras que Pedro buscaba un coche para regresar a Neuilly.

Seguía cayendo la lluvia fina, helada ahora, cuando Julio, el cochero, reapareció al fin, interrumpiendo al sacerdote que contaba al barón y a los otros dos el escalofrío que conservaba aún de su visita.

—¿Qué, Julio? ¿Y la señorita? —preguntó Duvillard al cochero, inquieto al verle solo.

Julio, impasible, respetuoso, sin más ironía que la comisura izquierda de su boca ligeramente torcida, respondió con su voz bien timbrada:

—La señorita ha dicho que no volverá y que pone su coche a disposición de los señores por si quieren que les lleve a sus casas.

Aquello era ya demasiado y el barón se enfadó. Haberse dejado arrastrar a aquel tugurio, esperarla esperando aprovecharse de su borrachera para que aquella misma borrachera la echara en brazos de Legras, ¡no, no! ¡Estaba ya harto y ya pagaría ella caro aquello! Y parando un «fiacre» que pasaba, empujó dentro a Gerardo diciéndole:

—Va usted a dejarme en mi casa.

—¡Pero si nos deja el coche! —gritaba Dutheil, consolado ya, y riéndose en el fondo de lo ocurrido—. Vengan ustedes, hay sitio para tres... ¿No? ¿Prefieren ustedes ese «fiacre»? ¡Como quieran!

Y él subió gallardamente y se fue, arrellanado sobre el mullido asiento, al trote del soberbio tronco, mientras que en el viejo «fiacre», violentamente bamboleado, el barón exhalaba su cólera, sin que Gerardo, envuelto en la sombra, le inte-

rrumpiese con una sola palabra. ¡Ella, a quien había colmado de regalos, que le había costado ya cerca de dos millones, hacerle aquella faena, a él, a él que era el amo, que disponía de las fortunas y de los hombres! Pero, en fin, ella lo había querido; él se consideraba ya en libertad y respiraba hondamente, como un hombre que sale de presidio.

Pedro vio un momento cómo se alejaban los coches. Luego se marchó, andando bajo los árboles, para guarecerse de la lluvia, en espera de que pasase otro «fiacre». Su pobre ser en lucha acababa por sentirse helado; toda la monstruosa noche penetraba en él, todo cuanto sollozaba allí: libertinaje y desesperación, la prostitución de arriba, que se confundía con la prostitución de abajo. Seguían vagando por allí pálidos fantasmas de rameras en busca de su pan, cuando una sombra le rozó y le dijo al oído:

—Avisé a su hermano. La policía está pisándole los talones a Salvat, que puede ser detenido de un momento a otro.

La sombra se esfumaba ya, y a Pedro, estremecido, le pareció reconocer, a la luz de un farol, la carita seca, lívida y flaca, de Víctor Mathis. Al mismo tiempo, allí arriba, en el apacible comedor del abate Rose, volvió a ver el dulce rostro de la señora Mathis, tan triste, tan resignada, viviendo tan sólo de la última y temblorosa esperanza que ponía en aquel hijo.

III

DESDE las ocho, en aquel día festivo, jueves de Cuaresma, mientras todos los despachos del amplio edificio estaban vacíos, Monferrand, el ministro de la Gobernación, se hallaba solo en su despacho. Un simple ujier guardaba su puerta y dos ordenanzas ocupaban la primera antecámara.

Monferrand, al despertar, acaba de experimentar la más desagradables de las emociones: «La Voz del Pueblo» que, al día anterior había vuelto a ocuparse del asunto de los Ferrocarriles africanos, acusando a Barroux, el actual ministro de Hacienda, de haber cobrado doscientos mil francos, proseguía su campaña y agravaba el escándalo aquella mañana, publicando la lista, prometida desde hacía tanto tiempo, con los treinta y dos nombres de los diputados y senadores que habían vendido sus votos a Hunter, el hombre de Duvillard, el fabuloso corruptor, hoy desaparecido, esfumado, inencontrable. Y Monferrand acababa, pues, de ver su nombre a la cabeza de la lista, inscrito allí por la suma de ochenta mil francos, mientras que Fonsègue lo estaba por cincuenta mil, y las cifras descendían luego a diez mil para Dutheil, a tres mil para Chaigneux, el voto mísero más barato, en medio de todos los demás pagados de cinco a veinte mil francos.

En la emoción de Monferrand no había ni sorpresa ni cólera. Él no hubiera creído simplemente que Sanier llevase su afán por el escándalo hasta el extremo de publicar aquella lista, aquella supuesta página arrancada de un «carnet» de Hunter, de signos jeroglíficos incomprensibles, que hubiese sido necesario discutir y explicar, para deducir de ellos la auténtica verdad.

Por otra parte, estaba perfectamente tranquilo, ya que no ha-

bía escrito ni firmado nada, sabiendo que se libra uno de todos los malos pasos con audacia, no confesando jamás. Pero, eso sí, ¡qué agitación en la charca parlamentaria! Comprendió inmediatamente la consecuencia inevitable, el Ministerio derribado, barrido por aquel nuevo huracán de delaciones y de comadreo. Afortunadamente, la Cámara aquel jueves no celebraba sesión. Pero, a partir del día siguiente, Mège iba a reanudar su interpelación, y Vignon y sus amigos aprovecharían la ocasión para dar un furioso asalto a las carteras codiciadas. Y él se veía caído, expulsado de aquel despacho, en el que se había instalado, desde hacía ocho meses, sin necia vanagloria, feliz únicamente de estar en su sitio, como hombre de Gobierno que se creía con la suficiente talla para domar y conducir multitudes.

Rechazó los periódicos con gesto despectivo y se levantó, estirándose con un rugido de león hostigado. Y ahora se paseaba, a lo largo, por la amplia estancia de un lujo oficial y anticuado, con muebles de caoba y tapizada de damasco verde. Con las manos a la espalda, no tenía ya su aire paternal, su «bonhomie» sonriente y algo vulgar. El rudo luchador que él era, con su baja estatura y sus hombros anchos, aparecía bajo su espesa máscara. Su boca sensual, su gruesa nariz, sus ojos duros, mostraban que él carecía de escrúpulos, que tenía una voluntad de acero y estaba forjado para las más rudas tareas. ¿Qué iba él a hacer? ¿Iba a dejarse arrastrar en el desastre, con el honrado y atronador Barroux? Quizá su caso personal no era desesperado. Pero ¿cómo abandonar a los otros para alcanzar la orilla? ¿Cómo salvarse él mismo, mientras los otros se ahogaban? Grave problema, ardua maniobra, cuya búsqueda le trastornaba, en un furioso afán de conservar el Poder.

No se le ocurrió nada y se desató contra los ataques de virtud

de aquella estúpida República, que hacían, según él, imposible todo Gobierno. ¡Que una tontería semejante inmovilizase a un hombre de su inteligencia y de su fuerza! ¿Cómo gobernar a los hombres si le quitaban a uno de las manos el dinero, el cetro soberano? Y se reía amargamente, a solas, de lo absurdo que le parecía la idea de un país idílico, donde las grandes empresas se efectuasen honradamente. No sabiendo qué decidir, pensó de pronto que lo mejor era tener una entrevista con el barón de Duvillard, a quien conocía desde hacía largo tiempo, y al que sentía no haber visto antes para inclinarse a negociar la compra del silencio de Sanier. Primero se le ocurrió la idea de escribir al barón dos líneas, que le llevaría un ordenanza. Luego, en su desconfianza por los documentos escritos, prefirió utilizar el teléfono, que había hecho instalar, para su uso personal, en una mesita, junto a su despacho.

—¿Es el señor barón Duvillard el que está al aparato?... ¡Perfectamente! Sí, soy yo, el ministro, Monferrand; y le ruego que venga a verme enseguida... ¡Muy bien, muy bien! Le espero.

Volvió a pasar por la habitación y a buscar una salida. Aquel Duvillard era también hombre de talla, que le daría seguramente alguna idea. Y se sumía en laboriosas combinaciones, cuando el ujier se presentó diciendo que el señor Gascogne, jefe de Seguridad, insistía en hablar a S. E. Su primer pensamiento fue que venían de la Prefectura de Policía para que indicase él las medidas a tomar aquel día con ocasión de dos manifestaciones, la de las lavanderas y la de los estudiantes, que iban a desfilar a mediodía en medio de la multitud.

—Que pase el señor Gascogne.

Entró un hombre alto, delgado, muy moreno, con aspecto de obrero endomingado. De temperamento frío, conociendo admirablemente las interioridades de París, era de espíritu claro

y metódico. Aunque el hábito profesional le perjudicaba un poco; hubiese tenido más inteligencia si hubiera creído que tenía menos y no se creyera omnisciente.

Disculpó primeramente al señor prefecto, que habría acudido en persona, con toda seguridad, si no le hubiese retenido una ligera indisposición. Era casi preferible, por lo demás, que fuera él quien informase al señor ministro sobre el grave asunto, que conocía muy a fondo. Y contó el grave asunto.

—Creo firmemente, señor ministro, que tenemos cogido, al fin, al autor del atentado de la calle Godot-de-Mauroy.

Monferrand, que escuchaba con aire impaciente, se interesó de pronto. Las pesquisas inútiles de la Policía, los ataques y las burlas de la Prensa eran uno de sus disgustos cotidianos. Respondió con su llaneza brutal:

—¡Ah, tanto mejor para usted, señor Gascogne!, porque iba usted a acabar por jugarse con eso su puesto... ¿Han detenido al individuo?

—No; todavía no señor ministro. Pero no puede escaparse; es cosa de unas horas.

Y contó todo lo sucedido: cómo el agente Mondésir, avisado por un agente de la secreta de que el anarquista Salvat se encontraba en un *cabaret* de Montmartre, se había presentado allí demasiado tarde, cuando el pájaro acababa de volar; luego, la casualidad, que le había vuelto a poner en presencia de Salvat, parado a cien pasos del *cabaret*, acechando desde lejos; y después ya, Salvat seguido, con la esperanza de cogerle en el nido con sus cómplices; Salvat, vigilado así hasta la Puerta Maillot, donde, sintiéndose atrapado sin duda, se había echado a correr para meterse en el Bosque de Bolonia. Allí estaba desde las dos de la mañana, bajo la llovizna, que no había dejado de caer. Habían esperado a que amaneciese, a

fin de organizar una batida y darle caza, como a un animal a quien el solo cansancio hace entregarse. De modo que, de un momento a otro, iba a ser capturado.

—Ya sé, señor ministro, lo que se interesa V. E. por esa detención, y se me ha ocurrido venir aquí a preguntarle sus órdenes. El agente Mondésir está allí, dirigiendo la batida. Siente mucho no haber cogido al individuo en el bulevar Rochecouart; pero su idea de seguirle era, sin embargo, excelente; y lo único que podría reprochársele es no haber desconfiado del Bosque de Bolonia.

La detención de Salvat, de aquel Salvat del que se ocupaban los periódicos hacía tres semanas, era un éxito, un golpe que tendría una enorme resonancia. Monferrand escuchaba, y en el fondo de sus grandes ojos grises, tras su máscara pesada de fiera en reposo, se traslucía en todo su trabajo interno toda una repentina decisión de utilizar en provecho suyo aquel acontecimiento que le aportaba el azar. Confusamente ya, se establecía una relación en su interior entre aquella detención y la interpelación de Mège, el otro asunto, el de los Ferrocarriles africanos, que debía derribar al día siguiente el Ministerio. Y se esbozaba una combinación: ¿no era su estrella la que le enviaba lo que él buscaba, el medio de salvarse en el río revuelto de la crisis próxima?

—Pero dígame, señor Gascogne, ¿está usted seguro de que ese Salvat sea el autor del atentado?

—¡Oh, completamente seguro, señor ministro! Lo confesaré todo, en el fiacre, antes de llegar a la Prefectura.

Monferrand, pensativo, había vuelto a pasear por el despacho y le acudían las ideas, a medida que hablaba, con una lentitud reflexiva.

—Mis órdenes, ¡ah!, mis órdenes, son, ante todo, que obre

usted con una gran prudencia... Sí; no alborote usted a los paseantes del Bosque. Procure que la detención pase desapercibida... Y si obtiene usted una confesión, guárdela para usted y no lo comunique a la Prensa. ¡Oh, se lo recomiendo con interés: que no se enteren los periódicos!... ¡En fin, venga a darme cuenta sólo a mí, y guarde para todo el mundo el secreto, el secreto absoluto!

Gascogne se inclinó; pero Monferrand le retuvo para decirle que su amigo el señor Lehmann, fiscal de la República, recibía a diario cartas de anarquistas amenazándole con volarle a él y a su familia; hasta tal extremo, que, a pesar de todo su valor, pedía que custodiasen su casa unos agentes de paisano. Ya la Dirección de Seguridad había organizado una vigilancia parecida en la casa donde vivía el juez de instrucción, Amadiou. Y si éste era un personaje precioso, parisién amable, psicólogo y criminalista distinguido, escritor incluso a sus horas, el fiscal de la República, Lehmann, le igualaba en méritos de todas clases, porque era uno de aquellos magistrados políticos, uno de aquellos judíos de talento discreto, que se abren camino honradamente, poniéndose siempre de parte del Poder.

—Señor ministro —dijo a su vez Gascogne—, también hay el asunto Barthès... Estamos esperando instrucciones; ¿hay que proceder a la detención en esa casita de Neuilly?

Una de esas casualidades que ayudan a veces a los policías, y que hacen creer en su talento, le había revelado el secreto refugio de Nicolás Barthès, la casita de un sacerdote, el abate Pedro Froment. Y aunque Barthès, desde que reinaba el terror anarquista, en París enloquecido, se hallase bajo el efecto de una orden de comparecencia, simplemente como sospechoso, que podía haber tenido relaciones con los revolucionarios, no se atrevían a detenerle en casa de aquel sacerdote, un santo

venerado en todo el barrio, sin tener una orden de arresto. Consultado el ministro, este había aprobado calurosamente su circunspección con el clero, encargándose él en persona de arreglar el asunto.

—No, señor Gascogne, no se mueva usted. Ya sabe usted mi criterio: tengamos al clero de parte nuestra y no en contra... He hecho que escriban al señor abate Froment para que venga esta mañana, que no espero a nadie. Hablaré con él, y el asunto ya no le incumbe a usted.

Y le despedía, cuando reapareció el ujier diciendo que el señor presidente del Consejo estaba allí.

—¡Barroux!... ¡Ah, caray! Señor Gascogne, salga usted por aquí; prefiero que no le vea nadie, ya que le he pedido a usted la mayor reserva sobre la detención de ese Salvat. Comprendido, ¿verdad? Sólo yo debo saberlo todo, y telefonéeme usted aquí directamente si surgiese algún incidente grave.

Apenas había desaparecido el jefe de Seguridad por la puerta de un salón contiguo, cuando el ujier volvió a abrir la del antedespacho.

—El señor presidente del Consejo.

Tendiéndole las manos, con una diligencia en que la deferencia y la cordialidad estaban dosificadas con toda precisión, Monferrand se adelantó, con su aire franco y bondadoso.

¡Ah, mi querido presidente! ¿Por qué se ha molestado usted? Hubiera yo ido a su casa, si tenía usted prisa en verme.

Pero Barroux, con un gesto impaciente, rechazó toda preeminencia.

—¡No, no! Estaba en los Campos Elíseos dando mi paseo diario a pie, presa de tan vivas preocupaciones, que he preferido venir enseguida... Comprenderá usted que no podemos

estar a las resultas de lo que suceda. Y en espera del Consejo de mañana por la mañana, en que habrá que acordar un plan de defensa, he creído que teníamos que charlar los dos.

Barroux, muy emocionado en el fondo, tomó aliento, con la sangre agolpada en la cabeza y el corazón palpitante de indignación y de cólera, recordando la oleada de bajas injurias que «La Voz del Pueblo» había lanzado sobre él aquella mañana.

—Vamos, mi querido colega, hay que acabar con eso, hay que hacer cesar esa campaña escandalosa... Además, ya puede usted suponer lo que nos espera mañana en la Cámara. Ahora que ya está publicada la famosa lista se nos van a venir encima todos los descontentos. Vignon se agita...

—¡Ah! ¿Tiene usted noticias de Vignon? —preguntó Monferand con gran interés.

—Indudablemente, pues, al venir, acabo de ver una fila de coches en su puerta. Toda esa gente está en conmoción desde ayer, y veinte personas me han dicho que la banda se repartía ya las carteras. Porque, como podrá usted suponer, el ingenuo y arisco Mège va a sacar una vez más las castañas del fuego. En fin, estamos muertos; pretenden enterrarnos en lodo antes de disputar nuestros despojos.

Tuvo un gesto teatral con el brazo estirado, y su voz sonó elocuentemente, como si estuviera en la tribuna. Su emoción era sincera, sin embargo, y asomaban las lágrimas a sus ojos.

—¡Yo! ¡Yo, que he dado mi vida entera a la República; yo, que la he fundado y la he salvado, verme así, cubierto de ultrajes, verme obligado a defenderme contra unas acusaciones abominables! ¡Yo un prevaricador! ¡Un ministro vendido, que ha cobrado doscientos mil francos de ese Hunter para metérselos simplemente en el bolsillo!... ¡Sí! Se ha hablado

de la existencia de esos doscientos mil francos entre él y yo. Pero hay que decir cómo y en qué condiciones. Es lo mismo, sin duda, que esos ochenta mil francos que dicen le ha entregado a usted...

Monferrand le interrumpió con voz cortante:

—No me ha entregado ni un céntimo.

Muy sorprendido, el otro le miró; pero no vio más que su cabezota basta, hundida en la sombra.

—¡Ah!... Yo creí que mantenía usted relaciones de negocios con él, y que le conocía particularmente.

—No; he conocido a Hunter como todo el mundo, y ni siquiera sabía yo que era el «gancho» del barón Duvillard para los Ferrocarriles africanos, y nunca se ha hecho referencia de ello entre nosotros.

Aquello era tan inverosímil, tan contrario a lo que él sabía, que Barroux, ante una mentira tan evidente, permaneció un momento desconcertado. Luego se dominó con un gesto, volviendo a lo que le preocupaba.

—¡Oh! A mí me ha hecho más de diez visitas, y me ha cansado los oídos con los Ferrocarriles africanos. Fue cuando la Cámara tuvo que votar la emisión de los valores en lotes... Y ya ve usted, querido, me veo otra vez en este despacho, porque recordará usted que desempeñaba yo entonces la cartera de Gobernación mientras usted acababa de posesionarse de la de Obras Públicas. Estaba yo sentado ante esta mesa y Hunter se encontraba aquí, en este sillón en que me siento. Aquel día quiso él consultarme sobre el empleo de las sumas considerables que el Banco Duvillard deseaba dedicar a la publicidad; y ante las grandes cifras destinadas a los periódicos monárquicos, recuerdo que me enfadé, estimando, con razón, que era aquel un dinero aplicado contra la República; de modo

que, cediendo a sus instancias, hice yo una lista, disponiendo de los famosos doscientos mil francos para unos periódicos republicanos, periódicos amigos, que han cobrado por mediación mía, es cierto... Esta es la historia.

Se levantó y golpeándose el pecho, alzó aún más su voz:

—¡Pues bien! ¡Ya estoy harto de calumnias y de mentiras!... Voy a contar sencillamente esa historia mañana en la Cámara... Será mi única defensa. Un hombre honrado no teme a la verdad.

Monferrand se levantó a su vez y lanzó un grito, en el que se confesaba por entero.

—¡Eso es absurdo; no se confiesa nunca! ¡No hará usted eso!

Pero Barroux se obstinó muy digno:

—Lo haré. Ya veremos si la Cámara no absuelve por aclamación a un viejo servidor de la libertad.

—¡No! ¡Caerá usted en medio de un abucheo, y nos arrastrará a todos en esa caída!

—¿Qué importa? ¡Caeremos dignamente, honradamente!

Monferrand tuvo un gesto de cólera furiosa. Luego, de pronto, se calmó. Acababa de brotar un rayo de luz en la ansiosa confusión en que se debatía desde por la mañana, y todo se iluminaba. El plan, vago todavía, que hiciera nacer en él la detención inminente de Salvat, se completaba, se ampliaba en una combinación audaz. ¿Por qué iba él a impedir la caída de aquel inocentón de Barroux? Lo único importante era no caer con él, o por lo menos salvarse. Se calló y no refunfuñó más que sordas palabras, en que parecía acabarse su indignación. Y, por fin, dijo con su aire de bondad brusca:

—Después de todo, quizá tenga usted razón. Hay que ser valiente. Y además, mi querido presidente, es usted nuestro jefe

y le seguiremos.

Los dos hombres se habían vuelto a sentar frente a frente, y la conversación se reanudó. Acabaron de ponerse cordialmente de acuerdo sobre la actitud del Ministro ante la interpelación inevitable del día siguiente.

Aquella noche, el barón Duvillard no había dormido nada. Acompañado hasta su puerta por Gerardo, se había acostado furioso, como un hombre que quiere mandar en el sueño, a fin de olvidar y de recobrase. Pero el sueño no había venido, a pesar de invocarlo, agitado por el insomnio, ardiendo su sangre ante la afrenta de Silviana. Como ya lo había gritado, ¡era monstruoso aquello! Aquella mujerzuela, enriquecida, colmada de regalos, arrojándole aquel lodo a él, ¡el amo, que se jactaba de haberse metido a París y a la República en el bolsillo, que disponía de las conciencias como un comerciante acapara las lanas o los cueros por una jugada de Bolsa! Y el sordo convencimiento de que Silviana era su vicio vengador, su podredumbre, acababa de exasperarle. En vano intentaba alejar aquella obsesión, volver a pensar en sus negocios, en sus citas del día siguiente, en los millones que él manejaba en las cuatro puntas del mundo, en la omnipotencia del dinero, que ponía en sus manos el destino de los pueblos. Siempre, y a pesar de todo, renacía el recuerdo de Silviana, salpicándole con su vicio. Intentó aferrarse desesperadamente al gran negocio que preparaba desde hacía unos meses, el famoso Ferrocarril transahariano, una empresa colosal, que movería miles de millones y cambiaría la faz de la tierra. Pero Silviana reaparecía de nuevo y le abofeteaba en las dos mejillas con manita mojada en el arroyo. Cuando amanecía, al fin, acabo por amodorrarse, jurándose otra vez, furiosamente, que no la volvería a ver, que la rechazaría con el pie, aunque viniese a arrastrarse a sus plantas.

A las siete, cuando se despertó, aniquilado, en la molición sudorosa de las sábanas, su primer pensamiento fue para ella y estuvo a punto de ceder a la cobardía. Le asaltó la idea de correr a enterarse si había ella regresado, de sorprenderla dormida y de hacer las paces, aprovechándose de ello para poseerla quizá. Pero saltó de la cama, fue a meterse en el agua fría y recobró su entereza. Era una miserable, y se creyó aquella vez curado de ella para siempre. Yo lo cierto es que acabó por olvidarla en cuanto desplegó los periódicos de la mañana. La publicación de la lista en «La Voz del Pueblo» le trastornó, porque había dudado de que la tuviese en su poder Sanier. De un vistazo juzgó el documento, las pocas verdades que contenía, mezcladas con la acostumbrada oleada de imbecilidades y de mentiras. Él, sin embargo, tampoco se sintió alcanzado aquella vez; no temía, realmente, más que una cosa: la detención de su intermediario Hunter, cuyo procesamiento hubiera podido complicarle a él. Como no cesaba de repetirlo, con su aire tranquilo y sonriente, él no había hecho más que lo que hacen todas las casas de Banca cuando lanzan una emisión, pagando la publicidad de la Prensa, empleando agentes, recompensando los servicios discretos hechos al negocio. Era un negocio, y esto lo decía todo para él. Además, era un buen jugador; hablaba con un desprecio indignado de un banquero que, en un reciente escándalo, enloquecido, acorralado, arruinado por el chantaje, creyó acabar con las cosas matándose; un drama lamentable, un charco de lodo y de sangre, de donde había brotado el escándalo monstruosamente, en una pululante e indestructible vegetación. ¡No, no! Se mantenía uno en pie, se luchaba hasta que quedase la última energía y el último céntimo.

Alrededor de las nueve repiqueteó el timbre del teléfono particular, colocado sobre su mesa. Y volvió a invadirle su locu-

ra al ocurrírsele que debía de ser Silviana. Muchas veces se entretenía ella en molestarle de aquel modo, en medio de las más graves preocupaciones. Acabaría ella de volver a su casa, y comprendiendo que había ido demasiado lejos, imploraría su perdón. Luego, cuando oyó que era Monferrand, que le citaba en el ministerio, le recorrió el ligero estremecimiento del hombre salvado nuevamente del abismo que bordea. Pidió vivamente su sombrero y su bastón, deseando andar y reflexionar al aire libre. Y de nuevo le preocuparon únicamente las complicaciones del asunto escandaloso, que iba a trastornar al Parlamento y a París entero. Matarse, ¡ah, no!, era necio y cobarde. Ya podía desatarse el terror; él se sentía con el alma firme, de una voluntad superior a los acontecimientos, resuelto a defenderse como amo y señor que no piensa abandonar nada de su poder.

En cuanto pisó el antedespacho del ministro sintió cómo se desencadenaba aquel terror. «La Voz del Pueblo», con su terrible lista, había helado los corazones de los culpables, y todos palidecían, todos acudían allí desatinados, sintiendo que se abría el suelo bajo sus pies. El primero a quien vio fue a Dutheil, febril, mordisqueando su fino bigote, con la cara atirantada por un tic nervioso, en su esfuerzo por sonreír a pesar de todo. Le riñó por estar allí; era una torpeza buscar noticias de aquel modo, con cara de susto. Y el otro, reanimado ya por aquella voz retumbante, se defendía, juraba que ni siquiera había leído el artículo de Sanier, que había subido allí simplemente para recomendar al ministro a una señorita amiga suya. El barón se encargó de su caso y le despidió, deseándole una buena Cuaresma. Pero el que le dio verdadera lástima fue Chaigneux, con el cuerpo vacilante, como encorvado por el peso de su alargada cabeza caballuna, y tan desesperado, que parecía un viejo mendigo. Al ver al banquero se precipitó

hacia él y le saludó con una solicitud obsequiosa.

—¡Ah, señor barón! ¡Qué malos son los hombres! Esto es mi muerte; me asesinan; ¿y qué será entonces de mi mujer, de mis tres hijas, que sólo me tienen a mí?

Puso en aquella lamentación toda su historia de mísero caballero, víctima de la política, habiendo cometido la locura de abandonar Arras y su bufete de allí para triunfar en París con sus cuatro mujeres, como él decía: la madre y las tres hijas, de quienes no había sido desde entonces más que el criado vergonzoso, asustado por sus continuos fracasos de hombre mediocre. ¡Diputado honrado! ¡Ah, Dios mío, él bien hubiera querido serlo! Pero ¿no era el eterno pedigüeño, siempre a la caza de un billete de cien francos, el diputado forzosamente venal? Y tan lamentable y tan zarandeado por sus cuatro mujeres, que hubiera cogido dinero para ellas en cualquier parte, de cualquier modo.

—Figúrese usted, señor barón, que he encontrado por fin un marido para la mayor. Es mi primera buena suerte; ya no serán más que tres en casa... Pero comprenderá usted la desastrosa impresión que tendrá, para la familia del muchacho, un artículo como el de esta mañana. Y he acudido a ver al señor ministro para suplicarle que le conceda una plaza de secretario a mi futuro yerno... Esta plaza, que le he prometido, puede arreglarlo todo aún.

Estaba tan lastimoso, hablaba con una voz tan llorosa, que a Duvillard se le ocurrió la idea de una de aquellas buenas acciones que solía él realizar en los momentos oportunos, y en las cuales colocaba su protección y su dinero a un elevadísimo interés. Era siempre conveniente contar en cuerpo y alma con uno de aquellos seres desdichados, de quienes puede uno hacerse, por un pedazo de pan, unos criados y unos cómplices. Por eso le despidió también, encargándose de su caso,

como se había encargado del de Dutheil. Y añadió que le esperaba a la mañana siguiente para hablar y ayudarle, ya que casaba a una de las hijas.

Chaigneux, oliéndose un préstamo, se deslizó en palabras de agradecimiento.

—¡Ah, señor barón, no viviré nunca lo bastante para pagar una deuda de gratitud tal!

Al volverse Duvillard, tuvo la sorpresa de ver, en un rincón del antedespacho, al abate Froment, que esperaba. Éste, sin embargo, no, era de los sospechosos, aunque él también pareciese ocultar una profunda ansiedad, fingiendo leer un periódico. El barón, se adelantó, estrechó la mano del sacerdote y habló con él cordialmente. Y Pedro le contó que había recibido una carta rogándole que se presentase en el despacho del ministro; ignoraba para qué y decía estar muy sorprendido, sonriendo y sin querer denotar su inquietud. Estaba esperando desde hacía un cuarto de hora. ¡Con tal de que no le olvidasen en aquel antedespacho!

El ujier apareció muy solícito:

—El señor ministro le espera, señor barón. Está en este momento con el señor presidente del Consejo; pero en cuanto salga el señor presidente tengo orden de pasar al señor barón.

Casi inmediatamente salió Barroux; y cuando Duvillard iba a entrar, le reconoció y le detuvo. Habló amargamente del asunto, como un hombre indignado, bajo el efecto de la calumnia. ¿Es que él, Duvillard, no atestiguaría llegado el momento que él, Barroux, no había percibido directamente un céntimo? Se olvidaba de que se dirigía a un banquero, que era el mismo ministro de Hacienda, para proclamar todo su asco al dinero. ¡Ah, los negocios; qué agua turbia, envenenada y mancilladora! Pero él repetía que abofetearía a los insultado-

res y que la verdad bastaría.

Duvillard le escuchaba, le miraba. Y el pensamiento de Silviana, de pronto, le penetraba de nuevo, obsesionándole, sin que él hiciera ni siquiera un esfuerzo por rechazarle. Pensaba que si Barroux lo hubiese querido, realmente, cuando él le rogó que interviniese, Silviana estaría, ahora en la Comedia Francesa, y seguramente no habría ocurrido la deplorable aventura de la noche anterior; porque empezaba a reconocerse culpable, ya que no le hubiese abandonado tan feamente Silviana si él hubiese satisfecho su capricho.

—Ya sabe usted que le guardo rencor —dijo, interrumpiendo al ministro.

Sorprendido, el otro le miró a su vez.

—¿Qué me guarda usted rencor? ¿Por qué?

—Pues porque no me ayudó usted en lo que esa amiga mía que quiere debutar con «Polyeucte».

Barroux sonrió, amable y condescendiente.

—¡Ah, sí! ¡Silviana d'Aulnay! Pero si fue Taboureau el que se interpuso, mi querido amigo. El ocupa la cartera de Instrucción Pública y Bellas Artes, y ese asunto era de su incumbencia. Yo no podía hacer nada con ese hombre perfecto, que nos ha venido de una Facultad de provincia y que está lleno de escrúpulo... Yo soy un viejo parisién; lo comprendo todo y me hubiera encantado complacerle a usted.

Ante aquella nuevo resistencia a su deseo, Duvillard, en un nuevo recrudescimiento de su pasión, sintió la necesidad inmediata de conseguir lo que le negaban.

—¡Taboureau, Taboureau! ¡Un peso muerto que quiso usted aguantar en eso! ¡Honrado! ¿Es que no lo es todo el mundo?... Vamos, vamos, mi querido ministro, aún es tiempo:

haga usted que nombren a Silviana, y eso le dará suerte el día de mañana.

Barroux se echó entonces a reír con toda franqueza.

—¡No, no! No puedo prescindir de Taboureau en este momento... Se divertiría la gente demasiado. ¡Un Ministerio perdido o salvado por el asunto Silviana!

Le tendió la mano para despedirse. El barón se la estrechó, le retuvo un instante más y le dijo, con mucha gravedad y un poco pálido:

—Hace usted mal en reírse, mi querido ministro. Ha habido Ministerios que han caído o se han afianzado por menos que eso... Si cae usted mañana, desearía que no tuviese que sentirlo nunca.

Y le vio alejarse, herido en el corazón por su aire de broma y exasperado ante la idea de que había algo resueltamente imposible para él. Realmente, no lo hacía con la esperanza de arreglarse con Silviana; pero se juró trastornarlo todo, si era preciso, para enviarle su contrato firmado, por simple venganza, como una bofetada, ¡sí!, como una bofetada. Aquel minuto acababa de ser decisivo.

En aquel momento, Duvillard, cuyos ojos seguían a Barroux, se quedó sorprendido al ver a Fonsègue, que llegaba manio-brando de forma que no le viese el ministro. Lo consiguió y entró en el antedespacho con los ojos apagados, y toda su personilla, tan vivaracha y espiritual de costumbre, trastornada. Era la ráfaga de terror que seguía soplando y que le llevaba allí.

—¿No ha visto usted a su amigo Barroux? —preguntó el barón intrigado.

—¿A Barroux? ¡No!

Y aquella tranquila mentira bastaba a confesarlo todo. Fonsègue se tuteaba con Barroux, le apoyaba en su periódico desde hacía diez años, por ser de las mismas ideas y de la misma religión política que él. Pero, ante la amenaza del desastre, comprendió, con su olfato maravilloso, que le era necesario cambiar de amistad si no quería perecer él también bajo los escombros. No había empleado largos años de prudencia y de virtud diplomática en fundar el más digno y el más respetado de los diarios, para comprometerlo así por la torpeza de un hombre honrado.

—Creí que estaba usted enfadado con Monferrand —siguió diciendo Duvillard—. ¿Qué viene usted a hacer aquí?

—¡Oh, mi querido barón! El director de un diario no se enfada con nadie. Está al servicio del país.

A pesar de la emoción personal en que se hallaba, Duvillard no pudo dejar de sonreír.

—Tiene usted razón. Y además, Monferrand es un hombre realmente poderoso, a quien se puede sostener sin miedo.

Fonsègue entonces se preguntó si su angustia se traslucía. Él, tan buen luchador, dueño siempre de su juego, acababa de quedarse aterrorizado con el artículo de «La Voz del Pueblo». Por primera vez en su vida había cometido una pifia; se sentía a merced de una delación, por haber tenido la imperdonable imprudencia de escribir una carta de tres líneas. Los cincuenta mil francos que Barroux había hecho que le entregasen para su periódico, de los doscientos mil destinados a la Prensa, no le inquietaban. Pero temblaba de que descubrieran el otro asunto: una suma recibida como regalo. Sólo volvió a tranquilizarse un poco ante la mirada clara del barón. Era estúpido no saber ya mentir y confesar con su sola actitud.

El ujier se acercó:

—Recuerdo al señor barón que el señor ministro le espera.

Al quedarse a solas con el abate Froment, Fonsègue, en cuanto le vio, fue a sentarse junto a él, extrañado de encontrarle allí. Pedro repitió que había recibido una especie de carta de citación, sin que pudiese adivinar que tenía que decirle al ministro. Y dejó traslucir de nuevo su impaciencia por saberlo el ligero temblor que agitaba sus dedos. Pero era preciso esperar, puesto que se debatían allí tan graves asuntos.

Inmediatamente, al ver entrar a Duvillard, Monferrand se adelantó con las manos tendidas. Él, con aire muy tranquilo siempre, conservaba su aspecto bonachón y sonriente.

—¿Eh? ¡Vaya una historia, mi querido barón!

—¡Es imbécil! —declaró terminantemente éste, encogiéndose de hombros.

Y se sentó en el sillón que acababa de dejar Barroux, mientras el ministro volvía a ocupar su sitio frente a él. Los dos estaban hechos para entenderse, y tuvieron los mismos gestos desesperados, idénticas lamentaciones furiosas, declarando que el Gobierno, así como los negocios, no eran ya posibles si se exigía a los hombres la virtud que no poseían. ¿Es que en todos los tiempos y con todos los regímenes, cuando se esperaba una votación favorable de las Cámaras, a propósito de cualquiera gran empresa, no consistía la táctica natural y legítima en hacer lo necesario para conseguirla? ¡Había que buscarse influencias, ganarse simpatías, asegurarse votos, en fin! Ahora bien, todo se pagaba; los hombres igual que lo demás, unos con buenas palabras, otros con favores o dinero, con regalos más o menos encubiertos. Y aun admitiendo que se hubiese ido un poco lejos en las compras, y que ciertas chalanerías no hubieran sido prudentes, ¿era discreto armar tal escándalo? ¿Es que un Gobierno fuerte no hubiera empezado

por sofocar aquel escándalo, por patriotismo, por limpieza moral simplemente?

—¡Evidentemente! ¡Le sobra a usted razón! —gritaba Monferrand—. ¡Ah, si fuese yo el jefe, ya vería usted qué magnífico entierro!

Luego, como Duvillard le mirase fijamente, sorprendido por aquella última frase, prosiguió, con su eterna sonrisa:

—Por desgracia, yo no soy el jefe, y para hablar un poco con usted de la situación es por lo que me he permitido molestarle... Barroux, que acaba de salir de aquí, me ha parecido hallarse en una disposición de ánimo fastidiosa.

Sí, acabo de encontrarle; tiene unas ideas tan singulares a veces.

Y el barón se interrumpió para decir:

Ya sabe que esta ahí esperando, en el antedespacho, Fonsègue. Puesto que quiere hacer las paces mándele usted pasar. No estará nunca de más; es hombre de buen criterio, y muchas veces su diario basta para dar el triunfo.

—¡Cómo! ¡Está ahí Fonsègue! —gritó Monferrand—. No deseo más que estrecharle la mano. ¡Antiguas historias que no interesan a nadie! ¡Ah, Dios mío! ¡Si supiera usted qué poco rencoroso soy!

Cuando el ujier hubo introducido a Fonsègue, la reconciliación se efectuó con toda sencillez. Se habían conocido en el colegio, en su Corrèze natal, y no se hablaban desde hacía diez años, a consecuencia de una abominable historia, de la que nadie estaba enterado con exactitud. Pero hay horas en que es preciso enterrar los cadáveres cuando se ve uno obligado a despejar el campo para una nueva batalla.

—Has sido muy amable en venir. Entonces se acabó; ¿no me

guardas ya rencor?

—¡No! ¿Para qué devorarse si hay un gran interés en entenderse?

Y sin otra explicación, pasaron a ocuparse del gran asunto, y empezó la conferencia. Y cuando Monferrand contó el decidido propósito de confesar y de explicar su conducta, los otros dos protestaron. Era la caída segura; ya sabrían ellos convencerle; no haría semejante necedad. Después se discutieron todos los medios imaginables para salvar al Ministerio en peligro, porque ése era el único afán de Monferrand. Y él mismo fingía buscar con todo interés el medio de sacar del apuro a sus colegas y a sí mismo, aunque conservase en sus labios una fina sonrisa. Finalmente, pareció vencido y no buscó más.

—¡Bueno, pues ha caído el Ministerio!

Los otros dos se miraron, ansiosos de confiar al azar del próximo Gabinete el asunto de los Ferrocarriles africanos. Un Gobierno Vignon presumiría sin duda de honradez.

—Entonces, ¿qué? ¿Qué hacemos?

Pero en aquel momento sonó el timbre del teléfono y Monferrand se puso al aparato.

—¿Me permiten ustedes?

Durante un instante escuchó y habló, sin que sus respuestas y sus preguntas breves pudiesen revelar lo más mínimo de la comunicación. Era el jefe de Seguridad, que, en cumplimiento de su promesa, le telefoneaba que acababan de dar con el individuo en el Bosque de Bolonia, y que su captura iba a ser accidentada.

—¡Perfectamente! ¡Y no olvide mis órdenes!

Luego, Monferrand, cuyo plan, ampliado poco a poco, se

concretaba al fin, con la seguridad de la detención de Salvat, volvió al centro del salón y se paseó lentamente, diciendo con su acostumbrada familiaridad:

—¿Qué quieren ustedes, amigos míos? Tendría yo que ser el jefe. ¡Ah, si yo fuera el jefe!... Una Comisión investigadora, ¡sí!, es el entierro de primera clase, para esta clase de asuntos gordos, tan llenos de abominaciones. Yo no confesaría nada y haría que nombrasen una Comisión investigadora. Ya verían ustedes cómo, a partir de entonces, se iría calmando la borrasca.

Duvillard y Fonsègue se mostraron regocijados. Pero el segundo, sobre todo, lo adivinó todo casi, gracias a su profundo conocimiento del personaje.

—¡Óyeme! Si cae el Ministerio, no quiere eso decir que te hagas tú solidario de él. Un Ministerio se recompone cuando son buenos los componentes.

Monferrand, inquieto de sentirse adivinado, se rebeló:

—¡Ah, no, no, querido! ¡Yo no hago esa faena! ¡Somos todos solidarios, qué diablo!

—¡Solidarios! ¡Vamos, por Dios! ¡No de los ingenuos que se ahogan voluntariamente! Porque, en fin, si nosotros te necesitamos, nos está permitido salvarte a pesar tuyo... ¿Verdad, mi querido barón?

Y como Monferrand se volviese a sentar, sin protestar ya, esperando, Duvillard, despertada otra vez su pasión, irritado de nuevo al recordar la negativa de Barroux, exclamó, levantándose a su vez:

—¡Evidentemente! Si el Ministerio está condenado, ¡que caiga! ¿Qué va usted a esperar de un Ministerio donde hay un Taboureau? Ahí tiene usted a un viejo catedrático gastado, sin prestigio, que nos ha llegado de Grenoble, que no ha puesto

nunca los pies en un teatro y a quien se confían los teatros. Y como es natural, hace tontería tras tontería.

Monferrand, muy al corriente de la cuestión Silviana, permaneció muy serio, divirtiéndose durante un momento en excitar al barón.

—Taboureau es un universitario un poco gris, un poco anticuado; pero que estaba muy indicado para Instrucción Pública, donde está como en su casa.

—¡Déjeme usted en paz, querido! Vamos, es usted más inteligente que todo eso; no va usted a defender a Taboureau, como Barroux... Verdad es que no tengo un gran empeño en que Silviana debute. Es encantadora en el fondo y tiene un enorme talento. Pues bien, ¿se interpondría usted en su camino?

—¿Yo? ¡No, por Dios! Una linda muchacha en escena agrada, aunque no sea más que por eso, a todo el mundo; no me cabe duda... Ahora que tendría que estar en Instrucción un hombre que pensase como yo.

Su fina sonrisa reapareció. No era realmente caro captarse a Duvillard y a la omnipotencia de sus millones: sólo con hacer debutar a aquella mujerzuela. Se volvió hacia Fonsègue como para consultarle. Éste buscaba y reflexionaba muy seriamente, comprendiendo la alta importancia del asunto.

—En Instrucción estaría muy bien un senador... Pero no veo a nadie, absolutamente a nadie, que posea las condiciones requeridas. Un espíritu libre, parisién, cuya presencia al frente de la Universidad no chocase, sin embargo, demasiado... Está, eso sí, Dauvergne.

Monferrand, sorprendido, se rebeló:

—¿Quién es Dauvergne?... ¡Ah, sí! Dauvergne, el senador por Dijon... Pero si no sabe nada de la Universidad, si no

tiene la menor aptitud.

—¡Caray! —replicó Fonsègue—. Estoy buscando... Dauvergne está bien personalmente; es alto, rubio, decorativo. Y además, ya saben ustedes que es inmensamente rico, que tiene una mujer muy joven, deliciosa, lo cual no sobra, y que da magníficas fiestas en su piso del bulevar San Germán.

Él mismo había arriesgado aquel nombre vacilando. Pero, poco a poco, su elección se le aparecía como un verdadero hallazgo.

—¡Esperen ustedes! Recuerdo que a Dauvergne le representaron en Dijon una obra en un acto, en verso. Y Dijon es una ciudad literaria, y eso le da cierto tinte de literato. Sin contar con que, desde hace veinte años, no ha vuelto a poner los pies allí, y que es un parisién de convicción, conocido en todos los mundos... Dauvergne hará todo lo que se quiera. Le digo que es nuestro hombre.

Duvillard afirmó que le conocía y que le encontraba muy bien. Y además, ¿qué más daba él u otro cualquiera?

—Dauvergne, Dauvergne —repetía Monferrand—: ¡Después de todo, bien está! Resultará quizá un buen ministro. Aceptado Dauvergne.

Y luego, de pronto, soltó una carcajada.

—¡Vaya, estamos reconstruyendo el Gabinete para que esa agradable señorita entre en la Comedia! El Gabinete Silvianna... Pero, vamos a ver, ¿y las otras carteras?

Bromeaba, sabiendo que la alegría apresura muchas veces las soluciones difíciles. Y, en efecto, siguieron fijando jovialmente los detalles de lo que habría que hacer si era derribado al día siguiente el Ministerio. Sin que lo dijesen claramente, el plan era dejar que cayese Barroux, ayudándole a ello incluso, y luego dedicarse a pescar a Monferrand en las aguas re-

vueltas. Este último, con respecto a los otros dos, contaba, ya que los necesitaba, con la soberanía financiera del barón, y, sobre todo, con la campaña que el director de «El Globo» podía hacer en su favor; de igual modo que éstos, aparte de la cuestión Silviana, tenían necesidad de él, del hombre de gobierno de poderoso puño, que prometía echar tierra al asunto de los Ferrocarriles africanos, haciendo que se nombrase una Comisión investigadora, cuyos hilos manejaría él. Y el acuerdo fue completo enseguida entre los tres hombres, ya que nada acerca tanto como el interés común, el miedo y la necesidad que tengan unos hombres de otros. Por eso, cuando Duvillard habló del asunto Dutheil, de la señora que este último recomendaba, el ministro declaró que era cosa hecha. ¡Un buen muchacho Dutheil; como él harían falta muchos! Quedó convenido también que el futuro yerno de Chaigneux tendría su cargo. ¡Aquel pobre Chaigneux, tan abnegado, dispuesto siempre a encargarse de una misión, y cuya vida era tan difícil con sus cuatro mujercitas!

—Entonces, ¡conformes!

—¡Conformes!

—¡Conformes!

Y Monferrand, Duvillard y Fonsègue se estrechaban fuertemente la mano.

Luego, al acompañar el primero a los otros dos hasta la puerta, vio en el antedespacho a un prelado, de fina sotana, ribeteada de morado, que conversaba de pie con un sacerdote.

El ministro fue apresuradamente hacia él con aire desolado.

—¡Ah, monseñor Martha; estaba usted esperando!... Pase, pase enseguida.

Pero el obispo, con una perfecta cortesía, no consintió en pasar.

—No, no; el señor abate Froment estaba aquí antes que yo. Le ruego que le reciba.

Monferrand tuvo que ceder e hizo entrar al sacerdote. No fue larga la entrevista. Él, que empleaba una diplomática reserva en cuanto se encontraba ante un miembro del clero, soltó de buenas a primeras todo lo referente al asunto Barthès. Pedro, en las dos horas de espera que llevaba, había pasado por las más vivas angustias, porque la sola explicación natural a la carta recibida era que habían descubierto en su casa la presencia de su hermano. ¿Qué iba a suceder? Y cuando oyó al ministro hablarle únicamente de Barthès y explicarle que el Gobierno prefería enterarse de la fuga de Barthès que verse obligado a enviarle una vez más a la cárcel, se quedó un momento desconcertado, sin comprender. ¿Cómo la Policía, que había sabido encontrar al legendario conspirador en la casita de Neuilly, parecía ignorar por completo la de Guillermo? Era el talento siempre incompleto de los grandes policías.

—Entonces, señor ministro, ¿qué quiere usted de mí? No comprendo muy bien.

—¡Dios mío, señor abate! Dejo todo esto a su discreción. Si dentro de cuarenta y ocho horas ese hombre sigue en casa de usted, nos veríamos obligados a detenerle, cosa que sentiríamos mucho, pues no ignoramos que su casa es el asilo de todas las virtudes... Aconséjele usted, por lo tanto, que se marche de Francia. No se le perseguirá.

Y Monferrand acompañó apresurado a Pedro hasta el antedespacho. Luego, sonriente y doblando el espinazo:

—Monseñor, estoy por completo a su disposición. Entre, entre, se lo ruego.

El prelado, que conversaba alegremente con Duvillard y Fonsègue, les estrechó la mano, así como a Pedro. Aquella

mañana se mostraba de una amabilidad infinita en su afán de captarse todos los corazones. Sus ojos, negros y vivos, sonreían; su agraciado rostro, de facciones correctas y firmes, era pura caricia. Y entró en el despacho del ministro con gracia, sin prisa, con su aire desembarazado de conquista.

Ahora, en el ministerio desierto, no quedaban más que Monferrand y monseñor Martha, encerrados, hablando sin cesar. Decíase que el prelado tenía la ambición de ser diputado. Pero desempeñaba un papel más útil, más soberano, gobernando en la sombra, siendo el alma directora de la política del Vaticano en Francia. ¿No seguía siendo Francia la Hija mayor de la Iglesia, la única gran nación que podría algún día devolver al papado su omnipotencia? Y él había aceptado la República predicando la adhesión a ella, y pasando por ser en la Cámara el inspirador del nuevo grupo católico. Y Monferrand, admirado de los progresos del espíritu nuevo, de aquella reacción del misticismo, que se jactaba de sepultar la ciencia, se mostraba lleno de amabilidades, como hombre de vigoroso puño, que utilizaba para su triunfo todas las fuerzas que se ofrecían.

IV

LA tarde de aquel mismo día, Guillermo sintió tal necesidad de aire libre y de espacio, que Pedro accedió a dar con él un largo paseo por el Bosque de Bolonia, próximo a su casita. A su vuelta del ministerio, durante el almuerzo, contó a su hermano cómo pensaba el Gobierno desembarazarse una vez más de Nicolás Barthès; y ambos tenían el alma ensombrecida, no sabiendo de qué modo anunciar su destierro a aquel anciano, aplazándolo hasta la noche para ver de encontrar la manera de suavizar su amargura. Hablarían, paseando. Y además, ¿por qué ocultarse más, por qué no atreverse a efectuar aquella primera salida, puesto que nada amenazaba, decididamente a Guillermo? Y los dos hermanos entraron en el Bosque por la puerta de Sablons, que estaba cerca.

Eran los últimos días de marzo, y el bosque empezaba a verdear, pero tan suavemente que las puntas ligeras de las hojas no eran aún, a través de los macizos, más que un pálido musgo, un encaje de una infinita delicadeza. Los aguaceros continuos de la noche y de la mañana habían cesado, el cielo seguía apareciendo de un gris de ceniza fina, y era de una exquisita frescura, de una cándida infancia, aquel Bosque renaciente, empapado de agua, en la dulzura inmóvil del aire. Los festejos de la Cuaresma debían haber atraído a la multitud al centro de París, para presenciar el desfile de las carrozas, pues no se veían por las avenidas más que jinetes y coches, bellas paseantes que habían bajado de los cupés y de los landós, con nodrizas emperifolladas, llevando unos rorros con mantillas de encaje; toda la alta elegancia del Bosque, todo el movimiento mundano de los días escogidos, en los que no acude la gente modesta. Apenas unas cuantas burguesas de los barrios vecinos, en los bancos y en la espesura, con sus

labores en la mano, viendo jugar a sus hijos.

Pedro y Guillermo llegaron a la avenida de Longchamp y siguieron por ella hasta la carretera de Madrid, en los lagos. Una vez allí se internaron entre los árboles, bajando el curso del riachuelo de Longchamp. Pensaban ir a los lagos, dar la vuelta a su alrededor y volver luego por la puerta Maillot. Pero la espesura que atravesaban era de una soledad tan apacible y tan encantadora en aquella infancia de la primavera que cedieron al deseo de sentarse, para gozar de aquel delicioso descanso. Un tronco de árbol les sirvió de banco, y pudieron creerse muy lejos, en el centro de una selva auténtica. Guillermo soñaba con ella, con la auténtica selva, al salir de su larga reclusión voluntaria. ¡Ah, el campo libre, el aire saludable que corre por la enramada, todo el amplio mundo que debiera ser dominio inalienable del hombre! El nombre de Barthès, del eterno encarcelado, volvió a sus labios. Suspiró, entristecido de nuevo. El tormento de un solo ser coartado sin cesar en su libertad bastaba para amargarle aquel aire libre y puro, tan dulce de suspirar.

—¿Qué vas a decirle? Hay que avisarle, sin embargo. El desierto es preferible a la cárcel.

Pedro hizo un vago gesto de desconsuelo.

—Sí, sí, le avisaré. Pero ¡qué disgusto!

Y en el mismo instante, en aquel rincón salvaje y desierto, donde podían creerse al final del mundo, tuvieron ambos una visión extraordinaria. Bruscamente, saltando de unas matas, apareció un hombre, pero tan ir reconocible, tan cubierto de barro, en un estado tal de angustia que hubiera podido tomarse por un animal, por algún jabalí acosado por los perros. Durante un momento, enloquecido, titubeó ante el riachuelo y lo siguió; luego, como se acercaban pasos y hálitos jadeantes,

penetró en el agua hasta el muslo, saltó a la otra orilla, desapareció detrás de un bosquecillo de pinos. Casi inmediatamente unos guardabosques, guiados por algunos agentes, se precipitaron, fueron bordeando el riachuelo y desaparecieron. Era la verdadera caza al hombre que pasaba, una caza sorda y rabiosa, entre los tiernos brotes de las hojas, sin casacas rojas ni fanfarrias sonoras de cuernos.

—¡Algún maleante! —murmuró Pedro—. ¡Qué desdichado!

Guillermo hizo a su vez un gesto de desaliento.

—¡Siempre los gendarmes y la cárcel! No se ha inventado aún otra escuela social.

El hombre, allá lejos, corría desolado. Cuando la noche anterior Salvat llegó en una carrera brusca al Bosque de Bolonia, escapándose así de los agentes que le seguían, tuvo la ocurrencia de deslizarse hasta la puerta Dauphine y bajar después al foso de las fortificaciones. Recordaba los días de paro que había venido a pasar en aquel sitio, en el fondo de unos refugios ignorados, donde no encontró nunca a nadie. Y, en efecto, no existen asilos más ocultos, tapados por más malezas y hundidos entre hierbas más altas. Algunos rincones del foso, en los ángulos de la gran muralla, no son más que nidos de vagabundos y de enamorados. Al internarse en lo más espeso de las zarzas y de las hiedras, Salvat tuvo la suerte de encontrar, bajo la oscura lluvia que caía, una especie de agujero lleno de hojas secas, entre las cuales se enterró hasta la barbilla. Estaba ya chorreando agua, se había escurrido en el barro de las cuestas, avanzando a tientas, a gatas muchas veces. Aquellas hojas secas fueron para él un regalo inesperado, una especie de sábana, en la que se secó un poco, sobre la que descansó de su loca carrera. Seguía lloviendo, pero sólo se le mojaba la cabeza, y acabó incluso por adormecerse bajo el aguacero, con un sueño pesado. Cuando abrió de nuevo los

ojos, despuntaba el día; debían ser las seis. El agua caída había acabado por anegar las hojas y estaba como en un baño de humedad helada. Sin embargo, permaneció allí, pues se sentía al abrigo de la persecución que iban, sin duda, a emprender contra él. Ningún sabueso podía adivinarle allí, con el cuerpo sepultado y la cabeza misma medio oculta bajo las matas. No se movió, viendo avanzar el día.

Alrededor de las ocho pasaron unos agentes y unos guardas, registraron el piso de las fortificaciones y no le vieron. Como había él supuesto, desde el amanecer acababan de organizar la batida, le acorralaban. Le latió violentamente el corazón y sintió la emoción del animal cercado por los cazadores. Se había escondido precisamente debajo del cuartel de la gendarmería, cuyos ruidos oía, del otro lado de la muralla. Ya no pasaba nadie, ni un alma, ni un roce en las hierbas. Sólo a los lejos, las voces indistintas del Bosque matinal, un cascabel de bicicleta, el galope de un caballo, el rodar de un coche, toda la ociosidad feliz, ebria de aire libre, del París mundano. Y las horas pasaban: las nueve, las diez. Desde que había cesado la lluvia no padecía ya mucho del frío, gracias a la gorra y al grueso gabán que le había dado el pequeño Mathis. Pero le volvía a atenazar el hambre, un ardor que le abría como un agujero en el estómago, atroces calambres le partían las costillas bajo un círculo de plomo. No había comido desde hacía dos días; estaba ya en ayunas la noche anterior, cuando aceptó un vaso de cerveza. Su plan era quedarse allí hasta la noche y luego deslizarse hacia el Bosque de Bolonia, entre las tinieblas, y salir de él por un hoyo que conocía por aquel lado. No le habían capturado aún. Intentó dormirse otra vez y no lo consiguió, de lo que sufría. A las once tuvo un vahído y creyó que iba a morir. Y sentía una gran cólera, y de pronto salió de un salto de su escondite de hojarasca, con la rabia del

hambre, no pudiendo permanecer más allí, queriendo comer, aunque perdiera por ello su libertad y su vida. Daban las doce.

Entonces, no bien hubo abandonado el foso, se encontró en el amplio terreno al descubierto de las praderas de la Muette. Las cruzó a todo correr, como un loco, dirigiéndose instintivamente hacia el Bosque, pensando que la única salida posible estaba por aquel lado. Fue milagroso que nadie se fijara en aquel hombre, corriendo de tal modo.

Cuando consiguió echarse bajo los árboles, se dio cuenta de su imprudencia, de aquella locura que acababa de arrastrarle, en una necesidad de fuga. Tembló, y agazapado entre unas retamas, esperó unos minutos para tener la certeza de que los agentes no iban tras él. Luego con el ojo avizor y el oído atento, con un instinto y un olfato maravillosos del peligro, continuó ya su camino lenta, prudentemente. Contaba pasar entre el lago superior y el campo de carreras de Auteuil. Pero allí no hay más que una amplia avenida, bordeada por unos árboles, y tuvo que desplegar una extraordinaria habilidad para no andar nunca al descubierto, aprovechando los más pequeños troncos, utilizando los menores macizos, no arriesgándose más que cuando había explorado largamente los alrededores. Un nuevo miedo, la visión de un guarda a lo lejos le tuvo un cuarto de hora más aplastado contra la tierra, detrás de unas malezas. Un «fiacre» perdido que se acercaba, un simple paseante que descarriaba su correteo, bastaban a detenerle. Y respiró, cuando pudo, más allá de la colina Mortemar, penetrar al fin en la espesura que se encuentra entre el camino de Bolonia y la avenida de Saint-Cloud. El bosque es allí espeso, y no tenía más que seguirlo, para llegar, escondido así, a la salida que presentía cercana. Estaba salvado.

Pero de repente divisó a unos treinta metros a un guarda de

pie, inmóvil, tapándole el paso. Dobló hacia la izquierda y encontró otro guarda, inmóvil también, que parecía esperarle. Guardas y más guardas, cada cincuenta pasos, todo un cordón dispuesto allí como la trama de una red. Y lo peor era que debían haberle visto, porque sonó un ligero grito, como una nota clara de lechuza, repetida inmediatamente, a lo lejos, hasta el infinito. Los cazadores habían encontrado al fin la pista; toda prudencia resultaba inútil; el hombre no tenía más que buscar su salvación, en la huida. Lo comprendió hasta tal punto, que volvió a correr desatinadamente, saltando los obstáculos, deslizándose entre los árboles, sin miedo a que le viesen u oyesen. En tres brincos cruzó la avenida de Saint-Cloud para arrojarse al vasto macizo que se extiende entre esa avenida y la de la Reina Margarita. Allí, la espesura es más tupida aún; es la más tupida del Bosque, todo un océano de vegetación en verano, donde él hubiera quizá conseguido perderse. Durante un instante incluso se halló de nuevo solo, se detuvo y escuchó angustiado. No veía ya ni oía a los guardas. ¿Los habría despistado? Un silencio, una paz de una dulzura infinita, se desprendían de los nuevos follajes. Luego resonó el ligero grito, crujieron unas ramas y él prosiguió su carrera alocada, en línea recta, huyendo por huir. Cuando llegaba a la avenida de la Reina Margarita, la encontró obstruida: había allí unos agentes escalonados. Tuvo que seguir bordeando y remontando la avenida, sin salir de la espesura. Pero se alejaba ahora de Bolonia y volvía sobre sus pasos. Y en su pobre cabeza se esbozaba confusamente una última probabilidad de salvación: correr así a cubierto, hasta los sombrajes de la carretera de Madrid, para intentar alcanzar la orilla del agua, de grupo en grupo de árboles. Era el único camino poblado que pudiese llevarle al Sena, porque no había que pensar en llegar allí cruzando las vastas llanuras desnudas del Hipódromo y del campo de entrenamiento.

Corrió y corrió sin parar. Pero, llegado a la avenida de Longchamp, no pudo cruzarla; estaba custodiada también. Entonces, desistiendo de su proyecto de escape por el Sena, se vio obligado a dar un rodeo, a lo largo del Prado Catelan. Guiados por los guardas, los agentes se acercaban; sintió que iban estrechando cada vez más el cerco. Y vino enseguida la carrera furiosa, alocada, sin tomar aliento, escalando las lomas, precipitándose por las pendientes, entre los obstáculos sin cesar renacientes. Franqueaba matas espinosas, rompía lianas. Rodó tres veces, enganchados sus pies en los alambres de los cercados, que no había visto, y al caer sobre unas ortigas, se levantaba de nuevo sin sentir el ardiente escozor, proseguía su carrera, como espoleado, azotado sangrientamente. Fue entonces cuando le vieron pasar Guillermo y Pedro, irreconocible, aterrador, arrojándose al agua fangosa del riachuelo, como un animal que coloca una última muralla entre él y los perros. Se le ocurría la quimérica idea de la isla en medio del lago, como un asilo inviolable, si hubiese podido llegar a ella. Soñaba con pasar a nado, sin que nadie le viese, agazapándose allí, escondido, al abrigo ya de toda pesquisa. Corría, corría sin parar. Luego, otros guardas le hicieron retroceder de nuevo, obligándole a subir otra vez y a doblar por la encrucijada de los lagos, empujado, acosado hacia las fortificaciones, de donde había partido. Eran cerca de las tres de la tarde. Corría y corría sin parar desde hacía más de dos horas y media.

Vio ante él una avenida enarenada y blanda, para caballos. La siguió a toda velocidad, chapoteando sobre aquella tierra, empapada por las últimas lluvias. Después apareció un caminito cubierto, uno de esos deliciosos caminos para enamorados, sombreados como un cenador, que pudo él seguir durante bastante tiempo, al abrigo de las miradas, recobrada la esperanza. Pero desembocó en una de aquellas temibles aveni-

das, anchas y rectas, por las que pasaban bicicletas y coches, el boato mundano de la tarde suave y velada. Y volvió a internarse en la espesura, topándose con los guardas, acabando por perder toda orientación e incluso todo pensamiento; no fue ya más que una masa lanzada, zarandeada a capricho de la persecución que le cercaba, envolviéndole de minuto en minuto. No existía más que el afán de correr, de correr sin cesar, cada vez más velozmente. Las estrellas de las encrucijadas se sucedían; cruzó una gran pradera, donde la cruda y fuerte luz le produjo como un deslumbramiento. Sintió allí, de pronto, el hálito abrasador de la jauría sobre su nuca, unos hálitos voraces que le devoraban ya. Sonaban gritos, una mano estuvo a punto de atraparle, se oían las pisadas de unos cuerpos, atropellándose en el viento de su carrera. Y, con un supremo esfuerzo, saltó, se arrastró, se irguió, se encontró solo de nuevo, entre el reciente y tranquilo verdor, corriendo, corriendo.

Era el fin. Estuvo a punto de caer de bruces. Sus pies destrozados no le soportaban ya, le sangraban los oídos, una espuma manchaba su boca. Un gran jadeo tempestuoso ensanchaba sus costillas, como si los saltos de su corazón fuesen a romperlas. Chorreando agua y sudor, enlodado, hosco, le devoraba el hambre, le vencía aún más el hambre que el cansancio. Y, en la bruma, que velaba poco a poco sus ojos enloquecidos, vio de pronto la puerta de una cochera abierta, detrás de una especie de hotel, oculto entre los árboles. No había nadie más que un gran gato blanco, que salió huyendo. Se internó allí, fue a rodar sobre paja, entre unos toneles vacíos. Y apenas se había hundido, oyó correr a la jauría, los agentes y los guardas lanzados, perdiendo su pista y pasando del hotel, dirigiéndose hacia las fortificaciones. El ruido de los zapatos se extinguió, reinó un profundo silencio. Se puso él

sus dos manos sobre el corazón para sofocar sus latidos, cayó en un aniquilamiento mortal, mientras que gruesas lágrimas corrían de sus párpados cerrados.

Después de un cuarto de hora de descanso, Pedro y Guillermo prosiguieron su paseo, llegando al lago y pasando la encrucijada de las cascadas, para regresar a Neuilly, dando la vuelta por la otra orilla. Pero descargó un aguacero obligándoles a cobijarse bajo las gruesas ramas, desnudas todavía, de un castaño; y como la lluvia arreciase, divisaron al fondo de un bosquecillo una especie de hotelito, un pequeño café restaurante, adonde corrieron a refugiarse. Habían visto, en una avenida cercana, parado, un «fiacre» solitario, cuyo cochero, inmóvil, aguardaba filosóficamente bajo la llovizna estival. Y al apresurarse Guillermo tuvo la sorpresa de reconocer frente a él, apretando igualmente el paso, a Gerardo de Quinsac, que se refugiaba allí, como ellos, sorprendido sin duda por la tormenta durante un paseo a pie. Luego creyó haberse equivocado, porque no vio al joven en la sala. Aquella sala, una especie de galería acristalada con unas cuantas mesitas de mármol, estaba vacía. Arriba, en el primer piso, cuatro o cinco reservados se abrían sobre un pasillo. No se oía nada, la casa despertaba apenas del invierno, sentíase allí la larga humedad de los establecimientos a los que la desaparición de la clientela obliga a cerrar de noviembre a marzo. Detrás había una cuadra, una cochera, otras dependencias, cubiertas de musgo, todo un rincón encantador por lo demás, que los jardineros y los pintores iban a arreglar, para las excursiones galantes y el barullo de los días de verano.

—Yo creo que no está abierto —dijo Guillermo, adentrándose en el silencio de la casa.

Pedro se había sentado delante de una de las mesitas.

—Por lo menos nos dejarán esperar aquí a que cese la lluvia.

Apareció un mozo, sin embargo. Bajaba del primer piso y parecía muy atareado, registrando un aparador para reunir algunos pastelillos secos sobre un plato. Y sirvió, por fin, a los dos hermanos, unas copitas de chartreuse.

Arriba, en uno de los reservados, la baronesa Eva Duvillard, llegada en «fiacre», esperaba a Gerardo desde hacía más de media hora. Allí era donde se habían citado el día anterior, en la fiesta benéfica. Los recuerdos más dulces les esperaban en aquel sitio; porque dos años antes, en la luna de miel de su amorío, se habían reunido allí deliciosamente, cuando ella no se atrevía aún a ir a casa de él y habían descubierto aquel nido oculto, tan solitario, en los días indecisos de la primavera friolenta. Y, realmente, eligiéndole para aquella cita suprema de su pasión agonizante, no había ella cedido tan sólo al temor de ser vigilada, sino que había tenido al mismo tiempo la poética ocurrencia de volver a encontrar allí los primeros besos, para que fuesen quizá los últimos. ¡Era tan encantador aquel refugio, en medio del gran bosque aristocrático, a dos pasos de las anchas avenidas, por las que transitaba todo París! Su corazón de tierna enamorada se conmovía hasta llorar, en el desconsuelo del amargo fin que sentía ella aproximarse.

Pero hubiese ella deseado, como en los antiguos días, un sol juvenil sobre el follaje nuevo. Aquel cielo ceniciento, aquella lluvia que caía sin cesar, la entristecían con un escalofrío. Y cuando entró en el reservado, no lo conoció, tan triste, tan frío, con su diván ajado, su mesa y sus cuatro sillas. El invierno se había agazapado allí, con una humedad insípida de habitación sin airear, cerrada largo tiempo. Jirones de papel pintado, despegados, colgaban lamentables. El suelo estaba sembrado de moscas muertas, y el mozo, para abrir las persianas, tuvo que luchar con la falleba. Sin embargo, una vez que hubo encendido la pequeña estufa de gas, instalada allí

para ocasiones parecidas, y que ardió y calentó pronto, la habitación se alegró un poco, tornándose más hospitalaria.

Eva se había sentado en una silla, sin levantarse siquiera el espeso velillo que la ocultaba el rostro. Vestida toda de negro, como si hubiera llevado ya el luto de su postrer amor, enguantada de negro también, no mostraba más que sus cabellos rubios, todavía admirables, un casco de oro rojizo, que se desbordaba de su sombrerito negro. Alta y fuerte, con el talle estrecho y el pecho soberbio, nada en ella revelaba los cincuenta amenazadores. Había pedido dos tazas de té y el mozo la encontró con el velo bajado aún, en el mismo sitio, sin un gesto, cuando llevó el té con un platito de pasteles secos, que debían ser de la última temporada. Luego volvió ella a quedarse sola, inmóvil, en una especie de ensueño abrumador. Si había acudido con media hora de anticipación a la cita, en su deseo de llegar la primera, era por el afán de calmarse, para no entregarse a la oleada de su desesperación. Sobre todo, no quería llorar y se juraba que se mantendría digna; quería comenzar tranquilamente y explicarse como una mujer que tenía realmente ciertos derechos, pero que sólo quería invocar la razón. Y la satisfacía su valor, se creía muy serena y casi resignada, mientras que, sola aún, pensaba la manera de acoger a Gerardo, para disuadirle de su cansamiento, que ella consideraba como una desgracia y como una falta.

Se estremeció y empezó a temblar. Había entrado Gerardo.

—¡Cómo, mi querida amiga! ¿Tú la primera? ¡Y yo que creía llegar con diez minutos de adelanto!...

Estaba muy azorado y temblaba él también, pensando en la desastrosa escena que preveía. Muy correcto, por otra parte, obligándose a sonreír, queriendo mostrarse tan solo encantado de encontrarla allí, como en los buenos tiempos de sus relaciones amorosas.

Pero ella, de pie, con el velo levantado al fin, le miraba, balbuciente.

—Sí, he podido estar libre antes... Temía que surgiese cualquier impedimento... Y por eso he venido...

Y viéndole tan guapo, tan cariñoso todavía, se olvidó de todo, alocada. Todos sus razonamientos, todas sus buenas resoluciones, desaparecieron. Era el impulso invencible, el desgarramiento mismo de su carne, al solo pensamiento de que le amaba siempre, de que le retendría de que nunca se lo cedería a otra. Se arrojó a su cuello, desatinada.

—¡Oh, Gerardo, Gerardo!... Sufro demasiado, no puedo, no puedo... ¡Dime ahora mismo que no quieres casarte, que no te casarás nunca con ella!

Su voz se sofocó y sus ojos se llenaron de lágrimas. ¡Ah, aquellas lágrimas que ella se había jurado no verter! Corrían al fin, se desbordaban de sus bellos ojos empañados, en una oleada de dolor atroz.

—¡Dios mío, con mi hija! ¡Serías capaz de casarte con mi hija!... ¡Ella contigo! ¡Ella en tus brazos, aquí!... ¡No, no! ¡Es demasiado tortura, no quiero, no quiero!

Él estaba helado ante aquel grito de unos celos espantosos, por el que la madre no era más que una mujer, rabiosa de la juventud de una rival, aquellos veinticinco años que no podían volver. Él también, al acudir a la cita, había adoptado las más sensatas determinaciones, resuelto a romper lealmente, como un hombre bien educado, con toda clase de bellas frases consoladoras. Pero él no era malo, tenía un fondo de tierna flaqueza en sus abandonos de ocioso, y le desarmaban sobre todo las lágrimas femeninas. Intentó calmarla y la sentó sobre el diván, para librarse de su abrazo. Y luego, colocándose junto a ella:

—Vamos, mujer, sé razonable. Hemos venido aquí para hablar amistosamente, ¿no es eso?... Te aseguro que exageras las cosas.

Pero ella exigía una certeza.

—¡No, no! Sufro demasiado y necesito saberlo todo enseguida... ¡Júrame que no te casarás con ella nunca, nunca!

Él intentó una vez más eludir la respuesta.

—Te estás atormentando, ya sabes que te quiero.

—¡No, no! ¡Júrame que no te casarás con ella nunca, nunca!

—¡Pero si te quiero sólo a ti, si a quien quiero es a ti!

Ella le abrazó de nuevo ardientemente, le estrechó contra su pecho, le cubrió de besos los ojos.

—¿Es verdad, eso? ¿No quieres a nadie, a nadie más que a mí sola?... ¡Entonces, tómate, bésame, que te sienta yo, que seas mío, mío siempre y jamás de la otra!

Y Eva obligó Gerardo a las caricias y se entregó con tal ímpetu, que él no pudo negarle nada, embriagado él también. Y muy cobardemente entonces, sin energía ya, le juró cuanto ella quiso, repitió hasta la saciedad que no quería a nadie más que a ella y que no se casaría nunca con su hija. Él llegó hasta insinuar que aquella muchachita contrahecha le daba lástima simplemente. Y Eva bebía en sus labios todo aquel desdén compasivo que sentía él por la otra, toda la certeza de ser la eternamente bella, la siempre deseada.

Luego, cuando hubo terminado todo, ambos permanecieron sentados sobre el diván, mudos y cansados. Volvían a sentirse cohibidos.

—¡Ah! —dijo ella en voz baja—. Te juro que no había venido para esto.

Reinó de nuevo el silencio y él quiso romperlo.

—¿No tomas una taza de té? Está ya casi frío.

Pero ella no le escuchaba. Y como si no hubiese pasado nada, como si la inevitable explicación empezase sólo entonces, habló ella, con aire abatido, con una infinita dulzura desolada.

—Vamos, Gerardo mío, tú no puedes casarte con mi hija. Lo primero, porque sería una cosa muy fea, casi un incesto. Y, además, por tu apellido y por tu posición... Perdona que sea tan franca, pero en fin, todo el mundo diría que te vendías, sería un escándalo para los tuyos y para nosotros.

Le había ella cogido las manos, sin cólera ya, como una madre que busca razones convincentes para impedir que su hijo mayor cometa alguna falta execrable. Y él, con la cabeza baja y evitando mirarla, escuchaba.

—Piensa un poco en la opinión, Gerardo mío. ¡Bah! No me hago ilusiones, ya sé que entre tu mundo y el nuestro hay un abismo. Por muy ricos que seamos, el dinero ensancha ese abismo. Y aunque yo me haya convertido, mi hija sigue siendo la hija de la judía... ¡Ah, Gerardo mío, estoy tan orgullosa de ti, me causaría tal disgusto verte rebajado y como manchado por ese casamiento de interés, con una muchacha contrahecha que no es digna de ti, a la que no puedes amar!

Él alzó los ojos, la miró, desasosegado, suplicante, queriendo acabar aquella conversación tan penosa.

—¡Pero si ya te he jurado que no te quería más que a ti, si te he jurado ya que no me casaría nunca con ella! Se acabó, no nos atormentemos más.

Sus miradas siguieron unidas un instante, encerrando todo lo que no decían, su lasitud, su miseria. Y los párpados de Eva, los tristes párpados enrojecidos en su rostro marmóreo, envejecido de pronto, se llenaron de lágrimas que empezaron a

correr por sus mejillas temblorosas. Lloraba ella sin fin, pero muy dulcemente.

Pobre Gerardo, pobre Gerardo mío... ¡Ah, ahora peso a tus brazos! No digas que no, sé perfectamente que soy una carga intolerable, que obstruyo tu vida, que voy a acabar de hacer tu desgracia, obstinándome en guardarte para mí.

Él quiso rebelarse y ella le hizo callar.

—No, no; se acabó todo realmente entre nosotros... Me voy poniendo fea, se acabó... Y, además, conmigo, tu porvenir está cortado. No puedo servirte de nada, me das todo al entregarte a mí y yo no te devuelvo nada... Y, sin embargo, ha llegado el momento de crearte una posición. No puedes, a tu edad, vivir sin seguridad alguna, sin hogar, y sería de lo más cobarde en mi ser el obstáculo, impedirte lograr un final feliz, aferrándome a ti, ahogándote conmigo, a la desesperada.

Continuó, con la mirada fija siempre en él, viéndolo sólo a través de sus lágrimas. Sabía que era débil, enfermizo incluso, a pesar de su aspecto de hombre apuesto; ella también soñaba con asegurarle una existencia tranquila, un rincón de felicidad auténtica donde él pudiera envejecer a cubierto del Destino. ¡Le amaba tanto! ¿Cómo no iba a poder elevarse su bondad verdadera de tierna enamorada hasta llegar al renunciamiento, al sacrificio?

E incluso, en su egoísmo de mujer bella y adorada, encontraba razones para pensar en la retirada, para no echar a perder el final de su otoño con unos dramas que la desgarraban. Y decía ella aquellas cosas, tratándole como a un niño cuya felicidad quería realizar, al precio de la suya, mientras que, ahora, con los ojos bajados de nuevo, él la escuchaba inmóvil, sin protestar ya, satisfecho con dejarla organizar su vida, tal como ella quería.

—Es evidente —prosiguió ella, acabando por defender las razones en favor del odioso casamiento—, que Camila te aportaría todo lo que yo deseo, todo lo que sueño para ti. Con ella, gracias a las condiciones que no necesito decirte, es la vida dichosa, asegurada... En cuanto a lo demás, ¡Dios mío!, ¡hay tantos precedentes! ¡No es que quiera yo disculpar nuestra falta, pero podría citar otras veinte, enumerar casas donde han sucedido cosas peores!... Y además, estaba yo equivocada cuando decía que el dinero abría un abismo. El dinero acerca, por el contrario, hace que se perdone todo: no tendrías a tu alrededor más que envidias, gentes maravilladas de tu suerte y ni una crítica.

Gerardo se levantó y pareció rebelarse por última vez.

—Vamos, ¿no vas a ser tú ahora la que vas a obligarme a casarme con tu hija?

—¡No, por Dios!... Pero soy razonable y digo lo que debo decirte. Tú lo pensarás.

—Está todo pensado... Te he amado y te amo. Lo demás es imposible.

Tuvo ella una sonrisa divina, volvió a cogerle entre sus brazos, de pie los dos, unidos de nuevo en aquel abrazo.

—¡Qué bueno y qué cariñoso eres, Gerardo! ¡Si supieras cómo te amo, cómo te amaré siempre, a pesar de todo!

Y corrieron otra vez sus lágrimas y él también lloró. Obraban de buena fe los dos, en su natural ternura, aplazando el penoso desenlace, queriendo esperar todavía de la felicidad. Pero comprendían muy bien que el casamiento estaba hecho. No había allí más que lágrimas y palabras; la vida seguía a pesar de todo; lo inevitable se realizaría. El pensamiento que les enternece hasta aquel punto debía ser el de que aquel abrazo era el último, de que aquella cita era también la última, por-

que resultaría feo volver a verse después de lo que sabían, de lo que se habían dicho.

Y, sin embargo, querían conservar la ilusión de que no rompían, de que volverían a hallar quizás algún día el sabor de sus labios. Y lloraba en ellos el final de todo.

Luego, cuando se separaron, vieron de nuevo el reducido cuarto, con su diván ajado, sus cuatro sillas y su mesa. La estufita de gas silbaba, y ahora se sofocaban con aquella humedad pesada y cálida.

—Entonces —dijo él—, ¿no tomas una taza de té?

Ella estaba ante el espejo, arreglándose el pelo.

—¡No, por Dios! Es horroroso el de aquí.

Y la tristeza de las cosas la penetraba, la angustiaba, en aquel momento de la partida, a ella, que creyó encontrar allí un recuerdo tan delicioso, cuando unos ruidos de pasos, unas voces fuertes, todo un brusco tumulto acabó de trastornarla. Corrían por el pasillo, llamaban a las puertas. Se precipitó ella a la ventana y vio desde allí a unos agente que cercaban el restaurante. Se le ocurrieron las más descabelladas ideas: su hija, que la había hecho seguir; su marido, que quería divorciarse para casarse con Silviana. Era el escándalo atroz, el derrumbamiento de todos sus proyectos. Esperó, lívida, desatinada, mientras que él, pálido, como ella, tembloroso, le rogaba que se calmase, que no gritase sobre todo. Pero cuando unos violentos golpazos hicieron retemblar la puerta y el comisario de policía se anunció, no tuvieron más remedio que abrir. ¡Ah, que minuto! ¡Qué espanto y qué vergüenza!

Pedro y Guillermo habían esperado abajo, durante más de una hora, a que la lluvia cesase. Hablaban a media voz, en un rincón de la sala acristalada, invadidos por la triste dulzura de aquel día de fiesta, gris, discutiendo, tomando al fin una reso-

lución sobre el doloroso caso de Nicolás Barthès. Y acordaron, por último, hacer que viniera a cenar, a la noche siguiente, Teófilo Morin, el viejo amigo del eterno recluso, para que anunciase a éste el nuevo destierro que le abrumaba.

—Es lo prudente —repitió Guillermo—. Morin, que le quiere mucho, tomará todas las precauciones necesarias y le acompañará indudablemente hasta la frontera.

Pedro miraba caer la fina lluvia melancólicamente.

—¡Otra vez la huida, otra vez la tierra extranjera, cuando no es el calabozo! ¡Ah, pobre ser sin alegría, acosado toda su vida, habiendo consagrado su vida entera a su ideal de libertad, que va quedando anticuado, del que se burlan y que ve derrumbarse con él!

Pero aparecieron de nuevo unos agentes y unos guardas y vagaron alrededor del restaurante. Comprendiendo, sin duda, que habían perdido la pista, volvían con la certeza de que el individuo debía estar allí, agazapado en aquel hotelito. Y le cercaban hábilmente, tomaban precauciones, antes de emprender un registro minucioso, para tener la seguridad, aquella vez, de que la pieza no se les escaparía. Cuando se dieron cuenta de aquella maniobra, los dos hermanos sintieron un sordo temor. Era la batida de hacía un rato; ellos habían, realmente, visto huir al individuo; pero, sin embargo, ¿quién les decía que no iban a obligarles a acreditar su identidad, puesto que se habían metido tan lamentablemente en aquella redada? Se consultaron con la mirada y pensaron por un momento marcharse en medio del aguacero. Luego comprendieron que aquello les comprometería más. Y esperaron tanto más cuanto que la llegada de dos nuevos visitantes vino a entretenerles.

Una «victoria», con la capota echada, se detuvo frente a la

puerta. Bajó de ella primero un joven, con aire elegante y aburrido, y luego una muchacha que se reía a carcajadas, muy divertida con aquella lluvia incesante. Discutían ambos y ella sentía, en tono de broma, no haber llegado en bicicleta, mientras que él encontraba estúpido aquel paseo en medio de un diluvio.

—Pero en fin, querido, había que ir a algún sitio. ¿Por qué no ha querido usted llevarme a ver las máscaras?

—¡Oh, las máscaras! ¡No, no, prefiero el bosque e incluso el fondo del lago!

Y cuando entraban, Pedro reconoció a la princesita Rosamunda en la muchacha a quien ponía tan contenta la lluvia, y al bello Jacinto Duvillard en el joven que motejaba de odiosa a la Cuaresma, de infecto al bosque, de antiestética la bicicleta. La noche anterior, después de la taza de té ofrecida, ella le había retenido, queriendo satisfacer su capricho, forzándole casi como se fuerza a una mujer. Pero aunque él accedió a estar en el lecho junto a ella, se había negado a toda fealdad y a toda bajeza, a pesar de los golpes que había ella acabado por propinarle, exasperándose hasta llegar a morderle. ¡Ah, el horror, la villanía de aquel gesto, la repugnante grosería del hijo que podía nacer de aquello! En cuanto a esto, a lo del hijo, él tenía razón, ella no lo deseaba tampoco. Entonces él había hablado del gesto de las almas que se acoplan cerebralmente. Ella no decía que no y accedía a intentarlo, pero ¿cómo se hacía aquello? Y al hablar de nuevo entonces de Noruega, decidieron por fin, de acuerdo, que saldrían el lunes para Cristianía, en un viaje de novios, con el propósito de consumir allí la intelectualidad de su unión. Lo único que sentían era no estar en lo más riguroso del invierno, porque la fría, la blanca y casta nieve ¿no era el único lecho posible para semejantes nupcias?

En cuanto el mozo les sirvió unas copitas de un burgués anís, a falta de Kummel, Jacinto, que acababa de reconocer a Pedro y a su hermano Guillermo, cuyos hijos habían sido condiscípulos suyos en el Liceo Condorcet, se inclinó y dijo el nombre de este último al oído de Rosamunda. Inmediatamente ésta se levantó, en un brusco arrebató de entusiasmo.

—¡Guillermo Froment! ¡Guillermo Froment, el gran químico!
Y adelantándose con la mano tendida:

—¡Ah, caballero; perdone usted esta inconveniencia! Pero tengo que estrechar su mano. ¡Le admiro tanto! ¡Ha realizado usted unos trabajos tan maravillosos sobre los explosivos!

Luego se echó a reír como un chiquilla al ver el asombro del químico.

—Soy la princesa de Harth. El señor abate, su hermano, me conoce y yo he debido hacerme presentar por él... Además, tenemos, usted y yo, amigos comunes, el distinguidísimo Janzen, que tenía que haberme llevado a casa de usted a título de discípula muy modesta. He trabajado en la química, ¡oh!, por amor a la verdad y en favor de las buenas causas únicamente... ¿Verdad, maestro, que me permite usted que vaya a llamar a su puerta en cuanto regrese de Cristianía, adonde voy, con mi joven amigo, a hacer un viaje de simple emoción y de investigaciones en lo que se refiere a sentimientos inexperimentados?

Y prosiguió, y les fue imposible a los demás colocar una sola palabra. Lo mezclaba todo: su afición al internacionalismo, que la había arrojado, durante una temporada, en brazos de Janzen, en el mundo anarquista, entre los peores aventureros del partido; su nueva pasión por las capillitas místicas y simbolistas, la revancha de lo ideal sobre el grosero realismo, la poesía de los estetas, que la hacía soñar con un espasmo des-

conocido bajo el beso glacial del bello Jacinto.

Se detuvo de pronto y volvió a reír.

—¡Hombre! ¿Qué hacen esos agentes registrando aquí? ¿Vienen a detenernos a nosotros? ¡Sería graciosísimo!

En efecto, el comisario de Policía Dupot y el agente Mondésir se decidían a entrar en la Galería para recorrer el restaurante, después de las vanas pesquisas que acababan de efectuar sus hombres en la cuadra y en la cochera. Tenían la absoluta convicción de que el individuo no podía estar más que allí. Dupot, un hombrecillo flaco, muy calvo y muy miope, con gafas, mostraba su aire de tedio y de cansancio acostumbrado, aunque era muy despierto y de un valor indomable. No llevaba armas; pero como se esperaba las mayores violencias, una defensa furiosa de lobo cercado, acababa de aconsejar a Mondésir que armase su revólver y que lo tuviera preparado en el bolsillo.

De una rápida ojeada a través de sus gafas, el comisario examinó a los cuatro consumidores: aquel sacerdote, aquella damisela y luego a los otros dos, unas personas vulgares. Y desdeñándoles, quiso subir enseguida al primer piso, cuando el mozo, aterrado por aquella brusca invasión de la Policía, perdió la cabeza y balbució:

—Es que ahí arriba están un caballero y una señora en un reservado.

Dupot le apartó tranquilamente.

—Un caballero y una señora no es lo que buscamos... ¡Vamos de prisa! Abra usted todas la puertas; es preciso que no quede cerrada ni la puerta de un armario.

Y luego, arriba, recorrieron todas las habitaciones y no quedó más que el reservado donde se hallaban Eva y Gerardo, que el mozo no pudo abrir porque estaba echado el pestillo por den-

tro.

—Abran ya —gritó el mozo por el ojo de la cerradura—; no es por ustedes.

Quedó descornado, al fin, el pestillo, y Dupot, que no se permitió ni una sonrisa, dejó bajar a la señora y al caballero, temblorosos y lívidos, mientras que Mondésir entraba a mirar por debajo de la mesa, por detrás del diván, dentro de un armario empotrado, por deber de conciencia.

Abajo, cuando Eva y Gerardo tuvieron que cruzar la galería, pasaron por la nueva emoción de encontrar a unos curiosos, a aquellas personas conocidas de ellos, reunidos allí por la más imprevista de las casualidades. Aunque llevase el rostro oculto bajo su espeso velo, chocó con la mirada de su hijo y notó que la reconocía. ¡Qué fatalidad! Y cuando huían, bajo la lluvia incesante, oyeron claramente cómo la princesita Rosamunda, muy divertida, exclamaba:

—¡Pero si es el conde de Quinsac...! Y la señora, dígame, la señora, ¿quién es?

Y como Jacinto, un poco pálido, no respondiera, ella insistió:

—Vamos, usted tiene que conocer a la señora. Dígame quién es.

—No es nadie —acabó él por responder—. Alguna mujer.

Pedro había comprendido, turbado ante tanta vergüenza y tanto sufrimiento, desviando la vista, mirando a Guillermo. Y de pronto, la escena cambió, en el momento en que el comisario Dupot y el agente Mondésir volvían a bajar sin haber encontrado al individuo. Sonaron afuera unos gritos, hubo un ruido de carrera y de tumulto. Luego, el jefe de Seguridad, Gascogne, que se había quedado en las dependencias del restaurante prosiguiendo los registros, apareció, empujando delante de él a un bulto innominado de harapos y de barro, co-

gido por dos agentes. Era el hombre, la fiera acorralada, violentada y atrapada al fin, que acababan de descubrir en el fondo de la cochera, dentro de un tonel, debajo del heno.

¡Ah, qué grito triunfador, después de aquellas dos largas horas de carrera, después de aquella frenética batida, que hacía jadear los pechos y retemblar las piernas! ¡La caza del hombre, la más apasionante y salvaje! Ya estaba en su poder el individuo; le empujaban, le arrastraban, le molían a golpes. Y él, el hombre, era la más lamentable de las piezas, una ruina, pálido y terroso por haber pasado la noche en un hoyo de hojarasca, empapado todavía hasta la cintura por haberse arrojado al riachuelo, azotado por la lluvia, cubierto de lodo, con sus pobres ropas en andrajos, su gorra hecha un puro jirón, con las piernas y las manos ensangrentadas por su terrible carrera entre la espesura, cerrada por zarzas y ortigas. No tenía ya figura humana, con los pelos pegados a las sienes, los ojos enrojecidos fuera de las órbitas, la cara entera descompuesta, contraída en una máscara espantosa de terror, de cólera y de sufrimiento. Era la fiera en el hombre, y le empujaron de nuevo, y cayó contra una de las mesas del cafetucho, sentado, asido por los rudos puños que le sacudían.

Entonces Guillermo se quedó sobrecogido, con un estremecimiento que le dejó helado. Cogió la mano de Pedro, que al ver y al comprender, se estremeció a su vez. ¡Salvat! ¡El hombre era Salvat! ¡Era Salvat a quien vieron correr por el bosque como un jabalí acosado por la jauría! ¡Era Salvat el que estaba allí, aquel bulto inmundo, aquel vencido por la miseria y la rebeldía! Y Pedro, en su angustia, tuvo una vez más la visión brusca de la oficialilla, allá lejos, bajo la marquesina del hotel Duvillard, de aquella niña rubia y bonita, a quien la bomba destrozara el vientre.

Dupot y Mondésir triunfaban rotundamente con Gascogne. El

individuo, sin embargo, no había opuesto la menor resistencia, dejándose coger como un cordero. Y desde que estaba allí, tan brutalmente tenido a raya, no hacía más que lanzar a su alrededor unas miradas llenas de lasitud, de una infinita tristeza.

Habló, y su primera palabra, dicha con voz ronca y apagada, fue:

—Tengo hambre.

Desfallecía de hambre y de cansancio; no había bebido más que un vaso de cerveza la noche anterior, después de dos días de ayuno que llevaba ya.

—Dadle un pedazo de pan —dijo el comisario Dupot al mozo—. Lo comerá mientras van a buscar un coche.

Marchó un agente en busca de un coche. Acababa de cesar la lluvia; se oyó el sonoro cascabel de una bicicleta; reaparecieron unos coches; el bosque recobraba su animación mundana, a lo lejos, en las anchas avenidas doradas por un pálido rayo de sol.

Pero el hombre se había arrojado ansiosamente sobre el trozo de pan; y mientras lo devoraba, con un aire trastornado de satisfacción animal, sus miradas tropezaron con las cuatro personas que estaban allí. Jacinto y Rosamunda parecieron irritarle, con sus caras inquietas y encantadas de poder presenciar así la captura de aquel miserable, a quien tomaban por un bandido cualquiera. Luego, sus tristes ojos vacilaron. Acababan de tener la sorpresa de reconocer a Pedro y a Guillermo. Y no expresaron ya, fijos en este último, sino el afecto sumiso de un perro agradecido, la promesa renovada de un inviolable mutismo.

Habló él de nuevo, como si se dirigiese, valientemente, a aquel a quien ya no miraba, a otros también, a los compañe-

ros que no estaban allí.

—Es tonto haber huido... No sé por qué he corrido... ¡Ah, que acabe esto! Estoy dispuesto.

V

A LA MAÑANA siguiente, leyendo los periódicos, Guillermo y Pedro se quedaron muy sorprendidos al ver que la detención de Salvat no armaba el jaleo que se esperaba. Apenas si encontraron en ellos una notita, perdida entre los diversos sucesos, diciendo que de resultas de una batida en el Bosque de Bolonia, la Policía acababa de capturar a un hombre, un anarquista, a quien se creía comprometido en los últimos atentados. Toda la prensa reflejaba el alboroto promovido por las nuevas declaraciones de Sanier en «La Voz del Pueblo», una extraordinaria oleada de artículos sobre el asunto de los ferrocarriles africanos, noticias y apreciaciones de todas clases referentes a la gran sesión que se pronosticaba en la Cámara aquella tarde, si el diputado socialista Mège reanudaba su interpelación, como habían anunciado formalmente.

Guillermo estaba decidido, desde el día anterior, a volver a su casa de Montmartre, puesto que su herida se cicatrizaba y no tenía que temer, en lo sucesivo, ninguna amenaza ni para sus proyectos ni para sus trabajos. La Policía había pasado junto a él sin parecer siquiera sospechar su posible responsabilidad. Por otra parte, Salvat no hablaría seguramente. Pero Pedro suplicó a su hermano que esperase dos o tres días más, hasta los primeros interrogatorios de aquél, para ver con toda claridad la situación. El día anterior, durante su larga espera en el antedespacho del ministro, había sorprendido cosas oscuras y oído vagas palabras, toda una sorda relación entre el atentado y la crisis parlamentaria, que le hacía desear que esta última estuviera completamente solucionada antes de que Guillermo reanudase su vida acostumbrada.

—Escucha —le dijo—: voy a ir a casa de Morin para rogarle

que venga a cenar, pues es absolutamente necesario que Barthès esté enterado esta noche del nuevo golpe que le abruma... Después iré a la Cámara, porque quiero saber lo que sucede. Y luego te dejaré ir.

A la una y media, Pedro llegaba al Congreso. Y cuando estaba pensando que Fonsègue le haría pasar sin duda, se encontró en el vestíbulo al general de Bozonnet, que tenía precisamente dos tarjetas, pues un amigo suyo no había podido ir a última hora. La curiosidad era enorme; anunciábase en París una sesión emocionante, y se disputaban las tarjetas desde el día anterior. No habría podido nunca entrar si el general no le hubiese llevado con él, como hombre amable, encantado también de tener un compañero con quien hablar, pues, según explicaba, él iba a pasar simplemente allí la tarde, como la hubiera pasado en cualquier otro espectáculo, en un concierto o en una venta benéfica. Acudía también para indignarse, para hartarse de la vergonzosa bajeza del parlamentarismo, en su descontento de antiguo legitimista, afiliado entonces al bonapartismo, y doblemente condenado al ostracismo.

Una vez arriba, Pedro y el general pudieron llegar al primer banco de la tribuna. Allí encontraron al pequeño Massot, que les hizo sentarse a, su derecha y a su izquierda, estrechándose más aún. Conocía a todo el mundo.

—¡Ah! Ha tenido usted la curiosidad de presenciar esto, mi general. Y usted, señor abate, ha venido a practicar la tolerancia y el perdón de las ofensas... Yo soy un curioso profesional, un hombre que necesita temas de artículos; y como no quedaban más que malos sitios en la tribuna de la Prensa, he logrado instalarme aquí cómodamente... Una magnífica sesión seguramente. ¡Miren, miren cómo se amontonan la gente a la derecha y a la izquierda, por todas partes!

En efecto, las tribunas, estrechas, mal planeadas, estaban re-

bosantes de cabezas. Muchas mujeres, hombres de todas las edades, se apretujaban allí en una masa confusa, en la que no se distinguía más que la pálida redondez de los rostros. Pero el espectáculo estaba abajo, en el salón de sesiones, vacío aún, que parecía, con sus filas de escaños en semicírculo, una de esas salas de teatro que se llenan muy lentamente un día de estreno. Bajo la fría luz que caía desde la cúpula acristalada, la tribuna reluciente y solemne esperaba, mientras que detrás, y más en lo alto, ocupando todo el muro del fondo, la mesa con sus asientos y su sillón presidencial, aparecía también desierta, recorrida únicamente por dos ujieres que se dedicaban a cambiar las plumas y a llenar los tinteros.

—Las mujeres —continuó Massot riendo— acuden aquí lo mismo que van a los parques zoológicos, con la secreta esperanza de que las fieras se devorarán... ¿Han leído ustedes esta mañana el artículo de «La Voz del Pueblo»? ¡Es asombroso Sanier! Cuando parece que ya no quedan inmundicias, él sabe encontrar más. Añade fango, escupe y mancha la cloaca. Si el fondo es verdadero, se las arregla para seguir mintiendo en la monstruosa vegetación de sus comentarios. Tiene que exagerar a diario, que servir el nuevo veneno a sus lectores, para que aumente la tirada de su periódico... Y, naturalmente, esto remueve al público; gracias a él está hoy aquí todo el mundo con los nervios descompuestos, esperando algún sucio espectáculo.

Luego volvió a ponerse alegre al preguntar a Pedro si había leído en «El Globo» un artículo sin firma, muy digno y muy pérfido, intimando a Barroux a dar con entera franqueza, acerca del asunto de los Ferrocarriles africanos, las explicaciones que el país esperaba. Hasta entonces, el periódico había sostenido abiertamente al presidente del Consejo; y se notaba en aquel artículo un comienzo de defección, la brusca

frialdad que precede a las rupturas. Pedro dijo que aquel artículo le había sorprendido mucho, porque él veía que la suerte de Fonsègue estaba ligada a la de Barroux por una absoluta comunidad de miras y por unos lazos amistosos muy antiguos.

Massot seguía riendo.

—Sin duda, sin duda, el corazón del jefe ha debido desgarrarse. El artículo ha sido muy comentado y va a causar un daño considerable al Ministerio. Pero ¿qué quieren ustedes? El jefe sabe mejor que nadie la línea de conducta a seguir para salvar la situación del periódico y la suya.

Y entonces contó la emoción, la confusión extraordinaria que reinaba entre los diputados, en los pasillos, adonde había él ido a darse una vuelta antes de subir a asegurarse un sitio. La Cámara, que no se había reunido desde hacía dos días, celebraba sesión en el momento álgido de aquel enorme escándalo, semejante a los incendios a punto de extinguirse, que se reaniman y lo consumen todo. Circulaban las cifras de la lista de Sanier: doscientos mil francos a Barroux, ochenta mil a Monferrand, cincuenta mil a Fonsègue, diez mil a Dutheil, tres mil a Chaigneux, y tanto a éste y tanto a aquel otro, la delación interminable; y aquello, en medio de las historias más extraordinarias, de los comadreo, de las calumnias, una increíble mezcolanza de verdades y de mentiras, en la cual resultaba imposible orientarse. Bajo el viento de terror que soplaba, entre las caras lívidas, los labios temblorosos, pasaban otros congestionados, rebosantes de alegría salvaje, con risas de triunfo próximo. Porque, en suma, bajo las grandes indignaciones rimbombantes, las invocaciones a la limpieza, a la moralidad parlamentaria, no había nunca más que un cuestión de personas, la de saber si caería el Gobierno y cuál sería el nuevo Gabinete. Barroux parecía muy acabado; pero

¿quién podía prever la parte de lo inesperado en semejante barullo? Se anunciaba que Mège iba a ser de una violencia extraordinaria. Barroux contestaría, y sus amigos proclamaban su cólera, su firme decisión de aclararlo todo decisiva y rotundamente. Monferrand, evidentemente, haría uso de la palabra a continuación. En cuanto a Vignon, a pesar de su alegría contenida, fingía mantenerse aparte, y le habían visto ir de unos a otros de sus partidarios, para aconsejarles calma, la mirada clara y fría que decide el triunfo en las batallas. Jamás cuba alguna de hechicera, más rebosante de drogas y de abominables cosas innominadas, había cocido sobre semejante hoguera infernal.

—¡Cualquiera sabe lo que va a salir de todo esto! —terminó Massot—. ¡Ah, qué guiso más indecente! ¡Ya verán ustedes!

Pero el general de Bozonnet esperaba las peores catástrofes. Si hubiera habido al menos un ejército, se habría podido barrer un buen día aquel puñado de parlamentarios vendidos, que roían y pudrían el país. Para él, todo se resumía en que la nación en armas no constituía un ejército. Y acometió el tema favorito de sus amargas quejas, desde que le habían hecho retirarse, como un hombre de otro régimen a quien trastornaba el presente.

—Ya que busca usted tema para un artículo —dijo a Massot—, ¡ahí tiene usted uno!... Francia, que cuenta con más de un millón de soldados, no tiene ejército. Le daré a usted más notas y podrá usted revelar al fin la verdad.

E inmediatamente se apoderó del periodista y le catequizó. La guerra debía ser un asunto de casta: unos jefes por derecho divino conduciendo al combate a unos mercenarios, a unas gentes pagadas o escogidas. Democratizarla era matarla; y él la añoraba, considerándola, a lo héroe, como la única ocupación noble. Desde el momento en que todo el mundo se veía

obligado a pelear nadie quería ya combatir. Por eso el servicio obligatorio, la nación en armas, traería seguramente la desaparición de la guerra, dentro de un plazo más o menos largo. Si desde 1870 no se había peleado, era precisamente porque todo el mundo estaba dispuesto a pelear. Y se vacilaba ahora en lanzar a un pueblo contra otro, pensando en el espantoso aniquilamiento, en el desastroso gasto de dinero y de sangre. Por eso Europa, convertida en un inmenso campo atrincherado, le llenaba de cólera y de asco, como si la seguridad que tenían todos de exterminarse en la primera batalla le amargase el placer que se experimentaba antaño en pelear como si se estuviera cazando al azar de montes y de bosques.

—Pero —dijo suavemente Pedro— no es un mal muy grande que la guerra desaparezca.

El general se irritó primero.

—¡Ah, sí! ¡Bonitos pueblos tendrán ustedes si ya no se pelea! Y luego quiso mostrarse práctico.

—Observen ustedes que la guerra no ha costado nunca tanto dinero como desde que ya no es posible. Nuestra paz defensiva, nuestras naciones en armas arruinan a los Estados simplemente. Si no es la derrota, es la bancarrota segura... En todo caso, la profesión militar es una profesión perdida, en la que no hay nada que hacer. La fe desaparece; irán desertando de esa profesión como se deserta de la religiosa.

Y tuvo un gesto desolado: la maldición del soldado de otra época contra aquel Parlamento y aquella Cámara republicana, como si la acusase de los días venideros, en los que el soldado no sería ya más que el ciudadano.

El pequeño Massot inclinaba la cabeza, pareciéndole sin duda aquel tema de artículo demasiado serio para él. Cortó en seco, diciendo:

—¡Hombre! Monseñor Martha está en la tribuna diplomática con el embajador de España... Sabrán ustedes que se desmiente su candidatura por el departamento de Morbihan. Es demasiado listo para querer comprometerse siendo diputado, cuando tiene en su mano los hilos que mueven a la mayor parte de los católicos adheridos al Gobierno republicano.

Pedro, en efecto, acababa de divisar la cara sonriente y discreta de monseñor Martha, que había estado encantador con él el día anterior en el antedespacho del ministro. Desde entonces le pareció que aquel obispo adquiriría una importancia considerable, por modesta que quisiera parecer su actitud. Se sentía poderoso y activo aunque no se moviese y se contentase con mirar, como un simple curioso divertido por aquel espectáculo.

—¡Ah! —dijo de nuevo Massot—. Ahí está Mège... Va a comenzar la sesión.

Poco a poco se llenaba, abajo, el salón. Aparecían diputados en las puertas, bajaban por las estrechas escalerillas. La mayoría permanecían de pie, hablando animadamente, trayendo la intensa fiebre de los pasillos. Otros, sentados ya, con la cara terrosa, abatida, alzaban los ojos hacia la cúpula, donde blanqueaba el vitral en media luna. La tormentosa tarde iba a empeorar más aún; la luz se había hecho lívida en aquel salón pomposo y triste, de pesadas columnas, de frías estatuas alegóricas, que la desnudez de los mármoles y de la madera hacía severo, animado tan sólo por el rojo terciopelo de los escaños y de las tribunas.

Entonces Massot empezó a nombrar a cada diputado importante que entraba. Mège, detenido por otro miembro del grupo socialista, gesticulaba, se ensayaba. Luego fue Vignon, rodeado de algunos amigos y aparentando una sonrisa tranquila, el que bajó los escalones para llegar a su sitio. Pero la

gente de las tribunas esperaba, sobre todo, a los diputados comprometidos, a aquellos cuyos nombres figuraban en la lista de Sanier; y éstos eran dignos de estudio; unos, fingiendo una completa libertad de ánimo, alegres y juveniles; otros, habiéndose compuesto, por el contrario, una actitud grave e indignada. Chaigneux se mostró vacilante, indeciso, como abrumado bajo el peso de una atroz injusticia. Dutheil, por el contrario, había recobrado su hermosa inconsciencia, de una serenidad perfecta a no haber sido porque de vez en cuando un tic nervioso agitaba su boca en una mueca inquietante. Y el más admirado fue de nuevo Fonsègue, dueño otra vez de tal modo de sí mismo, con la cara tan despejada y la mirada tan clara, que todos sus colegas y el público entero que le contemplaban hubieran sostenido su completa inocencia; hasta tal punto era su aspecto el de un hombre honrado.

—¡Ah, el jefe! —murmuró Massot entusiasmado—. ¡Es único!... ¡Atención! Ahí están los ministros. Y sobre todo, no se pierdan el primer encuentro de Barroux con Fonsègue, después del artículo de esta mañana.

La casualidad acababa de hacer que Barroux, con la cabeza alta, muy pálido y casi provocativo, tuviese que pasar por delante de Fonsègue para llegar al banco de los ministros. No le habló, le miró fijamente, como el hombre que ha sentido la desertión, la sorda acometida de un traidor. En cuanto a Fonsègue, con gran soltura, siguió repartiendo apretones de mano, como si no hubiera notado siquiera aquella pesada mirada que había caído sobre él. Por otra parte, aparentó no ver tampoco a Monferrand, que iba detrás de Barroux, con aspecto bondadoso, de hombre que no sabía nada, que acudía allí como a una sesión ordinaria. En cuanto estuvo en su sitio, levantó los ojos y sonrió a monseñor Martha, que inclinaba ligeramente la cabeza. Luego, dueño de sí y de los demás,

satisfecho de las cosas, que marchaban bien, tal como las había deseado, se puso a frotarse las manos suavemente, con un gesto familiar.

—¿Quién es —preguntó Pedro a Massot— aquel señor gris y triste, sentado en el banco de los ministros?

—¡Ah! Es el excelente Taboureau, el hombre sin prestigio, el ministro de Instrucción Pública. Le habrá usted visto seguramente, pero no le reconocerá usted nunca; parece una moneda de cinco céntimos desgastada por el uso... Otro que no debe querer mucho al jefe, pues «El Globo» de esta mañana publica un artículo, tanto más terrible cuanto que es más mesurado, sobre su perfecta incapacidad en todo lo que se refiere a Bellas Artes. Me sorprendería mucho que pudiese soportarlo.

Pero un redoble sordo de tambores anunció la llegada del presidente y de la Mesa. Se abrió una puerta y desfiló un pequeño, cortejo, mientras que un murmullo confuso, llamadas, ruido de pasos, llenaba el hemiciclo. El presidente estaba de pie; dio un campanillazo y declaró abierta la sesión. Y no se hizo el silencio, mientras que un secretario, un muchacho alto y moreno, leía con voz agria el acta de la sesión anterior. Luego, después de aprobada, fueron leídas unas cartas explicando la falta de asistencia de varios diputados, e incluso quedó aprobado rápidamente, por unanimidad, un pequeño proyecto de ley. Llegó, al fin, el asunto sensacional, la interpelación de Mège, en medio del nerviosismo del salón y de la expectación apasionada de las tribunas. Habiendo aceptado el Gobierno la interpelación, la Cámara decidió que la discusión comenzase inmediatamente. Y ahora sí reinó el silencio más profundo, acompañado por breves estremecimientos, en los que se notaba vibrar el terror, el odio, el deseo, toda la jauría devoradora de los apetitos desencadenados.

Mège subió a la tribuna y empezó con una aparente modera-

ción, precisando, planteando la cuestión. Alto, flaco, nudoso y retorcido como un sarmiento de viña, sostenía con las dos manos su busto algo encorvado, interrumpido con frecuencia por la tosecilla de la lenta tuberculosis que le atacaba. Pero sus ojos centelleaban de pasión detrás de sus lentes, y poco a poco, su voz chillona y desgarrada se elevaba, retumbaba, mientras que él erguía su cuerpo desgajado en una violenta gesticulación. Recordó que cerca de dos meses antes, a raíz de las primeras denuncias de «La Voz del Pueblo», había querido interpelar al Gobierno sobre aquel lamentable asunto de los Ferrocarriles africanos, e hizo notar con exactitud que si la Cámara, cediendo a sentimientos que él quería ignorar, no hubiese aplazado su interpelación, estaría ya esclarecido aquello desde hacía mucho tiempo, con lo cual se hubiera evitado el recrudecimiento del escándalo, toda aquella violenta campaña de delaciones que sufría, asqueado, el país. Hoy, como podía comprenderse, el silencio se había hecho imposible, y los dos ministros acusados tan ruidosamente de prevaricación tenían que contestar, demostrando su perfecta inocencia y proyectar sobre aquel caso la más resplandeciente luz, sin contar con que el Parlamento entero no podía seguir bajo el peso acusador de una venalidad deshonrosa. Y relató de nuevo toda la historia del asunto: la concesión de los Ferrocarriles africanos, otorgada al banquero Duvillard, y luego la famosa emisión de valores en lotes, votada por la Cámara, gracias a un reparto desenfrenado de dinero, a un tráfico y a una compra de las conciencias, de creer a los acusadores. Y aquí fue donde él se arrebató, llegando a las peores violencias al hablar del misterioso Hunter, aquel agente de Duvillard, a quien la Policía había dejado escapar mientras se dedicaba a vigilar a los diputados socialistas. Daba puñetazos sobre el pupitre, intimaba a Barroux a que desmintiese categóricamente que hubiera cobrado nunca un céntimo de los doscientos

mil francos asignados a su nombre en la lista. Unas voces le gritaron que leyese la lista íntegra; otros, cuando se dispuso a leerla, se desataron, clamando que era una indignidad, que no se llevaba a una Cámara francesa un documento semejante de fraude y de calumnia. Y él proseguía, frenético, arrastrando a Sanier por el fango, defendiéndose de tener la menor concommitancia con los injuriadores; pero exigiendo al mismo tiempo que resplandeciese la justicia para todos, y que si había vendidos entre sus colegas, los enviasen aquella noche a dormir a la cárcel.

De pie, en el estrado monumental, el presidente agitaba la campanilla impotente, como un piloto que no puede ya dominar la tempestad. Entre los rostros congestionados y vociferantes, sólo los ujieres conservaban la gravedad impasible de sus funciones. En medio del griterío, seguía oyendo la voz del orador, que, en una brusca transición, llegaba a oponer la sociedad colectivista de su ideal a la criminal sociedad capitalista, capaz de originar tales escándalos. Y cedía cada vez más a su exaltación de apóstol, un apóstol que ponía una salvaje obstinación en querer reconstruir el mundo conforme a su creencia. El colectivismo había llegado a ser una doctrina, un dogma fuera del cual no había salvación. Los días predichos llegarían pronto; los esperaba con una sonrisa de confianza con sólo derribar aquel Ministerio, y luego otro más, para tomar él por fin el Poder, como un reformador que pacificaría los pueblos. Aquel sectario, como le llamaban los socialistas de afuera, tenía sangre de dictador en sus venas. Y de nuevo le escuchaban: su retórica, apasionada y tenaz, había acabado por dominar el tumulto. Cuando se decidió a abandonar la tribuna, se oyeron grandes aplausos en algunos escaños de la izquierda.

—Ya sabe usted —dijo Massot al general— que me lo encon-

tré el otro día en el Jardín de Plantas, paseando a sus tres hijos. Tenía con ellos cuidado de vieja nodriza. Es un hombre muy bueno y que oculta su hogar de pobre, al parecer.

Pero hubo un movimiento de expectación: Barroux se había levantado para subir a la tribuna. Irguió allí su gran estatura en un movimiento que le era habitual y que echaba su cabeza hacia atrás. Su agradable rostro afeitado, que afeaba únicamente la nariz, demasiado pequeña, adquiriría una majestad meditada, altiva y un poco triste. Y enseguida refirió su melancolía indignada en un bello lenguaje florido, con gestos teatrales, una elocuencia de tribuno romántico, en la que se adivinaba al hombre íntegro, al hombre afectivo, un poco simple, que era él en el fondo. Sin embargo, aquel día vibraba con una verdadera y honda emoción, pues su corazón sangraba con el desastre de su destino; sentía derrumbarse con él todo un mundo. ¡Ah, el grito de desesperación que tenía que contener, el grito del ciudadano a quien los acontecimientos abofetean y rechazan el día en que creía tener derecho al triunfo por su abnegación cívica! Haberse entregado, a partir del Imperio, a la República en cuerpo y alma; haber luchado, sufrido la persecución por ella, haberla instaurado más tarde, después de los horrores de una guerra nacional y de una guerra civil, en medio de la batalla diaria de los partidos; y luego, cuando triunfaba ella al fin, viva en lo sucesivo, inexpugnable, sentirse bruscamente en ella como un extranjero de otra época, oír a los recién llegados hablar otro lenguaje, defender otro ideal, ¡asistir al derrumbamiento de todo lo que se ama, de todo lo que se reverencia, de todo lo que os ha dado la fuerza para vencer! Los vigorosos obreros del primer momento no existían ya; Gambetta había tenido razón en morir. ¡Y qué amargura para los últimos viejos que quedaban, en medio de la joven generación inteligente y fina, que sonreía suave-

mente, encontrándoles de un romanticismo anticuado! Todo se venía abajo, desde el momento en que la idea de libertad no era el único patrimonio, la base misma de la República, que ellos habían pagado tan cara, con un esfuerzo tan largo.

Erguido, muy digno, Barroux confesó. La República era el arca sagrada; los peores medios se santificaban por salvarla en cuanto estaba en peligro. Y contó la historia con entera sencillez; todo el dinero del Banco Duvillard que iba a los diarios de la oposición so pretexto de publicidad, mientras que los diarios republicanos percibían sumas irrisorias. Como ministro de la Gobernación, estaba él entonces encargado de la Prensa; ¿qué se habría dicho si no hubiera procurado restablecer un justo equilibrio, de manera que el poder de los adversarios del Gobierno no se viera aumentado con ello? Las manos se tendían hacia él; veinte periódicos, y de los más merecedores, de los más consecuentes, reclamaban su legítima parte. Era aquella parte la que él les había asegurado, haciéndoles repartir los doscientos mil francos asignados a su nombre en la lista. En su bolsillo no había entrado ni un céntimo, y él no permitía a nadie que dudase de su probidad; su simple palabra debía bastar. Y en aquel momento se mostró realmente de una grandeza admirable; todo desapareció: su mediocridad solemne, su énfasis; no quedó más que un hombre honrado, tembloroso, con el corazón al desnudo, la conciencia sangrante de la verdad que arrancaba de aquél en la amarga angustia de haber pasado las penalidades y de comprender que no recibiría ninguna recompensa.

El discurso, en efecto, caía en medio de un silencio de hielo. Barroux, que había creído ingenuamente en un arrebató de entusiasmo, en una Cámara republicana aclamándole por haber salvado la República, sentíase él también invadido poco a poco por el hálito frío que subía de los escaños. Y de pronto

se vio aislado, acabado, tocado por la muerte. Era en él un derrumbamiento, un vacío de tumba. Prosiguió, sin embargo, en medio del terrible silencio, con una valentía de hombre infeliz que acaba de suicidarse, queriendo morir de pie, por amor a las nobles y elocuentes actitudes. Su final fue un último bello gesto. Cuando bajó de la tribuna se agravó la frialdad y no sonó un solo aplauso. Para colmo de torpeza, había hecho una alusión a los sordos manejos de Roma y del clero, que, según él, no tendrían más que a reconquistar las posiciones perdidas y a restablecer más o menos próximamente la Monarquía.

—¿Será estúpido? ¿Por qué confiesa? —murmuró Massot—. ¡Ya están aviados él y el Ministerio!

Entonces, en medio de aquella Cámara helada, subió Monferrand con toda naturalidad a la tribuna. El malestar era producido por el sordo temor que causa siempre la sinceridad, por la angustia de los diputados vendidos que se sentían caer en el abismo, y también de la turbación de las conciencias ante los compromisos más o menos disculpables de la política. Y hubo como una sensación general de alivio cuando Monferrand comenzó, a gran vuelo, con el más rotundo mentís, golpeando con un puño el pupitre y dándose con el otro en el pecho, en nombre de su honor ultrajado. Encogido y rechoncho, con la cara hacia adelante y su ancha nariz de sensual y de ambicioso, resultó un momento soberbio, con su atlética complexión, bajo la cual ocultaba su profunda sagacidad. Lo negaba todo. No sólo ignoraba lo que quería decir aquella cifra de ochenta mil francos colocada junto a su nombre, sino que, además, desafiaba al mundo entero a que le probasen que había percibido ni un céntimo de aquel dinero. Hervía de indignación, hasta el punto de que no se contentaba con negar en su nombre, sino que negaba también en nombre de todos los dipu-

tados, de todas las Cámaras francesas presentes y pasadas, como si aquella monstruosidad de un mandatario del pueblo vendiendo su voto superase la vergüenza de los crímenes concebibles, entrase en la esfera de lo absurdo. Y estallaron los aplausos; la Cámara, caldeada de nuevo, libertada, le aclamó.

Partieron, sin embargo, unas voces del pequeño grupo socialista, abucheándole, intimidándole a que diese explicaciones sobre el asunto de los Ferrocarriles africanos, recordándole que era ministro de Obras Públicas a raíz de la votación; queriendo saber, en fin, lo que pensaba hacer actualmente como ministro de la Gobernación, ante las delaciones, para tranquilizar la conciencia del país. Y él escamoteó la cuestión, declarando que si había culpables se haría justicia, porque no necesitaba que nadie le recordase su deber. Luego, de pronto, con una energía y una habilidad incomparables, ejecutó el movimiento de diversión que preparaba desde el día anterior. Él no olvidaba su deber y lo cumplía, como un soldado fiel de la nación, en todo momento, con tanta vigilancia como prudencia. ¿No le habían acusado de utilizar la Policía en no sabía qué bajo servicio de espionaje, que habría permitido escapar al famoso Hunter? Pues bien, él podía decir a la Cámara en qué había empleado el día anterior aquella Policía tan calumniada, qué habían hecho aquellos hombres por la justicia y por el orden. La víspera, en el Bosque de Bolonia, habían detenido al peor de los malhechores, al autor del atentado de la calle Godot-de-Mauroy, a aquel obrero mecánico anarquista, Salvat, que desde hacía más de seis semanas hacía fracasar todas las pesquisas. Por la noche se había obtenido del miserable una confesión completa, y la justicia iba a actuar prontamente. La moral pública estaba vengada al fin. París podía verse libre de su largo terror; el anarquismo quedaría herido

en la cabeza. Y esto era lo que había hecho él como ministro, por el honor y la salvación del país, mientras que unos inmundos delatores intentaban en vano mancillar su nombre, inscribiéndole en una lista de infamia, obra inventada por las más rastreras maniobras políticas.

Boquiabierta, estremecida, le escuchaba la Cámara. Aquella historia de una detención, que le caía del cielo, y de la que no había hablado ni un periódico de la mañana; aquel regalo que parecía hacerle Monferrand con el terrible Salvat, quien empezaba a pasar por un simple mito de maldad, toda aquella «mise en scène» la sublevaba como ante un drama que hubiera estado largo tiempo sin concluir y cuyo desenlace estallase repentinamente en su presencia. Hondamente removida y halagada, la Cámara dedicó una larga ovación al orador, que seguía elogiando su acto de energía, la sociedad salvada, el crimen castigado, sin olvidar el compromiso de ser siempre y en todas partes el hombre fuerte, dominador del orden. Y conquistó incluso a los elementos de las derechas cuando, desintiendo de Barroux, terminó con un saludo de simpatía a los católicos agrupados, por un llamamiento a la concordia de las diversas creencias contra el enemigo común, el bárbaro socialismo, que hablaba de destruirlo todo.

Cuando Monferrand bajó de la tribuna, la jugarreta estaba hecha, se había salvado; la Cámara entera aplaudía, izquierdas y derechas confundidas, ahogando la protesta de los escasos socialistas, cuyo clamor sólo servía para aumentar aquel tumulto triunfal. Se tendían las manos hacia él, que permaneció un momento en pie, bonachón y sonriente; pero con una sonrisa que encerraba una inquietud creciente. Su éxito empezaba a turbarle, a atemorizarle. ¿Habría él hablado demasiado bien? Y en vez de salvarse él solo, ¿habría salvado también al Ministerio? Era el derrumbamiento de todo su

plan; era preciso que la Cámara no votase bajo el efecto de aquel discurso, que acababa de trastornarla. Y pasó allí dos o tres minutos de verdadera ansiedad, esperando, siempre sonriente, para ver si se levantaba alguien a contestarle.

En las tribunas, el éxito era igualmente clamoroso. Hubo señoras que aplaudieron. Y el propio monseñor Martha daba muestras de la mayor satisfacción.

—¿Eh, mi general? —decía, riendo burlonamente, Massot—. Ahí tiene usted a nuestros hombres de guerra de hoy día. ¡Y éste es un hombre de cuerpo entero!... Eso es lo que se llama saber echarse fuera. Ahora que, de todas maneras, ha sido una hermosa faena.

Monferrand vio, al fin, a Vignon, empujado por sus amigos, que se levantaba y subía a la tribuna. Y entonces su sonrisa recobró toda su bonachonería maliciosa, y volvió a ocupar su sitio en el banco de los ministros para escuchar beatíficamente.

Con Vignon, el ambiente de la Cámara cambió enseguida. Resultaba delgado y elegante en la tribuna, con su hermosa barba rubia, sus ojos azules, su actitud ágil y juvenil. Pero hablaba, sobre todo, como hombre práctico, de una elocuencia sencilla y directa, que hacía parecer más vacías y enfáticas las frases declamatorias de sus antecesores. Conservaba de su paso por la Administración una viva inteligencia de los asuntos, una manera desenvuelta de plantear y de resolver las cuestiones más complejas. Activo, valiente, confiado en su estrella, con la suerte de ser demasiado joven y demasiado hábil para haberse comprometido en nada, iba hacia el porvenir, después de haberse señalado un programa algo más avanzado que los de Barroux y Monferrand, con objeto de tener un motivo para aprovecharse de su puesto, después de haberlos derribado; muy capaz, por otra parte, de realizar aquel

programa, intentando las reformas prometidas desde hacía tanto tiempo. Había comprendido que a la honradez, ayudada por la prudencia y la sagacidad, le llegaría al fin su día. Y muy tranquilamente, con su voz clara, dijo lo que había que decir, lo que el buen sentido y la sorda conciencia de la Cámara misma esperaba. Realmente, era el primero en congratularse de una captura que tranquilizaría al país. Pero él no veía qué relación podía haber entre aquella captura y el triste asunto sometido a la Cámara. Eran aquéllas dos cuestiones totalmente opuestas, y él rogaba a sus colegas que no votasen bajo la excitación pasajera en que los veía. Era necesario que se hiciera la luz por completo, y no eran, naturalmente, los dos ministros inculpados quienes podían hacerla. Además, él se pronunciaba contra la idea de una Comisión investigadora, y era, en cambio, de la opinión de que se debía simplemente entregar a los culpables, si los había, a la justicia. Y terminó él también con una discreta alusión a la influencia creciente del clero, diciendo que no admitía ninguna clase de compromisos, rechazando lo mismo la dictadura del Estado como el retoñar del antiguo espíritu teocrático.

Unos, «¡Muy bien! ¡Muy bien!», se oyeron de punta a punta de la Cámara, y no hubo más que algunos aplausos cuando Vignon volvió a su escaño. Pero la Cámara se había serenado, la situación aparecía tan clara y la votación tan evidente, que Mège, que tenía la intención de hablar de nuevo, tuvo la sensatez de resignarse al silencio. Y se notó la actitud tranquila de Monferrand, que no había cesado de escuchar a Vignon con marcada complacencia, como si rindiera homenaje al talento de un adversario; mientras que Barroux, sintiendo el ambiente glacial en que había caído su discurso, permanecía inmóvil en su banco, con una palidez mortal, como aniquilado, aplastado bajo el derrumbamiento del viejo mundo.

—¡Vamos, ya está! —continuó Massot—. ¡Se acabó el Ministerio!... ¿Saben ustedes que el tal Vignon irá muy lejos? Dicen que sueña con el Elíseo. En todo caso, es el designado para presidir el próximo Gabinete.

Luego, en medio del barullo del escrutinio que empezaba, como quisiera él marcharse, el general le retuvo.

—Espere usted, señor Massot... ¡Qué asco estos manejos parlamentarios! Debía usted decirlo en un artículo; mostrar cómo el país se debilita poco a poco, corrompido hasta los tuétanos, con semejantes jornadas de inútiles y sucias discusiones. Una batalla en la que muriesen cincuenta mil hombres nos agotaría menos; nos dejaría más vivo el corazón que diez años de odioso parlamentarismo... Venga usted a verme una mañana. Le enseñaré un proyecto de ley militar: la necesidad de volver a nuestro ejército profesional y restringido de otros tiempos, si no se quiere que nuestro ejército nacional, tan aburguesado y de una masa ilusoria, no sea el peso muerto que hunda a la nación.

Desde la apertura de la sesión, Pedro no había pronunciado una palabra. Escuchaba con toda atención, primero, por el interés inmediato de su hermano, y luego, arrebatado paulatinamente, también él, por el ardor que se apoderaba del salón. Tenía la convicción cada vez más arraigada de que Guillermo no tenía ya nada que temer; pero ¡qué resonancia de un suceso a otro, y cómo repercutía allí la detención de Salvat! Los hechos se enlazaban, se atravesaban, se transformaban sin cesar. Inclinado sobre la efervescencia del salón, adivinaba allí los mil choques de las pasiones y de los intereses. Había seguido la gran contienda entre Barroux, Monferrand y Vignon; veía la alegría infantil del terrible Mège, satisfecho simplemente por haber removido el fondo fangoso de aquel agua donde él no pescaba nunca más que para otros; y ahora se

interesaba por Fonsègue, muy tranquilo en el secreto del porvenir, tranquilizando a Dutheil y a Chaigneux, asustados los dos por la caída segura del Ministerio. Luego, volvía siempre a monseñor Martha; sus ojos no se apartaban de él, siguiendo las emociones de la sesión sobre su rostro, sereno y feliz, como si toda la dramática comedia parlamentaria se hubiese representado exclusivamente por el lejano triunfo esperado por aquel hombre. Y en espera de que anunciaran el resultado de la votación, no oía a su lado más que a Massot y al general hablando de táctica, de cuadros y de reclutamiento, discutiendo sobre la necesidad de un baño de sangre para toda Europa. ¡Ah, la doliente Humanidad peleando siempre, devorándose en los Parlamentos y en los campos de batalla! ¿Cuándo realizaría el desarme para vivir, al fin, conforme a la justicia y a la razón?

El barullo se eternizaba a propósito de las proposiciones incidentales, una lluvia de proposiciones incidentales, que iban desde la de Mège, violentísima, hasta la de Vignon, simplemente severa. El Gobierno no aceptaba más proposición que el orden del día, pura y sencillamente, y resultó derrotado; fue, por fin, la de Vignon la que aceptó la Cámara, por una mayoría de veinticinco votos. Un sector de la izquierda se había unido evidentemente a las derechas y al grupo socialista. Unos prolongados rumores, que subían del salón y llegaban a las tribunas, acogían aquel resultado.

—Vamos —dijo Massot, saliendo con el general y con Pedro—; ya tenemos un Ministerio Vignon. Pero, sin embargo, Monferrand se ha salvado. Yo, en el pellejo de Vignon, desconfiaría.

Por la noche, en la casita de Neuilly, hubo una despedida de una sencillez y de una grandeza emocionante. Después del regreso de Pedro, entristecido, pero tranquilizado, Guillermo

había decidido formalmente que, a partir de la mañana siguiente, iría a Montmartre a reanudar su vida y sus trabajos habituales. Y como Nicolás Barthès debía marcharse también, la casita iba, pues, a sumirse de nuevo en su soledad y en su desesperanza.

Había llegado Teófilo Morin, enterado por Pedro de la dolorosa noticia; y cuando los cuatro hombres se sentaron a la mesa, a las siete, Barthès no sabía aún nada. Durante todo el día se había paseado de un extremo a otro de su habitación, con su pesado paso de león enjaulado, que vivía allí, en aquel refugio ofrecido por un amigo, como un niño grande, heroico, a quien no preocupaban nunca las condiciones del presente ni las amenazas del porvenir. Su vida había sido una esperanza ilimitada que se deshacía siempre contra los límites de la realidad. Todo lo que él había amado, todo lo que había creído conseguir con cerca de cincuenta años de cárcel y destierro, la libertad igualitaria, la República fraternal, ya podría venirse abajo, ya, dando a su sueño los más crueles mentís; él conservaba, a pesar de todo, su fe, la fe candorosa de su juventud, segura del cercano porvenir. Sonreía místicamente cuando los recién llegados, los violentos que le habían sobrepasado, se burlaban de él, motejándole de buen viejo. El mismo no comprendía nada de las nuevas sectas, se indignaba de su falta de humanidad, soberbio y obstinado en su idea de regenerar al mundo por la concepción simplista de los hombres naturalmente buenos, todos libres y todos hermanos.

Aquella noche, cenando, sintiéndose entre amigos cariñosos, se mostró muy alegre, revelando la ingenuidad de su alma por su absoluta certeza de ver realizarse en breve plazo su ideal, a pesar de todo. Luego, como era un exquisito narrador cuando quería hablar bien, contó recuerdos encantadores sobre las diversas cárceles. Las conocía todas, conocía los calabozos

provisionales y los pontones infectos, riéndose todavía ante ciertos recuerdos, contando el refugio que había hallado en todas partes en su libre conciencia. Y los tres hombres que le escuchaban sentíanse seducidos, a pesar de la angustia que les oprimía el corazón al pensar que aquel eterno recluso, que aquel eterno desterrado tenía que levantarse de nuevo y volver a coger su bastón para partir.

Sólo a los postres habló Pedro. Contó cómo le había llamado el ministro y las cuarenta y ocho horas que daba a Barthès para pasar la frontera, si no quería ser detenido. El anciano, de larga cabellera blanca, de nariz aguileña y de ojos centelleantes siempre de juventud, se levantó gravemente y quiso partir enseguida.

—¡Cómo, hijo mío, sabía usted esto desde ayer y me ha tenido usted aquí, haciéndome correr el peligro de comprometerle todavía más al permanecer en su casa!... Perdóneme, pero yo no me figuraba los trastornos que le ocasionaba; ¡creí que iba todo a arreglarse tan bien! ¡Y gracias, gracias a Guillermo, gracias a usted por los días tan tranquilos que han proporcionado ustedes al viejo vagabundo, al viejo loco que soy yo!

Le rogaron que se quedase hasta la mañana siguiente; pero él no quiso escucharles. Salía un tren para Bruselas alrededor de mediodía y tenía tiempo sobrado de tomarlo. Se negó incluso, tenazmente, a que Morin se molestase en acompañarle. Morin no era rico y tenía sus ocupaciones. ¿Por qué entonces iba él a hacerle perder su tiempo, cuando era tan sencillo que se marchase solo? Volvía al destierro como a una miseria y a un dolor conocidos desde hacía mucho tiempo, como el judío errante de la libertad, a quien su martirio legendario empuja eternamente por el amplio mundo.

A las diez, en la callecita dormida, cuando se despidió de sus huéspedes, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Ah, ya no soy joven! Esta vez se acabó; ya no volveré; mis huesos reposarán allá lejos, en cualquier rincón.

Pero después de haber abrazado tiernamente a Guillermo y a Pedro, tuvo un enderezamiento de toda su indomable y orgullosa persona y lanzó un grito de suprema esperanza.

—¡Bah! ¿Quién sabe? ¡El triunfo llegará quizá mañana; el porvenir es de quien le crea y le espera!

Y había desaparecido ya cuando, durante largo tiempo todavía, se oyó el ruido sonoro y firme de sus pasos perderse a los lejos en la noche clara.

LIBRO CUARTO

I

EN aquella suave mañana de fines de marzo, cuando Pedro salió de la casita de Neuilly con su hermano Guillermo para acompañarle a Montmartre, sintió su corazón acongojado al pensar que volvería allí solo y que volvería a hundirse en su desastre y en su vacío. No había dormido nada; estaba trastornado de amargura, ocultando su dolor, esforzándose en sonreír.

Al ver el cielo tan claro y tan apacible, los dos hermanos decidieron ir a pie, dando un largo paseo, por los bulevares exteriores. Sonaban las nueve. Resultó encantador aquel acompañamiento, hecho así al hermano mayor, que se alegraba pensando en la grata sorpresa que reservaba a los suyos como al regreso de un viaje. No los había avisado, contentándose, desde su desaparición, con escribirles de vez en cuando para darles noticias suyas. Y sus tres hijos no habían venido a verle por prudencia, respetando su deseo; y la muchacha con quien debía él casarse, había esperado también prudentemente, tranquila y discreta.

Una vez allí arriba, cuando hubieron subido las cuestas soleadas de Montmartre, Guillermo, que tenía una llave, entró sencilla y suavemente. En la plaza del Tertre, tan provinciana y tranquila, la casita parecía dormir en una paz profunda. Y Pedro la volvía a encontrar tal como la había visto a raíz de su

primera y única visita, silenciosa, sonriente, bañada por una infinita ternura. Era primero el estrecho corredor, que cruzaba el piso bajo para abrirse sobre el inmenso horizonte de París. Luego era el jardín, reducido a dos ciruelos y a un macizo de lilas, animados ahora de hojas; vio allí aquella vez tres bicicletas apoyadas contra los ciruelos. Y era, por último, el amplio taller de trabajo, tan alegre y tan recogido, donde vivía toda la familia, y cuyo ancho ventanal dominaba el océano de las techumbres.

Guillermo llegó hasta el taller sin encontrarse a nadie. Muy divertido, se puso un dedo sobre los labios.

—¡Atención, Pedro! ¡Ahora verás!

Y abriendo la puerta sin hacer ruido, permanecieron un instante en el umbral.

Sólo estaban allí los tres hijos. Tomás, junto a su fragua, manejando una taladradora, llenaba de orificios una planchita de cobre. En el otro rincón, delante del ventanal, Francisco y Antonio estaban sentados a los dos lados de su gran mesa, el uno absorbido en un libro, mientras que el otro, buril en mano, terminaba un grabado. Entraba una alegre cascada de sol, jugueteando ante la extraordinaria mezcolanza de la habitación, en la que se amontonaban tantos trabajos, tantos instrumentos diferentes, en medio de los cuales, la mesita de labores de las dos mujeres aparecía florida por un gran ramo de alelís. Y en la atención absorta de los tres jóvenes, en aquella religiosa paz, no se oía más que el ligero silbido de la máquina a cada orificio que abría el mayor.

Pero aunque Guillermo, en el umbral, no se hubiese movido, hubo un estremecimiento, un brusco alerta, Los tres hijos adivinaron, levantaron la cabeza al mismo tiempo. Y tuvieron el mismo grito, un impulso común y único les incorporó, lan-

zándoles a su cuello:

—¡Papá!

Él, feliz, les abrazó, con un fuerte apretón. Esto fue todo; no hubo ni enternecimiento prolongado ni palabras inútiles. Parecía haber salido de allí el día anterior y regresar después de algún quehacer que le hubiese retrasado. Los contemplaba con su sonrisa, mientras que ellos tres, con las miradas clavadas en las suyas, sonreían; y aquello revelaba todo el afecto, la adhesión total y para siempre.

—Entra, Pedro. Da las manos a estos mozos.

El sacerdote, cohibido, lleno de un extraño malestar, se había quedado junto a la puerta. Sus tres sobrinos le dieron unos vigorosos apretones de mano. Luego, no sabiendo qué hacer, sintiéndose como un extraño, acabó por sentarse aparte, delante del ventanal.

—Bueno, hijos míos: ¿y Abuela y María?

Abuela acababa de subir a su habitación. En cuanto a la joven, se le había ocurrido ir ella misma al mercado. Era uno de sus goces y pretendía ser ella la única que sabía comprar huevos frescos y manteca que oliese a avellana. Además, traía a veces alguna golosina o flores, encantada de mostrarse tan buena ama de casa.

—¿Entonces, marcha todo bien? —continuó Guillermo—. ¿Estáis contentos; el trabajo marcha?

Y le interrogó a cada uno de ellos con una palabra, como el hombre que reanuda enseguida sus costumbres cotidianas. Tomás, cuyo rudo y bondadoso semblante se alegraba, resumió en dos frases sus nuevas investigaciones sobre el motorcito, seguro ahora, según dijo, de haber dado con él. Francisco, entregado siempre a la preparación de su examen, bromeó, hablando de la enorme materia que tenía que meterse

todavía en la cabeza. Antonio enseñó el grabado en madera que estaba terminando, el retrato de su amiguita Lisa, la hermana del escultor Jahan, leyendo al sol en un jardín, todo un florecimiento de la criatura retrasada, cuya inteligencia había él logrado despertar por medio del cariño. Y mientras hablaban, los tres hermanos habían vuelto a ocupar sus sitios y reanudaban sus trabajos, naturalmente, con la fuerte disciplina que había convertido el trabajo en su propia vida.

Guillermo, lleno de satisfacción, echaba un vistazo al trabajo de cada cual.

—¡Ah, hijos míos! ¡Lo que he preparado y lo que he realizado yo también mientras estaba tumbado de espaldas! He tomado incluso abundantes notas... Hemos venido a pie; pero un coche va a traérmelo todo, con mis prendas y la ropa blanca que me ha mandado Abuela... ¡Qué alegría encontrarlo todo aquí, reanudar con vosotros la tarea empezada! ¡Ah, lo que voy a trabajar!

Ya estaba en el rincón suyo. Entre la fragua y el ventanal había un amplio sitio reservado, su hornillo de químico, vitrinas y estantes cargados de aparatos, una larga mesa, uno de cuyos extremos le servía para sus papeles. Y volvía a tomar ya posesión de aquel universo; sus miradas se paseaban satisfechas de verlo de nuevo todo en orden; sus manos registraban, tocaban los objetos, con la prisa de reanudar, igual que sus hijos, la labor.

Pero, en lo alto de la escalenta que conducía a las habitaciones, Abuela acababa de aparecer, tranquila y grave, muy recta, con su eterno vestido negro.

—¿Es usted Guillermo? ¿Quiere subir un momento?

Subió, comprendiendo que deseaba ella darle noticias, tranquilizarle, contándole enseguida lo que tenía que decirle sin

testigos. Era el secreto temible entre ellos, la única cosa que sus hijos no sabían, la gran cosa que le había torturado angustiosamente, después del atentado, cuando la creyó en peligro de ser conocida y divulgada. Y arriba, en su habitación, ella le rindió cuenta, le mostró, junto a su lecho, intacto, el escondite donde estaban los cartuchos de la nueva pólvora y los planos del formidable aparato destructor. Los encontraba él tal como los había dejado; para tocarlos hubiera sido necesario que la matasen o que volase la casa con ella. Muy sencillamente, con su aire de tranquilo heroísmo, le volvió a entregar el terrible depósito, devolviéndole la llave que la envió por Pedro al día siguiente de resultar herido.

—¿Supongo que no estaría usted preocupado por esto?

Él le estrechó las manos con ternura y respeto.

—Me inquietaba únicamente que viniese la Policía y la hiciera a usted objeto de malos tratos... Es usted la guardiana y sería la que acabaría mi obra, si yo desapareciese.

Durante aquel rato, Pedro, abajo, sentado junto al ventanal, sentía aumentar su azoramiento. Realmente no había en aquella casa más que una afectuosa simpatía hacia él. ¿Por qué, entonces, le parecía que las cosas y los seres mismos le eran hostiles, a pesar de su buen deseo de fraternidad? Y se preguntaba qué iba a ser de él allí, entre aquellos trabajadores, sostenidos todos por una fe, él, que no creía ya en nada, que no hacía nada. La visión de los tres hermanos, tan animados, tan alegres en el trabajo, acababa por llenarle de una especie de irritación indigna. Pero la llegada de María acabó de abrumarle.

Entró sin verle, tan alegre, tan rebotante de vida, con su cesta de provisiones al brazo. Hubiérase dicho que la primavera mañana de sol entraba con ella, en el esplendor de su juven-

tud, con el talle esbelto y el pecho exuberante. Toda su cara sonrosada, su fina nariz, su amplia frente llena de inteligencia, su carnosa boca de bondad resplandecía bajo los apretados bucles de sus negros cabellos. Y sus ojos oscuros reían, con una incesante alegría de salud y de fuerza.

—¡Ah, no sabéis las cosas que he comprado!... Venid a verlas; no he querido vaciar la cesta en la cocina.

Tuvieron que agruparse alrededor de la cesta, que había ella colocado sobre una mesa.

—Lo primero, la manteca. ¡Oledla, a ver si huele a avellana! La fabrican para mí... Luego, huevos. Puestos ayer; lo garantizo. Este incluso es de hoy... Y después, las chuletas. ¿Eh? ¡Vaya chuletas! El carnicero se esmera conmigo... Luego, un queso de crema, pero de la auténtica... ¡Una maravilla! Y ahora, la sorpresa, la golosina, unos rábanos, unos riquísimos rabanitos sonrosados. ¡Rábanos en marzo, qué lujo!

Triunfaba ella como una buena ama de casa, enterada del precio de las cosas, y que había asistido, en el liceo Fenelón, a un curso entero de cocina y servicio doméstico. Los tres hermanos, que se divertían con ella, tuvieron que felicitarla.

Pero, de pronto, vio ella a Pedro.

—¿Cómo, señor abate, estaba usted ahí? Perdóneme, no le había visto... Y Guillermo, ¿sigue bien? Nos trae usted noticias tuyas, ¿verdad?

—Papá ha vuelto —dijo Tomás—. Está arriba con Abuela.

Sobrecogida, volvió ella a colocar todas las provisiones en la cesta.

—¡Ha vuelto Guillermo! ¡Ha vuelto Guillermo!... ¡Y no me lo decís! ¡Y me dejáis sacarlo todo!... ¡Sí que estoy yo buena, elogiando mi manteca y mis huevos, habiendo vuelto Gui-

lermo!

Precisamente bajaba éste de la habitación con Abuela, y ella corrió alegremente, presentándole sus dos mejillas, para que él dejase en ellas dos sonoros besos; luego le puso las manos sobre los hombros y le miró largamente, diciéndole con una voz levemente temblorosa:

—Estoy contenta, muy contenta, de volver a verte, Guillermo... Ahora ya puedo decirlo: creí perderte y he estado muy inquieta y muy apenada.

Y aunque volviese ella a reír, asomaron dos lágrimas en sus ojos, mientras que él, emocionadísimo también, murmuraba, besándola de nuevo:

—¡María querida!... ¡Qué feliz soy! ¡Te vuelvo a ver, tan cariñosa y tan guapa como siempre!

Pedro, que los contemplaba, los encontró fríos. Esperaba, sin duda, más lágrimas, un abrazo más apasionado, entre dos prometidos separados tanto tiempo por un accidente, en vísperas de su casamiento. La diferencia de edades también le molestó, aunque su hermano le pareciese fuerte y muy joven todavía. Debía ser aquella muchacha la que le desagradaba, decididamente. Era demasiado saludable, demasiado tranquila. Desde que había ella entrado sentía aumentar su malestar, su deseo de marcharse y de no volver. Aquella sensación de diferenciarse de ella, de ser un extraño en casa de su hermano, se convertía en él en un verdadero sufrimiento.

Se levantó y quiso marcharse, pretextando un encargo que tenía que hacer en París.

—¡Cómo! ¿No te quedas a almorzar con nosotros? — exclamó Guillermo, estupefacto—. ¡Pero si estaba convenido! ¡No vas a darme ese disgusto!... Ahora, hermano, esta casa es la tuya.

Y como todos protestaban, suplicándole, con un afecto tan verdadero, no tuvo más remedio que quedarse y sentarse de nuevo, volviendo a caer en su turbación silenciosa, mirando, oyendo a aquella familia que era la suya y que sentía tan alejada de él.

Acababan de dar las once. El trabajo continuó, interrumpido por alegres charlas, cuando una de las dos criadas vino a por la cesta de provisiones. María la dijo que la llamase para los huevos pasados por agua, porque presumía ella de tener una receta maravillosa, una manera de cocerlos a punto, que conservaba la clara en una leche mantecosa. Y ello fue motivo de algunas bromas por parte de Francisco, que la hacía rabiar a veces, con motivo de todas las cosas que había aprendido en el liceo Fenelón, donde su padre la había matriculado a los doce años, después de la muerte de su madre. Pero ella respondía valientemente, riéndose a su vez de las horas que él perdía en la Escuela Normal, a propósito de unas rarezas pedagógicas.

—¡Ah, estos niños grandes! —dijo ella, sin soltar su bordado—. Es curioso: sois, sin embargo, los tres muy inteligentes, muy abiertos de espíritu; pero confesar que os desconcierta un poco en el fondo eso de que una muchacha como yo haya estudiado como vosotros en un liceo... ¿Disputa de sexos, cuestión de rivalidad y de competencia, verdad?

Ellos protestaron, jurando que eran partidarios de la más amplia enseñanza a las muchachas. María lo sabía perfectamente, pero le divertía devolverles sus bromas.

—No, no, hijos míos; lo que es en eso estáis muy atrasados... No ignoro lo que reprocha a los liceos femeninos la burguesía católica. Lo primero, la enseñanza es allí absolutamente laica, lo cual inquieta a las familias que creen en la necesidad, por lo que a las muchachas se refiere, de la enseñanza religiosa,

como defensa moral. Después, la enseñanza se democratiza allí; los alumnos proceden de todas las clases sociales, coincidiendo en ellos la hija de la señora del primero y la de la portera, que fraternizan, gracias a las becas repartidas con gran generosidad.

Y finalmente allí se emancipan las muchachas del hogar; se deja un sitio cada vez mayor a la iniciativa, y todos esos programas muy recargados, toda esa ciencia que se exige en los exámenes es realmente una emancipación de la joven, un paso hacia la mujer futura, hacia la sociedad futura, por la que clamáis vosotros con todas vuestras ansias, ¿no es verdad, muchachos?

—¡Evidentemente! —gritó Francisco—. ¡Estamos completamente de acuerdo en eso!

Tuvo ella un lindo gesto y continuó tranquilamente:

—Hablo en broma... Ya sabéis que yo soy una tonta y que no pido tanto como vosotros. ¡Ah, las reivindicaciones, los derechos de la mujer! Bien claro está que ella los posee todos, que es la igual del hombre, hasta donde lo consiente la naturaleza.

Y la única cuestión, la eterna dificultad es entenderse y amarse... Lo cual no obsta para que esté yo muy satisfecha de saber lo que sé —¡oh!, sin pedantería alguna—, sólo porque me imagino que eso me ha hecho fuerte, me ha situado firmemente en la vida, tanto en lo moral como en lo físico.

Cuando despertaban así sus recuerdos del liceo Fenelón, se complacía en ellos, los evocaba con un ardor, en el que se unían su entusiasmo por el estudio, su turbulencia en los recreos, los juegos locos con sus compañeras, con los cabellos al viento. De los cinco liceos femeninos abiertos en París, era aquél el más frecuentado, y aun así, no iban allí, afrontando los prejuicios y las opiniones, más que hijas de empleados,

sobre todo hijas de profesores, que pensaban dedicarse a su vez al profesorado. Éstas, al salir del liceo, tenían luego que obtener su diploma definitivo en la Escuela Normal de Sèvres. Y ella, a pesar de unos estudios brillantísimos, no había sentido la menor inclinación por aquella profesión de maestra; y más tarde, a la muerte de su padre, arruinado, lleno de deudas, cuando temió un momento encontrarse sin recursos en pleno París, fue Guillermo, al recogerla en su casa, quien no quiso dejarla dar lecciones. Bordaba ella con un arte maravilloso y se empeñaba en ganar con eso algún dinero para no ser gravosa a nadie.

Se acercaba la hora del almuerzo. Decidieron poner la mesa en el taller, cosa que hacían a veces cuando tenían algún convidado. Y resultó realmente exquisita, en el claro sol, aquella mesa dispuesta, con su blanquísimo mantel, y aquel almuerzo tan sencillo y fraterno. Los huevos, que la joven trajo ella misma de la cocina, debajo de una servilleta, les parecieron admirables. Tuvieron igualmente un gran éxito los rábanos y la mantequilla. Luego, después de las chuletas, no hubo más postre que el queso de crema, pero un queso como no lo había tomado nunca nadie. Y allí estaba París, extendiéndose sin límites, de un extremo a otro del horizonte, con su formidable zumbido.

Cuando se levantaron de la mesa, Pedro quiso marcharse sin esperar más. ¿Por qué, pues, sufría así, con aquel almuerzo tan cordial en su llaneza, con aquella familia tan feliz de tener por fin al padre entre ella y, sobre todo, con aquella muchacha tan apacible, tan risueña en la vida? Le irritaba y su malestar le resultaba ya intolerable. Pretextó de nuevo una serie interminable de quehaceres. Luego estrechó las manos de los tres muchachos, estrechó asimismo las de Abuela y María, muy afables las dos y un poco extrañas de su prisa en aban-

donarles. Y Guillermo, después de haber intentado en vano retenerle, preocupado y entristecido, le acompañó y le detuvo en medio del jardincito, para obligarle a una explicación.

—Vamos a ver, ¿qué tienes? ¿Por qué te escapas?

—No tengo nada, te lo aseguro. Unos asuntos urgentes y nada más.

—No, deja ese pretexto, te lo ruego... No creo que aquí nadie te haya disgustado ni ofendido. Te querrán todos muy pronto, como te quiero yo.

—No lo dudo y no me quejo de nadie... No podría quejarme más que de mí mismo.

Guillermo, cuya emoción dolorosa aumentaba, tuvo un gesto desolado.

—¡Ah, hermano, hermano, qué pena me das! Porque veo perfectamente que me ocultas algo. Piensa que ahora nuestra fraternidad se ha reanudado. ¡Y te conozco y sé tu desastre y tu tormento, ya que te has confesado a mí! ¡Y yo no quiero que sufras, quiero curarte!

A medida que le oía decir aquellas cosas, Pedro sentía que su corazón se acongojaba. No pudo contener sus lágrimas.

—Sí, sí, hay que dejarme con mi sufrimiento. No tiene curación posible. No puedes hacer nada por mí, soy un ser al margen de la naturaleza, un monstruo.

—¿Qué estás diciendo? ¿No puedes volver a la naturaleza ya que dices que estás al margen de ella? Lo que no quiero es que vuelvas a encerrarte en el fondo de tu casita solitaria, donde enloqueces obsesionado con la nada. Vente aquí a pasar los días con nosotros para que te transmitamos de nuevo el goce de la vida.

¡Ah, aquella casita vacía que le esperaba! ¡Pedro sentía, por

adelantado, su glacial escalofrío, cuando volviese a encontrarse allí solo, sin aquel hermano querido, con el cual acababa de pasar tan gratos días! ¡En qué soledad y con qué tormento recaería, después de aquellas semanas de vida en común, a la que se había ya acostumbrado! Pero su dolor aumentó y una confesión entera brotó de sus labios.

—Vivir aquí, vivir con vosotros, ¡oh, no, eso me es imposible!... ¿Por qué me obligas a hablar, a decirte lo que me avergüenza y lo que ni siquiera comprendo? Desde esta mañana has visto que sufría estando aquí, y es, sin duda, porque vosotros trabajáis y yo no hago nada, porque amáis, porque creéis en vuestro esfuerzo, mientras que yo no sé ya ni amar ni creer... Me encuentro desplazado aquí, acabaría por odia-ros quizá. Como ves, ya no queda nada bueno en mí, que todo está viciado, trastornado, que todo está muerto y que sólo brotarían la envidia y el odio... Déjame, pues, volver a mi rincón maldito donde la nada acabará por apoderarse de mí. ¡Adiós, hermano!

Enloquecido de ternura y de compasión, Guillermo le cogió por los brazos y le retuvo.

—No te irás, no quiero que te vayas sin haberme prometido, formalmente, que volverás. No quiero perderte de nuevo, ahora que sé lo que vales y cuánto sufres... A pesar tuyo, si es preciso, te salvaré, te curaré del tormento de tu duda, ¡oh!, sin catequizarte, sin imponerte ninguna creencia, dejando hacer a la vida simplemente, a la vida, que es la única que puede devolverte salud y esperanza... Te lo suplico, hermano, en nombre de nuestro afecto, vuelve, vuelve a menudo a pasar aquí el día. Verás como cuando se ha marcado uno una tarea y se trabaja en familia, no es uno nunca demasiado desdichado. ¡Una tarea, la que sea, y un gran amor; la vida aceptada, vivida, amada!

—¿Para qué? —murmuró Pedro con amargura—. No tengo ya tarea y no sé amar.

—Pues yo te daré una tarea. Y en cuanto vuelva el amor, con el hálito próximo que te despierte, ¡sabrás amar! ¡Accede, hermano, accede!

Y viéndole siempre triste, obstinado en su deseo de separarse de él y de aniquilarse, agregó:

—No te diré que las cosas de este mundo marchen a medida de nuestros deseos, que no haya más que alegría, verdad y justicia... Por eso, no sabes hasta qué punto la aventura de ese miserable Salvat me llena de cólera y de indignación. Culpable, ¡oh, sí!; ¡pero qué de disculpas tiene, sin embargo!, ¡y cómo me lo van a hacer simpático, si le cargan con los crímenes de todos, si las bandas políticas le manejan, le utilizan, se sirven de él para conquistar el poder! Esto me exaspera y no digo que sea más razonable que tú... Pero, vamos a ver hermano, sólo por darme esa alegría, prométeme que pasado mañana vendrás a pasar el día con nosotros.

Y como Pedro siguiese callado:

—Lo quiero, me apenaría demasiado pensar que te martirizas en tu agujero de animal herido... Quiero curarte, quiero salvarte.

Con los ojos arrasados de lágrimas, Pedro dijo con una infinita angustia:

—No me obligues a contestarte... Procuraré dominarme.

¡Qué semana pasó en la casita oscura y vacía! Durante siete días se enterró allí, consumido de desesperación al no encontrar ya a su hermano siempre a su lado, a aquel hermano mayor a quien había vuelto a querer con toda su alma. Nunca había sentido tan espantosa su soledad, como desde que la duda vaciaba su corazón. Estuvo a punto, veinte veces, de

correr a Montmartre, donde comprendía confusamente que estaban el afecto, la verdad y la vida. Pero, a cada tentativa, un invencible malestar, el malestar que había sufrido ya, hecho de temor y de vergüenza, le retuvo. Él, que era un sacerdote, un castrado; él, que estaba al margen del amor y de los trabajos comunes, ¿no hallaría más que heridas y sufrimientos entre aquellos seres normales, libres y sanos? Y evocaba las sombras de su padre y de su madre, errantes por las habitaciones desiertas, aquellas tristes sombras siempre en pugna, aun después de la muerte, a las que creía oír quejarse, como si le suplicasen que las reconciliase en él el día en que encontrase su paz interior. ¿Qué debía hacer? ¿Seguir llorando y desesperándose con ellas? ¿Ir allá a buscar la curación, que las haría descansar al fin en el sueño de la tumba, satisfechas de dormir, ahora que él vivía feliz? Y una mañana, al despertarse, le pareció que su padre, sonriente, le enviaba allá; mientras que su madre, accediendo a ello, le miraba con sus grandes ojos dulces, en los que la tristeza de haber hecho de él un mal sacerdote cedía a la necesidad de devolverle a la vida de todos.

Aquel día, Pedro no razonó, tomó un coche, dio las señas para tener la seguridad de no turbarse y dar la vuelta en el camino. Luego, cuando se encontró como en sueños en medio del amplio taller, recibido con alegría por su hermano Guillermo y sus tres hijos, quienes parecían creer delicadamente que había estado allí el día anterior, asistió a una escena imprevista, que le sorprendió mucho y le tranquilizó.

María, al entrar él, había seguido sentada, saludándole apenas, con la cara pálida y la frente surcada por una amargura. Y Abuela, con un aire serio también, dijo mirándola:

—Perdónela usted, señor abate, no es razonable... Está enfadada con nosotros cinco.

—¡Ah, qué testaruda!... No puedes imaginarte, Pedro, lo que sucede en esa mollera en cuanto se la discute su idea de la justicia, ¡oh!, una idea tan elevada, tan íntegra, que no soporta la menor transacción. Estábamos hablando del proceso de ese padre que acaba de ser condenado por la declaración de su hijo, y ella sola sostiene que ha hecho bien, que debe decirse siempre la verdad, a pesar de todo... ¿Eh? ¡Qué terrible acusadora haría!

Fuera de sí, exasperada todavía más por la sonrisa de Pedro, que la quitaba la razón, María se arrebató.

—Guillermo, eres malo... No quiero que os riáis.

—Pero te vuelves loca, muchacha —exclamó Francisco, mientras Tomás y Antonio se divertían también—. Papá y nosotros no sostenemos más que una tesis humanitaria porque creemos amar y respetar la justicia tanto como tú.

—No hay humanidad que valga, no hay más que justicia. Lo que es justo es justo, a pesar de todo, aunque el mundo tuviera que venirse abajo.

Luego, como Guillermo intentase seguir discutiendo por vencerla, se levantó de pronto, temblorosa, desatinada, enardecida por un arrebató tal, que hablaba balbuciendo.

—¡No, no! Sois malos todos, queréis hacerme sufrir... Prefiero marcharme a mi cuarto.

En vano intentó Abuela detenerla.

—¡Hija mía, hija mía! Reflexiona, eso es muy feo, lo vas a sentir mucho.

—¡No, no! No sois justos, sufro demasiado.

Y subió violentamente a su cuarto. Fue un desastre. Semejantes escenas se producían a veces, pero no eran nunca de tal gravedad. Guillermo se culpó inmediatamente de haberla im-

pulsado hasta aquel extremo, porque ella no podía soportar la ironía, Y le contó a Pedro que cuando era más joven, había tenido accesos de cólera terribles, como para caerse muerta ante una injusticia. Y ella lo explicaba después diciendo que era como un arrebató irresistible que la impulsaba y la hacía delirar. Aún en la actualidad seguía siendo en aquellas cuestiones obstinada y disputadora.

En efecto, un cuarto de hora después bajó espontáneamente, muy colorada, pero reconociendo abiertamente su culpa.

—¿Eh? ¡Seré ridícula, seré mala, yo que acuso a los demás de serlo! ¡Bonita opinión va a formar de mí el señor abate!

Y fue a besar a Abuela.

—¿Me perdonan, verdad?

—¡Mi pobre María! —dijo cariñosamente Guillermo—, eso es lo que tiene vivir en lo absoluto... Tú, que eres tan equilibrada, tan normal, tan sensata, porque aceptas la relatividad de las cosas y pides únicamente a la vida lo que puede dar, pierdes toda sensatez y todo equilibrio cuando caes en ese absolutismo que te forjas de la idea de justicia. ¿Quién de nosotros no peca en ese aspecto?

María, todavía confusa, bromeó.

—Eso hace que no sea yo perfecta.

—¡Ah, tanto mejor! Así te quiero más.

Era lo que Pedro hubiese querido gritar él también. Aquella escena le había removido hondamente, sin que pudiese aclarar aún todo lo que se despertaba en él. Su abominable tormento, ¿no provenía del absoluto en que quería vivir, aquel absoluto que él había pedido hasta entonces a los seres y a las cosas? Había buscado la fe total y se había arrojado con desesperación en la negación total. Y aquella altiva actitud que

había conservado en el derrumbamiento de todo, aquella fama de sacerdote santo que había adquirido, cuando sólo la nada le atraía, ¿no era también un perverso deseo de absoluto, la simple «pose» romántica de su ceguera y de su orgullo? Mientras hablaba su hermano un momento antes elogiando a María por no pedir a la vida más que lo que ésta podía dar, le había parecido que aquellas palabras llegaban hasta él como un consejo y pasaban sobre su rostro como una ráfaga fresca de naturaleza. Pero aquello seguía siendo muy confuso aún, y su única alegría evidente era la cólera en que acababa de ver a aquella muchacha, la culpa que la acercaba a él, que la hacía descender de la perfección serena, con la que él sufría inconscientemente.

Dos días después Pedro fue a pasar la tarde en el gran taller soleado, frente a París. Desde que tenía conciencia de su ociosidad, se aburría mucho, empezaba a no distraerse más que allí, entre aquella familia que trabajaba con tanta alegría. Su hermano le riñó por no haber ido a almorzar y él prometió volver al día siguiente, más temprano, para comer con ellos. Transcurrió una semana y ya no había más que una buena camaradería entre María y él, sin rastro de aquel desasosiego, de aquella hostilidad que les había hecho chocar uno contra otro. La idea de aquel sacerdote con sotana no la cohibía, por otra parte, lo más mínimo; porque en su tranquilo ateísmo no se le había ocurrido nunca que un sacerdote podía ser un hombre aparte. Y precisamente lo que ahora sorprendía y agradaba a Pedro era la acogida fraternal que le había dispensado ella, como si él hubiese vestido de paisano, tenido las mismas ideas y hecho la vida de sus sobrinos, sin que le diferenciase nada de los demás hombres. Y lo que le asombraba todavía más era el silencio que ella guardaba sobre la cuestión religiosa, la indiferencia profunda, tranquila y feliz en

que parecía dejarla lo divino y el más allá, aquel terrorífico dominio del misterio, en el cual arrastraba él mismo una agonía tan dolorosa.

En cuanto él apareció por allí cada dos o tres días, ella comprendió perfectamente que sufría. ¿Qué le sucedía? Le interrogó con un tono de buena amistad, y como no obtuviese más que unas respuestas evasivas sintió en él un dolor sangrante, avergonzado de sí mismo, que hacía más incurable aún el secreto en que se agravaba. Su compasión de mujer se despertó, y empezó a sentir un afecto creciente por aquel muchachote pálido, de ojos ardientes de fiebre, a quien roía una tortura interna de la que no quería hablar a nadie. Interrogó sin duda a Guillermo acerca de su hermano, tan triste y desesperado, y él tuvo que confesarle una parte del secreto para que ella le ayudase a librarle de su tormento, devolviéndole el gusto de vivir. ¡Le alegraba tanto que ella le tratase como a un amigo, como a un hermano! Y, por último, fue el mismo Pedro quien, una noche, al apremiarle afectuosamente para que se confesase a ella, viéndole lloroso ante un triste crepúsculo que caía sobre París, confesó de pronto su tortura y contó el vacío mortal que había abierto en él la pérdida de la fe. ¡Ah, no creer ya, no amar ya, no ser más que ceniza, no saber con qué otra certeza sustituir a Dios ausente! Ella le miraba estupefacta, atónita. ¡Pero estaba loco! Y se lo dijo, con el asombro y la indignación que le produjo semejante grito de miseria. ¡Desesperar, no creer ya, no amar ya, porque la hipótesis de lo divino se venga abajo, y esto cuando estaba allí el amplio mundo, la vida con su deber de ser vivida, todos los seres y todas las cosas dignas de ser amadas y amparadas, sin contar la labor universal, la tarea que cada cual viene a realizar! Estaba loco con seguridad, y con una locura sombría, de la que ella juró curarle.

Desde entonces, aquel muchacho extraordinario, que al principio la había turbado y luego sorprendido, le produjo una gran ternura. Fue muy cariñosa y muy jovial con él, cuidándole con hábiles delicadezas de corazón y de trato. Habían tenido ambos una infancia semejante, porque sus madres, igualmente piadosas, los habían educado en una estrecha religiosidad. Pero después, ¡qué distintos, qué aventuras más opuestas! Mientras él, ligado por sus votos de sacerdote, se debatía dolorosamente en su duda, ella, alumna del Liceo Fernelón, desde la muerte de su madre, había crecido allí lejos de todo culto, en un olvido casi total de sus primeras impresiones religiosas. Y era para él una continua sorpresa que ella se hubiera librado así del escalofrío del más allá, cuando él mismo estaba aún tan hondamente removido por aquél. En sus conversaciones, cuando él se extrañaba de aquello, ella reía con todas sus ganas y decía que el infierno no la había amedrentado nunca, porque sabía perfectamente que no podía existir y agregaba que vivía tranquila, sin esperanza de ir al cielo, procurando acomodarse sensatamente a las necesidades de este mundo. Cuestión de temperamento quizá. Pero cuestión de educación también. Porque jamás una educación completa había caído en un cerebro más sólido y en un carácter más recto. Y lo milagroso, con toda aquella ciencia acumulada un poco al azar, era que ella hubiese seguido siendo muy femenina, muy cariñosa, sin nada duro ni viril. Era tan sólo libre, franca y encantadora.

—¡Ah, amigo mío! —le decía ella—. ¡Si supiera usted lo fácil que me resulta ser feliz, cuando las personas que me son queridas no sufren demasiado a mi alrededor! Personalmente me arreglo siempre bien con la vida, me adapto a ella, trabajo, y me contento a pesar de todo. Por eso el dolor no ha llegado a mí más que por los demás, porque no puedo dejar de

querer que todo el mundo sea casi feliz, y hay personas que se resisten a serlo... Ya ve usted, yo he sido mucho tiempo pobre, sin dejar de ser alegre. No deseo nada, nada más que las cosas que no se compran. La miseria no por eso deja de ser la gran abominación, la indignante injusticia que me pone fuera de mí. Comprendo que todo se haya venido abajo para usted, cuando la caridad le ha parecido insuficiente e irrisoria. ¡Sin embargo, alivia, es tan grato dar! Y, además, llegará algún día en que gracias a la razón, al trabajo, al buen funcionamiento de la propia vida, tendrá que reinar la justicia... ¿Eh? Soy yo la que predico. ¡Qué poco me gusta! ¡Sería tan ridículo que quisiera yo curarle, con mis frases de solterona sabia! Pero, sin embargo, es cierto que pienso curarle de su negra dolencia y para esto sólo le pido que venga a vivir lo más posible con nosotros. Sabe usted, además, que ése es el mayor deseo de Guillermo. Le queremos todos tanto, nos verá a todos tan tiernamente unidos, tan alegres en la tarea común, que volverá usted a la verdad, reingresando con nosotros en la escuela de la naturaleza... ¡Viva, trabaje, ame y confíe!

Pedro sonreía e iba allí, ahora, casi a diario. ¡Era ella tan afectuosa cuando le sermoneaba amablemente, con su aire de cordura! Y como ella decía, ¡resultaba tan acogedor el amplio taller, sentíase allí de tal modo el goce de la convivencia, de entregarse conjuntamente a la misma obra de salud y de verdad! Avergonzado de no hacer nada, sintiendo la necesidad de ocupar sus dedos y su pensamiento, se interesó él primero por los grabados en madera que hacía Antonio. ¿Por qué no probaba a hacer aquel trabajo? Pero le inquietó, no se sintió con facultades ni voluntades artísticas y, como el amontonamiento de libros, el trabajo puramente intelectual de Francisco le desagradaba, al salir del abismo de errores en que le había sumido la discusión de los textos, se sintió atraído por

el trabajo manual de Tomás, apasionándose por la mecánica, cuya precisión y claridad satisfacían su sed ardiente de certeza. Se puso a las órdenes del muchacho, movió el fuelle de la fragua y le sostuvo, sobre el yunque, la pieza a forja. Y a veces le servía también de ayudante a su hermano, se ponía un gran delantal azul sobre su sotana para ayudarle en sus experimentos. Entonces formó parte del taller y no hubo allí sino un trabajador más.

Hacia primeros de abril, una tarde en que todos trabajaban, María, que bordaba junto a la mesa de labor, frente a Abuela, levantó los ojos hacia París y lanzó un grito de admiración.

—¡Oh! ¡Mirad París en esa lluvia de sol!

Pedro se acercó al ventanal. Era el mismo efecto que había visto ya, a raíz de su primera visita. El sol oblicuo, que se ponía detrás de unas delgadas nubes de púrpura, acribillaba la ciudad con una lluvia de rayos que caían por todas partes sobre la inmensidad sin fin de las techumbres. Y parecía como si un sembrador gigante, oculto en la gloria del astro, arrojase, a puñados colosales, aquellos granos de oro, de un extremo a otro del horizonte.

Él dijo en voz alta su sueño.

—Es París sembrado por el sol, y mirad qué tierra de labor, abierta en todos sentidos por el arado, esas casas oscuras parecidas a montones de tierra, esas calles profundas y recias como surcos.

María, divertida, se animó.

—¡Sí, sí! Es verdad... El sol siembra París. ¡Mirad! ¡Mirad con qué gesto soberano arroja el trigo saludable y luminoso, allá lejos, hasta los barrios alejados! Y es singular, incluso los barrios al oeste están como anegados por una niebla rojiza, mientras que el buen grano va a caer, en polvo rubio, sobre la

orilla izquierda y sobre los barrios populosos del este... Es allí, ¿verdad?, donde debe efectuarse la cosecha.

Todos se habían acercado y sonreían complacidos del símbolo. En efecto, a medida que el sol descendía tras la red de las nubes, parecía que el sembrador de la eterna vida arrojaba su llama, con un gesto voluntario, hacia aquel sitio, y luego hacia aquel otro, en un balance rítmico, que elegía los barrios del trabajo y del esfuerzo. Allá lejos, un abrasador puñado de semilla cayó sobre el barrio de las Escuelas. Luego, allá lejos, otro puñado deslumbrante fue a fertilizar, el barrio de los talleres y de las fábricas.

—¡Ah, la cosecha! —repuso Guillermo alegremente—. ¡Que crezca pronto en esa buena tierra de nuestro gran París, roturada por tantas revoluciones, abonada con la sangre de tantos trabajadores! No hay en el mundo tierra como ésa para que la idea germine y florezca en ella... ¡Sí, sí! Tiene razón Pedro, es el sol que siembra París con el mundo futuro, que sólo de él brotará.

Y Tomás, Francisco y Antonio, colocados detrás de su padre, expresaron la misma certeza con una inclinación de cabeza, mientras que Abuela, con su aire grave, perdida su mirada a lo lejos, parecía ver resplandecer el porvenir.

—Un sueño que se realizará, ¿dentro de cuántos siglos? —murmuró Pedro, estremecido de nuevo—. No lo veremos nosotros.

—¡Bueno, pues será para los otros! —exclamó María—. ¿No es esto suficiente?

Aquel hermoso grito conmovió profundamente a Pedro. Y de pronto recordó a otra María, a la adorable María de su juventud, aquella María de Guersaint, curada en Lourdes y cuya muerte había dejado vacío para siempre su corazón. ¿Es que

la nueva María que le sonreía allí, con una seducción tan poderosa y tan serena, iba a curar la antigua herida? Él se sentía revivir desde que era su amiga.

Y, frente a ellos, a grandes puñados, con el vivo polvo de oro de sus rayos, el sol sembraba París para la gran cosecha futura de justicia y de verdad.

II

UNA noche, al final de una buena jornada de trabajo, cuando Pedro ayudaba a Tomás, se enredó entre los pliegues de su sotana y estuvo a punto de caer.

María, que había lanzado un ligero grito, asustada, le dijo:

—¿Por qué no se la quita usted?

Y decía esto sin intención alguna, sencillamente porque le parecía aquella ropa demasiado pesada, molesta para ciertos trabajos.

Pero la frase, tan directa, tan clara, se hundió en el alma de Pedro, y allí quedó. Al principio sólo le chocó. Luego, al llegar la noche, en cuanto se encontró a solas en su casita de Neuilly, notó que la frase le molestaba, que le producía, poco a poco, un sufrimiento, un ardor intolerable. «¿Por qué no se la quita usted?». En efecto, hubiera debido quitársela. ¿Qué razón le había impedido, hasta entonces, quitarse aquella ropa tan pesada, tan dolorosa para sus hombros? Y comenzó la atroz discusión, pasó una noche terrible, sin poder dormir, reviviendo todas sus antiguas torturas.

Parecía muy fácil, sin embargo, prescindir del traje, puesto que no realizaba ya la función. Desde hacía algún tiempo había dejado de decir su misa, y era la verdadera ruptura, el abandono decisivo del sacerdocio. Pero podía volver a decir aquella misa. Mientras que el día en que se quitase la sotana, comprendía muy bien que prescindiría de todo, que se alejaría del sacerdocio para no volver a él nunca más. Aquélla era, pues, una irrevocable resolución que adoptar. Durante varias horas se paseó por la habitación, en la angustia de la lucha.

¡Ah, qué bello sueño el suyo, de vivir arisco y solitario! ¡No creer ya, pero velar, no obstante, como sacerdote casto y leal, por la fe ajena! ¡No rebajarse hasta el perjurio, no caer en la bajeza equívoca del renegado, seguir siendo el ministro de la ilusión divina, en la misma desesperación de su vacío interno! Así era como había acabado por ser adorado como un santo, él que lo negaba todo, vacío como un sepulcro del que han sido barridas las cenizas por el viento. Y he aquí que le invadía el escrúpulo de aquella mentira, un malestar que no había experimentado aún, el pensar que obraría mal si continuaba no poniendo de acuerdo sus ideas y su vida. Todo su ser quedaba desgarrado con ello.

La controversia se planteaba con gran claridad. ¿Con qué derecho seguía él siendo sacerdote de una religión en la que ya no creía? La simple honradez, ¿no le ordenaba separarse de una Iglesia en la que negaba que pudiera encontrarse Dios? Los dogmas no eran para él sino errores infantiles y se obstinaba en enseñarlos como otras tantas verdades eternas, toda una fea labor, de la que ahora se espantaba su conciencia. En vano intentaba hallar de nuevo el ardiente estado de ánimo, el afán caritativo y de martirio que le había hecho ofrecerse en holocausto con el pensamiento que él aceptaba de sufrir por la duda, por su vida desolada y perdida con tal de poder seguir llevando a los humildes el alivio de la esperanza. Sin duda, la verdad y la naturaleza le habían vuelto a traer demasiado; se sentía más ofendido aún por aquel papel de apostolado falaz, y ya no tenía el atroz valor de invocar a Jesús con el gesto sobre los fieles arrodillados, cuando sabía perfectamente que Jesús no descendía. Y se venía abajo todo, su actitud de pastor sublime, aquel don supremo que hacía de su persona, al obstinarse en seguir en la regla, sufriendo por la fe hasta su tortura de haberla perdido.

¿Qué pensaba María de su largo engaño? Y volvía a oír la frase: «¿Por qué no se la quita usted?». Le dejaba dolorida la conciencia. Ella debía despreciarle por aquello; ella que era tan recta, tan franca. En ella resumía todas las censuras sueltas, todas las críticas sordas que provocaba su conducta. Bastaba ahora con que ella le demostrase su reprobación para que él se sintiese culpable. Y, sin embargo, ella no le había dicho ni una sola palabra de censura. Si le desaprobaba, no se creía, sin duda, con derecho a intervenir en una lucha de conciencia. Le hermosa serenidad que ella mostraba, sana y generosa, le asombraba siempre. ¡Él, a quien la obsesión de lo desconocido y la del día siguiente a la muerte sumían en una incesante agonía! Durante días enteros la había estudiado y seguido con los ojos, sin sorprenderla nunca en estado de duda y desesperación. Aquello se debía, según ella, a que aplicaba toda su alegría a la vida, todo su esfuerzo, todo su deber, de tal modo, que le bastaba con vivir, sin que tuviera tiempo de aterrorizarse y de pararse ante más quimeras. Se quitaría, pues, aquella sotana que le abrumaba y le abrasaba, ya que ella le había preguntado, con su aire tan tranquilo y tan enérgico, por qué no se la quitaba.

Pero casi al amanecer, cuando se echó por fin en su cama, creyéndose calmado después de haber tomado una resolución, le puso en pie de nuevo una brusca sofocación, una repetición de aquella abominable angustia. ¡No, no! ¡No podía quitarse aquella ropa que se había adherido a su carne! Se arrancaría la piel con ella, todo su ser se desprendería. ¿Es que el sacerdote no era indeleble, marcando al sacerdote para siempre, apartándole del rebaño? Aunque se arrancase la ropa con la piel, el sacerdote permanecía, como un objeto de escándalo y de afrenta, borrado de la vida común, torpe e impotente. Entonces, ¿para qué?, puesto que la celda seguía estando cerrada

y, afuera, la vida laboriosa y fecunda, a pleno sol, no estaba hecha para él. ¡La impotencia, la impotencia! Se creía atacado de ella hasta el fondo de los huesos, hasta la medula. Y no pudo decidirse y no volvió, hasta dos días después, a Montmartre, sin haber tomado una resolución, agitado de nuevo por su tormento.

Por otra parte, la casa feliz estaba trastornada; el mismo Guillermo cedía a una turbación creciente, preocupado por el asunto Salvat, agitado por una pasión que los diarios exasperaban cada día. La actitud callada y digna de Salvat, declarando que no tenía cómplices, confesándolo todo pero guardando silencio en cuanto temía comprometer a alguien, le había conmovido hondamente. El sumario era secreto, pero el juez Amadiou, encargado de instruirlo, lo llevaba con una resonancia extraordinaria: toda la prensa estaba dedicada a su persona y a sus relaciones con el acusado, notas, conversaciones, indiscreciones. De hora en hora, gracias a las tranquilas revelaciones de aquél, había podido reconstituir la historia del atentado, sin que hubiese más puntos oscuros que el de la composición de la pólvora empleada y el de la fabricación de la propia bomba. Si Salvat, como afirmaba, había podido en último caso cargar la bomba en casa de un amigo, debía mentir cuando contaba que la pólvora era simplemente dinamita, procedente de cartuchos robados por unos compañeros suyos, pues los peritos afirmaban que la dinamita no hubiese podido nunca producir semejantes efectos. Había en aquello un misterio que retrasaba el sumario, y los periódicos abusaban de ello para publicar a diario los reportajes más absurdos, las informaciones más extravagantes, cuyos titulares llamativos hacían subir la venta.

Guillermo, cada mañana, encontraba en la prensa un tema de irritación creciente. A pesar de su desprecio por Sanier, no

podía dejar de comprar «La Voz del Pueblo», como atraído por la oleada de fango que se desbordaba del diario, exasperándose, temblando de indignación. Además, los otros periódicos, «El Globo» mismo, tan correcto, publicaban noticias sin comprobar, deduciendo de ellas juicios y hechos de una injusticia irritante. Parecía que la misión de la prensa era manchar a Salvat a fin de degradar al anarquismo en su persona, y su vida entera se había convertido así en una larga abominación: ladrón a los diez años, cuando, triste hospiciano, recorría las calles; más tarde mal soldado, mal obrero, castigado en el cuartel por insubordinación, echado de los talleres, que alborotaba con su propaganda, y después un sin patria, aventurero sospechoso en América, donde daban a entender que había cometido toda clase de crímenes ignorados; sin contar su gran inmoralidad, su concubinato desde su regreso a Francia, aquella cuñada que había recogido a su hijita abandonada y de la que él había hecho su amante, ante los propios ojos de la niña. Los vicios de aquel hombre quedaban así exhibidos, aumentados, prescindiendo de las causas que los habían agravado. ¡Qué protesta humanitaria y justa en Guillermo, que conocía al verdadero Salvat, aquel afectivo y aquel místico, aquel espíritu quimérico y apasionado, lanzado a la vida indefenso, aplastado siempre, exasperado por la miseria encarnizada, llegando como conclusión al ideal de hacer renacer la edad de oro destruyendo al viejo mundo!

Lo peor era que todo abrumaba a Salvat, desde que se encontraba recluido, completamente en manos del ambicioso y mundano Amadiou. Guillermo sabía por su hijo Tomás que el acusado no podía contar con ningún apoyo entre sus antiguos camaradas de la fábrica Grandidier. La fábrica empezaba a prosperar, se levantaba más cada día, gracias a la construcción de bicicletas, y se decía que Grandidier no esperaba más

que el motorcito, cuya solución buscaba Tomás, para lanzarse a fabricar en grande coches automóviles. Pero precisamente, como le habían hecho ser prudente aquellos primeros éxitos, que compensaban apenas años enteros de esfuerzo, su carácter habíase tornado severo y acababa de despedir a varios obreros tachados de anarquizantes, no queriendo que el lamentable asunto Salvat, contratado antes en su casa, provocase una suspicacia desfavorable para su fábrica. Y si había respetado a Toussaint y a su hijo Carlos, el primero cuñado del acusado y el segundo a quien suponían simpatizante de éste, era porque ambos trabajaban allí desde hacía veinte años. Había que vivir. Toussaint, que había vuelto penosamente al trabajo después de su accidente, tenía decidido, si le citaban como testigo de descargo, no dar, acerca su cuñado, sino algunos informes particulares, todo lo que él sabía de su casamiento con su hermana.

Una noche, al volver Tomás de la fábrica, adonde volvía de tiempo en tiempo para probar su motor, contó que había visto a la señora Grandidier, triste joven, que se había vuelto loca de resultas de una fiebre puerperal producida por la muerte de un hijo, y a quien su marido, obstinada y amorosamente, conservaba a su lado en el gran pabellón que él ocupaba, contiguo a la fábrica. No había querido nunca recluirla en un manicomio, a pesar de los ataques, terribles a veces, a pesar de su dolorosa vida diaria con aquella niña grande, tan triste y tan dulce. Las persianas estaban siempre echadas, y fue una sorpresa extraordinaria ver abierta una de las ventanas y a la reclusa cerca de ella, en el claro sol de aquel día precoz de primavera. No estuvo allí más que un instante, visión blanca y rápida, toda rubia y bonita, sonriente. Una sirvienta volvió a cerrar la ventana enseguida, y el pabellón recayó de nuevo en su silencio de muerte. Decíase en la fábrica, que no le había

dado ningún ataque desde hacía un mes, y que ésa era la causa del aspecto de vigor y de satisfacción del patrón, la mano firme, algo ruda, con la que aseguraba la prosperidad creciente de su casa.

—No es nada malo —dijo Tomás—, pero quiere hacerse respetar en la terrible lucha de competencia que él sostiene. Dice que en nuestra época, cuando el capital y el asalariado amenazan con exterminarse el uno al otro, el asalariado debe darse todavía por muy satisfecho, si quiere seguir comiendo, con que el capital caiga en manos activas y prudentes... Y si condena a Salvat inexorablemente, es que cree en la necesidad de un escarmiento.

Aquel día, al salir de la fábrica, en aquel barrio de la calle Marcadet, que es como una colmena zumbadora de trabajo, el joven tuvo un encuentro conmovedor. La señora Teodora y la pequeña Celina salían de allí, después de haber recibido una rotunda negativa por parte de Toussaint, que ni siquiera pudo darles un franco. Desde la detención de Salvat, la mujer y la niña abandonadas, tachadas de sospechosas, expulsadas de su mísero alojamiento, no comían ya, vivían errantes, de las limosnas casuales. Jamás una desdicha semejante se había encarnizado hasta aquel punto con unos pobres seres indefensos.

—Padre, les he dicho que vinieran aquí. He pensado que podríamos pagar un mes al dueño de su casa para que pudiesen volver allí... ¡Mira! Ahí deben estar.

Guillermo le había escuchado estremecido, irritado contra sí mismo por no haber pensado en aquellas tristes criaturas. Era la historia eterna, abominable: el hombre desaparecido, la mujer y la hija en la calle, hambrientas. La justicia que hiere al hombre, alcanza por la espalda y mata a los inocentes.

Muy humilde y amedrentada, la señora Teodora entró, con su aire asustado de infortunada a quien la vida no se cansaba de abrumar. Se estaba quedando casi ciega y la pequeña Celina tenía que guiarla. Y ésta, con su vestidillo de harapos, conservaba su carita delgada, inteligente y fina, animada de vez en cuando por una risa juvenil, a pesar de todo.

Pedro y María estaban presentes, muy conmovidos ambos. También estaba allí Abuela cosiendo la ropa blanca de la casa, y la señora Mathis, la madre del rebelde Víctor, que accedía a asistir durante el día, en algunas casas, a fin de poder entregar de vez en cuando una moneda de veinte francos a su hijo. Pero únicamente Guillermo interrogó a la señora Teodora.

—¡Ah, caballero! —balbuceó ella—. ¿Quién hubiera creído capaz a Salvat de semejante acción; él, que es tan bueno y tan humanitario, y, sin embargo, es cierto, puesto que él mismo se lo ha contado al juez?... Yo le decía a todo el mundo que se encontraba en Bélgica. No estaba muy segura de ello y prefiero que no haya vuelto a vernos, porque si le llegan a detener en nuestra casa, me hubiera dado muchísima pena... En fin, ahora que le han cogido, van a condenarle a muerte, con toda seguridad.

Celina, que había estado mirando a su alrededor, interesada, se lamentó de repente, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Oh, no, no, mamá; no le harán ningún daño!

Guillermo la besó y luego siguió preguntando.

—¿Qué voy a decirle? La pequeña no puede trabajar todavía y yo ya no tengo vista; ni siquiera quieren tomarme de asistente. Así es que nos morimos de hambre... Verdad es que tengo familia, tengo una hermana muy bien casada, con un empleado, el señor Chrétiennot, que usted quizá conozca.

Ahora que es un poco orgulloso, y para evitar escenas a mi hermana ya no voy a verla, tanto más cuanto que está desesperada en estos momentos porque ha vuelto a quedarse embarazada, lo cual es una verdadera catástrofe en una casa modesta y cuando se tienen ya dos niñas... Por eso no me queda más que Toussaint, mi hermano, a quien poder acudir. La señora Toussaint no es mala, pero, sin embargo, ya no es la misma desde que se pasa la vida temiendo que le dé a su marido el segundo ataque. El primero se les llevó sus ahorros, ¿y qué iba a ser de ella si él se le quedase paralítico? Para colmo, está amenazada con una nueva carga, porque supongo que sabrá usted que su hijo Carlos ha cometido la tontería de hacerle un niño a la sirvienta de un tabernero y, naturalmente, ha volado dejándole el chiquillo... Se comprende, por lo tanto, que ellos también pasen apuros. Me han prestado ya algunos francos pero no pueden seguir favoreciéndome.

Indolentemente, resignada, siguió hablando, quejándose únicamente por Celina, porque era algo que desgarraba el corazón ver una niña tan lista, que adelantaba tanto en la escuela comunal, y que tenía forzosamente que corretear por las calles como una mendiga.

Pedro y María cambiaron una mirada de infinita compasión, mientras que Abuela se levantó para ir a rebuscar en sus armarios con el propósito de dar un poco de ropa interior y algunos vestidos viejos a aquellas dos míseras criaturas. Guillermo, conmovido hasta saltársele las lágrimas, sublevado contra un mundo en que podían darse semejantes infortunios, deslizó su limosna en la manita de la niña, prometiendo a la señora Teodora ir a hablar con el dueño de su casa, a fin de que las dejase volver a su cuarto.

—¡Ah, señor Froment! —exclamó la desgraciada—. Razón tenía Salvat en decir que era usted un hombre buenísimo... Y

también sabe usted que él no es malo, ya que le ha tenido trabajando aquí unos cuantos días... Ahora que está en la cárcel, todo el mundo habla de él como de un bandido, y esto me aflige el corazón.

Y luego, volviéndose hacia la señora Mathis, que había seguido cosiendo, apagada y discreta, con el aire de una honrada burguesa que no tenía nada que ver con todas aquellas cosas:

—La conozco a usted, señora, y conozco sobre todo a su hijo Víctor, que ha venido algunas veces a casa a hablar con Salvat... No tema usted; no seré yo quien lo diga, porque no he de comprometer a nadie. Pero si su hijo Víctor pudiese hablar, únicamente él explicaría bien las ideas de Salvat.

La señora Mathis la miraba, estupefacta. En su ignorancia de la verdadera vida y de los verdaderos pensamientos de su hijo, se quedó sobrecogida, aterrada, ante la idea de una posible relación entre él y semejantes gentes. Y, por otra parte, no quiso creerlo.

—¡Oh! Debe usted equivocarse... Víctor me ha dicho que no iba ya casi nunca a Montmartre, pues estaba siempre viajando para trabajar.

Por el tono inquieto y agitado de su voz, la señora Teodora comprendió que no debió haber mezclado a aquella señora en sus tristes asuntos, y enseguida enmudeció humildemente.

—Perdone usted, señora; no he querido ofenderla. Es posible que yo me equivoque.

Lentamente, la señora Mathis reanudó su costura, como si quisiese apresurarse a volver a su soledad, a aquel rincón de miseria decente, donde, sola e ignorada, apenas si comía pan. ¡Ah, su adorado hijo! ¡Por mucho que la olvidase, ella no tenía más ilusión que él; era su último sueño, aquel sueño en el

que se veía colmada por él de toda clase de venturas!

Abuela volvió a bajar, cargada con su paquete de ropas, y la señora Teodora y Celina se marcharon dándoles infinitas gracias. Mucho rato después de haberse ido, Guillermo se paseó por la habitación, sin poder ponerse otra vez a trabajar, callado, con cara pensativa.

Al día siguiente, cuando Pedro volvió, siempre vacilante y atormentado, tuvo la sorpresa de presenciar una visita de otro género. Entró allí como un vendaval, unas faldas revoloteantes, unas risas como cohetes; era la princesita Rosamunda, seguida por el joven Jacinto Duvillard, frío y correcto.

—Soy yo, mi querido maestro; le prometí a usted una visita, como admiradora apasionada de su talento... Y aquí tiene usted a nuestro joven amigo, que ha querido traerme, a nuestro regreso de Noruega; porque mi primera visita es para usted.

Se volvía, saludaba con desenvoltura, graciosamente, a Pedro y a María, a Francisco y a Antonio, que estaban allí.

—¡Oh, Noruega, querido maestro! ¡No tiene usted idea de una virginidad semejante! Debiéramos ir todos a beber a esa fuente nueva de ideal, y volveríamos así purificados, rejuvenecidos, dispuestos a grandes renunciamentos.

Lo cierto era que había ella pasado allí unos días horribles, sin conseguir adaptarse al régimen lácteo que le imponía su joven amante. Aquel viaje de novios, no ya a la cálida Italia, sino al país de los hielos y de las nieves, era sin duda de una rara elegancia, que pregonaba lo distinguido de su amor, exento de todo grosero materialismo. Sólo sus almas viajaban, y ellos no debían saborear allí más que besos espirituales. Lo malo fue que una noche, en un hotel, como él se obstinase en tratarla como a una ficción, como a un lirio puro y

simbólico, ella se exasperó hasta el punto de coger una fusta y de azotarle a brazo partido. Él también tuvo la debilidad de enfadarse y de varearla como a una alfombra. De tal modo, que cayeron después abrazados y sucumbieron y se poseyeron, como unas personas vulgares. Al despertar ella encontró mediocre aquella sensación que había venido a buscar desde tan lejos, mientras que él no la disculpó por haber acabado de una manera tan baja una aventura de la que esperaba alguna mayor intelectualidad. ¿Para qué habían ido a mancillar al norte virgen y divino, cuando cualquier ciudad ya mancillada de Francia les hubiera bastado? Y a partir del siguiente día, no siendo ya lo suficientemente puros, no sintiéndose ya en comunión con los cisnes en los lagos irreales, volvieron a tomar el vapor.

De pronto interrumpió ella su arrobamiento pasional sobre Noruega, porque era inútil confesar a todos su fracaso lamentable, y exclamó:

—A propósito, ya sabrán ustedes lo que me esperaba a mi vuelta. He encontrado mi hotel desvalijado, ¡oh!, por completo. Un saqueo como no pueden ustedes imaginarse, ¡y una porquería inmundal... Enseguida hemos reconocido la marca y hemos pensado en los amiguitos de Bergaz.

Guillermo había leído el día anterior que una banda de jóvenes anarquistas se había introducido, fracturando la ventana de un sótano, en el hotelito de la princesa de Harth, que su dueña había dejado desierto, sin un criado y sin un guarda. Los amables bandidos no se habían contentado con llevárselo todo, hasta los mayores muebles, sino que habían debido pasar allí dos días y dos noches, bebiéndose los vinos de la bodega y festejándose con unas provisiones traídas de fuera, manchando las habitaciones, dejando huellas innobles de su paso. Y cuando Rosamunda se encontró allí adentro, más

asombrada que irritada con la aventura, se acordó inmediatamente de la velada que pasó en el Cuarto de los Horrores con Bergaz y sus dos predilectos, Rossi y Sanfaute, que se enteraron por ella misma de su marcha a Noruega. Acababan de ser detenidos aquellos dos, en efecto; pero Bergaz había huido. No le extrañaba mucho, advertida ya y sabiendo que entre la gente muy mezclada que ella recibía, como apasionada por las rarezas internacionales, había individuos terribles. Janzen le había contado ciertas historias sucias, atribuidas a Bergaz y a su banda. Aquella vez él no vacilaba, contando en voz alta que Bergaz, después que Raphanel, se había vendido a la policía y que el golpe venía de ésta, deseosa de manchar para siempre el anarquismo con aquel robo resonante, realizado en medio de tales inmundicias. ¿No estaba la prueba de ello en el hecho de que la policía le hubiese dejado huir?

—Creí que exageraban los periódicos... ¡En estos momentos, para agravar el caso de ese desdichado Salvat, inventan tales abominaciones!

—¡Oh, no! —replicó alegremente Rosamunda—. No han podido decirlo todo; era demasiado sucio... No he tenido más molestia que la de hospedarme en el hotel. Estoy allí mucho mejor, pues empezaba a aburrirme de estar sola en mi casa...

Reía y saltó bruscamente a otro capricho, pues quería que el maestro le hablase de sus últimos trabajos, sin duda con objeto de probar que él no era capaz de comprenderle. Pero la historia de Bergaz le había dejado pensativo y Guillermo se encerró entre generalidades, mostrándose tan sólo de una corteía bastante seca.

Aquel mismo día, Janzen y Bache vinieron a pasar la velada a casa de Guillermo. Las reuniones íntimas de Neuilly continuaban en Montmartre una vez a la semana. Pedro aquellos días no se iba hasta muy tarde, y hablaban interminablemente

en el taller, abierto sobre el París nocturno, resplandeciente de luces, en cuanto las dos mujeres y los tres hijos subían a acostarse. Teófilo Morin llegó alrededor de las diez, retenido por unas correcciones de cuadernos de composición, toda una pesada labor pedagógica, sin ningún interés, que a veces la quitaba sus noches.

—¡Pero es una loca! —exclamó Janzen en cuanto Guillermo les hubo contado la visita de la princesa—. Cuando trabé amistad con ella, esperaba yo utilizarla para la causa. ¡Parecía tan convencida y tan audaz!... ¡Ah, sí! Es únicamente la más chiflada de las mujeres, a caza siempre de emociones nuevas.

Con las mejillas arrebatadas, salía al fin de su frialdad habitual, del misterio con que se rodeaba. Había sufrido, indudablemente, por su ruptura con ella, a quien llamara en otros tiempos la reynecilla del anarquismo, y cuya fortuna y relaciones, tan numerosas y mezcladas, debían haberle parecido instrumentos todopoderosos de propaganda y de triunfo.

—Ya sabrá usted —replicó al fin, calmándose— que su hotel desvalijado y ensuciado ha sido una hazaña de la policía... Han querido, en vísperas de la vista del proceso de Salvat, acabar de hundir el anarquismo en la mente de los burgueses.

Guillermo escuchó atentamente.

—Sí, ella me lo ha contado... Pero no creo esa historia. Si Bergaz no hubiese obrado más que bajo esa influencia de que usted habla, le hubieran detenido con los otros, como detuvieron, en otros tiempos, en la misma redada, a Raphanel y a los que él había vendido... Además, he conocido bastante a Bergaz y era un saqueador.

Su voz se había ensombrecido y tuvo un gesto de infinita pena.

—Comprendo todas las reivindicaciones, incluso todas las

legítimas represalias... Pero el robo, el robo cínico, por placer, ¡ah, no!, no puedo acostumbrarme a él. La altiva esperanza de una sociedad justa y mejor ha quedado rebajada en mí... Ese robo del hotel de Harth me ha desconsolado.

Janzen tenía su enigmática sonrisa, fina y cortante como un cuchillo.

—¡Bah! Cuestión de atavismo: son los siglos de educación y de creencia, detrás de usted, los que protestan. Habrá que volver a tomar lo que no se quiere devolver... A mí lo que me indigna es que Bergaz haya escogido el momento para hacerse comprar. Un robo de comedia, un efecto de galería que se prepara el fiscal, que pedirá la cabeza de Salvat.

Se aferraba a su explicación, en su odio a la policía y quizá también por su riña con Bergaz, a quien había tratado mucho. Su existencia de paria, paseada por Europa en un sueño sangriento, seguía siendo insondable. Y Guillermo renunció a discutir y se contentó con decir:

—¡Ah! ¡Todo le abrumba y todo le aplasta a ese miserable de Salvat! No pueden ustedes imaginarse la irritación que me produce su hazaña. Es una protesta de todas mis ideas de justicia y de verdad, que los sucesos de cada día agravan y exasperan.

¡Es un loco, indudablemente! ¡Pero tiene tantas disculpas, que no es en el fondo más que un mártir descarriado! ¡Y ahí le tienen ustedes de víctima propiciatoria, cargada con los crímenes de un pueblo, pagando por todos nosotros!

Bache y Morin bajaban la cabeza, sin responder. Ambos profesaban un gran horror al anarquismo. Morin, olvidando que su primer maestro, Proudhon, había lanzado la palabra y casi el concepto, no se acordaba más que de su dios Augusto Comte, para encerrarse con él en el bello orden jerárquico de

las ciencias, dispuesto a resignarse ante el buen tirano, hasta el día en que el pueblo, instruido y pacificado, fuese digno de la felicidad. En cuanto a Bache, el viejo humanitario místico, se sentía en su interior profundamente herido, con la sequedad individualista de la teoría libertaria; se encogía levemente de hombros y decía que toda solución se encontraba en Fourier, quien había realizado para siempre el porvenir, decretando la alianza del talento, del trabajo y del capital. Pero uno y otro, sin embargo, descontentos de la república burguesa, tan lenta en las reformas, encontrando que sus ideas estaban escarnecidas y que todo iba de mal en peor, accedían a indignarse acerca de la manera con que los partidos contrarios se esforzaban en utilizar a Salvat, para mantenerse en el poder o para conquistarle.

—Cuando piensa uno —dijo Bache— que la crisis ministerial dura desde hace casi tres semanas. Todos los apetitos se exhiben allí al desnudo; es un espectáculo asqueante... ¿No han leído ustedes esta mañana en los periódicos que el presidente ha tenido que volver a llamar a Vignon al Elíseo?

—¡Oh, los periódicos! —murmuró Morin con su aire cansado—. Yo ya no los leo... ¿Para qué? Están muy mal hechos y mienten todos.

La crisis ministerial, en efecto, se había eternizado. Muy correctamente, obedeciendo las indicaciones que le proporcionaba la sesión en que había caído el ministerio Barroux, el presidente de la República llamó a Vignon, el vencedor, para encargarle de formar el nuevo gobierno. Y pareció que se trataba de una tarea fácil, requiriendo dos o tres días todo lo más, porque se citaban desde hacía varios meses los nombres de los amigos que el joven jefe del partido radical llevaría con él al poder. Pero surgieron dificultades de todo género. Vignon se había debatido durante diez días en medio de obstáculos

los infranqueables, hasta el extremo de que, dándose por vencido, temiendo inutilizarse para más adelante si se obstinaba, había tenido que decir al presidente que renunciaba al encargo.

—No ha terminado aún la cosa —siguió diciendo Bache—, y personas bien informadas pretenden que Vignon fracasaría como la primera vez... Miren ustedes, no hay quien me quite de la cabeza que es la banda de Duvillard la que organiza las cosas. ¿En provecho de quién? ¡Ah, eso ya lo ignoro! Pero tengan ustedes la seguridad de que se trata ante todo de echar tierra al asunto de los Ferrocarriles africanos... Si Monferrand no estuviese demasiado comprometido, me olería en eso una combinación de las de su estilo. ¿No han notado ustedes que «El Globo», del día a la noche, ha abandonado a Barroux y habla casi a diario de Monferrand con una simpatía respetuosa? Es un síntoma grave, porque Fonsègue no acostumbra a recoger tan piadosamente a los vencidos... En fin, ¿qué va a esperarse de esa Cámara aborrecible? Allí se trama seguramente alguna porquería.

—¡Y ese ingenuo de Mège —dijo Morin—, que sirve a todos los partidos menos al suyo! ¡Será tonto con su idea de que le bastará con desgastar uno por uno a los gobiernos, hasta llegar al partido que él dirija!

Al oír el nombre de Mège, todos protestaron, puestos de acuerdo por su odio común. Bache, que pensaba, sin embargo, lo mismo que el apóstol del colectivismo estatal sobre muchos puntos, juzgaba cada uno de sus discursos y cada uno de sus actos con una severidad inexorable. En cuanto a Janzen, le trataba simplemente de burgués reaccionario, a quien habría que barrer el primero. Y era aquélla la pasión de todos ellos; se mostraban justos a veces con hombres, con enemigos irreconciliables, que no eran en absoluto de sus ideas, mien-

tras que el gran crimen sin perdón consistía en pensar aproximadamente como ellos, sin estar de acuerdo en todo.

La discusión continuó, mezclando y enfrentando los sistemas, saltando de la política a la Prensa, desviándose, apasionándose, a propósito de las denuncias de Sanier, cuyo diario sacaba a relucir todas las mañanas su oleada de fango en un desbordamiento de alcantarilla. Y Guillermo, que se había puesto a pasear por la habitación, siguiendo su costumbre, salió de su doliente ensueño para exclamar:

—¡Ah, ese Sanier, qué labor más inmunda la suya! No quedará bien pronto ni una persona ni una cosa sobre las cuales no haya vomitado. Le cree uno de su parte y sufre uno las salpicaduras... ¿No ha contado ayer que cuando detuvieron a Salvat en el Bosque de Bolonia se le encontraron encima llaves falsas y portamonedas robados a varios paseantes?... ¡Salvat y siempre Salvat! ¡Salvat, el tema inagotable de artículos, el nombre que impreso basta para triplicar la venta! ¡Salvat, la diversión de los vendidos del asunto de los Ferrocarriles africanos! ¡Salvat, el campo de batalla donde se hacen y se deshacen los ministerios! Todos le explotan y todos le desuellan.

Éste fue aquella noche el grito de protesta y de piedad, con el cual se separaron los amigos. Pedro, sentado junto al ventanal, abierto sobre la inmensidad rumorosa de París, había escuchado durante aquellas horas sin despegar los labios. Estaba entregado a su duda, a su lucha interior, y ninguna solución, ningún alivio le habían aportado aún tantas opiniones contradictorias, que sólo se ponían de acuerdo para condenar a desaparecer al viejo mundo, sin poder reedificar con un mismo esfuerzo fraterno el mundo futuro justo y verdadero. Y el París nocturno, sembrado de estrellas, centelleante como un cielo de verano, seguía siendo él también el gran enigma, el sombrío caos, la oscura ceniza, tachonada de chispas, cuya

cercana aurora debía despertar. ¿Qué porvenir se engendraba allí para la tierra entera, qué palabra decisiva de salvación y de felicidad iba a volar, con el día, hacia los cuatro puntos del horizonte?

Cuando Pedro, por último, iba a marcharse a su vez, Guillermo le puso las dos manos sobre los hombros, le miró largamente, hondamente enternecido en su cólera.

—¡Ah, pequeño, tú también sufres hace unos días, lo veo perfectamente! Pero eres dueño de tu sufrimiento; porque la lucha sólo es en tu interior, puedes vencerte, ¡mientras que no puede vencerse al mundo, cuando es él quien nos hace sufrir, con sus maldades y sus injusticias!... Vete, sé valiente, obra conforme a tu razón, aunque sea entre lágrimas, y te calmarás.

Aquella noche, cuando Pedro se encontró de nuevo solo en su casa de Neuilly, adonde no acudían más que las sombras de sus padres, un supremo combate le tuvo despierto largo rato. Nunca hasta entonces había sentido tal asco de su mentira, aquel sacerdocio que se había convertido para él en un gesto vano, aquella sotana que se había resignado a llevar como un disfraz. Quizá todo lo que acababa de ver y de oír en casa de su hermano, la miseria social de los unos, la inútil y loca agitación de los otros, el anhelo de una humanidad mejor, luchando en medio de las contradicciones y de los desfallecimientos, le había hecho sentir más hondamente la necesidad de una vida leal, vivida normalmente a plena luz. Ahora no podía pensar en el largo sueño que se había forjado, aquella vida huraña y solitaria del santo sacerdote, que él no era, sin que le recorriese un escalofrío de vergüenza, con la conciencia turbada, agitado por el malestar de haber estado mintiendo tanto tiempo. Era cosa resuelta; no mentiría más, ni siquiera por caridad, para dar a los demás la divina ilusión. ¡Pero qué

desgarramiento tener que quitarse aquella sotana que él creía sentir adherida a su piel y qué angustia decirse que, si se la arrancaba, de todas maneras se quedaría descarnado, herido, abatido, sin poder ser ya nunca semejante a los demás hombres!

Durante aquella noche terrible conoció de nuevo su lucha, su tortura. ¿Le admitiría otra vez la vida, no había sido marcado para estar eternamente aparte? Creía sentir su juramento en su carne como un hierro candente. ¿Para qué vestirse como los demás hombres, si él no podía ya ser un hombre? ¡Había vivido hasta entonces tan agitado, tan torpe, tan perdido en el renunciamiento y en el ensueño! No poder ya, no poder ya, esto le obsesionaba con un terror tal, que le pareció iba a paralizar sus miembros. Y cuando al fin se decidió, fue en medio de la angustia y simplemente por lealtad.

Al día siguiente, cuando Pedro volvió a Montmartre, iba con pantalón y chaqueta oscuros. Abuela y los tres hijos no tuvieron ni una exclamación de sorpresa, ni siquiera una mirada que hubiese podido cohibirle. ¿No era aquello natural? Le acogieron con su aire tranquilo de todos los días, quizá incluso con más afecto, para evitarle la primera confusión. Pero Guillermo, sí, se permitió una sonrisa bondadosa. Veía en aquello su obra. Llegaba la curación, como había esperado, por él, en su casa, a pleno sol, en medio de la vida que el gran ventanal dejaba entrar a oleadas.

María también alzó los ojos y miró a Pedro. Ignoraba todo lo que su frase tan lógica: «¿por qué no se la quita usted?», le había hecho sufrir. Y le pareció más cómodo para el trabajo que se hubiera quitado la sotana.

—Pedro, venga usted a ver... Precisamente cuando usted ha llegado, me entretenía en seguir, allá lejos, sobre París, esas humaredas que el viento inclina hacia el este. Diríanse unos

barcos, toda una escuadra innumerable que el sol tiñe de púrpura. ¡Sí, sí! Barcos de oro, millares de barcos de oro que parte del océano de París para ir a instruir y a pacificar la tierra.

III

PEDRO, que se había convertido en camarada de sus tres sobrinos, había aprendido, en unas lecciones, enseñado por ellos, a montar en bicicleta, para acompañarles en sus paseos matinales, y los había seguido, dos veces ya, así como a María, hacia el lago de Enghien, por unas carreteras duramente empedradas. Una mañana que la muchacha se había prometido llevarle hasta el bosque de Saint-Germain, con Antonio, éste, a última hora, no pudo ir. Estaba ella vestida con un pantalón de serga negra, una chaquetita de la misma tela sobre una camisa de seda cruda, y la mañana abrileña era tan clara y tan suave, que la hizo exclamar alegremente:

—¡Ah, que se le va a hacer, le llevaré a usted y no seremos más que dos!... Tengo empeño en que conozca usted la alegría de pedalear sobre una hermosa carretera, entre hermosos árboles.

Pero como él no estaba aún muy diestro, decidieron ir con sus bicicletas en el tren hasta Maisons-Laffitte. Luego, después de llegar al bosque, lo atravesarían y volverían a subir hacia Saint-Germain, desde donde regresarían igualmente en tren.

—¿Estaréis aquí a la hora del almuerzo? —preguntó Guillermo, a quien aquella escapada divertía y que miraba sonriendo a su hermano, todo de negro también, medias de lana negra, pantalón y chaqueta de «cheviot» negro.

—¡Oh, seguramente! —contestó María—. Son apenas las ocho y tenemos mucho tiempo.

Fue una mañana deliciosa. Al salir, Pedro se imaginaba que iba con un buen camarada, lo cual hacía naturalísima aquella excursión, aquella escapada de los dos, bajo el tibio sol primaveral. Los trajes, casi idénticos, con la libertad de movi-

mientos que permitían, coadyuvaban a aquella alegre fraternidad, de una tranquila soltura. Pero era también otra cosa, lo saludable del aire libre, la alegría del ejercicio hecho en común, todo aquel placer de sentirse libres y sanos, en plena naturaleza.

El tren paró en Maison-Laffitte. Bajaron allí y enseguida siguieron el camino del bosque. La carretera sube ligeramente hasta la puerta de Maisons, atestada de carretas los días de mercado.

—Pasaré la primera, ¿verdad? —gritó alegremente María—, puesto que los coches le inquietan a usted todavía.

Se deslizaba delante de él, delgada y recta sobre el sillín, volviéndose a veces con una sonrisa bondadosa, para ver si él la seguía.

Al llegar a la encrucijada de la Cruz de Noailles, María no quiso detenerse. Se agolpaba allí demasiada gente los domingos, y ella conocía unos rincones vírgenes, de un reposo encantador. Luego, en la cuesta, hacia Poissy, animó a Pedro, y ambos dejaron que se embalsen sus máquinas.

—¡Óigame! —gritó ella—. ¡No vamos a Poissy; torceremos a la izquierda!

Aminorando su marcha, tuvieron que pedalear seriamente en la cuesta, entre la grava esparcida. La carretera era menos buena, arenosa, abierta por las últimas lluvias torrenciales. ¿Pero no era un placer el esfuerzo?

—Ya se acostumbrará usted; es divertido vencer el obstáculo... Yo detesto las carreteras lisas y hermosas durante demasiado rato. Una cuestecilla que se presenta, cuando no deja muy derrengadas las piernas, es lo imprevisto, algo que azota y despierta... Y además, ¡es tan agradable ser fuerte, pedalear a pesar de la lluvia, el viento y las cuestas!

—Entonces —la preguntó él riendo—, ¿vamos a dar la vuelta a Francia?

—¡No, no! Ya hemos llegado. ¿Eh? No le desagradará descansar un poco... Pero dígame si no merecía la pena venir hasta aquí para sentarse un instante, en un bonito rincón fresco y tranquilo...

Se apeó ella ligera de la máquina, y luego se metió por un sendero por el que anduvo unos cincuenta pasos, gritándole que la siguiese. Una vez apoyadas las bicicletas contra los troncos de unos árboles, se encontraron en medio de un claro. Era, en efecto, el lugar más exquisito que podía soñarse. El bosque era allí de una belleza, de una grandeza solitaria y soberana. Y la primavera, le prestaba eterna lozanía; las hojas eran de una ligereza cándida; todo un fino encaje verde, que el sol espolvoreaba de oro. Un hálito vital subía de las hierbas y venía de la espesura lejana, aromado por los fuertes olores de la tierra.

—Afortunadamente, no hace aún mucho calor —dijo ella, sentándose al pie de una encina, en la que se recostó.

—Yo estoy sudando —declaró Pedro, que se había sentado a sus pies, secándose la frente.

Ella, muy animada, le dijo que no le había visto nunca con tan buenos colores. Corría, por fin, la sangre bajo su piel. Y charlaron como dos niños, como dos camaradas, riéndose con sus chiquilladas, encontrando divertidísimas las cosas más pueriles del mundo. Le preocupaba la salud de él; quería que estuviese a la sombra, puesto que tenía tanto calor, así es que tuvo que cambiar de sitio para tranquilizarla, colocándose de espaldas al sol. Luego fue él quien la libró de una araña, de una gruesa araña negra, cuyas patas se habían enredado en sus cabellos, sobre su nuca. Toda la mujer acababa de reapa-

recer en ella, en su agudo grito de terror. ¡Qué tontería tener miedo de las arañas! Pero por mucho que intentaba dominarse, se había quedado pálida y temblorosa. Hubo un silencio y se miraron sonriendo; y se querían entrañablemente en medio de aquel bosque tan acogedor, con una amistad conmovida, que los dos creían fraternal; ella, encantada de haberse interesado por él, y él, agradecido por la curación y la salud que ella le aportaba. Pero sus ojos no se bajaban; sus manos no tuvieron siquiera un roce al registrar las hierbas, porque eran inconscientes y puras, como los grandes árboles que les rodeaban. Cuando le impidió que matase la araña, pues la destrucción la horrorizaba, volvió a hablar muy cuerdamente de todo, como una muchacha culta a quien la vida no cohibía, por lo segura que estaba de no hacer nunca sino lo que había decidido hacer.

—Bueno —acabó ella por decir—: nos esperan para almorzar en casa.

Se levantaron y salieron otra vez a la carrera, empujando las bicicletas. Y emprendieron la marcha de nuevo a bastante velocidad, pasaron ante las Loges, llegaron a Saint-Germain por la soberbia avenida que desemboca frente al Castillo. Les encantaba pedalear otra vez juntos, como dos pájaros emparejados, planeando con un vuelo igual. Sonaban los cascabeles y las cadenas producían su ligero ruido. Y con el viento fresco de la carrera, reanudaban su conversación, muy satisfechos, con gran intimidad, como aislados del mundo, corriendo muy lejos y muy altos.

Luego, en el tren que los conducía desde Saint-Germain a París, Pedro notó que las mejillas de María se encendían con un brusco rubor. Iban en su mismo departamento dos señoras.

—¡Anda! Ahora es usted la que tiene calor.

Protestó ella, y como si la invadiese un pudor repentino, su cara entera se arreboló cada vez más.

—No tengo calor; toque usted mis manos... ¡Será ridículo enrojecer así, sin ningún motivo!

Y él comprendió: era uno de aquellos florecimientos involuntarios de su corazón de virgen, que subían a sus mejillas, y que tanto la contrariaban.

Aquella noche, en su cuarto, allá en Neuilly, Pedro sufrió un dolor intolerable. Recordó, de pronto, que sólo faltaban unas pocas semanas para la boda de María con su hermano. Y de repente nació la idea, se impuso la certeza fulminante. Amaba a María, la amaba hasta morir.

Entonces, en aquella visión repentina, todo se iluminó. Desde el primer encuentro se vio yendo invenciblemente hacia aquel amor, creyéndose ofendido primero, tomando por hostilidad la emoción que le causaba la joven, conquistado luego, cediendo a una divina dulzura. Era en ella en quien terminaba, después de tantos tormentos y luchas, y gracias a ella había acabado por calmarse. Pero, sobre todo, el paseo en bicicleta de aquella mañana, tan delicioso, se le aparecía con su verdadero sentido, como una mañana de esponsales en el seno del bosque alegre, del bosque cómplice. La naturaleza le había acogido, sano y fuerte, libre ya de su mal, dándole a la mujer a quien adoraba. Su estremecimiento, su felicidad, su comunión perfecta con la arboleda, con los animales, con el cielo, todo lo que él no se explicaba, adquiriría ahora un sentido muy claro, que le exaltaba. María únicamente era su curación, su esperanza, su certeza de renacer y de ser dichoso al fin. A su lado había olvidado los problemas angustiosos, todo cuanto le obsesionaba y le abrumaba. Desde hacía ocho días, el pensamiento de la muerte, que había sido su compañero de todos los instantes, no se le había vuelto a ocurrir siquiera. La lucha

interna entre la fe y la duda, la desesperación ante la nada, la cólera contra el sufrimiento injusto: todo esto lo había ella apartado con sus manos frescas, tan saludable ella misma, tan alegre de vivir, que le había devuelto el gusto por la vida. Y era simplemente aquello; ella le convertía de nuevo en un hombre, en un trabajador, en un amante, en un padre.

Pero ¿y Guillermo? Vio erguirse a su hermano ante él, a su hermano, a quien adoraba, que le había introducido en su casa de trabajo, de paz y de ternura, para curarle. Si conocía a María era porque Guillermo lo había querido. Dentro de seis semanas su hermano debía casarse con la joven. Fue como si un cuchillo le atravesase el corazón. No vaciló ni un segundo: si aquello debía matarle, moriría; pero nadie en el mundo sabría su amor, se vencería, huiría lejos si se sentía cobarde. Su hermano, que quería verle resucitado, que era el iniciador de aquella pasión que le abrasaba, que había llegado en su confianza hasta darle, entregarle todo cuanto encerraba su corazón y los de los suyos, ¡no, no!; antes que causarle una preocupación de una hora, ¡se condenaría él mismo a una eterna tortura! Y era, en efecto, su tortura la que empezaba de nuevo, porque si perdía a María, caía de nuevo en la desesperación de su vacío. Ya, sobre su lecho de insomnio, empezaba otra vez la abominación, la negación de todo el mundo sin sentido alguno, la vida negada y maldita. Volvió a sentir el escalofrío de la muerte. ¡Morir, morir, y sin haber vivido!

¡Ah, qué lucha más atroz! Hasta el amanecer se martirizó, gimió. ¿Por qué se había quitado su sotana? Una palabra de María le inspiraba la idea desesperada de ponérsela de nuevo. No se evadía nadie de su cárcel. Aquella negra vestidura se aferraba a su carne; creía él que no la llevaba ya, pero seguía corroyendo sus hombros, y sería prudente enterrarse en ella para siempre. Al menos llevaría el luto por su virilidad.

Luego, una nueva idea le trastornó. ¿Para qué atormentarse así? María no le amaba. Durante su paseo de aquella mañana nada había podido hacerle creer que le amaba de un modo distinto al de una hermana buena y encantadora. Amaba a Guillermo, sin duda. Y sofocó sus sollozos en la almohada y se juró de nuevo vencerse y sonreír a su felicidad.

IV

PEDRO volvió al día siguiente a Montmartre y sufrió allí de tal manera, que no apareció en dos días. Se encerró en su casa, donde nadie presenciaba su agitación. Y una mañana, estando todavía en la cama, desesperado, sin fuerzas, tuvo la sorpresa, y el desasosiego de ver entrar a su hermano Guillermo.

—Tengo que venir aquí, ya que nos abandonas... Vengo a buscarte para que asistas conmigo a la vista del proceso de Salvat, a quien van a juzgar hoy. Me ha costado mucho trabajo encontrar dos puestos... Vamos, levántate, almorzaremos fuera y estaremos allí desde muy temprano.

Él también parecía preocupado, obsesionado por una inquietud que le ensombrecía; y mientras su hermano se apresuraba a vestirse, le interrogó:

—¿Es que tienes algo que reprocharnos?

—¡Nada absolutamente! ¡Qué cosas se te ocurren!

—Entonces, ¿por qué dejas de venir? Te veíamos a diario y de repente desapareces.

Pedro buscó inútilmente una mentira y acabó por turbarse.

—He tenido trabajo aquí... En fin, ¿qué quieres? Volvieron mis ideas negras y no tenía por qué entristeceros a vosotros.

Guillermo tuvo un gesto brusco.

—¡Si crees que tu ausencia nos alegra!... A María, tan feliz y tan saludable siempre, la dio anteayer una jaqueca tal, que tuvo que quedarse en su cuarto. Ayer estaba todavía desasosegada, excitada, silenciosa. Pasamos un mal día.

Y le miraba de frente, con sus ojos francos y leales, en los

que la sospecha, brotada en él y que no quería revelar, se traslucía claramente.

Trastornado por la emoción de María, espantado ante la idea de traicionarse, Pedro consiguió mentir aquella vez, respondiendo con un tono tranquilo:

—Sí; no estaba muy bien el día en que fuimos de excursión en bicicleta... Te aseguro que a mí me ha tenido preocupado, iba a levantarme para reanudar mis costumbres en vuestra casa.

Guillermo se le quedó mirando de nuevo un instante; luego, convencido sin duda, o dejando para más adelante el averiguar la verdad, habló afectuosamente de otra cosa; y en aquella ternura fraternal, tan viva en él, conservaba, sin embargo, un escalofrío tal de angustia presentida, de dolor inconfesado, acaso inconsciente, que su hermano le interrogó a su vez:

—Y tú, ¿es que estás malo? Me parece que no tienes tu hermosa serenidad acostumbrada.

—¿Yo? ¡Oh, no, no! No estoy malo... Ahora, que mi hermosa serenidad, como tú dices, me parece que está comprometida. Es el asunto Salvat el que me saca de mis casillas, como sabes. Acabarán por ponerme hidrófobo con su monstruosa injusticia, queriendo todos aplastar a ese desdichado.

Y ya no habló más que de Salvat, insistiendo y apasionándose en ello, como deseoso de encontrar en el asunto del día una explicación a todas sus indignaciones y a todos sus sufrimientos. Mientras almorzaban, alrededor de las diez, en un pequeño restaurante del bulevar del Palacio de Justicia, habló de lo que le había conmovido el silencio que guardaba Salvat sobre la composición de la pólvora empleada en la fabricación de la bomba y sobre los días que trabajó en su casa. A aquel silencio se debía el que no le hubiesen molestado, ni siquiera para

citarse como testigo. Lleno de emoción, se refirió de nuevo a su invento, el formidable aparato, que debía asegurar la omnipotencia de Francia, iniciadora y libertadora. En lo sucesivo, los resultados de sus diez últimos años de investigaciones estaban fuera de todo peligro, dispuestos y decisivos, pudiendo ser entregados al día siguiente al Gobierno francés. Y aparte de ciertos escrúpulos sordos que le turbaban, ante la indignidad del mundo financiero y del mundo político, no esperaba más que casarse con María para asociarla a aquel don magnífico de la paz universal, que se creía a punto de hacer al mundo.

Guillermo había conseguido aquellos dos puestos con gran dificultad, por Bertheroy. Y cuando no bien se abrieron las puertas, a las once en punto, Pedro y él llegaron allí, creyeron realmente que no entraban. Todas las verjas estaban cerradas, unas barreras cerraban los pasillos y soplaba un viento de terror por el Palacio, desierto, como si la Magistratura hubiese temido una invasión de anarquistas armados de bombas. Sentíase allí el escalofrío de espanto que, desde hacía tres días, trastornaba a París. Los dos hermanos tuvieron que parlamentar en cada puerta y en cada barrera, guardadas militarmente. Cuando penetraron por fin en la sala, estaba llena ya, atestada y rebosante de un público mezclado, que se avenía a ahogarse allí dentro una hora antes de empezar la vista y se resignaba a no moverse en siete u ocho horas quizá, pues corría el rumor de que querían acabar con el asunto en una sola sesión. En la parte muy reducida reservada al público de pie se apretujaba una masa compacta de curiosos, subidos casualmente de la calle, entre los cuales habían conseguido meterse compañeros y amigos de Salvat; en la otra parte destinada a los testigos, sobre unos bancos de roble, estaban los que tenían papeleta, demasiado numerosos, sentados casi los unos en las rodillas

de los otros; y en el estrado, invadiendo el sitio libre hasta detrás del Tribunal, había alineadas unas sillas como en un teatro, ocupadas por la parte privilegiada: políticos, periodistas y señoras, mientras que el aluvión de los abogados con toga se colocaba donde buenamente podía, en todos los rincones.

Guillermo y Pedro no encontraron ya sitio más que en el último banco del espacio destinado a testigos, contra la barrera que separaba a éstos del público de pie. Y al sentarse Guillermo vio, con los codos apoyados en la barandilla de aquella barrera, con la barbilla entre sus manos cruzadas, a Víctor Mathis, con los ojos brillantes en su rostro pálido, de labios delgados. Los dos hombres se reconocieron; pero Víctor no se movió, y Guillermo comprendió que no era prudente saludarse allí. Y a partir de aquel momento sintió a Víctor en acecho, inmóvil, con sus miradas ardientes, en una espera muda y hosca de lo que iba a suceder.

Durante aquel tiempo, Pedro acababa de reconocer también, sentado frente a él, al amable diputado Dutheil y a la princesita Rosamunda. En medio del barullo de la multitud, que hablaba y reía para entretener la espera, sus voces eran de las más animadas y revelaban su satisfacción de encontrarse allí, en aquel espectáculo tan solicitado. Todo estaba vacío aún; un ujier daba el último vistazo y unos abogados de toga cruzaban la sala rápidamente. Hubiérase dicho un teatro cuya escena permanecía desierta, mientras que los espectadores, apretujándose en sus sitios, esperaban a que empezase la representación. Y para engañar aquella espera, la princesita acabó por buscar a las personas conocidas entre la masa de cabezas, ávidas y ya congestionadas.

—¡Mire! Allá detrás del Tribunal, es el señor Fonsègue, ¿verdad?, junto a aquella señora gruesa de amarillo. Y al otro

lado, nuestro amigo el general de Bozonnet... ¿No está aquí el barón Duvillard?

—¡Oh, no! —respondió Dutheil—. No puede; parecería venir a pedir venganza.

Luego la interrogó a su vez:

—¿Está usted enfadada con su guapo amigo Jacinto, cuando me hace el gran honor de escogerme por caballero?

Con un ligero encogimiento de hombros expresó ella hasta qué punto empezaban a aburrirla los poetas. Un nuevo cambio de capricho la lanzaba a la política; y desde hacía ocho días encontraba muy divertido apasionarse en las proximidades de la crisis ministerial. El joven diputado por Angulema era su iniciador.

—Amigo mío —le dijo ella—, los Duvillard están todos un poco locos... Sabrá usted que es ya cosa decidida: Gerardo se casa con Camila. La baronesa se ha resignado, y sé de buena fuente que hasta la señora de Quinsac, la madre del muchacho, ha dado su consentimiento.

Dutheil se divertía, pareciendo también muy enterado.

—Sí, sí, ya lo sé. La boda se celebrará muy pronto, en la Magdalena. ¡Oh, una boda de una magnificencia que hará época!... ¿Qué quiere usted? No podía tener eso mejor desenlace. La baronesa es, en el fondo, la bondad personificada, y yo he dicho siempre que se sacrificaría por asegurar la felicidad de su hija y de Gerardo... En fin, esa boda lo arregla todo, vuelve las cosas a su cauce natural.

—¿Y el barón, qué dice? —preguntó Rosamunda.

—¡El barón está encantado! Habrá usted visto esta mañana, en la lista del nuevo Ministerio, que Dauvergne va a Instrucción Pública. Es el contrato seguro de Silvana en la Come-

dia. Dauvergne ha sido elegido por eso únicamente.

Bromeaba. Pero en aquel momento, el periodista Massot, que disputaba con un ujier, vio desde lejos un sitio vacío al lado de la princesa, y ante un gesto suplicante, ésta le hizo señas de que fuese.

—¡Ah, muy bien! —dijo colocándose—. Trabajo me ha costado. Se aplastan en el banco de la Prensa. Y yo tengo que hacer una crónica... Es usted la más amable de las mujeres, accediendo a estrecharse un poco en beneficio de su fiel admirador.

Y luego, estrechando la mano a Dutheil, continuó sin transición:

—Entonces, querido diputado, ¿es cosa hecha ese Ministerio?... Han tardado ustedes en formarlo; pero, realmente, es un magnífico Ministerio, que maravilla a todo el mundo.

En efecto, los decretos habían aparecido aquella misma mañana en el «Diario Oficial». Después de largos días de crisis, y cuando Vignon veía fracasar por segunda vez su combinación, en medio de las mayores dificultades, de pronto, Monferand, llamado al Elíseo a la desesperada, había vuelto a entrar en escena; y en veinticuatro horas había encontrado sus colaboradores y hecho aprobar su lista, de manera que subía de nuevo triunfalmente al Poder, del que había caído miserablemente con Barroux. Cambiaba de cartera; dejaba Gobernación para ir a Hacienda, como presidente del Consejo, su antigua y secreta ambición. Y ahora aparecía toda la belleza de su trabajo sordo, el modo magistral de salvarse, gracias a la detención de Salvat, y luego la campaña extraordinaria dirigida sordamente contra Vignon, los mil obstáculos que había puesto en su camino en dos ocasiones, y, por último, el desenlace fulminante: aquella lista preparada, aquel Ministe-

rio urdido en un día, cuando le habían necesitado.

—¡Es una soberbia faena! Enhorabuena —repitió Massot en tono de burla.

—Yo no tengo nada que ver en eso —dijo modestamente Dutheil.

—¿Cómo que no? Todo el mundo sabe que ha tenido usted que ver, mi querido amigo.

El diputado sonrió, halagado. Por eso el otro continuó con reticencias y bromas, que lo disculpaban todo. Habló de la banda de Monferrand; de la clientela que, por necesitar su triunfo, le había prestado tan poderosa ayuda. ¡Y con qué estómago había rematado Fonsègue en «El Globo» a su viejo amigo Barroux que era ya un estorbo! Todas las mañanas, desde hacía un mes, aparecía en aquel diario un artículo destrozando a Barroux y a Vignon, preparando la vuelta del salvador, a quien no nombraba. Luego, en la sombra, actuaban los millones de Duvillard, sus numerosos compinches, marchando como un ejército al combate. Sin contar al propio Dutheil y al mismo Chaigneux, resignado a las más bajas tareas de las que no quería encargarse nadie. Y así iba a debutar el triunfador Monferrand, para sofocar con seguridad el escandaloso y molesto asunto de los Ferrocarriles africanos, haciendo que se nombrase una comisión investigadora que lo enterraría.

Dutheil había adoptado un aire importante.

—¿Qué quiere usted, querido? En ciertas horas graves, cuando la sociedad va a peligrar, hay hombres fuertes, hombres de gobierno que se imponen... Monferrand no necesitaba nuestra amistad, la situación reclamaba imperiosamente su presencia en el poder. Es la única mano que puede salvarnos.

—Ya lo sé —dijo Massot socarronamente—. Me han afirma-

do incluso que si se ha urdido todo, de manera que los decretos aparecieran esta mañana, era para tranquilizar al jurado y a la magistratura, para que tengan el valor de pronunciar una sentencia de muerte esta noche, desde el momento en que está detrás Monferrand con su puño férreo.

—Evidentemente, amigo mío, una sentencia de muerte significa hoy día la salvación pública, y es preciso que quienes están encargados de garantizar nuestra seguridad social no ignoren que el ministerio está con ellos y sabrá protegerlos, si llega el caso.

Una risa amable de la princesa les interrumpió.

—¡Oh! Miren hacia allí. ¿No es Silviana la que ha ido a sentarse al lado del señor Fonsègue?

—El ministerio Silviana —murmuró Massot jocosamente—. ¡No se aburrirán con Dauvergne si se pone a bien con las actrices!

Guillermo y Pedro oían sin querer. Y al primero, sobre todo, aquellos comadros mundanos, aquellas indiscreciones políticas le acongojaban el corazón. ¡Salvat condenado a muerte antes de que hubiese comparecido! ¡Salvat pagando las culpas de todos, siendo tan sólo una ocasión propicia para el triunfo de una banda de gozadores y de ambiciosos! Luego, por debajo, ¡qué cloaca, qué podredumbre social: el dinero corruptor, la familia sumida en dramas inmundos, la política reducida a una lucha traidora de personas, el poder convertido en la presa de los hábiles y de los cínicos! ¿No iba a venirse todo abajo? ¿Es que aquella solemne audiencia de la justicia humana no era una parodia irrisoria, puesto que no había allí sino los felices, los privilegiados, defendiendo el edificio en ruinas que les cobijaba, desplegando toda la enorme fuerza de que aún disponían, para aplastar una mosca, el pobre diablo

de cerebro inseguro, llegado hasta allí por su ideal violento y confuso de una justicia distinta, superior y vengadora?

Pero hubo un estremecimiento: daban las doce; hacía su entrada el jurado, colocándose en su banco, en medio de una desbandada de rebaño. Caras bonachonas, hombres gordos vestidos de domingo, y otros flacos, esmirriados, de ojos vivarachos, barbas y calvicies, y el conjunto, gris apagado, casi indistinto en el fondo de la oscuridad que anegaba aquel lado de la sala. Luego apareció el Tribunal, el señor Larombardière, uno de los vicepresidentes del Supremo, que asumía el peligroso honor de presidir aquel día, agudizando aún más la majestad de su largo y delgado rostro, muy pálido, con un aspecto tanto más austero cuanto que estaba encuadrado por dos magistrados bajitos, colorados, el uno moreno y el otro rubio. Habíase sentado ya, en el lugar del ministerio público, el señor Lehmann, un alsaciano ancho de hombros, de ojos astutos, que era uno de los fiscales de la República más célebres y hábiles, lo cual probaba la importancia considerable que se daba al asunto. Y por fin compareció Salvat, entre el ruido de las botas de los gendarmes, provocando una curiosidad tan apasionada, que toda la sala se puso en pie. Llevaba aún la gorra y el gabán de gran vuelo que le había dado Víctor, y fue una sorpresa para todos ver que tenía aquel rostro descarnado, dulce y triste, coronado por escasos cabellos rojos que blanqueaban, y con unos ojos azules llenos de ternura, ardientes y soñadores. Lanzó una mirada sobre el público y sonrió a algún conocido, Víctor, sin duda, o quizá Guillermo. Luego ya no se movió más.

El presidente esperó a que se hiciese el silencio y entonces comenzaron las formalidades de toda vista. Vino después la interminable lectura del apuntamiento hecha por un secretario de la Sala, con voz aguda. El aspecto de la sala había cambia-

do; el público escuchaba con una lasitud algo impaciente, porque desde hacía varias semanas los periódicos habían contado el suceso. Ahora no había ya ni un sitio vacío y apenas quedaba frente al Tribunal el estrecho espacio necesario para que declarasen los testigos. En aquel amontonamiento prodigioso se mezclaban los vestidos claros de las señoras con las negras togas de los abogados, entre los cuales las tres rojas de los jueces desaparecían en el estrado, tan bajo, que apenas si se veía, por encima de las demás cabezas, la cara larga del presidente. Muchos se interesaban por los jurados, intentando descifrar aquellos rostros vulgares, alineados en la penumbra. Otros no apartaban sus ojos del acusado, sorprendidos ante su aspecto de cansancio y de indiferencia, hasta el punto de que no había respondido apenas a las preguntas que le hacía a media voz su defensor, un muchacho de talento, según decían, de aire despierto, estremecido, que esperaba nerviosamente la ocasión de cubrirse de gloria. Y la gran curiosidad, a medida que se leía el apuntamiento, iba sobre todo hacia la mesa-vitrina de las piezas de convicción, donde estaban expuestos restos de todas clases: una astilla arrancada de la puerta cochera del hotel Duvillard, trozos de yeso caídos de la bóveda, un adoquín partido por la violencia de la explosión y otros escombros ennegrecidos. Pero lo que conmovía los corazones era la caja de modista que quedó intacta, y sobre todo, dentro de un frasco de alcohol, algo confuso y blanquecino, una manita de la oficialilla, arrancada por la muñeca, que habían conservado así, al no poder conservar ni colocar sobre aquella mesa el mísero cuerpo, con el vientre destrozado por la bomba.

Salvat se levantó al fin y el presidente comenzó el interrogatorio. Y apareció la contradicción con una trágica claridad: el jurado, anónimo en la sombra, con su opinión ya formada por

la presión del terror público, colocado allí para condenar; el acusado, en plena y viva luz, solo y lamentable, entre los cuatro gendarmes, cargado con los crímenes de la raza. Inmediatamente el señor Larombardière adoptó con él un tono de desprecio y de asco. No carecía de honradez, era uno de los últimos representantes de la antigua magistratura, recta y escrupulosa; pero no comprendía nada de la nueva época y trataba profesionalmente a los culpables con una severidad de dios bíblico. Y el pequeño defecto que entristecía su vida, un ceceo, que era, según él, lo único que le había impedido desarrollar en la magistratura unas cualidades geniales de orador, acababa de ponerle de un malhumor feroz, incapaz de mostrar una inteligente mansedumbre. Hubo sonrisas, y él las adivinaba, cuando se elevó su vocecilla rechinante y aguda para las primeras preguntas. Aquella voz tan chocante quitaba la escasa majestad que podían tener aquellas sesiones, en las que se disputaba la vida de un hombre, en aquella sala atestada de curiosos, de un público poco a poco sofocado, que se abanicaba y bromeaba. Salvat respondió a las primeras preguntas con su aire cansado y correcto. Mientras que el presidente se esforzaba en envilecerle, reprochándole con dureza los antecedentes de su juventud miserable, exagerando los vicios, calificando de inmunda la promiscuidad de la señora Teodora con la pequeña Celina, él, tranquilamente, contestaba sí o no, como el hombre que no tiene nada que ocultar, que acepta toda la responsabilidad de sus actos. Había hecho una confesión absoluta, y la repitió, muy sereno, sin cambiar una sola palabra, explicando que si había escogido el hotel Duviillard para colocar su bomba, era a fin de dar a su acto su verdadera significación de protesta contra los ricos, contra los hombres de dinero escandalosamente enriquecidos por medio del robo y del engaño, de devolver su parte de la fortuna común a los pobres, a los obreros, a sus hijos y a sus mujeres,

que se morían de hambre. Sólo en aquel momento se animó; todas las miserias sufridas subían febrilmente a su cabeza canosa de semisabio, donde se habían amontonado desordenadamente las reivindicaciones, las teorías, las ideas exasperadas de justicia absoluta y de felicidad universal. Y desde aquel momento se mostró tal y como era, un sentimental, un soñador exaltado por el sufrimiento, sobrio, orgulloso y obstinado, queriendo reconstruir el mundo conforme a su lógica de sectario.

—¡Pero usted huyó! —gritó el presidente con su voz de carraca—. ¡No diga usted ahora que daba su vida por la causa y que estaba dispuesto al martirio!

El único sentimiento desesperado de Salvat era haber cedido, en el Bosque de Bolonia, al trastorno y a la rabia sorda del hombre cazado, acorralado, que no quiere dejarse coger. Y se indignó.

—No temo a la muerte, como se verá... Que todos tengan mi valor y mañana vuestra sociedad podrida será barrida y surgirá al fin la felicidad.

Luego el interrogatorio se eternizó sobre la fabricación de la bomba. El presidente hizo notar, con mucha razón, que se encontraba allí con el único punto oscuro del asunto.

—¿De modo que se empeña usted en decir que la pólvora que empleó era dinamita? Va usted a oír dentro de un momento a los peritos que no están de acuerdo entre ellos, es cierto, pero que han afirmado todos que se ha empleado otro explosivo, que no pueden precisar... No nos oculte nada, ya que se jacta usted de decirlo todo.

Salvat se calmó de pronto, y no respondió va más que con monosílabos de una prudencia extraordinaria.

—Busquen ustedes, si no me creen... He fabricado mi bomba

completamente solo y en las condiciones que he repetido ya veinte veces... ¡No esperarán ustedes, seguramente, que revele yo nombres y que comprometa a camaradas!

Y no le sacaron de aquella declaración. Al final únicamente le invadió una emoción invencible cuando el presidente se refirió de nuevo a la desdichada víctima, a la modistilla, tan dulce, tan rubia y tan linda, a quien el destino feroz llevó hasta allí para encontrar una muerte tan espantosa.

—Ha destruido usted a una de las suyas: era una obrera, una pobre niña que ayudaba a vivir a su anciana abuela con sus escasos francos de sueldo.

La voz de Salvat se veló.

—Eso es realmente lo único que siento... Realmente mi bomba no era para ella. ¡Que sepan todos los trabajadores y todos los hambrientos que si ella ha dado su sangre, yo también daré la mía!

El interrogatorio terminó así en medio de una profunda agitación. Pedro había sentido estremecerse a Guillermo, a su lado, mientras el acusado se obstinaba tranquilamente en no decir el explosivo empleado, aceptando la responsabilidad entera del acto que iba a costarle la cabeza. Y Guillermo, al volverse en un movimiento irrefrenable, vio a Víctor Mathis, que no se movía, siempre acodado sobre la barandilla, con la barbilla en sus manos, escuchando con toda su pasión muda. Pero su rostro estaba más pálido aún, sus ojos ardían como dos agujeros abiertos sobre el incendio vengador, cuyas llamas no se apagarían ya.

Hubo en la sala un tumulto que duró unos minutos.

—Está muy bien ese Salvat —declaró la princesa divertida—; tiene una mirada dulce... ¡Ah, no, mi querido diputado! No me hable mal de él. Ya sabe usted que yo tengo alma de

anarquista.

—No hablo mal —respondió Dutheil alegremente—. Ya ve usted, tampoco tiene derecho a hablar mal de él nuestro amigo Amadiou, porque ya sabe usted que este asunto le ha colocado en el pináculo... Nunca han hablado tanto de él, y eso le encanta. Ahora es el juez de instrucción más mundano, más ilustre, a punto de hacer y de ser todo lo que quiera.

Massot resumió la situación con su descaro irónico.

—¿Verdad? Cuando el anarquismo marcha, todo va bien... ¡Ahí tienen ustedes una bomba que arreglará los asuntos de varios que yo conozco!... ¿Cree usted que mi jefe, Fonsègue, tan solícito, allí lejos, con su vecina, puede quejarse? ¿Y cree usted que el caballero Sanier, que se pavonea detrás del presidente, y que estaría mucho mejor entre esos cuatro gendarmes, no le debe una vela a Salvat, por la abominable propaganda que ha hecho a costa de este miserable?... Y no quiero hablar de los personajes políticos, ni de los financieros, ni de todos esos que pescan a río revuelto...

En aquel momento, Rosamunda reconoció detrás de ella a Guillermo y a Pedro, y la hizo tal efecto ver a este último de paisano, que no atrevió a hablarles. Se inclinó y comunicó, sin duda, su sorpresa a Dutheil y a Massot, porque los dos se volvieron; pero ellos también fingieron, por discreción, no verle ni darse por enterados. El calor resultaba insoportable, y una señora se había desmayado. Y de nuevo la voz ceceante del presidente reclamó silencio.

Salvat estaba de pie, con unas hojas de papel en la mano. Con gran dificultad hizo comprender que deseaba completar su interrogatorio leyendo una declaración que había preparado de antemano y en la cual se explicaba las razones de su atentado. Sorprendido, sordamente indignado, el señor de Larom-

bardière vacilaba, intentando impedir aquella lectura; luego, comprendiendo que no podía cerrar la boca del acusado, le autorizó con un gesto irritado y desdeñoso a la vez. Y Salvat se puso a leer, como un colegial muy juicioso que se aplica a su labor, balbuceando, azorándose, dando a veces una fuerza extraordinaria a las palabras que le dejaban visiblemente satisfecho. Era el grito de sufrimiento y de rebeldía lanzado ya por tantos desheredados, la espantosa miseria de los de abajo, el obrero no pudiendo vivir de su trabajo, toda una clase, la más numerosa, la más digna, muriéndose de hambre, mientras que, por otra parte, los privilegiados, colmados de riquezas, revolcándose en su hartazgo, negaban hasta las migajas de sus mesas, sin querer devolver nada de aquella fortuna robada. Era preciso, pues, quitárselo todo, despertarles de su egoísmo por medio de terribles advertencias, anunciarles a fuerza de bombas que había llegado el día de la justicia. Aquella palabra de justicia el desdichado la profirió con voz retumbante, que vibró en toda la sala. Pero lo que más le emocionó fue, una vez que hizo el sacrificio de su vida, diciendo a los jurados que no esperaba de ellos más que la muerte, el anuncio profético, con el que terminó, de que nacerían otros mártires de su sangre. Podían enviarle a la guillotina; sabía que su ejemplo engendraría valientes. Después de él surgiría otro vengador, y otro más, y siempre otros más, hasta que la vieja sociedad podrida se derrumbase para dejar sitio a la sociedad justiciera y feliz, cuyo apóstol era él.

En dos ocasiones, el presidente, lleno de impaciencia, había intentado interrumpirle. Pero él seguía leyendo con su convencimiento imperturbable de iluminado, que teme decir mal la frase importante. Debía haber estado pensando en aquella lectura desde que estaba en la cárcel. Era el acto decisivo de su suicidio; ofrendada con él su vida por la gloria de haber

muerto por la humanidad. Y cuando terminó, volvió a ocupar su sitio entre los gendarmes, con los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas, con un aire de gran alegría interior.

Inmediatamente después, para destruir el efecto producido, un sordo malestar de emoción y de miedo, el presidente quiso que compareciesen los testigos. Fue un desfile interminable, de un interés mediocre, pues ninguno tenía nada que revelar. Se destacó la sensata declaración del constructor Grandidier, que había tenido que despedir a Salvat a consecuencia de ciertos hechos de propaganda anarquista. Un cuñado del acusado, el mecánico Toussaint, apareció también como un hombre honrado, por la manera de presentar las cosas, por el lado favorable, sin mentir. Los peritos sostuvieron una larga discusión, sin lograr ponerse de acuerdo ante el público, como tampoco lo habían logrado en sus informes; porque si para todos ellos la pólvora empleada no parecía ser dinamita, lanzaba cada cual las suposiciones más extraordinarias y contradictorias acerca de su naturaleza. Fue leída después la consulta hecha al ilustre sabio Bertheroy, que ponía las cosas en su punto, afirmando en conclusión que debían encontrarse en presencia de un explosivo nuevo, de una potencia prodigiosa, cuya fórmula ignoraba él también. El agente Mondésir y el comisario Dupot comparecieron después para contar la caza del hombre, y luego su agitada detención en el Bosque de Bolonia. Mondésir hizo las delicias del auditorio con las salidas cuarteleras con que salpimentó su deposición. Así como la abuela de la oficialilla constituyó la nota dolorosa, el escalofrío de indignación y de piedad: una pobre viejecita seca, deshecha, a quien la acusación había tenido la crueldad de llevar hasta allí, y que prorrumpió en llanto, aturdida, sin comprender lo que se la preguntaba. Y luego ya no hubo más que los testigos de la defensa, un desfile ininterrumpido de

jefes de taller, de camaradas y de amigos, que acudieron todos a declarar que Salvat era un hombre honrado, un trabajador inteligente y valeroso, que no bebía jamás y adoraba a su hijita, incapaz de una indelicadeza ni de una maldad.

Eran ya las cuatro cuando acabaron las declaraciones de los testigos. En la sala, sofocante, una especie de polvillo rojo oscurecía la luz borrosa que entraba por las ventanas. Las mujeres se abanicaban y los hombres se secaban la frente. Pero la pasión del espectáculo iluminaba los ojos con una alegría cruel. Nadie se movía.

—¡Ah! —suspiró Rosamunda—. ¡Yo que pensaba tomar el té en casa de una amiga, a las cinco! Me voy a morir de hambre.

—Tenemos aquí hasta las siete por lo menos —dijo Massot—. No le ofrezco a usted ir a buscarle una medianoche porque no me dejarían pasar luego.

Dutheil no había dejado de encogerse de hombros mientras Salvat leía su declaración.

—¿Eh? ¡Qué pueril es todo lo que ha dicho! ¡Y el muy imbécil va a morir por eso!... ¡Pero si siempre habrá ricos y pobres! Y es evidente también que cuando es uno pobre, no tiene más deseo que hacerse rico... ¡Si está hoy en ese banquillo es porque ha fracasado, y nada más!

A Pedro, muy emocionado, le inquietaba su hermano, pálido, agitado, silencioso, junto a él. Buscó su mano y se la apretó, a escondidas. Y luego, en voz baja:

—¿Es que te sientes mal? ¿Quieres que nos marchemos?

Pero Guillermo contestó con un apretón discreto y afectuoso. Estaba bien; se quedaría allí hasta el final, con la exasperación que le sublevaba.

El fiscal de la República, aquel señor Lehmann, hizo uso de

la palabra con gesto amplio y severo. A pesar de su complejidad y de su cara tenaz de judío, era célebre por sus conviencias con todos los partidos políticos y por su habilidad para ser siempre amigo de los hombres que ocupaban el poder, lo cual explicaba su rápida carrera, la predilección constante de que era objeto. Sabían que era el abogado del gobierno, y desde sus primeras palabras, en efecto, hizo una alusión al nuevo ministerio nombrado por la mañana, al hombre fuerte encargado de tranquilizar a los buenos y de hacer temblar a los malos. Luego acometió contra el desdichado Salvat con una vehemencia extraordinaria, repitió la historia, le presentó como un bandido nacido para el crimen, como un monstruo que debía acabar en el más cobarde de los atentados. Flageló después el anarquismo: los anarquistas no eran más que una partida de vagabundos y de ladrones. Ya se había visto, con motivo del saqueo del hotel de Harth, lo que era aquella banda innoble que invocaba justamente a los apóstoles de la doctrina. A aquello conducía la aplicación de sus teorías: a desvalijar las casas, a mancillarlas, en espera de los grandes saqueos y de las grandes matanzas. Durante cerca de dos horas, siguió en aquel tono, despreciando la verdad y la lógica, procurando tan sólo impresionar las imaginaciones, utilizando el terror que había soplado sobre París, tremolando como una bandera sangrienta a la pobre víctima infantil, a la linda muchachita, cuya mano pálida mostraba en el frasco de alcohol, con un gesto de lamentable horror que hacía estremecer al auditorio. Y terminó como había empezado, dirigiéndose al corazón de los jurados, diciéndoles que podían cumplir su deber y condenar al asesino, ahora que el Gobierno estaba verdaderamente decidido a no retroceder ante las amenazas.

Y, a su vez, habló el joven abogado encargado de la defensa.

Y dijo lo que realmente tenía que decir con una precisión y una claridad perfectas. Era de otra escuela, muy sencilla, muy recta, enamorada únicamente de la verdad. Además, le bastó con situar en su verdadero plano la historia de Salvat, con mostrarle sujeto a las fatalidades sociales desde su infancia, con explicar su último acto por todo lo que había sufrido, por todo lo que había germinado en su cabeza de soñador. Su crimen ¿no era el crimen de todos? ¿Quién no se sentía un poco responsable de aquella bomba que un obrero pobre había ido a arrojar en el umbral de la morada de un rico, cuyo nombre significaba para él el injusto reparto, tantos goces por un lado y tantas privaciones por otro? En nuestros tiempos turbulentos, en medio de los problemas candentes que han vuelto a plantearse, si uno de nosotros pierde la cabeza y quiere apresurar violentamente la felicidad, ¿podemos suprimirle en nombre de la justicia, cuando ninguno de nosotros podría jurar que no había contribuido a su locura? Insistió extensamente sobre el momento histórico en que se producía el asunto entre tantos escándalos, tantos derrumbamientos, cuando un mundo nuevo nacía tan dolorosamente del antiguo, en una crisis terrible de sufrimiento y de lucha. Y terminó suplicando a los jurados que se mostrasen humanos, que no cediesen a las pasiones aterrorizadas del exterior, que apaciguasen a las clases sociales con un veredicto sensato, en vez de eternizar la guerra, dando a los menesterosos y a los hambrientos un nuevo mártir que vengar.

Eran las seis dadas cuando el señor de Larombardière leyó al jurado, con su vocecilla agria y chocante, las numerosas preguntas que se le hacían. Luego el Tribunal se retiró y el jurado impenetrable pasó a la sala de deliberaciones, mientras se llevaban al acusado. Y ya no hubo más en el auditorio, sino una espera tumultuosa, un barullo de febril impaciencia. Se

habían desmayado otras señoras. Tuvieron que llevarse a un señor, que sucumbió bajo el calor atroz. Los demás aguantaban, y ni uno abandonó su sitio.

—¡Oh! La deliberación no será larga —dijo Massot—. Los jurados han traído todos la condena en el bolsillo. Les miraba yo mientras ese abogadito les decía cosas muy bien dichas. Se les distinguía apenas y en la sombra tenían unas bonachonas cabezas soñolientas. ¡Debía ser interesante lo que sucedía en el fondo de esos cráneos!

—¿Sigue usted teniendo hambre? —preguntó Dutheil a la princesa.

—¡Oh, estoy desfallecida!... No tendré tiempo de volver a mi casa. Va usted a llevarme a tomar un pastel a cualquier sitio... Pero no importa; es muy apasionante que se esté jugando la vida de este hombre así, por un si o un no.

Pedro había vuelto a estrechar la mano de Guillermo, sintiéndole tan febril y desesperado. Y ni el uno ni el otro se hablaron, en la infinita angustia que les invadía, por unas causas profundas, innumerables, que ellos mismos no hubiesen podido definir con exactitud. Toda la miseria humana y su propia miseria, las ternuras, las esperanzas, los dolores que sufrían, les parecían allí presentes, gimiendo, a través de aquella sala rumorosa, estremecida por el drama que el egoísmo de los unos y la cobardía de los otros iban a desencadenar. Poco a poco el crepúsculo había invadido todo y les parecía, sin duda, inútil encender las luces, ya que bien pronto iba a ser pronunciada la sentencia, y ya no quedaba más que una claridad agonizante, una gran sombra vaga, bajo la cual el tumulto amontonado allí se esfumaba, confuso. Allí, detrás del Tribunal, las damas de vestidos claros parecían pálidas visiones de ojos llameantes, mientras que las togas de los numerosos abogados formaban una gran mancha sombría, que devoraba

poco a poco el espacio.

—¡Ah! —dijo Massot—. ¡Ya sabía yo que no sería largo!

En efecto, después de una deliberación de un cuarto de hora apenas, volvía el jurado y desfilaba, con un ruido de zapatos, a lo largo de los bancos de roble. Reapareció también el Tribunal. Una emoción renovada conmovía la sala y pasaba una gran ráfaga, que era como un viento de ansiedad agitando las cabezas. Hubo algunos que se pusieron de pie y otros dejaron escapar gritos involuntarios. Y el presidente del jurado, un señor grueso, de cara ancha y roja, tuvo que esperar antes de hacer uso de la palabra.

Con una voz aguda, algo atropellada, declaró:

—Por mi honor y mi conciencia, ante Dios y ante los hombres, la respuesta del jurado es: sobre el delito de asesinato, sí, por mayoría.

La noche había caído casi, cuando fue introducido de nuevo Salvat. Frente al jurado, desvanecido en la sombra, apareció, de pie, a su vez, con el rostro iluminado por el último rayo que entraba por las ventanas. ¡Y qué visión la de aquel rostro de Salvat escuchando, flaco, descarnado, con sus ojos de ensueño, mientras el relator le daba la lectura de la declaración del jurado!

Comprendió, al reinar de nuevo el silencio, sin que hubiesen hablado de circunstancias atenuantes. Su fisonomía, que conservaba una expresión infantil, se iluminó.

—Es la muerte. Gracias, señores.

Luego se volvió hacia el público e intentó encontrar de nuevo en el fondo de la oscuridad creciente las caras amigas que él sabía estaban allí, y Guillermo tuvo aquella vez la sensación clara de que le había reconocido y le enviaba otra vez un saludo enternecido, toda aquella gratitud que le tenía por el tro-

zo de pan recibido en un día de miseria. Pero debía haber saludado también a Víctor Mathis, porque Guillermo vio de nuevo a su espalda al joven, que no se había movido, con los ojos dilatados y fijos y la boca terrible.

El resto, la última pregunta, la deliberación del Tribunal, el fallo, todo quedó cubierto por el tumulto que reinó en la sala. Habíase engendrado un poco de piedad inconscientemente y hubo un leve estupor en la satisfacción con que acogió la sentencia de muerte.

Salvat, condenado, se irguió bruscamente. Y cuando se lo llevaban los gendarmes, lanzó, con voz vibrante, el grito:

—¡Viva la anarquía!

Aquel grito no irritó a nadie. El público desfilaba con una especie de malestar, como si el excesivo cansancio hubiera disipado las pasiones. Realmente el espectáculo era demasiado largo, demasiado abrumador. Y venía bien respirar el aire de fuera, al salir de aquella pesadilla.

En el salón de Pasos perdidos, Guillermo y Pedro pasaron junto a Dutheil y la princesa, a quienes el general de Bozonnet, que estaba hablando con Fonsigne, acababa de detener. Los cuatro hablaban muy alto, quejándose del calor y del hambre, de acuerdo todos en que la vista no había sido interesante. Por lo demás, bien estaba lo que acababa bien. Como decía Fonsègue, la sentencia de muerte de Salvat era una necesidad política y social.

Al llegar al Puente Nuevo, Guillermo se asomó un instante al pretil, mientras que Pedro, de pie, contemplaba también el gran caudal grisáceo del Sena, incendiado por los reflejos de los primeros faroles. Subía un hálito fresco del río: era la hora deliciosa en que la noche suave invade París, que reposa. Y sin hablar, los dos hermanos respiraban aquel alivio, aquel

consuelo. Pedro sentía de nuevo su herida, la promesa que había tenido que hacer de volver a Montmartre, a pesar del tormento que allí le esperaba. Guillermo, por su parte, sentía renacer su sospecha, aquella inquietud de haber visto a María febril y transformada por un sentimiento nuevo, que ella misma ignoraba.

Al ir a entrar en el malecón, Guillermo reconoció delante de ellos a Víctor, que se marchaba solo, entre la sombra. Le detuvo y le habló de su madre. Pero el joven no le oyó; su boca, de labios delgados, murmuró con una voz seca y cortante como un cuchillo:

—¡Ah, lo que quieren es sangre!... Pues ya pueden cortarle el cuello, porque será vengado.

V

ALLÍ en lo alto, en el taller, tan alegre y tan claro de costumbre, los días siguientes parecieron ensombrecidos, como si la amplia habitación su hubiese llenado de tristeza y de silencio. Precisamente los tres hijos mayores no estaban allí; Tomás se había ido de mañana a la fábrica para lo del motorcito; Francisco, que no salía ya de la Escuela Normal, dedicado por completo a la preparación de su examen; Antonio, ocupado con un trabajo en casa de Jahan, donde le retenía el placer de ver a su amiguita Lisa despertar a la vida. Con Guillermo no estaba, pues, más que Abuela, siempre sentada cerca del ventanal ocupada en alguna labor de costura; mientras que María, yendo y viniendo por la casa, no estaba allí más que a las horas en que se encontraba Pedro.

En aquella tristeza del padre no veían todos más que la desesperada indignación en que le tenía la condena de Salvat. Al volver del Palacio de Justicia sufrió un arrebató de cólera, diciendo que si ejecutaban a aquel desgraciado, sería un asesinato social, una provocación a la lucha de clases: y todos se habían inclinado sin discusión ante su grito. Dejaban al padre, respetuosamente, sumido en sus pensamientos, que durante largas horas le tenían mudo, pálido, con los ojos perdidos. Pero durante las horas interminables en que permanecía ensimismado ante los papeles esparcidos sobre su mesa, cesando a veces de mirarlos, con la vista perdida en el espacio, un raudal de ideas imprecisas pasaba ante él; dudas quizá ante la bondad de su proyecto, temores de que su deseo de pacificar los pueblos los lanzase a una guerra exterminadora sin fin. ¡Ah! Aquel gran París, que él sinceramente creía que era el cerebro del mundo, encargado de crear el porvenir, ¡qué espectáculo abominable daba aún con tanta necedad, tanta ver-

güenza, tanta injusticia! ¿Estaba realmente bastante preparado para encargarse de la tarea de la salvación humana, que él soñaba en confiarle? Y cuando nuevamente se ponía a leer, a comprobar fórmulas, ya no encontraba su entereza de otro tiempo. No reanudaba su proyecto más que al pensar en su próximo matrimonio, diciéndose que las cosas estaban organizadas así desde hacía mucho tiempo para que él trastornase toda su vida intentando cambiarlas. ¡Su boda! ¿No era aquella la idea que obsesionaba a Guillermo, que le obsesionaba aún más que su obra de sabio, de ciudadano libertador?

Bajo todas aquellas preocupaciones había otra que no quería confesarse y que le angustiaba. Se repetía a diario que, al casarse con María, revelaría el secreto de su invento al ministro de la Guerra, y asociaría a su joven esposa a su gloria. ¡Casarse con María! ¡Casarse con María! Al pensarlo, le invadía una fiebre ardiente y una sorda inquietud. Si él callaba ahora, si ya no tenía su alegría tranquila, era porque sentía emanar de ella una vida nueva, que le era desconocida. Ciertamente era otra, la veía cambiar, alejarse. Y cuando Pedro se encontraba presente, observaba a los dos. Pedro venía rara vez; también él había cambiado. Después, las mañanas que venía, María estaba como transformada y la casa parecía animarse con otro espíritu.

Nada, sin embargo, pasaba entre ellos que no fuese inocente y fraternal. Solamente parecían unos buenos camaradas, sin estrecharse siquiera la punta de los dedos, conversando sin alterarse. Era un resplandor, una vibración que emanaba de ellos inconscientemente, más sutil que un suspiro, que un rayo de luz o que un perfume. Pasados algunos días, Guillermo, trastornado, con el corazón sangrando, no pudo ya dudar. Nada había sorprendido y, sin embargo, estaba seguro de que aquellos dos chicos, como él los llamaba tan paternalmente,

se adoraban.

Una mañana en que estaba solo con Abuela, un día soberbio, frente a París bañado de sol, cayó en un sopor más angustioso que de costumbre. La miraba fijamente en su sitio habitual, cosiendo sin lentes, con su aire de regia severidad. Quizá no la veía. Y ella de vez en cuando levantaba los ojos y le miraba también como si estuviese escuchando una confesión que no llegaba. Luego, en el interminable silencio, Abuela se decidió:

—Guillermo, ¿qué tiene usted desde hace algún tiempo?... ¿Por qué no me dice lo que tiene que decirme?...

Volvió él en sí y exclamó:

—¿Lo que yo tengo que decir a usted?

—Sí, conozco el motivo de su preocupación y suponía que hablaría de ello conmigo, ya que no quiere hacer nada sin consultarme.

Se había puesto pálido, y empezó a temblar, pues no se engañaba: ¿no lo sabía ya la misma Abuela? Hablar de ello era dar cuerpo a sus sospechas, hacer real y efectivo lo que hasta entonces no existía más que en su imaginación.

—Hijo mío, la cosa era inevitable. Desde los primeros días yo lo había previsto. Y si no se lo he advertido, ha sido por suponerle abismado en una profunda meditación... Pero, desde que le veo sufrir, comprendo muy bien que me he equivocado.

Y como continuase trastornado, mirándola loco, tembloroso:

—Sí, yo me imaginé que usted podía haber querido eso, y que al traer aquí a su hermano deseaba, sin duda, saber si María le amaba de otro modo que como a un padre... Había una razón tan poderosa, la gran diferencia de edades, la vida que acaba

para usted y que comienza para ella... Sin hablar de sus trabajos, de la misión que usted mismo se ha señalado.

Entonces, con las manos juntas, suplicantes, él se acercó y le dijo:

—¡Hábleme claramente, dígame lo que piensa... yo no comprendo... mi pobre corazón está demasiado dolorido, y yo quisiera saber, obrar, tomar una determinación!... ¡Usted, a quien yo quiero y venero como a una madre, usted cuyo elevado criterio conozco, y de quien he seguido siempre los consejos; usted había previsto este horrible trance, y ha dejado que llegase con riesgo de verme morir...! ¿Por qué, por qué?... Dígamelo.

Generalmente le gustaba poco hablar, como dueña soberana que era cuidando y dirigiendo la casa sin tener que rendir cuentas de sus actos. Si no decía todo lo que pensaba, ni todo lo que quería, era porque, convencida de su absoluta sabiduría, tanto el padre como los hijos se entregaban completamente a ella. Y esta faceta un poco enigmática la enaltecía aún más.

—¿Para qué las palabras —dijo ella dulcemente sin cesar de trabajar— cuando los hechos hablan?... Es cierto que yo he aceptado su proyecto de boda, comprendiendo que María debía casarse con usted, para quedarse aquí; además, había otras muchas razones que es inútil decir. Pero la llegada de Pedro lo ha cambiado todo, ha situado las cosas en su orden natural. ¿No es esto lo mejor?

Él no se atrevía a comprender.

—¡Mejor, cuando agonizo, cuando mi vida está destrozada!...

Entonces ella se levantó y fue hacia él, rígida, majestuosa, con su fino traje negro, con su rostro de una palidez austera y

enérgica.

—Hijo mío, ya sabe usted cuánto le quiero, y cómo deseo verle engrandecido y puro... Desde hace algunos días permanece usted sobre esos proyectos y esos planos con aire distraído, perdido, desalentado, como un hombre que duda y no sabe ya adónde va... Créame, sigue usted un mal camino; es preferible que Pedro se case con María, por ellos y por usted.

—¿Por mí? ¡Oh, no, no! ¿Qué sería de mí?

—Usted, hijo mío, se calmará, reflexionará. ¡Es tan importante su papel en vísperas de dar a conocer su descubrimiento!... Me parece que se ha turbado su vista y que va a obrar mal quizá, sin tener en cuenta las condiciones del problema. Veo que quiere usted encontrar otra solución... En fin, sufra si es preciso, pero sepa seguir siendo el hombre de su idea.

Y dejándole después, con una sonrisa maternal, a fin de endulzar un poco su rudeza:

—Me obliga a hablar inútilmente; estoy segura de que es usted un hombre demasiado superior y de que obrará con justicia en todo momento.

Al quedarse solo Guillermo, volvió a sumirse en febriles reflexiones. ¿Qué había querido decirle Abuela con sus palabras enigmáticas? Bien sabía él que ella era asequible a todo lo bueno, natural y justo. Pero le empujaba a un heroísmo demasiado elevado, acababa de aclararle todo el confuso malestar en que le tenía su antiguo proyecto de ir a confiar su secreto a un ministro de la Guerra, quienquiera que fuese, el del momento. Una duda y una repugnancia creciente le sublevaban, mientras la oía repetir con su voz grave, que él quería encontrar otra solución. Bruscamente la imagen de María cruzó ante él; su corazón triste se desgarraba al pensar que se le exigía que renunciase a ella. No ser ya suya; dársela a otro.

¡No, no!... Aquello estaba por encima de sus fuerzas; ¡no tendría jamás el suficiente valor para desdeñar aquella última esperanza de amor que se tenía prometida!

Durante dos días sostuvo consigo mismo una intensa lucha en la que revivían los seis años que la joven había permanecido junto a él en la casita feliz. Había sido al principio como su hija adoptiva, y más tarde, cuando la idea del matrimonio nació entre ellos, se había complacido en ella, con una alegría tranquila, en la esperanza de que aquella unión haría la felicidad de todos los que le rodeaban. Si antes se había negado a volver a casarse, era por el temor de imponer a sus hijos una madre desconocida; pero no cedía al encanto de amar todavía, de no vivir ya solo, al encontrar en su mismo hogar aquella flor de juventud, aquella amiga que quería ser suya tan razonablemente, no obstante la gran diferencia de edades. Después los meses se habían sucedido, acontecimientos graves les habían obligado a retrasar la fecha, sin que aquello le hiciese sufrir demasiado; la certeza de que ella le esperaba le había bastado; en su larga vida de encarnizado trabajo la paciencia le era habitual. Y he aquí que, ante la amenaza de perderla, su corazón, tan apacible, se partía y sangraba. Jamás había pensado que el lazo que a ella le unía estuviese tan fuertemente aferrado a su carne. En aquel hombre que frisaba en los cincuenta años, aquello era la pérdida de la mujer, la última amada y deseada, tanto más deseada cuanto que encarnaba la juventud, de la que ya no aspiraría jamás el perfume, y cuyo aroma no gozaría, de perderla. Un deseo loco mezclado de cólera había prendido en él, y al desearla, su tortura se exacerbaba ante la idea de que otro hubiese venido a quitársela.

Solo en su habitación, una noche, sobre todo, se martirizó. Para no despertar a los de la casa ahogó su pena en el fondo

de su almohada. Nada, sin embargo, era más sencillo; puesto que María se le había prometido, él la conservaría. Tenía su palabra; la obligaría a cumplirla; y eso era todo.

Al menos la tendría para él solo sin que otro pudiese soñar con robársela. Y de pronto, la imagen de aquel otro surgía; su hermano, el olvidado, a quien él mismo había obligado por ternura a volver a la familia. Pero el sufrimiento era demasiado vivo; habría expulsado a aquel hermano contra el que sentía una cólera tan fuerte, que terminaría volviéndole loco. ¡Su hermano! ¡Su hermano pequeño! ¿Había, pues, dejado de quererle e iban a envenenarse de odio y de violencia? Durante algunas horas deliró, buscó el modo de suprimir a Pedro, y de que lo sucedido no prosperase. Por momento se dominaba, extrañándose de semejante borrasca, con su clara razón de hombre sabio y su vieja experiencia serena de trabajador; era que alentaba ella en él, en el alma de niño que conservaba aún, en el rincón de ternura e ilusión que subsistía a su lado de la inexorable lógica que le hacía dudar de lo extraordinario y sorprendente. Su mismo cerebro estaba hecho de aquella dualidad; el químico se convertía así en un soñador social, ansioso de justicia y capaz de grandes amores. Y la pasión le trastornaba, lloraba a María, como hubiese llorado el derrumbamiento de su ilusión, la guerra muerta por la guerra, aquella salvación de la humanidad, por la que trabajaba intensamente hacía diez años.

Después, en su lasitud, una decisión le calmó; la vergüenza le invadía al desesperarse en aquella forma, sin una razón cierta. Quería saber... interrogaría a la muchacha... Era ella bastante leal para responderle francamente. ¿No era aquélla la solución digna de ellos? Una explicación sincera, que les permitiera enseguida tomar una determinación.

Se durmió al fin. A la mañana siguiente despertó destrozado,

pero más tranquilo, como si un trabajo sordo se hubiese librado en su corazón, después de la tormenta, en aquellas breves horas de descanso.

Aquella mañana precisamente María estaba muy alegre. La víspera había dado con Pedro y con Antonio un gran paseo en bicicleta hacia Montmorency, por caminos difíciles; y habían regresado rendidos, pero encantados. Cuando Guillermo la detuvo en el jardincito, ella lo cruzaba canturreando, con los brazos al aire, de vuelta del lavadero donde terminaban la colada.

—¿Qué sucede?... —preguntó ella un poco inquieta—. Nada malo supongo...

—No, no... Sencillamente que tengo que decirte algo.

La condujo hacia los dos ciruelos, el único rincón de sombra que aún quedaba. Había un banco viejo, de madera, junto a las lilas. Y el grandioso París, frente a ellos, se desplegaba en el mar infinito de sus techumbres, ligeras y frescas bajo el sol matinal.

Los dos se sentaron. Peto en el momento de hablar, de interrogarla, sintió él un repentino malestar, mientras su pobre corazón latía violentamente, al verla tan joven, tan adorable con sus brazos desnudos.

—La fecha se aproxima —acabó él—; se trata de nuestra boda.

Ante aquella palabra, como ella palideciese ligera e inconscientemente quizá, él mismo sintió frío en todo su ser. ¿No tenía un rictus doloroso en su boca? Sus ojos, tan claros y tan francos, ¿no se habían enturbiado con una sombra?

—¿Nos queda todavía mucho tiempo?

Nuevamente insistió él, con voz lenta y afectuosa:

—Sin duda, pero será preciso irse ocupando de algunas formalidades. Son cuestiones enojosas, es preferible que hablemos hoy, para no tener que volvernos a ocupar de ello.

Lentamente, continuó insistiendo sobre lo que debían hacer, sin dejar de mirarla, observando en su rostro las emociones que aquel plazo cercano podía producirle. Se había quedado silenciosa, con el rostro inmóvil y las manos sobre las rodillas, sin dar señal alguna de alegría ni de tristeza. A pesar de todo permaneció como abrumada; obedecía simplemente.

—Mi querida María, no dices nada... ¿Hay acaso algo que te contraríe?

—A mí, ¡no, no!

—Ya sabes que puedes hablar francamente. Esperaremos aún más, si tienes alguna razón personal para que sea nuevamente retrasada la fecha.

—Yo no tengo ningún inconveniente. ¿Qué razón quieres que tenga? Te dejo dueño absoluto de arreglarlo todo según tus deseos.

Hubo un silencio. Le había mirado de frente, con lealtad; pero un ligero estremecimiento agitaba sus labios, mientras que una tristeza ignorada parecía emanar de ella y ensombrecerla el rostro, siempre alegre y luminoso. En otro tiempo, ¿no habría reído y cantado ante el solo anuncio de aquella próxima fiesta de la boda?

Guillermo se decidió con un esfuerzo que hacía temblar su voz:

—María querida, perdona que te haga una pregunta. ¿Estás segura de quererme?

Le miró ella sorprendida, con verdadero estupor, sin comprender a dónde quería ir a parar. Luego, como hiciese ade-

mán de responder:

—Examina tu corazón. ¿Es a mí, a tu viejo migo, y no a otro a quien amas?

—¡Yo, Guillermo, yo! ¿Por qué me dices eso? ¿Qué he hecho yo que pueda autorizarte a decirme eso?

Estaba realmente sublevada de indignación y de franqueza con sus hermosos ojos clavados en los suyos, resplandecientes de sinceridad.

—Tengo, sin embargo, que llegar hasta el final —respondió él penosamente—, pues se trata de la felicidad de todos... Interroga a tu corazón, María. Tú amas a Pedro.

—¡Que yo amo a Pedro! ¡Yo, yo!... Claro que le quiero como a todos vosotros; le quiero porque ha llegado a ser de los nuestros, y toma parte en nuestra vida, y en nuestras alegrías. Cuando está aquí soy feliz y querría que estuviese siempre. Me encanta verle, oírle, y salir con él. Últimamente estuve muy preocupada, porque parecía haber vuelto a sus ideas sombrías. Todo esto es muy natural, ¿no? Yo creo que con esto no he hecho más que cumplir tus deseos y no comprendo por qué mi afecto a Pedro puede influir en nuestro casamiento.

Estas palabras que, según ella, hubieran debido convencer a Guillermo, acabaron de iluminarle dolorosamente, al ver el ardor que ponía ella en negar que amase al joven.

—Te traicionas sin querer... Está bien claro que no me quieres a mí: es a mi hermano a quien amas.

Le cogió sus muñecas desnudas, apretándolas con una ternura desesperada, como para forzarla a ver claro en ella. Y ella seguía debatiéndose, prolongándose entre ellos la más trágica y cariñosa de las luchas, queriendo él convencerla con la evidencia de los hechos, y resistiéndose ella obstinadamente a

abrir los ojos. En vano tomó la historia desde el primer día, le explicó lo que había sucedido en ella; primero una hostilidad sorda, después una curiosidad hacia aquel muchacho extraordinario, y por último la simpatía, la ternura al verle tan miserable, curado por ella, poco a poco, de su angustia. Los dos eran jóvenes, la naturaleza sana había hecho lo demás. Pero a cada prueba, a cada nueva certeza que él daba, se iba sintiendo invadir por una emoción creciente, por un escalofrío que le hacía temblar, sin querer consentir en interrogarse.

—No, no, yo no le amo... Si le amase lo sabría, te lo diría; ya me conoces y sabes que soy incapaz de mentir.

Tuvo él la crueldad de insistir, como el cirujano heroico que corta en su propia carne, más aún que en la de los demás, para que la verdad brote y la tranquilidad de todos quede asegurada.

—María, no es a mí a quien quieres. Sólo tienes para mí respeto, gratitud, una ternura complaciente, filial. Recuerda la época en que nuestro casamiento quedó decidido. Entonces no querías a nadie y aceptaste como una muchacha razonable, segura de que yo te haría feliz, encontrando esta unión justa y buena... Llegó mi hermano, y el amor ha brotado espontáneamente, y es a Pedro y sólo a Pedro a quien quieres con amor, con el amor que se debe sentir por un amante esposo.

Agotada ya su resistencia, trastornada, ante la claridad que se hacía en ella, a pesar de su voluntad, se obstinaba en protestar desatinadamente.

—Yo sólo quería saber la verdad de tus labios, para tomar una determinación y obrar como un hombre honrado.

Entonces quedó vencida, y sus lágrimas brotaron. Tal desgarramiento se había operado en su ser, que se sentía deshecha, aterrada, como bajo el peso de una verdad nueva, hasta en-

tonces ignorada por ella.

Con un gesto de mujer sorprendida, agitada, que bruscamente se ve desnuda, había bajado sus mangas, las estiraba sobre sus manos, como para ocultarse toda. Después se levantó y se alejó sin añadir una palabra.

Guillermo se quedó solo en el banco, en el rincón sombrío frente al París inmenso que el suave sol de la mañana transformaba en una ciudad de ensueño, esbelta y temblorosa.

A la mañana siguiente no fue en el estrecho jardín, sino en el amplio laboratorio, donde Guillermo tuvo con Pedro la suprema explicación. Se las compuso para encontrarse solo con su hermano, y le atacó desde el primer momento, yendo directamente al grano, sin ninguna de las precauciones que había tomado con María.

—Pedro, ¿no tienes nada que decirme? ¿Por qué no te confías a mí?

Éste lo comprendió enseguida y se puso a temblar, no sabiendo qué decirle, a juzgar por su alteración y por la súplica angustiada de su rostro.

—Tú amas a María, ¿por qué no has venido lealmente a confesarme este amor?

Se dominó, y defendiéndose con vehemencia:

—Amo a María, es cierto, y comprendía que no podría ocultarlo, que tú te apercibirías..., pero yo no quería decírtelo, estaba seguro de mí, habría huido antes de que una sola palabra saliese de mis labios. Lo había pensado en varias ocasiones; si yo volvía era por debilidad, sin duda, pero también por afecto a todos vosotros. ¡Qué importaba mi presencia! María no corría ningún peligro, no me quiere.

Claramente dijo Guillermo:

—María te quiere; yo la he interrogado ayer y ha tenido que confesármelo.

Trastornado Pedro, le había cogido por los hombros, mirándole a los ojos.

—¡Ah!, hermano, hermano, ¿qué dices? ¿Por qué dices una cosa que sería para todos una horrible desgracia?... Yo tendría menos alegría que disgusto con este amor, que ha sido mi sueño irrealizable; no quiero que tú sufras... María es tuya. Me es tan sagrada como una hermana. Si no hay más que mi locura que pueda separaros, ya pasará, sabré vencerla.

—María te quiere —repitió Guillermo con un tono suave y tenaz—. No te reprocho nada; sé que has luchado, que no te has traicionado ante ella, ni con una palabra ni aun con una mirada... Ella misma ayer ignoraba que te quería; yo he tenido que abrir su corazón. ¿Qué quieres?, es sencillamente un hecho que compruebo: te quiere.

Esta vez Pedro tembló, tuvo un gesto a la vez de terror y de exaltación, como si le cayese del cielo algún prodigio divino, cuya venida le anonadase.

—Bien, todo acabó... hermano, abracémonos; yo me marchó.

—¿Te marchas? ¿Por qué? Tú vas a quedarte con nosotros. Nada más sencillo. Tú amas a María y ella a ti. Te la entrego.

Lanzó un grito y alzó nerviosamente sus manos con un gesto de éxtasis espantado.

—¡Que me entregas a María, tú, mi hermano! ¡Tú que la esperas hace tantos meses y que la adoras!... ¡Oh, no, no! ¡Eso me abrumaría demasiado, me horrorizaría, es como si me dieases tu mismo corazón, sangrante, arrancado del pecho!... ¡No, no! No acepto tu sacrificio.

—¡Pero si María sólo tiene para mí gratitud y afecto, y es a ti

a quien quiere con amor! ¿Quieres tú que yo abuse del compromiso que conmigo ha contraído inconscientemente y la fuerce a un matrimonio en el que no sería toda para mí?... Aunque me equivoco; no soy yo quien te la entrega, es ella misma quien se ha entregado, sin que yo me reconozca el derecho de impedirlo.

—¡No, no! Jamás lo aceptaré, nunca te causaré ese dolor...

Guillermo le asió fuertemente, obligándole a sentarse cerca de él, en un viejo sofá que había en un rincón del ventanal. Refunfuñaba, acabó por enfadarse, con una sonrisa de dolida bondad.

—Bueno, no vamos a pegarnos, ¿no me obligarás a sujetarte para que te quedes aquí? Sé muy bien lo que hago, ¡qué demonio! He reflexionado antes de hablar contigo. Sin duda, no te diré que tenga alegría en el alma. ¡Ay!, en un principio he creído que moriría, hubiese querido tenerte bajo tierra. Y luego, ¿qué? He necesitado ser razonable comprendiendo que las cosas se habían arreglado de la mejor manera, por su orden natural.

Pedro, agotadas sus fuerzas, había comenzado a llorar suavemente, cubriéndose la cara con las manos.

—Hermano, no te apenes más, ni por mí ni por ti... ¿Recuerdas los días felices que hemos pasado en la casita de Neuilly, cuando nos encontramos últimamente? Toda nuestra antigua ternura florecía de nuevo, y nos pasábamos las horas evocando nuestra infancia... ¡Y qué terrible confesión me hiciste una tarde, tu falta de fe, tu tormento, el vacío en que te precipitabas! Ya no deseé más que curarte, te aconsejé para que trabajases, creyeras en la vida y amases, convencido de que solamente la vida te devolvería la paz y la salud... Por eso te traje enseguida aquí, entre nosotros. Luchabas por no volver,

soy yo quien te ha retenido. Cuando volviste a amar la existencia y te hiciste sencillamente un hombre y un trabajador, ¡me sentí feliz! Habría dado mi sangre por que la cura fuese completa... Pues bien, a esta hora ya está hecho, te he dado lo que tenía, puesto que María te es necesaria y sólo ella te salvará.

Y como Pedro intentase protestar aún:

—No me digas que no. Esto es tan verdad, que si ella no acaba la obra comenzada por mí, todo lo que hice será inútil; caerás de nuevo en tu miseria, en tu incredulidad, en el tormento de tu vida frustrada. La necesitas. ¿Piensas que ya no sabré quererte y que después de haber deseado tan ardientemente tu vuelta a la vida, te niegue el aliento, el alma misma que hará de ti el hombre nuevo? El amor que siento por vosotros me impulsa a consentir en ese cariño... Y, además, te repito aún, la naturaleza sabia acierta siempre. El instinto es seguro, pues va a lo útil, a la verdad. Yo hubiese sido un triste marido; vale más que me atenga a mi labor de viejo sabio. Mientras que a tu lado María encontrará el porvenir, la juventud, el hijo, la vida fecunda y dichosa.

Y los dos hombres, sollozando, se estrecharon, quedando uno en brazos del otro. Ya se habían abrazado así en otras ocasiones, pero nunca sus corazones se habían compenetrado hasta ese punto. Era el mayor quien daba su vida al más joven, y era el menor quien le devolvía la suya y todo lo que en él había de más puro y afectuoso.

El momento les pareció delicioso e infinito. Toda la miseria, todo el dolor humano habían desaparecido; no quedaba más que su ardiente cariño, que se convertía en eterno, como se convierte el sol en luz. Y aquel instante les compensó de todas sus lágrimas pasadas y venideras, mientras que el inmenso París, en el horizonte, trabajaba por el porvenir desconoci-

do en el fragor de su cuba formidable.

En este momento entró María y fue bien sencillo: Guillermo se desprendió de los brazos de su hermano, le atrajo obligándoles a darse la mano. Aún tuvo ella un gesto de negativa, obstinándose en su lealtad, no queriendo recobrar su palabra. Pero ¿qué decir frente a aquellos dos hombres llorosos, que se encontraban abrazados, unidos en tan estrecha fraternidad? ¿Es que aquellas lágrimas, es que aquel abrazo no disipaba las razones corrientes, los argumentos que ella tenía preparados?

Y fue Guillermo quien tuvo la inspiración de correr, llamar desde abajo de la pequeña escalera que conducía a las habitaciones:

—¡Abuela! ¡Abuela! Baje, baje de prisa; la necesitamos.

Después, cuando estuvo delante, con su vestido negro, delgada, pálida, y su empaque de reina madre obedecida siempre:

—Dígales a estos muchachos que no han de hacer nada mejor que casarse. Dígales que ya nosotros hemos hablado y que es su consejo y su voluntad.

Ella asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Es cierto, las cosas serán mucho más lógicas en esta forma.

María se arrojó entonces en sus brazos. Consentía y se abandonaba a aquellas fuerzas superiores, a las potencias de la vida que acababan de transformar su existencia.

Por la noche, cuando Tomás y Francisco supieron la noticia no parecieron sorprenderse demasiado. Sin duda habían sentido aquel desenlace. Se inclinaron sin permitirse un comentario, desde el momento que su mismo padre les daba la noticia con su gesto de serenidad habitual. Pero Antonio, agitado por el amor de la mujer, miró con los ojos de duda y an-

gustia a aquel padre que tenía el valor de arrancarse así el corazón. ¿Es que realmente no moriría con aquel sacrificio? Le besó apasionadamente y sus dos hermanos, emocionados a su vez, también le besaron con toda su alma. Bajo esta caricia de sus tres hijos mayores, sus ojos se humedecieron y tuvo una sonrisa divina. Después de su triunfo sobre su horrible tormento, nada le fue más delicioso.

Pero aquella noche le esperaba otra emoción aún.

El día iba cayendo, se había colocado ante la vidriera, en su gran mesa, a investigar y clasificar los cuadernos de su invención y tuvo la sorpresa de ver aparecer a Bertheroy, su maestro y amigo. A veces, de tarde en tarde, el ilustre químico venía de este modo a visitarle; él apreciaba el honor de tal visita, por parte de un anciano de setenta años, de una gloria colmada de títulos y de cargos, lleno de condecoraciones. Tanto más cuanto aquel sabio oficial, miembro del Instituto, demostraba algún valor arriesgándose a visitar a un inadaptable, un réprobo como era él. Aquella vez, sin embargo, adivinó que una curiosidad le llevaba. Por eso se quedó bastante turbado, no atreviéndose a quitar los planos y papeles esparcidos por la mesa.

—No tenga miedo —dijo alegremente Bertheroy, muy fino, bajo su aspecto descuidado y un poco rudo—, no vengo a robarle sus secretos. Deje todo eso, le prometo no leer nada.

Y con toda franqueza enfocó la conversación hacia los explosivos, que también él seguía estudiando con pasión. Había hecho nuevos descubrimientos, que no ocultaba. De un modo incidental, habló incluso de la consulta que se le había hecho sobre el asunto Salvat. Su ideal era encontrar un explosivo de una potencia prodigiosa, para intentar después reducirla a un sencillo papel de fuerza obediente. Se sonreía y concluyó intencionadamente:

—No sé de dónde ese loco había cogido la fórmula de su pólvora. Pero si usted un día la encontrase, ya puede decir que el porvenir está ahí quizá, en el empleo de los explosivos como fuerza motriz.

Luego añadió bruscamente:

—A propósito, a ese Salvat lo ejecutarán pasado mañana. Tengo un amigo en el Ministerio de Justicia que acaba de decírmelo.

Guillermo hasta entonces le había escuchado con una especie de desconfianza divertida. Y de pronto la noticia de esta muerte de Salvat le sublevó de cólera. Hacía varios días que sabía era inevitable, a pesar de las tardías muestras de simpatía que afluían de todas partes en torno al condenado.

—Será un asesinato —gritó con violencia.

Bertheroy tuvo un ligero gesto de tolerancia.

—¿Qué quiere usted? Hay una sociedad, se defiende cuando la atacan... Y, además, realmente esos anarquistas son demasiado brutos al imaginarse que van a modificar el mundo con sus petardos. Usted sabe mi opinión: la ciencia es la única revolucionaria, ella es suficiente para demostrar la verdad y hacer justicia, si es posible la justicia en la tierra... Por eso, hijo mío, vivo tan tolerante y tranquilo.

De nuevo Guillermo veía erguirse aquel revolucionario extraño, seguro, que trabajaba, en el fondo de su laboratorio, en la ruina de la vieja y abominable sociedad actual, con su dios, sus dogmas, sus leyes; pero demasiado deseoso de su tranquilidad, muy desdeñoso de los hechos inútiles, para mezclarse en los sucesos callejeros, prefiero vivir tranquilo, pensionado, con su renta, en paz con el Gobierno, cualquiera que fuese, previendo y preparando el formidable alumbramiento del mañana.

Tuvo un gesto hacia París, sobre el que se ponía un sol triunfal, y agregó:

—¿Lo oye usted rugir?... Somos nosotros quienes sostenemos la llama y ponemos siempre el combustible bajo la caldera. Ni una hora la ciencia interrumpe su trabajo, y ella crea París, que, esperémoslo, creará el porvenir... El resto no significa nada.

Guillermo ya no le escuchaba, pensaba en Salvat, en su terrible invento, que destruiría las ciudades en el futuro. Un pensamiento nuevo le nacía, crecía en él. Acababa de romper el último lazo que le retenía, había sembrado a su alrededor toda la felicidad que le había sido posible. ¡Ah! Encontrar de nuevo su valor, ser dueño de sí mismo, sacar al menos del sacrificio de su corazón la alegría altiva de ser libre, de dar vida, si lo juzgaba preciso.

LIBRO QUINTO

I

GUILLERMO quiso asistir a la ejecución de Salvat, y Pedro, inquieto por no haber podido hacerle desistir, se quedó por la noche en Montmartre, para acompañarle allí. Otras veces, cuando acompañaba al abate Rose en sus visitas de caridad por el barrio de Charonne, supo que desde la casa que habitaba el diputado socialista Mège, situada en la esquina de la calle Merlin, se veía la guillotina. Así, pues, se había ofrecido como guía, y como la ejecución debía verificarse a la hora legal, hacia las cuatro y media de la mañana en esos primeros días claros de mayo, los dos hermanos no se acostaron, velaron en el espacioso laboratorio medio adormilados, cambiando pocas palabras. Después, a las dos, se marcharon.

La noche era de una paz y una claridad admirables. En el amplio cielo puro, la luna llena tenía reflejos de lámpara de plata, y sobre el París adormecido, extendiendo su vaga inmensidad, dejaba caer al infinito su tranquila luz de ensueño. Parecía la evocación de la ciudad encantada del sueño, de donde no subía el más ligero murmullo, en el aniquilamiento de la fatiga. Un lago de dulzura y serenidad la cubría, la mecía en su sopor, hasta la salida del sol; del estruendo de su esfuerzo y el quejido de su sufrimiento; mientras que allá lejos, en un barrio apartado, se trabajaba oscuramente, se suspendía una cuchilla para matar a un hombre. En la calle de Santa Eleute-

ria, Pedro y Guillermo se detuvieron, contemplando aquel París de ensueño, vaporoso y estremecido, reposando en un rayo de leyenda. Y al volverse divisaron la basílica del Sagrado Corazón, desprovista aún de su cúpula como una masa colosal y abajo la luna llena. Parecía agrandada por aquella claridad limpia y blanca que acentuaba las aristas, destacándolas sobre las grandes sombras negras. Era, vista así, bajo el pálido cielo nocturno, como un florecimiento monstruoso, de una provocación y un dominio soberanos. Nunca le había parecido a Guillermo tan enorme, dominando París, aún adornado, con una grandiosidad tan obstinada y aplastante.

En el estado de espíritu que se encontraba, la sensación fue tan fuerte, que no pudo por menos de decir en alta voz:

—¡Ah! Han escogido bien el emplazamiento. ¡No conozco un contrasentido más necio! París, coronado y dominado por ese templo idólatra, edificado para la glorificación de lo absurdo. ¡Semejante descaro y tal bofetada dada a la razón, después de tanto trabajo, tantos siglos de ciencia y de lucha! ¡Y esto precisamente enfrente, sobre nuestro gran París, la única ciudad del mundo que no hubieran debido manchar así en la frente!... En Lourdes, Roma, eso se explica. ¡Pero en París, en este campo de inteligencia, tan profundamente labrado, donde brota el porvenir! Es la declaración de la guerra, es la conquista esperada y afirmada insolentemente.

En un amplio gesto mostró París bajo el claro de luna como en una sábana de plata. Y seguido de su hermano, silenciosos ambos, se puso nuevamente en marcha, bajando por las cuestas, hacia las calles negras, desiertas todavía. Hasta el bulevar exterior no encontraron ni un alma. Pero allí, a cualquier hora que fuese, la vida no se detenía, y no bien cerraban sus puertas los establecimientos de bebidas, los cafés conciertos, los bailes, el vicio y la miseria arrojados a la calle continuaban

allí su existencia nocturna. Eran los que no tenían casa, la baja prostitución en busca de un camastro, los vagabundos durmiendo sobre los bancos, los maleantes intentando un buen golpe. Gracias a la complicidad de las tinieblas, todo el cieno de los bajos fondos de París salía a la superficie y también todo el sufrimiento. La calle vacía era de los hambrientos, sin pan y sin cobijo, que no tenían sitio en pleno día, masa hirviente, confusa y desesperada, que sólo de noche aparecía. ¡Y qué espectros de la absoluta miseria, qué apariciones de dolor y espanto, qué gemidos de lejana agonía, en el París de aquel amanecer en que se debía guillotinar a un hombre, a uno de aquéllos, un mendigo, un doliente! Cuando Pedro y Guillermo iban a bajar por la calle de los Mártires, vio el primero en un banco a un anciano, acostado, cuyos pies desnudos asomaban por unos zapatos rotos, inmundos; con un gesto le señaló. Después, a unos pasos de allí, fue Pedro quien, con el mismo ademán, señaló en el suelo a una muchacha andrajosa, durmiendo con la boca abierta en el quicio de una puerta. No tenían necesidad de decirse en voz alta la piedad y la cólera que sublevaban sus corazones. De vez en cuando pasaban agentes de policía, siempre por parejas, sacudían a los desdichados, les obligaban a ponerse de pie y seguir andando. Algunas veces, si les parecían sospechosos o que no obedecían, eran conducidos a la Inspección de guardia. Y era el rencor, el contagio de las cárceles, unido a la miseria de aquellos desheredados, lo que hacía de un simple vagabundo un ladrón o un asesino.

En la calle de los Mártires y en la de Faubourg-Montmartre, el populacho nocturno variaba, y los dos hermanos encontraron únicamente noctámbulos rezagados, mujeres rozando las casas, hombres y rameras moliéndose a golpes. Después, en los grandes bulevares, era la salida de los círculos, caballeros

lívidos encendiendo sus cigarros a la puerta de las altas casas negras, cuyas ventanas de un piso entero brillaban encendidas, únicas en la noche. Una señora, en gran *toilette* de baile, caminaba lentamente con una amiga. Algunos coches de punto, perezosos, circulaban aún. Otros coches estaban parados desde hacía unas horas, como muertos, con el cochero y el caballo adormilados. Y a medida que iban pasando los bulevares, el de Bonne-Nouvelle, después el de Poissonnière y los otros; el de Saint Denis, el de Saint Martin hasta la plaza de la República, la miseria y el sufrimiento comenzaban de nuevo, agravándose con los abandonados y los hambrientos, todo el detritus humano arrojado a la calle y a la noche; mientras que el ejército de barrenderos aparecía ya para limpiar la basura de la víspera y lograr que París, al encontrarse en *toilette* conveniente desde el amanecer, no tuviese que avergonzarse de tantas inmundicias y de tantos horrores acumulados en un día.

Pero sobre todo cuando hubieron recorrido el bulevar Voltaire y se aproximaron a los barrios de la Roquette y de Charonne, los dos hermanos comprendieron que habían llegado a un ambiente de trabajo donde faltaba el pan con frecuencia y la vida era sufrimiento. Y Pedro se encontraba allí como en su casa, porque no había ni una sola de aquellas largas calles populosas que no hubiera él recorrido en otro tiempo, con el buen abate Rose, visitando a los desesperados, llevando limosnas, recogiendo a los pequeños caídos en el arroyo. Por eso para él todo era una evocación atroz, tantos dramas que había presenciado, gritos, lágrimas y sangre: los padres, las madres, los hijos muriéndose de necesidad, de suciedad y abandono, un infierno social en el que había dejado la última de sus esperanzas, sollozando también él, huyendo, convencido en lo sucesivo de que la caridad era una simple distrac-

ción de los ricos, ilusoria e inútil, y aquella sensación le volvía a invadir en aquella hora matinal en el temblor de su espera, con una intensidad extraordinaria, al ver de nuevo el barrio tan doloroso, tan castigado, abocado a la eterna desesperación. Allí, en el fondo de aquel tugurio, el pobre viejo que una tarde reanimara el abate Rose, ¿había muerto de hambre! Aquella niñita, que él mismo llevó un día en sus brazos después de la muerte de sus padres, ¿no acababa de encontrarla, ya mujer, tirada en el arroyo, gritando bajo los golpes de un rufián? Eran innumerables los desdichados a quienes no se podía salvar y los que sin cesar venían al mundo en medio de aquella miseria, como el que nace lisiado, y los que caían por todas partes en aquel mar de la injusticia humana, el mismo océano desde hace siglos que se esfuerzan en vano por desecar y que se ensancha más cada día. ¡Qué pesado silencio, qué espesas tinieblas en aquellas calles obreras, donde parece que el sueño es el buen compañero de la muerte! Y el hombre acecha, la desgracia se lamenta, y con formas espectrales indistintas pasan y se pierden en el fondo de las tinieblas.

A medida que Pedro y Guillermo avanzaban, se mezclaban con nutridos grupos; todo el rebaño de curiosos en marcha, todo un rumor de pasos confusos y ardorosos hacia la guillotina. Toda aquella marejada venía de París entero, como impulsada por una fiebre brutal, un sabor de muerte y de sangre. A pesar del sordo rumoreo de aquella multitud sombría, las calles pobres seguían a oscuras; ni una sola ventana se iluminaba; no se oía siquiera el jadear de los obreros extenuados de cansancio en sus tristes lechos de miseria, que tenían que abandonar al despuntar el día.

Al llegar a la plaza de Voltaire, Pedro, ante la multitud que se apretujaba ya, comprendió que les sería imposible subir por la

calle de la Roquette. Además, estaba el paso seguramente cerrado por aquella calle. Se le ocurrió entonces, para llegar a la rinconada de la calle Merlin, ir más allá a tomar la calle Folie-Regnault, que da la vuelta por detrás de la cárcel. Allí, en efecto, no encontraron más que soledad y tinieblas. La mole inmensa de la cárcel, con sus grandes muros desnudos, iluminados por la luna oblicua, un montón de piedras frías, muertas desde hacía siglos. Después, al final, volvieron a salir a la multitud, una oleada compacta y hormigueante, una agitación confusa en donde no se distinguían más que los pálidos rostros.

Trabajo les costó llegar hasta la calle donde vivía Mège, en la esquina de la calle Merlin. Pero las persianas del piso que ocupaba el diputado socialista estaban herméticamente cerradas, mientras que en los marcos de las otras ventanas, abiertas de par en par, se amontonaban las cabezas. Abajo, la taberna y la sala del primer piso, que pertenecía también al establecimiento, aparecían muy iluminadas por el gas, abarrotadas de público muy alborotador, esperando el espectáculo.

—No me atrevo a llamar en casa de Mège —exclamó Pedro.

Guillermo protestó:

—¡No, no! No quiero. Entremos aquí. Ya veremos si desde el balcón se divisa algo.

La sala del primer piso tenía un amplio balcón, ocupado ya por señoras y caballeros. Consiguieron, sin embargo, hacerse sitio y permanecieron allí algunos minutos mirando, intentando escudriñar la sombra a lo lejos.

Entre las dos cárceles, la grande y la pequeña Roquette, la calle empinada se ensanchaba; había allí una especie de plaza cuadrada, que cuatro macizos de plátanos, plantados en los terraplenes de las aceras, sombreaban. Las casas bajas, los

árboles raquíuticos, toda aquella fealdad mísera, parecía extenderse a ras de tierra, bajo un cielo inmenso, donde las estrellas renacían tras la luna declinante. Y la plaza estaba absolutamente vacía; sólo se percibía una ligera agitación confusa allá lejos; mientras que dos cordones de guardias mantenían a la multitud, la empujaban hacia el fondo de todas las calles vecinales. No había allí casas por un Ido más que en la calle de Saint-Maur, muy lejos, y por el otro lado, en las esquinas de la calle Merlin y Folie Régnault; de modo que era casi imposible ver nada de la ejecución, aun desde las ventanas mejor situadas. En cuanto a los curiosos de la calle, sólo veían la espalda de los guardias, lo cual no impedía el apretujamiento de aquella marea humana, de la que se elevaba un clamor creciente.

Sin embargo, gracias a las conversaciones de las mujeres asomadas cerca de ellos, acechando ya desde hacía largo rato, los dos hermanos acabaron por divisar algo. Eran las tres y media; debían acabar de montar la guillotina. Ante la cárcel, allá lejos, bajo los árboles, aquella pequeña agitación era producida por los ayudantes del verdugo, que fijaban la cuchilla. Una linterna iba y venía lentamente; cinco o seis sombras danzaban sobre el suelo, y nada más; la plaza era como un gran agujero tenebroso, azotado por todas partes por la oleada contenida de aquel gentío, rugiente e invisible. Más allá no había más que las tiendas de bebidas, deslumbrantes como faros. Y alrededor, el barrio pobre y trabajados dormía aún; los talleres y las obras estaban oscuros todavía; las altas chimeneas de las fábricas, apagadas aún, no tenían sus penachos de humo.

—No veremos nada —dijo Guillermo.

Pero Pedro le hizo callar. Acababa de reconocer en un señor elegante, asomado junto a él, al amable diputado Dutheil; en

un principio creyó que estaba con la princesita de Harth, ya que le había hecho asistir a la ejecución; luego comprendió que la joven muy abrigada que se apretaba contra él era la bella Silviana, la del perfil puro de virgen. Además, ella no se ocultaba; se puso a hablar muy fuerte, ebria sin duda de tal modo, que enseguida los dos hermanos se enteraron de todo. Duvillard, Dutheil y otros amigos estaban cenando con ella, cuando alrededor de la una, a los postres, al saber que iban a ejecutar a Salvat, había tenido ella el repentino capricho de presenciar aquello. Duvillard la había suplicado en vano, y como se marchase al fin furioso, negándose a tener el detalle de mal gusto de asistir a la muerte del hombre que había querido volar su hotel, ella se colgó del brazo de Dutheil, prometiéndole todo lo que quisiera si satisfacía su capricho.

Muy molesto, dándole horror los espectáculos feos, con tanto mayor mérito cuanto que se había negado ya a acompañar a la princesa, se resignó, sin embargo, ante el vivo deseo, siempre fallido, de poseer a Silviana.

—¿No comprende que se divierte una! —dijo ella refiriéndose al barón—. Sin embargo, era muy bonito venir. ¡Bah! Mañana le verá usted a mis pies.

—Entonces —interrogó Dutheil—, ¿están hechas las paces; le ha vuelto usted a conceder sus derechos de amo y señor desde que se ha firmado su contrato en la Comedia?

Ella protestó:

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Las paces...? Nada absolutamente; ¡ni esto! ¿Oye usted? Lo he jurado: ni esto, mientras yo no haya debutado. La noche en que salga yo a escena, ya veremos.

Los dos reían, y Dutheil, para hacerle la corte, le contó con cuánta amabilidad se había apresurado el nuevo ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Dauvergne, a allanar las

difícultales que la cerraban hasta entonces las puertas de la Comedia, ante su capricho y ante la insistencia desesperada de Duvillard. Un hombre encantador aquel Dauvergne, una mano de terciopelo, el encanto, la flor y nata de aquel Ministerio aclamado, en el que el terrible Monferrand era el puño de hierro.

—Ha dicho, bella amiga, que una muchacha bonita estaba en su sitio en todas partes.

Y luego, como ella, halagada, se apretaba contra él:

—¿Y es pasado mañana esa famosa reprise de «Polyeucte», en la que usted va a triunfar?... Iremos todos a aplaudirla.

—Sí, pasado mañana; la noche misma del día que el barón casa a su hija. ¡Cuántas emociones habrá ese día!

—¡Hombre! Es verdad, es el día en que nuestro amigo Gerardo se casa con la señorita Camila Duvillard. La gente se agolpará en la Magdalena y luego en la Comedia. Tiene razón: ¡qué de emociones en la calle de Godot-de-Mauroy!

Y de nuevo se distrajeron bromeando sobre el padre, la madre, el amante y la hija, con unas alusiones de una ferocidad y una crudeza abominables, sencillamente por reír, por buen humor parisiense. Y luego, de repente:

—¿Sabe usted, mi querido Dutheil, que me aburro aquí? No veo nada, y yo quiero estar más cerca para verlo bien. Lléveme allí, cerca de ese artefacto.

Aquello le contrarió, tanto más cuanto que en aquel momento ella divisó a Massot en la calle, a la puerta de la taberna, y le llamó enérgicamente con el gesto y la voz. Y se inició al paso una conversación desde el balcón a la calle:

—¿No es verdad, Massot, que un diputado puede forzar todas las órdenes y llevar una dama adonde ella quiera?

—¡Nunca, por Dios! Massot sabe muy bien que un diputado debe ser el primero en inclinarse ante la Ley.

Ante aquel grito de Dutheil, el periodista comprendió que no quería apartarse del balcón.

—Necesitaría usted una tarjeta, señora. La hubiera colocado en una ventana de la Roquette. No dejan estar mujeres en otro sitio... Y no se queje. Está usted muy bien donde está.

—Pero, amigo Massot, desde aquí no veo absolutamente nada.

—Siempre verá usted más que la princesa de Harth. Acabo de encontrarme su coche en la calle del Chemin Vert, y los agentes no la dejan pasar.

Semejante noticia causó mucha alegría a Silviana, mientras que Dutheil temblaba ante el peligro pasado; pues si Rosamunda le veía con otra mujer, le armaría un escándalo tremendo. Se le ocurrió pedir una botella de *champagne* y pasteles para su bella amiga, como la llamaba. Ella decía morir de sed, y le encantó acabar de emborracharse, cuando el camarero logró colocar una mesita cerca de ella en el mismo balcón. Entonces encontró aquello muy bonito y muy audaz: aquello de beber y comer de nuevo, esperando la muerte de aquel hombre que iban a guillotinar allí cerca.

Guillermo y Pedro no pudieron seguir allí más tiempo. Lo que oían y lo que veían les asqueaba. Poco a poco, el aburrimiento de la espera había convertido en consumidores a todos los curiosos del balcón y de la sala contigua. El mozo no daba abasto para servir bocks, vinos de mesa, bizcochos y hasta fiambres. Y, sin embargo, sólo había allí espectadores burgueses, señores ricos, publico elegante. Pero hay que matar las horas cuando se hacen largas, y se oían risas, bromas ligeras y atroces, todo un alboroto febril, exasperado, entre el

humo de los cigarros. Abajo, cuando los dos hermanos cruzaron la planta baja, encontraron el mismo amontonamiento, el mismo tumulto, agudizado por los modales de los mocetones de blusa, que bebían vino de frasco en el mostrador, de latón reluciente como plata. Las mesitas también estaban ocupadas; la sala rebosaba con un vaivén continuo de la gente baja, que entraba allí a distraer un poco su impaciencia. ¡Y qué gente! ¡Toda la escoria, toda la golfería, todos cuantos se arrastraban desde el amanecer, acechando el azar en plena holganza!

Luego, ya en la calle, Guillermo y Pedro sufrieron más todavía. En el tumulto, contenido por los guardias, no había más que el cieno removido de los bajos fondos, la prostitución y el crimen, los asesinos de mañana, que iban a ver cómo había que morir. Inmundas rameras desgredadas se mezclaban con pandillas de maleantes, corriendo ante la multitud, chillando canciones obscenas.

Se encontraron con Massot, que al ver a Pedro sin sotana no se extrañó siquiera y le habló con su aire alegre:

—¡Ah! Señor Froment, ¿ha tenido usted la curiosidad de venir a ver esto?

—Sí, he acompañado a mi hermano. Pero mucho me temo que no podamos ver gran cosa.

—Desde luego, si se quedan ustedes ahí.

Y enseguida, amablemente, como hombre que desea demostrar su influencia de periodista conocido, para quien no existían órdenes:

—¿Quieren ustedes pasar conmigo? Precisamente el oficial de guardia es amigo mío.

Sin esperar la contestación, detuvo a este último, le habló bajito, rápidamente, contándole una fábula, que eran dos compañeros que se había traído para escribir unos artículos. El

oficial, al principio dudó, discutió. Luego hizo un gesto aburrido de consentimiento, con ese sordo miedo que tiene siempre la Policía a la Prensa.

—Vengan de prisa —dijo Massot, guiando a los dos hermanos.

Extrañados al ver el cordón de guardias abrirse tan bruscamente ante ellos, éstos se encontraron en el amplio espacio libre. Al salir del barullo tumultuoso, reinaba allí, bajo los plátanos, una soledad y un silencio de una tranquilidad apaciguadora.

La noche palidecía; la claridad del alba empezaba a caer del cielo como una lluvia de fina ceniza.

Después de hacerles cruzar la plaza sesgadamente, Massot les detuvo junto a la cárcel, añadiendo:

—Yo voy a entrar; quiero asistir al despertar y a la «*toilette*». Paséense ustedes entre tanto; curioseen; nadie les preguntará nada. Luego me reuniré con ustedes.

Había, repartidas en la sombra, un centenar de personas, periodistas curiosos. En los bordes del paso empedrado que iba desde la puerta de la Roquete a la guillotina habían colocado unas barreras de madera, de esas que sirven para contener la gente en las colas de los teatros. Ya había allí algunas personas apoyadas, para estar lo más cerca posible al paso del condenado. Otras se paseaban lentamente, conservando a media voz. Los dos hermanos se acercaron. Allí estaba la guillotina, bajo las ramas, entre el verdor temprano de las primeras hojas. Al principio sólo vieron la fatídica máquina, iluminada con un reflejo turbio por un farol cercano, cuya llama amarilleaba con el alba naciente. Acababan de terminar de montarla, apagando el ruido, sin que se oyesen más que algunos sor-dos y escasos martillazos; y ahora, los ayudantes del verdugo,

de levita, esperaban vagando por allí con aire paciente. Pero la guillotina, ¡qué aspecto de bajeza y de vergüenza tenía, aplastada contra el suelo como una bestia inmundada, asqueada ella misma de la labor que iba a realizar! ¡Cómo! ¿Y era aquello la máquina vengadora de la sociedad, la máquina ejemplar? ¿Eran aquellos maderos, en el suelo a ras de tierra, sobre los cuales se ensamblaban en el aire otros dos maderos de tres metros escasos, los que sostenían la cuchilla? ¿Dónde estaba el gran cadalso pintado de rojo, al cual se subía por una escalera de diez peldaños, que levantaba unos inmensos brazos sangrientos, dominando las muchedumbres allí congregadas, atreviéndose a mostrar al pueblo el horror del castigo? Se había soterrado ya a la bestia, volviéndose ésta entonces innoble, solapada y cobarde. Si en la Sala mísera de lo Criminal la justicia humana aparecía desprovista de toda majestad, el día en que condenaba a muerte a un hombre, el día terrible de su ejecución ya no era más que una espantosa carnicería, con ayuda del más bárbaro y del más repugnante de los mecanismos.

Guillermo y Pedro la contemplaban, y un escalofrío de repugnancia sublevaba su ser. La luz aumentaba poco a poco; aparecía el barrio, la plaza primero, con las dos cárceles bajas y grises, frente a frente; luego las casas lejanas, las tiendas de vinos y de los marmolistas funerarios, los establecimientos de coronas y flores, multiplicados por la vecindad del Père-Lachaise. Se empezaba a distinguir claramente, a lo lejos, en un círculo ensanchado, la línea negra de la multitud, así como las ventanas y los balcones, rebosantes de cabezas; había gente hasta en los tejados. Enfrente, la Petite Roquette estaba transformada en una especie de tribuna discreta para los invitados. Solos en medio del amplio espacio libre, unas parejas de guardias a caballo paseaban lentamente. El cielo clareaba

poco a poco, y más allá del gentío, en el barrio entero, empezaba el trabajo, a lo largo de las amplias, de las interminables calles, cuyos solares están sólo ocupados por talleres, almacenes y fábricas.

Oíase un zumbido: las máquinas, los telares, iban a reanudar su movimiento, y salía ya el humo del bosque de chimeneas de ladrillo, que por todas partes surgían de la sombra.

Guillermo comprendió que la guillotina estaba realmente allí en su sitio, en aquel barrio de miseria y trabajo. Se alzaba en su dominio como un resultado, como una amenaza. La ignorancia, la pobreza, el sufrimiento, ¿no llevaban a ella? ¿No estaba encargada, cada vez que la erigían en medio de aquellas calles obreras, de mantener a raya a los desheredados, a los hambrientos, exasperados por la eterna injusticia, siempre dispuestos a la rebelión?

No se la veía nunca en los barrios de riqueza y de goce, a los que no tenía que atemorizar. Hubiera parecido allí inútil, mancilladora, en toda su monstruosidad feroz. Y resultaba trágico y terrible que aquel hombre que había tirado una bomba, loco de miseria, fuese guillotinado allí, en aquella calle miserable.

Ya era completamente de día; iban a dar las cuatro y media. La muchedumbre lejana, rumorosa, sentía acercarse el momento.

Un estremecimiento cruzó por el aire.

—Ya va a venir —dijo el pequeño Massot, reapareciendo—. ¡Ah! Este Salvat es realmente un hombre valiente.

Contó el despertar, la entrada en la celda del director de la cárcel, del juez de instrucción Amadiou, del capellán y de algunas otras personas. Cómo Salvat, que dormía profundamente, había comprendido enseguida al abrir los ojos, dueño

de sí en el acto, pálido y en pie. Se había vestido él solo y rechazado la copa de coñac y el cigarro que el buen capellán le ofrecía, de igual modo que había rechazado con un gesto suave y tenaz el crucifijo. Después, la «*toilette*», las manos atadas a la espalda, las piernas sujetas por una cuerda floja, la camisa abierta hasta los hombros; todo había sido rápido, sin que se cruzase una palabra. Sonreía cuando le animaban a tener valor; se irguió ante el temor de tener una crisis nerviosa, de debilidad. No tenía más que un afán, al que se aferraba todo su ser: morir como un héroe, ser hasta el final el mártir de la fe ardiente en la verdad y en la justicia, por la que moriría.

—Están redactando la partida de defunción en el registro de presos —continuó Massot—. Acérquense ustedes; colóquense, apoyados, en la barrera si quieren verlo de cerca... Les aseguro que estaba yo más pálido y tembloroso que él. Me parece que yo me burlo de todo; pero a pesar de todo, no es divertido ver a ese hombre que va a morir... No pueden imaginarse las gestiones y los esfuerzos que se han hecho para salvarle. Una parte de la Prensa ha pedido su indulto. Y no se ha conseguido nada; la ejecución era inevitable, al parecer, incluso para los que la consideran como un error. Ha habido, sin embargo, una ocasión conmovedora para indultarle, cuando su hijita, la pequeña Celina, escribió al presidente de la República una sentida carta, que fui el primero en publicar en «El Globo»... Ésa sí que es una carta que puede jactarse de haberme hecho correr.

Al oír el nombre de Celina, Pedro, descompuesto ya por la espera del horrible espectáculo, se sintió emocionado hasta llorar. Veía de nuevo a la chiquilla con la resignada y doliente señora Teodora en la desnudez de su cuartucho frío, donde el padre ya no entraría más. De allí salió Salvat una mañana de

iracundia, con el estómago vacío y ardiéndole la cabeza.

Massot continuó dando detalles. Ahora contaba que los médicos estaban furiosos, porque temían no poder hacerse cargo del cuerpo del condenado inmediatamente después de la ejecución. Pero ya Guillermo no le escuchaba. Apoyado en la barrera, esperaba con los ojos fijos en la puerta de la cárcel, que seguía cerrada. Un temblor agitaba sus manos; tenía una cara angustiada, como si él mismo fuese al suplicio. Acababa de aparecer el verdugo, un hombrecillo insignificante, con aspecto enfadado, y como con prisa por terminar. Después, en un grupo, otros señores de levita, entre los que estaba el jefe de Seguridad, Gascogne, con aire fríamente administrativo. Y el juez de instrucción, Amadiou; éste, sonriente, muy cuidado, a pesar de la hora tan temprana: estaba allí por deber y por categoría, como si fuese al quinto acto de un drama célebre del que se creía autor.

Un rumor más fuerte subió de la multitud lejana, y Guillermo, alzando un momento la cabeza, vio las dos cárceles grises, los plátanos primaverales, las casas rebosantes de gente bajo el cielo azul pálido, en donde el sol, triunfalmente, renacía.

—¡Ahí está! ¡Atención!

¿Quién había hablado? Un pequeño ruido sordo, el de la puerta que se abría, desgarró todos los corazones. No se vieron más que cuellos estirados, miradas fijas y respiraciones anhelantes. Salvat estaba en el umbral. Como el capellán salía delante de él, andando de espaldas para ocultarle la guillotina, se detuvo, quiso verla, conocerla, antes de ir hacia ella. Y de pie, con el cuello al aire, se le vio entonces con su rostro alargado, envejecido, arrugado por la vida demasiado dura, transfigurado por el extraordinario brillo de sus ojos de fuego y de ilusión. Una exaltación le sostenía: moría por su idea. Cuando los ayudantes se acercaron para sostenerle, se negó de nuevo.

Y se adelantó a pasitos cortos, tan de prisa y derechamente como se lo permitía la cuerda que le trababa las piernas.

Guillermo, de pronto, sintió los ojos de Salvat fijos en los suyos. Al acercarse el condenado le había visto, le había reconocido; y cuando pasaba a dos metros escasos le sonrió débilmente, le clavó su mirada, tan profundamente, que Guillermo conservaría siempre su quemazón.

¿Qué último pensamiento, qué testamento supremo le dejaba para meditar, o quizá para cumplir?

Fue aquello tan conmovedor, que Pedro, temiendo que su hermano gritase sin querer, le puso la mano sobre el brazo.

—¡Viva la anarquía!

Era Salvat quien había gritado. Pero la voz cambiada, estrangulada, se desgarraba en el gran silencio. Las escasas personas presentes palidecían; la multitud parecía muerta a lo lejos. En medio del amplio espacio libre se oyó resoplar el caballo de un guardia.

Entonces fue un atropello inhumano, una escena de una brutalidad e ignominia sin nombre. Los ayudantes se abalanzaron sobre Salvat, que llegaba lentamente, con la frente erguida. Dos le cogieron por la cabeza, encontrándose tan escasos cabellos, que no pudieron hacérsela bajar sino colgándose de la nuca; mientras que otros dos le agarraban las piernas, le echaron violentamente sobre la tabla de madera, que basculó y cayó.

Y la cabeza fue llevada y embutida a fuerza de golpes en la media luna; todo ello con tal confusión, con tan brusco salvajismo, que se hubiera creído en la muerte de una bestia molesta, de la que había prisa en deshacerse. La cuchilla cayó con un gran choque, pesado y sordo. Dos largos chorros de sangre brotaron de las arterias seccionadas; los pies se habían

agitado convulsivamente. No se vio más; el verdugo se frotaba las manos con un gesto maquinal, mientras que uno de sus ayudantes recogía la cabeza cortada y chorreante en el pequeño cesto para colocarla en el grande, donde el cuerpo acababa de ser arrojado ya de un empujón.

¡Ah! Aquel golpe sordo, aquel golpe pesado de la cuchilla, Guillermo lo había oído repercutir a lo lejos, en aquel barrio de miseria y de trabajo, hasta el fondo de las viviendas pobres, donde miles de obreros, en aquel momento, se levantaban para la dura faena cotidiana. Adquiría allí un sentido formidable, expresaba la exasperación de la injusticia, la locura del martirio, la esperanza dolorosa de que la sangre vertida apresuraría el triunfo de los desheredados. Y Pedro, ante aquella ruin carnicería, ante aquella degollación abyecta de la máquina de matar, sintió acrecentarse el estremecimiento que le helaba con la brusca visión de otro cuerpo: el de la niña rubia y bonita, herida en el vientre por la explosión de la bomba, tendida allá, bajo la marquesina del hotel Duvillard. La sangre chorreaba de su carne frágil, igual que acababa de brotar de aquel cuello segado. Era la sangre que pagaba la sangre, y era asimismo como la deuda eternamente redimida del dolor humano, sin que jamás el hombre se librase del sufrimiento.

Por encima de la plaza y de la multitud continuaba el gran silencio del cielo claro. ¿Cuánto había durado la monstruosidad? Una eternidad quizá..., dos o tres minutos sin duda.

Hubo, por fin, como un despertar; se salió de aquella pesadilla con las manos temblonas y las caras lívidas, con ojos de compasión, de asco y de temor.

—Otro más. Es el cuarto que he visto —dijo Massot con desasosiego—. Me gusta más, evidentemente, hacer las bodas... Vámonos; mi artículo ya está.

Guillermo y Pedro le siguieron maquinalmente; volvieron a cruzar la plaza y se encontraron nuevamente en la esquina de la calle Merlin.

La multitud se marchaba rumorosa, cansada, con una especie de decepción y de malestar. Algunos apasionados tan sólo se quedaban allí con objeto de ver partir el furgón que iba a llevarse el cuerpo del ajusticiado, mientras que las pandillas de maleantes y de ramera, lívidas a pleno sol, silbaban, llamándose la última obscenidad para volver a sus tinieblas. Rápidamente, los ayudantes del verdugo desmontaban la guillotina. Pronto quedaría despejada la plaza.

Pedro quiso entonces llevarse a Guillermo, que no había despegado los labios, como aturdido aún por el choque sordo de la cuchilla. En vano le señaló con el gesto las persianas del piso de Mège, cerradas completamente, en la fachada de la elevada casa, en medio de todas las demás ventanas, abiertas de par en par. Era, sin duda, una protesta del diputado socialista contra la pena de muerte, aunque él execraba a los anarquistas.

—Ya ves, Guillermo —repitió Pedro suavemente—; Mège no ha abierto sus ventanas; es un buen hombre, aunque nuestros amigos Boche y Morin no le quieran.

Luego, como su hermano siguiera sin responder:

—Vamos, ven, tenemos que volver.

Siguieron los dos la calle de la Folie-Regnault, llegaron a la línea de los bulevares exteriores por la calle del Chemin-Vert. A aquella hora, con el claro sol naciente, toda la población trabajadora del barrio estaba en pie; las largas calles que bordeaban las construcciones bajas de los talleres y fábricas se animaban con el ruido de los generadores, mientras que el humo de las chimeneas, dorado por los primeros rayos del

sol, se volvía rosáceo. Pero fue, sobre todo, cuando desembarcaron en el bulevar Menilmontat cuando tuvieron la sensación de la gran invasión de los obreros en París. Les siguieron con su paso lento de paseo y continuaron por el bulevar Belleville. Y de todas partes, de todas las miserables calles de los arrabales, venía la oleada, un éxodo sinfín de trabajadores, en pie desde el alba, que iban a continuar la dura labor en el leve escalofrío de la mañana. Eran blusas, pantalones de pana o de lienzo; gruesos zapatos, que entorpecían la marcha; manos colgantes, deformadas por la herramienta. Las caras, medio dormidas aún, sin una sonrisa, cansadas, indiferentes, tendidas hacia allá, hacia la eterna tarea, siempre repetida, y con la única esperanza de repetirla siempre. Y el rebaño no acababa; el ejército innumerable de los distintos oficios, obreros tras obreros, toda la carne de trabajo manual, que París devoraba y de la que tenía necesidad para vivir en su lujo y en su goce.

Después, el bulevar de la Villette, el de la Chapelle, y hasta la loma de Montmartre, hasta el bulevar Rochechouart, el desfile continuó, y aun bajaron muchos de las viviendas desnudas y frías. Desaparecieron en la inmensa ciudad, de la que no traerían, rendidos por la noche, más que un pan de rencor. Ahora la oleada era también de obreras; faldas de colores vivos, miradas a los transeúntes, volvían a sus casas con sus salarios irrisorios.

Más tarde eran los empleados, la miseria decente con abrigo, señores que terminaban un panecillo andando de prisa, preocupados con el temor de no poder pagar la casa e ignorar cómo iban a comer su mujer y sus hijos hasta fin de mes. El sol se elevaba en el horizonte; todo el hormigueo estaba ya fuera; la jornada laboriosa comenzaba de nuevo, con su derroche continuo de energía, ánimo y sufrimiento.

Nunca Pedro había tenido tan claramente la sensación del

trabajo necesario, reparador y salvador. Ya, desde su visita a la fábrica Grandidier, y más tarde cuando él mismo había sentido la necesidad de una tarea, había pensado que la ley del mundo debía estar allí. Pero después de la horrible noche, aquella sangre vertida, aquel trabajador decapitado en la locura de su sueño, ¿qué compensación, qué esperanza, viendo reaparecer así el sol y el eterno trabajo reanudar su tarea! Por abrumador que fuese y monstruoso en su reparto injusto, ¿no era el trabajo el que traería un día la justicia y la felicidad? De repente, cuando los dos hermanos subían la pendiente inclinada de la loma de Montmartre, vieron de frente, por encima de ellos, la basílica del Sagrado Corazón, soberana y triunfal.

Ya no era una aparición lunar el sueño de la dominación, erigido ante el París nocturno. El sol la bañaba con su esplendor; era de oro, y orgullosa y triunfal, deslumbrante de gloria inmortal.

Guillermo, mudo, retenía en su interior la última mirada de Salvat; pareció de súbito decidirse a tomar una determinación. Y mirándola con ojos de fuego, la condenó.

II

LA boda era a las doce; media hora antes, los invitados habían invadido la iglesia, decorada con un lujo extraordinario, adornada con plantas verdes y aromada con el perfume de las flores.

Al fondo, el altar mayor brillaba con mil cirios, mientras que la gran puerta, con sus hojas abiertas de par en par, dejaba ver en la gran clara luz solar el vestíbulo, adornado con macetas; los escalones, cubiertos con espeso tapiz; la multitud, curiosa, amontonada en la plaza y hasta en la calle Real.

Dutheil, que acababa de encontrar tres sillas para unas señoras llegadas con retraso, dijo a Massot, que estaba tomando nombres en su carnet:

—Las que vengan ahora se quedarán de pie.

—¿Cómo se llaman esas tres? —preguntó el periodista.

—La duquesa de Boisemont y sus dos hijas.

—¡Demonio! Todos los blasones de Francia, toda la finanza y toda la política. Es aún mejor que un matrimonio muy parisiense.

En efecto, todas las clases sociales estaban allí, un poco cohibidas. Mientras que los Duvillard llevaban a los amos del dinero, a los hombres poderosos, la señora de Quinsac y su hijo estaban representados por lo más escogido de la aristocracia. La elección de testigos demostraba claramente aquella mezcolanza sorprendente. Por Gerardo, el general Bozonnet, su tío, y el marqués de Morigny; por parte de Camila, el gran banquero Louvard, su primo, y Monferrand, ministro de Hacienda y presidente del Consejo.

El desenfado de este último, comprometido en otro tiempo en

los negocios del barón, accediendo hoy a ser testigo de su hija, añadía a su triunfo una nota de insolencia. Y como para apasionar aún más la curiosidad pública, les daba la bendición nupcial monseñor Martha, obispo de Persépolis, el agente de la política del Papa en Francia, el apóstol de la unión de la República conquistada al catolicismo.

—¡Qué digo yo un matrimonio parisiense! —repitió Massot maliciosamente—. Es un símbolo esta boda. La apoteosis de la burguesía, querido amigo; la vieja nobleza sacrificando uno de sus hijos al becerro de oro, y esto para que el buen Dios y los gendarmes, que han llegado a ser los amos de Francia, nos libren de esos bribones de socialistas.

Y continuó:

—Aunque ya no hay socialistas; les han cortado la cabeza ayer por la mañana.

Dutheil, divertido, encontraba aquello muy chusco. Después, confidencialmente:

—Ya sabe usted que la cosa no ha sido fácil... ¿Leyó usted esta mañana el artículo innoble de Sanier?

—Sí, sí; pero yo estaba enterado ya de todo. Todo el mundo estaba enterado —continuaron en voz baja, entendiéndose con medias palabras—. Por parte de los Duvillard, la madre había accedido a dar su amante a su hija, en medio de lágrimas, después de una lucha desesperada, accediendo sólo por el deseo de ver a Gerardo rico y dichoso, y guardando para la hija el odio atroz de una rival vencida. También la señora de Quinsac se había debatido en una lucha dolorosa; la condesa sólo había consentido indignada por salvar a su hijo del peligro en que ella sabía que estaba desde su infancia, con tan conmovedora abnegación maternal, que el marqués de Morigny se había resignado a su vez, a pesar de su indignación a

servir de testigo, ofreciendo así a la que siempre había amado el supremo sacrificio de su conciencia.

En aquel momento empezó a sonar el órgano con un canto de gloriosa acogida. Era el cortejo que por fin hacía su entrada en la iglesia. Fuera, mientras subía solemnemente las gradas del templo, hubo un largo murmullo entre el público, que se agolpaba hasta la calle Real, impidiendo la circulación de los coches y de los ómnibus y ahora entraba bajo las elevadas bóvedas, que resonaban a su paso. Avanzaban hacia el altar mayor, resplandeciente de cirios, entre las dos filas compactas de invitados, los caballeros con levita y las señoras con vestidos claros. Todos se habían puesto de pie; los rostros se adelantaban sonrientes, llenos de curiosidad.

Primeramente, detrás de un magnífico pertiguero, iba Camila del brazo de su padre, el barón Duvillard, con su aspecto radiante de los días triunfales; llevaba un admirable velo de punto D'Alençon, que sostenía la diadema de las flores de azahar, y su vestido era de muselina de seda plisado, sobre una combinación de raso blanco, y aparecía tan feliz, tan resplandeciente de haber vencido, que parecía casi guapa, erguida, notándose apenas su hombro izquierdo más alto que el derecho. A continuación iba Gerardo, dando el brazo a su madre, la condesa de Quinsac; él, un apuesto mozo muy correcto, con el aspecto adecuado; ella, con una nobleza y una dignidad impasibles, con vestido azul pavo real, bordado con cuentas de acero y oro.

Eva era la más impacientemente esperada; todas las cabezas se adelantaron cuando apareció del brazo del general de Bozonnet, uno de los testigos, el pariente más cercano de la novia. Vestía un traje de tafetán rosa pálido, adornado con encajes Valenciennes, de un valor inestimable; y nunca había estado tan joven ni tan deliciosamente rubia; sin embargo, sus

ojos revelaban sus lágrimas; aunque sus labios se esforzasen en sonreír, emanaba de toda su persona una gracia doliente, como una viudez, la cesión piadosa que había hecho del ser amado. Monferrand, el marqués de Morigny y el banquero Louvard, que eran los otros tres testigos, venían detrás con otras señoras de la familia. Monferrand, sobre todo, muy alegre y desenvuelto, bromeando sin miramientos con la señora a quien acompañaba, una morenita de cara insignificante, produjo gran expectación. También figuraba en el cortejo, solemne e interminable, el hermano de la novia, Jacinto, cuyo frac llamó especialmente la atención, por su hechura nunca vista, con los faldones de anchos pliegues simétricos.

Cuando los novios se situaron en sus reclinatorios y las dos familias y los testigos se fueron colocando detrás en los grandes sillones dorados, tapizados de terciopelo rojo, la ceremonia se fue desarrollando con gran solemnidad. Oficiaba el propio párroco de la Magdalena; el coro de la Opera se había unido a los sochantres para la misa cantada, acompañada por el órgano. Habíase desplegado todo el lujo y toda la magnificencia posible, mundana y religiosa, como si se hubiese querido hacer de aquella boda celebrada así un festejo público, un triunfo, una fecha conmemorativa del apogeo de una clase social, y hasta el impudor del monstruoso drama íntimo, conocido de todos, pregonado por todas partes, añadía a la ceremonia un escándalo de abominable grandiosidad. Se hizo sentir aún aquella grandeza insolente cuando monseñor Martha apareció con sencilla sobrepelliz y estola para la bendición. Alto y sonrosado, sonreía levemente con su aspecto de soberanía amable; con unción augusta pronunció las palabras sacramentales, pontífice feliz que reconciliaba dos grandes imperios uniendo a sus herederos.

Se esperaba con curiosidad su plática. Estuvo realmente ma-

raviloso; obtuvo un gran triunfo, superándose a sí mismo. ¿No había sido en aquella misma iglesia donde bautizara él a la madre, aquella Eva rubia, tan hermosa todavía, judía, convertido por él al catolicismo, en medio de las lágrimas de emoción de toda la alta sociedad parisiense? ¿No era allí también donde había dado él sus tres famosas conferencias sobre el nuevo espíritu, de donde arrancaban, según él, la derrota de la ciencia, el despertar del alma cristiana, la política de agrupación, que debía acabar en la conquista de la República? Se podía permitir con finas alusiones, felicitarse de su obra, casando a un hijo pobre de la vieja aristocracia, con los millones de aquella heredera burguesa, en quien triunfaban los vencedores del 89, dueños en la actualidad del Poder.

Sólo el cuarto Estado, el pueblo, engañado, robado, no participaba de la fiesta. Monseñor Martha sellaba con aquella unión la nueva alianza, practicaba la política del Papa, el empuje sordo del oportunismo jesuita desposando a la democracia con el poder y el dinero, para apoderarse de ellos. En su alocución se volvió hacia Monferrand, que sonreía; pareció dirigirse a él, al desear a los esposos una vida cristiana de humildad y obediencia, consagrada por entero al Dios cuya mano y cuyo puño férreo evocaba, como a la del guardián encargado de mantener la paz del mundo. Nadie ignoraba la alianza diplomática entre el obispo y el ministro, algún pacto secreto en que los dos satisfacían sus pasiones dominantes, su afán de conquista y de realeza; cuando la concurrencia notó que Monferrand sonreía de un modo bondadoso y levemente burlón, la concurrencia sonrió también.

—¡Ah! —murmuró Massot, que seguía cerca de Dutheil—. Si el viejo Justus Steinberger viese a su nieta con el último Quinsac, ¡cómo se iba a divertirl!

—Pero, amigo mío —contestó el diputado—, están muy bien

estas bodas. Es la moda. Los judíos, los católicos, los burgueses, los nobles todos, tienen razón en ponerse de acuerdo para constituir una nueva aristocracia. Es preciso tener aristocracia, pues de otro modo seríamos arrollados por el pueblo.

Massot, sin embargo, se reía socarronamente de la cara que habría puesto Justus Steinberger escuchando a monseñor Martha. Se decía, en efecto, que el viejo banquero judío, después de la conversión de su hija Eva, había dejado de tratarla, aunque sin dejar de interesarse por lo que ella hablaba y hacía, con una ternura irónica, como si tuviese en su hija, más que nunca, un arma de venganza y de derrota entre aquellos cristianos, que acusaban a su raza de soñar con la destrucción de todos ellos.

Si al dársela a Duvillard en matrimonio no había conquistado a éste como había supuesto, se consolaba, sin duda, comprobando la extraordinaria suerte de su sangre, mezclada a la de sus duros amos de otros tiempos, que él acababa de corromper. ¿No era aquélla la definitiva conquista judía de que se hablaba?

Concluyó la ceremonia con el último acorde triunfal del órgano.

Las dos familias y los testigos pasaron a la sacristía, donde firmaron las actas, y comenzó el gran desfile de felicitaciones.

En la gran estancia, revestida de roble, un poco sombría, los recién casados estaban al fin reunidos uno junto a otro.

¡Qué radiante de alegría aparecía Camila por haber triunfado al fin casándose con aquel gran título, un hombre guapo, arrancado con tanto esfuerzo de los brazos de todas las mujeres, incluso de los de su madre! Su triunfo parecía engrandecerla. Su figurita de contrahecha fea y negra se erguía rebo-

sante de alegría, mientras que un desfile ininterrumpido de mujeres, sus amigas y las simples conocidas, se empujaban, llegaban rápidas, le estrechaban las manos o la besaban con frases extasiadas... Gerardo, que le llevaba más de la cabeza, y que parecía más noble y fuerte al lado de ella, raquítica, aceptaba los apretones de manos y los devolvía sonriente, como un príncipe encantador, feliz por dejarse amar y por haber hecho tanta felicidad con su bondad y su blandura. Duvillard recibía los saludos como un rey satisfecho de su pueblo, mientras que Eva, con un esfuerzo supremo, procuraba ser agradable a todos, encontrando todavía energía para responder deliciosamente a todos los homenajes, a pesar de ahogarle las lágrimas y tener el corazón a punto de estallar. Al otro lado de los esposos estaba la señora de Quinsac, entre el general Bozonnet y el marqués de Morigny, muy digna, un poco altiva, contentándose la mayoría de las veces con inclinar la cabeza, no dando su mano pequeña y seca más que a las personas que conocía realmente; y ahogada entre aquella marea de caras desconocidas, cambiaba con el marqués miradas de honda tristeza cuando la oleada se hacía demasiado cenagosa, mostrando cabezas que revelaban todos los crímenes del dinero. Durante cerca de media hora desfiló aquel gentío, los apretones de manos llovieron como el granizo, y los recién casados y las dos familias acabaron con los brazos rendidos. Sin embargo, había gente que se quedaba allí; formábanse grupos que charlaban y se divertían. Y Monferrand se vio enseguida muy rodeado.

Massot hizo observar a Dutheil el afán con que el fiscal del Supremo, Lehmann, se acercaba a hacerle la corte. Casi enseguida el juez de Instrucción, Amadiou, hizo lo mismo, y el señor de Larombardière, vicepresidente de la Cámara, un hombre arisco, sin embargo asiduo concurrente al salón de la

condesa, se unió al grupo. Era la magistratura, forzosamente adulatora y obediente, entregada al poder que nombra y destituye. Se decía que Lehmann había prestado servicios a Monferrand en el asunto de los Ferrocarriles africanos, haciendo desaparecer ciertos expedientes. En cuanto al sonriente Amadiou, tan parisiense, ¿no era a él a quien se debía la cabeza de Salvat?

—Sabrá usted —murmuró Massot— que los tres vienen a que les den las gracias por su guillotinado de ayer; Monferrand le debe un buen cirio a ese miserable, que primero impidió la caída del ministerio con su bomba y más tarde ha hecho que le diesen la presidencia del Consejo, cuando se trataba de contar con un hombre de mano lo bastante dura para sofocar el anarquismo. ¿Eh? Bonita lucha: Monferrand por un lado y el tal Salvat por otro... Era necesario que cayera una cabeza. ¡Mire!, escúchelos, están hablando de eso.

En efecto, los tres magistrados que iban a saludar al ministro omnipotente eran interrogados por unas señoras amigas suyas, a quienes el relato de los periódicos había aguzado la curiosidad. Y Amadiou, que había asistido por obligación a la ejecución, respondía, satisfecho de aquella su última importancia, resuelto a acabar con lo que él llamaba la leyenda de la muerte heroica de Salvat. Según él, aquel malvado no había mostrado ningún valor, sosteniéndose en pie únicamente por orgullo, pero tan lívido, tan sofocado de espanto, que estaba muerto antes de quedar bajo la cuchilla.

—¡Ah! ¡Ésa es la verdad! —exclamó Dutheil—. Yo estaba allí.

Massot le tiró del brazo, indignado, aunque él se burlaba de todo.

—Usted no vio nada, amigo... Salvat murió como un valien-

te. ¡Es estúpido manchar a ese pobre hombre hasta en la muerte!

Pero aquella versión de la muerte cobarde de Salvat complacía a demasiada gente. Y era como el último holocausto que ponían a los pies de Monferrand para serles gratos. Él seguía sonriendo con su aspecto apacible, como un buen hombre que tan sólo cede a la necesidad. Se mostró especialmente amable con los tres magistrados, queriendo a su vez agradecerles el valor con que habían cumplido hasta el final su penoso deber. La víspera, después de la ejecución, había obtenido en la Cámara una votación difícil con una mayoría formidable. El orden reinaba en Francia, marchaba todo por buen camino. Y cuando Vignon, que había querido asistir a la boda como buen jugador, se acercó, el ministro le retuvo y le felicitó por coquetería y por táctica, temiendo, a pesar de todo, que el cercano porvenir inmediato perteneciese a aquel muchacho, tan inteligente y comedido. Y después, al darles otro amigo común la noticia del grave estado de Barroux, que parecía desesperado a los médicos, ambos expresaron su compasión. ¡Aquel pobre Barroux! Desde la sesión en que cayera no se había repuesto, empeorando por días, herido en el corazón por la ingratitud del país, muriéndose por aquella abominable acusación de venalidad y de robo. ¡Él, tan recto y leal, que había dado su vida por la República!

—Por eso —repitió Monferrand— no se debe confesar. El público no comprende nunca esa actitud.

En aquel momento, Duvillard, abandonando un poco su papel de padre, vino a reunirse con ellos, y desde aquel momento el triunfo del ministro aumentó con el suyo. ¿No era el amo, el dinero, el único poder estable, eterno, por encima de los poderes efímeros de aquellas carteras de ministro, que pasaban rápidamente de unas manos a otras? Monferrand reinaba y

pasaría; Vignon reinaría y pasaría, aquel Vignon a sus pies ya, convencido de que no se gobernaba sin los millones de la finanza.

Era él el único triunfador, el que compraba en cinco millones a un hijo de la aristocracia, el que encarnaba a la burguesía soberana, reinando como rey absoluto, dueño de la fortuna pública y resuelto en absoluto a no soltar nada de aquello ni ante las bombas.

Aquella fiesta era la suya; se sentaba solo en el festín, sin consentir en un nuevo reparto, ahora que lo había conquistado y poseído todo, dejando a disgusto las migajas de su mesa a los pequeños de abajo, aquellos pobres diablos de obreros, a quienes había engañado en otro tiempo la revolución.

En lo sucesivo, el asunto de los Ferrocarriles africanos era ya un asunto caduco, enterrado en una comisión, escamoteado. Todos los que estaban comprometidos con él, los Dutheil, los Chaigneux, los Fonsègue y tantos otros, reían con verdadero alivio, librados por la influencia de Monferrand, entusiasmados ellos también con el triunfo de Duvillard. No quedaba más afán que por el rumor difundido de la próxima iniciación del gran negocio, aquel famoso Ferrocarril Transahariano, que iba a remover millones y hacerlos llover sobre los amigos fieles.

Mientras que Duvillard departía amistosamente con Monferrand y Dauvergne, el nuevo ministro de Instrucción Pública que se les había unido, Massot, al encontrarse a su redactor jefe, Fonsègue, le dijo a media voz:

—Dutheil acaba de asegurarme que su Transahariano está a punto y que van a intentar presentarlo en la Cámara. Se creen seguros del éxito.

Pero Fonsègue se mostró escéptico.

—No es posible; no se atrevería a reincidir tan pronto.

Sin embargo, la noticia le puso serio. Había pasado tanto miedo de resultas de su imprudencia con los Ferrocarriles africanos, que juró ser más cauto en lo sucesivo. Pero su cautela no llegaba hasta rechazar los negocios. Era preciso esperar, estudiarlos y tomar parte en todos.

El desfile había disminuido, la sacristía se desocupaba un poco, los novios y las dos familias pudieron escapar entre el tropel de gente ruidosa, lenta en irse, que se quedaba rezagada y se detenía con objeto de saludarles y de seguir mirándoles.

Gerardo y Camila, inmediatamente después del banquete, pensaban salir para una finca que Duvillard poseía en el Eure. El banquete, servido a dos pasos de la Magdalena, en el palacete de la calle Godot de Mauroy, fue otra magnificencia. En el primer piso, el comedor estaba transformado en un «buffet» de una abundancia y de una suntuosidad maravillosas; mientras que el gran salón rojo, el saloncito azul-plata, todas aquellas lujosas habitaciones con las puertas abiertas permitía ampliamente la recepción. Aunque habían dicho que estaban invitados sólo los íntimos, hubo allí más de trescientas personas. Los ministros se habían disculpado alegando el abrumador trabajo de los asuntos públicos. Pero volvieron a verse allí diputados, periodistas, magistrados, toda una oleada del río humano que había corrido por la sacristía. Y los más desplazados entre aquellos hambrientos que esperaban ansiosos el hartazgo próximo eran seguramente los escasos invitados de la señora de Quinsac, a quien el general de Bozonnet y el marqués de Morigny habían conducido a un sofá del gran salón rojo y de la que no se separaban.

Eva, deshecha de cansancio, agotadas sus fuerzas físicas y morales, se sentó en el saloncito azul-plata, que su pasión por

las flores había transformado en un gran ramo de rosas. Se hubiera desplomado, el suelo temblaba bajo sus pies, y sin embargo, sonreía aún, mostrándose bella y seductora en cuanto se acercaba a ella un invitado. Sintió una ayuda inesperada al ver a monseñor Martha, que había querido honrar la fiesta con su presencia. Tomó asiento en una silla cerca de ella y empezó a hablar con su tono acariciador, haciendo alarde de una alegría amable. No ignoraba evidentemente el horrible drama, la angustia, inútilmente combatida, que destrozaba esta pobre alma; se mostró paternal, prodigándole sus consue- los. Hablaba ella como una viuda inconsolable que renuncia al mundo, y daba a entender que sólo Dios podía ya satisfa- cerla. Luego recayó la conversación sobre la obra de los Invá- lidos, y ella declaró que estaba resuelta a tomar muy en serio su cargo de presidenta y que en lo sucesivo se consagraría a él de lleno.

—Y a propósito de esto, permítame, monseñor, que le pida un consejo... Necesito alguien que me ayude, y he pensado en llamar a un sacerdote, a quien admiro, a un verdadero santo, el abate Pedro Froment.

El obispo se puso serio y azorado, cuando la princesita de Harth, que pasaba del brazo de Dutheil, oyó aquel nombre, se acercó y dijo, con su fogosidad habitual:

—El abate Pedro Froment... No le he contado, amiga mía, que me lo encontré vestido de paisano y que me han dicho que se paseaba en bicicleta con una muchacha por el Bos- que... ¿Verdad, Dutheil, que le hemos visto?

El diputado asintió sonriendo, mientras que Eva, sobrecogida y trastornada, juntaba sus manos.

—¿Será posible? ¡Un hombre con tal pasión caritativa, de una fe y de un fervor de apóstol!

Monseñor intervino al fin:

—Sí, sí; la Iglesia sufre a veces grandes tristezas. He sabido la locura del desgraciado de que usted me habla, y me he creído en el deber de escribirle, y ha dejado mi carta sin contestación. ¡Me hubiera agradado tanto evitar semejante escándalo! Pero hay fuerzas abominables que no siempre podemos vencer, y el Arzobispado ha decretado hace unos días la censura... Habrá que elegir otra persona, señora.

Fue un desastre. Eva miraba a Rosamunda y a Dutheil, sin atreverse a pedirles detalles, pensando en aquella muchacha que se había atrevido a seducir a un sacerdote. ¡Alguna mujerzuela impúdica, seguramente; alguna de esas perturbadas, enloquecidas carnalmente! ¡Y le pareció que semejante crimen colmaba su propia desdicha!...

Murmuró con un gesto que tomaba por testigo a su gran lujo, al perfume de las rosas en que estaba sumida, a sus numerosos invitados, que se atropellaban en el buffet.

—¡Ah! Decididamente, no hay más que corrupción; no se puede ya contar con nadie.

En aquellos momentos, Camila, a punto de partir con Gerardo, se hallaba sola en su habitación de soltera, cuando entró su hermano Jacinto.

—¡Por fin apareces, pequeño! Date prisa si quieres darme un beso. Me fugo, y bien contenta.

La besó, y luego, doctoralmente:

—Te creía más fuerte. Desde esta mañana demuestras una alegría que me repugna.

Se limitó ella a mirarle con un tranquilo desprecio, y él añadió:

—Sabes perfectamente que a tu Gerardo, a quien tú devoras

con los ojos, te lo quitará ella en cuanto volváis.

Sus mejillas palidieron, centellearon sus ojos... y yendo hacia su hermano, con los puños cerrados, exclamó:

—¡Ella! ¿Dices que me lo quitará?

Hablaban de su madre.

—Escucha, pequeño: la mataré antes. ¡Ah! ¡No! Que no cuente con esa porquería, porque el hombre que es mío, ¿sabes?, sé guardarlo... ¡Y tú harás bien en no molestarme con tus maldades, porque ya sabes que te conozco y sé que no eres más que una mujerzuela y un necio!

Retrocedió, como si una víbora alzase ante él su estrecha cabeza aguda y negra; prefirió batirse en retirada, porque había temblado siempre delante de ella.

Y entonces, mientras los últimos invitados se encarnizaban acabando de saquear el buffet, se efectuaron las despedidas, y los recién casados dijeron adiós para subir al coche que debía llevarlos a la estación.

El general de Bozonnet, en un grupo, manifestaba una vez más su apenado sentimiento acerca del servicio militar obligatorio; fue preciso que el marqués de Morigny se lo llevase en el momento en que la condesa de Quinsac abrazaba a su hijo y a su nuera Camila con manos temblorosas y tan emocionadas, que el marqués se permitió el atrevimiento de sostenerla compasivamente.

Y llegó, por último, la despedida de Eva, junto a la que se había quedado monseñor Martha, siempre sonriendo. Se mostró de un valor conmovedor y encontró fuerzas en su voluntad de mostrarse bella hasta el final. Lo cual la permitió estar alegre y maternal. Cogió la mano, cohibida y un poco temblorosa, de Gerardo; se atrevió a tenerla un instante en la suya y llena de bondad verdaderamente heroica en su renunciamiento.

to.

—Hasta la vista, Gerardo; que sea usted dichoso.

Luego se volvió hacia Camila y la besó en las mejillas, mientras monseñor las miraba a las dos bondadosamente, con gesto de simpática indulgencia.

—Adiós, hija mía.

—Hasta la vista, mamá.

Pero las voces temblaban, las miradas se habían cruzado con reflejos de espada y ambas sintieron los dientes bajo el beso. ¡Aquella rabia de verla siempre bella, deseable aún, a pesar de los años y de las lágrimas! ¡Y para la otra, qué tortura aquella hija joven, aquella juventud que había acabado por vencerla y que la quitaba para siempre su amor! El mutuo perdón era imposible; se aborrecerían hasta el panteón de familia, donde reposarían juntas algún día.

Por la noche, sin embargo, la baronesa se disculpó de no poder asistir a la representación de «Polyeucte». Estaba cansada; quería acostarse temprano; y hundida su cabeza en la almohada lloró toda la noche.

El palco, un proscenio platea, lo ocuparon solamente el barón, Jacinto, Dutheil y la princesita de Harth.

Desde las nueve la sala estaba llena, una sala rumorosa y espléndida, de las grandes solemnidades teatrales. Todo el París que por la mañana desfilara en la Magdalena estaba allí, con la misma curiosidad febril, la misma afición a lo imprevisto, hacia lo extraordinario; podían reconocerse allí las mismas caras, iguales sonrisas, damas saludándose con un gesto de inteligencia, caballeros entendiéndose a medias palabras. Todas y todos eran fieles a la cita: espaldas desnudas, ojales floridos, en una fiesta deslumbradora. Fonsègue ocupaba el palco de «El Globo» con dos amigos. Massot ocupaba su butaca

de patio habitual. Allí estaba el juez de instrucción, Amadiou, uno de los asiduos concurrentes a la Comedia, así como el general de Bozonnet y el fiscal del Supremo, Lehmann. Cuando aparecieron en el proscenio frontero al de Duvillard los dos ministros Monferrand y Dauvergne, se oyó un ligero murmullo, las sonrisas fueron más íntimas y divertidas, pues nadie ignoraba la parte que les correspondía en el éxito de la debutante.

Sin embargo, corrían malos vientos; hasta el día anterior, desde su diario, había dicho que el debut de Silviana en la Comedia francesa y en aquel papel de Paulina, de tan elevada nobleza moral, era una verdadera provocación al pudor público. El extravagante capricho de una linda muchacha había sublevado desde hacía mucho tiempo a la prensa. Pero se hablaba de ello hacía seis meses, y París, que acababa por acostumbrarse, acudía allí, arrastrado por su única necesidad: la de distraerse. Antes de levantarse el telón, Sanier parecía un buen chico, bromista y alegre, burlándose por los rincones y dispuesto a aplaudir si aquello le agradaba.

Y fue realmente algo extraordinario. Cuando Silviana apareció en el primer acto, castamente envuelta, sorprendió al público con el óvalo puro de su cara virginal, de boca inocente y ojos de candor inmaculado. Su modo de comprender el papel asombró primero y luego encantó. A partir de sus confidencias con Estratonice y del monólogo del sueño, hizo ella de Paulina una figura mística, elevada por el ensueño, una especie de santa de vitral, a quien la Brunilda de Wágner, cabalgando en las nubes, habría llevado a su gruta. Aquello era completamente falso, contra toda razón y toda verdad. El público parecía interesarse más todavía, obediente a la moda, pero excitado evidentemente más aún por el contraste entre aquel lirio inocente y la cortesana de gustos pervertidos.

Desde aquel momento el éxito fue aumentando en todos los actos: en el segundo, durante su explicación con Severo; en el tercero, en su escena con Félix; hasta llegar al cuarto, en la escena con Polyeucte, y después en la escena con Severo, de una nobleza trágica tan conmovedora. Un silbido ligero, del que se acusó a Sanier, afianzó el triunfo. Monferrand y Dauvergne, como contaron los periódicos, iniciaron los aplausos, y todo el teatro se enardeció; París entero aplaudió, mitad por diversión, mitad por ironía, quizá dedicando también aquel homenaje a la fastuosidad de Duvillard y a la mano férrea de aquel ministerio Silviana, acerca del cual se bromeaba en los entreactos.

En el proscenio del barón había un barullo y una animación extraordinarios.

Desde aquel momento, el éxito fue aumentando en todos los actos.

En el fondo del palco, Rosamunda deliraba de entusiasmo.

—Querido Jacinto, se lo suplico: lléveme al camerino de Silviana. No puedo esperar, tengo que abrazarla.

—Si vamos a ir todos —respondió Duvillard, que lo había oído.

Los pasillos estaban rebosantes, la gente se apretujaba hasta en el escenario. Hubo un obstáculo; la puerta del camerino estaba cerrada, y al llamar el barón, una doncella contestó que la señora rogaba a aquellos señores que esperasen.

—¡Ah! Pero yo soy mujer, y eso no importa —dijo Rosamunda, metiéndose dentro—. Venga usted, Jacinto; usted tampoco importa que entre.

Silviana, medio desnuda, se hacía secar los hombros y el pecho del calor que tenía. Exaltada, Rosamunda se arrojó sobre ella y la besó. Charlaron con las bocas casi juntas en el res-

plandor del gas y el mareo de las flores, que llenaban la reducida habitación. Y en medio de las ardientes palabras de admiración y ternura, Jacinto oyó que se citaban a la salida, terminando Silviana por invitar a Rosamunda a tomar una taza de té en su casa.

Y le dijo a la actriz, con una sonrisa complaciente:

—Le espera su coche en la esquina de la calle de Montpensier, ¿verdad? ¡Pues yo me encargo de llevar allí a la princesa! Es más sencillo que regresen ustedes juntas.

—¡Ah! ¡Qué encantador es usted! —exclamó Rosamunda—. De acuerdo, entonces.

Abrieron la puerta y entraron los hombres, deshaciéndose en elogios. Tuvieron que volver enseguida a la sala, para el quinto acto.

Y fue el triunfo; la sala se vino abajo de aplausos cuando Silviana declamó el famoso: «Veo, sé, creo, estoy desengañada», con un arrebató de mártir que sube al cielo. Era toda alma. Cuando llamaron a los artistas a escena, París hizo una última ovación a aquella virgen teatral, que hacía tan bien la golfa de ciudad, según frase de Sanier.

Duvillard cruzó inmediatamente los bastidores con Dutheil, para recoger a Silviana, mientras Jacinto acompañaba a Rosamunda al coche, parado en la esquina de la calle Montpensier. Después esperó allí. Y pareció divertirse mucho cuando al llegar su padre con Silviana se vio detenido por un gesto de ésta, al ir a subir a su vez.

La carita sonriente de Rosamunda apareció en el fondo de la berlina. Él se quedó boquiabierto mientras arrancaba el coche, llevándose a las dos mujeres. ¡Él, que venía haciendo méritos desde hacía tantos días para obtener su perdón!

—¿Qué quiere usted, amigo mío? —explicó Jacinto a Dut-

heil, un poco extrañado él también—. Estaba de ella hasta la coronilla, y se la he regalado a Silviana.

Jacinto se llevó a su padre, que aturdido seguía en la acera, reconfortándole, como un camarada sensato para quien la mujer era un animal impuro y bajo.

Y los dos hombres, que querían andar, subieron la avenida de la Opera, vacía y triste a aquellas horas, fumando y conversando con dejadez, mientras que sobre París, adormecido, pasaba un lamento inmenso, la agonía de un mundo.

III

DESPUÉS de la ejecución de Salvat, Guillermo había caído en un gran mutismo. Parecía preocupado, distante. Se pasaba las horas trabajando, fabricando aquella pólvora tan peligrosa, con la fórmula que sólo él conocía; con unas manipulaciones de tan extremada delicadeza, que no quena que nadie le ayudase. Después salía y regresaba rendido por sus largos paseos solitarios. Entre los suyos seguía siendo muy cariñoso y se esforzaba en sonreír. Pero parecía estar siempre en otro mundo y se estremecía cuando le dirigían la palabra. Pedro entonces supuso que su hermano había contado demasiado con el heroísmo de su renunciamiento y que la pérdida de María le era intolerable. ¿No era ella quien le obsesionaba, a quien adoraba, a medida que se iba acercando la fecha de la boda? Se atrevió una noche a confiarse a él, ofreciéndole nuevamente marcharse y desaparecer.

A las primeras palabras, Guillermo le detuvo con un grito de ternura.

—¡María! ¡Ah!, hermano mío, os quiero demasiado para lamentar lo que he hecho. No, no; vosotros sólo me dais alegría, sois todo mi valor, mi fuerza, ahora que sé que sois dichosos los dos... Te aseguro que te equivocas, no tengo absolutamente nada, es, sin duda, el trabajo, que me absorbe un poco.

Aquella noche quiso reaccionar e hizo gala de una alegría encantadora. En la comida, pregunto si vendría pronto el mueblista, para las dos habitaciones destinadas a los novios, que ocupaba María encima del laboratorio.

Ésta, que esperaba apacible y sonriente, sin prisa ni desasosiego desde que estaba decidida la boda, dijo alegremente

todo lo que deseaba: una alcoba roja, tapizada de andrinópolis, a peseta el metro; los muebles, de pino barnizado, que le harían creer que estaba en el campo, y por último, un tapiz en el suelo, porque un tapiz era para ella el colmo del lujo.

Y se reían todos: Guillermo, divertido y paternal; mientras que Pedro, a quien aquella cordialidad servía de alivio, se convencía de su error.

Pero al día siguiente, Guillermo recayó de nuevo en su abstracción. Pedro volvió a sentir la misma inquietud, al observar que Abuela, también, no había estado nunca tan silenciosa, de un mutismo tan serio. No atreviéndose a interrogarla, al principio se le ocurrió sonsacar, en vano, a los tres hijos mayores; pues ni Tomás, ni Francisco, ni Antonio sabían nada ni querían saber nada. Se pasaban los días dedicados cada uno a su trabajo, con una serenidad sonriente, respetando y adorando a su padre simplemente. Aun viviendo a su lado no le hacían ninguna pregunta sobre sus trabajos o sus proyectos, convencidos de que lo que él hacía tenía forzosamente que estar bien y que ser justo, dispuestos a ayudarle, sin titubear, a la primera llamada.

Pero era evidente que él les evitaba todo peligro, reservándose para sí todos los sacrificios, y sólo Abuela era su confidente, la que él consultaba y a quien acaso escuchaba. Por eso Pedro, renunciando a enterarse de nada por los hijos, ya no se preocupó más que de la rígida seriedad en que la veía, sobre todo cuando le pareció haber sorprendido frecuentes conversaciones entre Guillermo y ella, en la habitación de arriba, junto a la de María. Se encerraban. Allí debían dedicarse a largos trabajos, durante los cuales la habitación parecía muerta, sin una señal de vida.

Luego Pedro vio un día salir de ella a Guillermo, con una maletita de aspecto muy pesado. Enseguida recordó la confiden-

cia de su hermano, aquella pólvora, una libra de la cual podía hacer saltar una catedral; aquel artefacto destructor que él quería donar a la Francia bélica para asegurar el triunfo de ésta sobre las demás naciones y hacer de ella después la iniciadora, la libertadora. Recordó que Abuela estaba sola en el secreto, que había dormido durante mucho tiempo sobre unos cartuchos del terrible explosivo, cuando Guillermo se temía una visita de la Policía. ¿Por qué trasladaba él la cantidad de pólvora que fabricaba desde hacía algún tiempo? Una sospecha, un sordo temor le dio alientos para preguntar de repente a su hermano:

—¿Temes algo para no guardar aquí nada? Si tienes cosas que te estorben, ya sabes que puedes contar con mi casa, adonde nadie irá a registrar.

Guillermo, sorprendido, le miró fijamente.

—Sí... He sabido que las detenciones y los registros han vuelto a empezar, desde que guillotinaron a aquel desgraciado, ante el temor en que viven de que un desesperado le venga. Además, no es nada prudente guardar aquí materias de tal potencia destructora. Prefiero llevarlas a un sitio seguro... A Neuilly. ¡No, por Dios, hermano mío! Eso no es un regalo para ti.

Hablaba tranquilamente y apenas tuvo un ligero estremecimiento.

—Entonces —continuó Pedro—, ¿está todo preparado? ¿Vas a entregar pronto tu invento al Ministerio de la Guerra?

Se notó una vacilación en el fondo de sus ojos francos, y estuvo a punto de mentir. Luego dijo tranquilamente:

—No, ya he renunciado a eso... Tengo otra idea.

Dijo esto de un modo tan terriblemente resuelto, que Pedro no se atrevió a preguntarle más ni averiguar cuál era aquella otra

idea. Pero a partir de aquel minuto una espera inquietante le dominó; sintió hora tras hora en medio del gran silencio de Abuela, en el rostro cada vez más heroico y franco de Guillermo, nacer allí, crecer y desbordarse por París entero la enorme y terrible cosa.

Un atardecer, Pedro y Tomás se dirigieron al gran taller acristalado que el gran escultor Jahan se había arreglado para esculpir allí el ángel colosal que le habían encargado, entre los hangares, los talleres, los barracones de todas clases que eran necesarios para terminar la basílica del Sagrado Corazón. Había allí extensos solares, atestados de materiales, en medio de un caos extraordinario de piedras de construcción, vigas y máquinas, y en espera de que llegasen los cavadores a hacer la última limpieza, en los alrededores quedaban zanjas abiertas, se desmoronaban escaleras, y unas puertas, cerradas con una simple valla, conducían todavía a los cimientos de la iglesia.

Tomás se había parado delante del taller de Jahan; señaló una de aquellas puertas, por donde se bajaba a las obras de cimentación.

—No se le había ocurrido a usted nunca visitar los cimientos de la basílica. Es todo un mundo, no hay nada más interesante. Se ha tragado millones. Han tenido que buscar el suelo firme en el fondo de la colina; han abierto más de ochenta pozos, en los cuales han echado hormigón para asentar la iglesia sobre esas ochenta columnas subterráneas... No se las ve, pero son ellas las que sostienen por encima de París ese absurdo y afrentoso monumento.

Pedro se acercó a la valla y se detuvo allí a contemplar, detrás de una puerta abierta, una especie de rellano oscuro, desde el cual se hundía una escalera. Pensaba en aquellas columnas invisibles, en tanta energía tenaz, en todo el afán dominador

que sostiene en pie al edificio.

Tomás se vio precisado a llamarle.

—Démonos prisa, ya anochece; no podríamos ver nada.

Antonio había quedado en esperarle en casa de Jahan, quien deseaba enseñarles una nueva maqueta. Cuando entraron estaban trabajando todavía los dos ayudantes en el ángel monumental, cuyas alas acababan de desbastar en lo alto de un andamio, mientras que el escultor, sentado en una silla baja, con los brazos medio desnudos y las manos manchados de barro, estaba absorto en la contemplación de una figura de un metro de altura, en la que acababa de trabajar.

—¡Ah, son ustedes! Antonio les estaba esperando desde hace más de media hora. Me parece que ha salido con Lisa a ver ponerse el sol sobre París. Ahora volverán.

Volvió a encerrarse en su mutismo, inmóvil, con los ojos fijos en su obra.

Era una figura de mujer, desnuda, de pie, alta, de tan augusta majestad en la sencillez de sus líneas, que parecía gigantesca. Su cabellera, suelta y fecunda como los rayos de su faz, de cuya belleza soberana resplandecía, parecida al sol. Sus brazos, ligeramente extendidos, no tenían tan sólo un gesto de ofrenda y de acogida. Jahan volvió a hablar lentamente, entregado a su ensueño.

—Recordarán ustedes que yo quería modelar la pareja de la Fecundidad, que ya han visto ustedes. De flancos robustos, capaces de contener un mundo. Y tenía una caridad, cuyo barro dejé secar, de lo ligera, vulgar y amanerada que me parecía; se me ocurrió entonces la idea de hacer una justicia. Pero sin espada ni balanza, ¡eso nunca! No era esa justicia, vestida de toga y con birrete, la que me enardecía. Yo estaba obsesionado por la otra, por esa que esperan los humildes, los

que sufren, por la que puede traernos un poco de orden y de felicidad... Y así la he concebido. Desnuda, sencilla y grande. Es el sol, un sol de belleza, de armonía y de fuerza, porque el sol es la única justicia brillando en el cielo para todos, dando, lo mismo al pobre que al rico, su magnificencia, su luz y su calor, que son la fuente de toda vida... Pero eso, como ustedes ven, se da por igual; con sus manos extendidas acoge a la humanidad entera, le ofrenda el don de la vida eterna en la eterna belleza. ¡Ah, ser bello, fuerte, justo, es todo mi sueño!

Volvió a encender su pipa y prorrumpió en una carcajada.

—En fin, yo creo que esta buena mujer está bien asentada..., ¿eh? ¿Qué les parece a ustedes?

Los dos visitantes le hicieron grandes elogios; Pedro se sentía muy emocionado al encontrar en aquella fantasía de un artista el pensamiento que le preocupaba hacía tanto tiempo, la era cercana de la justicia, sobre las ruinas de este mundo, que la caridad, después de siglos de experiencia, no había podido salvar del derrumbamiento final.

El escultor explicaba alegremente que estaba haciendo su maqueta para consolarse un poco del gran maniquí del ángel, cuya vulgaridad impuesta le desesperaba. Acababan de hacerle todavía algunas observaciones sobre los pliegues de la túnica, que señalaban demasiado los muslos, y había tenido que modificar todo el ropaje.

—¡Todo lo que quieran! —exclamó—. No es ya mi obra, es un encargo que realizo, como hace el albañil una pared. No existe ya arte religioso, la incredulidad y la bestialidad le han matado... y si el arte social, el arte humano pudiese renacer, ¡ah, qué gloria poder ser uno de sus heraldos!

Se interrumpió. ¿Dónde diablos se habían metido los chicos

Antonio y Lisa? Abrió de par en par la puerta del estudio, y en los desmontes, entre los escombros, se veían los finos perfiles de Antonio, muy fornido, y de Lisa, muy frágil y pequeña, destacándose sobre la inmensidad de París, dorado por la puesta de sol. La sostenía con su brazo robusto de joven coloso, habiéndola andar sin que se cansase; mientras con su gracia fina, de chiquilla desarrollada al fin, ya mujer, levantaba los ojos hacia los suyos, con una sonrisa de infinita gratitud, entregándose para siempre.

—¡Ah!, mírenlos, ya vuelven... Sabrán ustedes que el milagro es hoy completo. ¡Cómo expresarles mi alegría! Lisa me desesperaba, había renunciado incluso a enseñarle a leer, la dejaba los días enteros en un rincón, con las piernas y la lengua trabadas, como una inocente... Y de pronto llega su hermano y se las ha compuesto no sé cómo. La muchacha le ha escuchado, le ha comprendido, se ha puesto a leer y a escribir con él, se ha vuelto alegre e inteligente. Luego, como sus piernas no se desentumecían y seguía teniendo el aspecto anormal de enana doliente, él comenzó por traerla aquí en brazos, la obligó a andar sosteniéndola, hasta el punto de que hoy anda al fin sola. Ha crecido evidentemente en una semana, se ha puesto esbelta y encantadora... Sí, sí, les aseguro que es un segundo nacimiento, una verdadera creación. Mírenlos.

Antonio y Lisa se adelantaban siempre, con lentitud. ¡Qué vida les prestaba el viento nocturno que subía de la gran ciudad, resplandeciente y caldeada por el sol! Si él había escogido para educarla aquel sitio, de un horizonte sublime y donde el aire libre arrastraba tantos gérmenes, era sin duda porque en ninguna parte del mundo habría podido insuflarla más alma ni más fuerza. La amada acababa de ser moldeada por el amante. Había cogido a la mujer dormida, sin movimiento ni

inteligencia; luego la había despertado, la había creado, la había amado, para ser amado por ella. Era su obra, era él.

—¿Qué, hermanita, no estás ya cansada?

Sonrió ella con sonrisa divina.

—¡Oh, no! Es tan bueno y tan hermoso andar así, hacia adelante... Yo quiero ir así siempre, con Antonio, sencillamente.

Rieron todos, y Jahan dijo con tono de buen humor:

—Esperemos que no te lleve tan lejos. Habéis llegado ahora y no seré yo quien os impida ser felices.

Antonio se había detenido ante la figura de la Justicia, a la que el día agonizante parecía prestar un estremecimiento de vida. En aquella hora dulce le exaltaba tan sensibilidad artística, que asomaron lágrimas en sus ojos. Y murmuró:

—¡Oh, divina sencillez, divina belleza!

Había terminado recientemente una talla en madera copiando a Lisa, con un libro en la mano, despierta a la inteligencia, al amor, que era una obra de arte llena de verdad y de emoción.

Aquella vez había realizado su deseo, trabajando la madera directamente frente al modelo. Estaba en un momento de esperanza infinita, soñando grandes obras originales, en las que haría vivir para siempre a toda su época. Pero Tomás quería regresar. Estrecharon la mano de Jahan, quien, terminada ya su jornada, se ponía el abrigo para acompañar a su hermana Lisa a su casa de la calle del Calvario.

—Hasta mañana, Lisa —dijo Antonio inclinándose para besarla. Se empinó ella, entregándole sus ojos, que él había abierto a la vida.

—Hasta mañana, Antonio.

Afuera caía la tarde. Pedro, que salió el primero, tuvo en

aquel minuto vago una visión, que por lo inesperada, al principio le desconcertó. Vio claramente a su hermano Guillermo saliendo por la puerta, por la cavidad abierta que bajaba a los cimientos de la basílica. Le vio saltar rápidamente la valla y fingir luego que estaba allí casualmente, como si viniera de la calle Lamarck. Cuando abordó a sus dos hijos, como si estuviese encantado con el encuentro, contándoles que subía de París, Pedro se preguntó si habría soñado. Pero una mirada inquieta que le lanzó su hermano le devolvió su certeza. Sintió entonces un gran desasosiego ante aquel hombre que no mentía jamás, una angustia recelosa de estar al fin sobre la pista de todo cuanto temía, de todo lo que sentía desde hacía algún tiempo incubarse de formidable en la casita de paz y de trabajo.

Aquella noche, cuando Guillermo, sus dos hijos y su hermano entraban de nuevo en el amplio taller, abierto sobre París, estaba tan oscuro, que lo creyeron vacío. No habían encendido todavía las luces.

—¡Hombre! —exclamó Guillermo—. No hay nadie.

La voz de Francisco, tranquila y un poco baja, salió de la sombra.

—Sí, estoy yo aquí.

Se había quedado sentado ante su mesa, y no viendo ya bien para leer, apartando sus ojos del libro, meditaba, con la barbilla apoyada en la mano, la mirada perdida a lo lejos hacia París, envuelto poco a poco en tinieblas. Durante toda la tarde había trabajado sin levantar cabeza.

Se acercaba la época de su examen y vivía en una tensión cerebral continua, la mayor que podía dar. Y aquella soledad, aquella sombra las llenaba totalmente aquel muchacho, inmóvil, con la cara sobre su libro.

—¡Cómo! ¿Estás ahí? ¿Trabajas? —volvió a decir su padre—. ¿Por qué no has pedido una luz?

—Estaba contemplando París —contestó Francisco lentamente—. Es curioso cómo va cayendo la noche gradualmente, sabiamente. El último barrio iluminado por el sol ha sido allá lejos, en la montaña de Santa Genoveva, esa explanada del Panteón donde han crecido la ciencia y la cultura. Las escuelas, las bibliotecas, los laboratorios, siguen todavía dorados por un rayo de sol, cuando ya los barrios industriales están sumidos en las tinieblas. No quiero decir que el astro nos quiera más a los de la Escuela Normal, pero os aseguro que se queda rezagado sobre nuestros tejados cuando ya no da en ninguna parte.

Se echó a reír de su ocurrencia, aunque se notaba, sin embargo, su ardiente fe en el esfuerzo cerebral, toda su vida consagrada a aquel trabajo intelectual que, según él, podía únicamente aportar la verdad, decidir la justicia, crear la felicidad.

Reinó el silencio. París se sumía cada vez más en la noche, negro, inmenso, misterioso. Uno a uno centellearon unos puntitos.

—Se encienden las luces —dijo Francisco—. Se reanuda el trabajo en todas partes.

Guillermo, que también soñaba obsesionado con su idea fija, dijo:

—¡El trabajo, sí, sin duda! Pero para que dé todo su fruto necesita una voluntad que lo secunde. Hay algo superior al trabajo.

Tomás y Antonio se habían acercado y Francisco preguntó en nombre de los otros y en el suyo:

—¿El qué, padre?

—La acción.

Los tres hijos se callaron un instante invadidos por la solemnidad del momento, estremecidos por las grandes oleadas oscuras que subían del océano indistinto de la ciudad. Después, una voz juvenil, que no se supo de quién era, respondió:

—La acción es tan sólo trabajo.

Pedro sintió crecer más aún su inquietud, pues no sentía la paz respetuosa, la fe honda de los tres hijos mayores. De nuevo la enorme y terrible cosa acababa de alzarse enigmática. Y pasaba un inmenso escalofrío en la oscuridad, ya completa ante aquel París negro, donde las luces se encendían para toda una noche febril de trabajo.

IV

AQUEL día iba a celebrarse una gran ceremonia en la basílica del Sagrado Corazón; diez mil peregrinos asistirían a una bendición solemne con el Santísimo Sacramento; en espera de las cuatro, la hora señalada, Montmartre se vería invadido, sus cuestas estarían llenas de gente, serían asaltadas las tiendas de objetos religiosos, los puestos de bebidas se pondrían rebosantes. Toda una verdadera feria, mientras la campana, la «Saboyana», repicaría al vuelo sobre aquel gentío en pleno regocijo.

Al entrar Pedro por la mañana vio que Guillermo y Abuela estaban solos; una palabra que oyó le detuvo, le hizo escuchar sin escrúpulos desde detrás de una alta librería del ventanal. Abuela, sentada en su sitio habitual, cerca del ventanal, trabajaba. Guillermo hablaba en voz baja, de pie delante de ella.

—Mire: todo está preparado; hoy es el día.

Ella soltó su labor y alzó los ojos, muy pálida.

—¡Ah! Está usted decidido.

—Sí; irrevocablemente. A las cuatro estaré allí y todo habrá terminado.

—Está bien. Usted es el que manda.

Hubo un terrible silencio. La voz de Guillermo parecía venir de lejos, como si llegase del más allá. Se le sentía incommovible, entregado por entero a su trágico sueño, a su idea fija de mártir, cristalizada de allí en adelante, incrustada en pleno cráneo. Abuela le miraba con sus ojos claros de mujer heroica, envejecida en el sufrimiento de los demás, en la abnegación y el sacrificio de un corazón que se exaltaba a la sola idea del deber. Le había ayudado a disponer los menores de-

talles y conocía, por tanto, su espantoso designio; y si la amante de la justicia que era ella, después de ver y de sufrir tantas iniquidades, admitía la idea de las expiaciones tremendas, el mundo purificado por la llama del volcán, creía demasiado en la necesidad de ser valiente y de vivir en vida hasta el final, para poder encontrar nunca a la muerte buena y fecunda.

—Hijo mío —volvió a decirle quedamente—, he visto crecer su proyecto; no me ha sorprendido ni indignado; lo he acogido como el rayo, como el fuego mismo del cielo, con una pureza y una fuerza soberanas. En todo momento le he animado, he querido ser su conciencia y su voluntad... Pero debo decirle una vez más: no se deserta de la vida.

—Madre, es inútil; he dado mi vida y no puedo retirarla... ¿No quiere usted ya ser mi voluntad, como usted dice, la que debe quedarse y obrar?

Ella contestó a su vez, interrogó con grave lentitud:

—Entonces es inútil que le hable de sus hijos, de mí, de la casa... ¿Ha reflexionado bien? ¿Está usted resuelto?

Como él afirmase, le repitió sencillamente:

—Está bien; es usted el amo... Yo seré la que me quede y obre. No tenga el menor miedo; su testamento está en buenas manos. Todo lo que hemos dispuesto juntos, se cumplirá.

Se callaron de nuevo. Volvió a preguntar:

—¿A las cuatro es el momento de esa bendición?

—Sí, a las cuatro.

Le seguía mirando con sus ojos claros, de una sencillez y una grandeza sobrehumanas, embutida en ligero vestido negro. Aquella mirada, llena de infinito valor y de honda tristeza también, le removió bruscamente de emoción. Sus manos

temblaron; preguntó:

—Madre, ¿quiere usted que la abrace?

—¡Ah, de todo corazón, hijo mío! Si su deber no es el mío, ya ve que lo respeto y que le quiero a usted.

Se abrazaron, y cuando Pedro, helado, se dejó ver, Abuela había reanudado pacíficamente su labor, mientras Guillermo iba y venía, ordenando un poco un estante del laboratorio con su actividad habitual. A mediodía, a la hora del almuerzo, tuvieron que esperar un poco a Tomás, que se había retrasado. Los otros dos hijos mayores, Francisco y Antonio, estaban allí hacía ya mucho rato riendo, enfadándose en broma porque, según decían, se morían de hambre. María había hecho unas natillas, de las que estaba muy orgullosa, afirmando que se lo comerían todo, y que los que llegaran tarde no lo probarían. Por eso, al llegar Tomás fue recibido con un abucheo.

—Pero si no ha sido culpa mía —explicó—. Hice la tontería de subir por la calle de la Barre, y no saben ustedes el gentío entre el que me encontré. Seguramente, los diez mil peregrinos han acampado allí. Me han dicho que habían metido a todos los que podían en el refugio de San José. Los demás han debido dormir fuera. Y en estos momentos están comiendo repartidos por todas partes, en los solares y hasta en las aceras. No se puede pisar por temor a aplastarle la cabeza a alguno.

El almuerzo fue muy alegre, de una alegría que a Pedro le pareció excesiva y como fingida. Sin embargo, los chicos no debían saber nada de la terrible cosa, siempre presente e invisible en el resplandeciente sol de aquella mañana de junio. ¿Era quizá que por momentos, durante los breves silencios entre dos alegres carcajadas, pasaba la verdad, el oscuro pre-

sentimiento de los grandes cariños amenazados por una desgracia?

Guillermo, sin embargo, mostraba su bondadosa sonrisa de siempre, un poco pálido quizá, con la voz dulce como una caricia. Pero Abuela no había estado nunca tan seria ni tan callada en aquella mesa tan fraternal, que ella presidía como una reina madre, obedecida y respetada. Las natillas de María obtuvieron un gran éxito; la felicitaron por ellas, haciéndola ruborizarse. De pronto volvió a reinar un silencio pesado; sopló un frío de muerte, empalideciendo los rostros, mientras las cucharillas vaciaban los platos.

—¡Ah! Ese campaneó —dijo Francisco— es realmente obsesionante. ¡Le pone a uno la cabeza loca, como para estallar!

La «Saboyana» sonaba con un sonido pesado, cuyas ondas obstinadas volaban sobre el inmenso París. Todos la escuchaban.

—¿Es que va a estar tocando así hasta las cuatro? —preguntó María.

—¡Oh! A las cuatro —dijo Tomás—, cuando llegue el momento de la bendición, ya será otra cosa. ¡Gran repique, campaneó de gozo, cántico triunfal!

Guillermo sonreía siempre.

—Sí, sí; los que no quieran que les rompan el tímpano harán bien en cerrar sus ventanas. Lo peor es que París, aunque no quiera oírlo, la oírán de todos modos, hasta desde el Panteón, según me han dicho.

Abuela seguía callada e impassible. Lo que irritaba a Antonio era la abominable imaginaria religiosa que los peregrinos se disputaban, aquel Jesús de bombonera, con el pecho abierto, mostrando un corazón ensangrentado. No había nada de un materialismo más repugnante, ni de una fantasía artística más

baja y grosera.

Se levantaron de la mesa, hablando muy fuerte para poder entenderse con el estruendo de la gran campana.

Enseguida reanudaron todos el trabajo. Abuela se dedicó a su eterna costura, mientras que María, sentada a su lado, bordaba. Los tres hijos, en su trabajo, cada uno por su lado, levantando de vez en cuando la cabeza para cambiar algunas palabras. Hasta las dos y media, Guillermo pareció trabajar también con aire absorto. Sólo Pedro, rendido, con el corazón acongojado, iba y venía; los veía a todos como en una pesadilla, trastornado por las palabras más inocentes, que adquirían para él un sentido terrible. Durante el almuerzo tuvo que fingirse un poco indispuerto, para explicar la desazón que le proporcionaba aquella mesa tan alegre; y ahora esperaba, miraba, escuchaba con una angustia creciente.

Un poco antes de las tres, después de consultar su reloj, cogió tranquilamente su sombrero.

—Bueno, me voy.

Sus tres hijos, Abuela y María levantaron la cabeza.

—Me voy. Hasta luego.

Sin embargo, no se marchaba; Pedro le sintió luchar, resistirse, agitado por una horrible borrasca interna, poniendo todo su esfuerzo en no mostrar ni temblor ni palidez. ¡Ah, cómo debía sufrir al no poder abrazar por última vez a sus tres hijos mayores, para no despertar en ellos ninguna sospecha, que les haría atravesarse ante su muerte! Y se dominó con un supremo heroísmo.

—Hasta la vista, muchachos.

—Adiós, padre. ¿Volverás pronto?

—Sí, sí... No os preocupéis por mí; trabajad mucho.

Abuela no apartaba de él sus ojos fijos, en su silencio soberano. Pero ella le abrazó y le miró; se fundieron sus miradas durante un instante, expresando todo lo que él había deseado, todo lo que ella le prometiera, su ideal común de verdad y de justicia.

—Dime, Guillermo —gritó alegremente María—, si bajas por la calle de los Mártires, ¿quieres hacerme un encargo?

—Claro que quiero.

—Entra entonces en casa de mi modista; avísala que hasta mañana por la mañana no iré a probarme.

Se trataba de su traje de novia, de sedilla gris, de cuyo lujo se burlaba ella. Cuando hablaba de aquel traje se reían todos, y ella la primera.

—Comprendido, hijita —dijo Guillermo, que también se alegró—. El traje de corte de la Cenicienta, el brocado y los encajes de las hadas para que estés muy guapa y seas más feliz.

Pero las risas cesaron, y pareció una vez más que en el brusco silencio pasaba la muerte; un gran rumor de alas, un hálito frío, que dejó helados con su escalofrío los corazones de todos los presentes.

—¡Ah! ¡Ahora es de verdad; hasta luego, hijos míos!

Y salió sin volver la cabeza. Se oyó su paso firme, que se perdía en la arena del jardincito.

Pedro, alegando un pretexto, le siguió dos minutos después.

Para no perderle de vista, no había más remedio que ir pisándole los talones, porque él sabía dónde iba; una certeza íntima, absoluta, le decía que le volvería a ver en aquella puerta que se abría sobre los cimientos de la basílica, de donde le viera salir hacía dos tardes. No trató de buscarle entre la multitud de peregrinos que se dirigían en masa a la iglesia. Se

contentó con darse prisa; llegó al estudio de Jahan, y cuando llegó allí vio, como se suponía, a Guillermo saltar la valla y desaparecer. El barullo y el agolpamiento de semejante concurrencia de fieles le favorecieron a su vez; le permitieron seguir a su hermano y franquear la puerta sin ser visto. Tuvo que pararse un momento, pues los latidos de su corazón le sofocaban. Del estrecho descansillo bajaba una escalera muy empinada, totalmente oscura. Pedro se arriesgó en aquellas tinieblas, cada vez más densas, con infinitas precauciones, pisando suavemente para no hacer el menor ruido. Con la mano en la pared, se guiaba, daba vueltas, se hundía como en un pozo. El descenso no fue muy largo. Cuando sintió la tierra apisonada bajo sus pies, se detuvo, sin atreverse a moverse para no revelar su presencia. Las tinieblas eran espesas como tinta. Un pesado silencio, ni un ruido ya, ni una ráfaga de aire. ¿Cómo orientarse? ¿Qué camino habría que tomar? Dudaba, cuando a veinte pasos delante de él vio brillar una luz, el brusco resplandor de una cerilla. Era Guillermo, que encendía una vela. Reconoció sus anchas espaldas; no tuvo más que seguir la lucecita a lo largo de una especie de pasillo subterráneo de mampostería abovedada. Encontraba interminable el trayecto; le pareció que andaba en sentido norte, bajo la nave de la basílica.

De pronto, la lucecita se detuvo, quedándose fija. Pedro siguió acercándose muy despacio, oculto en la sombra para observar. En medio de una especie de rotonda aplastada bajo la cripta, Guillermo acababa de pegar el extremo de su vela sobre el mismo suelo; se había puesto de rodillas, corriendo una piedra larga y aplastada, que parecía tapar un agujero. Estaban en los cimientos; veíase uno de aquellos pilares, uno de aquellos pozos por los que se había echado hormigón para sostener el edificio. El hoyo se abría junto al pilar mismo, ya

fuese una resquebrajadura natural del terreno, o ya fuese una hendidura profunda producida por el asiento. Se destacaban otros pilares alrededor, que parecían atacar también la grieta, con unas ranuras que se ramificaban en todas direcciones. Pedro, viendo a su hermano agachado así como un minero que examina por última vez la mina que ha preparado antes de prender fuego a la mecha, tuvo la brusca intuición de la enorme y aterradora cosa: unas cantidades enormes del terrible explosivo llevadas allí; veinte viajes hechos con toda precaución, a horas escogidas; toda aquella pólvora echada allí en la grieta junto al pilar, desde donde se había extendido hasta el fondo de las menores hendiduras, llenando el suelo hasta una gran profundidad, formando así una mina natural de una potencia incalculable. Ahora, la pólvora afloraba bajo la piedra que Guillermo acababa de apartar. No había más que echar una cerilla y todo volaría.

Un terror helado clavó en su sitio a Pedro durante un instante. Hubiera sido incapaz de dar un paso ni de lanzar un grito. Veía arriba a la multitud bulliciosa; a los diez mil peregrinos agolpándose en las elevadas naves de la basílica para recibir la bendición del Santísimo Sacramento. La «Saboyana», tocando a todo vuelo; el incienso, humeante; las diez mil voces entonaban un himno solemne, y de pronto, el rayo, el temblor de tierra, el volcán que se abría, tragándose en una oleada de llamas y de humo la iglesia entera con su pueblo de creyentes. Indudablemente, al partirse los pilares de apoyo, al remover el suelo poco firme la fuerza extraordinaria de la explosión, abriría en dos el edificio, lanzando una mitad sobre las cuevas que bajan hacia París, hasta la plaza del Marché muy abajo, mientras que el resto, el ala del ábside, se desplomaría y se destrozaría allí mismo. ¡Qué horrible alud! El bosque destrozado por los andamiajes, la lluvia de materiales gigan-

tescos desplomándose y saltando entre el polvo, cayendo sobre los tejados de abajo; el mismo Montmartre amenazado, por la violencia de la conmoción, con hundirse en un montón inmenso de escombros.

Guillermo se levantó; la vela puesta en el suelo, cuya llama ardía recta y alta, proyectó su gran sombra, que parecía llenar el subterráneo. Aquella pequeña claridad entre tanta negrura era sólo una estrella quieta y triste. Se acercó para ver la hora en su reloj.

Las tres y cinco. Tenía cerca de una hora para esperar; no se daba prisa en la exactitud de su resolución. Se sentó en una piedra y ya no se movió, con su tranquila paciencia. La luz iluminaba su cara pálida, su gran frente de forma de torre, coronada de cabellos blancos, todo aquel rostro enérgico que sus ojos brillantes y su bigote negro todavía hacían parecer juvenil y agraciado. No se estremeció uno solo de sus rasgos; miraba al vacío. En aquel instante supremo, ¿qué pensamientos cruzaban por su cabeza? Ni un temblor; la noche lenta, el silencio eterno y profundo de la tierra.

Y entonces Pedro, conteniendo los latidos de su corazón, se adelantó. Al ruido de sus pasos, Guillermo se levantó amenazador; enseguida reconoció a su hermano y no pareció extrañarse.

—¡Ah! Eres tú; me has seguido... Ya notaba que sabías mi secreto. Es una pena para mí que abuses de él viniendo a buscarme... Debías haberme evitado este último dolor.

Pedro juntó sus manos temblorosas; quiso suplicarle enseguida.

—Hermano, hermano...

—No, no hables todavía. Si te obstinas en ello, te escucharé luego. Tenemos casi una hora por delante y podemos ha-

blar... Pero quisiera que comprendieses la inutilidad de todo lo que crees tener que decirme. Mi resolución es irrevocable; la he discutido mucho tiempo; quiero obrar tan sólo conforme a mi criterio y a mi conciencia.

Y con su aire tranquilo refirió cómo, decidido a un acto grandioso, vaciló largo tiempo para elegir el monumento que destruiría.

La Opera le tentó un momento; después, el huracán de cólera y de justicia barriendo aquel pequeño mundo de gozadores, le pareció de poca significación, como manchado por una baja envidia codiciosa. Pensó en la Bolsa; allí atacaría al dinero que corrompe a la sociedad capitalista, bajo la cual agoniza el proletariado; pero ¿no era aquello también muy limitado y especial? La idea del Palacio de Justicia, de la Sala de lo Criminal sobre todo, le había obsesionado. ¡Qué tentación hacer justicia con nuestra humana justicia; barrer al culpable con los testigos, con el fiscal que le ataca, el abogado que le defiende, los magistrados que le juzgan, el público ocioso, que va allí como a un folletín! ¡Qué cruel ironía aquella justicia elevada y sumaria del volcán tragándose todo, sin pararse en detalles! Pero el proyecto que acarició durante mucho tiempo había sido el volar el Arco del Triunfo. Allí estaba para él el monumento execrable, que perpetuaba el odio entre los pueblos, la falsa gloria, tan sangrienta y que tan caro se pagaba, de los grandes conquistadores. Había que matar a aquel coloso elevado en memoria de horribles matanzas, que habían costado inútilmente tantas vidas. Si hubiera podido hundirlo en el suelo, habría tenido la grandeza heroica de no causar más muerte que la suya, de morir solo, carbonizado, aplastado por el gigante de piedra. ¡Qué sepultura y qué recuerdo legaría al mundo!

—No eran practicables las proximidades —continuó—; no

había ni un subterráneo ni cueva, y tuve que renunciar al proyecto... Y además, consiento en morir solo. ¡Pero qué lección más execrable y más elevada la de la injusta muerte de una turba inocente, de millares de desconocidos que pasan en oleada! Así como nuestras sociedades humanas, con su injusticia, su miseria y la implacable dureza de sus engranajes causan tantas víctimas inocente, es preciso que haya un atentado que pase como un trueno, suprimiendo vidas, al azar de su trayectoria, en su impasible destrucción. Es el pie de un hombre en mitad de un hormiguero.

Indignado, Pedro lanzó un grito de ardorosa protesta:

—¡Oh, hermano, hermano! ¿Eres tú quien dice esas cosas?

Guillermo se contuvo:

—Si he acabado por elegir esta basílica del Sagrado Corazón, es porque la tenía a mano y era fácil de destruir. Pero es también porque me importuna y me exaspera; la he condenado hace ya mucho tiempo... Como te he dicho con frecuencia, no puede imaginarse un disparate más estúpido. París, nuestro gran París, coronado, dominado por este templo, construido para glorificar lo absurdo. ¿No es inadmisibile, después de siglos de ciencia, esta afrenta al simple sentido común, esta insolente ansia de triunfo en la altura, a plena luz? Quieren que París se arrepienta, haga penitencia por ser la ciudad libertadora, de verdad y de justicia. ¡No, no! Hay que barrer todo lo que la entorpezca, todo lo que la injurie en su camino emancipador... ¡Que se desplome el templo con su Dios embaucador y esclavizador! ¡Que aplaste bajo sus ruinas a su pueblo de fieles para que la catástrofe, como uno de los remotos trastornos geológicos, repercuta en las entrañas de la Humanidad, la renueve y la transforme!

—Hermano, hermano —repitió de nuevo Pedro fuera de sí—,

¿eres tú quien habla? ¿Has llegado a ese extremo, tú, el gran sabio, el gran corazón? ¿Qué desastre te ha removido, qué locura te agita, para que pienses y digas esas cosas abominables?... La noche de arrebatada ternura en que nos confesamos el uno al otro, me contaste tu sueño de anarquía ideal, tan elevado y tan arrogante, libre de la vida que, entregada a sus propias fuerzas y por sí sola, crearía la felicidad. Pero ante la idea del robo y del crimen, te indignabas todavía, descartabas el hecho y no hacías sino explicármelo y disculparlo... ¿Qué ha sucedido para que del cerebro pensante te hayas convertido así en la mano atroz que quiere actuar?

—Salvat ha sido guillotinado —dijo simplemente Guillermo—, y he leído su testamento en su última mirada; no soy más que un ejecutor... ¿Que qué ha sucedido? Pues todo lo que me hace sufrir, todo lo que grito hace cuatro meses, es la abominación que nos rodea y que debe terminar.

Hubo un silencio. En la sombra, los dos hermanos, espantados, se miraban, y Pedro entonces comprendió, vio transformarse a Guillermo tal como lo había hecho el terrible viento de contagio revolucionario que había pasado sobre París. Había partido aquello de la dualidad, que le hacía ser contradictorio; por un lado, el sabio, consagrado a la investigación y al ensayo, de una lógica prudente ante la naturaleza; por otro, el soñador obsesionado por la fraternidad, la igualdad y la justicia, exigiendo la felicidad universal en un ardiente afán de ternura. Así había nacido primero el anarquista teórico, aquella mezcla de ciencia y de utopía, la sociedad humana entregada de nuevo a la ley de armonía de los mundos, cada hombre libre en la asociación libre regida sólo por el amor.

Teófilo Morin con Proudhon y Comte, Bache con Saint Simon y Fourier, no habían podido satisfacer su ansia absolutista, ya que todos los sistemas le parecían imperfectos y caóti-

cos, exterminándose unos a otros, llevando a la misma mísera vida. Janzen únicamente le satisfacía, a veces, con sus frases breves, que rebasaban el horizonte como terribles flechas, conquistando la totalidad de la tierra para la familia humana. Luego, en aquel gran corazón, al que la idea de la miseria trastornaba, que el injusto sufrimiento de los pequeños exasperaba, la aventura trágica de Salvat venía a caer como un fermento de suprema rebeldía. Durante largas semanas había vivido con las manos calenturientas, la garganta oprimida con una angustia creciente: aquella bomba de Salvat, cuya conmoción le agitaba aún; los periódicos, de una codicia interminable, se habían encarnizado con el miserable como con un animal rabioso; el hombre acosado, cazado en el bosque, corriendo, cayendo en manos de la Policía, cubierto de barro, muerto de hambre; era luego la Sala de lo Criminal, los jueces, los gendarmes, los testigos, Francia entera, todos contra uno, haciéndole pagar el crimen universal, y era, por último, la guillotina inmundada, monstruosa, consumando la irreparable injusticia en nombre de la justicia humana. Una idea tan sólo subsistía en él, aquella idea de justicia, que le enloquecía, hasta abolirlo todo, en su cerebro de pensador, y hasta no dejar en él más que el resplandor del acto justo, con el cual iba a reparar el mal y asegurar el eterno bien. Salvat le había mirado y su contagio obraba; él no sentía más arrebatos que el de la locura de morir, de dar su sangre y de hacer correr a oleadas la sangre de los demás, para que en medio del horror y del espanto la Humanidad instaurase la edad de oro.

Pedro comprendió la ceguera tozuda de una demencia semejante y le trastornaba la idea de que no la vencería.

—¡Hermano, estás loco!... ¡Hermano, te has vuelto loco! Sopla un viento de violencia; han sido, al principio, de una torpeza demasiado inexorable con ellos, y ahora se vengan unos

de otros... Hermano, escúchame, sal de esa pesadilla. No es posible que tú seas un Salvat que mata, ni un Bergaz que roba. Acuérdate del hotel de Harth, que han desvalijado; de la pobre niña, tan rubia, tan bonita, que vimos nosotros con el vientre abierto, allá abajo... ¡Tú no eres así, tú no puedes ser así, hermano; por piedad, por compasión!

Con un gesto, Guillermo rechazaba aquellas vanas razones, desde el ámbito de la muerte, en que creía ya estar. ¿Qué importaban unas cuantas vidas, que volverían, con la suya, al eterno torrente de la vida? Ni una fase del mundo se había realizado sin que fueran triturados miles de seres.

—Pero tú tenías un gran designio para salvarle con el deber. No te es permitido desaparecer así.

Y febrilmente intentó despertar en él el orgullo del sabio. Habló del secreto que le había confesado, de aquella máquina de guerra, capaz de destruir ejércitos, de pulverizar las ciudades, que él quería ceder a Francia, para que, victoriosa en la próxima guerra, pudiera ser después la libertadora del mundo. ¡Y había abandonado aquel designio, de una grandeza extraordinaria, para utilizar su terrible explosivo en matar inocentes, en derruir una iglesia, que sería reconstruida a fuerza de millones, y de la cual harían un santuario de mártires!

Guillermo sonreía.

—No he abandonado mi designio; lo he transformado simplemente... ¿No te conté mis dudas, mi anhelante lucha? ¡Ah! Creer que tiene uno en sus manos el destino del mundo y temblar, vacilar, preguntándose si está uno seguro de tener la inteligencia, la sensatez de la justa decisión. He temblado ante los vicios de nuestro gran París, ante todas esas culpas recientes que acabamos de presenciar, y me he preguntado si era lo bastante sereno, lo bastante puro para atreverse uno a

concederle la omnipotencia. ¡Y qué desastre si un invento como el mío cayese en manos de un pueblo loco o quizá de un dictador, de un conquistador que se sirviera de él para aterrar a las naciones bajo una esclavitud común!... ¡No, no quiero perpetuar la guerra; quiero matarla!

Explicó su nuevo proyecto con su voz clara, y Pedro tuvo la sorpresa de volver a encontrar en él las ideas que le expuso el general Bozonnet, con un sentido completamente opuesto. La guerra iba hacia su decadencia, amenazada por sus mismos excesos. Con los mercenarios de antaño, con los reclutas después, con la pequeña minoría designada por la suerte, era un estado, una pasión. Pero desde el momento en que todos tienen que pelear, nadie quiere hacerlo. Todas las naciones armadas son el fin próximo de los ejércitos, por la fuerza lógica de las cosas. ¿Cuánto tiempo permanecerán en ese pie de paz moral, aplastadas por un presupuesto creciente, derrochando millares, para que la respetasen? ¿Qué liberación, qué suspiro de alivio el día en que apareciese una máquina formidable aniquilando de un golpe los ejércitos, barriendo ciudades, haciendo la guerra imposible, obligando a los pueblos al desarme general! La guerra quedaría destruida, muerta a su vez; ella, que ha causado tantas muertes. Era un ideal; se exaltaba ante la certeza de realizarlo enseguida.

—Todo está dispuesto. Si muero yo, si desaparezco, es para que triunfe la idea... Estos últimos días me habrás visto encerrarme horas enteras con Abuela; durante tardes enteras estábamos acabando de clasificar los documentos y de ponernos de acuerdo. Ella tiene mis instrucciones. Las ejecutará, dispuesta a dar su vida ella también; no hay un alma más grande ni más valiente... En cuanto yo haya muerto, aplastado por esas piedras; cuando haya oído ella retumbar la explosión en París y marcar una era nueva, enviará a todas las grandes po-

tencias la fórmula del explosivo, los dibujos de la bomba y del cañón especial; carpetas completas que tiene ella en su poder. Así haré a todos los pueblos ese terrible regalo destructor omnipotente, que yo quería hacer a Francia sola primero, para que todos los pueblos igualmente armados con el rayo realicen el desarme ante el terror y la inutilidad de destruirse.

Pedro le escuchaba boquiabierto, como si algún engranaje le martirizase, le triturase, bajo aquella concepción formidable, donde el infantilismo rivalizaba con el talento.

—Si das tu secreto a todos los pueblos, ¿por qué volar esta iglesia, por qué morir?

—¡Para que me crean!

Guillermo lanzó aquel grito de una fuerza extraordinaria y añadió:

—Es preciso que este monumento caiga a tierra conmigo debajo. De otro modo, el ensayo no está hecho si el espanto no clama la horrible fuerza destructiva del explosivo. Me tacharían de inventor, de visionario... Muchos muertos, mucha sangre, para que la sangre deje de correr para siempre.

Luego, con un vasto ademán, insistió en la necesidad de aquel acto.

—Y además, Salvat me ha legado el acto de justicia por realizar. Si he creído ampliarlo más, añadiéndole una significación, sirviéndome de él para precipitar la muerte de la guerra, es que soy un intelectual avanzado, un sabio. Quizá hubiera sido preferible no ser más que un simple de espíritu sencillo, y pasar como el volcán que transforma la tierra, dejando a la vida el cuidado de volver a crear una Humanidad.

El cabo de vela se consumía. Guillermo se levantó de la piedra, de donde no se había movido. Con una mirada consultó

su reloj: quedaban diez minutos. Con el aire que producían sus movimientos, la luz oscilaba. Parecía que las tinieblas se habían hecho más espesas, con la amenaza siempre presente de aquella mina, abierta allí, que una chispa podía hacer explotar.

—Ya casi es la hora... Vamos, hermano mío, abrázame y vete. Sabes cuánto te quiero y el ardiente cariño que se ha despertado hacia ti en mi viejo corazón. Quiéreme, pues, con igual ardor; quiéreme lo suficiente para dejarme morir a mi antojo, conforme a mi deber... Abrázame, abrázame y vete sin volver la cabeza.

Su profundo afecto hacía que le temblase la voz. Luchó conteniendo el llanto; consiguió dominarse, fuera ya del mundo, fuera de la Humanidad.

—No, hermano; no me has convencido —dijo Pedro, sin ocultar sus lágrimas—, y porque te quiero como tú a mí, con todo mi ser, no me iré... Es imposible esta mala acción; tú no puedes ser el loco, el asesino que intentas ser.

—¿Por qué? ¿No soy libre? He entregado mi vida, libre de toda carga, de todo lazo... Mis hijos, ya mayores, están educados y ya no me necesitan. No tenía más cadena en el corazón que María, y te la he dado.

Pedro sintió que se le ocurría un argumento turbador y lo utilizó apasionadamente.

—Entonces, quieres morir por haberme entregado a María. Confiésalo: la sigues amando.

—¡No! —gritó Guillermo—. No la amo ya; te lo juro. Te la he dado; ya no la amo.

—Eso creías; pero, como ves, la amas todavía, puesto que estás ahora trastornado, cuando ninguna de las aterradoras cosas que hemos dicho hace un momento te han emociona-

do... Quieres morir porque has perdido a María.

Vacilante, Guillermo se estremecía, interrogándose con palabras quedas y entrecortadas:

—¡No, no! Sería indigno de mi gran designio que una pena de amor me hubiera impulsado al acto terrible... ¡No, no! ¡Lo he decidido con mi libre corazón; lo realizo sin interés personal, en nombre de la justicia y por la Humanidad, contra la guerra y contra la miseria!

Y con un grito de sufrimiento:

—¡Ah, está mal, hermano, está mal haber venido a envenenar así mi goce de morir! He hecho toda la felicidad que he podido; moría contento de dejaros felices, y ahora amargas mi muerte... ¡No, no! Por mucho que interrogo a mi corazón, no sangra; quiero a María lo mismo que a ti.

Pero seguía turbado, temiendo mentirse a sí mismo. Y poco a poco le invadió una cólera sombría.

—Mira: basta ya, Pedro; la hora apremia... ¡Por última vez: vete! Te lo ordeno, lo quiero.

—Guillermo, no te obedeceré... Me quedo; es muy sencillo: ya que toda mi razón no puede arrancarte de tu demencia, prende fuego a esta mina; moriré contigo.

—¡Morir tú! ¡No tienes derecho; no eres libre!

—Libre o no, te juro que voy a morir contigo. Y si no se trata más que de tirar esta vela a ese agujero, dilo; la cogeré y la tiraré yo mismo.

Hizo un gesto, y su hermano le vio dispuesto a ejecutar su amenaza. Le cogió violentamente del brazo.

—¿Por qué ibas a morir? Sería absurdo. ¡Que mueran otros, pero tú! ¿Para qué esta monstruosidad más? Tratas de enterrecerme y me destrozas el corazón.

Luego creyó en un fingimiento y rugió furioso:

—¡No es para tirarla ahí para lo que quieres la vela, sino para apagarla! Crees que yo no voy ya a poder... ¡Ah, mal hermano!

Pedro gritó a su vez:

—Sí, te impediré por todos los medios que cometas ese acto espantoso e imbécil.

—Me vas a impedir...

—Sí, me apretaré contra ti, enlazaré mis brazos a tus hombros, paralizaré tus manos con las mías.

—¡Me lo impedirás, miserable hermano; crees que me lo impedirás!

Y sofocado, temblando de rabia, Guillermo asió a Pedro, aplastándole las costillas con sus músculos recios. Estaban apretados uno contra otro, mirándose en los ojos, confundiendo sus respiraciones en aquella especie de calabozo subterráneo, que sus grandes sombras movibles llenaban de apariciones feroces. La densa oscuridad les envolvía; la blanquecina vela era tan sólo una lágrima amarilla en medio de las tinieblas. Y fue entonces a aquella profundidad donde el silencio de la tierra, que tan profundamente gravitaba sobre ellos, se estremeció, agitándose poco a poco en ondas sonoras, lejanas, como si la muerte repicase en alguna parte su campana invisible.

—¿Tú oyes? —balbuceó Guillermo—. Es su campana, allá arriba. Ha llegado la hora; me he jurado que actuaría, ¡y tú me lo vas a impedir!

En sus ojos empañados brilló el relámpago fratricida. Se agachó rápidamente, cogió un ladrillo olvidado y lo alzó en el aire con sus dos puños como una maza.

—¡Ah! ¡Eso es lo que quiero! —dijo Pedro—. ¡Mátame, mata a tu hermano antes de matar a los otros!

Ya el ladrillo iba a caer. Pero debieron desviarse los puños y sólo le rozó un hombro. Pedro se desplomó de rodillas en la sombra. Guillermo, enloquecido al verle en el suelo, creyó haberle matado. ¿Qué acababa de suceder entre ellos? ¿Qué había hecho? Permaneció un momento en pie, con la boca abierta y los ojos dilatados por el terror. Miró sus manos, pareciéndole que estaban chorreantes de sangre. Luego apretó con ellas su frente, que estallaba de dolor enorme, como si, una vez arrancada la idea fija, le dejase el cráneo vacío. Súbitamente se desplomó él también con un gran sollozo.

—¡Oh, hermano mío! ¿Qué te he hecho? ¡Soy un monstruo!

Pedro le había cogido entre sus brazos apasionadamente.

—Hermano, no es nada. ¡Te juro que no es nada!... ¡Ah! Lloras al fin. ¡Qué feliz soy! Estás salvado; lo presiento, puesto que lloras... ¡Qué oportuno tu enfado; qué bien que tu cólera se haya llevado tu mal sueño de violencia!

—¡No! ¡Me doy horror! ¡Una fiera que mata a su hermano! ¡Y a los demás, a todos los demás, allá arriba!... ¡Tengo frío! ¡Oh, tengo frío!

Le castañeteaban los dientes; temblaba con un helado escalofrío. Aturdido, parecía despertar de un sueño; y bajo la nueva que acababa de iluminar las cosas, el acto que le había alucinado hasta volverle loco, se le aparecía como un acto de una criminal estupidez, proyectado por otro.

—¡Matarte! —repitió en un susurro—. Nunca me lo perdonaré. Mi vida ha terminado; ya no tendré valor para vivir.

Pedro le estrechó más fuertemente entre sus brazos fraternales.

—¿Qué dices? ¿Es que no va a haber un nuevo lazo de cariño entre nosotros? ¡Ah, sí, hermano! Yo te he salvado como tú me salvaste, y eso nos une más aún... ¿No recuerdas aquella noche en Neuilly, en que me estrechaste contra tu corazón, como te estrecho ahora contra el mío, consolándome? Yo te había confesado mi tormento en el vacío de mis negaciones, y tú me gritabas que era preciso vivir, que era preciso amar... Luego, hermano, has hecho más: te has arrancado del pecho tu amor y me lo has dado. A costa de tu felicidad has querido hacer la mía y me has salvado dándome una fe. ¡Qué felicidad, a mi vez, poder hoy consolarte, salvarte, devolvarte a la vida!

Y los dos hermanos, uno en brazos del otro, siguieron hablando más bajo, bañados en lágrimas. La vela se acabó bruscamente, se extinguió sin que se dieran cuenta. Bajo la oscuridad impenetrable, en medio del silencio, que era de nuevo profundo, soberano, sus lágrimas, de ternura redentora, corrieron indefinidamente. Era en el uno la alegría de haber pagado su deuda de fraternidad; era en el otro, en aquel gran espíritu, en aquel corazón de niño bueno, la emoción de haberse sentido al borde del crimen, en su quimera de amor a la justicia y a la Humanidad. Y había más cosas aún en el fondo de aquellas lágrimas, que les lavaba y les purificaba: protestas contra todos los sufrimientos, anhelos de que fuese aliviada al fin la desgracia del mundo.

Luego, cuando volvió a empujar con el pie la piedra sobre el agujero, Pedro, a tientas, se llevó a Guillermo como a un niño.

En el gran taller, ante el ventanal, Abuela, impasible, no había soltado su costura. A veces, esperando las cuatro, alzaba los ojos hacia el reloj, colgado en la pared de su izquierda; luego los dirigía hacia fuera, hacia la basílica, cuya mole sin

terminar divisaba, entre el armazón gigantesco de los andamios. Su mano lenta sacaba la aguja en largas puntadas regulares; estaba muy pálida, silenciosa, con una serenidad heroica.

María, que bordaba frente a ella, se había levantado ya veinte veces, rompiendo el hilo, impacientándose, presa de una extraña nerviosidad, de un inexplicable malestar, de una inquietud injustificada, según decía ella, cuyo peso le sofocaba el corazón. Pero, sobre todo, los tres hijos mayores no podían estarse quietos, como si les agitase una fiebre contagiosa. Se habían puesto, sin embargo, otra vez a trabajar. Tomás, en su torno, limando una pieza; Francisco y Antonio, en su mesa, el uno procurando absorberse en la solución de un problema, y el otro dibujando un manajo de adormideras, colocadas frente a él; su esfuerzo de atención era inútil; al más ligero ruido se estremecían, levantando la cabeza, interrogándose con la mirada. ¿Cómo? ¿Qué les pasaba? ¿Qué temían para ceder a esos bruscos estremecimientos que pasaban en el claro sol? De vez en cuando se levantaba uno de ellos, se estiraba y volvía a su sitio. No hablaban, no se atrevían a decirse nada en medio del pesado silencio, cada vez más aterrador.

Minutos antes de la cuatro, Abuela experimentó como un cansancio y se abandonó a una meditación. Había mirado una vez más el reloj, y dejando caer la labor sobre sus rodillas, se volvió hacia la basílica. Ya no tenía fuerza más que para esperar; no apartaba sus ojos de aquellos muros enormes, allá lejos, en aquel bosque de vigas, de un orgullo triunfal bajo el cielo azul. De pronto, por fuerte y valiente que fuese, la repentina alegría de la «Savoyana» repicando a vuelo, la conmovió con un estremecimiento. Era la bendición; la multitud de los diez mil peregrinos llenaban la iglesia; iban a dar las cuatro. No pudo resistir el impulso que la ponía en pie y per-

maneció, temblorosa, con la mirada vuelta hacia allá lejos, las manos juntas, en la horrible espera.

—¿Qué tiene usted? —gritó Tomás, que lo notó—. Abuela, ¿por qué tiembla usted?

Francisco y Antonio se habían levantado de sus sillas y se precipitaron hacia ella a su vez.

—¿Se siente usted mal? ¿Qué la hace palidecer a usted, tan animosa?

Pero ella no contestaba. ¡Que la fuerza del explosivo rajara el suelo, llegara a la casita y la arrastrara al cráter ígneo del volcán! Morir todos con el padre, los tres hijos y ella también, era su ardiente deseo, para que no hubiese lágrimas. Y ella esperaba, esperaba, con su temblor invencible, fijos allá lejos sus ojos, claros y valientes.

—¡Abuela, Abuela! —dijo María, trastornada—. Nos asusta usted al no contestarnos y mirar a lo lejos, como si fuera a ocurrir alguna desgracia ahora mismo.

Y de repente, Tomás, Francisco y Antonio lanzaron el mismo grito, con igual angustia en el corazón:

—¡Nuestro padre está en peligro; va a morir!

¿Qué sabían ellos? Nada concreto. A Tomás le extrañaba mucho la cantidad de explosivo que su padre fabricaba, y ni Francisco ni Antonio ignoraban las ideas revolucionarias, el amor ardiente que obsesionaba su cerebro de sabio. Pero en su discreción no le interrogaban nunca, enterados tan sólo de lo que él quería contarles, acatando todos sus actos. Mas de pronto acababan de tener un presentimiento, la certeza de que su padre iba a morir, alguna catástrofe espantosa que flotaba en el aire desde por la mañana, haciéndoles temblar de fiebre, dejándoles incapaces de trabajar.

Y en el obstinado silencio de Abuela pasó de nuevo la muerte, en aquel minuto, el hálito frío, cuyo roce habían sentido ya durante el almuerzo.

Daban las cuatro. Abuela alzó sus manos pálidas en una necesidad de imploración suprema. Y habló al fin.

—Vuestro padre va a morir. No puede salvarle más que el deber de vivir.

Quisieron los tres lanzarse allá lejos, no sabían adónde, derribar los obstáculos, triunfar de la nada. Se consumían ante su impotencia, tan terribles y lastimosos, que ella intentó calmarles:

—Vuestro padre ha querido morir, y su voluntad es morir solo.

Se estremecieron; intentaron también ellos ser héroes. Pero los minutos pasaban y pareció que aquel gran frío se había ido con lento vuelo. A veces, en el crepúsculo, un pájaro nocturno entra por la ventana, lúgubre mensajero, revolotea por la habitación tenebrosa y se decide a marcharse, llevándose su tristeza. Y así ocurría ahora; la basílica seguía en pie; la tierra no se abría para tragársela. Poco a poco, la ansiedad atroz que oprimía sus corazones dejaba paso a la esperanza, la eterna primavera.

Entonces, cuando Guillermo apareció seguido de Pedro, hubo un gran clamor de resurrección, uno solo, que salió de todos los corazones:

—¡Padre!

Sus besos, sus lágrimas acabaron de destrozarle. Tuvo que sentarse. Con una mirada circular volvió a la vida, y esto, como el desesperado a quien acaban de obligar a vivir. Abuela, comprendiendo la amargura de su voluntad muerta, se acercó, le cogió las manos, sonriente, para hacerle compren-

der lo feliz que era viéndole de nuevo aceptar su misión y cumplir su deber de no desertar de la vida.

Él sufría demasiado, destrozado aún. Le evitaron toda explicación. No contó nada; tan sólo, simplemente con un gesto y una frase de cariño, señaló a Pedro como a su salvador.

María saltó desde un rincón al cuello del joven:

—¡Ah! Mi buen Pedro; nunca te he abrazado. Pero quiero que la primera vez sea por algo serio... ¡Te quiero, Pedro, mi buen Pedro; te quiero con todo mi corazón!

Aquella misma tarde, al anochecer, Guillermo y Pedro se quedaron un momento solos en la espaciosa habitación cambiando palabras afectuosas. Los hijos acababan de salir. Abuela y María habían subido a escoger la ropa blanca vieja, mientras que la señora Mathis, que había entregado su labor, esperaba pacientemente, sentada en un rincón oscuro, a que las señoras le bajasen el paquete de ropa que tenía que llevarse para reparar. Los dos hermanos la olvidaron, invadidos uno y otro por la triste dulzura del crepúsculo, hablando en voz baja.

Luego, de repente, una visita les emocionó. Era Janzen, con su cara flaca de Cristo rubio. Venía raras veces, sin que se supiera nunca de qué sombra surgía ni a qué tinieblas iba a volver. Desaparecía durante unos meses y se le volvía a ver de improviso, como un terrible transeúnte de una hora, de pasado desconocido y de vida ignorada.

—Me voy esta noche —dijo con su voz tranquila, cortante como una hoja.

—¿Vuelve usted a Rusia, a su país? —preguntó Guillermo.

Tuvo él una leve sonrisa de desprecio.

—¡Oh! ¡A mi país! En todas partes estoy en mi país. Además,

yo no soy ruso. No quiero ser sino del amplio mundo.

Por ciertas palabras comprendieron los dos hermanos que volvía a España, donde le esperaban algunos compañeros. Había allí mucha labor. Sentado tranquilamente, hablaba con su aire frío, hasta que en el mismo tono de serenidad añadió sin transición:

—Sabrán ustedes que acaban de tirar una bomba en el café del Universo, en los bulevares. Han muerto tres burgueses.

Estremecidos, Guillermo y Pedro pidieron detalles. Entonces contó que él estaba por allí precisamente, que había oído la explosión y visto los cristales del café saltar hechos añicos. Tres hombres yacían en el suelo con el cuerpo destrozado, dos desconocidos, dos señores que habían entrado allí casualmente, y el otro, un parroquiano, un pequeño rentista de barrio, que iba allí todos los días a jugar su partida.

En el local, un verdadero destrozo; las mesas de mármol, rotas; las arañas, retorcidas; los espejos, acribillados a balas. ¡Y qué terror, qué frenesí, qué manera de atropellarse el gentío! Había sido detenido inmediatamente el autor del atentado cuando iba a doblar la esquina de la calle Chaumartin, para intentar huir.

Y como Pedro, en su emoción, con un sordo presentimiento, le preguntara quién era el detenido, contestó sin apresuramiento:

—Precisamente ahí está lo desagradable, porque usted le conoce... Es Víctor Mathis.

Pedro quiso, tarde ya, hacer tragar aquel nombre. Recordó de pronto que la madre estaba hacía un momento sentada detrás de ellos, en un rincón oscuro. ¿Estaba allí todavía? Y vio de nuevo al pequeño Víctor, casi imberbe, con la frente recta y testaruda, los ojos grises, brillantes, de inteligencia implaca-

ble, la nariz aguda y los labios finos, que revelaban una voluntad seca, un odio sin perdón. Aquél no era ni un pobre, ni un desheredado. Era un hijo de la burguesía, educado, instruido, que debía haber ingresado en la Escuela Normal. No tenía disculpa su acto abominable, ya que no le impulsaba la pasión política ni la locura humanitaria, ni siquiera el sufrimiento exasperado del pobre. Era el destructor puro, el teórico de la destrucción... El intelectual enérgico y frío que empleaba el esfuerzo de su cerebro cultivado en razonar el asesinato, queriendo hacer de éste el instrumento de la evolución social, y también un poeta, un visionario, pero el más espantoso de todos, un monstruo explicable tan sólo por su loco orgullo, por su ansia de una feroz inmortalidad, por su ideal de aurora cercana, que se elevaba de los dos brazos de la guillotina. Después de él no había nada más que la ciega guadaña que arrasa el mundo.

Durante unos segundos reinó un frío horror entre las recientes tinieblas.

—¡Ah! —murmuró quedamente Guillermo—. Ése se ha atrevido.

Pero ya Pedro le estrechaba la mano cariñosamente, y le sintió tan emocionado y tan indignado como él, con la protesta de su corazón de hombre, con toda su solidaridad humana. Acaso era necesaria aquella postrera abominación para trastornarle y curarle.

Janzen era, indudablemente, cómplice suyo; le estaba diciendo que Víctor Mathis había vengado a Salvat, cuando se oyó en la sombra un gran suspiro doliente, la caída pesada de un cuerpo sobre el suelo. Era la señora Mathis madre, que se desplomaba como una masa fulminada por la noticia, de la que se enteraba por una casualidad. Abuela bajaba precisamente con una luz. La habitación quedó iluminada; se apresu-

raron a prestar auxilio a la pobre mujer, tendida con su sencillo traje negro, mostrando una palidez de muerta.

Aquello fue para Pedro una nueva punzada dolorosísima de su corazón. ¡Ah, triste e infortunada criatura! La recordaba en casa del padre Rose, tan discreta, como una pobre vergonzante, costándola tanto trabajo vivir con la exigua renta que le había dejado aquel encarnizamiento de la desgracia. Una rica familia provinciana, una novela de amor, la huida en brazos del hombre escogido, luego la mala suerte, el hogar que se derrumba y el marido que moría. Y en su viudez enclaustrada, después de perder los últimos francos que la habían permitido educar a su hijo, ya no la quedaba más que aquel hijo, su Víctor, su adoración, su fe, al que ella quería creer siempre muy ocupado, absorbido por su trabajo, en vísperas de lograr una posición soberbia, digna de su mérito. Y de pronto se enteraba de que aquel hijo era el más execrable de los asesinos: había tirado una bomba en un café, matando a tres hombres.

Cuando la señora Mathis volvió en sí gracias a los solícitos cuidados de Abuela, sollozó interminablemente, exhalando unas quejas tan angustiosas, que las manos de Pedro y Guillermo se buscaron de nuevo y se unieron, mientras que sus almas transformadas y curadas se fundían una en otra.

V

QUINCE meses después, un hermoso día de septiembre, Bache y Teófilo Morin almorzaron en casa de Guillermo, en su taller, frente al inmenso París.

Cerca de la mesa había una cuna, cuyas colgaduras estaban echadas y bajo las cuales dormía Juanillo, un hermoso niño de cuatro meses, hijo de Pedro y de María. Estos, sólo por defender los derechos sociales del niño, se habían casado civilmente en Montmartre, resueltos a saltar por encima de todo, si no hubiesen tropezado con un juez que accedió a casar a un antiguo sacerdote. Luego, por complacer a Guillermo, deseoso de conservarlos a su lado y de aumentar a su alrededor la familia, se habían quedado a vivir allí, en el pequeño cuarto de encima del taller, dejando sola la casa de Neuilly, adormecida y tranquila bajo la custodia de Sofía, la vieja sirvienta, y la existencia se deslizaba feliz desde que haría pronto catorce meses eran el uno del otro.

En torno del joven matrimonio no había habido más que paz, cariño y trabajo. Francisco acababa de salir de la Escuela Normal, cargado con todos los diplomas y todos los grados, e iba a salir para un liceo del oeste, queriendo actuar de auxiliar en el profesorado, sin más riesgo que el de dejarlo, y ocuparse luego exclusivamente de ciencia pura. Antonio había tenido un gran éxito con una serie de grabados en madera de vistas y escenas de París; iba a casarse con Lisa Jahan en la primavera próxima, cuando ella cumpliera los diecisiete años. Pero de los tres hijos, el que triunfaba sobre todos era Tomás, pues al fin había dado y construido el famoso motorcito, gracias a una idea genial de su padre.

Una mañana, después del derrumbamiento de todos sus

enormes y quiméricos proyectos, Guillermo, ante el terrible explosivo descubierto por él, e inutilizado ya en lo sucesivo, tuvo la repentina inspiración de usarlo como fuerza motriz, intentando sustituir al petróleo en aquel motor que su hijo mayor estudiaba desde hacía tanto tiempo para la fábrica Grandidier. Se había puesto a trabajar con Tomás, inventando un nuevo mecanismo, tropezando con innumerables dificultades, empleando un año entero en aquel encarnizado trabajo de creación. Y el padre y el hijo habían realizado la maravilla, y allí estaba ante el ventanal, atornillado a un pedestal de madera, pronto a funcionar en cuanto le diesen los últimos toques.

En la casa, tan alegre y tranquila, ahora Abuela seguía, a pesar de su avanzada edad, ejerciendo su realeza, activa y callada, obedecida por todos. Estaba en todas partes, sin que pareciese levantarse nunca de su silla ante la mesa de trabajo. Desde el nacimiento de Juan, hablaba de educarlo como había educado a Tomás, a Francisco y a Antonio, llena del hermoso valor de la abnegación, pareciendo creer que no moriría mientras tuviese que dirigir a los suyos, que quererlos y que salvarlos. A María le maravillaba aquello, fatigada ella también algunas veces desde que criaba, a pesar de su buena salud, tan alegre siempre. Juan tenía, pues, dos madres junto a su cuna, mientras que Pedro, convertido en ayudante de Tomás, accionaba el fuelle de la fragua, pulía ya las piezas, terminando su aprendizaje de obrero mecánico.

Aquel día la presencia de Bache y de Teófilo Morin había alegrado todavía más el almuerzo; habían levantado ya la mesa e iban a servir el café, cuando un niño, el hijo de un portero de la calle Cortot, vino buscando al señor Pedro Froment. Contó con palabras entrecortadas que el señor abate Rose estaba muy enfermo; iba a morir y le mandaba a decir que fuese el señor Froment enseguida.

Pedro, muy emocionado, le siguió. Allí, en la calle Cortot, en el bajo húmedo que daba a un exiguo jardín, se encontró al abate Rose acostado, agonizante, conservando todavía la razón y su palabra lenta y cariñosa. Le velaba una monja que parecía muy sorprendida e inquieta con la llegada de aquel visitante a quien no conocía.

Por eso comprendió que vigilaban al moribundo y que éste se había valido de un ardid enviándole a buscar con el hijo del portero. Sin embargo, cuando el abate con su aire de seria bondad rogó a la hermana que los dejase, ésta no se atrevió a negarse a aquel deseo supremo y salió.

—¡Ah, hijo mío, cuánto deseaba hablar con usted! Siéntese en esta silla junto a la cama para que pueda oírme, pues ya es el final; esta noche ya no estaré aquí. ¡Y tengo que pedirle un favor tan grande!

Pedro, conmovido al encontrarle tan acabado, con la cara tan pálida, conservando únicamente el brillo de sus ojos cándidos y afectuosos, contestó:

—Hubiera venido antes, de haber sabido que me necesitaba usted. ¿Por qué no me mandó buscar? ¿Es que le vigilan?

El padre, azorado, tuvo una leve sonrisa avergonzada, que era una confesión.

—Es preciso que sepa usted, hijo mío, que he vuelto a cometer algunas tonterías. Sí, he dado sin saber a ciertas gentes que, según parece, no merecían limosnas. En fin, todo un escándalo. Me han amonestado en el Arzobispado, acusándome de comprometer la religión, y entonces, cuando han sabido que estaba enfermo, han puesto cerca de mí a esta buena hermana, diciendo que iba a morirme sobre el suelo, y que daría yo las sábanas de mi cama si no me lo impedían.

Se detuvo para tomar aliento:

—Así es que, como usted comprenderá, esa buena hermana está aquí para cuidarme y para evitar que cometa yo tonterías hasta el último momento. He tenido que escapar de su vigilancia con una pequeña superchería, que espero me perdonará Dios. Precisamente se trata de mis pobres, y para hablarle de ellos tenía yo tanto interés en verle.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Pedro.

—Hable usted; soy suyo con todo mi corazón y todo mi ser.

—Sí, sí, ya lo sé, hijo mío; por eso he pensado en usted, y solamente en usted; a pesar de todo lo sucedido, no tengo confianza más que en usted; sólo usted es capaz de comprenderme y de hacerme la promesa que me ayudará a morir tranquilo.

Sólo se permitió aquella alusión a su ruptura cruel, después del encuentro que había tenido con el joven sacerdote sin sotana en rebeldía contra la Iglesia. Luego supo su boda, y no ignoraba que había roto para siempre sus últimos lazos religiosos. Pero en su hora postrera aquello no parecía contar para él; le bastaba conocer el ardiente corazón de Pedro; sólo necesitaba al hombre, a quien había visto inflamado por tan bella pasión caritativa.

—¡Dios mío! —exclamó, encontrando aún fuerzas para sonreír—. Es muy sencillo; quiero hacerle a usted mi heredero. ¡Oh, no es ningún bonito regalo! Son mis pobres lo que le doy; no tengo ninguna otra cosa; no dejó más que mis pobres.

Tres de ellos, sobre todo, le desgarraban el corazón, ante la idea de dejarles desamparados, privados de las pocas migajas, que sólo él les repartía y de las que vivían.

Primero, aquel anciano, a quien inútilmente buscó una noche para hacerle ingresar en el Asilo de Inválidos del Trabajo. Entró, por fin, pero a los tres días se escapó por no querer

acatar el reglamento. Violento, arisco, tenía un carácter execrable, y, sin embargo, no podía morir de hambre. Este individuo venía todos los sábados; le daba un franco, que le bastaba para toda la semana. Luego había una anciana impedida en un cuchitril de la calle Mont-Cenis; había que pagar al panadero que le llevaba por las mañanas el pan necesario. Y había, sobre todo, en la plaza del Tertre, una pobre muchacha de vida airada, madre ya, que se moría tísica, inútil para el trabajo, desesperada de pensar que su hijita tendría también que verse en el arroyo a su muerte; de modo que la herencia era doble en aquel caso: había que mantener a la madre hasta su muerte próxima, y que recoger después a la niña y colocarla decentemente en alguna buena casa.

—Me perdonará usted, hijo mío, que le deje estos engorros... He intentado interesar por ese mundillo a la buena hermana que me vela; pero cuando le he hablado del viejo, se ha perseguido espantada. Es como mi buen amigo el abate Tabernier; no conozco alma más recta; y, sin embargo, con él no estaría tranquilo, porque tiene ciertas ideas... Por eso, hijo mío, repito que sólo tengo confianza en usted; es preciso que acepte mi herencia, si quiere que muera tranquilo.

Pedro lloraba.

—¡Ah, sí! Con toda mi alma. Su voluntad será para mí sagrada.

—¡Bien! Ya sabía yo que usted aceptaría... Entonces quedamos en que dará usted el franco todos los sábados al viejecito, el pan de la anciana impedida, aliviar la muerte de la triste muchacha y esperar para recoger la niña... ¡Ah, si supiese usted el peso que me quita del corazón! Ahora puede ya venir la muerte; me será dulce.

Su cara redonda, llena de bondad y muy pálida se había ale-

grado con una alegría suprema. Retenía entre las suyas una mano de Pedro, deteniéndole al borde de la cama, en un adiós de serena ternura.

Su voz se debilitó aún más y expresó su pensamiento muy quedamente.

—Sí, estoy satisfecho de irme... No podía más, no podía más. ¡Qué tristeza, la caridad impotente, dar sin la esperanza de curar nunca el sufrimiento!... Me sublevaba esta idea, ¿no se acuerda usted? Yo le decía que nos amaríamos siempre en nuestros pobres, y era verdad, puesto que está usted aquí, tan bueno y tan cariñoso conmigo y con los que voy a dejar. Pero, a pesar de todo, no puedo más, no puedo más, prefiero desaparecer, ya que el dolor de los otros me rebosaba, y acababa yo por cometer toda clase de tonterías, escandalizando a los fieles, indignando a mis superiores, sin lograr siquiera disminuir, con un solo indigente, la corriente cada vez mayor de la miseria... Adiós, hijo mío querido. Mi pobre y viejo corazón se detiene rendido, mis manos caducas están cansadas y vencidas.

Pedro le abrazó con toda su alma y se separó de él con los ojos llenos de lágrimas, impresionado por una extraordinaria emoción. Nunca había escuchado un grito de una melancolía tan infinita como aquella de la caridad impotente, en aquel candoroso e infantil anciano, en aquel corazón sencillo de sublime bondad. ¡Ah, qué desastre, la inútil bondad humana, el mundo arrastrando hacía tantos siglos la misma cantidad de angustia y de sufrimientos a pesar de las lágrimas de piedad derramadas, y a pesar de las limosnas hechas por tantas manos!

Cuando Pedro volvió al taller habían levantado la mesa hacía mucho rato. Bache y Morin charlaban con Guillermo, mientras los tres hijos habían vuelto a sus ocupaciones ordinarias.

María también estaba de nuevo en su sitio acostumbrado, ante la mesa de labor, frente a Abuela; pero de vez en cuando se levantaba, echaba un vistazo a Juanillo para cerciorarse de que dormía tranquilo con sus manecitas apretadas sobre el pecho. Y cuando Pedro, que guardó para sí su emoción, vino a inclinarse sobre la cuna con María, besándola discretamente los cabellos, se puso un delantal y ayudó a Tomás, que ajustaba por última vez el motor.

Entonces el taller desapareció para él; dejó de ver y de oír a las personas que había allí. Sólo el olor de María persistía en sus labios, en el trastorno afectivo en que le sumía su visita al abate Rose, moribundo. Acababa de evocar un recuerdo, el de la mañana glacial en que el viejo sacerdote le abordó, ante el Sagrado Corazón, para encargarle atemorizado que llevase una limosna a aquel pobre viejo, a aquel Laveuve que murió de miseria como un perro en un rincón.

¡Triste mañana aquella, ya lejana, cuántas luchas y tormentos en él, y luego qué resurrección! Aquel día había dicho una de sus últimas misas, y recordaba con un estremecimiento su abominable angustia, la desesperación de su duda, de su vacío interno. Había visto sus dos experiencias miserablemente abortadas: Lourdes, donde la glorificación de lo absurdo le hizo compadecerse del ensayo retrógrado, el vano intento de volver a la primitiva fe de los pueblos jóvenes, doblegados por el terror de su ignorancia; Roma, incapaz de renovarse, a la que vio moribunda entre sus ruinas, como una gran sombra, pronto despreciable, que se abismaba en el polvo de las religiones muertas. En él, la caridad misma fracasaba, no creía ya en la curación por medio de la limosna, de la vieja humanidad doliente sólo esperaba la horrible catástrofe, el incendio, la matanza, cuyo estruendo arrastraría al mundo culpable y condenado. Su sotana le ahogaba con la mentira

altiva, en que se había refugiado para conservarla sobre sus hombros, aquella actitud del sacerdote descreído, que continúa honrada y castamente velando por la fe de los demás. El problema de una religión nueva, de una nueva esperanza, necesaria para la paz de las democracias futuras, le atormentaba, sin que pudiese encontrar la posible solución entre las certezas de la ciencia y el deseo de lo divino, que parece consumir a la humanidad. Y si el cristianismo se hundía con la idea de caridad, no quedaba más que la justicia, el grito que brotaba de todos los pechos, aquel combate de la justicia contra la caridad, en que se agitaban su corazón y su razón, en aquel gran París, tan velado de ceniza, tan lleno de terrible incógnito. Con París se realizaba la tercera y decisiva experiencia, la verdad, al fin deslumbradora como el sol; la salud conquistada, la fuerza y la alegría de vivir.

Las reflexiones de Pedro fueron interrumpidas; tuvo que ir a buscar una herramienta que le pedía Tomás; oyó a Bache que decía:

—El Gobierno ha presentado esta mañana su dimisión. Vignon estaba ya harto y se reserva.

—Ha durado más de un año —observó Morin—. Ya está bien.

Después del atentado de Víctor Mathis, condenado y ejecutado en menos de tres semanas, Monferrand cayó del Poder. ¿Para qué estaba al frente del Gobierno un hombre fuerte, si las bombas seguían aterrorizando el país? Lo peor es que había disgustado a la Cámara con su apetito de ogro, escatimando demasiado la ración de los demás. Y aquella vez Vignon le había sucedido, a pesar de todo un programa de reformas, ante el que la gente temblaba hacía mucho tiempo. Pero, aunque su honradez fue perfecta, sólo pudo llevar a efecto las más insignificantes, por tener, sin duda, las manos atadas en-

tre mil obstáculos. Se resignó a gobernar como los demás y entonces se vio que entre Vignon y Monferrand no existían en definitiva más que ligeros matices.

—Sabrá usted que se vuelve a hablar de Monferrand —dijo Guillermo.

—Sí, tiene probabilidades. Sus amigos se mueven mucho.

Luego Bache, que se burlaba de Mège con amargura, declaró que el diputado colectivista representaba, derribando ministerios, el papel de víctima, sirviendo, alternativamente, las ambiciones de cada camarilla, sin la menor probabilidad de atrapar para sí el Poder. Y Guillermo dijo a manera de conclusión:

—¡Bah! ¡Que se devoren! No se pelean más que por cuestiones personales, con la áspera ambición de reinar, de disponer del dinero y del Poder. Lo cual no obsta para que se realice la evolución, se difundan las ideas y tengan lugar acontecimientos. Por encima de eso está la Humanidad en marcha.

A Pedro le impresionaron mucho aquellas palabras, y se entregó de nuevo a sus recuerdos. Evocaba su angustiada experiencia. París era la cuba enorme en donde se agitaba toda una humanidad, la mejor y la peor, la horrible mixtura de las brujas, piedras preciosas mezcladas con excrementos, de donde debía salir el filtro del amor y de la eterna juventud. En aquella cuba encontraba primero la baba del mundo político. Monferrand, a quien estrangulaba Barroux, comprando a los hambrientos; Fonsègue, Dutheil, Chaigneux, sirviéndose de los mediocres; Taboureau y Dauvergne, utilizando incluso hasta la pasión sectaria de Mège y la ambición inteligente de Vignon. Luego venía el dinero emponzoñador, aquel asunto de los Ferrocarriles africanos que había corrompido al Parlamento, que hacía de Duvillard el burgués triunfador, en corruptor

público, la úlcera roedora del mundo financiero. Después, por consecuencia lógica, venía el hogar de Duvillard, que éste mismo infectaba, la atroz aventura de Eva, disputándole Gerardo a su hija Camila, y ésta robándosele a su madre; y Jacinto, el hijo, entregando a Rosamunda, su querida, a una loca, a aquella Silviana, mujerzuela conocidísima, en compañía de la cual se exhibía públicamente su padre. Veía luego a la vieja aristocracia moribunda, con los pálidos rostros de la señora de Quinsac y del marqués del Morigny; el viejo espíritu militar, cuyos funerales presidía el general de Bozonnet; la magistratura, esclavizada al Poder, aquel Amadiou, haciendo su carrera a fuerza de procesos resonantes; aquel Lehmann, redactando sus exhortos en el despacho del ministro, cuya política defendía; veía, por último, a la prensa, codiciosa y falaz, viviendo del escándalo; la eterna oleada de delaciones e inmundicias que movía Sanier; la alegre desvergüenza de Massot, falto de escrúpulos, sin conciencia, que lo atacaba y lo defendía todo, por oficio o por encargo. Y así como existen insectos que si se encuentran a otro con una pata rota, moribundo, lo rematan y se lo comen, de igual modo todo aquel hervidero de apetitos, intereses y pasiones se habían arrojado sobre un pobre loco caído en el suelo, sobre aquel triste Salvat, cuyo estúpido crimen les unió a todos, que se atropellaron en su apresuramiento, ávidos por sacar partido de su cuerpo flaco y hambriento. Y todo ello bullía en la cuba colosal de París, los deseos, las violencias, los caprichos desencadenados, la mezcla más incalificable de los más agrios fermentos, de donde saldría a grandes oleadas puras el vino del porvenir.

Pedro se dio cuenta del prodigioso trabajo que se estaba efectuando en el fondo de la cuba, bajo las impurezas y los detritus. Su hermano lo acababa de decir. ¡Qué importaban en po-

lítica los vicios de los hombres, los móviles del egoísmo y de goce, si con su paso lento y tenaz la Humanidad avanzaba siempre!... ¡Qué importaba el relajamiento, la perversión del excesivo dinero, del excesivo poder, la vida refinada, disoluta, deteniéndose en las curiosidades sexuales, puesto que estaba probado que todas las capitales, reinas del mundo, no han reinado sino a ese precio de la civilización extrema, la religión de la belleza y del placer! ¡Qué importaban, incluso, la venalidad inevitable, las culpas y las necesidades de la prensa, si ésta era por otro lado el instrumento más admirable de cultura, la conciencia pública siempre abierta, el río que por muchos horrores que arrastrase no por eso interrumpía su curso llevando a todos los pueblos hacia el vasto mar fraterno de los siglos futuros! La hez humana caía al fondo de la cuba y no se podía pretender que el bien triunfase visiblemente todos los días, porque con frecuencia se necesitaban años para que de la turbia fermentación se desprendiese una esperanza, realizada en aquella operación de la eterna materia echada de nuevo al crisol, mejorado mañana. Y si en el fondo de las fábricas pestilentes el asalariado seguía siendo una forma de la antigua esclavitud; si los Toussaints morían siempre de miseria, sobre camastros como bestias derrengadas, no por ello la libertad habría dejado de surgir de la cuba inmensa, un día tempestuoso, para emprender su vuelo por el mundo. ¿Por qué la justicia no había de surgir a su vez compuesta de tantos elementos turbios, desprendiéndose de las escorias, con una limpidez, al fin deslumbrante, regenerando los pueblos?

Pero de nuevo las voces de Bache y de Morin, hablando con Guillermo, se elevaron sacando a Pedro de su ensueño. Hablaban de Janzen, comprometido en un segundo atentado en Barcelona, desaparecido y oculto en París, sin duda, pues Ba-

che creía haberle reconocido el día anterior. ¡Una inteligencia tan clara, una voluntad tan fría, y estas cualidades echadas a perder por una causa tan execrable!

—¡Cuando pienso —dijo Morin con su voz pausada— que Barthès, desterrado, vive en el fondo de un cuartucho en Bruselas, con la ardiente esperanza de que la libertad reinará al fin; él, que no ha derramado una gota de sangre y que se ha pasado las dos terceras partes de su vida en la cárcel para que los pueblos sean libres!

Bache hizo un leve movimiento de hombros.

—La libertad, la libertad; sí, es cierto. Pero no es nada si no se la organiza.

Y volvieron a entablar su eterna discusión, el uno con Saint-Simon y Fourier, y el otro con Proudhon y Augusto Comte. Toda la vaga religiosidad del viejo miembro de la Comuna, hoy concejal, reaparecería, en su necesidad de una fe consoladora, mientras que el profesor, el antiguo garibaldino, conservaba bajo su gratitud una rigidez científica, una fe en el progreso matemático del mundo.

Bache contó extensamente la última ceremonia en honor a la memoria de Fourier, el grupo de discípulos fieles llevando coronas, pronunciando discursos, una reunión conmovedora de apóstoles tenaces en su fe, seguros del porvenir, mensajeros convencidos de la buena palabra nueva. Luego, Morin vació sus bolsillos, siempre llenos de folletos de propaganda positivista, manifiestos respuestas, cuestiones planteadas y resueltas, donde el nombre de Comte y, sobre todo, su doctrina, eran ensalzadas, con la única base posible de la religión esperada.

Entonces Pedro, que los escuchaba, recordó sus discusiones de otros tiempos en Neuilly, cuando él mismo, destinado en

busca de una certeza, se esforzaba en hacer el balance de las ideas del siglo.

En medio de las incoherencias y de las contradicciones de todos aquellos precursores, se había desorientado. Fourier, que decía tenía su origen en Saint-Simon, le negaba en parte, y si la doctrina de éste se inmovilizaba en una especie de sensualismo místico, la doctrina de aquél parecía llevar a un código de reclutamiento inaceptable. Proudhon demolía sin construir nada. Comte, que creaba el método y colocaba la ciencia en su verdadero lugar, declarándola soberana única, no sospechaba siquiera la crisis social, cuya corriente amenazaba con arrastrarlo todo.

Hubo una brusca transición en las reflexiones de Pedro, y se vio de nuevo en la Magdalena escuchando el final de la conferencia de monseñor Martha sobre el nuevo espíritu, en la que anunció que París, otra vez cristiano, iba a ser el amo del mundo, gracias al Sagrado Corazón. ¡No, no! París sólo reinaba por su libre inteligencia; era una mentira haberle dominado con la cruz, con aquella locura mística y sucia de un corazón que sangra. Pero ya podían intentar aplastar París bajo aquellos monumentos de orgullo y dominación y entorpecer la ciencia en nombre de un ideal muerto, con la esperanza de echar de nuevo la zarpa sobre el siglo próximo: la ciencia acabará barriendo su antigua soberanía, su basílica se desplomará con el huracán de la verdad, sin necesidad de empujarla con el dedo.

Durante dos mil años la marcha progresiva de la Humanidad no habrá encontrado más trabas que la odiosa idea de arrancar al hombre todo cuanto tiene de humano: los deseos, las pasiones, la inteligencia libre, la voluntad y la acción, toda su fuerza. ¡Qué alegre despertar cuando la virginidad sea despreciada y la fecundidad vuelva a ser una virtud, en el himno

de las fuerzas naturales liberadas, de los deseos honrados, las pasiones utilizadas, el trabajo ensalzado, la vida amada, engendrando la eterna creación del amor!

¡Una religión nueva! ¡Una religión nueva! Pedro se acordaba de aquel grito que se le escapó en Lourdes y que repitió en Roma, ante el derrumbamiento del viejo catolicismo. Pero ya no ponía en él el mismo apresuramiento febril, aquel afán pueril y enfermizo de que en el acto se revelase un Dios nuevo, se crease íntegramente un ideal con sus dogmas y su culto. Verdad era que el hombre parecía necesitar lo divino, como el pan y el agua; siempre se había precipitado sobre él ávido de misterio, pareciendo no tener más consuelo que el de aniquilarse en lo ignoto. Pero ¿quién podrá afirmar que algún día la ciencia no podrá apagar esa sed del más allá? Si es la verdad conquistada, también es y será siempre la verdad por conquistar. ¿No quedará ante ella sin cesar un margen para el ansia de saber, la hipótesis que no es más que el ideal? Además, esta necesidad de lo divino, ¿no es simplemente la necesidad de ver a Dios? Y si la ciencia satisface cada vez más ese deseo de saberlo todo, ¿no hay que creer que se calmará acabando por confundirse con el amor a la verdad satisfecha? Una religión de la ciencia es el desenlace marcado, evidente, inevitable, del largo camino de la Humanidad hacia el conocimiento. Esta última llegará a él como al puerto natural, a la paz situada al fin en la certeza, cuando haya pasado por todas las ignorancias y por todos los espantos. ¿No se iniciaba ya esa religión, la idea de dualidad de Dios y del Universo, descantada la idea de la unidad, del monismo, cada vez más evidente, la unidad arrastrando a la solidaridad, la ley única de la vida derivándose por evolución del primer punto del éter que se ha condensado para crear el mundo? Pero si los precursores, los sabios, los filósofos, Darwin, Fourier y los demás han

sembrado la religión del mañana, confiando al viento que pasa la buena palabra, ¡cuántos siglos se necesitarán sin duda para que la cosecha prospere! Se olvida siempre que el catolicismo tardó cuatro siglos en formarse, germinando en un largo trabajo subterráneo, antes de crecer, de reinar a pleno sol. ¡Que se le concedan siglos a esa religión de la ciencia, cuyo sordo empuje se anuncia por todas partes, y se verá cómo se constituyen en un nuevo evangelio las admirables ideas de un Fourier, el deseo convertido de nuevo en una palanca que levantará el mundo, el trabajo aceptado por todos, significado, regulado como el propio mecanismo de la vida, natural y social; las energías pasionales excitadas, satisfechas, utilizadas al fin para la felicidad humana! ¡El grito universal de justicia, cuyo clamor era cada vez más fuerte, sube del gran silencio del pueblo, tanto tiempo engañado y exprimido; es sólo un grito hacia esa felicidad a la que tienen los seres, la satisfacción completa de las necesidades, la vida vivida por sí misma, en la paz, en la expansión de todas las fuerzas y de todas las alegrías. Tiempos vendrán en que ese reino de Dios esté en la tierra y en que el otro paraíso engañoso esté cerrado, aunque los pobres de espíritu tengan que sufrir momentáneamente con la muerte de esa ilusión! ¡Porque es una necesidad valiente la de operar cruelmente a los ciegos para arrancarles de su miseria y de la larga noche horrible de su ignorancia!

Pedro se sintió invadido de pronto por una alegría inmensa: el grito de su hijo Juan al despertar acababa de sacarle de su ensueño, y le obsesionó el brusco pensamiento de que en aquel instante él estaba salvado, fuera de la mentira y del espanto, reincorporado a la buena y sana naturaleza. ¡Qué estremecimiento pensar que se había creído perdido, borrado de la vida, abismándose en la nada del dios verdugo, y que un

prodigio de amor le había sacado de allí fuerte a pesar de su temor al estigma imborrable, puesto que aquel hijito adorado estaba allí tan robusto, tan risueño, nacido de él!...

Bache y Teófilo Morin se habían ya marchado con sus apretones de mano acostumbrados, prometiendo volver otra noche para charlar como unos apóstoles tranquilos, convencidos de un lejano porvenir.

Como Juan llorase más fuerte, María le cogió en sus brazos y desabrochó su blusa para darle de mamar.

—¡Oh, qué rico! ¡Es su hora y él no lo olvida! Pedro, mira, yo creo que ha engordado más desde ayer.

Reía ella; Pedro se acercó riendo también para besar al niño. Luego besó a la madre, embargado por una inefable ternura, al ver aquel pequeño ser tan sonrosado y tan ansioso sobre aquel pecho de mujer tan bello henchido de leche; un grato olor a fecundidad feliz subió hasta su rostro, embargándole con la alegría de vivir.

—Te va a devorar —dijo alegremente—. ¡Cómo chupa!

—¡Oh, hasta me muerde un poco! Pero es preferible, porque prueba que le aprovecha.

Entonces Abuela, la seria, la silenciosa, se puso a hablar con la cara iluminada por una sonrisa.

—Sabréis que le he pesado esta mañana. Ha ganado otros cien gramos. ¡Y si viéseis lo bueno que ha sido este tesoro! Será un hombrecito muy inteligente y muy razonable, como a mí me gustan. Cuando tenga cinco años yo le enseñaré las letras, y a los quince, si quiere, le diré cómo hay que hacerse hombre... ¿Verdad, Tomás? ¿Verdad Antonio, y tú, Francisco?

Los tres muchachos, levantando la cabeza regocijados, asin-

tieron con un gesto agradeciendo las lecciones teóricas que les había dado, como si no dudasen que viviría ella veinte años más para dárselas también a Juan como se las dio a ellos.

Pedro se había quedado delante de María, en el arrobamiento de su amor, cuando sintió detrás de él a Guillermo, que le ponía las manos sobre los hombros. Se volvió, le vio también radiante, muy feliz de verlos tan dichosos, y aquello aumentó su felicidad: la certeza de que su hermano estaba curado y que en la casa laboriosa no había más que salud y esperanza.

—¡Ah, hermano! —dijo Guillermo cariñosamente—. ¿Te acuerdas cuando yo te decía que tu sufrimiento era sólo debido a la lucha entre tu corazón y tu razón? ¿Que recobrarías la tranquilidad cuando amases lo que comprendieras? Necesitabas reconciliar en ti a nuestro padre con nuestra madre, cuya disputa, cuyo doloso equívoco persistía más allá de la tumba y, ya está hecho: al fin descansan en paz en tu ser apaciguado. Has hecho con eso una buena y hermosa obra, para ti y para todos nosotros, para nuestros queridos padres, cuyas sombras, apaciguadas y reunidas, están ahora tranquilas en la casita de nuestra infancia. Pienso a menudo en nuestra casita querida de Neuilly, que la vieja Sofía custodia, y me imagino que en la sombra del gran cuarto de trabajo los muertos tan queridos descansan deliciosamente y nos esperan. ¡Qué paz para ellos en esa casita solitaria! Y si he querido teneros por egoísmo, deseoso de felicidad a mi alrededor, es necesario que tu Juan vaya un día a vivir allí para devolverle una completa juventud.

Pedro a su vez preguntó:

—¿Eres feliz?

—Sí, feliz; muy feliz, como no lo he sido nunca; feliz de que-

rerte como te quiero y feliz de que me quieras como nadie podría quererme.

Sus corazones se unieron en aquel ardiente afecto fraternal, el más completo, el más heroico que puede fundir a un hombre en otro. Se abrazaron mientras María, tan alegre, tan saludable y tan leal, los contemplaba y sonreía con gruesas lágrimas en sus ojos. Pero Tomás, después del último toque a su motor, acababa al fin de ponerlo en marcha. Era un prodigio de ligereza y de fuerza, pesando una insignificancia para la enorme energía que desarrollaba. El funcionamiento era de una suavidad perfecta, sin ruido ni olor. Y toda la familia, entusiasmada, le rodeaba cuando llegó una visita oportuna, el sabio y cordial Bertheroy, a quien esperaba Guillermo, pues precisamente le había rogado que subiese a ver el motor.

El gran químico expresó enseguida su admiración, y cuando hubo examinado el mecanismo y comprendió sobre todo la aplicación del explosivo como productor de fuerza, una de las ideas que preconizaba él desde hacía mucho tiempo, felicitó a Guillermo y a Tomás con entusiasmo:

—Es una maravilla lo que han creado ustedes, y su empleo va a tener un alcance social y humano incalculable. ¡Sí, sí! En espera del motor eléctrico, que aún no existe, éste es el motor ideal, la tracción mecánica conseguida para todos los vehículos, la navegación aérea factible en lo sucesivo, el problema de la fuerza a domicilio resuelto definitivamente. ¡Qué nuevo paso gigantesco, qué repentino adelanto: las distancias acortadas, más aún, todas las rutas abiertas, los hombres fraternizando al fin!... ¡Un gran beneficio, un magnífico presente el que hacen ustedes al mundo! ¡Mis buenos amigos!

Después bromeó sobre el nuevo explosivo, de una potencia tan terrible, que él había presentido y cuyo descubrimiento venía a parar en aquella aplicación beneficiosa.

—¡Y yo que creía, Guillermo, que me ocultaba usted con sus tapujos de inventor la fórmula de su pólvora con el propósito de volar París!

Guillermo se puso serio. Un poco pálido, confesó:

—Hubo un momento en que pensé hacerlo.

Pero Bertheroy siguió riéndose, fingiendo ver en ello una broma, a pesar del leve escalofrío que sintió pasar por sus cabellos.

—Pues bien, amigo mío: mejor ha hecho usted en dotar a la Humanidad con esta maravilla, lo cual no ha debido ser fácil ni estar exento de peligro. He aquí una pólvora que debía exterminar a la gente y que va sencillamente a aumentar su bienestar. Las cosas acaban siempre bien, como me canso de repetirlo.

Ante aquella hombría de bien, tan elevada y tolerante, Guillermo se enterneció.

Era cierto: lo que debía destruir iba a servir al progreso; el volcán, domeñado, se convertía en trabajo, paz y civilización. Había abandonado, incluso, su máquina de combate y de triunfo, declarándose satisfecho con aquel último descubrimiento: la fatiga del hombre aminorada, su trabajo reducido al esfuerzo indispensable y suficiente. Veía en aquello un poco más de justicia, toda la que él había podido hacer por su parte, y cuando al volverse divisaba la basílica del Sagrado Corazón, por el ancho ventanal, no se explicaba él la locura contagiosa que le había atacado un instante haciéndole soñar con una destrucción estúpida e inútil. Una ráfaga de maldad había pasado, originada por la miseria, los fermentos esparcidos de cólera y de venganza. ¡Pero qué ceguera creer que la destrucción y el asesinato pudieran ser un acto fecundo, sembrando la tierra para una venturosa y magnífica cosecha! Se

llega enseguida a la violencia extrema y no sirve más que para exasperar el sentimiento de solidaridad, hasta en aquellos para quienes uno mata.

El pueblo, la gran masa, se subleva contra el ser aislado que cree hacer justicia. ¡El volcán, sí! Pero el volcán es toda la corteza terrestre, es toda la masa popular que se alza bajo el irresistible impulso del ardor interior, para erigir barreras, para reconstruir una sociedad libre.

Cualesquiera que sean el heroísmo de su locura, su sed contagiosa de martirio, los asesinos no son nunca más que asesinos, cuya acción es una semilla de horror. ¡Si renacían de su sangre, si Víctor Mathis vengó a Salvat, también le habían matado, con el universal grito de reprobación, producido por su nuevo atentado, más monstruoso y más inútil aún!

Con un gesto, Guillermo, riendo a su vez, declaró su absoluta curación.

—Todo acaba bien, tiene usted razón, puesto que todo va, sin embargo, hacia la verdad y la justicia. Ahora bien, a veces son necesarios miles de años... En cuanto a mí, voy sencillamente a poner el nuevo explosivo a la venta para que los que obtengan la patente se enriquezcan fabricándolo. Desde ahora, es de todos... Renuncio a revolucionar el mundo.

Bertheroy protestó. Y aquel gran sabio oficial, aquel miembro del Instituto, remunerado, dotado de todos los honores y de todos los cargos, señalaba el motorcito con un entusiasmo que revelaba el vigor de sus setenta años.

—¡Ahí está la revolución, la auténtica, la única! ¡Con eso y no con bombas estúpidas es con lo que se revoluciona el mundo! ¡Creando y no destruyendo es como acaba usted de realizar un acto revolucionario!... Como le he dicho muchas veces, sólo la ciencia es revolucionaria. ¡Es la única que por

encima de los míseros acontecimientos políticos, de la agitación inútil de los sectarios y de los ambiciosos, trabaja por la humanidad futura, preparando en ella la verdad, la justicia, la paz!... ¡Ah!, hijo mío, si quiere usted trastornar el mundo intentando proporcionarle un poco más de felicidad, no tiene usted más que permanecer en su laboratorio, pues la felicidad humana sólo puede nacer de su horno de químico.

Bromeaba en cierto modo, pero se le notaba absolutamente convencido, en su desprecio hacia todas las preocupaciones que no fuera la ciencia.

Ni siquiera le había extrañado que Pedro colgase los hábitos, y le volvía a encontrar allí con su mujer y su hijo, mostrándose siempre tan desinteresado y tan afectuoso.

El motor, con su rapidez prodigiosa, apenas zumbaba más que un moscardón al sol. Toda la familia, feliz, lo rodeaba, riendo todos satisfechos ante aquel triunfo.

—Sí —dijo Bertheroy—, es vivo y fuerte como el sol, como ese hermoso sol que resplandece allá, sobre el inmenso París, madurando las cosas y los hombres. París, motor también; él, París, caldera donde hierve el porvenir y bajo la cual nosotros, los sabios, mantenemos la llama eterna... Mi querido Guillermo, hoy es usted el fogonero, el artesano del mañana que va a aumentar más aún el trabajo de nuestro gran París en el mundo entero.

Pedro se quedó muy impresionado y se le vino nuevamente a la memoria la idea de la cuba gigantesca, abierta allí, de una a otra punta del horizonte, donde iba a nacer el siglo futuro, de la extraordinaria mezcla de lo bueno y de lo malo. Pero ahora, por encima de las pasiones, de los vicios, de las ambiciones, de los residuos, veía el colosal trabajo realizado, el heroico esfuerzo manual, en el fondo de los talleres y de las fábricas,

el glorioso recogimiento de la juventud intelectual, que él sabía en plena labor, estudiando en silencio sin perder ninguna conquista de sus antecesores, deseando ampliar su dominio.

Y era la exaltación de París todo el porvenir que se elaboraba en su enormidad y que se difundiría en un resplandor de amanecer. Si el pueblo antiguo había tenido Roma, ahora agonizante, París reinaba soberanamente sobre los tiempos modernos; era actualmente el centro de los pueblos, en ese movimiento continuo que los lleva de civilización en civilización, con el sol, de oriente a occidente.

Era el cerebro; todo un pasado de grandezas le había preparado para ser entre las ciudades la iniciadora, la civilizadora y la libertadora. Ayer lanzaba a las otras naciones el grito de libertad; mañana les aportaría la religión de la ciencia, la justicia, la nueva fe esperada por las democracias.

María lanzó un ligero grito de admiración señalando a París con un ademán.

—¡Oh, mirad París bajo esa lluvia de sol! Es como si el sol sembrara sobre París. Fijaros con qué gesto soberano arroja el trigo de salud y de luz, allá lejos, hasta los arrabales distantes. Y es curioso: los barrios ricos, al oeste, están como ahogados en una bruma rojiza, mientras que el buen grano va a caer, como polvo dorado, sobre la orilla izquierda y en las barriadas populosas del este. Ahí, ¿verdad?, es donde habrá de recogerse la cosecha.

Pedro, estremecido, fue a estrecharse contra ella. Y Abuela y Bertheroy sonreían ante todo aquel porvenir que ellos no verían; mientras que detrás de Guillermo, conmovido, sus tres hijos, aquellos tres colosos, permanecían serios, en plena labor y en plena esperanza.

Entonces María, con un bello ademán entusiasta, levantó a su hijo muy en lo alto, al extremo de sus brazos, y se lo ofreció al inmenso París, dándoselo como un regio presente.

—¡Mira, Juan; mira, hijo mío: tú serás quien recojas todo eso y quien llesves la cosecha al granero!

París flameaba, sembrado de luz por el divino sol, acarreando en su gloria la cosecha futura de verdad y de justicia.

FIN